

XXVI PREMIO

**LOS SITIOS DE ZARAGOZA
2011**

XXVI Premio Los Sitios de Zaragoza

**La ocupación francesa
de Zaragoza (1809-1813)**

El gobernador Suchet y la guerra psicológica.
Acción y propaganda en la capital aragonesa.

XXVI Premio Especial de Investigación Histórica
Ayuntamiento de Zaragoza

Jaime Latas Fuertes



Asociación Cultural “Los Sitios de Zaragoza”

Publicación de la **Asociación Cultural “Los Sitios de Zaragoza”**
Coso, 100-3º 4ª, 50001 Zaragoza
Tfno. 976 22 80 42 / 976 23 56 61. Fax 976 23 61 72
prensa@asociacionlossitios.com • www.asociacionlossitios.com

FICHA CATALOGRÁFICA

LATAS FUERTES, Jaime

La ocupación francesa de Zaragoza (1809-1813) /

Jaime Latas Fuertes.

Zaragoza: Asociación Cultural “Los Sitios de Zaragoza”, 2012.

416 p.: il. 49; 24 cm.

XXVI Premio Los Sitios de Zaragoza

1. Aragón-Guerra de Independencia 1808-1814. I. “Los Sitios de Zaragoza”, ed.

© *del texto*: el autor

© *de la edición*: Asociación Cultural “Los Sitios de Zaragoza”

Edición: Asociación Cultural “Los Sitios de Zaragoza”

Ilustración de la cubierta:

Un jour de revue sous l'Empire (1810). Joseph-Louis-Hippolyte Bellangé.

ISBN: 978-84-616-1713-5

Depósito Legal: Z-2141-12

Diseño y realización: Contexto Gráfico

Prólogo	11
La ocupación francesa de Zaragoza (1809-1813)	
por Jaime Latas Fuertes	13
El poder en Aragón en 1810. Los nombres	15
Introducción	17
CAPÍTULO I	19
Más allá de la guerra. Cómo ocupar una nación	19
Louis Gabriel Suchet	21
El militar	24
El administrador	27
Suchet el recaudador	29
El urbanista	35
¿Gloria a Suchet? El mito en entredicho	39
El mariscal y el arte	46
Notas al capítulo I	49
CAPÍTULO II	51
Suchet, gobernador general de Aragón	51
Porqué la elección de Suchet como gobernador general	56
A la conquista del Reino	59
La moral del III Cuerpo	60
La ciudad, expectante, mientras Suchet duda	62
Las victorias	65
Zaragoza. Palacio y corte	68
Los otros palacios	70
El palacio del Coso	71
Los otros inquilinos	73
La vida cotidiana en palacio	74
Cuadras y cocheras	75
La cocina de palacio	75
Higiene y excusados	77
La vajilla y el menaje	78
Salones y pabellón	79

Dormitorios y gabinetes	79
Ropajes y costuras	81
La iluminación de palacio	81
El agua en palacio	82
El jardín	83
El personal	83
La carta de despido de Juan Champane	84
Otros gastos curiosos	86
El palacio tras la liberación	87
El sueldo del gobernador	88
Los muebles del general Rogniat	89
Notas al capítulo II	91
CAPÍTULO III	92
La otra guerra de Suchet. Al asalto de la conciencia colectiva	92
Acción y propaganda en Zaragoza	94
Algunos golpes de efecto del gobernador	95
Suchet y la guerra de opinión	98
La condesa en la batalla	100
Honorine La gobernadora	102
Honorine en Zaragoza	103
La condesa y su “petit cour” (pequeña corte)	105
La condesa vuelve a su ciudad	108
Poesías para la condesa	111
Jotas para Honorine	114
Del Pilar al joyero de Honorine	116
La condesa da a luz	117
La condesa y su hija vuelven a Zaragoza. Las amenazas de secuestro . .	120
Honorine abandona la ciudad	122
Su última visita a Zaragoza	123
Un adiós bajo el fuego.	
La última batalla (a distancia) de Suchet en Aragón.	125
Notas al capítulo III	129
CAPÍTULO IV	131
Luminarias en la Zaragoza ocupada. Deslumbrando el espíritu, sometiendo conciencias. La transmutación del poder.	131
Un viejo ceremonial para un nuevo orden	132
La teatralización del poder. Una herencia del barroco	134

Las fantasías lumínicas. Una ciudad alucinada.	136
La luminotecnia. Instrumentos y técnica	137
Velas	137
Lámparas	139
Farolillos, transparencias y otras	140
Luminarias en el ceremonial antiguo zaragozano. Antecedentes	140
La luz en el Pilar	142
La Seo	146
Los palmatorieros del Pilar y La Seo	147
Otros templos de la ciudad	148
Las espontonadas de Huesca.	150
La Universidad de Zaragoza	150
Otras iluminaciones	151
Zaragoza iluminada. El poder y la luz	152
Luz en las calles. El recuento	153
La liberación	165
Luces en Madrid.	167
El alumbrado público	167
El alumbrado público en Zaragoza en el siglo XVIII	168
La restauración del alumbrado tras la conquista.	169
Notas al capítulo IV	172
CAPÍTULO V	174
Los regocijos públicos de junio de 1810.	
La ciudad se entrega a Suchet (la segunda capitulación de Zaragoza)	174
El programa de fiestas de 1807.	175
La ciudad reclama a su héroe	178
Comienza el espectáculo.	179
Las luminarias.	180
Relación de las principales iluminaciones	181
Interpretación de un extraño documento	186
Los mensajes con luz	187
La financiación y su coste.	188
Los pagos del ayuntamiento	189
El Ayuntamiento pide ayuda	190
El palacio del gobernador. Los gastos de su engalanamiento.	192
Otras fiestas, otros años	195
España se ilumina para José I	197
Notas al capítulo V	202

CAPÍTULO VI	203
El teatro en la Zaragoza de Suchet. La escena al servicio del poder	203
El teatro en Zaragoza	205
El nuevo Teatro Principal	208
Las representaciones	210
Romanine y Piculin	212
Las representaciones teatrales durante la ocupación	213
La Compañía Cómica de Zaragoza al servicio de Suchet	220
Sus componentes	221
El teatro como salón de baile	224
El teatro tras la liberación	235
Notas al capítulo VI	239
CAPÍTULO VII	240
La Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, la Casa de Ganaderos, los toros y la Iglesia.	
Cuatro herramientas perfectas para el control social	240
La Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País bajo el control del gobernador	241
La visita de Suchet a la Real Sociedad	243
Los premios de Suchet	245
La Biblioteca Nacional de la Real Sociedad	246
La Casa de Ganaderos durante el gobierno intruso	247
El resurgir de la Casa de Ganaderos	249
La exacciones de ganado del comisario Domínguez. La Casa se defiende	252
Vuelve la normalidad	254
El robo de ganado en Utebo y la promesa y obligación del Ayuntamiento	255
Otras juntas de la Casa	257
El fin de la guerra	258
Los festejos taurinos durante la ocupación	260
La plaza de La Misericordia	262
La Iglesia, utilizada	265
Suchet y el Cabildo catedralicio	271
El pulso entre el Cabildo y el obispo colaboracionista.	
La resistencia indirecta al invasor	272
La puerta del conflicto	273
El Cabildo se somete	276
Operación Cabildo: Un ejemplo de guerra psicológica	278
El Cabildo vuelve al redil	283

Suchet y las joyas de la Virgen	287
El cintillo	288
El tembleque de brillantes	290
El relicario y las cruces de esmeraldas	291
Notas al capítulo VII	294
CAPÍTULO VIII	295
La policía de Suchet	295
Funciones y funcionarios	296
Las cuentas de la policía	299
La policía: higiene, aseo de las calles y obras públicas	303
Los bomberos de Zaragoza	307
Los embargos de carros y caballerías	309
El comisario de policía Domínguez como responsable de los transportes del III Cuerpo de Ejército	314
Los embargos de carros por los españoles	317
“Las boletas”. Registro y reserva de alojamiento	319
Las cárceles de la ciudad y su “visita general”	321
Los pasaportes	325
La policía. Arrestos y detenciones	329
Las detenciones por motivos económicos	330
Las detenciones políticas	335
¡Capturar al espía!	342
Las detenciones por delitos comunes	344
La policía, controlando al pueblo	346
Las campanas de Zaragoza al servicio del gobernador	348
Otras vedas curiosas de la policía	353
La policía y su multifunción. Los chicos para todo	355
Los funcionarios	357
El personal de la policía	359
Los sueldos	360
El comisario Domínguez	362
Agustín de Quinto	364
Notas al capítulo VIII	366
CAPÍTULO IX	368
La ciudad se estremece. El final de la ocupación	368
Los ajusticiamientos en la ciudad durante la ocupación	369
Cuadro resumen	379

Las ejecuciones y la Hermandad de la Sangre de Cristo	380
El ritual de la ejecución	381
La Hermandad durante la guerra	382
El “momento constitucional” de Cádiz y la Zaragoza ocupada	384
Cádiz, una Constitución; Zaragoza, una ocupación	384
La ciudad	385
Cádiz en armas	386
El “momento constitucional”	387
La histórica jornada en la ciudad	389
Constitución y hambre	390
Cádiz la abundante	391
El hambre y la propaganda	392
Otros auxilios de pobres y prisioneros	398
Los socorros en la provincia. Algunos testimonios	400
Prensa y opinión en Zaragoza	401
La retirada francesa y el engaño final, una victoria del general París	406
Notas al capítulo IX	415
Archivos	417
Otras fuentes	417
Bibliografía	418

Este nuevo libro de la Asociación los Sitios llega puntualmente para la conmemoración del Bicentenario de la Liberación de Zaragoza (1813-2013). Una importante efeméride de nuestra historia que la sociedad zaragozana, a través de diferentes asociaciones e instituciones, ha manifestado su deseo de celebrar.

Es la ocasión de rememorar aquellos años de ocupación y la posterior liberación en 1813. Esto nos permite revisar un desconocido periodo histórico, analizando el significado de la ocupación de Aragón por el ejército napoleónico, y las consecuencias económicas, administrativas, políticas y culturales que trajo consigo. Descubriremos también la reacción terca a esta dominación, que mantuvo presente, con mayor o menor intensidad, una resistencia patriótica durante todo el periodo de ocupación.

Por otro lado, después de cuatro años de sometimiento a la autoridad imperial, la liberación de Zaragoza trajo consigo la Constitución promulgada por las Cortes de Cádiz, que muestra por primera vez a los aragoneses sus modernos principios y libertades. Esta experiencia condicionará la futura evolución política e institucional en nuestra región.

En resumen, el sentido de la conmemoración del Bicentenario de la Liberación de Zaragoza (1813-2013) es una llamada de atención, un mirar atrás que podría servir como desafío, porque nos trae imágenes de logros importantes, como la recuperación de una sociedad desolada por la guerra, un logro de esos que hoy nos parecen muy lejanos pero que son un ejemplo para afrontar las épocas difíciles.

Fieles a nuestro compromiso con la investigación y divulgación del tema de los Sitios de Zaragoza, presentamos este extraordinario trabajo de Jaime Latas sobre el periodo de ocupación de Zaragoza, que fue galardonado con el XXVI Premio de los Sitios.

Desde hace más de veinticinco años La Asociación Los Sitios convoca anualmente un premio de investigación que nos ha permitido profundizar en el conocimiento de esta época, de los acontecimientos que se vivieron y de los protagonistas. En estos últimos años, gracias a la colaboración del Ayuntamiento de Zaragoza y de la Diputación Provincial de Zaragoza, a través de la Institución “Fernando el Católico”, se ha podido continuar esta labor divulgativa que se difunde con la publicación de esta colección de libros y que también queda expuesta permanentemente por internet para su descarga gratuita. Este trabajo se ofrece a toda la sociedad para que sea receptora y beneficiaria del legado de nuestra historia.

Quiero felicitar al autor, Jaime Latas Fuertes, quien ya había recibido en 2006 el XXI Premio de los Sitios con el trabajo “El Ebro en los Sitios de Zaragoza” (disponible en nuestra web) y que ha perseverado con sus investigaciones hasta cerrar un ciclo con este magnífico libro.

En esta ocasión nos muestra una población zaragozana que había sobrevivido a los dos durísimos asedios y que quedó casi totalmente enmudecida por la experiencia brutal de la guerra que arrasó su ciudad. Una vez resignados en lo inexorable, se requirió de un cierto pragmatismo para adaptarse a las nuevas autoridades. Un proceso de dominación que requirió la colaboración de una parte de la sociedad aragonesa que consideró oportuno apoyar a los nuevos amos. Por otro lado, la ocupación se produce dentro de un escenario bélico que altera el normal desarrollo de una sociedad y retrasará o impedirá algunas de los proyectos de las nuevas autoridades, cuya prioridad será la de pacificar un territorio que nunca llegará a estar totalmente dominado.

El autor nos adentra en una Zaragoza destrozada que quiere volver a la vida, donde aparecen nuevos personajes, diferentes a los que conocemos por su participación en los Sitios: el mariscal Suchet, “la condesita”, el Padre Santander, Agustín de Quinto, el general París, Mina, Gayán y muchos más

También nos muestra cómo se vivía (o cómo se sobrevivía en algunos casos), cuáles fueron las nuevas normas y el nuevo orden que se intentaba implantar. Observaremos el uso de la escenificación del poder con la mayor pompa y solemnidad... Una sociedad que se mueve entre las grandes celebraciones y saraos, con fantasías lumínicas para celebrar las victorias del emperador, el paso habitual de las cuerdas de presos camino a Francia y las penurias económicas del contexto bélico que se vivió durante todo el periodo.

En definitiva; una época en la que nuestra ciudad, desolada después de unos dramáticos asedios, tuvo que ser fuerte y levantarse sobre las ruinas para construir el mañana que disfrutamos hoy.

Creo que el lector se verá envuelto en un ambiente sombrío (aunque a veces exageradamente luminoso), de esta Zaragoza de la ocupación y se sentirá atrapado hasta la última página de este libro.

Espero que disfruten con la lectura.

Gonzalo Aguado Aguarón
Presidente de la Asociación Cultural
“Los Sitios de Zaragoza”



Logotipo del bicentenario de la liberación de Zaragoza (1813-2013).

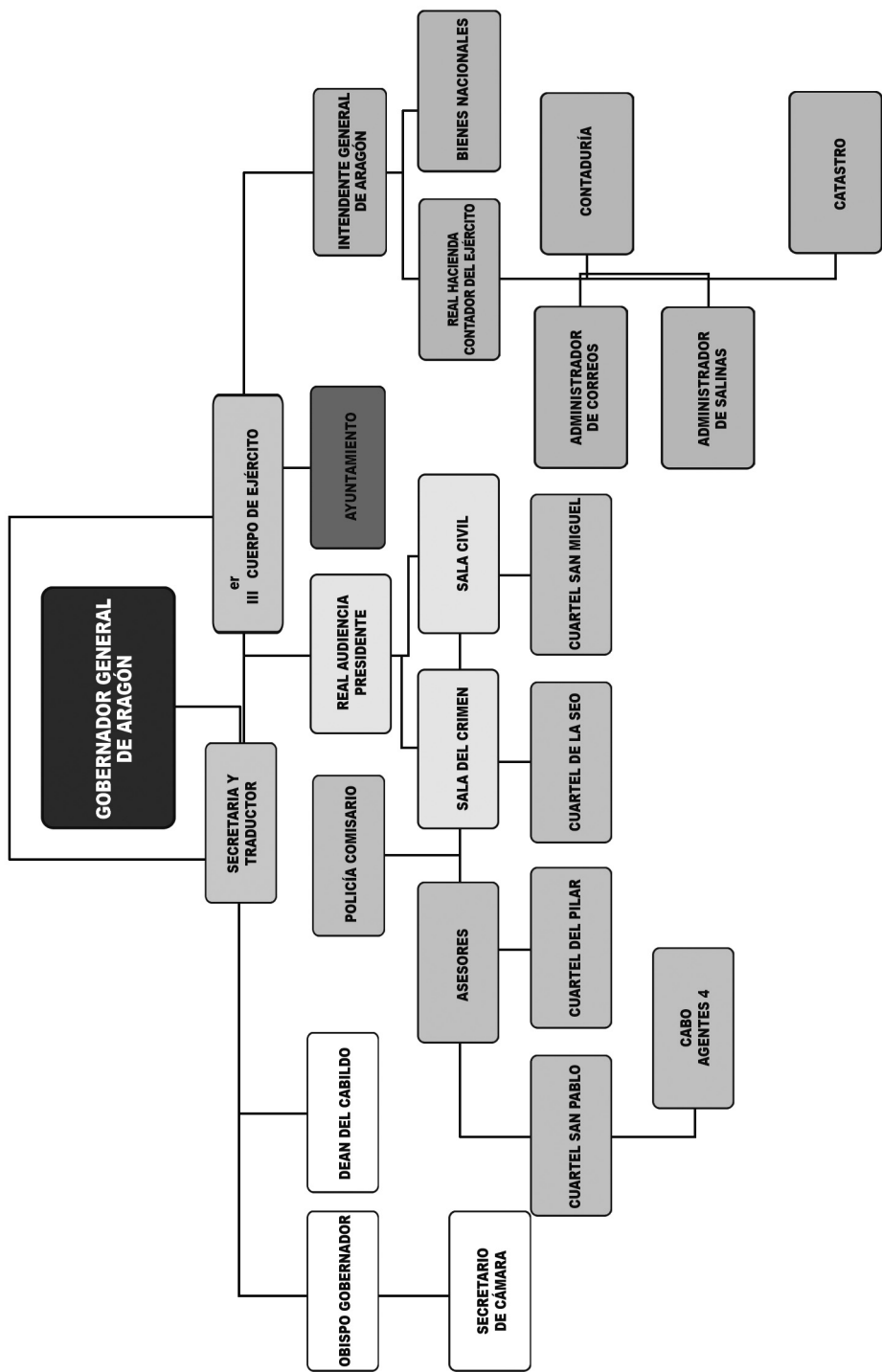
La ocupación francesa de Zaragoza (1809-1813)

El gobernador Suchet y la guerra psicológica.
Acción y propaganda en la capital aragonesa.

XXVI Premio Especial de Investigación Histórica
Ayuntamiento de Zaragoza

por

Jaime Latas Fuertes



EL PODER EN ARAGÓN EN 1810

EL PODER EN ARAGÓN EN 1810. LOS NOMBRES

Gobernador General de Aragón	Louis Gabriel Suchet
Secretaría	Francisco Larreguy
Traductor	Mariano Marco
Gobierno Eclesiástico	Miguel Suárez de Santander
Secretario de Cámara	Pedro Pascual y Castellanos
Deán del Cabildo	Ramón Segura
Comisario de Policía	Mariano Domínguez
Asesores Policía	José Chueca Pedro Miguel de Catarecha
Tenientes de Policía	Salvador Fonz Miguel Jaime Mariano Castellón Pedro Rodríguez
Real Audiencia	José Villa y Torres
Sala del Crimen	Juan José Rodoguera José Guadalupe
Fiscal del Crimen	Diego de Val
Fiscal Civil	Pedro Ruiz
Regidor Ayuntamiento	M. Domínguez
Intendente General	Luis Menche
Bienes Nacionales	Burillo
Contador del Ejército	Luis Gainza
Tesorero	De la Madrid
Admón. Correos	Serrano



Jaime Latas Fuertes recibe, en 2011, el premio de manos de Mª Dolores Serrat, actual Consejera de Educación, Universidad, Cultura y Deporte del Gobierno de Aragón.
Foto Pedro L. Laborda.

Durante las horas más oscuras de la noche del día 1 de junio de 1810 una mano anónima tomará brocha y pintura y escribirá estas tres palabras sobre la “linterna de la obra nueva de la Seo”: ¡MIERDA PARA FRANCIA! Este insulto sin firma en la pared de la catedral zaragozana desatará las iras de los ocupantes, y por increíble que parezca a solo un año de la defensa numantina del último Sitio pasará a ser uno de los pocos actos públicos de resistencia de la ciudad frente los invasores y su gobierno intruso durante los casi cuatro años y medio que duró la ocupación.

Una ocupación de la capital aragonesa, que como tema de estudio apenas ha podido captar una mínima atención de los historiadores de la llamada Guerra de la Independencia, los cuales, atraídos y arrebatados por la irresistible fuerza mítica de los hechos acaecidos durante los llamados Sitios de Zaragoza, han venido a despreciar o ignorar, precisamente, la consecuencia más inmediata de esa dura batalla que no es otra que el establecimiento de un nuevo orden, un nuevo gobierno y una nueva dinastía, tanto en Aragón como en casi toda España.

Cuatro años y medio estuvo Zaragoza bajo la administración napoleónica y josefina. Nada menos que cincuenta y cuatro meses que, a diferencia de los Sitios (que duraron cinco meses), apenas han dejado rastro en la ciudad ni en sus ciudadanos, ni en su historia ni en su imaginario colectivo. Casi cinco años, en definitiva, perdidos en el limbo de la memoria y desconocidos por la historia y los historiadores (escasamente media docena de ellos han publicado algo sobre la ocupación de la ciudad: Bayod, Maestrojuán, Mercader, Buesa, Armillas, Peiró, Solanot o Sorando). ¿Pero realmente ocurrió algo en Zaragoza entre 1809 y 1813 que merezca la pena conocerse? ¿Fue una ocupación sangrienta donde la represión ahogó la ansias de libertad de los zaragozanos, o éstos entregaron sus conciencias y se comprometieron a fondo con el nuevo orden?

Y la ciudad conquistada, ¿cómo pudo renacer de sus cenizas?, ¿cómo pudo sacudirse la peste y abrir sus iglesias y palacios?, ¿quién fue capaz de administrar tanta ruina? Y el pueblo zaragozano, ¿cómo se adaptó a los nuevos tiempos?, ¿cómo vivía, cómo se alimentaba, rezaba, administraba, pagaba impuestos, curaba sus heridas, o encarcelaba a sus delincuentes? En definitiva, ¿cómo fue la ocupación?

Durante todo ese largo tiempo Zaragoza recuperó su perdida corte y el templo del Pilar lució espléndido como nunca para sus nuevos amos. Durante esos años la ciudad se ensanchó por los nuevos paseos, mantuvo su Compañía Cómica como en sus mejores tiempos, creó su cuerpo de bomberos, se regaló toros y bailes populares, se iluminó como nunca más lo ha vuelto a hacer. Durante todo ese tiempo por la ciudad corrió el dinero (siempre lo hace en la retaguardia de los frentes de guerra), las nóminas de los numerosos funcionarios y soldados se pagaron como nunca, sin retraso alguno, se vacunaba gratis contra la viruela; y se daban becas para los artistas de la Academia de San Luis, o donde una eficaz policía mantuvo el orden y la ley reduciendo los delitos comunes al mínimo. Una ciudad que, de mano de un poder extranjero, recuperó su antiguo esplendor y volvió a ser capital de un Reino, con su palacio y corte donde residía y reinaba, por delegación del emperador del mundo Napoleón, un auténtico virrey: Louis Gabriel Suchet, gobernador general de Aragón.

A la vez, durante todo ese mismo tiempo, se prohibieron tocar las campanas, se cerraron comercios y se abrieron nuevas cárceles, se pasó hambre, se prohibió el salir de la ciudad sin pasaporte, se persiguió al disidente, se estrujó, llegando al chantaje, al contribuyente con impuestos y exacciones, se fusiló en el Coso y en Torrero y hubo que aceptar a una nueva dinastía (también francesa), y un nuevo orden, que al igual que el antiguo acabó sojuzgando y sometiendo al ciudadano bajo su ley.

Todo esto pasó y todo esto vamos a contarlo en estas páginas. Todo esto pasó durante la ocupación francesa de Zaragoza de 1809 a 1813.

MÁS ALLÁ DE LA GUERRA. CÓMO OCUPAR UNA NACIÓN

Zaragoza había capitulado ante el ejército invasor después de sostener dos terribles asedios que acabaron el 20 de febrero de 1809. La derrota de la capital arrastró consigo la caída en manos francesas de todo el antiguo Reino de Aragón y la ocupación inmediata del valle del Ebro hasta su desembocadura, o al menos, de la mayor parte de su territorio que era el más productivo; solamente algunas zonas de montaña sin importancia estratégica quedaron en manos de los restos del ejército español.

Pero tras la batalla militar, aparece siempre el pueblo expectante al que las nuevas autoridades tendrán que pacificar, servir y administrar, ya que el país conquistado deberá ser ofrecido, cual si se tratara de una nación libre y civilizada, a una nueva dinastía, los Bonaparte, que había fundado Napoleón, el emperador de los franceses. Por lo tanto, el objetivo estratégico y primordial que las armas del gobernador francés de Aragón, conde de Suchet deseaban rendir y conquistar no era otro que el alma y el espíritu de la comunidad española, o más específicamente aragonesa, ubicada en el ámbito de su responsabilidad en el gobierno de Aragón.

Para ello sustituirá parcialmente los métodos bélicos convencionales por otros de presión anímica o de propaganda destinada a vencer la voluntad de resistencia del enemigo. Las actuaciones del gobierno de Suchet nos van a situar en lo que modernamente se ha llamado acciones de guerra psicológica, que consisten en el empleo metódico de la propaganda sobre los ejércitos contendientes (el propio y el del enemigo) y la extensión del conflicto a todos los ciudadanos buscando el sometimiento del adversario sin el empleo físico de las armas.

Esta es la definición que encaja en las acciones del gobierno de Suchet en la Zaragoza ocupada. La nueva batalla planteada será una larga, metódica y continua guerra de opinión y propaganda, donde el gobernador se mostrará como un consumado maestro y especialista en este tipo de contienda en la que, finalmente, acabará venciendo.

Este tipo de actuación o recurso armamentístico requiere de un gran conocimiento de la psicología social o de masas, y necesita, además, del estudio y control de la naturaleza humana que interactúa y se manifiesta en la sociedad donde vive y se desarrolla. En definitiva, busca el dominio de los mecanismos que mueven la con-

ducta de los grupos o de la propia sociedad y su manipulación. Cuando esto se consigue la batalla está ganada, y el ciudadano y toda la sociedad acaban por someterse a la autoridad que los manipula. En definitiva, el “control de masas” por una jerarquía concreta o, incluso, por varias paralelas, va a ser el arma primordial de la guerra psicológica tal y como se desarrolló en la ciudad del Ebro.

La tipología del conflicto que se desencadenó por la ocupación y el dominio del viejo reino aragonés nos lleva a reconocer en él un claro concepto de guerra moderna y actual que, curiosamente, fue desarrollado, estudiado y puesto en práctica en la conquista de Argelia por Francia en la que fue la primera experiencia colonial del siglo XIX. Sus impulsores, Valée y sobre todo Bougeaud, adoptaron la “política de ocupación” que había implantado Suchet en Aragón; una mezcla de intimidación y apoyo popular todo ello dentro de una clara estrategia de sumisión basada en la guerra psicológica.

Ciento cincuenta años después de los acontecimientos que vamos a relatar dos oficiales, también franceses, iban a crear el modelo llamado “Doctrina francesa de la contrainsurgencia” fundada en la guerra psicológica, la propaganda y el control de masas y que revolucionó la estrategia militar a finales del siglo XX. Los creadores de este nuevo enfoque de las acciones de guerra fueron el teniente coronel Charles Lacheroy y su compañero Trinquier, los dos participaron como combatientes en la guerra de independencia de Argelia.

“En la guerra moderna, dirá Trinquier, el enemigo es lo más difícil de definir. Ninguna frontera material separa los dos campos. El límite entre amigo y enemigo está en el seno mismo de la nación, en una misma aldea, y a veces, en una misma familia. Con frecuencia es una guerra ideológica, inmaterial, que sin embargo es imperativo determinar si queremos alcanzar certeramente al adversario y vencerlo”.

Suchet sí venció en esta peculiar forma de guerra, y la sociedad aragonesa cayó rendida a sus pies; el alma de una ciudad que un año antes había resistido al mejor ejército del mundo acabaría siendo sustituida por otro tipo de conciencia donde la supervivencia se imponía al honor, el trabajo y la reconstrucción a la aventura, la sumisión pacífica a la resistencia armada. ¡Los ciudadanos habían pasado, en apenas unos días, de héroes a vasallos, de leones a corderos!

Este cambio radical no fue espontáneo y libre, sino que fue fruto de una larga, continua y tremenda lucha de conquista psicológica, donde el poder francés puso en esta batalla ingentes recursos económicos, organizativos y personales (hasta la propia esposa del gobernador fue utilizada en esta peculiar trama dispuesta por su marido).

Miles de francos y de reales de vellón circularon por la ciudad pagando toros, haciendo la entrada franca al teatro, montando espectáculos de luz y colores, quemando numerosas colecciones de fuegos artificiales, alimentaron banquetes, bailes y saraos, se abrieron y cerraron cárceles, se publicaron bandos, pasquines, sonetos y églogas, se dieron te deum en el Pilar y... hasta se cantaron jotas a Suchet.

Todas estas actuaciones fueron planificadas y ejecutadas desde el poder, no había nada casual, todo estaba bajo control de la policía, del Ayuntamiento, del gobierno intruso, en definitiva, de Suchet.

LOUIS GABRIEL SUCHET

Louis Gabriel Suchet Jacquier de Terrebase nace en la ciudad de Lyon el 2 de marzo de 1770. Su padre se llamaba Jean Pierre Suchet y de su madre no conocemos otra circunstancia que la de su nombre: Marie-Anne Jacquier de Terrebase. Fruto de este matrimonio nacerán, además de Louis Gabriel, un hermano y otra hermana de nombres Gabriel y Catherine.

Sus padres tenían un comercio de telas de seda y, por las fechas y su pertenencia a la pequeña burguesía, cabe pensar que veían con buenos ojos los sucesos revolucionarios a que se hallaba sometida Francia. Esta buena posición de la familia le permitió alcanzar cierta formación (latín, historia y retórica) como se desprende de sus escritos en la importante correspondencia militar que se conserva o en sus intervenciones en la Cámara de París como par de Francia.

Su padre fallece en Lyon en 1790 a la edad de 65 años, esta circunstancia y las necesidades de tropas que el nuevo régimen revolucionario necesitaba por hallarse enfrentado a todos sus vecinos, hará que Suchet abandone el trabajo que sus padres le ofrecían en el negocio familiar, para egresar con 21 años en la caballería de la Guardia Republicana. Su tardía incorporación al ejército coincidiendo con la muerte de su padre nos hace creer que durante un tiempo trabajó en el negocio de la seda asociado con su hermano, incluso algunos autores afirman que hay que buscar en esta experiencia sus buenas cualidades como administrador.

Hará carrera en el ejército imperial, donde conocerá a Napoleón en el sitio de la ciudad de Tolón, en la temprana fecha de 1793, al que unirá su destino para siempre. Tras los éxitos de su carrera militar acabará siendo el único general en la guerra de España al que Napoleón ascienda al grado de mariscal del imperio.

En 1807 Suchet asegura su fortuna (durante la campaña de Polonia del año anterior el emperador le había condecorado con el Águila de la Legión de Honor y recompensado con 20.000 francos, asimismo aumentó su patrimonio con un dominio sobre el distrito de Magdebourg en Wesfalia), con este dinero adquiere el castillo de Saint-Just Vernon, también comprará dos casas en París. Económicamente solvente ahora solo le falta un título de nobleza que está al caer, y Napoleón lo nombra conde del imperio en 1808.

Hay que recordar que durante el imperio la vieja nobleza se iba emparejando con los hijos de la revolución, y siguiendo este ejemplo Suchet se casa en París el 16 de noviembre de 1808 con la joven de 18 años Honorine de Saint-Joseph, proveniente de una rica y conocida familia de la Provenza. Con este matrimonio el nuevo conde emparentará con el emperador, ya que la madre de Honorine es hermana de Julia Clary, esposa a su vez de José Bonaparte hermano mayor de Napoleón y que será luego nombrado rey de España como José I.

Louis Gabriel, conde de Suchet, entra así a formar parte de la familia del emperador, incluso cabe pensar que, dado el gran aprecio que el emperador mostró siempre por Suchet, la boda tenía todas las bendiciones del propio Napoleón.

A pesar de la diferencia de edad, Suchet era 20 años mayor que Honorine, la pareja se compenetrará perfectamente y el matrimonio permanecerá estable y unido hasta la muerte del mariscal. Su mujer, como postrero homenaje, se encargará de editar las memorias de su admirado marido y compañero de fatiga en los campos de batalla de España donde ella siempre le acompañaba.

Del matrimonio nacerán tres hijos, los dos primeros concebidos en España:

- Luise Honorine Suchet nacerá el 5 de mayo de 1811, heredará el título de duquesa de la Albufera y fallecerá en 1885
- Louis Napoleón que nacerá en París en 1813 y llegará a ser par de Francia.
- Marine, la tardana, nace en 1820 y lamentablemente morirá en 1835 con 15 años.

Suchet iniciará su periplo en España con 40 años, padeciendo, como soldado que era, algún percance importante que le afectaran durante su dura y prolongada campaña militar. Primero recibirá una leve herida en el pie, en el que será su bautismo de fuego durante los combates en el Bajo Aragón en 1809. Después, el prestigioso general sufrirá en Zaragoza, la ciudad donde él era gobernador, un posible infarto del que se sobrepondrá sin más consecuencias (en efecto, el 16 de agosto de 1810 Suchet padeció lo que el cronista Faustino Casamayor diagnosticó como “*una sofocación al pecho*”). Este contratiempo tuvo la gravedad necesaria como para llamar a

toda prisa al cirujano mayor y llevarlo a presencia del conde “*a causa de haber enfermado de bastante riesgo*”.

Dos años más tarde la salud del general se volverá a poner a prueba en otro momento por una molesta fístula en el ano. El interés y el afecto que el emperador tenía por Suchet obligará a éste a mandar a su propio cirujano monsieur Boyer a la ciudad de Valencia recién conquistada. El cirujano Boyer le tratara la fístula que le importunaba grandemente (esta herida tan inoportuna fue la que le impidió viajar a Francia para tomar posesión de la dignidad de mariscal que Napoleón le había concedido). La intervención del cirujano Boyer debió de ser satisfactoria, pues Suchet, una vez recuperado de su dolencia, permitirá la vuelta a Francia del cirujano. Este hará el camino con el general Robert y mucha escolta y en su estancia en Zaragoza, camino de la frontera, se alojará en el palacio de su excelencia el día 16 de abril de 1812.

Suchet abandonará España en marzo de 1814, tras conocer los términos del tratado de Valencey y ser llamado a la defensa de Francia ahora invadida por los ejércitos aliados. Todavía continuará sirviendo al emperador, como un hombre fiel, hasta la definitiva caída de éste al año siguiente.

Hombre moderadamente culto, cumplidor con los preceptos religiosos, era muy aficionado a la cartografía militar, siendo su mejor amigo y compañero su propia esposa Honorine.

De los rasgos de su personalidad lo más destacable es sin duda su gran pragmatismo y la frialdad con que acometía la solución de los problemas fueran cuales fueran éstos: igual iba a misa, con pompa y esplendor, a rendir pleitesía a la Virgen del Pilar de Zaragoza, que encarcelaba sin pizca de compasión a todo el Cabildo de la ciudad. O igualmente regalaba un manto para el culto de la Virgen, haciendo exhibición pública de su fe católica, a la vez que no le temblaba el pulso en mandar pasar por la armas a numerosos religiosos tras la conquista de Valencia. Por actuaciones como estas podemos colegir, como para él, la práctica de su fe era puesta siempre en un segundo término relegándola a los intereses políticos inmediatos. Por encima de todo, incluso de su religión, estaba el poder y las ordenes del emperador, en esto era extremadamente inflexible.

Suchet muere, tras una larga enfermedad, en la propiedad de su mujer el castillo de Saint-Joseph el 15 de enero de 1826 a la edad de 56 años. Su viuda Honorine le sobrevivirá largamente¹.

El general Saint-Cyr Nugués, que durante la campaña del Ebro fue su jefe de Estado Mayor, hace de él una reseña corta y elogiosa que intenta describir a la persona;

Alto, noble, dulce... *“Il était d’une taille élevée, d’une figure noble et douce... Il avait de la sensibilité, de l’imagination, et entre autres qualités, un esprit de justice et d’indulgence... Dans l’intimité il était bon, facile et confiant, il appréciait l’attachement, tenait compte du zèle et surtout du succès”*².

Los hechos nos demostrarán si esta visión de Saint-Cyr era la correcta, los hechos que vamos a relatar nos van a presentar a un hombre mucho más complejo y a veces... mucho menos dulce de cómo lo retrata Saint-Cyr.

Pero antes que nada es obligado conocer algo más de la biografía de Louis Gabriel Suchet, el conquistador de Lérida, Tarragona y Valencia, uno de los generales más admirado por Napoleón, que llegó a ser, nada más ni nada menos, que el auténtico virrey de Aragón.

EL MILITAR

El mariscal Suchet es sin duda uno de los militares franceses en España al que la historia ha acreditado y mantenido la reputación más alta de todo el imperio napoleónico. En sus escasos apuntes biográficos vemos los logros de su carrera y será en España donde alcance la máxima distinción militar francesa que es el grado de mariscal.



Escudo heráldico de Suchet Duque de la Albufera.



El escudo original.

Repasemos, pues, aunque sea sucintamente, los éxitos y grados alcanzados por este mariscal de Francia tan querido por el emperador.

Su impresionante hoja de servicio comienza a los 21 años cuando se alista en la caballería de la guardia nacional del Ródano. En 1792 ya ostentaba el grado de capitán, y poco más tarde ascenderá a comandante. Con este grado combate en el sitio de Tolón donde captura al general británico O'Meara. Por esa acción fue presentado a Bonaparte quien, desde ese momento, siempre tendrá una magnífica opinión de Suchet y le favorecerá en su carrera militar.

Incorporado al ejército de Italia en 1796 es herido dos veces. Luego hará la breve campaña suiza como jefe de Estado Mayor, ascendiendo a general de brigada en marzo de 1798.

Al año siguiente continua su vertiginosa carrera, siendo nombrado en Italia general de división y jefe del Estado Mayor del mariscal Joubert, donde contribuiría a la victoria de Marengo.

En 1802 se le nombra inspector general de infantería y al año siguiente tomará el mando de la IV división de Saint Omer en el campo de Bolonia. En la Campaña de 1805 se encuentra bajo las órdenes de Soult, distinguiéndose en Ulm, Hollabrunn y Austerlitz. En 1806 su división vuelve a combatir brillantemente en Saalfeld, Jena y Pultsk.

Después de la paz de Tilsitt se concentra con sus tropas en Silesia y en 1808 es nombrado conde del imperio. Con este título comenzará su nueva campaña en tierras de España bajo las ordenes del mariscal Mortier donde llega a tiempo de tomar parte del segundo asedio de Zaragoza³.

Rendida la ciudad se dirigía a Castilla con el V cuerpo, cuando un correo militar le dio la noticia de que había sido destinado a la Comandancia de Aragón al mando del III Cuerpo de Ejército. Este ejército se hallaba bastante maltrecho y en poco tiempo el general supo ponerlo en situación de combate.

El verano de 1809 Zaragoza es amenazada de nuevo por las vanguardias del ejército español mandado por Blake quien será, repetidamente, derrotado por Suchet en las batallas de María y Belchite y del Bajo Aragón. En Calanda y Alcañiz ocupa toda la línea del río Guadalope y del Bajo Ebro, después vuelve sus tropas contra los insurgentes del Alto Aragón y del Moncayo, sometiendo todas estas tierras a la jurisdicción francesa. Con la toma de Mequinzenza al año siguiente, todo el territorio aragonés (Teruel vendrá después) es arrebatado al ejército español.

El año 1810 es el año del triunfo, donde Suchet brillará con luz propia. Tomará la ciudad de Lérida y la fortaleza de Mequinenza, posteriormente hará sitio a Tortosa y todo el Ebro, desde Tudela a la desembocadura, estará en sus manos.

El terrible asedio de Tarragona y su toma final por las tropas de Suchet le confieren la aureola de invicto. Gracias a esta victoria alcanzará el grado de mariscal del imperio. Es reclamado en otro frente que, hasta ahora, se les resistía a las tropas imperiales como es el de Valencia. En octubre vencerá de nuevo al general Blake en Sagunto. Tres meses más tarde la ciudad de Valencia caerá en sus manos y Louis Gabriel Suchet, en la cumbre de su carrera, recibirá el título de duque de La Albufera.

Llega el año 1813 y las derrotas de los ejércitos franceses se suceden una tras otra, Suchet se repliega hacia Cataluña y será el último general- mariscal que abandone España. Su retirada la hace en orden y dejando prácticamente abandonadas a su suerte guarniciones en algunas plazas fuertes que le cubrirán sus espaldas; Tortosa, Jaca, Mequinenza o Figueras irán cayendo una a una sin que el mariscal haga nada por evitarlo.

En Francia participa con el mariscal Soult en la batalla de Toulouse, pero en el mes de abril abdicó Napoleón siendo confinado en Elba. Suchet, todavía con mando efectivo en tropa, duda qué hacer y sin decidirse abandonar Cataluña ni internarse en Francia, escalona sus fuerzas entre Figueras y Perpiñán. El 13 de abril manda al general Lamarque que destruya el fuerte de Rosas y se retira hacia Narbona con la mayor parte de sus tropas. Algunos restos de ellas todavía permanecían en Barcelona, Hostalrich, Tortosa, siendo el castillo de San Fernando de Figueras el último lugar que abandonen los franceses en mayo de 1814. La guerra en España, donde tanta gloria militar y prestigio político alcanzó, había acabado.

En junio de 1814 llega la Restauración y Luis XVIII le nombra comandante militar y par de Francia. Pero su admirado emperador vuelve de Elba y Suchet se pone de nuevo bajo sus órdenes, encomendándole éste la misión de sostener, con el ejército de Saboya, los pasos de Italia. La derrota del emperador le arrastrará en su caída, perdiendo todos sus privilegios, que le serán repuestos en 1819.

Varios apuntes biográficos aseguran que Suchet volvió a pisar suelo español en 1823 acompañando a los soldados franceses, los “Cien Mil Hijos de San Luis”, que habían invadido España para restaurar el absolutismo. Aunque, esta vez, las tropas francesas apenas hallaron oposición y no habrá brillantes batallas ni más triunfos militares que añadir al largo historial del mariscal Suchet. Otros autores, como Jerome

Croyet, niegan que Suchet llegara a desplazarse a España con la expedición, por encontrarse convaleciente de una larga enfermedad en Montredon donde fallecería tres años más tarde.

Por sus méritos, el emperador le concedió el Gran Cordón de la Legión de Honor, El título de comendador de la Orden de San Enrique de Sajonia, fue nombrado caballero de la Corona de Hierro y gobernador del palacio imperial de Laken, y destacando entre todos los títulos el de duque de La Albufera por la conquista de Valencia (este último ha sido el más usado y preferido por sus descendientes).

Napoleón le tenía en gran estima y es famoso el comentario que hará de él en su retiro de Santa Elena “*C’est un homme qui, s’il était venu près de moi à Waterloo, aurait de suite tout compris... Si j’avais eu Suchet à place de Grouchy, je n’aurais pas perdu Waterloo*”. No en balde a este oficial le cupo el honor de ser el único general francés que fue ascendido en España.

EL ADMINISTRADOR

Nadie le discute al conde su condición de magnífico militar y todos valoran, Napoleón el primero, sus logros que se traducen en numerosas batallas ganadas para el imperio. Pero hay otro atributo que lo diferencia de cualquier otro general que pisó tierras españolas, siendo éste su nombramiento y su función como gobernador general de Aragón.

La aptitud de este hombre para un cargo político-administrativo y el desempeño de éste en unas condiciones de extrema necesidad, hicieron de Suchet una de las personas más admiradas por el propio Napoleón y de alguno de sus enemigos que no dudarán en hablar bien de él, como es el caso del mismísimo Fernando VII.

Su carácter, su capacidad de gestión y administración, puesta a prueba en las difíciles circunstancias españolas, serán reconocidas por el emperador que dirá de él: “*Si tuviera dos gendarmes como Suchet en España no solamente habría conquistado la Península, además la habría conservado. Su espíritu justo, conciliador y administrativo, su táctica militar y su bravura, le habían hecho obtener inmediatos éxitos. Estaba enojado por que los soberanos no podían improvisar los hombres como aquel*”²⁴.

Indagando en la propia biografía de Suchet encontraremos numerosos indicios y detalles que hacen del conde una persona oportunamente preparada para gestionar,

organizar y administrar cualquier ciudad, estado, provincia, regimiento o cuerpo de ejército. Su capacidad quedó demostrada numerosas veces y era más que reseñable.

Dejando de lado sus años jóvenes, donde pudo adquirir alguna experiencia en el comercio de sedas de su padre (se sabe que fundó la empresa “Suchet Frères” a la muerte de éste), vemos cómo Suchet formó parte de diversos estados mayores, primero con el general Brune y después con Joubert. Y todos sabemos que la tarea fundamental de los estados mayores (cuerpo militar de reciente creación entonces), no es otra que la de evaluar, planificar y prever las necesidades, tanto de tu propio ejército como el del enemigo, para hacer más fácil las decisiones del jefe operativo de las fuerzas. Por ello, todos los que pasan por los estados mayores adquieren un gran bagaje técnico-organizativo y una visión global del campo de batalla. Su trabajo consiste, principalmente, en analizar, organizar, administrar y cuantificar (hay que saberse los números, sobre todo los números) todo lo referente al ejército, desde la logística a la la predicción del estado de ánimo de los contendientes.

Pero es que además fue nombrado administrador general de Génova y Luca, desde donde participaría en las últimas acciones de la campaña italiana. En el año 1802 es elevado al cargo de general inspector de infantería, grado y oficio éste de claros perfiles administrativos, alejado de los puestos puramente de combate.

Al año siguiente, y después de dirigir los trabajos del puerto de Vimereux, se trasladó a Bélgica donde se convirtió en gobernador del Castellet de Laken. En el año 1806 tomó la responsabilidad de mandar las tropas de ocupación de la disputada región de Silesia. Como podemos ver, Suchet se iba mostrando como un general completo, que era capaz de conquistar primero y organizar la conquista después.

Por tanto, su biografía avala la decisión que Napoleón tomó el 9 de junio de 1809 cuando hace que el rey intruso José I nombre gobernador general de Aragón y comisario regio al general Louis Gabriel Suchet. Unos meses más tarde, el 8 de febrero de 1810, será Napoleón el que por medio de un decreto desligue plenamente la autoridad de Suchet de la su hermano José I, haciendo depender esta autoridad directamente del emperador.

Con este decreto Suchet prácticamente es nombrado virrey en Aragón⁵, de igual manera que el mariscal Augereau y Macdonald su sucesor, quienes desempeñaban idéntico cargo en el principado de Cataluña. Ambos, siguiendo las instrucciones de Napoleón, actuaban políticamente independiente del rey José, existiendo, solamente, una cierta colaboración militar con el rey intruso según las necesidades de la guerra. El mismo José I dirá de Suchet “*Jefe militar muy distinguido y administrador muy*

*hábil, él es capaz en las ricas provincias de España de poder abastecer todos los servicios de su ejército, sin esquilmar demasiado la población. Hizo posible observar una estricta disciplina a sus tropas y de inspirar la confianza de sus habitantes”*⁶.

A partir de la toma de Lérida y con Aragón inmerso en un proceso de pacificación que mantenían sujetas las poblaciones más importantes a los nuevos amos, Suchet se entregó con decisión a conquistar el sur de Cataluña. A mediados de 1811 Lérida, Tarragona y Tortosa estaban bajo su batuta, esta realidad hizo que fuera el propio Suchet el que entendiese de los asuntos civiles e impusiese en esta zona el mismo estatuto jurídico que adoptó antes para las ciudades de Aragón. Por tanto, toda Cataluña meridional quedó desgajada de la organización que regía en el resto del principado.

El desplazamiento del ahora mariscal hacia Levante desde el comienzo de 1812 coincide con la reorganización del principado por Napoleón tras los decretos imperiales del 26 de enero y 2 de febrero. El deseo del emperador se cumplirá y Cataluña se convertirá en un departamento francés de régimen napoleónico.

La conquista de Valencia y el establecimiento de la nueva administración a imagen y semejanza de su particular gobierno de Aragón (a donde exportará algunos funcionarios que tan bien le habían servido en Aragón, como Agustín de Quinto o Pedrosa), no llegara a rendir los frutos que él esperaba, pues el ejército francés no puede consolidar las conquistas y acabará retirándose en 1813.

Administrar una quinta parte de España, la iberolevantina, es una tarea complicada, casi imposible por tener que simultanear esta administración con la guerra. A pesar de estas dificultades, se mostró eficaz en la administración, impávido en la recaudación de impuestos y exacciones, implacable en las ordenes de Napoleón, estricto en la administración de justicia, pragmático con los colaboracionistas, exigente con las tropas, calculador con las reformas, defensor de la tradición, benevolente con los sumisos. Así actuó Suchet en Aragón, Cataluña y Valencia, así se ganó un reino y su fama de buen administrador que le acompañará para siempre.

SUCHET EL RECAUDADOR

Ya hemos visto al hombre, al político, al militar, nos falta analizar su actuación como recaudador, una de sus actividades más interesantes y complejas de las que salió airoso, y que debido a su dificultad mejor da la medida del hombre que fue capaz de llevarlas a cabo.



Suchet como jefe de batallón en 1795. Gilles Marie Joseph Albrier.

Es el comentado decreto del 8 de febrero de 1810 el que marcará prístinamente las directrices y el objetivo principal del gobierno general de Aragón, el artículo 4.º dirá:

Todas las rentas de Aragón así de impuestos ordinarios como de extraordinarios se recaudarán en la caja del Pagador francés, para acudir al pago del sueldo de las tropas y á las expensas de su manutención; en su consecuencia, desde el primero de marzo próximo el Tesoro público no embiará fondo alguno para el servicio de sus Tropas estacionadas en toda la extensión de aquel gobierno.

Este artículo no hacía otra cosa que poner como ley para los vencidos aragoneses la máxima del emperador que decía que “la guerra tenía que vivir de la guerra” y Suchet se aplicó en su cumplimiento de una manera tan brutal como eficaz. De otra parte, el gobierno de París nunca estuvo en disposición de proveer por su cuenta a los ejércitos imperiales que operaban en España, salvo la excepción que señala Mercader Riba de Cataluña, donde sí se enviaron víveres desde Francia para evitar la caída de Barcelona, o las ayudas intermitentes a las arcas de José I.

La guerra había llevado el caos y la ruina a la totalidad de la sociedad aragonesa, los campos sin sembrar, los ganados menguados y dispersos, los árboles talados, el flamante canal fuera de servicio, las reservas consumidas, en definitiva la ruina. Esta

era la dura realidad de la que tiene que partir Suchet para alimentar y pagar la soldada a su ejército.

Comienza la tarea reforzando la administración especializada en la recaudación de impuestos, y nombrando una Junta de Subsistencias con la misión de mantener al día los suministros para el ejército, los hospitales y la guarnición.

Decreta una amnistía (el 8 de noviembre) en un intento de congraciarse con sus súbditos y acelerar la normalidad en la vida cotidiana, en el preámbulo manifiesta “su deseo de alejar los males de la guerra de tan hermosa provincia”

Realiza un Cabreo (inventario) con el fin de recoger y controlar las propiedades que el clero regular detentaba en ese año de 1809 (en él aparecen 39 comunidades propietarias que concentraban un total de 3.300 Ha de tierras repartidas por el regadío zaragozano).

Intenta cobrar los retrasos de los impuestos vigentes, esta medida será una de sus prioridades: *“La pronta recaudación de las Contribuciones de toda especie es de la mayor urgencia, para restablecer el orden y la economía en todos los ramos pues de lo contrario no podría sostenerse el cuantioso ejército ni garantizar la manutención de los hospitales”*⁷.

Decretó la contribución extraordinaria de 8 millones de reales cuando lo que pagaba el Reino anteriormente a la guerra no llegaba ni a la mitad.

Nombra a un pagador y recaudador en Zaragoza con el fin de centralizar los ingresos y gastos, a la vez que refuerza la contaduría y la inspección para reprimir los abusos. Como consecuencia comienzan las exacciones, siendo su sujeto pasivo la ciudad de Zaragoza.

Las numerosas tropas que se hallaban en tránsito y su alojamiento reclamaban un sin fin de abastos que debían extraerse de una ciudad en ruinas con su tejido productivo exhausto e inoperante y que casi era incapaz de sostener a sus propios ciudadanos. Pero Suchet se mostraba insensible, y si la ciudad no pagaba, se amenazaba con el embargo, la cárcel o el exilio, por tanto era mejor cumplir hasta llegar a la extenuación: Jergones, paja, maíz, cabezuela, trigo, sábanas, camisas, manteles de hilo, trapos para curas, eran materiales demandados una y otra vez. A veces el Ayuntamiento se quejaba *“El Ayuntamiento quien considerando lo mucho que ha padecido Zaragoza y los pueblos de su corregimiento me ha manifestado la imposibilidad de nuestras entregas”*⁸. La dura realidad se topaba con la intransigencia del gobernador

y los deseos de los corregidores colaboracionistas que incluso a veces, y muy a su pesar, les resultaba imposible el cumplir las órdenes francesas, habida cuenta de la terrible situación de aquel año de 1809, donde escaseaban las provisiones y abundaban los muertos y la peste, que solamente remitió a finales del verano.

El decreto de 20 de noviembre establece una contribución especial conocida como de “Subsistencias”. El importe de esa contribución ascendía a 36.000.000 reales de vellón. Hubo tan grandes dificultades para el cobro que en 1811 Suchet, arrobado por sus victorias, se ablanda y rebaja un poco dicha cifra. El mejor que nadie sabía que los impuestos habían de ser enormes pero factibles de pagarse.

En agosto de 1811 el director general de Contaduría el francés Combe-Sieyes especifica las subsistencias en especie que hay que pagar: *“Las cantidades que corresponden pagar a este pueblo de trigo, legumbres secas, baca, carnero, vino, vinagre, aguardiente, cebada, paja, carbón, leña, aceyte”*⁹.

Lo importante era que el pueblo pagara, pero para que esto pudiera cumplirse necesitaba que el dinero circulara y se reactivara la economía aragonesa. A tal fin Suchet ordenó que los pagos de los sueldos de los militares se verificasen cada cinco días y todas las compras del ejército se pagarán con dinero en efectivo. Sabía que los soldados se gastaban la paga tan pronto como la recibían; de esta manera, además de aliviar la economía aragonesa, disuadían a las tropas de la tentación del robo y el saqueo. El dinero circulante aumentó considerablemente y el gobernador pudo cumplir con sus objetivos recaudatorios.

Hubo otras medidas complementarias que unidas a la relativa estabilidad política intentaron que mejorara la economía. Entre ellas la supresión de la Lotería Nacional, el estímulo de la libertad de industria, el intento por acabar con los monopolios y las aduanas provenientes del viejo régimen, o los distintos planes de actuaciones de obras públicas.

Una de las medidas más importantes de cara a los abastecimientos y al estímulo de la actividad económica fue la reanudación, impulsada por Suchet, de las actividades de la potente y antigua Casa de Ganaderos que había suspendido sus actividades desde el inicio del primer sitio. Este hecho sucede en febrero de 1810 en que la nueva autoridad reconoce la Junta y confirma sus ordenanzas y nombramientos. Este reconocimiento no era gratuito, la Casa de Ganaderos pasaba a ser controlada por el gobernador y su producción de ganado iba a ser puesta al servicio de las propias necesidades de la guerra¹⁰. A su vez, y con idéntico fin, puso en marcha de nuevo el Canal Imperial de Aragón, y sus aguas volvieron a regar la huerta zaragozana, mien-

tras por su cauce más de 15 barcos traían a la ciudad todo tipo de abastecimientos y pertrechos.

En el libro de actas del Ayuntamiento de Zaragoza puede verse la gran cantidad de órdenes que emanaban del gobierno dedicadas al control de la economía, como el reparto para la ciudad de Zaragoza de un total de 1.823.482 reales de vellón para el año 1810. Hay acuerdos relativos al control de alimentos (abril), control del comercio (abril), prohibición de talar árboles y fomento de la agricultura (abril), censo de ganado en agosto (75.000 cabezas menos que en año anterior), prohibición de la exportación de granos (noviembre). Al año siguiente órdenes de hacienda para el control y protección de la cabaña ganadera (febrero), retraso en la cobranza de la contribución (le echa la culpa a la contaduría del Catastro, enero), reparto de acopios (enero), distribución de sal (enero), libertad de comercio (febrero), reparto de carnes (marzo), relación de caudales públicos para su inspección (mayo), venta pública de granos (junio), subsistencia del ejército de la capital (valorada en 4.697.946 reales de vellón, septiembre), y así otros muchos más.

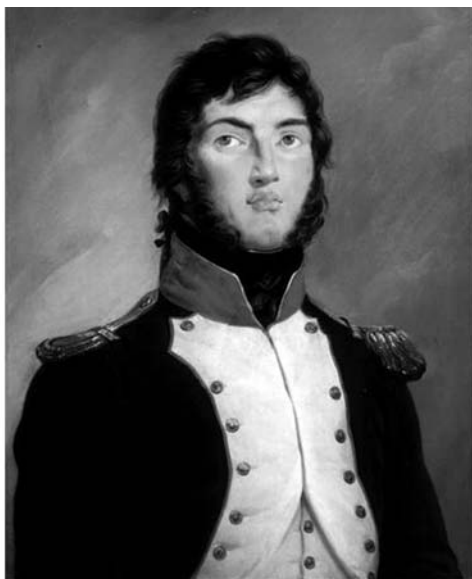
La carta de un labrador de Zaragoza a uno de Lérida publicada en la *Gaceta* nos ofrece una visión desde el pueblo de la realidad del gobierno. La carta, probablemente falsa, dibuja un retrato de la administración colaboracionista muy favorable a ella misma: *“Nuestro general de mal a mal es muy malo, pero de bien a bien con justicia y con razón no puede darse mejor hombre, protege con pasión a la agricultura, vendemos nuestros frutos libremente sin tasa ni precio, nos ha hecho libres de toda contribución por las tierras y campos que cultivamos lo que pagan solo los años”*¹¹.

En Lérida la maquinaria impositiva encabezada por Suchet comenzó a trabajar inmediatamente después de su conquista. Como las necesidades bélicas lo reclamaban, se arbitró una contribución extraordinaria de guerra y a la vez aumentaron en un 17% los impuestos propios y los arbitrios que se atribuían para sí los ayuntamientos. De esta manera se alcanzó la cifra de 3.614.236 francos; que era el triple de un año normal. El conseguir estas cifras en un país asolado por la guerra donde las producciones de bienes y consumos estaban por los suelos solo pudo hacerse ejerciendo una coacción terrible y casi insoportable sobre los ciudadanos; el saldo global del año 1811 arrojó la exorbitante cifra de 7.377.106 francos que era más del quíntuplo de la contribución de 1808. Definitivamente al general no le temblaba el pulso a la hora de reclamar impuestos para su ejército. Y tras la capitulación de Tortosa en enero de 1811 vuelve a organizar sus tropas para la campaña valenciana. El mismo le escribirá a su general París: *“Desde la toma de Tortosa no dejo un instante de ocuparme del cobro de las contribuciones, de los aprovisionamientos y del sueldo de las tropas”*.

Todas estas medidas que Suchet puso en marcha y su demostrada inflexibilidad en temas recaudatorios acabó dando sus frutos, y el gobernador consiguió lo que se había propuesto que no era otra cosa que alimentar al III Cuerpo y liberar a Francia de los costes de la onerosa guerra de España, al menos en el territorio del virrey iberolevantino.

Fue tal la eficacia de sus disposiciones que como cuenta en sus memorias, en plena retirada del derrotado ejército invasor, aún tuvo la previsión de llevarse a Francia la caja del ejército con algo de dinero que le permitió pagar a sus tropas. El III Cuerpo de Ejército y sus plazas fuertes no necesitaron de los suministros franceses para subsistir: el grano, el aceite, la carne, la ropa, las caballerías, el vino, los sueldos, todo lo detrajo de su tierra conquistada, siendo capaz de sobrevivir 4 años con los impuestos de las zonas ocupadas. El historiador D. Lacroix resaltaré sus cualidades: *“Ce qu’on remarquait Chez Suchet, c’était surtout une grande aptitud por l’organisation et l’administration, le rare talent d’entraîner les troupes par son exemple et se les attacher par sa fermeté que par son empressement à signaler les belles actions”*.

El logro de este difícil objetivo, casi imposible de alcanzar en un país destrozado, acabará por dar a Suchet tanta fama como la de sus triunfos militares, todos alabarán su administración a la vez que olvidan los tremendos sacrificios y las penurias que tuvo que soportar el pueblo aragonés para que el señor gobernador pudiera cumplir con sus objetivos impuestos por un emperador alucinado.



Lieutenant Colonel Suchet. Pintado por Vincent Nicolas Raverat.

EL URBANISTA

Suchet tenía que derrotar a un ejército y conquistar una nación, después tenía que ocupar el país y administrar la vida de sus nuevos súbditos. La tarea se presentaba difícil, pues de las derrotas surge un pueblo dolorido y con sed de revancha, al que no solo hay que vencer en el campo de batalla, sino que hay que aprovecharse de los efectos de la victoria, haciendo que éstos se prolonguen hasta que las conciencias se quiebran y surge una nueva lealtad que sustituye a la anterior. El paso que se dio es enrevesado pero no imposible, el vencido acabó transmutado en un nuevo súbdito o ciudadano. Así ocurrió en la Zaragoza ocupada y gobernada por Suchet.

Para conseguir lo anterior, la autoridad lanza una operación de imagen pública donde el viejo orden terminará por desaparecer siguiendo la senda marcada por las ruinas de la ciudad. Una de las armas importantes (luego veremos otras más) de esta operación serán las actuaciones urbanísticas que tuvieron lugar durante la ocupación francesa.

Zaragoza a principios del XIX era todavía el burgo medieval que apenas había rebasado sus murallas. Sus calles estrechas, sus recodos y gallizos desplazaban los escasos espacios abiertos, donde surgían los mayores y mejores edificios públicos que eran las iglesias y conventos estratégicamente repartidos por toda la urbe. Esta estructura arcaica, heredada del medioevo, produce a su vez un comportamiento sociológico que el ocupante va a identificar como enemigo de su ideología, de ahí que piensen que para abrir las mentes a la nueva autoridad primero tendrán que abrir la ciudad misma.

Aunque esta visión de Zaragoza como una ciudad antigua y retrasada no es cierta del todo, puesto que en ella convivían rasgos urbanísticos y arquitectónicos paupérrimos y periclitados junto a otra parte con edificios nuevos que levantaban la admiración de los franceses. Uno de estos edificios, que impresionaron a los ocupantes, es el grandioso templo del Pilar (una hectárea de extensión), otro será la recién construida plaza de toros, o también el inmenso Teatro de la Comedia, o el Hospicio, y sobre todos ellos brillará con luz propia la gran obra del Canal Imperial. Todos eran edificios nuevos, recién terminados que contaban con menos de 40 años de edad. Además, el empedrado público cubría los suelos de casi todas las calles del centro de la ciudad que se estaban reparando desde 1807¹²: Las calles de la La Magdalena, el Pilar, Sombrerería, Platería, Alabardería, Cedacería, San Pablo, Predicadores, Aguadores, San Miguel, La Parra, la plaza del Mercado, La Seo, Azoque, Tripería, y otras muchas más estaban empedradas (tres décadas después se adoquinarán). Incluso antes de la guerra existía una red de alumbrado público con más de 1.600 faroles, que

iluminaba la ciudad, aunque lógicamente estos servicios se habían interrumpido, llegando a colapsar, durante los sucesivos cercos provocados por la invasión.

Pero es fácil engañarse por el desgraciado aspecto que ofrecía la ciudad tras soportar los desastres de la guerra, por lo que las primeras actuaciones de los nuevos amos van a ser las llamadas de policía, donde su propia urgencia anula cualquier otra intención. Había que limpiar las calles de escombros y muertos, ventilar los sótanos y las iglesias, despejar las comunicaciones y facilitar el tránsito. Zaragoza debía lavar la sangre de sus heridas, sacudirse la peste y volver a respirar. Estas primeras intervenciones no esperaron a la llegada de Suchet, primero Lannes, seguido del gobernador militar Laval y después Junot las pusieron en marcha de inmediato.

Esta urgencia va a desaparecer a medida que el recuerdo de la guerra va quedándose atrás y la nueva administración ejerce su actuación pública, que con Suchet va a alcanzar las cotas más altas de eficacia. El cambio político de gobierno iba siendo percibido como permanente, los viejos tiempos y sus instituciones habían quedado atrás, ahora tenían un nuevo emperador, un nuevo rey, un nuevo gobernador y éstos les iban a dar, también, una nueva ciudad.

La remodelación urbanística de Zaragoza que tuvo lugar durante la ocupación no era una novedad, imitaba a las acciones en este campo del rey José I en la corte de Madrid (no en balde unos de los mote de los que se había hecho acreedor era el del “Rey Plazuelas”), las cuales, a su vez, se inspiraban en las que se estaban llevando a cabo en París y que el emperador concluyó en 1810¹³.

La ciudad, a petición de Suchet, fue puesta bajo la protección especial del emperador a efectos de su reconstrucción por medio de una “Letre Patente” según mención de Castillo Genzor en sus “Anales de Zaragoza”.

El gobernador Suchet dio un impulso a estas obras modernizadoras de la ciudad donde iba a situar su propia corte; barrios enteros como el de la Magdalena y el de San Miguel sufrieron la piqueta y diversas iglesias y conventos fueron destruidos por ese afán urbanístico de las nuevas autoridades. El mismo gobernador Suchet sería el promotor e impulsor de la convocatoria de un premio, el 17 de octubre, para “*Hermosear la ciudad y hacer desaparecer las ruinas y escombros, restablecer sus paseos públicos y dar un plan general de mejoramiento*”, premio que quedó desierto y que, en justicia, debería habersele entregado a él mismo. A su vez el general Suchet, constatando los destrozos en el Hospital de Nuestra Señora de Gracia, ordenó agregar terrenos colindantes y realizar obras de adaptación y ampliación en el antiguo hospital de Convalecientes, que vendría a sustituir en sus funciones al antiguo hospital.

Siguiendo esta política de embellecimiento de la ciudad, en febrero de 1811 se llegaron a plantar en Zaragoza 10.000 árboles en los paseos inmediatos a la ciudad (el vivero procedía del concejal Sardaña quien por lo visto no tenía muy claro ni le afectaban las incompatibilidades derivadas del cargo).

Varios proyectos se adoptaron para mejorar y embellecer la fisonomía urbanística de la capital como: la apertura del paseo hoy llamado de la Independencia, el ajardinamiento del paseo Miraflores, la instalación de fuentes públicas como la que se ubicó en el lugar de la destruida Cruz del Coso, la apertura del cementerio de La Cartuja, la iluminación de calles y plazas públicas como el paseo nuevo de San Francisco o la plaza del Mercado, las mejoras en el Teatro y también en la plaza de toros, concluyendo con la reparación y restauración del hospital.

Todas estas obras necesitaron de un gran técnico que las pudiera poner en marcha, y siguiendo la acertada política de Suchet lo buscaron en la misma ciudad. Así pues, en 1811 fue nombrado Joaquín Asensio como arquitecto municipal de Zaragoza, quien llevaba colaborando desde los primeros tiempos de la ocupación con la administración francesa en la reconstrucción de la devastada ciudad. Este técnico aparecerá numerosas veces a lo largo de este relato, bien sea como diseñador de la arquitectura efímera que Suchet puso en marcha en su gran campaña de propaganda, como en los más prosaicos desescombros y remodelamiento de las calles, hasta llegar al proyecto del paseo Imperial, al que la historia siempre caprichosa acabó por bautizar como paseo de la Independencia. Fue tal la implicación de Joaquín Asensio con el gobierno intruso que no tuvo más remedio que acompañar voluntariamente a los franceses cuando abandonaron la ciudad, él era consciente que los zaragozanos le iban a pasar factura por sus actuaciones.

Otras obras públicas fueron puestas en marcha a lo largo de los casi cinco años que duró la ocupación, apareciendo siempre el nuevo gobernador napoleónico como impulsor y promotor, o al menos, como último responsable. Unas fueron hechas movidas por necesidad práctica, como fue el arreglo del puente del Gállego o el castillo de Zuera (las dos obras de indudable interés estratégico militar) o las numerosas reparaciones efectuadas en el Canal Imperial que fue puesto de nuevo en funcionamiento. Otras veces, el interés de las obras estaba motivado por un intento de aliviar a las clases humildes en época de grandes dificultades económicas; este es el caso de la instalación de una fábrica de salitre para cubrir las necesidades de guerra, o el trabajo que les encomendó a los huérfanos del hospital con la fabricación de tejidos.

Otras actuaciones de menos importancia que en Zaragoza, también fueron impulsadas por el gobierno de Suchet y se repartieron a lo largo de toda la geografía ara-

gonesa como en Cariñena, Albarracín, Alcañiz, Barbastro, Monzón, Jaca, y en los hospitales de Huesca y Teruel.

Este afán urbanístico de Suchet alcanzó a Valencia, su última conquista. La ciudad, donde permaneció tres años menos que en Zaragoza, fue adecentada con alguna reforma como la apertura de la plaza de la Aduana y el ensanche de la Alameda. Hasta el prolífico autor teatral Leandro Fernández de Moratín tuvo el gusto de escribir en 1812 una oda dedicada “*al nuevo plantío que mandó hacer en la ciudad de Valencia el mariscal Suchet*”, comenzaba así:

Ya la feliz ribera del edetano río
a gozar vuelve su beldad primera,
y los que devastó furor impió
de Gradivo sangriento.
Feraces campos gratos a Pomona
la amiga paz corona
con árboles umbrosos
y ya en su nueva pompa bulle el viento.

Los propósitos urbanistas del gobernador valenciano se ponen de manifiesto en lo que fue la última junta o asamblea que se formó para aprobar los presupuestos del año 1813. Entre otras iniciativas, que no llegarían a cumplirse por el abandono de la plaza, están las de la creación de una Junta de Sanidad, medidas para evitar el talado abusivo de los árboles, se acordó reparar algunos puentes y canales, y de análogo modo a como se realizó en Zaragoza; la creación de un gran presidio de penados, quienes ejecutarán los susodichos trabajos, y otras obras de urbanización de saneamiento de la región valenciana.

Apollinaire Fée dirá en el apéndice de su obra sobre la Guerra de Independencia que “*Si el mariscal hubiera gobernado Valencia durante más tiempo, habría dejado huellas durables de su administración y se podría decir con más razón que del Cid: Valencia de Suchet*”.

El imperio expansionista napoleónico encontró en Suchet uno de sus activistas más entusiastas, esto explica que también el urbanismo fue visto por los ocupantes como la expresión del nuevo orden en la vieja España. De ahí la idea de ordenar y organizar las aglomeraciones urbanas buscando las grandes avenidas, las fuentes públicas, los obeliscos y arcos de triunfo, los grandes espacios abiertos con sus plazas y parques. El poso revolucionario anhela que la luz penetre en la conciencia del nuevo hombre a través de las calles, donde las relaciones humanas encontraran su comodidad, su higiene, su economía, su ceremonial conmemorativo.



Mariscal Louis Gabriel Suchet, duque de Albufera. Frédéric Legrip.

Es ésta la idea de ciudad que los invasores franceses traían consigo, un modelo de urbanismo ancho y racional que va a chocar con la realidad de las ciudades conquistadas, es el modelo que Suchet va a intentar imitar con sus reformas. Algunas de ellas, las más acertadas, han perdurado hasta nuestros días.

¿GLORIA A SUCHET? EL MITO EN ENTREDICHO

Louis Gabriel Suchet: mariscal del imperio, gran cordón de la Legión de Honor, comendador de la Orden de Enrique de Sajonia, caballero de la orden de la Cabeza de Utierre, gobernador del castillo de Lacher, general en jefe del III Cuerpo del Ejército imperial, capitán general y comisario regio en todo el Reino de Aragón, presidente de la Real Audiencia, de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, de la Real Sitiada y de la Casa de Ganaderos de Zaragoza. Estos títulos eran algunos de los que le adornaban y acompañaban en el año de 1812 durante su gobierno en el viejo reino aragonés. Siendo además el único general que ascendió a mariscal en la guerra de España, ¿cómo iba primero el imperio y luego la república a dejarlo en el olvido? Evidentemente, esto no sucedió así.

Una de las características de los mitos es que éstos, por razones obvias, deben de ser escasos y excepcionales. El mariscal Suchet no llega a esta categoría, pero son tales las alabanzas que se arrojan sobre su figura que bien podríamos ajustarla al rango menor de la escala como es la “gloria”. Solo un hombre iba a alcanzar esta categoría de mito durante la historia de la humanidad del XVIII al XIX, éste no era otro que Napoleón Bonaparte, emperador de los franceses.

Napoleón es, pues, la figura mítica por excelencia, y el inconmensurable brillo que desprende su imagen ha mantenido en la penumbra a muchos de sus hombres que destacaron y contribuyeron al éxito de sus campañas en aquellas guerras del imperio.

Uno de estos hombres que con su entrega hicieron posible muchos de los grandes logros del emperador, fue el mariscal Louis Gabriel Suchet, duque del imperio.

La figura del mariscal recibe multitud de alabanzas de sus contemporáneos, sus éxitos militares y sus responsabilidades de gobierno en España serán juzgadas con benevolencia por todos aquellos que le conocieron o dejaron testimonio escrito sobre él. En realidad el mejor apologista de Suchet es el mismo Suchet y en sus memorias, inspiradas que no escritas por él y publicadas por su esposa tras su muerte, podemos apreciar numerosos juicios de valor positivos hacia su actuación y un sinfín de autoelogios que suponen una buena dosis de propaganda, donde la verdad histórica no ha podido escribir sus letras más amargas.

La vida de este mariscal ha sido escasamente estudiada. Si exceptuamos su autobiografía, en Francia apenas se ocupan de él tres estudios a lo largo del siglo XIX y una sola biografía de Bergerot publicada en 1989. En España, donde alcanzó la cumbre de su carrera, apenas unas hojas de Mercader Riba y poco más. ¡Poco bagaje biográfico para tan perfecto oficial!

En todos ellos, el mariscal sale airoso por sus triunfos militares y sus logros en su actuación política como gobernador general de Aragón. Pero la Historia es multifacética en sus interpretaciones y por eso los zaragozanos que vivieron aquellos años seguro que se sorprenderían de la unanimidad en el encomio y el olvido de sus sufrimientos. Lo que fueron unas exacciones inhumanas a un pueblo arruinado y destrozado por la guerra son presentadas como ejemplo de una buena administración. O como la terrible y feroz ocupación militar se transforma en una tarea pacificadora, de igual manera que no se puede lamentar la destrucción de la Cruz del Coso y el convento de Santa Engracia (durante los Sitios) y la iglesia del Portillo y el barrio de La Magdalena (durante la ocupación) por ser medidas apremiadas por la modernización urbanística.

Esta visión positiva de la figura del mariscal, es el resultado de la eficacia de un arma como la propaganda que él manejó aquellos años con cierta soltura, una de las cualidades de esta herramienta de combate consiste en que sus efectos además de inmediatos se pueden, como es el caso, prolongar en el tiempo. Su autobiografía está llena de esta munición; que si una cita de Napoleón tomada de Mme. Capman donde el emperador habla magníficamente de él, la mención de una carta del general Clinton agradeciendo el trato a los ingleses heridos y prisioneros en Barcelona, o las facilidades que les dio al duque de San Carlos y al general Palafox para entrar en España desobedeciendo incluso una orden de Napoleón¹⁴, o la escolta o custodia de cuatro días del rey Fernando VII en Perpiñan cuando regresaba a España en 1814, el rey acabará por darle las gracias “*Por la forma caballeresca con la que se ha comportado usted durante la guerra*”¹⁵. El encuentro había transcurrido de forma tan amistosa que el mariscal se marchó convencido que Fernando VII le mantendría el ducado de la Albufera que le había otorgado Napoleón. Esta esperanza fue vana, pues el mariscal francés iba a ser engañado como lo fueron muchísimos de los españoles que habían confiado en semejante rey.

El momento en que Fernando VII entra en España para recuperar su trono será relatado por Francisco Copons y Navia en sus memorias: allí cuenta cómo el 24 de marzo de 1814, a las 10 de la mañana, el general Francisco Copons desplegó sus tropas en la orilla derecha del río Fluviá, a la altura de Bascara, mientras los franceses hacían lo mismo en la izquierda. Nueve cañonazos anunciaron la llegada del rey acompañado del mariscal Suchet y del infante D. Antonio, escoltados por un escuadrón de caballería. Esta sería la entrada oficial del nuevo rey a la patria que tanta sangre había derramado por él y su familia, quienes nunca supieron estar a la altura de sus súbditos, pero eso ya es otra cuestión que no vamos a tratar aquí.

Dos días más tarde Suchet vuelve otra vez a las líneas españolas, donde fue recibido por un jefe de división, con el infante D. Carlos que había sido retenido en Perpiñan.

Finalmente, en las “Memorias” de Suchet el relator detalla satisfecho cómo en Zaragoza su nombre ha sido dado a un paseo público, y que al conocerse la noticia de su muerte, en la ciudad donde reinó durante tanto tiempo, los españoles han mostrado su pesar celebrando servicios por el reposo de su alma. Este infundio fue propiciado por el “Monitor” que en su edición del 14 de febrero relata la emoción de los aragoneses al conocer la muerte de Suchet y los servicios fúnebres que, en su memoria, se habían celebrado en Zaragoza. Otras fuentes de estudios napoleónicos aportan como prueba de la buena imagen que en España se tenía del mariscal que “*Es suficiente mencionar que este país envió una delegación a su enterramiento por que entendían*

que su comportamiento y su administración fueron justas”. ¡Qué mejor evidencia justificativa que sean tus propios enemigos los que reconozcan su figura! Salvo que todo esto sea mentira, claro.

En Zaragoza no hay paseo con su nombre y nunca lo hubo, en cuanto a su muerte la prensa zaragozana la recoge tardíamente y de una manera aséptica y sin epítetos¹⁶, por supuesto no se hicieron misas en su nombre, ni ese mes ni en el siguiente.

Sí que hay un antecedente de que se realizaron exequias por un mariscal de Francia que también fue gobernador de Zaragoza, solo que éste no era Suchet sino el mariscal Lannes duque de Portobello, y estas se realizaron en unas circunstancias totalmente distintas. Efectivamente, en el año de 1809 cuando la ciudad conoce la muerte de Lannes por una bala de cañón (expiró en brazos de Napoleón), el caballero corregidor de la ciudad comunica al Cabildo Metropolitano que “*había meditado*” hacerle una misa en uno de ambos templos. El Cabildo y el Ayuntamiento, deseando agradar a las nuevas autoridades con este reconocimiento, acabarán, como tantas veces, contemporizando con el nuevo poder y se hará una misa por el antiguo gobernador¹⁷. Unos años más tarde se celebraron exequias en la iglesia catedral del Pilar por el alma del que había sido primer gobernador de la plaza en febrero de 1808 el general Laval; pero, de igual manera que con Lannes, el homenaje póstumo de la ciudad no tuvo nada de espontáneo ni agradecido, en este caso fue una orden del comandante general interino barón de Musnier que fue llevada a cabo con un entusiasmo obligado; además de la misa, se rindieron honores militares y se hizo una descarga de artillería en la plaza.

Con Suchet no se dio esta circunstancia, pues el mismo día que se publicaba la noticia de su muerte en la ciudad hubo toros y en el teatro se representó una comedia que, curiosamente, hablaba de un tirano: “*El Bruto de Babilonia, Nabuco Donosor*”. El Ayuntamiento ni tan siquiera la refleja en sus libros de actas, en aquellos días la actividad municipal estaba enfrascada en las depuraciones de los liberales zaragozanos y en reponer parte de los estragos e inconvenientes de la guerra y su posterior ocupación de la ciudad¹⁸.

Ya habían pasado doce años y todavía la ciudad buscaba su normalidad alterada por los franceses, así el mismo día 29 en que se conoce la muerte del antiguo gobernador, el Ayuntamiento acuerda la compra de una escribanía de plata y ébano como la tuvo hasta el año 1808. Al día siguiente se decide plantar 5.000 árboles en el soto frente a la Puerta Sancho en Macanaz y en un tramo que va desde el convento de Jesús hasta el de San Agustín. El alcalde Domingo Estrada repone una imagen de la Virgen del Pilar de plata por valor de 2.780 reales de vellón y el Arzobispo Bernardo, en clara sin-

tonía política con el Ayuntamiento realista bendice la imagen y ofrece a los ciudadanos que recen a la Virgen indulgencias plenarias durante ochenta días. En estas fechas, después de una docena de años, en Zaragoza ya nadie recuerda a Suchet.

Otro de los apologistas entusiastas, el género requiere siempre la desmedida, es Apollinaire Fee. En el apéndice de su libro sobre la Guerra de España confiesa que el mariscal es su héroe, le venera. En su viaje 30 años después de la guerra interroga a valencianos y catalanes (curiosamente no hay ningún aragonés) y unánimemente le responden que Suchet era justo, firme y benigno al mismo tiempo. Hasta en Cataluña, dice él, que le llaman “*el tío Suchet igual que en Argelia más tarde se ha dicho del tío Bougeaud*”. Continúa hablando, con su dosis de racismo, de la difícil tarea que desempeñó Suchet en un país “*siempre inquieto con el yugo que le imponen*” y se alegra de que los españoles no sean siempre ingratos por mantener un buen recuerdo de su héroe.

Pero no todo el mundo comparte esta visión, Ronald Fraser en su libro Maldita guerra de España, pone a Suchet en su sitio: “*La cuestión principal es el dinero. Pero también estaba dispuesto a adoptar drásticas medidas punitivas; quemar un pueblo hasta los cimientos o deportar a su población entera si no pagaba sus impuestos o no entregaba su cosecha o si mataban a sus soldados*”¹⁹.

Curiosamente las crónicas siempre respetan la figura de Suchet, y al lado de un hecho deleznable, siempre se sitúa algún aspecto positivo que borre esa primera impresión. El toque sutil, casi invisible, de la propaganda está presente y contamina, incluso, el relato de sus enemigos. Algo así le sucedió al Ayuntamiento de Jaca al contar el saqueo e incendio del monasterio nuevo de San Juan de la Peña por las tropas francesas al mando del general Musnier el 25 de agosto de 1809, donde parece ser que las tropas se contuvieron y respetaron el viejo monasterio por orden de Suchet²⁰. Considero que tal orden nunca fue dada por el gobernador que se hallaba a bastante distancia del Pirineo, aunque una vez más en sus memorias dejará constancia de sus esfuerzos por conservar el recinto donde se hallan las tumbas de los reyes de Aragón. La preciosa joya románica del monasterio viejo tuvo la suerte de salvarse por estar el sitio previamente abandonado y en un estado próximo a la ruina, circunstancia ésta que el general ni conocía ni le importaba lo más mínimo. Pero ahí ha quedado la cita de que fue Suchet el que salvó a San Juan de la Peña.

Una característica de la propaganda y que la hace tan peligrosa es su efecto retardado y su capacidad de manipular los hechos, en este caso el nombre de Suchet estará unido al salvamento del monasterio viejo (el nuevo ardió hasta los cimientos) de unas tropas que, paradójicamente, estaban bajo su mando, y que habían dado repeti-

das muestras de crueldad y salvajismo. En el ejército, el responsable, para lo bueno y lo malo, es siempre el jefe en este caso el general Suchet.

Otros autores como Mercader Riba, sin realizar un exhaustivo estudio de la personalidad de Suchet, desliza un par de recuerdos que contraponen la figura, siempre ejemplar y justa, del gobernador al que le reconoce en varios aspectos más humano y bienintencionado respecto a la población española que sus iguales, pone en su pasivo la oleada de deportaciones de eclesiásticos en el otoño de 1812 (Mercader se refiere sin duda a los más de cuatrocientos eclesiásticos que expatrió a Francia). El convoy pasó por Zaragoza, y en su camino hacia la frontera acabó siendo tiroteado por la resistencia quienes, accidentalmente, dieron muerte a alguno de ellos.

El otro caso es el del sangriento asalto y conquista de la ciudad de Tarragona el 28 de junio de 1811 y que Mercader definirá como “*una de las hazañas más bárbaras de su historia militar*”, victoria por la que, junto a la de Sagunto, fue elevado al rango de mariscal.

Rendida la ciudad de Tarragona después de un terrible asedio, el ejército francés victorioso mandado por Suchet se entregó durante tres días a una execrable matanza y pillaje que no fue reprimida por el mando; la totalidad de la población que se había quedado dentro de los muros de Tarragona fue pasada a cuchillo “*fut passée au fil d’épée*”²¹. Tras la conquista, las autoridades de los pueblos cercanos, en una clara maniobra de intimidación y humillación psicológica, fueron paseadas por las calles de la ciudad entre las ruinas y la sangre de los muertos insepultos. La ciudad perdió tres cuartas partes de sus habitantes.

Todo un horror de vivir y contemplar por esos catalanes que, 30 años más tarde y según Apollinaire, recordaban con cariño al “tío Suchet”, a mi entender, algo difícil de creer con esos antecedentes.

No obstante estos claroscuros históricos, la gloria alcanzará al mariscal y, como testigo de ésta, su nombre aparecerá escrito en el Arco del Triunfo de París. Primero por sus indudables méritos al servicio del imperio, pero también porque esta inscripción fue propiciada por una mano amiga. En efecto, en el año 1836, a la demanda de Thiers, una primera lista de 384 nombres será establecida por Saint-Cyr Nugues (6 columnas de 16 nombres en cada fila, posteriormente Soult añadió otros 254 nombres), en la columna que hace el número 30 aparecerá escuetamente el nombre de Suchet agrupado en los que combatieron en “Pirynes, del Ouest, Reserve Campo de Bolonia, Grand Armée”. El azar había hecho que el encargado de la selección fuera, casualmente, Saint-Cyr Nugues que había servido a las órdenes de Suchet como su

jefe de Estado Mayor la campaña del Ebro; éste era, además, inspirador de sus memorias, y siempre fue gran amigo y rendido admirador del mariscal. Seguramente que si esos 638 héroes de Francia inscritos en el Arco del Triunfo hubiera que reducirlos a solamente diez, para Saint-Cyr el mariscal Suchet sería, por méritos propios, uno de los elegidos.

De igual manera que Saint-Cyr opinará Jean-Calude Blanc, quien hablará en términos muy elogiosos sobre Suchet en su obra acerca de los mariscales del imperio “*Integro y desinteresado, transformó su jurisdicción en un raro oasis de paz en la revolucionada España*”.

Francia, a diferencia de España, no es cicatera con sus militares laureados, por ello no solo deja a los libros de historia el deber del recuerdo, sino que también el glorioso Suchet dará su nombre a un boulevard en París y a una plaza (cours) en Lyon que perpetuarán su memoria. Hasta la marina de guerra francesa honró el nombre del mariscal bautizando con él a un crucero en el arsenal de Tolón en 1893. Y hoy mismo, doscientos años después de los acontecimientos, una asociación de recreación histórica francesa porta orgullosa el nombre del mariscal Suchet, Armée des Alpes.



Mariscal del Imperio y par de Francia. El último retrato de Suchet.

EL MARISCAL Y EL ARTE

La glorificación de Suchet también tomó otros caminos distintos que los de la letra impresa, y, siguiendo la moda de todos los hombres públicos e importantes del imperio, el mariscal será inmortalizado y esculpido por varios artistas del momento.

Los mandos más importantes del ejército invasor francés que pasaron por la ciudad de Zaragoza, están inmortalizados en los cuadros que hoy se custodian en el Gabinete des Estampes del Musée de l'Armée en París²². Tanto Lannes, Lefreuve-Desneutes como Junot o Moncey (el de este general está en el mismo despacho del director del museo), así como el mariscal Suchet son recordados hoy como generales que desempeñaron un papel relevante en la guerra de España. Francia, con estos retratos, homenajea y no olvida a sus mejores soldados en una de sus peores guerras.

Hoy conocemos al menos ocho de los retratos que se le hicieron al mariscal Suchet; el más celebre es del de Delpech, pintado cuatro años después de su fallecimiento. Otro es el de Horace Vermet, que es el que ilustra su autobiografía. También conocemos el del español Vicente Lopez Portaina (quien acabaría sustituyendo a Goya y Mariano Maella como retratista del rey Fernando VII) por cuyos pinceles pasó y posó toda la corte española y francesa; este retrato se encuentra en el Musée de l'Empire en Salon-de-Provence (anexo al del ejército). El mismo Vicente López retratará también a toda la familia de Suchet en 1812, junto a él aparece su esposa Honorine llevando en brazos a su hija Louise Honorine (colección del conde de Cornudet, París). Otro retrato del mariscal será pintado por Paulus Guerin en 1818, este cuadro se encuentra depositado en el Musée de l'Armée.

Otros muchos artistas franceses se han sentido atraídos por la buena fama del mariscal, entre ellos Albrier Joseph (1791-1863) que lo retratará de jefe de batallón en 1795 o como Legrip Frédéric (1817-1871) que lo hará de meréchal de l'empire, también lo retratará Vincent Nicolas Raverat (1801-1865) luciendo su uniforme de lieutenant-colonel en 1792. Curiosamente, los retratos de Suchet de estos últimos no son al natural y fueron hechos varios años después del uniforme que luce, pero la glorificación tiene siempre otra medida y no está encadenada al ritmo normal que marca el tiempo histórico.

Es cierto que los retratistas no pasan por ser los más prestigiosos: Baudelaire, por ejemplo, califica a Horace Vermet de “pintor mediocre” y de Delpech lo más conocido son sus litografías, que serán coloreadas posteriormente, de numerosos personajes de la época que van desde los mariscales y generales del imperio hasta Charot

Corday, el cardenal Fesch o el príncipe Luis Antonio hijo de Luis XVI. La realidad es consecuente, así las primeras firmas como Jaques Louis David, Regnaud o Vicent ensalzarán al emperador y el segundo nivel tendrá sus artistas parejos como Vermet o Albrier Joseph.

En cuanto a la escultura conocemos la existencia de un busto de Suchet en el que aparece vestido de mariscal. Es una obra de encargo destinada a guardar la memoria de los mariscales de Francia reuniéndolos a todos en los nichos del Louvre (rue Rivoli), pero este programa fue abandonado como otros muchos al llegar el final de la guerra, por lo que cabe pensar que la obra es muy posterior al imperio.

Otros autores pintarán los éxitos de las batallas de Suchet, entre ellos destaca como el más importante Jean Charles Joseph Remond, alumno de Bertiny y Regnault y gran premio de Roma en 1820. Este pintor recreará en sendos cuadros la rendición de las ciudades españolas de Lérida y Tarragona.

En su túmulo funerario del cementerio de Père-Lachaise en París (39 División Chemin Massena), aparece un bajorrelieve donde se nos muestra a un ángel del imperio sosteniendo un cañón en vertical, a sus pies una pistola, un morrión y una bala de cañón. Es el monumento funerario de un militar, no hay nada que nos haga recordar a sus éxitos como gobernador general o al virrey, solo se exhiben para el recuerdo las herramientas de guerra y su silueta de mariscal. (Probablemente el busto es obra de David Pierre-Jean (1788-1865), escultor y medallista romántico muy prolífico, al que se le reconocen más de 40 estatuas, 75 bajorrelieves, 120 bustos y 30 medallones de grandes dimensiones).

Ciertamente que durante su gobierno el general Suchet realizó varios esfuerzos destinados a la protección de las artes tanto en Zaragoza como en Valencia. Pero su relación con el arte estuvo siempre dominada por su visión política; el arte visto como instrumento de poder, y su protección no es sino un aspecto del intento de atraer a la causa napoleónica de los sectores ilustrados de las ciudades ocupadas.

En Zaragoza facilitó y subvencionó las academias de dibujo que llegaron a contar con más de dos centenares de alumnos, pero fue en Valencia donde su protección a las artes llegó más lejos.

En efecto, durante el asedio francés a Valencia se produjeron varios bombardeos que afectaron a las salas que la Academia de Bellas Artes de San Carlos ocupaba en la Universidad. A causa de ello, el mariscal se entrevistó el 12 de enero de 1812 con una representación de académicos y profesores manifestándoles su intención de pro-

teger el arte y les instó a formar un “museo de arte” con las pinturas, esculturas, medallas y libros requisados a los conventos regulares.

La idea de reunir las obras de arte conllevaba serios peligros, habida cuenta del expolio que los invasores estaban realizando en España, y si bien Suchet no se había significado como saqueador de arte, a diferencia de otros como Murat (se apodera de cuantos cuadros de Correggio caían en sus manos), Sebastiani (que se especializará en arte religioso), Soult (colecciona murillos), el rey José o el mismísimo Napoleón, no se puede decir que estuviera totalmente limpio de esta tentación. Concretamente hay un lienzo de Zurbarán, San Carmelo, que recientes investigaciones han señalado a Suchet como el responsable del robo de este cuadro del convento de los dominicos de Teruel. Este retrato fue a parar a manos del destronado rey Luis Felipe y posteriormente se vendió en Londres desde donde regresó a España en 1905, casi cien años después de haber salido de Teruel por manos de Suchet²³.



Busto del mariscal Suchet atribuido al escultor y medallista, David Pierre-Jean.

NOTAS AL CAPÍTULO I

¹ Hay constancia de varias biografías de Suchet las que, a la fecha, no he podido consultar, por lo que todos estos datos que aquí figuran han sido sacados pacientemente de páginas de genealogía francesa por internet. Web /genealogie.

² REYNAUD, Jean-Louis, Opinión del general Sait-Cyr “*Contre-Gerrille en Espagne*”, p. 173.

³ La división Suchet estuvo asignada en el Segundo Sitio a lo que podríamos llamar un frente secundario. Lejaune describe perfectamente los planes del ejército invasor: “Mientras Junot, duque de Abrantes, con tres divisiones Morlot, Mussenier y Grandjean, se encargaban de las operaciones de sitio y el mariscal Mortier, duque de Treviso, con la caballería de Wothier y las divisiones de Suchet se encargaban de ocupar la campiña para proteger de lejos al ejército de Sitio contra las guerrillas que se preparaban a hostigar y hambrear nuestro campo”. RIBA Y GRACIA, Carlos. *Los Sitios de Zaragoza según la narración del oficial sitiador Barón de Lejaune*. Zaragoza, 1980, p. 91.

⁴ “Virreinato Josefista en la España iberolevantina”. Esta es la definición del particular estatus político de Suchet que hace Juan Mercader Riba en su estudio sobre el mariscal Suchet. MERCADER RIBA, Juan. *El mariscal Suchet virrey de Aragón, Valencia y Cataluña*”, cit, p. 128.

⁵ *Mémoires du Marechal Suchet, duc D’Albufera, sur ses campagnes en Espagne (1808-1814)*. Ecrits par lui-même. París, 1834, p. xlv. Biblioteca Diputación Provincial.

⁶ De estas palabras pronunciadas por el Rey José Bonaparte (traducción del autor) se desprenden ciertas dosis de envidia, como se infiere de la calificación que hace de Aragón como “las ricas provincias de España” lo cual no era cierto, si Suchet pudo abastecer a su III Cuerpo de Ejército fue, sin duda, por sus magníficas dotes de administrador y su inflexible política impositiva que descargó sobre los territorios ocupados.

⁷ BAYOD PALLARÉS, Robert. G., *El Reino de Aragón durante el «gobierno intruso» de los Napoleón*. Librería general, p. 140.

⁸ Libro de Actas de 1809. Reparto de Cargos, rollo I, p. 135. AMZ.

⁹ BAYOD PALLARÉS, Robert G., “Suministros exigidos al pueblo aragonés por el Ejército Napoleónico Francés”. *Cuadernos de Zaragoza* n.º 3, 1979.

¹⁰ “Baste como ejemplo citar que en el tiempo que medió desde que Suchet llegó frente a Tortosa (julio de 1811) hasta la llegada del refuerzo que esperaba al mando del gobernador Militar de Cataluña, Mc Donald (14 de diciembre del mismo año) el III Cuerpo de Ejército consumió 120.000 corderos y 1.200 terneros, ¡lo que equivale a unas 3.240 toneladas de carne!”. GÓMEZ DE VALENZUELA, Felipe. *Vivir en Guerra*. XIV Premio Los Sitios, p. 91.

¹¹ *Gaceta Nacional de Zaragoza* de 1811 n.º 19, p. 76. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.

¹² Empedrados en las calles de Zaragoza en 1807. De abril a septiembre dos operarios repasaron las calles empedradas (Balsa, Aduana, Garin, Organo, así hasta 26 calles), sus nombres eran Alberto y Gregorio Tomás, siendo Intendente Corregidor Ignacio Garuny. Reales Acuerdos, Sig. J 2040/6. Archivo Histórico Municipal de Zaragoza.

¹³ “El plan general de ordenación de las calles de París fue la actuación urbanística propuesta por varios artistas enriquecidas por varias propuestas del emperador... grandes avenidas enlazadas por plazas monumentales desde las cuales jugaban un papel importante –de valor estético y de valor didáctico– las grandes perspectivas”. BUESA CONDE, Domingo. “Repercusiones del dominio francés en el urbanismo aragonés”. J. P. *La Guerra de la Independencia. Estudios I*, p. 329.

¹⁴ Palafox contará este hecho en sus memorias. Nada más ser liberado se entrevista con Fernando VII y éste le encarga llevar un mensaje a la regencia a Madrid. Viaja por Tolosa hasta Perpiñán y de allí a Girona, donde se entrevista con el mariscal. Este le dice que Napoleón le había dado orden de detenerlo; ignorando las órdenes del emperador le deja continuar la marcha. Pero conociendo la fidelidad a toda prueba de Suchet con respecto Napoleón, que le costará toda su carrera en 1815, esta indisciplina no es

creíble, puede responder a un simple comentario de Palafox para agrandar los méritos de su gestión en Madrid. LAFOZ RABAZA, Herminio, *José de Palafox, Memorias*. Comunter Zaragoza, 2007, p. 76.

¹⁵ Cita recogida en el diario *El Mundo* (domingo 20-I-2008).

¹⁶ “El mariscal duque de la Albufera ha muerto hoy entre las 4 y las 5 de la tarde en el palacio de la baronía de S. Josef, después de una dolorosa enfermedad que le afligía dos años ha; habiendo hecho antes su testamento, y recibido los Santos Sacramentos con cristiana conformidad u devoción. Su esposa que se hallaba sumergida en el mayor dolor, saldrá con sus hijos dentro de tres o cuatro días para París. *Diario de Zaragoza* n.º 29, domingo 29 de enero de 1826. H.M.Z.

¹⁷ Exequias por el duque de Montebello difunto mariscal del imperio. Actas capitulares del Cabildo Metropolitano de Zaragoza. Año 1809. Acta de 7 de julio. Archivo del Cabildo.

¹⁸ Las heridas de la Guerra no habían cicatrizado; el 20 de febrero el señor Marín, en representación del Ayuntamiento, presentó una “minuta de oposición para S.M. haciendo ver las dificultades que presenta en esta capital el establecimiento de la Contribución de Frutos civiles, dadas las pérdidas de este vecindario ha sufrido desde 1808, y el estado miserable en que se halla...” 20 de febrero. Libro de Actas, rollo n.º 97. Archivo Municipal de Zaragoza.

¹⁹ FRASER, Ronald. *La maldita guerra de España*, cit., p. 686.

²⁰ “l’église de Sait-Jean de la Peña fût conservée, mais qu’une fondation y assurât l’entretien et le service des tombeaux des rois d’Aragon. Il crut devoir montrer ce respect pour l’objet de la vénération des Aragonais; et leur estime lui tint compte de ses efforts pur arrêter, après la victoire, les destructions que les combats rendent presque toujours inévitables. Mémoires du Marechal Suchet, duc D’Albufera, sur ses Campagnes en Espagne (1808-1814) Ecrits par lui-même. París, 1834, p. 60.

²¹ Estas palabras fueron escritas por el prefecto napoleónico de Lérida Alban de Villeneuve; el manuscrito fue dado a la luz por Mercader Riba en una publicación del C.S.I.C. en 1947.

²² El coronel Bonne Foy hizo este recuento en su artículo “La Guerra de España (1808-1814) en Aragón en los Museos franceses” publicado en la *Revista de Cultura Militar* n.º 12. Madrid, Servicio de publicaciones del Ejército, 1988.

²³ “Cuadro de Zurbarán robado por Suchet”. Periódico *El País* lunes, 18 de febrero del 2008. También hay otro artículo acerca de este tema en el *Heraldo de Aragón* del domingo 25 de mayo del 2008, donde José Antonio Bruces que es el restaurador del cuadro le achaca a Suchet el expolio cuando “entra en Teruel en 1809, cuando José I manda abolir los monasterios. Es de suponer que manda dismantelar los conventos de los Dominicos y expoliar las obras de arte que se encontraban en el inmueble, entre ellas el cuadro de Zurbarán dedicado a San Carmelo”.

SUCHET, GOBERNADOR GENERAL DE ARAGÓN

Apenas llevaba Suchet siete meses en España cuando el rey José I le nombra, por medio de un decreto fechado el 9 de junio de 1809, gobernador general de Aragón y comisario regio. Los poderes jurídico-político que este cargo conlleva y el desarrollo de los mismos ejercido por el nuevo gobernador suponen un hecho único en la historia de España y la nueva administración napoleónica que acababa de sustituir en el Reino de España a los apocados Borbones.

Técnicamente, el cargo de gobernador general, y especialmente el del comisario regio, era una mera delegación del poder que legítimamente ostentaba el rey José I y que este confería a Suchet para “el buen gobierno” del antiguo Reino de Aragón. Pero el relativo aislamiento con Madrid y el enfrentamiento de los militares franceses con los burócratas españoles representados por José I, unido al posterior desarrollo de los acontecimientos y la personalidad del nombrado, iban a convertir a esta figura delegada de la autoridad en el poder con mayúsculas. En Aragón, sustituyendo al lejano Napoleón, será Suchet quien encarne la cúspide del imperio.

Durante esta primera etapa el nuevo gobernador se limitará a ejecutar las órdenes y promulgamientos emanados de los ministros del nuevo rey, que asentado en Madrid aspiraba a serlo de toda España, dejando cierta dosis de autonomía en los aspectos militares.

La maquinaria josefina, deseando implantarse rápidamente, había exigido el juramento de lealtad al nuevo monarca de todos aquellos empleados públicos o que cobraran una pensión del Estado; en Zaragoza este juramento se realizó el 5 de marzo frente a Lannes.

Tras la conquista de Zaragoza el nuevo Estado se ponía en marcha; ya había una capital, unos súbditos, unos funcionarios, un ejército ocupante y finalmente un gobernador comisionado por el rey. Esta nueva administración duraría más de cuatro largos años.

Pero la relación política del rey de España con su hermano el emperador no era buena, éste seguía imponiendo sus deseos sin apenas contar con él, un ejemplo de esta falta de respeto, consideración y ninguneo va a tener a nuestro Suchet como protagonista.

El día 8 de febrero de 1810 el emperador Napoleón decreta en Aragón el estado de sitio y crea un gobierno especial nombrando al que ya ostentaba este cargo general Suchet como gobernador general. Esta intervención del emperador va alterar sustancialmente la línea de mando y por tanto de responsabilidades; el poder del rey José en Aragón y una parte importante de Cataluña y Valencia va a ser relegado en casi todos los asuntos. El rey, desde Madrid, apenas tendrá potestad sobre estas tierras, y sus responsabilidades dejaran de existir.

Desde el momento en que se conoció el decreto, en Aragón la figura del rey de España no es más que una figura decorativa para los homenajes, sin otros atributos que los honoríficos. El gobernador despachará los asuntos de gobierno directamente con Napoleón. La voluntad de éste era clara y evidente; Napoleón le ordena a Berthier el día 17 de enero: “*Haced saber al general Suchet que si llegan órdenes de Madrid contrarias a las mías, debe considerarlas como no recibidas, especialmente en lo que se refiere a la administración*”. Esta orden del emperador iba en dirección contraria a la política establecida hasta entonces que consistía en afianzar el poder a su hermano José como rey de España en detrimento de la autonomía de sus generales (un año antes Junot había pedido más autonomía y el ministro de la Guerra, Clark, en representación de Napoleón, le había contestado “*Deberíamos entender que bajo ninguna circunstancia puedes invadir la autoridad de su católica Majestad, quien une con su poder de soberanía el de comandante en jefe del ejército francés*”. Clark también instruyó de la misma manera a Suchet, sólo que esta vez no fueron seguidos sus consejos.

Suchet cuenta en sus memorias cómo el decreto de 8 de febrero de 1810 ponía esta provincia en estado de sitio y reunía en manos del gobernador general todos los poderes cívicos y militares: “*veanit de faire de L'Áragon un gouvernement particulier*”.

Unos párrafos mas adelante Suchet matiza un poco su autonomía frente a Madrid, y en una clara maniobra de disculpa por el fracaso de su primera intervención en Valencia en el invierno de ese año, en la que él se vio involucrado sin desearlo, añade que en lo que respecta a las decisiones “*purement militaires*” seguía las indicaciones de Madrid y que el decreto no había cambiado nada sus relaciones. Pero sabemos que esto no era así.

Una simple mirada a los encabezamientos de los decretos de la nueva administración evidencia el grado de autonomía de la que se va a servir el gobernador. La gran cantidad de decretos, manifiestos y bandos que desde la conquista de la plaza de Zaragoza el 20 de febrero de 1809 son publicados en la prensa oficial (la *Gaceta*) o puestos en las paredes de los lugares públicos permiten seguir y medir el grado de dependencia del gobernador y sus colaboradores con las autoridades de Madrid: los ministros y el rey.

Y si todo cambio o evolución tiene un momento puntual que se puede identificar, creo que en este caso será el manifiesto que el general Suchet firma en Alcañiz el 19 de junio de 1809 y que remite a la ciudad el comandante ayudante Saint-Cyr Nuges. Comienza: *“Por orden del emperador he venido a tomar el mando del 3º Cuerpo: El Rey de España y de Las Indias, vuestro augusto soberano me ha nombrado gobernador general de Aragón y me ha revestido del supremo poder...”*. Ahí radica todo, este encabezamiento nos da la medida y el orden de la línea de mando; primero el emperador, luego el rey y finalmente el gobernador que recuerda que está “revestido de sumo poder”, pero en este encabezado hay una finísima y sutil advertencia, la de que el rey es de los súbditos “*vuestro augusto soberano*” evidentemente Suchet no se incluye, él responde ya directamente sólo al emperador.

En este orden de cosas, el uso del papel timbrado o “sellado” creado en España por el conde-duque de Olivares va ser testigo mudo del cambio en la pirámide de poder en Aragón. A través de este papel puede apreciarse esta evolución o desligamiento de Aragón de la corona española representada por el rey José I. A este respecto, Bayod Pallarés explica en su libro sobre el “gobierno intruso” cómo al principio de la ocupación se dieron instrucciones para que el papel existente con el sello de Carolus IV se habilitase para el rey napoleónico con la estampación de sellos que decían: *“Valga para el Reinado de José I año 1808”* lo mismo se hizo en el año 1809 y 1810.

Promulgado en febrero de 1810, el decreto del emperador por el cual José I dejó de ser, según Bayod, rey de Aragón, la situación cambia y el papel sellado también. A partir de entonces la nueva habilitación se hará a nombre de *“Napoleón I emperador de los Franceses y Rey de Ytalia”*, incluso el papel que se había impreso en 1810 a nombre del rey José I precisó la habilitación del emperador. El papel timbrado certificaba, para los administrados y usuarios, quién mandaba en el país, y según el papel la máxima autoridad era Napoleón.

Pero esta independencia de general gobernador ya había tenido ocasión de manifestarse con motivo de la reorganización territorial con las fracasadas “Prefecturas” que, imitando a Francia, el rey José I había intentado poner en marcha. A propuesta del ministro secretario de Estado Mariano Luis de Urquijo, el rey firmará en Sevilla el 17 de abril un decreto que divide a las provincias o reinos en prefecturas.

A pesar de que tuvo su promulgación y publicación en las gacetas oficiales, en Aragón no tuvo vigencia alguna. El gobernador hizo, a su aire, su propia reforma nueve meses después, rompiendo con Madrid. Se limitó a suprimir un partido, pero dejó los otros doce vigentes.

Todavía será más clara el “*governament particulaire*” de que habla Suchet cuando, descontento de la tímida reforma administrativa, divide Aragón en dos, como hace el río, y crea dos comisarías que se encargarán una de cada lado del Ebro.

Tampoco esta situación le iba a dejar satisfecho, y en 1812 ninguna, de nuevo, al rey José I y recurre directamente al emperador, quien por medio del mayor general príncipe Alejandro de Wagram le aconseja la creación de cuatro provincias; Zaragoza, Huesca, Teruel y Alcañiz. La reforma llegaba tarde y apenas entraría en vigor por el fin de la guerra en tierras aragonesas¹.

El gobernador, tras lo que él llama “La batalla de Zaragoza” (la de María) en junio de 1809, fue consciente de la fuerza que le había dado la victoria ante el ejército y el pueblo. Esta fecha va ser recordada y celebrada al año siguiente y de estas ceremonias acabará emergiendo algo más que un líder. Con las celebraciones, Zaragoza se rendirá definitivamente al señor gobernador general y lo hará su virrey. ¿Para qué someterse al rey José I si allí mismo tenían otro?, solo que este era real, evidente, vivía en la ciudad y lo veían muchos días en el Pilar.

Este proceso de transmutación de poder fue impulsado por el mismo gobernador en una clara maniobra de guerra psicológica, que luego analizaremos más profundamente, por lo que su independencia y autonomía salió de esta operación tremendamente reforzada.

A partir de entonces los decretos del gobernador obviarán casi siempre la figura del rey, el encabezamiento dirá: “*EN NOMBRE DE S.M. EL EMPERADOR DE LOS FRANCESES, REY DE ITALIA Y PROTECTOR DE LA CONFEDERACION DEL RHIN. Nos Don Luis Gabriel de Suchet, conde del Imperio, general Gefe del 3º Cuerpo de Ejército, y gobernador general de Aragon &c.*”

Un poder absoluto sobre un territorio conquistado por las armas, o a punto de serlo, acabará por darle a Suchet un título que se asemeja más al de los antiguos capitanes generales o virreinos de los Austrias que a la ejemplar modernidad que anunciaba traer el nuevo orden, incluso esta total delegación de poder no tenía asiento ni asidero jurídico alguno con la Constitución de Bayona que, sobre el papel, estaba vigente en todo el país conquistado.

La administración napoleónica pretendidamente liberal se manifestó, en este particular régimen aragonés, tan absolutista y centralista como la de los Borbones. El gobernador general era “el poder” sin adjetivos, controlaba todo: el ayuntamiento, el clero, la intendencia, la audiencia, la hacienda, la policía, el ejército, presidía la Real

EMPERIO IMPERIAL

GOBIERNO.

*Deliberaciones
Generales*

N.º

EN NOMBRE DE S. M.
EL EMPERADOR DE LOS FRANCESES, REY DE ITALIA,
PROTECTOR DE LA CONFEDERACION DEL RHIN,
MEDIADOR DE LA CONFEDERACION SUIZA.

Nos Mariscal del Imperio, Duque de Albufera, General en Cefe del Exército de Aragon, Gobernador de dicha Provincia, Gran Banda de la Legion de Honor y de la Orden de San Enrique de Saxonia, Caballero de la Corona de Hierro y Gobernador del Palacio Imperial de Laken.

Considerando que nuestro Decreto & en que se prohibia la libre extraccion de Lanas del Aragon para las Provincias de Cataluña y Valencia, fue principalmente expedido por que no se hallaban ocupadas estas por las Tropas del Exército Imperial, y se habian separado por lo mismo sus relaciones e intereses de Comercio, que siendo estrechantes & nuevos, y aumentables en el mayor grado posible, animando eficazmente la agricultura & la uva y la industria de las obras.

Hemos decretado y decretamos lo siguiente.

Artículo 1.º

Queda libre la extraccion de Lanas del Aragon para las Provincias de Cataluña y Valencia, como lo estaba antes de la expedicion de nuestro citado Decreto.

Artículo 2.º

El Jefe Intendente de Aragon y demas autoridades civiles, y Militares quedan encargadas de la execucion del presente Decreto.

Dado en Valencia a 1.º de Junio de 1812.

Firmado = El Mariscal Duque de Albufera
por S. E.

El Secretario Grial. de Gob. no

[Firma]

Sociedad Económica de Amigos del País, hasta dirigía y nombraba los cargos de “La Sitiada” (El hospital era gobernado por un junta que recibía el nombre de que la integraban personas de relieve)².

El general gobernador, con su jefe Napoleón inmiscuido en sus problemas europeos y un rey ausente inmerso en sus propios asuntos en la lejana capital de España, ejerció su poder sin cortapisas y decreto tras decreto podemos ver cómo todo pasaba por sus manos. Al fin y al cabo él era el...virrey.

El propio Louis Gabriel Suchet definirá su gobierno en este bando publicado en la *Gaceta* el 20 de febrero de 1811: “*Entonces aprendereis á apreciar un gobierno vigoroso; ilustrado y bueno; vuestra patria se levantara á un grado elevado de gloria y de prosperidad; y los fieles aragoneses gozaran de la particular benevolencia de su soberano, y seran como hijos primogenitos en la gran familia*”.

El éxito de la administración y el gobierno de Suchet fue tan efectivo y tuvo tanta resonancia en los ámbitos militares que, unos pocos años después, ilustró e inspiró la primera experiencia de desarrollo colonial de este siglo; la aventura colonial francesa en Argelia. El ejército no solo debía de conquistar por las armas los nuevos territorios, sino que debía de organizar y planificar el territorio antes de la transición a una administración civil. Además, muchos de los mandos de la aventura colonial francesa, como Valée o Bougeaud, se habían fogueado con el III Cuerpo de Ejército con Suchet. Y ellos, recordando a su general, sabían que solo la conquista política es capaz de mantener en el tiempo los resultados de los éxitos militares.

Bougeaud pondrá en la olla argelina las recetas que antes había visto cocinar a Suchet en Aragón y calcó su doctrina contrainsurgente: columnas móviles, buenas relaciones con los indígenas, responsabilidades de gobierno a funcionarios autóctonos, pago regular de sueldos, honores para los colaboracionistas, respeto a la religión. En definitiva, la misma política que Suchet había puesto en valor durante su gobierno aragonés³.

PORQUÉ LA ELECCIÓN DE SUCHET COMO GOBERNADOR GENERAL

Suchet había demostrado ser un excepcional oficial de Estado Mayor durante las campañas italianas entre 1799 y 1800, y un excelente jefe de división en Italia, Alemania y Polonia. Pero oficiales como él había muchos y cuando entró en España en diciembre de 1808 era uno más de los generales de división del enorme ejército im-

perial. Incluso su primera intervención en la campaña española no iba a ser muy brillante, pues a su división se le encomienda la tarea secundaria de tener despejada la retaguardia francesa, mientras el grueso de las tropas intentaban tomar la ciudad de Zaragoza. Al fin, la ciudad capitula en febrero y Suchet no está entre los generales franceses presentes. La rendición de la capital del viejo reino aragonés es una victoria importante de las armas imperiales, una victoria de la que el general no podrá presumir y decir... yo estuve allí.

Por eso sorprende la elección de este simple general para un cargo al que se le iba a dotar, y esto es también admirable, de una capacidad de gestión y una autonomía política excepcional en España. La responsabilidad no era la del gobernador militar tan al uso, sino la de comisario regio y gobernador general, cargo o figura administrativa que nunca más se repitió en la historia de aquellos años.

El primer gobernador francés en Zaragoza fue el mariscal Lannes, que mandaba las tropas francesas en el segundo Sitio y ante quien se rendirá la ciudad. Su entrada triunfal el día 4 de marzo inaugura un complejo ceremonial como afirmación del poder que va a ser imitado por los gobernadores posteriores. Lannes se marcha enseguida y es el general Laval el que actúa como gobernador militar, pues la figura de gobernador general no había sido instituida todavía por la administración francesa.

La marcha del mariscal Lannes al teatro de operaciones europeo, donde pronto encontraría la muerte, obliga a que sea el general Junot, duque de Abrantes el que tome el mando del III Cuerpo de Ejército y reciba el nombramiento de gobernador general de Aragón.

Junot era el hombre adecuado para un cargo donde los aspectos políticos eran casi tan importantes como los militares. Su bagaje político y diplomático era impresionante, y cuesta pensar qué hacía este personaje en un frente importante, pero secundario, como era el del Ebro. Junot tenía el título de “gobernador de París”, había sido embajador en Lisboa y gobernador de Parma, por lo que contaba con toda la experiencia para un cargo como este.

Sus desavenencias con el mariscal Lannes se pusieron de manifiesto desde el primer día del cambio de poder en Zaragoza. Junot, por ejemplo, no asistió a la ceremonia con te deum en el Pilar con que oficialmente ocuparon la ciudad los nuevos amos; según cuentan, se enfadó al enterarse de que ocuparía el tercer puesto al que le relegaba el protocolo, después de Lannes y Mortier, más antiguo que él. Su propia esposa Laura contará en unas memorias que la hicieron célebre el alto concepto

que su marido tenía del honor. Esta circunstancia, unida a una depresión (en una carta a su mujer le comunicó que había pensado en matarse) producida por la crueldad y los sufrimientos de los combates del segundo Sitio, aceleró su sustitución, y el rey y el emperador tuvieron que pensar en alguien idóneo para este puesto tan importante.

Y apareció Suchet quien casualmente, o quizás no tanto, estaba allí desde finales de marzo (llegó a la ciudad el día 18 desde Casetas donde pernoctó en el palacio del conde de Fuentes), en abril era el oficial que mandaba las fuerzas francesas y el 9 de junio recibiría el mandato de gobernador general y comisario regio.

Algunos autores como Oman estiman que fue Lannes el que recomendó a Suchet especialmente para ocupar el mando del III Cuerpo, demostrando ser, con el tiempo, uno de los más eficaces generales de toda la guerra de España. Otros como Don W. Alexander dirán a este respecto: *“Incluso en un imperio donde la carrera dependía del talento, la fortuna de Suchet no estaba en peligro cuando en 1808 se casó con la sobrina de Julie Clary, esposa de José Bonaparte. Esta relación con la familia imperial y su sobresaliente historial militar le merecieron el mandato del III Cuerpo y la tarea de pacificar Aragón”*⁴.

Al final será el rey José I a quien se debe la iniciativa del nombramiento, una iniciativa compartida con su hermano Napoleón quien también estimaba en alto grado las buenas referencias de Suchet y su amplia experiencia como organizador y administrador de las ciudades italianas de Genova y Luca garantizaban el éxito de la propuesta. Pero S.M. el rey tenía otro motivo que le obligaba a favorecer a Suchet, y es que éste pertenecía a su familia, pues por su casamiento era “tío político” suyo.

En efecto, Honorine, la joven esposa de Suchet, era sobrina de la esposa de José I y reina de España Jule Clary y por tanto sobrina directa del rey. Esta circunstancia de un parentesco tan cercano nunca ha sido resaltada ni señalada por los historiadores, es como si este hecho silenciado fuera desconocido por todos. Sin embargo hay que darle la importancia que merece. Por otra parte, Napoleón tampoco era ajeno a la familia de la mujer del gobernador, pues éste se había comprometido en 1795 con Desirée, hermana a su vez de Julia y de Anne (madre de Honorine y a la sazón suegra de Suchet), el compromiso de matrimonio de Napoleón fue roto para casarse con Josefina un año más tarde.

El rey, además de designar a Suchet y escoger a un buen administrador, impulsaba la carrera de su sobrino político, pensando así que las tierras del Ebro estarían bien controladas por alguien cercano a él. Esta estrategia fue puesta fuera de juego por su



Las dos “tías” de Suchet: a la izquierda María Julia Clary esposa de José Bonaparte con su hija Zenaida y a la derecha su hermana Desiré antigua prometida de Napoleón.

hermano pequeño el emperador el día 8 de febrero de 1810, cuando nombró directamente a Suchet gobernador general de Aragón con plenos poderes. A partir de entonces, el rey de España y de las Indias apenas contó con influencia alguna en el gobierno de Aragón.

A LA CONQUISTA DEL REINO

Zaragoza era la llave de todo Aragón y aun del Ebro, y tras su capitulación, pareciera que los problemas se le habían acabado al ejército invasor; se suponía que ocupar el resto de la provincia iba a ser un juego de niños, y que superado el mayor obstáculo, que era la resistencia de la capital donde los españoles se habían jugado sus reservas de tropa y armamento, la invasión iba a progresar sin apenas inconvenientes.

Pero la feroz resistencia y la mortandad subsiguiente no fueron en balde, primero por que mostraron al mundo lo que un pueblo antiguo y despreciado era capaz de realizar por la libertad, y segundo por que también el ejército francés salió muy desgastado de la cruda contienda en las calles zaragozanas.

El frío, el hambre, el tifus, la metralla no hacía distinciones entre las trincheras, y sitiados y sitiadores compartieron las miserias de la guerra. El ejército vencedor no salió incólume y las bajas de heridos, enfermos y muertos fueron grandísimas. La situación de los campamentos a la intemperie, la escasez de ropa, calzado, alimentos e incluso la falta de prest, dejó a las unidades del III Cuerpo bastante maltrechas.

No ocurrió lo mismo con la división Suchet, que apenas se había desgastado en el duro enfrentamiento que se produjo con ocasión del segundo Sitio. La misión que se le había encomendado era la de proteger de la guerrilla el tren logístico y ocupar todo el valle del Ebro desde Tudela hasta las puertas de la ciudad. Rendida la ciudad, la división marchó hacia Madrid y su jefe se hizo cargo de todo el III Cuerpo de Ejército francés, que era el que había tenido que soportar el mayor esfuerzo en la conquista de la capital aragonesa.

La ciudad había caído pero el Reino todavía se le resiste, aún no es momento para la política, los asuntos de Aragón, a los ojos franceses, son asuntos puramente militares que el general Suchet deberá abordar y solucionar para que el nuevo régimen se aposente.

LA MORAL DEL III CUERPO

Junot se marcha en mayo y deja a Suchet al mando del III Cuerpo de Ejército. La situación de esta unidad es desastrosa; El III Cuerpo está desgastado y es poco numeroso, de los 26.000 hombres que lo integran, 13.000 están enfermos y hospitalizados en Tudela, Alagón y Zaragoza, los demás están mal vestidos, calzados y alimentados y, para su desgracia, llevaban varios meses sin cobrar el prest por haberse fugado el pagador con la caja del cuerpo.

Su nuevo comandante analiza la situación de las tropas francesas y diagnostica con acierto la enfermedad que le embarga. La receta para su curación es sencilla pero eficaz, consta de solo cuatro ingredientes; “*relever leur moral, ranimer la confiance, rétablir l’orden et la discipline*”. Moral, confianza, orden y disciplina.

El III Cuerpo se halla desplegado de la siguiente manera; la 1.^a división a lo largo de la línea perpendicular del Ebro de Barbastro hasta Alcañiz. La 2.^a división ocupaba Zaragoza y sus alrededores. Y la 3.^a en Navarra y los Pirineos.

Pero los españoles todavía no están derrotados del todo. El general Blake amenaza tomar el Ebro y en el río Cinca resisten los españoles, en su desembocadura la fortaleza de Mequinenza todavía es vista como inexpugnable.

Suchet, a pesar de la reciente victoria de las armas francesas en el segundo Sitio, no estaba precisamente en una buena posición; comentará en su biografía que la caída de Zaragoza no asegura las posiciones en la provincia, que lejos de mejorar comienza a ponerse difícil por las fuerzas del enemigo que casi “cercan” la ciudad, además es evidente el mal estado físico y moral de sus tropas.

La infantería se hallaba deshecha, los zapadores e ingenieros estaban exhaustos por el esfuerzo en el combate con sus trincheras, minas y aproches. Las bajas del ejército se estaban reponiendo a toda prisa reclutando a jóvenes inexpertos, la alimentación era insuficiente y, para colmo, la caja del ejército estaba vacía.

Suchet es consciente de sus deficiencias, además es un jefe casi desconocido entre los hombres que va a mandar. Y es entonces cuando surge el líder, el organizador, el jefe que les va a dar nuevos triunfos, el futuro mariscal.

Todavía no se habían cicatrizado las heridas del segundo Sitio cuando al III Cuerpo se le pide otro sacrificio; sus soldados deberán expulsar al general Blake del Bajo Aragón. Para ello cuenta con parte de la 1.^a división y la 2.^a, una de las bravas de la Grande Armée, pero no será suficiente, pues en el enfrentamiento con Blake en Alcañiz saldrán los franceses derrotados.

A los soldados de la 1.^a división, que marchaban en cabeza, les entra el pánico al creer ver al enemigo a sus espaldas y la retirada hacia Samper se hace en la más grande confusión; hombres, carros, caballos, equipajes descompuestos y sin orden llegan al pueblo. Además al general en jefe le han herido en el pie. La moral del III Cuerpo está por los suelos. La derrota de las armas francesas les sume a la tropa en la depresión y la desconfianza; un jefe nuevo que se inicia con una derrota es el peor de los augurios posibles.

Hay que revertir la situación, Suchet escoge la acción y el momento oportuno. El mismo dice en su biografía que ésta era la ocasión de hacer un acto de justicia severo y urgente que de tiempo en tiempo son tan necesarios en los ejércitos. Y lo hizo.

Un tambor había sido acusado de ser el responsable del desencadenamiento del pánico. Había dado la voz de alarma diciendo que había visto cargar a la caballería española y someter al 2.^o regimiento del Vístula. La llegada de este regimiento demostró la falsedad de sus voces. El tambor fue llevado a una comisión militar que al instante le condenó a muerte. El general aprobó la sentencia y el soldado francés fue fusilado frente a toda la tropa formada.

Este ejemplo fue suficiente y el orden y la calma se restablecieron en el ejército después de este suceso, Suchet continuó tranquilamente su retirada a Zaragoza.

Dos años más tarde, en febrero de 1811, tendrá ocasión de volver a ejercitar las prerrogativas del mando y echar mano otra vez de las sanciones pertinentes; esta vez el protagonista será el oficial polaco Milawski, al que le ocurrió lo siguiente: el oficial pertenecía a la guarnición de Fuentes y salió al campo para buscar víveres con 50 hombres del 1.º y el 2.º del regimiento del Vístula. Los soldados duermen en Azuara y allí son sorprendidos a la una de la mañana por una partida de guerrilleros que los apresan. Cuando se entera de la noticia Suchet se enfada y acusa al oficial de negligencia en el cumplimiento de su deber, las medidas no irán más allá de una reprimenda pública en el orden del día del ejército. La pertenencia del oficial a las tropas polacas, a las cuales Suchet les tenía en gran estima y que tantas veces habían recibido su felicitación, unido a la circunstancia de que, en esos momentos, el ejército francés no había todavía sufrido ningún revés importante, evitó que el general acabara con la vida del oficial. En este caso, en este momento, las medidas de mantenimiento de la moral de la tropa requerían templanza.

LA CIUDAD, EXPECTANTE, MIENTRAS SUCHET DUDA

El orden y dirección de la retirada del ejército imperial es visto por los paisanos como un prelude de la evacuación de Aragón, tal y como había ocurrido en agosto del año pasado. Estos no pueden pensar otra cosa que en su liberación, mientras observan cómo numerosos heridos franceses comienzan a llegar en carros a la ciudad siendo llevados al hospital de la Misericordia. Faustino Casamayor recoge perfectamente estos momentos y nos dejará sus impresiones⁵:

Desde el día 19 de mayo en que Suchet llega a la ciudad, comienzan a entrar carros con soldados franceses heridos. La primera decisión que toma es mandar salir a los polacos.

El 20 salió Suchet con mucha tropa y toda caballería y la alarma se extendió por toda la ciudad pues, durante la noche, se llegó a tocar dos veces generala (alarma) y hubo mucho desconcierto entre los cuarteles y tropa.

El 21 seguían entrando carros llenos de heridos y se supo que los españoles habían destrozado a los franceses en la “Tierra Baja”. Suchet reclama refuerzos y la guarnición abandona la ciudad sin dejar a nadie en Torrero, hasta quitan las guardias del

palacio del gobernador y hacen desaparecer la guardia del vital puente de Piedra. ¡Todos al frente para frenar la ofensiva de Blake sobre la ciudad!

El día 23 y 24 Huesca cae en manos del brigadier Perena, por lo que siguen entrando carros con heridos y material de repuesto como sillas de montar, gorros, espaldones, petos de coraceros. Los franceses intentan reponer las pérdidas de hombres y material perdidos en el frente norte. En la ciudad se oyen los cañonazos y renacen, en algunos, las esperanzas de su liberación.

El 25 comienza a fortificarse la ciudad y en el castillo de la Aljafería siguen entrando heridos de guerra.

El 26 recoge la muerte de un general y un coronel en Sariñena, muchos de los heridos no pueden ser trasladados hasta Tudela por su mal estado.

El 27 llegan refuerzos franceses; entran ciento setenta coraceros a caballo con música y se estacionan en el Coso. Es la avanzadilla de otros cuatro mil jinetes que unas horas más tarde entrarán en la ciudad.

Sintiéndose fuertes otra vez, el comisario de policía hace una redada de los considerados desafectos, son expatriados por la acusación de “*haber hablado a favor de las tropas españolas*” entre ellos figura el coronel Jerónimo Torres.

El 28 siguen entrando heridos y tropa. Los trabajos de fortificación continúan en San Gregorio y el puente del Gállego. Se fortifica la iglesia del Portillo y toda ella es profanada, lo que indigna a Casamayor.

Por fin parece que el día 29 los franceses comienzan a abandonar la ciudad: requisan carros y caballerías, la oficialidad desaparece, y todos los franceses avecindados venden las ropas y objetos que tenían y se van. Esta es la más clara señal de retirada.

El 30 comienzan a salir muy de mañana las tropas con los carruajes y las caballerías embargadas, pero algo pasa que éstas retornan por la tarde. Al día siguiente Suchet vuelve a la ciudad.

A estas alturas Suchet ya había tomado una decisión: ¡Defenderá Zaragoza! El mariscal cuenta en sus memorias que estuvo sopesando muy seriamente la retirada de la ciudad, era una situación crítica, pensaba que si el enemigo se presentaba pronto no confiaba en que sus tropas pudieran detenerlo. Otros testimonios refutarán estas

dudas de Suchet, pues parece ser que el general sí que estaba decidido a evacuar la ciudad, pues la consideraba un montón de ruinas sin valor militar. El propio ministro de la Guerra, Clark estaba horrorizado al saber que Suchet se proponía abandonar Zaragoza y ordenó al 7.º cuerpo del general Laurent Gouvinon Saint Cyr que desde Cataluña apoyase a Suchet. También Napoleón se puso furioso cuando supo de la debilidad del III Cuerpo de ejército y reprendió a José I por su negligencia, pues entendía que “*si Zaragoza es capturada y si José pierde Aragón, él se encontrará en una posición muy crítica*”. Pero todas estas reflexiones llegaron demasiado tarde por la lentitud de las comunicaciones, y no pudieron hacer nada por ayudar.

Es en ese preciso momento en que Suchet se da cuenta de la importancia psicológica de este abandono y cambia de opinión, posteriormente dirá que “*évacuer Saragosse, dont le siege avait retenti en Europe, et s’exposer à compomètre par sa retraite la position de toutes les armées françaises dans le centre d’Espagne*”⁶. Esta retirada, continua, equivalía a una derrota total. No puede hacerlo, no lo hará. Los momentos de duda han pasado, ahora sólo le queda un camino: Vencer.

Y surge el militar, el estratega que solo piensa en ganar la batalla. Para ello continua fortificando la ciudad, reclutando a los civiles para los trabajos, concentra sus fuerzas sobre un punto único que le iguale con las fuerzas enemigas, organiza reconocimientos, entrena las tropas y les hace tomar las armas todos días a las tres de la mañana, pasa revista a los regimientos, se ocupa con detalle de las necesidades de sus soldados.

Y vuelve su atención a lo fundamental, a la moral del ejército o como él dice “*decouvrit les causes du mauvais esprits de certains corps*”. Y comienza el trabajo psicológico con sus unidades; distribuye elogios y castigos, relega a los oficiales negligentes e incapaces, libera o manda a Tudela a los enfermos y heridos, solo quiere personal preparado para combatir. Mete en la cárcel a los ciudadanos desafectos y redobla la instrucción y los trabajos de fortificación. Realiza maniobras, fuego de instrucción y paga regularmente el prest a los soldados (el pagar la soldada antes de la batalla como una medida destinada a elevar la moral de las tropas fue repetido en varias ocasiones por el general; en sus memorias cuenta que en los preparativos de marcha del ejército de Aragón para la toma de Tarragona “*Un mois de solde fut payé à toute l’armée*”).

El ejército se fortalece, la ciudad advierte el cambio y los deseos de éste de combatir. Ya nadie habla de retirada. Con la moral del ejército recuperada y la confianza restablecida en los jefes y oficiales, Suchet siente que se le mejora su suerte. El III Cuerpo de Ejército y su jefe se encuentran listos para el combate.

LAS VICTORIAS

El general Blake no había sido capaz de aprovechar el éxito de la batalla de Alcañiz, su lentitud en la aproximación a la capital hizo posible que el ejército francés se recuperara material y moralmente. Cuando éste decide presentarle batalla en María el triunfo enemigo será rotundo e inesperado pues los españoles veían desde sus posiciones los arrabales de la ciudad símbolo y pensaban que la entrada en ella era cuestión de horas.

El 15 de junio los ejércitos chocan sobre el río Huerva en el pueblo de María y los 10.000 españoles son derrotados. A esta batalla, su vencedor, Suchet, en alguno de sus escritos, la bautizará como “Batalla de Zaragoza”, y tenía razón, pues del resultado de la misma dependía el futuro inmediato de la ciudad. La derrota del ejército de Blake hizo posible que Zaragoza permaneciera cuatro años y medio en manos francesas.

En la ciudad la población se encontraba más expectante y curiosa que agitada y hostil, el miedo y las medidas de policía habían conseguido que nadie mostrara animadversión a los ocupantes, siendo el sentimiento generalizado el de indiferencia o de sumisión (indudablemente la extenuación bélica tras los Sitios era otro factor a tener en cuenta). El instinto del pueblo no se equivocaba, los invasores con su nuevo jefe acabarían ganando una vez más esta contienda por Zaragoza.

El 18 de junio Blake vuelve a presentar batalla en las alturas de Belchite, donde los españoles acabarían siendo derrotados otra vez y dispersados. El frente se derrumba y el 19 los franceses ocupan Calanda, Alcañiz y Caspe. Todo el Guadalupe cae en manos francesas. Después, el esfuerzo francés se dirigirá a limpiar de resistentes el Alto Aragón y el Moncayo. El éxito es total. Suchet ya tiene su pequeña nación bajo sus órdenes. Ahora solo falta su coronación como virrey.

El año 1810 se antoja para los invasores como uno de los más brillantes y llenos de éxitos para las armas francesas en España. Los ejércitos españoles e ingleses habían sido batidos en Ocaña de igual manera que los ejércitos de Galicia y Asturias lo fueron en Alba de Tormes. Gerona había capitulado el 10 de diciembre y a principios de año el gobierno intruso de Madrid mandaba avanzar al ejército francés para ocupar Andalucía.

En Aragón, el III Cuerpo de Ejército se había reforzado con algún batallón y las bajas se habían repuesto con personal procedente del depósito. Se establecieron guarniciones en las ciudades más importantes como Zaragoza, Alcañiz, Monzón, Tudela

y en los distritos pirenaicos de Jaca y Benasque. Además, las guerrillas eran acosadas y batidas sin que estas representaran un peligro por el momento.

Esta estabilización de la situación permitió a Suchet la posibilidad de emprender los sitios de Lérida, Mequinenza y Tortosa buscando derrotar el espíritu de resistencia e insurrección en todo el bajo y medio Ebro.

Suchet comentará en sus memorias este dulce momento: *“La presencia de un ejército disciplinado y la organización de una administración regular había hecho mejorar considerablemente la situación de esta provincia. Los habitantes recobraban poco a poco sus tranquilas ocupaciones y parecían abrazar de buena fe el partido de la sumisión”*⁷.

Con Aragón relativamente pacificado, el general marcha a Pamplona con el objetivo de mejorar y reorganizar la ocupación francesa que se hallaba muy dañada por la falta de entendimiento entre el gobernador militar y el llamado por Suchet el “vice-roi”, duque de Mahón, mandado por el gobierno de Madrid.

El general actúa rápidamente y comienza por cambiar las autoridades civiles, a su vez ordena que se tomen las medidas apropiadas para combatir las hostilidades de los navarros, a tal efecto publica un severo bando destinado a limpiar y desarmar las guerrillas del país, mientras reclutará nuevas levadas de jóvenes para enfrentarse a Mina.

Pero la reorganización administrativa y militar de Navarra que Suchet había trazado pasó a ser responsabilidad del general Regnier que acababa de entrar en el Reino con un cuerpo de ejército. Por lo cual las tropas del III Cuerpo retornarán a sus lares aragoneses, donde también tenían a sus propias guerrillas a las que hacer frente.

Otra misión paralela a la anterior que el general llevó a cabo en Pamplona fue la de examinar e inspeccionar los parques y reservas de los que podía disponer su ejército para las operaciones futuras que se avecinaban. De esta inspección salió bastante satisfecho, las reservas eran suficientes y estaban en perfectas condiciones, sobre todo la artillería.

Después de estos éxitos, una orden del rey José I le hará marchar a Valencia. Esta campaña, forzada por el duque de Dalmacia, mayor-general del rey José I, será un fracaso, pues esta expedición había sido una petición del gobierno de Madrid a la que el general no pudo oponerse. Después de la toma de Teruel el 27 de febrero, Suchet decide abortar este movimiento hacia el sur que él mismo califica de “excéntrico” y vuelve

a poner sus ojos y sus intereses en su zona “natural” del valle del Ebro. Este cambio de objetivo iniciará la que iba a ser su mejor campaña sobre el sur de Cataluña.

En la primavera de 1810 caerá Lérida y después el castillo de Mequinenza, estas dos victorias le permitirán a Suchet hacer una gran entrada triunfal en Zaragoza, dando comienzo a las celebraciones del mayor rito de conquista que invasor alguno haya celebrado en España.

El III Cuerpo de Ejército se había repuesto de sus últimos combates y se hallaba notablemente reforzado (sus treinta y tres batallones de infantería y la caballería hacían un total de 22.000 hombres), además Suchet había elevado, de un modo considerable, su nivel operativo y, lo que es más importante, todas sus tropas estaban suficientemente motivadas y contaban con una fuerte moral de combate que las hacía especialmente aptas para la siguiente campaña en tierras catalanas. Unas tierras que, hasta ahora, estaban ofreciendo gran resistencia a la dominación, comportándose, por tanto, de igual manera que cualquier otra tierra o provincia española (a pesar de esas escuelas de historiadores nacionalistas que intentan negar estos hechos, la realidad, tozuda ella, lo confirma constantemente).

Suchet se da cuenta de la incapacidad del ejército del mariscal Augereau, que estaba luchando con O'Donell en Cataluña para conectar con las tropas francesas de Aragón, y decide que sea el III Cuerpo de Ejército el que se lance a la ofensiva en un frente que le era ajeno, pues el catalán no estaba, en principio, dentro de la esfera de competencia de Suchet.

Este III Cuerpo de Ejército estará formado por tres divisiones; la 1.^a al mando del general Müssnier, la 2.^a al mando del general Laval, y la 3.^a al mando del general Habert, además de la caballería del general Broussard.

Con estas fuerzas, descontando los diez batallones de los generales Montmarie y Chlopisky que se quedaron de guarnición en Aragón, toma como objetivo la ciudad de Lérida, a la que pone sitio después de asegurar la línea del Cinca y el Segre. El 14 de mayo se sitúa ante la plaza, el 16 ataca el castillo y la ciudad se rinde. Inmediatamente, Suchet, crecido por el éxito, manda a las tropas francesas de la 1.^a División que ataquen la posición del impresionante castillo de Mequinenza que estaba notablemente fortificado, y el 8 de junio, el general Müssnier les exige a los defensores la capitulación que se produce de inmediato.

El castillo de Mequinenza completa la posesión en manos francesas de todas plazas fortificadas de Aragón y facilita la sumisión de todo el país desde los Pirineos

hasta el Ebro. La noticia de las victorias del gobernador de Aragón es prontamente conocidas en la capital, donde las autoridades colaboracionistas prepararán una recepción al nuevo héroe digna de un rey. Esta celebración, elevará al conde de Suchet a la cumbre del poder en Aragón, situando la figura del gobernador victorioso incluso por encima del mismísimo rey José I.

Después de estas victorias vendrán otras muchas más que harán del general Suchet uno de los preferidos de Napoleón, entre ellas habrá que destacar la toma de Tortosa y el control total del Ebro, rematado por las victorias de Tarragona o Valencia.

El general Gabriel Suchet, al estilo de los viejos conquistadores, había conseguido un Reino para su título de gobernador general de Aragón que le había otorgado el emperador. Primero fue el título, después él tuvo que conquistar la nación y gobernarla.

ZARAGOZA. PALACIO Y CORTE

Suchet se había establecido en Zaragoza y comprendió que debía apoyarse en Aragón como una referencia político-administrativa, para ello debía pacificar el viejo Reino y tener el control de su territorio como base de partida para mayores logros.

Suchet era “la Autoridad” con mayúsculas en Aragón; comisario regio, general en jefe del III Cuerpo de Ejército, presidía la Real Audiencia, la Hacienda, la Academia de San Luis, la Sociedad Económica de Amigos del País, nombraba alcaldes, regidores, la Real Sitiada e incluso obispo o deán (el padre Santander fue nombrado administrador apostólico de la diócesis zaragozana). En definitiva, ¡era el virrey! En Aragón solo el emperador Napoleón estaba por encima de él.

Suchet gobernó Aragón como si fuera un rey por delegación, a falta de corona puso en valor la plenitud de todos sus poderes militares y políticos, para ello necesitó y se dotó de una auténtica “corte” que acabó pareciéndose al viejo modelo absolutista que la historia había arrinconado.

Como general en jefe del ejército tuvo su Estado Mayor, su intendente militar y un sin número de edecanes, correos y asesores. Como máxima autoridad civil tuvo su policía, su administración de justicia, su contaduría, su administración de Bienes Nacionales, y hasta su obispo particular, el Padre Santander. También tuvo su secretaría personal y de gobierno cuyo encargado era D. Francisco Larreguy, un joven francés de ascendencia española.

Esta secretaría era de suma importancia dado el alto grado de autonomía e independencia que había adquirido el gobierno de Suchet. La mayor parte de escritos que el gobernador general dirigía al intendente, a los comisarios generales, al Cabildo o a cualquier otra institución o personalidad, eran transcritos por Larreguy y firmados por Suchet, lo que demuestra el grado de confianza y cercanía que el gobernador tuvo siempre en su Secretario.

Lógicamente también necesitaba, dada la tremenda complejidad de los asuntos a tratar, de un traductor personal y de plena confianza. Este fundamental cargo fue ocupado por Mariano Marco, natural de Monzón y capellán del ejército español, al que el mismo Suchet, dando muestra de su poder también en la esfera eclesiástica, le buscaría acomodo en la ración de mensa de la Seo.

Secretarios, edecanes, mayordomo, cocinero mayor, intérprete, guardia permanente en palacio, la “corte” de Suchet el virrey era plena, no le faltaba de nada, pues hasta su esposa la joven Honorine iba a rellenar, con sus fiestas y saraos dados en palacio, ese espacio tan necesario para el poder como era el de la pura representación pública donde las élites locales se reconocieran como parte del nuevo régimen.

Suchet había conquistado un viejo Reino donde gobernar y gozaba de todos los títulos pertinentes para hacerlo, y conforme Zaragoza se sacudía sus terribles huellas de los combates, el gobernador se fue aperciendo de que la ciudad, que aparecía rendida a sus pies, era una auténtica capital digna de establecer una corte, la suya. En efecto, contaba con dos catedrales (una de ellas inmensa), tenía una de las instituciones más reputadas y antiguas de Europa como era su hospital general, había un fabuloso y nuevo Teatro de Comedias con su propia compañía (llegaron a dar un baile en él de más de 1.000 parejas), contaba con su castillo-fortaleza de la Aljafería, había también una plaza de toros casi sin estrenar, un canal como los del Ródano por donde pasear y traer refuerzos y provisiones, era sede arzobispal y nudo de comunicaciones. En definitiva, se aperció que había conquistado todo un Reino y toda una capital, ya solo le faltaba para establecer su “pequeña corte” un palacio a su servicio.

Todos sabemos que el “poder” también se manifiesta en los edificios públicos, máxime cuando el palacio donde va a residir el gobernador va a estar siempre dispuesto para un uso constante del ceremonial o las solemnidades conmemorativas. El palacio del gobernador será usado por el general como otra más de sus herramientas puestas al servicio de la batalla psicológica que éste iba a desencadenar en la retaguardia aragonesa. Por esta razón, el palacio será decorado, iluminado, pintado, reformado, y en sus salones y, sobre todo, en sus jardines, se darán numerosas fiestas, banque-

tes, frescos, saraos e incluso teatro, de una manera tan llamativa que nos obliga a sacar el propio palacio a escena como si se tratara de un protagonista más de la historia. Conozcamos, pues, algo más de este edificio zaragozano.

Los otros palacios

El primer gobernador que tendrá Zaragoza será el mariscal Lannes, ante quien la ciudad se vio obligada a capitular, para él los franceses buscarán un edificio acorde con la dignidad del rango, en la temprana fecha del 24 de febrero.

La residencia elegida será el recién remodelado palacio arzobispal⁸, cuya fachada, situada al este, había sido respetada por la metralla, no obstante, el palacio se arreglará y adecentará, y el día 5 de marzo Casamayor comentará de él que aparece “*suntuosamente alhajado*” a disposición del mariscal Lannes.

Pero rápidamente será Junot, duque de Abrantes, quien sustituirá a Lannes y pasará a ocupar el cargo y el palacio donde éste residía. Pero la cercanía del río, del templo del Pilar o del puente de Piedra y el consiguiente trasiego de gente no debió ser de su agrado, puesto que el 16 de abril se mudó al palacio del marqués de Tosos.

El palacio arzobispal, libre de semejantes inquilinos, fue inmediatamente ocupado por el obispo auxiliar Santander, que solamente lo abandonará para marchar al exilio cuando los franceses se retiren de Zaragoza unos años después.

Este mismo palacio protagonizará un curioso incidente con motivo de la tensa relación entre el recién nombrado por el gobierno intruso obispo auxiliar padre Santander y el Cabildo Metropolitano. Estas malas relaciones entre las dos instituciones religiosas de la ciudad estaban motivadas por la falta de la aceptación del Cabildo de la legitimidad del padre Miguel de Santander como obispo auxiliar de Zaragoza y gobernador eclesiástico de Aragón. Dado su cuestionable nombramiento, el Cabildo puso, hasta la intervención de Suchet, todos los inconvenientes que pudo a su obispo: desde negarle ropa para celebrar de pontifical hasta prohibirle acceder a la Seo directamente desde su palacio.

Efectivamente, el Cabildo, en un desaire imposible de pasar por alto, cerró la puerta que comunicaba el palacio donde residía el padre Santander con el coro de la Seo. Aceptado el reto, y tras la imposibilidad de abrirla con la llave, un familiar del obispo auxiliar rompió la puerta y el Cabildo volvió a cerrarla mandándola clavar. El incidente llegó al conocimiento del gobernador Suchet, quien salió en defensa de su colaborador y amigo padre Santander y, dándole la razón, mandó al Cabildo que abriera

la puerta, lo cual se reflejará en el acta correspondiente del Cabildo en el 29 de junio de 1809.

Pero Junot había puesto sus ojos en uno de los palacios más importantes de Zaragoza como era el del conde de Fuentes en el Coso, por lo que mandó que se trabajara en su rehabilitación mientras residía interinamente en el del marqués de Tosos. Otro hecho favorecerá las pretensiones del duque de Abrantes, puesto que el titular del palacio, don Luis Armando Pignatelli y Egmont Fernández de Heredia conde de Fuentes, había fallecido recientemente, y desde el día 8 de marzo el edificio estaba sin inquilino propietario. Las reformas se llevarán su tiempo y Junot se marchará de la ciudad sin poder ocupar esta casa al ser sustituido por el general Suchet.

Suchet llegará a Zaragoza el 18 de mayo y se alojará momentáneamente en el palacio arzobispal, agradeciendo la comodidad de éste, pues la noche anterior había pernoctado en el palacio del conde de Fuentes de las Casetas que se hallaba maltrecho por los numerosos saqueos que había sufrido durante los Sitios.

En junio, siguiendo la huella de Junot, se cambiará al palacio del marqués de Tosos y allí el 16 de junio colgará una bandera cogida a los españoles en la acción del día anterior en la Muela. En este palacio pasará todo el mes de junio y julio mientras las obras proseguían en el del conde de Fuentes a la espera de la llegada de la esposa del gobernador. Entre las obras se hará un espacioso jardín que da al salón de San Francisco (donde se rezaban las cruces) este nuevo espacio servirá para los recreos y la celebración de numerosas fiestas y saraos.

Por fin las obras concluyen y el 1 de agosto el gobernador se muda al nuevo palacio. Al día siguiente su esposa Honorine llega a la ciudad estrenando el aposento.

El palacio del Coso

El lugar elegido para su residencia no era otro que el remozado palacio del conde de Fuentes. Este era uno de los edificios más nobles de la ciudad y que, además, contaba con un jardín a su servicio⁹. El palacio estaba temporalmente sin dueño, pues el titular de la vivienda Luis Armando Pignatelli y Egmont Fernández Heredia conde de Fuentes, tenido por aliado de los franceses, había fallecido en el monasterio de la Cartuja el 8 de marzo, a los 45 años de edad, después de haber estado preso durante ambos Sitios en la Aljafería.

Este mismo palacio, situado al principio de la calle del Coso, había sido residencia del rey Carlos IV en 1802, cuando el monarca organizó un viaje para conocer el

Canal Imperial de Aragón cuyas obras había pagado. Su periplo lo realizó navegando tranquilamente por las aguas del flamante canal, donde llegó hasta Tudela, visitando el Bocal donde nace. En el mismo barco, y con la misma placidez (aún tuvo tiempo para cazar), retornó a la capital de donde había salido, y por la noche se hospedó en la casa de su pariente el conde de Fuentes. La estancia en la ciudad se prolongó desde el 23 de agosto hasta el 4 de septiembre de 1802¹⁰.

Ocho años más tarde, en agosto del año 1809, la feliz pareja formada por el general gobernador y la jovencísima Honorine se iba a reencontrar en Zaragoza después de estar ocho largos meses sin verse, siendo el escenario de su encuentro el mismo palacio donde había residido el rey Carlos IV. Así que, en la misma noche del día 2 en que arribó la condesa a Zaragoza, el gobernador ofreció un extraordinario banquete, en el jardín recién conquistado a las calles de la ciudad y que estaba perfectamente iluminado en honor de la recién llegada. Tras el ágape, hubo música y fuegos artificiales y lo más granado de la ciudad y sus autoridades pudieron conocer a la joven condesa y gobernadora. Así, palacio y condesa realizaron su primer servicio a las órdenes de Suchet mientras la ciudad se mantenía expectante y curiosa.

Diez días más tarde el gobernador, en un claro acto de poder y dominio ante el pueblo, mandó que la tropa formara ante su palacio y les pasó revista con toda la oficialidad y música. El 15 de agosto, se celebraba el día del emperador y de la Virgen, por ello todos los cuerpos representativos de la ciudad obsequiaron a sus excelencias quienes, asomados a los balcones, pudieron apreciar los actos que se habían previsto para ese día; gigantes y cabezudos, así como los niños y niñas del hospicio de la Misericordia que danzaron y cantaron en su honor, e incluso pasó bajo sus pies un alegórico carro triunfal.

El 25 de ese mismo mes, el palacio protagonizó otro excelente convite con motivo, según Casamayor, del cumpleaños del gobernador (aunque la fecha de su nacimiento, 2 de marzo, no coincide con lo que afirma este cronista). Las salas se adornaron con arbolitos cargados de frutas, dándose un refresco en el cenador que estaba perfectamente iluminado, y la velada se prolongó con un baile que duró hasta las dos de la mañana.

Para las fiestas del Pilar las autoridades repitieron el acto de sumisión y reconocimiento del verano, pues el Ayuntamiento, la Real Audiencia y cuerpos militares se desplazaron hasta el palacio para requerir la presencia del gobernador. Con todos ellos se formó una procesión cívica que acompañada por los gigantes y cabezudos llevaron escoltado a Suchet hasta el templo del Pilar donde comenzó la procesión de verdad.



Actual Banco Santander en la calle del Coso edificado sobre el antiguo palacio del conde de Fuentes. En la placa, sobre la fachada, figura el nombre de uno de los condes de Fuentes.

Desde 1809 hasta finales del año 1811 en que Suchet abandona Zaragoza para iniciar la campaña de Valencia, el palacio del gobernador se convertirá en la sede central desde donde el poder ejercido por Suchet someterá a todo un Reino, haciendo de éste el edificio más importante de la ciudad. Desde allí se emitirán edictos y decretos, se harán fiestas y celebraciones, se iluminará y decorará como un escenario teatral, se mandarán ejércitos y pueblos. Pero también será el refugio del general donde descansará de las batallas, su casa, donde vivirá junto a su esposa e hija, siendo a la vez sede del poder y hogar familiar del gobernador o virrey.

Los otros inquilinos

La toma de Valencia por el mariscal en 1812 hace que éste traslade todo el peso de su gobierno a la ciudad recién conquistada, al fin y al cabo allí se halla su esposa la condesa, su ejército con el Estado Mayor, y con él se había mudado la cúpula de la administración.

Desde su nueva capital, una ciudad el doble de tamaño que Zaragoza, el gobernador seguirá gobernando Aragón basándose en decretos y ordenes que serán inmediatamente aplicadas por los responsables del ejército o la administración.

Esa nueva capitalidad hará que su residencia zaragozana en la calle del Coso quede vacía. Pero esta situación no iba prolongarse durante mucho tiempo, sólo el necesario

para que las autoridades francesas se apercibieran de que la salida de Zaragoza del mariscal y su esposa iba para largo y dejaban tras de sí un palacio magníficamente dotado.

El palacio, atractivamente desocupado, reclamó un nuevo inquilino, y enseguida (el 8 de enero) el general Cafarelli abandonaría su residencia del marqués de Tosos mudándose a la casa que, hasta entonces, había ocupado Suchet.

Este nuevo inquilino del palacio, de hecho la máxima autoridad militar de Aragón junto con el general París, comandante de la plaza, volvería a dar el uso habitual a tan magnífico aposento organizando fiestas y celebraciones. Así el día 20 dará un sarao en obsequio por la toma de Valencia y otro el día 31 que, como siempre, estuvieron muy concurridos.

Otros visitantes ilustres del palacio fueron el general francés Robert o el general español Blake (prisionero desde la toma de Valencia) que fue invitado a comer varios días por Cafarelli, o el mismísimo cirujano y médico personal del emperador monsieur Boyer, que había sido enviado desde París por Napoleón para tratar de una molesta fístula a Suchet. Este famoso cirujano se hospedaría en el palacio, tanto a la ida a Valencia (el 22 de marzo) como a su vuelta un mes más tarde.

LA VIDA COTIDIANA EN PALACIO

Hoy, doscientos años después, la historia nos permite acercarnos a lo que fue la vida cotidiana en la casa del gobernador, siendo esto posible gracias al estricto control de gastos de la tesorería de la policía de la administración francesa, aliado con los minuciosos y detallados apuntes del conserje del palacio, Juan Champane¹¹. Estas dos fuentes nos han legado los recibos y apuntes de todos los gastos atribuidos al palacio de Suchet, a través de los cuales podemos hoy inferir y conocer muchos aspectos de su vida cotidiana. Estos datos, los de la tesorería de la policía y los del conserje, nos servirán para entender mejor aquellos acontecimientos que se vivieron en la Zaragoza ocupada y gobernada por el virrey Suchet.

Conozcamos, pues, algo más de la vida cotidiana que se desarrollaba en el palacio: de su personal, de los utensilios de cocina, de las cuadras, de la cocina, de los muebles, de los dormitorios, de los gastos de la casa, de dónde traían el agua o el vino, de su higiene, o de la iluminación. Todas estas cosas son las que se va a intentar resumir y acercar a la curiosidad del lector, empezando por algo tan prosaico a la vez que importante como son las cuadras.

Cuadras y cocheras

Era una parte fundamental del servicio que necesitaba el gobernador, y aunque no existen muchas referencias, sí que sabemos que las dependencias estaban asistidas por dos mozos de cuadra. Uno de ellos se responsabilizará de los caballos del general y el otro, Juan “el Royudo”, de las mulas de la esposa del gobernador, Honorine.

Una de sus principales tareas es la de alimentar a las caballerías, por lo que hay varios gastos, tanto de forraje como de verde. Los caballos serán regularmente lavados y aseados con jabón, siendo éste un gasto que aparece numerosas veces (4 libras de jabón son compradas, para este fin, por 12 reales de vellón). También se hace un mínimo de mantenimiento de los carruajes, por lo cual se compran varias “carnicerías” de tocino para untar a los coches, galeras, correaes y atalajes de cuero (se empleaba la grasa de cerdo para engrasar los ejes). Aunque Suchet, como buen militar, montaba frecuentemente a caballo, también dispondrá de un coche especial de acuerdo con su rango, tan especial como que en él llevará una “*cajita de nogal con asetas de bronce para llevar dinero dentro del coche de su Excelencia*”¹²; la condesa, parece ser que también tenía el suyo propio.

Los criados encargados de la cuadra eran Manuel Colás y Juan Pelay “el Royudo”, cobraban un sueldo diario de 8 reales de vellón, y entre sus obligaciones estaba el de limpiar con “*escobas finas*” y herrar las caballerías, para lo cual necesitaban comprar “*sacos de carbón fino para el cerrajero para hacer las herraduras*”.

Los demás servicios generales donde se necesitaban los carros para transportar leña, yerros, lana, cañizos, etc., eran efectuados por el Tío Pepe con su propio carro. Igual ocurría con las numerosas cargas de agua que se compraban a los aguadores; en el mes de agosto de 1811, por ejemplo, se compraron 208 cargas de agua procedentes del Ebro y 12 del Gállego por un importe de 212,12 r. v. (haciendo cuentas vemos que, en pleno estiaje, la carga de agua costaba un real, e imagino que la cuba no excedería de 300 litros).

La cocina de palacio

La cocina es, sin lugar a dudas, uno de los servicios más importante que una casa tan representativa como la del gobernador debía de contar. No sólo debe atender a las necesidades diarias de sus inquilinos, sino que estaba obligada a atender los numerosos actos sociales en que esta “pequeña corte aragonesa” se veía inmersa. Numerosos banquetes, saraos, refrescos, ágapes, recepciones, vinos de honor se darán en el palacio del gobernador durante estos años, y la reputación de su excelencia no podía permitirse ningún fallo. El poder también se manifestaba en la cocina.

Las necesidades diarias de comedor del palacio estaban cubiertas por cuatro ayudantes de cocina españoles: Pedro Sacha, Pedro Sarte, Dionisio Josel y Nicolás. Todos ellos cobraban 8 reales de vellón siendo dirigidos por un director de cocina, imaginamos que francés, que ostentaba el cargo de cocinero mayor.

Los fogones serán alimentados por “*carbón fuerte*” y la leña, las de olivo y carrasca son las mejores, será acarreada y descargada por el Tío Pepe. Asimismo cuentan con un “*horno*” que consumirá parte de las cargas de leña, y tendrá también sus “*planchas para poner fuego dentro*” y un asador (parece ser que éste se averió, pues hay un gasto reflejado con el título “componer el asador”). Los guisos se hacían en 12 tarteras y cazuelas asistidos por una pala de madera y dos ollas con tape. Como vemos, la cocina de palacio estaba preparada para tratar los alimentos de todas maneras posibles; plancha, brasa, asado, cocido o frito. Todo según el gusto de su majestad el virrey.

Las viandas se guardaban en cestos colgados en una “*barra de yerro para los cesticos*” y el pan en un “*cesto grande*”. El vino no escaseaba y hay referencias de la compra de varios botos (de piel de cabrito) y “*6 toneles de vino de Cariñena*”.

A pesar de la procedencia del cocinero mayor, acostumbrado al uso de la francesa mantequilla, hay constancia de que en la cocina de palacio, las verduras al menos se aderezaban con aceite de oliva, “*aceite del bueno*”, por otra parte tan abundante en Aragón. El aceite se guardaba en “*una tina vidriada*” y luego era servido en la mesa en 21 aceiteras de vidrio.

Otros utensilios muy variados nos acercan al tipo de comidas que se daban: como los diversos cedazos y cedaceros para hacer salsas, queseras de estaño, varios “*enfriadores de cobre*” para hacer helados (en Zaragoza existían varias “*neveras*” donde se guardaba la nieve prensada con paja y posteriormente se vendía en verano), o los “*torneros de alabardería*” (para cubrir el fondo de un asador).

Y después de una buena comida se necesita, cómo no, un buen café. Gracias a la relación de gastos que nos está sirviendo de guía, podemos afirmar que en palacio eran muy aficionados al café, puesto que hay numerosas referencias al uso de esta infusión. Al menos contaban con “*un molino de los grandes para el café*”, que se hacía, a la vez, en tres cafeteras. También se compraron “*4 botes de los grandes para llevar especias y café*”.

En cuanto a la limpieza de cazuelas y demás vajilla había un caldero para calentar agua, pozales y 8 “*lebrillos*” (barreños o palanganas pequeñas). Y si era necesario, se pagaba a un “*estañador*” que reparaba las ollas y cazuelas de cobre o de metal.

Un reloj presidía y marcaba los tiempos de la cocina, pues hay constancia de que este se estropeó y fue reparado rápidamente.

Lamentablemente no tenemos referencias directas de alguno de los menús de los que se dieron en palacio y se cocinaron allí, pero sirva como ejemplo el banquete que el 17 de junio de 1810 se dio en el teatro con motivo de las fiestas que se celebraron en Zaragoza en honor del general Suchet con motivo de su victoria en Lérida y Mequinenza.

La opípara cena fue un obsequio del Ayuntamiento, y siguiendo el relato de Ased y Villagrasa¹³, al que le arrebataremos algún calificativo, el banquete presentó los siguientes platos: jamón, pavo, ternera, pollo, anguila, pichón, perdiz, gazapo, pastas, fricandós, pastelones (reellenos y estofados), rosquillas, bollos, bizcochos, roscones. Los vinos fueron Xerez, Peralta, Málaga, Pedro Ximenez, garnacha de Cosuenda, tinto de Cariñena. Bordeaux, champaña, limonadas, rum (ron) y Ponche. Continúa diciendo que “*el menaje fue brillante; cafés, licores, y demás aditamentos de un deser completo*”.

Higiene y excusados

El palacio también tenía que solventar todo tipo de necesidades de sus moradores. Entre ellas, y no por ordinarias menos importantes, estaban las fisiológicas o aquellas referidas del aseo personal propias del momento.

Tal es el detalle de las notas que estamos siguiendo de la contabilidad del palacio, que aparecen, perfectamente descritos, objetos de la vida diaria como, por ejemplo, la bañera del gobernador (que por cierto tenía ruedas y se podía trasladar de un sitio a otro), o la de su esposa Honorine. Los orinales, lavabos, barreños, son contados con celo profesional:

4 barreños para lavar las manos

4 barreños de piedras finas para debajo de la cama

2 orinales

2 cubas de baño para su excelencia

varias cazuelas y ollas de baño, algunas de las cuales se “estañarán”.

3 jofainas

1 bañera para su excelencia; sus medidas eran de 8 pies de longitud, 3 de diámetro y 3 y 6 de alto con sus travesaños y ruedas correspondientes (esta bañera la compró para Suchet el arquitecto Joaquín Asensio a Cristóbal Marión por un precio de 200 r.v.).

La condesa también contaba con su propia bañera, pues se compró “*un canapé donde toma los baños*”.

En cuanto a las otras necesidades, hay que tener en consideración que hacía al menos quince siglos que la red de alcantarillado romana había dejado de funcionar, y en la ciudad los detritus humanos acababan en las femeras (estercoleros) de las cuadras. En este aspecto, el palacio del gobernador no contaba con ningún sistema de desagüe que lo diferenciara de cualquier otra casa de la ciudad.

La vajilla y el menaje

Los alimentos cocinados también estaban obligados a ser presentados con la dignidad y la alcurnia que la casa del gobernador merecía, por lo que las compras en la ciudad de vajillas y demás menaje serán importantes, máxime teniendo en cuenta el gran boato e importancia que alcanzó la cocina, la presentación de la mesa y el protocolo poniéndose de moda en todas las cortes del nuevo imperio napoleónico. Esta pequeña corte no iba a ser menos, y su vajilla y servicio imitaría, en la medida de lo posible, a la moda parisina dominante.

La vajilla de plata se había sacado de la Cartuja de Aula Dei y se puso al servicio de la mesa del gobernador¹⁴, pero como no era suficiente se mandó comprar muchas otras cosas como:

- 1 cucharón de plata (hay otro gasto para el arreglo de otro cucharón de plata)
- 4 docenas de tazas de piedra fina para el café
- 2 docenas de vasos de cristal finos grandes
- 21 botellas de aceite del bueno par las verduras
- 3 servicios de mesa de 24 cubiertos
- 1 servicio fino
- 6 docenas de cubiertos
- 24 platos finos
- 24 fuentes surtidas
- 6 ensaladeras
- 6 palanganas (¿lavamanos?)

Además de esta espléndida vajilla, con muchas piezas de plata, la mesa estaba perfectamente puesta con sus servilletas, manteles y paños:

- 4 telas para servilletas
- 2 servilletas de 12 con tela encarnada
- 3 12 manteles
- 92 paños de cocina

Aunque solo hay un apunte a este respecto, pensamos que el servicio iba uniformado, pues aparece el gasto de “22 *delantales con bolillos*” destinados a vestir a los máximos responsables del funcionamiento del palacio, como eran el mayordomo, la ayuda de cámara y el cocinero mayor. Los tres, junto con el conserje español Juan Champane, eran las personas más cualificadas en el palacio del gobernador, y conseguían que todo estuviera siempre a punto y en perfecto orden de revista.

Salones y pabellón

Las dos estancias son claves en cualquier palacio que esté destinado, como éste, a un intenso trajín de recepciones, despachos y visitas, como corresponde al sitio donde mora la máxima autoridad. Por consiguiente, estas habitaciones estarán debidamente adornadas y vestidas.

También sabemos que se encargaron 37 sillas “*Victoria*”, siendo reparadas algunas otras de este modelo. Las ventanas, que se asomaban a la calle del Coso (entonces la más principal de la ciudad), estaban cubiertas con cortinas de muselina y lucían galones cosidos por el sastre “*con 10 docenas de anilletas*”, siendo resaltados los extremos del pabellón por cuatro lazos. Una librería, quizás perteneciente al conde de Fuentes, su antiguo propietario, revestía una de las paredes del salón. La sillería, toda a juego, era del modelo “*Victoria*” (sabemos que de este modelo se encargaron 37 sillas, siendo reparadas algunas otras), dada esta gran cantidad de asientos, necesariamente cabe suponer que el tamaño de la estancia principal era enorme, como corresponde al palacio de un rey, o, al menos como era el caso, de un virrey.

Uno de los salones servía como comedor de oficiales de S.E., y a esta sala se la dotará de “22 *sillas de haya pintadas*”.

Todas estas estancias se limpiaban con “*escobillas de pelo*” más delicadas que las otras, las cuales también están perfectamente reflejadas en la contabilidad.

Dormitorios y gabinetes

Son las estancias más íntimas de todo el palacio, por esta razón será en estas habitaciones donde más se invirtió para dotarlas de distintos muebles parejos con el gusto de sus excelencias.

Siguiendo las orientaciones que nos muestran la interpretación de los gastos, pensamos que los esposos gobernadores dormían en camas distintas (de igual manera que cada uno tenía su propia bañera como ya hemos visto antes), pero los dos reposaban

sobre mullidos colchones de lana que se lavaba, escaldaba y vareaba regularmente. Las camas de S.E. estaban adornadas con cortinas de muselina, la misma tela que se había empleado en el pabellón.

Bajo las camas 4 barreños de piedras finas para aliviar necesidades nocturnas, en esos momentos sus pies descalzos hollaban unas esterillas compradas al efecto. También se habían comprado *“camisas para dos catres”*, que puede entenderse como camisones de noche o quizás se refiera a las sábanas, pues no hay más detalles. Lo que sí está detallado son los colchones de lana de cuarterones en un número de 7, y para ellos se compró 24 varas blancas para las cintas con que estaban terminados. La lana para los colchones y su mantenimiento (lavar, escaldar, varear) era cara y el pueblo menos pudiente lo hacía sobre colchones de paja o de pinocheras. A este respecto en una anotación figura la compra *“de tres cañizos para las camas del Cocinero mayor”*, imaginamos que los cañizos eran uno para cada cocinero, y que esta manufactura de cañas sustituía al jergón sobre el que se situaba el colchón del material que fuere. El ayuda de cámara de S. E. también dormía en colchón de lana, concretamente se compraron *“6 morterones de lana para hacer dos colchones para el ayuda de cámara”*.

Las cortinas del dormitorio eran de muselina y estaban acompañadas de *“una mesa de noche con puerta y erraje de bronce”*, la condesa igualmente disfrutaba de otra mesa de noche colocada al lado de su cama.

A pesar de que, al menos en campaña, Suchet viajaba muy a menudo de noche, en la ciudad donde tenía su palacio, éste dormía plácidamente acostado sobre un acogedor colchón de lana aragonesa.

En cuanto a los gabinetes o vestidores que es como lo denominamos ahora, solo se compra una mesa de nogal para el gobernador forrando con damasco blanco los asientos y un canapé, que probablemente ya estaban en la casa. Este recato contrasta, sin embargo, con el de la condesa y sus dos, al menos, asistentes o doncellas a las que también tendrá que amueblar su cuarto.

Para el gabinete de la condesa se comprará una mesa de nogal, otra mesa de caoba y *“una papelera de nogal con cuatro cajones para la ropa”* (por cierto que la señora condesa perdió la llave de esta papelera y hubo que llamar a un cerrajero para que cambiara la cerradura y le pusiese llaves nuevas), asimismo figura otra mesa con bastidor, como vemos todo en maderas nobles. También se sitúa en esta estancia el canapé donde la condesa toma los baños, siendo la habitación decorada con las 12 varas que se compraron de mahón rayado.

La atención de las doncellas acompañantes no debía desmerecer a la de la propia gobernadora y para ellas se compraron “*dos tocadores de nogal de damas*”, dos espejos medios, y una papelera de dos cuerpos para guardar la ropa. En esta “*petit court*” la presencia de la primera dama era fundamental y los ayudantes y mayordomos eran complementados con el servicio exclusivo de las doncellas de Honorine la gobernadora.

Ropajes y costuras

Otras facturas explicarán los géneros y demás efectos entregados en casa del gobernador que, a su vez, irán completando todo el ajuar necesario para vivir como éste referido a los ropajes y costuras.

El suministrador principal de estos efectos para uso de S. E. señor conde del imperio, será la viuda de Fernando Nougues Marrot de esta ciudad, siendo todo encargado por el señor Dumoris (¿el mayordomo?) y orden del comisario general de policía.

Así, figuran numerosos artículos como: sábanas, almohadas, juegos de cama, cubiertas chinas, delantales, otros trabajos de coser, cortinas, colchones, pamelas batista, cintas de raso, tul bordado, algodón, muselina bordada fina, mantas, lino de Flandes, colchones. La relación de gastos a esta casa de Nougues llega desde el año 1809 hasta el de 1811 y sus cifras son impresionantes (más de 40.000 r. v. en 1811).

Varios de estos pedidos se hacían en francés a la casa amiga de Nougues y, aunque la tesorería de la policía pagaba prontamente, uno de los pedidos realizado a finales de julio de 1809 se pagó en agosto del año siguiente.

La iluminación de palacio

Con la llegada de tan ilustre huésped la iluminación del palacio del conde de Fuentes se reforzó considerablemente, dado que pasó a ser, junto con el cuartel general de las tropas ocupantes, el edificio donde residía la máxima autoridad de todo Aragón como era el gobernador.

Así pues, a las lámparas, candelabros y hachones propios del palacio los nuevos administradores le añadieron otras luces nuevas como:

- 2 bujías plateadas
- 2 de peltre

4 de bronce
6 candiletas nuevas
2 bujías de plata
36 velas de cera de bujía

El agua en palacio

Obviamente, al igual que no había desagüe, tampoco había servicio de agua corriente, siendo mucha la necesidad de ésta que un edificio tan importante demandaba. Por ello, este servicio será muy valioso y el palacio será abastecido de agua todas las semanas.

El agua que se empleaba en palacio era tomada principalmente del Ebro con algún aporte del Gállego (nunca del Huerva), ésta era llevada en un carro habilitado para ello por los aguadores que cobraban algo más de un real por carga.

Conociendo el consumo de cargas de julio a noviembre apreciamos cómo, lógicamente, el consumo se dispara en los meses de verano bajando considerablemente con la entrada del otoño. Desconocemos la capacidad de “las cargas”, pero podemos estimar que estarían entre los 200-300 litros por carga, (traduciéndolo a litros/día se puede estimar el gasto del palacio durante los meses de verano en aproximadamente más de 6.000 litros diarios).

La relación es la siguiente¹⁵:

Cargas de julio

Ebro: 663 Gállego: 80

Cargas de agosto

Ebro: 1024 Gállego: 90

Cargas de septiembre

Ebro: 767 Gállego: 92

Cargas de octubre

Ebro: 447 Gállego: 36

Cargas de noviembre

Ebro: 223 Gállego: –

El jardín

Este jardín no formaba parte del diseño original del palacio, y fue construido siguiendo las indicaciones del gobernador a mediados de julio de 1810. Las obras descubrirán un espacioso terreno que daba al Salón de San Francisco (donde se rezaban las cruces), esta dependencia servirá para los recreos y la celebración de numerosas fiestas y saraos. Ahora si que el palacio, con su jardín particular al lado de la calle del Coso, era un edificio completo y digno, más que de un gobernador, de un auténtico virrey como Suchet (hoy no queda otro recuerdo de este celebrado jardín del palacio del conde de Fuentes, salvo lo apuntado en un plano rescatado del Archivo Histórico Provincial de Zaragoza).

Por fin las obras concluyen el 1 de agosto, y el conde, satisfecho, se mudará al remodelado palacio. Al día siguiente, su esposa Honorine llegará a la ciudad y se aposentará en un palacio digno de una princesa donde podrá establecer su corte.

El personal

Descontando el habitual cuerpo de guardia, que obligatoriamente escoltaba permanentemente al gobernador, más de 20 personas trabajaban diariamente en palacio y hacían posible que todo funcionara para mayor lucimiento de este. Los cargos principales o de confianza, como el mayordomo o la camarera de la condesa, eran franceses, siendo el resto del personal, incluido el conserje o administrador, de origen español contratados “in situ”. Hagamos una relación de éstos:

- CUADRAS (cobraban 8 reales diarios)
 - Manuel Colás, encargado de los caballos del gobernador
 - Juan Pegay, alias “el Royudo”, encargado de las mulas de la señora condesa

- COCINA (los ayudantes cobraban 8 reales diarios)
 - Pedro Soda, ayudante de cocina
 - Pedro Sartre, igual
 - Nicolás, igual
 - Dionisio Josel, reforzaba a veces el servicio de cocina

- SERVICIOS VARIOS “AYUDAR EN LO MANDADO”
(limpiar, subir leña y carbón, etc.)
 - Dionisio Josel
 - Perico
 - Manuel

- **APROVISIONADOR O RECADERO**
(con el carro, leña, carbón, forraje, alimentos, etc.)
El Tío Pepe

- **DONCELLAS** (para la condesa)
Una camarera principal (ésta era de su plena confianza, le acompañará hasta Valencia y tenemos constancia de su estancia en Zaragoza, camino de Francia, para reponerse de una enfermedad).
Dos doncellas

- **CARGOS DE CONFIANZA**
Señor Dumoris, mayordomo
Ayuda de cámara
Cocinero mayor
Juan Champane, conserje administrador

- **ARTESANOS QUE TRABAJABAN PARA ENCARGOS DE PALACIO**
Josef Cabrero, decorador “muselinas para cortinas”
Sastre, sin nombre
Bonifacio Saen, sillero
Rajadores, serradores de leña
Cristóbal Marrión, bañera de Suchet
Viuda de Fernández Nougués, la mayor suministradora de palacio en ropas y vajillas
Relojero
Guarnicionero
Papelería
Estañadores (se reparaban los pozales, ollas y cazuelas)

LA CARTA DE DESPIDO DE JUAN CHAMPANE

La mayoría de los datos que anteceden, y de los cuales hemos inferido la vida cotidiana del palacio del gobernador, nos los ha proporcionado los escrupulosos apuntes o cuentas de gastos de Juan Champane, que ejercía el importante cargo de conserje del palacio. Además de las cuentas, Juan nos ha legado su carta de despido, producto de una envidia o calumnia (seguramente asuntos de dinero), en la cual justifica su trabajo y reclama su sueldo, y que, por interesante y curiosa, no podemos evitar el reproducirla:

1

Quenta de los Cuados q. hauido, y que hay en Casa S. Ex. el Conde de Suchet pagados por el Comuário General de Petecia

Cuados emplados en la Cuadra

Manuel Colas sel debe 30 dias del mes de Noviembre
a razon de 8 r. v. cada dia importa. 240

Juan Pezay sel debe 30 dias del dicho mes de N.^{bre}
a razon de 8 r. v. cada dia importa. 240

Mozos de Cocina y empleados por el Alcaide

Pedro Sada sel debe 30 dias del dicho mes de N.^{bre}
a razon de 8 r. v. cada dia importa. 240

Dionisio Joret sel debe 3^o dias del dicho mes de N.^{bre}
a razon de 8 r. v. cada dia importa. 240

Pedro Sarte sel debe 3^o dias del dicho mes de N.^{bre}
a razon de 8 r. v. cada dia importa. 240

No.^{ta}

Por Quatro Libras Jabon para los Caballos de su
S. Ex. importan - - - - - 12 r. v.

Suma 1212

Aprobado por mi alices

Yo el Sr. Comuário General de Petecia lo certifico 1212 que contiene el
cuanto a razon de N. de Noviembre de 1810 alices

No. 1212

Juan Champane vecino de la ciudad expone: Que ha tenido el honor de servir a S.E. por espacio de 9 meses en calidad de conserje, ha desempeñado lo mejor que ha sido posible los encargos de su destino, cuando una envidia o por mejor decir calumnia le ha quitado su bien estar y de su familia separándole de la gracia de S.E.

No había cobrado salario ni razón alguna. Su familia es su mujer y cuatro hijas y un hijo y presenta las cuentas a la tesorería de 166,24 reales¹⁶.

Su carta debió hacer efecto y su reclamación fue atendida, puesto que la tesorería le pagará 2.536 reales de vellón, a razón de 8 reales diarios (el mismo sueldo que los mozos de cuadra y peones) desde el 5 de marzo de 1810 al 15 de enero de 1811.

OTROS GASTOS CURIOSOS

Aunque el destino de estos gastos no estaba destinado específicamente al palacio, sí que le fueron endosados a él como si fuera cualquier otro gasto más; entre ellos, algunos curiosos como “*Un candado y una cadenita para la maleta del gobernador*”, o los 6 toneles de vino que se compraron para llevarlos a Mora en espera de la siguiente campaña del general Suchet en la desembocadura del Ebro.

Otro gasto muy especial nos va a recordar cómo el gobernador simultaneaba su cargo con el del general en jefe de un ejército de conquista, y que, por tanto, buscaba el éxito y el reconocimiento de sus logros como militar. Para que esto no se olvide remitirá a París las numerosas banderas tomadas a los ejércitos españoles en los combates en los que había salido invicto. Una de las cuentas explica perfectamente este dato “*por componer los dos paquetes de las banderas que se llevaron a París, por lienzo de cuerdas y una piel de cordoban*”. Las victorias también hay que firmarlas, de hecho el general Suchet sería el único que Napoleón ascendería a mariscal en toda la guerra de España, ¡el único!

El resumen de las cuentas estudiadas de mayo de 1810 hasta el mes de septiembre de 1811 asciende a la cifra de 53.264,20 reales de vellón. Este dinero será pagado por la tesorería de la policía semanalmente conforme se van presentando los gastos.

Esta prontitud en el pago respondía a un deseo del gobernador, deseaba que el dinero circulara por el Reino estimulando así la economía. Una necesidad que venía dada por la gran presión fiscal que todo Aragón soportaba para poder alimentar y sostener al III Cuerpo de Ejército a su mando.

El estudio de estas cuentas y su rapidez en el pago de las deudas demuestran que, al menos, el palacio del gobernador no era un moroso más en la ciudad donde se aposentaba.

EL PALACIO TRAS LA LIBERACIÓN

Los ocupantes franceses abandonan la ciudad el día 9 de julio. Pero para los zaragozanos el palacio del conde de Fuentes seguía siendo el edificio más representativo de la ciudad. Durante mucho tiempo había sido la residencia del virrey y, por tanto, el símbolo del poder absoluto; aquel que lo ocupaba era, sin duda, la máxima autoridad de Zaragoza. Por eso, al día siguiente de la retirada francesa, el coronel del regimiento de Cariñena, don Ramón Gayán, que acababa de llegar de Calatayud con su división, fue conducido a las puertas del Cabildo y, formando la tropa, fue llevado hasta el palacio del conde de Fuentes donde se hospedó arropado por los innumerables vivas de la gente.

El palacio, tras la liberación, había sufrido un tumultuoso registro cercano al saqueo, y a duras penas se pudo realizar un inventario de los muebles y papeles que en él existían. Algunos de los documentos encontrados allí, que no habían sido destruidos, se aportarán posteriormente como pruebas en ciertos procesos de infidencia, como fue el caso del procesado D. Benigno López Redal que se inició el 5 de agosto de 1813.

El día 12, por medio de un bando del general Durán, se mandó reconocer como comandante de la plaza de Zaragoza al coronel Gayán. El palacio y su locatario, igual que ocurría desde hacía casi cinco años, amparaba al máximo poder de la ciudad, pasó con los franceses y volvió a pasar con los españoles.

Francisco Espoz y Mina, que podía haber sido uno de los inquilinos del palacio, vivió la llegada de las tropas de Tabuena y de Gayán a Zaragoza como una afrenta más de su compañero y enemigo Durán. Y Mina, que se hallaba en lo más alto de su prestigio, demostrando unos terribles celos y animadversión hacia Gayán, se negó a entrar en la ciudad alojándose primero en el barrio del Rabal y después en casa de la señora condesa de Llart, mas tarde se vengaría de Gayán poniéndolo preso.

Mas el palacio seguía atrayendo, con la misma intensidad que la miel a las moscas, a los personajes que se creían algo en la ciudad; el 14 de agosto esta atracción acabó en un conflicto con el coronel José María Columbi comandante militar del Bajo Aragón, quien con ocasión de ser en esos momentos la máxima autoridad militar de la

plaza reclamó el privilegio de habitar el palacio del conde de Fuentes. El Ayuntamiento no veía clara su "potestad" y le negó la entrada. Se desató la pugna, y al final el Consistorio tuvo que doblegarse, llegándose a una situación de compromiso donde se le cedía, pero con serias limitaciones. Finalmente se le concedió al petionario solamente el uso de la habitación que caía al jardín. El coronel, imitando lo que habían hecho los ocupantes, reclamó que las estancias se amueblaran a cargo de la ciudad. A la postre así se hizo, y todos los muebles y ropas necesarios se consiguieron sacándolas de las casas de los que estaban presos por colaboracionistas. Gracias a este pacto, el coronel Columbi pudo residir en el mismo palacio que el del virrey Suchet y su ego quedó satisfecho.

Pero el coronel Columbi, cesado del mando en plaza, no disfrutaría durante mucho tiempo del palacio del Coso, puesto que el día 2 de diciembre llegaba a Zaragoza el general Santiago Whittingham, jefe de la división Mallorquina de Caballería, para sustituir en el mando al coronel cesante. Este general ocupó de inmediato el palacio del conde de Fuentes, el cual todavía simbolizaba la fuerza y el poder en la ciudad recién liberada.

EL SUELDO DEL GOBERNADOR

Hay una partida de las cuentas de la tesorería de la policía donde se recoge el sueldo como gobernador de los años 1810 y 1811 (estos pagos deben entenderse independientes del sueldo que Suchet tenía como general y luego mariscal del ejército francés). De hecho, en esta partida los gastos aparecen como "*Gastos de Mesa del gobernador*" siendo reflejados en francos y en su equivalente en reales de vellón, estos son los siguientes:

Año 1810 (recibos)

Mes de abril y mayo	24.000 francos	913.577,6 r.v.
Mes junio y julio	24.000 francos	913.577,6 r.v.
Mes agosto	12.000 francos	463.529,3 r.v.
Mes septiembre	12.000 francos	453.028,4 r.v.
Mes octubre noviembre	24.400 francos	913.557,6 r.v.
Mes diciembre	12.400 francos	463.529,3 r.v.

Al año siguiente esta cifra se reducirá casi hasta la mitad, quizás el motivo haya que buscarlo en las largas ausencias de Zaragoza motivadas por las campañas de Suchet,

pasando a cobrar de enero a agosto de 1811 a razón de 6.396 francos al mes (unos 213 al día).

Con estos “gastos de mesa” el gobernador debía atender tanto los sueldos como las facturas de consumo y materiales de su palacio. Intuimos que la cifra resultante ¡cinco millones y medio de reales de vellón en 1810! era más que suficiente para afrontar esos gastos, máxime cuando los llamados “gastos extraordinarios” como los que se incurrieron en la adaptación del mismo para los fastos o celebraciones, se pagaban con otra partida distinta de esta.

Teniendo en cuenta el gran esfuerzo que el Reino hubo de soportar para poder hacer frente a la contribución extraordinaria que el gobernador general decretó por el importe de 8 millones y medio de reales, el gasto de mesa del gobernador, que recordaremos que era de 5,5 millones de reales solo en un año, se nos antoja un ingreso para los bolsillos de Suchet un tanto desmesurado. Este hecho no hace sino confirmar los numerosos casos de enriquecimiento de muchos generales franceses en la guerra de España para los que, además de ensanchar los límites del imperio aprovechaban para engrandecer, paralelamente, su bolsa. El general Foy señala que, en este aspecto, Napoleón era indulgente (con sus mariscales) por naturaleza y corruptor por cálculo, para así encadenarlos a él por sus vicios. El mismo rey José I vivirá largamente en América a costa de los tesoros conquistados y arrebatados en España.

LOS MUEBLES DEL GENERAL ROGNIAT

La Zaragoza ocupada no solo atendía, como hemos visto anteriormente, los gastos del palacio del gobernador o las celebraciones en honor de los franceses ocupantes. Será el arruinado ayuntamiento el que, entre sus múltiples responsabilidades, asuma la del mantenimiento de los muebles e inmuebles de las tropas acantonadas en la ciudad. Otras instituciones zaragozanas de cierta entidad y que contaban con mobiliario propio también tuvieron que sufrir los rigores de la ocupación. Entre éstos estaban la administración del canal o la Casa de Ganaderos, esta última, por ejemplo, cedió su casa a un regimiento de polacos, y en su palacete de la calle San Andrés tuvo sus aposentos el general colaboracionista Salamanca, y sus mesas, sillas y canapés (que tenían sus armas esculpidas) adornaron el aposento del gobernador militar de la plaza en 1810.

Este servicio de aposentamiento a cargo de los zaragozanos era demandado con asiduidad por todos aquellos que podían hacerlo. Entre ellos estaba el general de in-

genieros Rogniat, cuya solicitud de muebles para su particular hospedaje puede ser utilizada como ejemplo de esta servidumbre, tan onerosa para las siempre exhaustas arcas municipales.

El 6 de agosto de 1811 se recibe una petición en el Ayuntamiento para amueblar su alojamiento, el corregidor Domínguez se la pasa al regidor Martín Díez de Garchitorena con una nota diciendo que se sirva este pedido.

La relación de muebles que se solicita está firmada por el propio general Rogniat y pide lo siguiente:

Para sillería de 12 sillas y 2 canapés decentes

Dos espejos

Dos mesas bonitas de Juego

Tres docenas de servilletas

Seis manteles

Cuatro candeleros

Dos soperas

Una aceitera

Unas espaviladeras

Un armario de cocina grande

Dos saleros para sal y pimienta

Dos ensaladeras

Doce copas de licor

Este general de ingenieros era un viejo conocido de la ciudad, quien tras la muerte del general Lacoste por el disparo de un defensor había asumido la dirección del cuerpo de ingenieros franceses durante el segundo Sitio, él mismo también resultó herido de cierta consideración en el invierno de 1809. Por tanto, bien podría decirse que el mismo Rogniat era uno de los responsables de la destrucción de la ciudad y de muchos de los muebles que ahora, dos años después, reclamaba. Así son las cosas de la historia.

NOTAS AL CAPÍTULO II

¹ BAYOD PALLARÉS, Robert G, *El Reino de Aragón durante el «gobierno intruso» de los Napoleón*. Librería general, p.133.

² En diciembre de 1809 ya se había conocido un decreto que afectaba a los hospitales. También trataba la misma materia el decreto del 15 de abril de 1811 por el que se regía el Hospital Civil. Nombra a José María Lanza y al marqués de Ariño. ARCARAZO GARCÍA, Luis Alfonso. *La asistencia sanitaria en Zaragoza durante la Guerra de la Independencia*, p. 252.

³ Acerca de estos antecedentes de la campaña aragonesa en la colonización de Argelia, leer el artículo de Jean-Yves “Les experiencias de Suchet à l’Armée et leur influence sur l’action de Bougeaud en Algerie”.

⁴ ALEXANDER, D. W., *Vara de hierro. Política de contrainsurgencia francesa en Aragón durante la Guerra Peninsular*, traducción libre de *Rod of Iron* de Editorial Comuniter, p. 9.

⁵ CASAMAYOR, Faustino, *Años políticos e históricos. De las cosas particulares sucedidas en la ciudad de Zaragoza. Años 1790 a 1826*. Biblioteca Universitaria de Zaragoza.

⁶ *Mémoires du Marechal Suchet, duc D’Albufera, sur ses campagnes en Espagne*, p. 21.

⁷ *Ibidem*, capítulo III, p. 75.

⁸ El palacio arzobispal había sido objeto de recientes transformaciones ordenadas por el prelado D. Agustín de Lezo y Palomeque. En el año 1778 se terminó la gran fachada que da a la Seo, la dirección de la obra corrió a cargo del arquitecto José Yarza. XIMÉNEZ DE EMBÚN Y VAL, Tomás, *Descripción histórica de la antigua Zaragoza y de sus términos municipales*. Zaragoza, 1901. Edición facsímil de la Editorial Certeza.

⁹ Situado al inicio del Coso y casi puerta con puerta con el de Sástago, el edificio desapareció a mediados del siglo XIX, hoy un gran banco mantiene las apariencias de palacio, y sobre su fachada solo una lápida rememora al antiguo conde de Fuentes.

¹⁰ Acerca de este viaje ver LATAS FUERTES, Jaime, *El Ebro en los Sitios*, XXI Premio Los Sitios.

¹¹ Gastos ordinarios del palacio del gobernador general de Aragón, conde de Suchet, pagados por la tesorería de la policía. Tesorería de la policía. XVII-legajo 1.271/2. Archivo DPZ.

¹² *Ibidem*.

¹³ ASSED Y VILLAGRASA, Manuel Isidoro, *Relación de las fiestas que la imperial ciudad de Zaragoza ...*, pp. 178-179.

¹⁴ “Hoy se empezó el secuestro de todos los ausentes en virtud de la orden del 4 del pasado y se ocupó toda la plata de la Cartuja de Aula Dei, la que inmediatamente se deshizo para el servicio de mesa del capitán general”. CASAMAYOR, Faustino, *Años políticos e históricos de las cosas más particulares...* 1 de agosto de 1809. Biblioteca Universitaria de Zaragoza.

¹⁵ Tesorería de la policía. Paga de los gastos ordinarios del palacio del gobernador general de Aragón, conde de Suchet. Años 1810-1811. XVII-1243/2 y 3. Archivo Diputación Provincial de Zaragoza.

¹⁶ Carta de despido de Juan Champane. Tesorería de la policía. Legajo XVII. Legajo 1243/1, 2, 3 y 1271/2 ADP.

CAPÍTULO III

LA OTRA GUERRA DE SUCHET. AL ASALTO DE LA CONCIENCIA COLECTIVA

El general, con el Reino sometido militarmente, va a dejar paso a otro tipo de conquista menos evidente, pero de resultados incluso más devastadores que los producidos por las armas más mortíferas. El general se va a transformar en gobernador, y es a éste al que le va a corresponder la tarea de dominar y someter a los aragoneses. Para ello deberá cambiar la propia cualidad intrínseca del ser conquistado. Tendrá, y ese es su deseo, que transmutar al pueblo, prisionero y conquistado, en súbditos adictos al nuevo régimen que representa.

Para esta tarea tan especial y sofisticada, donde la fortaleza a someter es el corazón de los ciudadanos, necesitará persuadir y convencer más que castigar y reprimir. Necesitará reclutar y alistar a su causa a los funcionarios y al pueblo llano o al clero. Necesitará adiestrar y engañar al inconsciente colectivo de la ciudad, para que ésta cambie sus reflejos de subordinación a un rey Borbón (extranjero al fin y al cabo) por otra dinastía, que ahora brillaba en el mundo, como era la napoleónica. También necesitará alistar en sus filas a los antiguos oficiales haciéndoles romper su juramento. En definitiva, lo que el gobernador se propone y necesita es conquistar la conciencia del pueblo sobre el que gobierna.

La tarea se presentaba dura, casi imposible, pues los efectos de la ocupación y de la reciente guerra todavía mantenían encendidas las llamas del odio y la revancha en los vencidos. Sus casa ocupadas, sus cosechas arruinadas o requisadas para el abastecimiento del ejército, sus lugares de culto asaltados cuando no profanados, sin dinero, con las familias rotas por la invasión, con el duelo aún reciente por la muerte de familiares y amigos y, además, sabiendo que todo no estaba perdido, pues el ejército español todavía presentaba batalla en escenarios muy cercanos. Y ahora todo este estado de ánimo tenía que revertirse para que una nueva administración les siguiera humillando, les acribillara a impuestos, ejecutara numerosas exacciones y la inseguridad se instalara en sus vidas.

Definitivamente no era fácil la tarea, sólo a partir de una gran desilusión y de asumir que la derrota les había roto el alma podía Suchet volver a conquistar sus conciencias. Comenzará trazando las grandes líneas de su actuación y así nos lo contará en sus memorias: calmar los espíritus, restablecer el orden y la administración y reparar, en la medida de lo posible, los males de la guerra.

El mariscal hablará sin tapujos en su autobiografía de lo delicado de su misión como gobernador general de Aragón, sus palabras resumen perfectamente el objetivo que se había propuesto “*Cobrar los tributos y pagar los gastos son cosas fáciles sin duda: Pero apaciguar súbitamente el odio de un pueblo para quien la patria lo es todo; modificar sus instituciones, sus costumbres, sus hábitos y todo cargado de impuestos, conducirlo a secundar nuestras empresas sin producir nuevas resistencias, sin revolucionar el orgullo nacional tal era el objetivo que la administración superior del gobierno de Aragón se había propuesto*”¹.

Para ganar esta nueva batalla que el gobernador se había propuesto, necesitaba rebatir una a una todas las objeciones y alterar las circunstancias vitales que los ciudadanos se hallaban inmersos. Para este fin el gobernador necesita, es imposible hacerlo de otra manera, emplear un arsenal de armas nuevas y singulares muy poco usadas hasta entonces, como son las acciones de guerra psicológica, donde la propaganda y el control y dirección social del pueblo van a alcanzar unas dimensiones importantes nunca vistas en Aragón.

La gente que vive bajo las estresantes condiciones de guerra está expuesta a abruptos choques emocionales y se torna, en consecuencia, más sugestionable, la parte racional cede el paso a la más intuitiva, siendo muy difícil predecir su conducta; o bien permanece insensible, siendo imposible su manipulación o, por el contrario, reacciona de la manera más dócil o permeable a los estímulos que emite el poder en todas sus formas de manipulación.

Y comenzó la tarea. Primero venció en el campo de batalla a los españoles alejándolos de las fronteras aragonesas y pacificó los campos de la tierra llana (la más productiva), con este triunfo militar arrebató toda esperanza de victoria y de revancha, haciendo que éstas sean vistas como imposibles durante mucho tiempo. Después se dedicó a luchar y combatir, saliendo finalmente vencedor, en esa guerra tan difícil como es la psicológica, donde hay que conquistar la opinión pública y el ánimo social.

La toma de Lérida por Suchet, en la primavera de 1810 es vista en Zaragoza como un suceso militar que le conviene a la ciudad. Assed y Villagrasa enumerará estas ventajas; con el final de la campaña se aliviaron los gravámenes de una dilatada guerra, a la vez que se alejaba ésta de la ciudad, y se cimentaba la tranquilidad en la provincia. Así pues, la rendición de Lérida fue presentada a los zaragozanos como un asunto propio y del mayor regocijo, dando motivo y excusa a las autoridades afrancesadas para montar uno de los mayores festejos que ha celebrado la ciudad. El deseo del general vencedor venía a coincidir con el de los ciudadanos, los cuales, agotados por la guerra, no pensaban más que en “*que todo se acabe, que haya paz, que reyne el sosiego*”.

Suchet buscó la estabilidad de la administración con una política de nombramientos de funcionarios de reconocido prestigio antes de la ocupación, creó una policía eficaz y entregada a su causa, se implicó personalmente en la búsqueda de la conexión con las tradiciones del pueblo al cual mandaba; organizó toros, teatro, hizo pública su fe y devoción por la Virgen del Pilar, controló la prensa, se rodeó de entusiastas colaboracionistas como el obispo Santander, utilizó con profusión las ceremonias públicas al servicio de su imagen de hombre de estado, decretó amnistías, reorganizó los impuestos, consiguió que el dinero circulara por toda la ciudad, empleó técnicas propagandísticas nuevas como las luminarias, celebró con toda la ciudad a la nueva dinastía, reformó paseos y calles, y finalmente llegó hasta a utilizar a su mujer la condesa en las maniobras de acercamiento al pueblo. Resumiendo, planificó y ejecutó toda una serie de actuaciones y puso en marcha lo que técnicamente es una auténtica y permanente campaña de acción y propaganda que vamos a analizar más detenidamente.

ACCIÓN Y PROPAGANDA EN ZARAGOZA

El objetivo estratégico y primordial que las armas del gobernador deseaban rendir y conquistar, no era otro que el alma y el espíritu de la comunidad española, o más específicamente aragonesa, ubicada en el ámbito de su responsabilidad en el gobierno de Aragón.

Para ello sustituirá parcialmente los métodos bélicos convencionales por otros de presión anímica o de propaganda destinada a vencer la voluntad de resistencia del enemigo. Las actuaciones del gobierno de Suchet nos van a situar en lo que modernamente se ha llamado acciones de guerra psicológica, las cuales consisten en el empleo metódico de la propaganda sobre los ejércitos contendientes (el propio y el del enemigo) y la extensión del conflicto a todos los ciudadanos buscando el sometimiento del adversario sin el empleo de las armas.

Esta es la definición que encaja en las acciones del gobierno de Suchet en la Zaragoza ocupada. La nueva batalla planteada es una larga, metódica y continua guerra de opinión y propaganda en la que el gobernador se mostrará como un consumado maestro y especialista en este tipo de contienda donde acabará venciendo.

En los manuales de los ejércitos occidentales actuales la guerra psicológica se define de un modo tautológico: “es la aplicación de la ciencia de la psicología a la dirección de la guerra”. En todas las operaciones de combate la acción psicológica es el complemento ideal de las armas físicas utilizadas contra el enemigo. Su objetivo

es quebrantar la voluntad y capacidad de lucha del adversario, creando nuevas actitudes que destruyen su moral, o dicho de otra manera, es la persuasión del enemigo por medios no violentos, situando a éste bajo el dominio de la propaganda de manera que no pueda defenderse.

Esta nueva forma de guerrear consiguió la sumisión buscada de una sociedad que hasta ahora se les había resistido. Pero este cambio radical no fue espontáneo y libre, sino que fue fruto de una larga, continua y tremenda lucha de conquista psicológica, donde el poder francés puso en esta batalla ingentes recursos económicos, organizativos y personales (hasta la propia esposa del gobernador fue utilizada en esta peculiar trama dispuesta por su marido). Miles de francos y de reales de vellón circularon por la ciudad pagando toros, haciendo la entrada franca al teatro, montando espectáculos de luz y colores, quemando numerosas colecciones de fuegos artificiales, alimentaron banquetes, bailes y saraos, se abrieron y cerraron cárceles, se publicaron bandos, pasquines, sonetos y églogas, se celebraron te deum en el Pilar y... hasta se cantaron jotas a Suchet.

Algunos golpes de efecto del gobernador

El general Suchet se mostró, en su gobierno aragonés, como un consumado propagandista que, para ganarse la voluntad de la población, recurrió a varios e inesperados golpes de efecto, donde cualquier acción propagandística se aliaba con la sorpresa como una manera de magnificar y ampliar los resultados de la propaganda política. En ellos siempre será el gobernador y su figura la que salgan reforzados, pasando la administración intrusa a un segundo plano, pues lo que se buscaba era reforzar y cuasi mitificar la figura del gobernador general, o más concretamente su persona. Para este objetivo Suchet dispondrá del dinero suficiente y, sobre todo, de la voluntad y la técnica publicitaria precisa que será acompañada siempre por las reseñas de la *Gaceta*, la única prensa escrita que podía leerse en la ciudad.

Al fin y al cabo, la propaganda es la utilización sistemática planificada y organizada de toda forma de comunicación, con la intención de afectar a los modos de sentir, pensar y obrar de un grupo de individuos, en una dirección para un propósito dado, tal y como aquí era el caso.

Una de las acciones más sorprendidas de este tenor fue la realizada el 12 de octubre de 1809 con ocasión de la celebración de las fiestas en honor de la Virgen del Pilar. Este día Suchet aprovecha la atención del pueblo puesta en la festividad y la relativa paz conseguida en los campos de batalla para dar un demoledor golpe de efecto propagandístico; este día delante de todo el pueblo y de sus autoridades, Suchet rendirá

pleitesía a la Virgen regalándole un precioso manto de raso blanco bordado de oro. Por la tarde el general se significará aún más como devoto de la Virgen y encabezará una grandiosa procesión portando un gran cirio labrado. Además y durante todo el trayecto, que estaba cubierto por la tropa invasora, Suchet obligará a los soldados franceses a rendir armas (honos reales) al paso de la imagen de la Virgen, la tratará como si fuese una reina.

Con esta actuación que impactó notablemente en el pueblo, Suchet se intentaba distanciar de otros gobernadores franceses; él no era el codicioso mariscal Lannes que, despreciando a la Virgen, había robado sus joyas y se había marchado. Él llegaba para quedarse y poner en marcha una administración justa y pacífica; por ello, como un devoto más, esperaba que nuestra santa Señora le reconociera como hijo suyo. El pueblo quedó sorprendido por esta muestra de afecto y vio en su gobernador alguien en quien confiar. La magnífica acción propagandística rendiría mas tarde sus frutos, y Suchet tendría a mano los corazones entregados de los zaragozanos durante mucho tiempo.

El gobernador se iba haciendo poco a poco con el control de todas instituciones relevantes de la ciudad; primero, la victoria militar, a la que le seguiría el control económico y político de los vencidos; después vendría el sometimiento de las autoridades religiosas y, finalmente, como culminación de un dominio total de la ciudad, Suchet se haría nombrar director presidente de la prestigiosa Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País.

El 6 de febrero la asociación montaría en su sede toda una recepción espectacular en honor y gloria de Suchet, a ella asistieron todo el cuerpo de la sociedad y la Academia de San Luis en pleno y una gran parte del pueblo que esperaba expectante la llegada del gobernador; éste dio un discurso y seguidamente pasó a visitar, uno a uno, a los alumnos presentes de matemáticas, arquitectura y dibujo. Después “*rompió la música entre los vivas y aclamaciones del pueblo que se hallaban en patios y antesalas*” y Suchet, satisfecho, abandonó la institución convencido de que, otra vez, había ganado la batalla de la adhesión. La *Gaceta* dio cuenta del hecho y publicó los discursos que se dieron, era una manera de prolongar los efectos políticos del acto. Unos días más tarde el gobernador continuaba explotando el éxito de la visita y emitiría un decreto donde le concede a la Real Sociedad Económica la cantidad de 4.500 reales trimestrales para costear los gastos de su funcionamiento.

Este golpe de efecto de claros tintes propagandísticos no iba a ser el último, después de éste vendrían muchos otros como fueron su presencia constante en las calles de la ciudad, o en su palco en los toros, o inaugurando el baile en el teatro durante carnavales. Como asimismo lo fueron las numerosas “presentaciones” de prisione-

ros españoles que Suchet hizo desfilar por las calles de la ciudad, en lo que el autor F. G. Maestrojuán definió como “claro rito de conquista”. Si bien los efectos de esta acción eran rápidamente anulados cuando, por las mismas calles y en fechas muy similares, llegaban los carros cargados de heridos franceses con destino a Francia o a los hospitales de sangre. Estos convoyes de heridos no dejaron de llegar a la ciudad ocupada a lo largo de toda la guerra, siendo mudos testigos de la feroz resistencia de un pueblo que continuaba más allá de los límites aragoneses.

Otra clara actuación del gobernador motivada por el afán publicitario fue la restauración del honor de D. Fernando Estallo, condenado a garrote vil durante el 2.º Sitio de la ciudad. La viuda, desconsolada con la injusta acusación y muerte de su esposo, acudió al gobernador pidiéndole amparo y solicitando la rehabilitación de la memoria, buena opinión y fama del difunto. Suchet la escucha y remite el asunto a la Sala del Crimen que rememoró los hechos: El 1 de febrero de 1809 habiendo prendido una bomba en el almacén militar de San Pedro Nolasco que estaba a cargo del guarda-almacén D. Fernando Estallo, las gentes que acudieron encontraron sábanas, tablas y enseres de camas. Estos, llenos de furor, le hicieron preso y al día siguiente, junto a dos espías, le dieron garrote y lo expusieron en una horca en medio del Coso con un letrero que decía “*Por asesino del Género Humano, a causa de haber ocultado 20.000 camas*”.

Los investigadores comprobaron que no existió tal traición, sino que Fernando Estallo era un funcionario puntilloso y cumplidor que no escondía nada, puesto que sus superiores conocían la existencia de ese género almacenado. Siendo las circunstancias de la guerra y la inhibición de las autoridades del momento, que no quisieron enfrentarse a la multitud airada, y no su traición la que acabó mandando a este honrado ciudadano al patíbulo.

El fallo lo mandó hacer público Suchet en la *Gaceta* del 24 de marzo de 1811, donde declaró que “*Atentada e injusta la muerte a garrote dada a Fernando Estallo y su exposición en la horca, orden dada veríblemente de José Palafox*”. La carga de profundidad sentimental de esta sentencia de Suchet era de alcance; pues restauraba el honor de un funcionario injustamente acusado, el de su viuda que durante dos años había sufrido semejante ignominia, atacaba a Palafox como responsable, y restauraba el complejo de culpa del pueblo convertido en populacho. Sobre todos ellos, con esta sentencia, la figura justiciera de Suchet resplandecía, gracias a la propaganda, como nadie en Zaragoza.

Otra intervención del gobernador buscando siempre la publicidad con sorpresa la encontraremos en el año siguiente, donde el mariscal envió desde Valencia 15.000 pesetas para socorrer a los pobres de Zaragoza. En aquel tiempo el hambre amenazaba y se extendía por toda la geografía española, y Zaragoza no podía ser una excepción,

habida cuenta de las enormes exacciones y tributos que tenía que pagar para sostener la campaña valenciana de Suchet. Los abastecimientos de la ciudad apenas podían sostener a su propia población, y la demanda de alimentos se sobrecargó con la llegada de los numerosos prisioneros españoles que acabaron en sus cárceles y depósitos. Fue en estas circunstancias donde el ya ascendido a mariscal hizo una de sus intervenciones, a caballo entre la caridad y el acto publicitario, y destinó las 15.000 pesetas para dar unas “sopas económicas” a los pobres de la ciudad.

La antigua maquinaria de propaganda del gobernador se había puesto en marcha; primero se detecta un problema, segundo se actúa con dinero suficiente, después se implica a las autoridades colaboracionistas, y finalmente se fustiga a la opinión pública con la *Gaceta*, que intentará grabar en las conciencias el mensaje final, que no es otro que el de glorificar a Suchet el gobernador general.

SUCHET Y LA GUERRA DE OPINIÓN

La invasión de España por las tropas imperiales fue un acto bárbaro y brutal, concebido así desde el primer momento en que el emperador decide, como un vulgar dictador, cambiar la dinastía reinante y castigar a un pueblo al que nunca entendió, y al que no dio más oportunidad que la de su desprecio y las humillaciones consiguientes producidas por las horribles consecuencias de la ocupación militar.

Aconteció la guerra y la larga y dura campaña de España atrajo a estas tierras un cuarto de millón de soldados franceses. Entre sus numerosos jefes, oficiales y generales (también la mitad de los 30 mariscales del imperio) que combatieron en el país hubo de todo; ladrones como Soult, duros y crueles como Junot, apocados como Dupont, ambiciosos y torpes como Murat o grandes estrategas como el propio Napoleón. De entre todos ellos, sólo uno va a destacar por sus cualidades que van más allá y rebasan las puramente militares: nos estamos refiriendo al general Suchet, el cual concitará la unanimidad de juicio de sus contemporáneos y aun de los historiadores: todos resaltan de él, aparte sus logros en el campo de batalla, su figura como administrador y responsable político de un gobierno casi autónomo como llegó a ser el de Aragón en las fechas de la dominación francesa desde el año 1809 al 1813.

Su experiencia militar y administrativa, sus buenas relaciones con Napoleón y por razones de parentesco con su hermano el rey José I, su veteranía (llegó a España con casi 40 años), su carácter frío, pragmático y calculador, su buena prensa, su in-

terés por el dinero y la paga de los ejércitos, y derivado de ello por la economía y el cumplimiento impositivo, eran cualidades que le adornaban. Y, añadidas a todas estas, su autobiografía nos presenta a un Suchet preocupado siempre por la moral, el espíritu y las repercusiones de éstas en su acción de gobierno o en el mando de las tropas. En sus memorias comentará cómo para ganarse la confianza y tranquilizar a los españoles procuraba templar, a propósito, el uso de su autoridad y así *“rendait peu à peu les Aragonais plus disposés à la soumission”*.

Sus constantes referencias a los afectos de las gentes, sus emociones o sus sentimientos van a marcar su conducta y su dirección política aplicando la psicología a una situación de guerra, de conquista y posteriormente de gobierno.

Consecuentemente con esta visión, Suchet aplicará en Aragón una variada gama de tácticas y estrategias de guerra psicológica de una manera consciente, y eso que la definición y doctrina de este tipo de guerra tardará más de un siglo en definirse. Esta estrategia, novedosa para un general francés en España, rendirá sus frutos y la población ocupada y su moral de resistencia caerán abatidas por muchos años.

El mismo comentará en su autobiografía estos efectos: *“La impresión de todo este conjunto (de medidas) sobre el espíritu de los habitantes les inducía a la idea de cesar una resistencia en lo sucesivo inútil, y de prestarse a un orden de cosas normales que prometía la paz y la seguridad”*².

Suchet se había atrevido a entrar en la “guerra de opinión” atacando directamente la conciencia íntima de los hombres, previamente apaleada por la derrota, que permanecían bajo su gobierno. Este tipo de batalla acarrea grandes dificultades por ser esta una lucha muy especial y de difícil control. Su antecesor en el cargo, el mariscal Lannes, había previsto los grandes inconvenientes que este tipo de enfrentamiento llevaba consigo y en una cita recogida por Apollinaire dirá: *“Verdaderamente es un error atacar las convicciones de los hombres, es una lucha en la que no se tiene nunca la última palabra, por que la conciencia está por encima de la fuerza”*³. Suchet se atrevió a dar este tipo de combate y venció, pero su camarada Lannes no viviría para verlo.

El general gobernador desea rendir de nuevo la ciudad, este “tercer Sitio” buscará la total destrucción del espíritu de resistencia aragonés, haciendo que de su derrota surja un hombre nuevo, pacífico y entregado a la causa bonapartista. Para ello desencadenará una gran ofensiva de opinión como sucedáneo del arma absoluta, un arma que ya había sido prevista por el emperador para ser usada en España *“En una primera fase, no infundir miedo a la población española, sino congraciarse con ella. Así, el 8 de mayo dio las consignas para la redacción de un folleto destinado a la con-*

quista de la opinión pública”⁵. Este va a ser, precisamente, el camino que Suchet va a seguir una vez que se consolide su poder militarmente.

Argumentos no le van a faltar a las nuevas autoridades, pues todavía la revolución, de donde había surgido ese poder expansionista, era muy reciente y su arsenal ideológico permanecía casi intacto; en un memorial conservado en los archivos madrileños referido a la no muy lejana guerra de la Convención se puede leer. “*Los franceses hacen la guerra de opinión y ésta es la más terrible de las armas*”.

Sus armas y recursos van a ser múltiples y variados, contando con la dirección y la coordinación perfecta del gobernador y sus colaboradores. Las armas van a ser empleadas en función del análisis y estudio de la conducta humana en todas sus manifestaciones y sus estructuras. Atacará en los dos frentes o niveles que la psicología de masas deja al descubierto; uno será el nivel inferior que se adquiere por los sentidos (toros, luminarias, teatro franco, fervor religioso, exhibición de trofeos militares, uso masivo del ceremonial público, empatía de la esposa del gobernador, etc.). El otro frente de batalla será el del nivel superior al que se llega a través del conocimiento intelectual (seguridad, orden público con sus ejecuciones y actos de justicia, restablecimiento de la economía, buen funcionamiento de la administración, limpieza de calles y desescombros, activación de las milicias colaboracionistas, ejercicio real del poder con sus tributos, permisos, certificados, pasaportes, etc.) y destacando, sobre todos, la emulación del apoyo sin fisuras que les prestaba a las nuevas autoridades, los españoles afrancesados.

Todos estos recursos reseñados forman parte del arsenal activado por la guerra psicológica a los que Suchet va a recurrir constantemente, con estas armas el gobernador pretende hacer que Zaragoza se rinda de nuevo, sólo que esta vez no habrá ninguna escenificación del acto, ahora la capitulación será persona a persona, individual y para siempre.

Analicemos, pues, alguno de los instrumentos de control social que, traídos a la batalla y utilizados como armas eficaces, consiguieron someter sin alteración alguna a la ciudad durante casi cinco años.

LA CONDESA EN LA BATALLA

Suchet desde su alta responsabilidad como gobernador general de Aragón desencadenó un tipo de guerra silenciosa y total para hacerse con las conciencias de los

hombres que, apenas unos meses antes, se le habían resistido hasta la extenuación. Esta nueva campaña de guerra psicológica o de opinión necesitó para imponerse de unas armas peculiares y extrañas que, a la postre, resultaron tan eficaces e invencibles como la mejor división del ejército francés que era La división de la guardia del emperador. De todas ellas la más destacable, llamativa y curiosa iba a ser la encarnada por una joven mujer, como era Honorine Anthoine de Saint-Joseph, la mismísima esposa del general conde del imperio Louis Gabriel Suchet.

¡Cuánto afán puso Suchet en vencer en esta batalla! Su apuesta fue total, no sólo como general y militar sino que también fue capaz de traer al escenario bélico a su propia esposa, haciendo que ésta arriesgara su vida para conseguir el triunfo de su marido en el antiguo Reino de Aragón en el que ejercía la autoridad como gobernador o virrey.

Las memorias de Suchet no dejan lugar a dudas sobre la utilización de su mujer y las tareas a ella encomendadas: *“Con un coraje que se puede llamar raro, ella le acompañaba durante la mayor parte de la campaña. No había tenido paz en toda la expedición a Tortosa. Este espectáculo era interesante a los ojos de los aragoneses y aragonesas. Las relaciones que naturalmente se establecían con las damas del país fueron no solamente útiles; y sin duda esta circunstancia tuvo su influencia sobre la disposición benévola de las personas, que dulcificaba, poco a poco, la plena sumisión de Aragón al gobierno francés y a su comandante”*⁵.

¿Quién era esta mujer que prefería la dureza y los peligros de la guerra a la tranquila vida de una condesa del imperio en París? ¿Qué clase de mujer era ésta que no le importaba viajar por las trochas y caminos pirenaicos infestados de guerrilleros, cuando podía permanecer tranquilamente en las tierras de su familia en la Provenza? ¿Por qué prefería vivir en una ciudad en ruinas como Zaragoza a las anchas y limpias avenidas de la capital del imperio? Todos estos interrogantes nos van a descubrir a una joven mujer, fuerte y delicada al mismo tiempo, valiente y única, que bien merece un estudio más profundo que el que la historia, hasta ahora, le ha concedido. Fuerte por que lo demostró siguiendo al ejército francés en plena campaña (incluso los partos no conseguían que dejara a su marido solo en el frente). Valiente por que estuvo varias veces bajo el fuego, sufrió varios intentos de secuestros y siguió viajando. Y única, por que nadie de su estatus hizo lo que ella, ninguna mujer de ningún general invasor vivió tanto tiempo con los invadidos, ni se entregó a la causa de su marido como ella. Las esposas de los mariscales de Francia vivían la guerra muy lejos del frente, incluso la propia reina, esposa de José I, Julia Clary (que era tía de Honorine), nunca viajó a España, permaneció apaciblemente con sus dos hijas las princesas Zenaide y Charlotte en Mortefontaine (desde esta finca próxima a París

ejerció de embajadora de su esposo, con quien se carteaba permanentemente, ya que Julia contaba con el afecto del emperador)⁶.

Un apunte histórico francés de una página de estudios napoleónicos recogerá una breve semblanza de Honorine, incluido algún error: “*Esta joven mujer acompañó a su marido y conquistó el ejército y a los españoles por su coraje y atrevimiento. Los jefes españoles evitaban tirar con sus cañones a la casa de esta heroína*”⁷.

HONORINE LA GOBERNADORA

Honorine Anthoine de Saint-Joseph había nacido el 26 de febrero de 1784 en el seno de una distinguida familia de la nobleza provenzal; su padre, Antoine Ignace de Saint-Joseph, era barón del imperio y “maire” (alcalde) de Marsella; su madre Marie Anne Clary, era hermana de Julia Clary, reina de España y cuñada del emperador, y de Eugénie Bernadine Desirée Clary, ex prometida de Napoleón y futura reina de Suecia.



*Mujer con brasero inspirada en Honorine. Auteur Albufera Malvina d'.
Musée Alphonse-Georges Poulain.*

Honorine se casará muy joven, con 18 años, el 26 de noviembre en París con el recién nombrado conde del imperio Louis Gabriel Suchet (la ceremonia religiosa se celebrará en la capilla del castillo de Fortemontaine, propiedad de su tío José Bonaparte). Parece que este matrimonio fue del agrado del propio emperador, puesto que, como había intentado hacer él 12 años antes con Desirée, tía de Honorine, se intentaba favorecer la mezcla de sangre e intereses de la vieja nobleza con la nueva clase emergente que había surgido de la revolución.

La considerable diferencia de edad de la pareja, se llevaban 20 años, no supuso nunca ninguna traba para la estabilidad del matrimonio, ni tampoco el nuevo destino del general a la dura guerra de España afectó a los recién casados. Honorine, cuando la situación queda estabilizada, acabará trasladándose a Zaragoza para estar junto a su esposo. Esta circunstancia será aprovechada por Suchet para sus intereses como consorte ocupante.

En España concebirá a dos de sus hijos; Louise Honorine, que nace el 8-5-1811, y Louis Napoleón, que nace en París en 1813; siete años más tarde la condesa dará a luz a otra hija que fallecerá en 1835 a la edad de 15 años. La familia Suchet será retratada por Vicente Lopez en la Valencia ocupada de 1812; en este cuadro el mariscal posa de pie al lado de una Honorine sentada que lleva en brazos a su primera hija, Louise Honorine; el otro personaje que aparece en la escena puede ser el que fue su ayudante y jefe de Estado Mayor Saint-Cyr Nougues, a quien el mariscal trataba como si fuera de la familia.

En las memorias de Suchet (dictadas años después y publicadas por el empeño de su viuda Honorine) apenas hablará de su matrimonio, tan solo un comentario donde se define como un hombre hecho para la felicidad doméstica. Quizás buscando esta felicidad fue por lo que, aprovechándose de su condición de general en jefe del ejército francés y estar su mujer viviendo cerca de la frontera, la hizo venir a su lado.

Honorine sobrevivirá largamente a su marido, que murió en el castillo de la baronía de Saint-Joseph en 1826; la condesa fallecería en 1884 casi 60 años después.

Honorine en Zaragoza

Suchet había hecho retroceder al ejército español más allá de la frontera aragonesa, con la aureola de la victoria todavía fresca reflejándose en su rostro, el mariscal, consolidado en su nombramiento como gobernador, comenzará su administración despojándose del uniforme militar para llegar a vestir los ropajes de “virrey de Aragón”. En esta operación política de ambicioso calado el gobernador no dudará en implicar a su esposa llamándola a su lado.

Con la llegada de la condesa a Zaragoza una nueva figura francesa ocupará la cúspide del poder, sólo que en esta ocasión no se trata de un hosco y amenazante militar francés al que es muy fácil odiar; esta vez el poder se disfraza y ocupa su lugar un gobernador pretendidamente justo y noble, al que acompaña y aconseja su joven y dulce esposa. Los súbditos se conmueven ante esta imagen, mientras Suchet prepara su nueva jugada para la guerra de opinión que se va a desencadenar en la ciudad ocupada.

El día 2 de agosto Faustino Casamayor recoge la llegada de Honorine a Zaragoza: *“Llego la Excma. condesa y se ha alojado en casa del conde de Fuentes a la que el día anterior se había marchado su Excelencia. Quien la recibió con un soberbio banquete en el jardín que estaba perfectamente iluminado con fuegos artificiales y gran música”*⁸.

Se puede uno imaginar la escena del maduro general recibiendo, entre alborozado y preocupado, a su joven esposa después de 10 meses de haberse separado. Una vez juntos el matrimonio vivirá en el palacio de los condes de Fuentes, que será su residencia durante varios años.

El palacio se hallaba, como muchos edificios de la ciudad, un tanto abandonado y escaso de mobiliario y demás cosas necesarias para su habitabilidad. Esta circunstancia será rápidamente solucionada y la rehabilitación comenzará de inmediato; camas, mesas, vajillas, cortinajes, serán comprados o directamente expropiados en la ciudad. Las facturas, considerables, serán pagadas escrupulosamente por la tesorería de la policía.

Los condes, ya aposentados, comenzarán lo que podríamos llamar su vida cotidiana como nuevos vecinos zaragozanos: irán juntos al Pilar, obsequiarán a los oficiales franceses y a las autoridades colaboracionistas, asistirán a misas y procesiones, darán fiestas y saraos y se dejarán ver y admirar por el pueblo.

También harán alguna salida al extrarradio, como la excursión con almuerzo que hicieron el 7 de agosto al monasterio de Santa Fe. Quizás Suchet deseara mostrar a la condesa los escenarios naturales de la batalla de María, o simplemente se trataba de entretener y pasar el caluroso día de agosto con un viaje no muy largo. El caso es que enterados los vecinos de la estancia en el monasterio de la pareja acudieron las jóvenes del pueblo de Cadrete a obsequiarlos con frutas y entretenerlos con dances.

Pero además de los dances, las mujeres de Cadrete llevaban la intención de pedir clemencia por sus hombres prisioneros en manos francesas. Los obsequios y los dan-

ces debieron de ser del agrado de la condesa quien se sumó a la petición de libertad de los cautivos; al final, el conde, deseoso de agradar a su joven esposa, acabó concediendo la libertad a los prisioneros.

¡Qué éxito para la condesa! Su primera salida de la ciudad y se gana el favor del pueblo. ¡Qué magnífica oportunidad para la propaganda! Seguro que la ciudad conoció rápidamente el suceso y Zaragoza emitió su sentencia: qué buena, hermosa y compasiva es la joven condesa y qué justo es el gobernador. La primera bala de la batalla de la propaganda había sido disparada haciendo blanco en el corazón de los zaragozanos.

La condesa y su “petit cour” (pequeña corte)

Dos días más tarde de la excursión a Cadrete, la jovencísima condesa continúa su presentación en la sociedad aragonesa. El 9 de agosto visitará los dos templos mayores de la ciudad: la catedral de la Seo y la del Pilar. El día 11 el Cabildo le devolverá el cumplido visitándola y felicitándola por su arribo a esta capital. Honorine se manifestó muy agradecida por la atención del Cabildo y la consiguiente muestra de sumisión de la alta jerarquía de la Iglesia.

En la sacristía de nuestra Señora le mostraron las joyas (las que habían resistido a la visita del codicioso Lannes) y los mantos de la santa imagen. La visita no fue espontánea, sino concebida y planificada desde el gobierno; la prueba de esto la tenemos en que durante toda la visita la gobernadora estuvo acompañada por parte del Cabildo y por el señor Canónigo, Joaquín Cistue y Bardaxi.

Esta visita despertará la codicia de la jovencísima condesa y un par de meses más tarde insinuará al Cabildo zaragozano “*que con motivo de satisfacer á su devoción á Nra. Sra. del Pilar, deseaba tener algún topacio, cintillo, u otra alhajita de las donadas a Nra. Señora que pudiera traer consigo y a la vista continuamente*”⁹. Oída la propuesta, el Cabildo seleccionó alguna de las joyas que fueron rechazadas por Honorine por no servir a su propósito, por lo que, esta vez, fue más explícita diciéndoles que lo que quería eran tres o cuatro piedras preciosas para hacerse un cintillo. El Cabildo no tuvo más remedio que desprenderse de las piedras, con lo que fue fácil confeccionar el cintillo para la gobernadora que, sin duda luciría en alguna de las numerosas recepciones que iba a dar en su palacio aragonés.

En agosto la vida social de la ciudad se intensificará por la celebración de la fiesta del emperador que sustituyó a la de la Asunción; en el Pilar, el obispo celebró de pontifical en la misa que, aun sin sermón, duró desde las doce a las dos de la tarde;

por la calle se harán danzas, carrozas alegóricas, gigantes y cabezudos que serán vistos por los condes desde su palacio del Coso. Por la noche continuarán las fiestas con luminarias, fuegos artificiales, voladores y carretillas. Toda una celebración que, de seguro, tuvo muy entretenida a la recién llegada.

En los salones del palacio la condesa, acompañada de su marido, obsequió a todos los cuerpos (autoridades civiles y militares, además de lo más representativo de la sociedad), y por la noche dio un refresco en el palacio, que se encontraba perfectamente iluminado.

El ajetreo continuaba en esa “petit cour” aragonesa, y, por razones obvias, la condesa debía presidir casi todos los actos sociales. En ellos Honorine brillará con luz propia, su juventud y una buena educación musical (en Valencia unos años más tarde se atreverá a participar en el estreno de una cantata a tres voces compuesta por Sor, el que llegaría a ser el músico español más internacional hasta su muerte en 1839) le harán blanco de todas las miradas, saliendo siempre airosa del escrutinio tanto de las damas como del de los caballeros.

Así, el 25 de agosto el gobernador dio un excelente convite, otra vez, a todos los cuerpos civiles y militares (término usado por F. Casamayor); los salones del palacio se adornaron con arbolitos cargados de frutas y luces; por la noche hubo fuegos artificiales y baile en el jardín; la fiesta se prolongaría hasta las dos de la mañana.

El 4 de septiembre la condesa acompaña a misa a su marido, Casamayor cuenta que llegó a ponerse al órgano del Pilar, insinuando que tuvo el atrevimiento de hacerlo sonar, este hecho será citado por Casamayor varias veces en su diario, donde siempre cuenta cómo la condesa se situaba junto al órgano, lo cual nos hace suponer que o bien conocía el uso del instrumento (nos consta que Honorine sabía tocar el piano) o era un lugar privilegiado que era cedido a la condesa para seguir el culto con acomodo.

El 10 de septiembre su excelencia la señora condesa de Suchet iba a conocer, por primera vez, lo que era la fiesta de los toros. La plaza se estaba arreglando, por orden de su marido, desde unos días antes y al gobernador y esposa se les había reservado un palco donde habían dibujado las armas del general. Pero no tuvieron suerte en su estreno, pues acudió muy poca gente, hasta el punto que tuvieron que dejar la puerta abierta. Completó el espectáculo de los toros unos perros de presa; presidía la corrida el comisario general Mariano Domínguez. ¿Aguantó la condesa sin inmutarse ante el espectáculo que nos suponemos un tanto sangriento? ¿Acabaron gustándole los toros? ¿O acaso era una obligación el acompañar al gobernador impuesta por el pro-

tocolo? Es posible que las dos cosas, porque unos días más tarde, el 13 de octubre, con motivo de las fiestas del Pilar, la pareja volverá al palco de la plaza para ver una corrida de toros; ese día, después de la corrida, y como era costumbre, se dieron novillos embolados para que los corrieran los espectadores. El día 15 también hubo otra corrida correspondiente a la feria del Pilar.

Desde su llegada a Zaragoza la asistencia a misa de 12 en el Pilar se había convertido en una costumbre para el gobernador, que había identificado rápidamente la gran fuerza mítica que emanaba del culto de la Virgen. Por ello cuando la condesa llegó a la ciudad decidió ésta acompañarle en numerosas ocasiones, como el día 24 de septiembre y el domingo siguiente 1 de octubre. Por cierto que este día las crónicas recogerán cómo los condes asistirán, prácticamente sin escolta, a la misa del Pilar. Pareciera como que la ausencia de escoltas certificara la aceptación de los condes por el pueblo zaragozano. Casamayor dirá que ese día “*se tocó el órgano por no haber música militar*”.

Las fiestas del Pilar se acercan y es un buen momento para convertir el festejo en un acto de propaganda enfocado tanto a ensalzar a los nuevos gobernadores como a predicar la sumisión a los mismos. Por ello en todos los actos, el gobernador y su señora tendrán un lugar permanentemente destacado.

En la misa mayor celebrada por el obispo Santander vestido de pontifical, Suchet, que regalará un manto a la Virgen, ocupará un lugar preferente en la iglesia, mientras que la condesa, quien dejará todo protagonismo a su marido, se situó en su lugar preferido que era la tribuna del órgano.

Por la tarde se realizó la procesión por las calles de la ciudad con todo el despliegue de clero, tropa y ciudadanía que fueron muy del gusto de la autoridad, donde la condesa y, sobre todo su marido, recibieron siempre los más altos honores en todas las celebraciones.

Pasaban los días y Honorine se iba acostumbrando a las obligaciones del cargo, su presencia al lado de su marido era protocolariamente necesaria en las numerosas celebraciones y fiestas a las que las nuevas autoridades estaban tan entregadas, había tantas victorias que conmemorar en el año de 1809 que éstas se repetían una semana sin otra.

El 16 de noviembre por ejemplo, con motivo de la celebración de la paz alcanzada con Austria, los señores gobernadores darán una fiesta en su casa que consistirá en un sarao por la tarde, y por la noche el propio palacio se convertirá en un escenario teatral (se llevaron decorados y música) donde se representará una conocida come-

día. Después habrá una cena seguida de baile. Es ahí, en este momento, donde la joven esposa repartirá simpatía y atenciones entre las numerosas damas y caballeros que asistieron, entre ellos el obispo padre Santander. Resta decir que su juventud y simpatía se ganó todas las voluntades de aquella Zaragoza entregada.

Tan integrada y confiada se sentía Honorine en la ciudad que asistirá a misa los días 19 y 26 de noviembre prácticamente sola “*con muy poca tropa*”, en este caso la escolta se antoja como una medida más de la representación y el boato del poder que por la seguridad de su persona.

El 4 de diciembre se celebra el aniversario del emperador con una misa en el Pilar y un posterior convite siendo los anfitriones, otra vez, los señores gobernadores. Por la noche habrá baile y una comedia representada por los propios oficiales franceses y sus edecanes, al que asistieron muchas damas y el obispo Santander quien, a estas alturas, se había convertido en un gran amigo de la pareja.

Quizás fueron estos los momentos más felices de su vida; recién casada con un general vencedor, maravillada por las novedades de un país al que sus compatriotas juzgaban de exótico, ocupando el mejor palacio de la ciudad, y tratada como la joven princesa de una pequeña corte donde las fiestas se sucedían un día sin otro. Pero la guerra continuaba y su marido, jefe del III Cuerpo de Ejército, se debía incorporar a sus tareas militares y dirigirse al frente. La condesa, ante la perspectiva de quedarse sola durante mucho tiempo, decide marchar a Francia a reunirse con sus familiares.

El día 6 de diciembre de 1809, aprovechando la salida de un convoy con 100 prisioneros con su respectiva escolta, la condesa abandona la ciudad donde había “reinado” durante casi 6 meses. A la primavera del año siguiente volverá puntual a Zaragoza.

Una semana mas tarde de la salida para Francia de la condesa, su marido el general Suchet, abandona la ciudad de madrugada acompañado de mucha tropa; en Zaragoza las funciones y responsabilidades del gobernador serán delegadas en el general Harispe. La guerra continuaba y reclamaba al mejor de los generales franceses en España.

La condesa vuelve a su ciudad

Las armas francesas dirigidas por su marido habían alcanzado las victorias de Lérida y Mequinenza. Estos éxitos militares van a desencadenar otro tipo de batalla que va a lidiarse sobre las propias almas de los aragoneses. Con este fin, las autoridades colaboracionistas, impulsadas por el gobierno, preparan una gran entrada triun-

Zaragoza y Erens, 23 de 1811. 60

Factura de los Genios siguientes, que por orden del Senor Comisionario General de Policia se han entregado para una suma presentada á S. E. la Señora Condesa Suchet. Saver

Por 2 1/2 v. de Nao color de Nosa	á 32. v.	R ^{on} 72.-
Por 3 v. id. id. manganá	á 32. v.	96.-
Por 2 v. Florentina	á 32. v.	64.-
Por 3 1/2 v. Murulina	á 60. v.	200.-
Por 2 v. cha rayada fina	á 20. v.	40.-
Por 2 v. cha bordada	á 40. v.	80.-
Por 9 v. Chanda rollada	á 28. v.	252.-
Por 6 v. Cercido Nao		9.-
Por 8 v. Tela fina p. Colchoncitos	á 12. v.	96.-
Por 5 v. Ruan blanco	á 10. v.	50.-
		<u>959.-</u>

Desembolsos p. las costuras

Por con la colcheta y Algodon	88.-
Por id. las Sabanitas y Almoçadas	48.-
	<u>136.-</u>
	R ^{on} 1095.-

S. E. Comision Zarag. y Feb. 22. 1811.

Por J. Nouques Muro

Por Domingo

Por me raron Eynon

fal en la ciudad al nuevo héroe, en homenaje a sus repetidas victorias, y despliegan, en un claro rito de conquista, toda la parafernalia teatral de exaltación de la figura de Suchet. Mas algo faltaba para que el triunfo de su causa fuera completo, nos referimos a la presencia en la ciudad de la condesa de Suchet que tan buenos recuerdos había dejado unos meses antes. Pero todo tenía remedio.

Desde mediados de mayo en que Lérida se había rendido, el gobernador andaba sujetando la impaciencia de las autoridades de la ciudad, que querían iniciar ya las celebraciones. Él les escribirá aconsejándoles que retrasen los fastos para que así coincidan con el aniversario de la batalla de María, “*época que será memorable en los anales de Aragón, y á la que esta provincia debe el haber sido librada del odioso yugo de la anarquía*”¹⁰. Las autoridades fueron sensibles y sumisas a esta indicación de su jefe, poniendo todavía más celo y entusiasmo en hacer más lúcido y vistosos los festejos programados. Pero es que, además, este aplazamiento iba a permitir que la condesa pudiera llegar a tiempo a la ciudad donde tenía instalada su pequeña corte.

Finalmente la condesa arriba a Zaragoza un día después que su marido, su llegada será relatada con todo lujo de detalles por el cronista de la ciudad Ased y Villagrasa, quien emitirá una carga de epítetos tan favorables para la dama que es mejor leerle a él de primera mano:

El sábado 16 de junio entró en esta ciudad la Excma. Señora condesa del Imperio Suchet, entre el repique de campanas y las aclamaciones del pueblo, que, noticioso de su llegada, había salido a recibirla. Difícil será delinear las relevantes prendas de esta bella compañera de nuestro gobernador. Joven, adorable, benéfica, adornada de las gracias de la tierna edad dotada de un corazón generoso, compasiva para los desvalidos, sensible a las demostraciones de sus súbditos, es el idolo de los Aragoneses, la delicia de su esposo, y el imán de cuantos logran la ventura de llegar a mirarla. Así es, que fue universal el júbilo que causó su arribo, y dio motivo para que muchos ingenios se apresuraran a componer en su elogio algunas producciones, que más adelante insertaremos¹¹.

La *Gaceta Nacional de Zaragoza*, algo más contenida, comentaba esta misma noticia diciendo: La condesa entró a las 2,30 de la tarde con repiques de campana, por la noche se hicieron luminarias en toda la ciudad por la entrada de la condesa “*para sí completar la felicidad del gobernador*”¹².

Realmente la imagen de la condesa en la ciudad, aun rebajando en mucho los adjetivos de Ased y Villagrasa, no podía ser más favorable para la opinión pública. Su marido el gobernador, conecedor de esa fortaleza, la explotará en su beneficio, incluso no

es descabellado pensar que las entradas en la ciudad de ambos no fuera sino una maniobra más del gobernador para prolongar el impacto favorable en la ciudadanía.

Al día siguiente, la pareja, felizmente reencontrada, abrirá el baile en el teatro con una graciosa contradanza que según cuenta el cronista Ased “*se extrajeron la admiración de todos los circunstantes*”.

Poesías para la condesa

Las celebraciones por las victorias de Suchet movilizaron todo tipo de recursos que sirvieran para aumentar la gloria del gobernador; con esta finalidad, el Ayuntamiento hizo un llamado a los poetas de la ciudad para que prestaran su voz, sumisa y lisonjera, y se sumaran a los fastos. Varios lo hicieron y sus composiciones se publicaron y exhibieron en las calles de la ciudad, una de ellas se colocó sobre los tapices que cubrían la fachada del palacio del intendente Luis Menche; allí se fijó esta “octava” dedicada a la señora condesa:

Una cosa faltaba a la alegría
Para ser bien completa, gran Guerrero;
Tanto, que con razón se suspendía
El célebre aparato placentero:
Mas para que no falte ese día
Cosa alguna al efecto y nuestro esmero,
La condesa ya vemos que ha venido
A ceñirte el laurel que has conseguido.

2

Sin ti todo era llanto, gran Señora
Sin ti aquesta ciudad se entristecía;
Llegaste, y ya mi pecho en voz sonora
Vivas quiere decirte de alegría.
Vengas ¡oh gran condesa! En buena hora
A cantar las victorias a porfía
De Suchet tu Señor, grande y valiente,
A cuya vista tiembla el insurgente.

En el palacio, la condesa, halagada, continuaba protagonizando el espectáculo de luz y color que allí se había montado; Delante de la primera fila de balcones, se formó un largo antepecho de tela blanca, ondeando con damascos de color caña, sobre el

cual ardían varias hachas de cera, ocupando el centro cuatro transparentes cercados de luces con las inscripciones siguientes¹³:

¡AL TRIUNFO DE LOS AMANTES Y FELIZ LLEGADA DE LA
CONDESA A LA REUNIÓN DE TAN BENIGNOS ESPOSOS!

Las celebraciones continuaban y al día siguiente, con las calles limpias (se habían rugiado para evitar el molesto polvo) y engalanadas, desfiló una carroza del gremio de panaderos y horneros. Realzaba la pompa de este carro una orquesta a cuyos acordes se cantaban versos en honor de Suchet. Entre sus estrofas, una dedicada, no podía ser menos, a la señora condesa:

Los deseos nuestros
A la amable Esposa
Embidia de Venus
Gozeisla mil años
Y el suave Himeneo
Os dé hijos que inciten
Vuestros nobles hechos

Estos versos, un tanto desvergonzados y atrevidos, fueron proféticos, pues la condesa se quedó encinta en dos ocasiones en tierras aragonesas, y, aunque fue a dar a luz a Francia, bien podríamos decir que parió aragoneses.

Muchos otros fueron los homenajes expresos que el Ayuntamiento constantemente prodigó a la condesa, como el del día 17 de junio en que se celebró una de las ceremonias más espectaculares por las calles de la ciudad. En todo momento, la esposa de Suchet iba delante del cortejo presidiéndolo “*en un hermoso coche, a cuyos lados iba el Ilmo. Ayuntamiento*”. Qué escena más evidente de sumisión, donde el poder iba en carruaje destacando y dominado al poder municipal que humildemente le escoltaba a pie. El pueblo, al ver esta imagen de subordinación, no podía hacer otra cosa que subyugarse también. Otro triunfo francés en la guerra de opinión.

La rendición de la ciudad a la condesa y a su esposo no había acabado, todavía restaban horas a esa victoriosa jornada; por la noche, hubo un baile en el teatro, iluminado, donde la pareja volvió a ser el centro de atención: “*rompieron los dos el baile con una graciosa contradanza*”; al acabar fueron muy aplaudidos. Las orquestas, una francesa y otra española, obedientes al signo de los tiempos, alternaban la música de los dos países, admirando los espectadores la “*perfecta unión de las dos naciones*”. Después del baile se dispuso en el salón del café una opípara cena re-

gada con los mejores vinos de España y Francia; los Pedro Ximénez, Málaga, Jerez y Cariñena alternaron con los Boudeaux y Champaña; el vino, como la sangre también hermanaba, en estos momentos, a las dos naciones.

El plácido transcurrir de las horas acabó al día siguiente con otra recepción en el palacio del gobernador, que se había adornado con un retrato del emperador y un tarjetón con las fechas (del matrimonio) de los esposos orladas de cupidos. Los condes, al final de la velada, aún tuvieron la ocasión de ser vitoreados a modo de despedida. Justo cuando se había acabado la fiesta se levantó un fuerte viento que fue apagando las iluminaciones, y en la ciudad, atendiendo a la señal, todos dieron la fiesta por concluida y se marcharon a dormir. Pareciera como si el gobernador, en la cumbre de su poder, también tuviera mando sobre los meteoros¹⁴.

No habían acabado los días en el calendario del mes de junio cuando otra festividad importante, como la del Corpus Christi volverá a sacar las procesiones a la calle. Esta manifestación religiosa tradicional será también presidida por la cúspide del poder representada por el gobernador y señora.

El jueves 27 de junio se celebró en Zaragoza la procesión del Corpus por las calles de la ciudad, la carrera aparecía guarnecida en todo su desarrollo por la tropa y el conde y la condesa “gozaron del espectáculo”, los dos vieron la procesión y se dejaron ver, quedando el pueblo penetrado de su piedad y respeto ante la manifestación religiosa; éste era su objetivo y así lo recogerá la *Gaceta* de ese día. Los gobernadores deseaban aparecer ante el pueblo como una pareja de fervientes devotos que compartían, como uno más, esa fiesta tan significada para todos los católicos como es la del Corpus Christi.

En agosto Suchet se encontraba de nuevo en Lérida, allí recibirá al intendente acompañado por el administrador general de rentas Christobal López de Uceda, que habían sido requeridos para tratar asuntos de la manutención del ejército de Cataluña; éstos, acompañados de varios generales, fueron invitados a comer por Suchet y después Honorine amenizó la velada tocando el piano. Seguidamente los condes se marcharán hacia el Ebro por Fabara y luego descansarán brevemente en Fraga retornado de nuevo a Lérida.

En todos estos viajes, obligados por la responsabilidad de Suchet como Jefe del III Cuerpo francés, Honorine acompañará siempre a su marido vaya donde vaya, ella era joven, sacrificada y valiente, y demostró que no le arrugaba el riesgo de viajar por los frentes de batalla. Suchet disfrutaba de su compañía y esta impasible determinación de Honorine de acompañarle por los frentes de guerra, hacía que creciera su admiración por ella.

Jotas para Honorine

Seguía la feliz estancia de la joven Honorine en el Aragón sometido cuando su esposo, sacudiéndose la pereza del triunfo, decide retomar la ofensiva militar buscando ocupar todo el Ebro incluida su desembocadura. Esta campaña durará 6 meses (Tortosa caerá el 2 de enero de 1811) y se solventará, una vez más, victoriosa para Suchet.

Durante este tiempo Honorine viajará al lado de su marido el general afrontando, como un miembro más de su Estado Mayor, la dureza de la campaña, los cambios de campamentos, los traslados por la difícil orografía o las operaciones de reconocimiento y tanteos. En uno de esos viajes de la ruta Zaragoza-Tortosa, los condes se presentarán en Caspe procedentes de Alcañiz. La ciudad de Caspe les acogerá de manera tan favorable y hospitalaria que se quedarán en ella tres días.

Previamente, y mientras se encontraban en Alcañiz, una comisión de caspolinos, donde también figuraban algunos eclesiásticos, se había desplazado para cumplimentarles y comprometer la visita del gobernador y señora para el día siguiente.

El día 4 de julio y según lo acordado, las autoridades de Caspe se adelantaron tres leguas a recibir a la pareja. A continuación, escoltada su carroza por el Ayuntamiento, el gobernador y señora entraron en la ciudad cuyas calles, repletas de gente, se habían adornado con hierbas olorosas (este humilde adorno se hizo también en la capital donde los medios eran mucho mayores). Por la noche, sobre las diez, una rondalla de jóvenes se situó frente al aposento del gobernador y les cantaron varias coplas entre las que destacan éstas dedicadas expresamente a la condesa:

Una gracia, señor conde,
Pedimos a vucencia,
y es, que si va a Cataluña,
nos dexé aquí la condesa

Nosotros la cuidaremos
con la mas fina ternéza,
y jamas permitiremos
que cosa mala le venga

Esta villa, sr. conde
puesta a los pies de vucencia,
le desea un niño hermoso,
que herede sus nobles prendas.

La gente de Caspe, conocedora de la técnica de la jota, de sus paradas y arranques, jaleaban ruidosos y con aplausos cuando finalizaban las estrofas. El pueblo se mostraba entregado y reconocido a Suchet, identificando en el general a la persona que había evitado que la guerra asolara la ciudad y su comarca, tal y como había ocurrido con su vecina Alcañiz, donde apenas unos meses antes habían soportado un inmisericorde saqueo que, de seguro, les quitó por mucho tiempo las ganas de cantarles jotas al responsable de tanta carnicería.

Suchet se mostrará tan satisfecho con las muestras de adhesión y sometimiento de esta población que se permitió bajar a la plaza y pasearse entre la multitud sin escolta; la *Gaceta* comentará este paseo: “*sin más guardia que la confianza en estos vecinos; gratificó los músicos y se retiró a su habitación, dexando al pueblo prendado sumamente de sus bondades*”¹⁵.

Por si todas estas muestras de adhesión no bastaba, una vez llegaron a la casa donde debía hospedarse recibieron la dulce sorpresa de encontrar, a la entrada misma de su habitación, una escolta de trece jóvenes de la recién creada Guardia Cívica de Caspe que formando en dos alas le presentaron armas. Suchet, tan impresionado como agradecido, les pasó revista uno a uno¹⁶.

Estos momentos vividos de su estancia en Caspe le causaron al general francés tan grata impresión que los recordará en sus memorias. Incluso se permitirá algo totalmente inusual en toda la obra como el detenerse en contar esas serenatas improvisadas de las que él y la condesa fueron objetos: “*La Jota es un air national prope aux Aragonais... chantaient ainsi le conte et le contesse Suchet*”¹⁷.

Tres años más tarde Caspe sería liberado y los colaboracionistas detenidos y acusados de infidencia. Entre los procesados figuraban todo el Ayuntamiento en pleno; su corregidor José Soler, Ramón Pellicer, Manuel Lorzal, Narciso Bello. Pero las denuncias no se quedaron ahí y alcanzaron a otros destacados afrancesados como Ibarra o Ramón Poblador. Todos ellos mantenían buenas relaciones políticas y aún económicas con el comisario Agustín de Quinto y el general Suchet, pues habían sido arrendadores y abastecedores de carnes y víveres al ejército francés en los sitios de Tarragona, Tortosa y Valencia. Incluso uno de los hijos de Narciso Bello formó parte de la guardia de honor de Suchet que se le montó en su residencia caspolina.

La acusación por colaborar o abastecer al enemigo tenía una relativa importancia si la comparamos con otra que tuvieron que soportar, como fue la de establecer su responsabilidad por el fusilamiento en Zaragoza de 9 resistentes de Caspe y alrededores en el año de 1809¹⁸. El pleito por infidencia de estos colaboracionistas de Caspe se prolongó durante varios años una vez acabada la guerra.

Del Pilar al joyero de Honorine

Ya hemos visto cómo la condesa nada más llegar a Zaragoza y tras visitar el Pilar, se dejó seducir por el resplandor de alguna de las joyas que adornaban el camarín de la Virgen, permitiendo que el Cabildo, acobardado, le regalara unas piedras preciosas con las que se hizo un “cintillo”.

Esta joya no tardaría en verse acompañada por otra y, aunque el expolio no iba a alcanzar las dimensiones del primero realizado por Lannes, no deja de tener su importancia permitiendo situar en su justo término la calidad humana de la joven condesa y ahora gobernadora.

La historia de esta segunda joya apenas es conocida y contiene una serie de circunstancias que la hacen incluso más interesante que la del “cintillo”. La primera es que se trata de un regalo espontáneo del Cabildo, disfrazando una clara maniobra de ablandamiento del inflexible gobernador a través de su delicada y, en este caso, avariciosa esposa. La segunda circunstancia, es que esta maniobra ideada desde el Cabildo dio los resultados apetecidos; cambiaron “un tembleque de brillantes” por un tratamiento económico favorable a los intereses de la institución religiosa. La historia es la siguiente:

A finales del año 1810 el Cabildo se siente fatalmente arruinado por las medidas de la administración francesa, tal es el apuro que se reúnen los responsables y deciden mandar una carta al gobernador Suchet donde le explican su situación *“La deplorable situación de la Iglesia por haber ocupado frutos y rentas los Ayuntamientos de los pueblos y las tropas, y por haber secuestrado el trigo de la Prebostería, obligando al Cabildo a pagar las letras que aceptó a Virtud de Escritura otorgada por la Real Hacienda de aprontar su importe para el tipo de vencimiento... Ni las vacantes que aun no a percibido el Cabildo... Creyo oportuno para inclinar a S.E. a que acordase las providencias necesarias a fin de precaber las consecuencias necesarias que se tenían de haberse de cerrar las dos Iglesias por falta de fondos para mantener el culto en ellas y a sus Ministros”*¹⁹.

La carta, ¡donde amenazaba cerrar el templo del Pilar y la catedral de La Seo!, contenía una amenaza tan grave que el Cabildo, asustado y temeroso de su propio atrevimiento, pensó que la persona ideal para presentar la carta no podía ser otra que la mismísima condesa de Suchet. La joven esposa del gobernador, que tan favorablemente se había mostrado siempre al propio Cabildo y con la que se habían intercambiado saludos y felicitaciones, era utilizada ahora como embajadora y correo de una explosiva carta.

Y como el atrevimiento igualaba al temor, que era mucho, decidieron que la misiva fuera acompañada de *“un tembleque de brillantes para la condesa que se explicó con las más vivas expresiones de gratitud y reconocimiento al Cabildo”*.

La entrega de la carta y la intercesión de Honorine frente al gobernador fue tan eficaz que S. E. mandó a los comisarios de policía para que los ayuntamientos y pueblos pagasen cuanto habían ocupado al Cabildo, y que tanto los pueblos, como los particulares, como la real hacienda, *“tomasen las más serias providencias hasta integrarlo en todo”*.

Claro que a Suchet le interesaba el mantenimiento del culto y sus instituciones, y tan evidente como esto es reconocer que la embajadora del Cabildo había sabido persuadir a su esposo y convencerlo de la justicia de las reclamaciones, incluidas amenazas, de aquellos que le había regalado el *“tembleque de brillantes”*. La condesa tenía poder y lo ejercía en el propio palacio del gobernador cobrando, además, un buen precio por ello.

La condesa da a luz

A primeros de enero de 1811 era tan evidente el estado de buena esperanza de la condesa que Suchet, tras el cerco y la posterior caída en manos francesas de la ciudad de Tortosa, decide, junto a su esposa que le acompañaba, abandonar el frío campo de batalla y volverse a Zaragoza donde tenían establecida su residencia.

El 16 de enero el general gobernador, acompañado de su esposa, vuelve triunfante, una vez más, a la ciudad donde tenía su residencia. Entra por la Puerta Quemada seguido de mucha tropa, destacando entre todo su séquito la embarazada condesa, que recibirá junto con su marido a las autoridades que salen a recibirlos. Como siempre, el primero entre todos está el padre Santander, gobernador eclesiástico de Aragón. Las crónicas nos cuentan cómo la carrera luce iluminada, y en la casa del gobernador un arco triunfal les da la bienvenida. En el centro del arco, un león (símbolo de la ciudad) presenta un ramo de olivo. El símbolo de paz sometida del poder local es tan evidente que el gobernador no puede hacer otra cosa que sonreír satisfecho.

Para el gobernador había llegado el momento de presentar en sociedad el embarazo de Honorine, otra baza más que jugar de reconocimiento público hacia su persona. Al fin se había hecho realidad aquella estrofa de los versos dedicados por el gremio de los panaderos a los condes en las pasadas fiestas de junio:

Y el suave Himeneo
Os dé hijos que inciten
Vuestros nobles hechos

De esta manera, el domingo 20 de enero de 1811 los condes asistirán a misa del Pilar acompañados por las autoridades. Por la noche el gobernador y su señora repetirán una de las fiestas que tanto éxito había tenido durante el verano pasado; el palacio de los condes será el escenario de una velada con música y cena a la que asistirán un gran número de invitados de ambos sexos. Se lo pasaron tan bien que, a pesar del crudo invierno zaragozano, la velada se prolongó hasta las 4 de la mañana.

Mas como el embarazo avanzaba siguiendo las leyes de la naturaleza, los condes decidirán que Honorine se desplace a Francia para dar a luz junto a su familia. Tomada esta determinación, comenzarán los preparativos del viaje que no estaba exento de peligros.

Entre estos preparativos destacará el encargo de una cuna por cuenta del comisario general de policía, Domínguez, quien, atento siempre a satisfacer y ejecutar los deseos del gobernador, encargará el 23 de enero una delicada cuna para la futura hija de la condesa. Este encargo está perfectamente descrito en la factura correspondiente que, como siempre, acabará pagando la tesorería de policía. Y sorprende ver que el color elegido de la ropa que la vestía será el rosa, como si el comisario Domínguez se adelantara en adivinar, por aquello de los colores, el sexo del primer hijo de Suchet, que efectivamente acabaría siendo una niña²⁰.

El viaje a Francia de la condesa embarazada de 6 meses presentaba numerosos problemas de logística y de seguridad de cierta complejidad. Por lo cual se decidió hacer el viaje por la ruta de Zaragoza- Jaca-Somport que ya había sido hecha por la condesa el año anterior. Esta ruta, si bien era la más corta, tampoco descartaba el peligro de algún golpe de mano de cualquiera de las guerrillas que pululaban por aquellos lares. Además existía la propia dificultad del camino que, en su última parte, no permitía el uso de carros y se convertía en un camino de herradura.

La condesa, embarazada de 6 meses, evidentemente no podía hacer los 180 Km ni a pie ni a caballo. Entonces ¿cómo trasladar a la condesa?, demasiada distancia hasta la frontera para hacerla a pie y demasiado riesgo de una posible caída desde lo alto de la silla de montar de una de sus mulas. La solución a este dilema vino con el ofrecimiento de la silla de manos que usaba el arzobispo de Zaragoza en la Semana Santa.

Así se hizo, y la condesa viajó cómodamente sentada en la silla arzobispal portada por hombros amigos, o entre dos mulas, que evitaban cualquier sobresalto de su pasajera embarazada.

El problema de la seguridad en el traslado preocupaba en gran manera a Suchet, dada la difícil orografía de los Pirineos no estaba libre de la actuación de las guerri-

Factura que presenta el Franquista Lorenzo Mayer de las dos sillar
nos construídas para el transporte de la Sr^{ma} Mariscalda Duquesa
Albufera de orden del Sr^o Director General de Policía de Aragón: saber:

	Pell. v. ^{na}
1.º - Por 29. varas terciopelo carmesí à 72. v. -----	2.088,
Id - 16. varas id ----- à 80 -----	1.280,
Id - 7. v. damasco carmesí ----- à 40 -----	280,
Id - 8. v. raso verde ----- à 34 -----	272,
Id - 28. v. ule negro ----- à 14 -----	392,
Id - 8. v. lienzo blanco ----- à 9 -----	72,
Id - 200. v. galon -----	100,
Id - La construcción de las dos sillar y mañ -----	1.600,
	<hr/>
	6.084,
Id. Al Mtro Guarnicionero por las correas -----	400,
Id. Al Mtro Cordonero por las redes y borlas -----	300,
Id. Al Mtro Coches por las cinco varas -----	240,
Id. Al Mtro Vidriero por los dos cristales -----	170,
Id. Al Mtro Corregero por los yernos -----	160,
	<hr/>
Total -----	7.354

Y importa la presente cuenta siete mil trescientos
cincuenta y quatro real vellon. Zaragoza y Marzo 20 de
1813.

Zaragoza 20 de Marzo de 1813.

Lorenzo Mayer

Este original de mi Ayuntamiento de Zar
agoza se le dá á V. para el pago de este
punto

Comisario

Factura que presenta Lorenzo Mayer por la construcción de una
silla de viaje, cerrada y acristalada, para la condesa embarazada.

llas o, como los llamaban los franceses, brigantes. Ahora el objetivo a proteger no era un correo aislado o una pequeña patrulla de reconocimiento: en el camino a Francia lo que se estaba poniendo en juego era, ni más ni menos, que la vida de la mujer del gobernador y la de su propia hija. Esta vez Honorine no viajará a Francia aprovechando, como la otra vez, la escolta de una columna de prisioneros; esta vez la escolta será tan numerosa en tamaño y calidad que la encabezará el propio Suchet (la mayor autoridad de Aragón), su jefe de Estado Mayor, Saint-Cyr y el comisario general de policía Domínguez.

Honorine y su escolta, casi un pequeño ejército, salieron de Zaragoza el día 8 de abril de 1811 por la mañana. Dos días más tarde la condesa acompañada por Saint-Cyr abandonará Jaca para internarse en territorio francés. Su marido el general Suchet, tras el éxito de la operación, respirará tranquilo y volverá a Zaragoza acompañado de Domínguez.

El 5 de mayo la condesa dará a luz a su hija, la cual recibirá el nombre de sus dos progenitores; se llamará Louise Honorine. Madre e hija todavía permanecerán en Francia una temporada hasta que cinco meses más tarde volverán a atravesar la frontera española para encontrarse con su esposo y padre.

La condesa y su hija vuelven a Zaragoza. Las amenazas de secuestro

Al final del verano, cuando los caminos no ofrecen ninguna dificultad y la temperatura es más agradable para ponerse de viaje, es el momento elegido para volver a sus “dominios” aragoneses, Honorine y su hija Louise Gabriel volverán por la misma ruta a Zaragoza.

En la ciudad, Suchet permanece impaciente y no comunica a nadie las fechas concretas de la venida de la condesa y su hija, pues teme, no sin razón, que los insurgentes intenten alguna aventura. Hasta que el 10 de agosto, a las dos de la mañana, sale de la ciudad con numerosa escolta y se dirige hacia Jaca para encontrarse allí con su familia.

Las precauciones del general no eran en vano, él mismo contará en su autobiografía cómo el “chef de parti” Sarasa proyectaba el secuestro de la mujer y la hija del gobernador cuando éstas volvieran de Francia. Este plan de Miguel Sarasa (al que él llama “Sarraza”) fue descubierto gracias a la interceptación de una carta donde el guerrillero daba a conocer sus planes²¹. Miguel Sarasa conocía en su propia persona el tremendo sufrimiento que significaba tener a los familiares más directos como rehenes de los enemigos, pues toda su familia (la esposa e hija en España y su hijo en

Francia) había sido detenida por la administración intrusa en represalia por el fusilamiento de un paisano de Jaca²². Por tanto, el peligro era real y justificaba todas las precauciones, finalmente este secuestro no tuvo lugar y Honorine y su hija llegaron felizmente a la capital del Pirineo.

La ciudad de Jaca, observa el encuentro entre los esposos y les regala una generosa recepción en su honor y un programa de fiestas que durarán algunos días. En esos momentos en que la figura del mariscal Suchet era incuestionable y se encontraba en la cumbre de su poder, los jacetanos encabezados por sus autoridades, se sentían tan contentos, honrados y felices con su presencia que los festejos, incluidos banquetes y recepciones, durarán 8 días.

La estancia en Jaca, indudable punto fuerte defensivo amparado en los gruesos muros de su ciudadela, fue tan satisfactoria para el gobernador que éste, en uso de sus atribuciones, perdonó a la ciudad la contribución de subsistencias de ese año.

Mas Zaragoza les reclama, y sobre las 12 de la mañana del día 21, después de un viaje tranquilo, entraron en la ciudad por la puerta del Sol dirigiéndose seguidamente a su palacio en el Coso. Habían pasado 5 meses y la condesa volvía a la ciudad que tanto le estimaba con su hija en brazos y hecha toda una mujer.

Las autoridades enteradas de la llegada de los condes no tardarán en cumplimentarles y pasar a felicitar al gobernador y señora. La felicitación será doble; primero como reciente padre y después por su reciente ascenso a mariscal en premio a sus victorias de Tarragona y Sagunto (este ascenso ya había sido celebrado en agosto con un baile en el teatro).

Por la noche, y coincidiendo con los actos de los “días” del emperador, la ciudad apareció iluminada y los condes retomaron su anterior costumbre de organizar fiestas y saraos en los jardines acondicionados de su palacio donde se montó un hermoso cenador, la velada de esta noche estuvo muy animada tal y como afirma Casamayor “concurrieron todos los señores de clase y varias damas con mucha oficialidad”.

Ese día, seguro que la pequeña Louise Honorine dormiría, satisfecha y contenta, en la preciosa cuna adornada de muselina y rasos de color rosa con la que la ciudad, obediente y ensimismada, le había obsequiado a la hija del gobernador su virrey²⁰³.

Las conmemoraciones continuaban en el verano de 1811, y el 24 de agosto se había preparado otra recepción en el jardín de la residencia del gobernador que fue desbaratada por la lluvia, por lo que el agasajo continuo en los salones interiores del palacio.

Al día siguiente, había que hacer extensivos los regocijos al pueblo con motivo de celebrar los cumpleaños de los emperadores y los gobernadores. Por lo que se celebró una corrida de toros embolados a los que asistieron los mariscales desde su palco reservado y pintado con las armas del gobernador. Por la noche se iluminaron varias de las casas de los personajes importantes de la ciudad, y en el teatro se dio un baile de máscaras que duró hasta las 4 de la mañana.

El 28 de agosto se volverán a correr toros en la plaza, esta vez será una novillada y de nuevo los condes estarán presentes como un aficionado más, el concurso de gente fue numeroso y los condes fueron vitoreados.

Ocho días hacía que Honorine había llegado a la ciudad y la vida social zaragozana apenas la habían dejado descansar. El poder requiere dedicación absoluta en sus múltiples tareas, y esta de los fastos y las celebraciones, a las que tanto se habían acostumbrado los condes gobernadores, a veces pueden ser agotadoras.

Honorine abandona la ciudad

Entre fiestas de toros, a los que Honorine se había aficionado, saraos, recepciones, y misa de 12 en el Pilar acompañando a su marido, transcurría la feliz estancia en la Zaragoza sometida y gobernada por la indiscutible autoridad de su marido. Pero España seguía resistiendo y el trueno de la guerra sonaba insistentemente llamando al mariscal a la batalla, una campaña nueva, la de Valencia, se estaba poniendo en marcha y se hacía imprescindible que Suchet abandonara su corte zaragozana para acercarse al frente de combate. La señora mariscal y su hija le acompañarían en esta nueva empresa.

Con la llegada del mes de septiembre el calor se mitiga haciendo más fácil la vida de campaña y los largos desplazamientos se hacen más placenteros, por esta razón el día 10 de ese mes los condes se pondrán en marcha camino de Tortosa. Efectivamente, a las cinco de la mañana un convoy compuesto de 6 coches salió por el puente de Piedra camino del Bajo Ebro, en él viajaban el señor mariscal y su señora, todo el Estado Mayor del III Cuerpo de Ejército con su jefe Saint-Cyr y el general Dumont con varios diplomáticos. Los carruajes iban acompañados de tanta tropa que la ciudad se quedó vacía de ocupantes y casi indefensa, teniendo que cubrir la guardia en las puertas la compañía de gendarmes españoles que combatían al servicio del imperio. Suchet, previsor, se llevaba consigo, además de su familia, toda la tropa que iba a ser empleada en la conquista del Reino de Valencia.

Este viaje que Honorine iniciaba a principios de septiembre se iba a convertir, sin que ella lo supiera en ese momento, en un viaje sin retorno. Su feliz estancia en la ciu-

dad, donde había concebido un hijo, había concluido. Las fiestas, recepciones y saraos que daba en su residencia del palacio de los condes de Fuentes se habían acabado, su marcha dejaba vacía su “petit court”. Ya no habrá más besamanos, ni serán recibidos de pontifical en el Pilar por su amigo el obispo colaboracionista, padre Santander, ni se harán luminarias en su honor, ni se postrarán a sus pies los regidores de la ciudad, ni la Real Audiencia, ni el comisario general de policía le podrá hacer regalo alguno.

Honorine, siguiendo siempre a su marido, cambiará el cierzo zaragozano por la suave brisa levantina, la corte del virrey con sus servidores se trasladará a Valencia cuando la ciudad caiga a principios de enero. Pero ya nada será igual, la guerra impedirá que el triunfo francés se prolongue y los días felices pasados en Zaragoza no volverán nunca más.

Su última visita a Zaragoza

En el año de 1812 la ciudad del Ebro seguirá gobernada, a distancia, por Suchet, y la señora mariscala no tendrá contacto alguno con la ciudad que tanto le había admirado. El lejano traslado al Reino de Valencia estaba abocando a Honorine al olvido, razón por la cual la condesa dejaba de ser un instrumento útil en la “guerra de opinión” diseñada y desencadenada por su marido y que tan buenos resultados había cosechado.

El palacio, residencia del gobernador, estuvo ocupado, a partir de entonces, por otros inquilinos de menor rango. Además, parte del servicio se había trasladado con los condes a Valencia. Esta es la razón de que el 14 de julio de 1812 se registra, como un hecho notable, la llegada a la ciudad de la camarera mayor de la señora mariscala. Esta dama de confianza de Honorine se encontraba enferma y marchaba a Francia por Jaca para restablecerse, le acompañaba en el viaje el general conde de Reylle.

Finalmente llegó el año 1813, la suerte del ejército francés se estaba volviendo adversa por todo el país; Suchet advierte esta circunstancia y en la primavera decide, henchido de prudencia, mandar a su inseparable compañera de campaña camino de las tierras más seguras de Francia. La ruta escogida para este viaje no será la tradicional de Valencia-Zaragoza-Jaca, la cual ya había sido hecha por Honorine más de una vez, sino la que desde Valencia entraba por el bajo Aragón en dirección a Caspe. Después por Fuentes tomaría la carretera de la ribera hasta llegar a Zaragoza.

Los desplazamientos de la condesa siempre se rodeaban de un secreto extremo, pues Suchet era consciente del indudable atractivo que para la resistencia suponía la

captura de la condesa. El peligro de la captura de Honorine por los insurgentes españoles se acrecentaba por la circunstancia de que la ruta elegida para atravesar el Pirineo nunca estuvo totalmente controladas por las tropas invasoras.

Semejante riesgo obligaba al mariscal para actuar, como había echo siempre, con un extraordinario sigilo. En este viaje se operó de igual manera y las autoridades zaragozanas fueron apercebidas de su arribo cuando, prácticamente, estaban ya a las puertas de la ciudad.

Pero pese a todas estas precauciones, el mando español conocía perfectamente el desplazamiento de la duquesa de la Albufera. Una carta de Pedro Villacampa al general Xavier Elio fechada en Montalban en 10 de marzo nos afirma en este conocimiento “*No tiene duda de que en el comboy marcha también la mujer de Suchet y Quinto (el colaboracionista Pascual de Quinto), y su escolta de 2.900 a 3.000 hombres al mando de Musnier*”²⁴. Esta carta no era la única, había otras comunicaciones más por las que el mando español conocía al detalle el viaje de la duquesa; una provenía de un espía de Caspe donde explica el traslado de la división de Sevoroli a Belchite “*para proteger el paso de un comvoy que sube desde Valencia a Zaragoza escoltado por 2.800 hombres, y que parece que también va la mujer de Suchet*” y en la otra se especifica que los escoltas eran “*tropas escogidas, la mayor parte sargentos y caballería que parece quieren pasar a Francia con destino a la Guardia Imperial*”.

A pesar de este conocimiento, las tropas españolas no pudieron impedir el paso del convoy el 16 de marzo de 1813, Honorine llegó a la ciudad que tan bien le había recibido tres años antes y de la que tan buenos recuerdos guardaba. El cronista Casamayor recogerá este hecho: “*Llegó a las 5 de la tarde acompañada por más de 100 caballos, salieron a recibirla el general París, Sñr. obispo gobernador, Ayuntamiento, Magistrados que repitieron la misma noche en su palacio*”²⁵. El mariscal no dejaba en manos de cualquiera la seguridad de su mujer, y tan importante figura había sido escoltada en persona por el general Musnier que desde Valencia le venía sirviendo y cubriendo el camino.

La estancia en Zaragoza de la condesa durará apenas cuatro días, el ambiente y la atmósfera en que transcurrirán éstos serán muy diferentes a los que, apenas un año antes, podría haberse imaginado. La ciudad intentaba celebrar las fiestas por el cumpleaños del rey José I con el ceremonial acostumbrado; misa en el Pilar, teatro con entrada libre, baile de máscaras en medio de una ciudad iluminada. Y durante estos fastos Honorine, que en otro momento hubiera sido el centro y el alma de todas las celebraciones, permaneció sin salir de sus aposentos. Ni tan siquiera estuvo presente, como tantas veces había hecho anteriormente, en la misa del Pilar, lo que fue sin duda observado por toda



La familia Suchet en Valencia (por Vicente López).

la población, quienes, sacando sus propias consecuencias, veían en esta renuncia una clara señal de que las cosas estaban cambiando rápidamente.

UN ADIÓS BAJO EL FUEGO. LA ÚLTIMA BATALLA (A DISTANCIA) DE SUCHET EN ARAGÓN

La debacle en tierras valencianas del otrora invicto III Cuerpo de Ejército francés no podía pasar inadvertida en la ciudad en la que, apenas un año antes, la mariscal y su marido habían regido como auténticos virreyes de la misma. Ahora Zaragoza ya no era corte, sino cuartel, tan sólo una etapa intermedia donde recuperar fuerzas y organizar la desbandada hacia Francia.

Honorine permaneció cuatro días en Zaragoza, y fue la avanzada de una multitud de personas que llegaban en tropel a la ciudad camino de la frontera francesa; colaboracionistas, esposas de la oficialidad francesa del III Cuerpo de Ejército, funcionarios de la desaparecida corte del rey José I, personal auxiliar no combatiente, criados y algunos gendarmes que escoltaban a la población civil francesa. Todos aquellos, en definitiva, a los que la nueva situación había transmutado su estatus anterior en una amalgama de simples refugiados, que ahora huían camino de Francia, la nación que desde 1808 había pretendido someter a toda España. El imperio dominante, al que los

españoles entregados se habían adherido en el momento del triunfo francés, estaba en quiebra, la apuesta les había salido mal y ahora la situación había dado un vuelco que les arrastraba en su caída (idénticas escenas se repetirán unos meses más tarde, casi como un calco, en Zaragoza tras la derrota francesa).

El 19 de marzo ya estaba prácticamente formado el convoy josefino que marchará en breves horas, y los españoles que al día siguiente iban a abandonar su patria, decidieron aprovechar la víspera asistiendo a la misa del Pilar que presidió el señor obispo con motivo de ser “*los días del Rey D. José Bonaparte I*”. Ciertamente es que a pesar de estar presentes en los bancos del templo varios ministros y consejeros presididos por el conde de Montarco (comisario regio de Andalucía), la ceremonia, que incluyó un *te deum*, no fue precisamente vistosa, pues no asistió ningún general francés ni tampoco lo hizo la mariscal Honorine, perdiendo ésta la última ocasión que iba a tener para despedirse de su venerada Virgen del Pilar. No lo hizo, ni le devolvió ninguna de sus joyas que habían salido del camarín de la Virgen, lo que nos obliga a poner en tela de juicio su manifiesto fervor por la patrona de Zaragoza de años anteriores, donde ella ejercía como virreina en la ciudad.

Así pues, el 20 de marzo la mariscal duquesa de la Albufera partió a Francia escoltada por el general Mussenier y la casi totalidad de la tropa presente en la ciudad. Al mismo tiempo marcharon todos los oficiales españoles con el personal de la administración civil formando un inmenso convoy (Casamayor lo cifrará en más de 6.000 personas) que acabarán recalando en Jaca sin novedad alguna.

El traslado a Francia de este inmenso convoy fue una gran operación militar que diseñada por Suchet desde Valencia, fue llevada a cabo con eficacia. Mover a tanta gente necesitó de una gran cantidad de recursos logísticos y de transporte, a la vez que demandó una considerable cantidad de tropas para su protección.

Desde varios días antes de la llegada de la condesa a Zaragoza, el ejército francés, sin saber muy bien las razones, pues se había ocultado el viaje de la duquesa por motivos fundados de seguridad, comenzó a desplegarse en un intento de cubrir el camino hacia Jaca para evitar las infiltraciones guerrilleras. Mientras, en la ciudad, la policía comenzaba a requisar mulos, caballería y carruajes para formar lo que iba a ser el gran convoy aragonés hacia la frontera. Y aunque hubo cierta fuga de información que acabó en las filas de los resistentes, el intento de éstos de cortar la salida de la duquesa fracasó, y la operación, sin duda, fue un éxito total para los franceses.

El traslado de Honorine se hará en dos sillas de mano tal y como se efectuó en el viaje de 1811. La construcción de estas sillas le fue encargada al ebanista Lorenzo

Mayer. Este las fabricó con hule negro, terciopelo carmesí, raso verde y les puso hasta ventanas, todo ello supuso un valor de 7.350 reales de vellón. Esta factura dará lugar a un pequeño conflicto por el pago entre la Dirección general de policía y el Ayuntamiento, que obligará a intervenir al auditor del Consejo de Estado, quien dictó una orden el 31 de marzo que obligaba a pagar al Ayuntamiento. El auditor, contradiciendo su propia orden, reconocerá posteriormente que el director general de policía “*no puede mandar pagar gasto alguno al Ayuntamiento de Zaragoza*”²⁶.

Pero volvamos la mirada al peligroso viaje de Honorine; tal y como ya había ocurrido otras veces, los españoles conocían este viaje de la mariscalá e intentarán hacerse con tan codiciada presa. Para ello se montará una operación militar con el objetivo de capturar a Honorine y deshacer el convoy francés que, acertadamente, imaginaban cargado de dinero y demás riquezas.

Esta llamativa operación militar le fue encomendada a las fuerzas de Chapalanga que campaban por la zona. El líder guerrillero estudió el terreno y dispuso la emboscada en el pueblo de Bernués cercano a Peña Oroel. Pero la celada fue descubierta por los exploradores españoles de Chandón, que operaban en funciones de reconocimiento a la vanguardia de las tropas francesas. De inmediato, tras ser localizados los acechantes, fueron atacados por los franceses entablándose un tiroteo que duró dos horas. Descubierta la encerrona y agotada la sorpresa, los españoles se retirarán al bosque y Honorine quedará a salvo de un peligro más que evidente.

Las tropas mercenarias de Chandón, que tan buen servicio acababa de hacer a Suchet salvando a su propia esposa e hija, terminarán de reorganizarse el 1 de marzo tras un Decreto firmado por Suchet. Por esta orden, las dos compañías de gendarmes de Barbastro y Jaca fueron obligadas a fusionarse en una sola que llevaría el nombre de “2^a compañía de Gendarmes Españoles”. Su jefe era el capitán Domingo Brun, alias “Chandón”, siendo su hermano, Francisco Brun, teniente de la misma; los dos hermanos eran profundos conocedores de toda la comarca de la Jacetania²⁷. Tras caer y evacuar Zaragoza las tropas francesas, esta compañía compuesta de 101 hombres fue enviada por el general París a Olorón por temor a caer en manos españolas (curiosamente los componentes de esta formación estaban todos “marcados” en la mano por el cirujano Joaquín Cano como una manera cruel y expeditiva para evitar que desertaran). En este caso Suchet no olvidó los servicios prestados, y les evitó con esta evacuación las casi seguras represalias. En diciembre de 1813 la compañía acabó disuelta en la ciudad de Dax. Recordando a estos hombres diría Suchet años después “*...eran todos hombres fuertes, buenos caminantes y excelentes guías, eran pagados y proveídos como el resto del ejército; no podemos mas que agradecer sus servicios y el valor que demostraron en varias ocasiones*”.

Lo cierto es que esta emboscada de las guerrillas pirenaicas en el pueblo de Bernués estaba destinada al fracaso por la simple razón de la enorme superioridad de las fuerzas francesas que protegían el convoy; infantería, husares, artillería, exploradores, sumaban casi 5.000 hombres al mando de Mussenier. Este general, que acompañaba como escolta a la mariscal desde Valencia, conocía perfectamente esta zona por haber operado en ella en el año 1809 (muy cerca del lugar de la emboscada se encontraba el monasterio benedictino de San Juan de la Peña al que el general prendió fuego a principios de septiembre de aquel año). A Mussenier le acompañaba, en esta parte de más riesgo, el general París, gobernador militar de Zaragoza, quien se había unido a éste por sentirse también responsable de la seguridad de la esposa de Suchet.

Cumplida la misión, la gran cantidad de fuerza comenzó el viaje inverso hacia Zaragoza donde las avanzadas de Mina y Durán inquietaban cada vez más a la guarnición francesa. Desde el 27 de marzo hasta bien entrado el mes de abril (el general París llegará a Zaragoza el día 1) las tropas de escolta van llegando escalonadamente a la ciudad, el día 10 de abril, por ejemplo, Casamayor recoge la llegada de 1.500 hombres entre infantería, húsares y paisanos. Finalmente el general Mussenier, que se había adentrado con la duquesa más allá de la frontera, llegará a Zaragoza el día 28 solamente acompañado por los 150 hombres de su escolta.

La salida de la mariscal hacia Francia acompañando al numeroso convoy era la prueba fehaciente de la derrota y la antesala de la retirada del ejército francés. Por eso era una operación muy delicada, donde la mezcla de personal civil con los militares e incluso el propio personaje de la duquesa podía entorpecer la defensa y llevar al desastre total al convoy, tal y como ocurrió, en circunstancias muy similares, en Vitoria.

Conociendo estos riesgos, el dispositivo que pusieron en marcha los franceses y dirigido desde Valencia por el mismo Suchet se mostró totalmente eficaz y la operación fue llevada a término con muy pocas bajas.

Es posible que el éxito de esta operación, en vivo contraste con la retirada desastrosa de Vitoria, haya hecho que ésta pasara desapercibida. Pero de lo que no hay duda es que Suchet puso un cuidado extremo buscando el éxito de la misma. A su buen fin asignó numerosas tropas detraéndolas de otros frentes y encomendó la dirección de las operaciones sobre el terreno a sus dos generales Mussenier y París en los que tenía plena confianza.

Por todas estas razones, bien podemos atribuir el éxito de esta importante operación militar al mariscal Suchet, siendo así esta perfecta evacuación su última victoria, a distancia, en tierras aragonesas.

NOTAS AL CAPÍTULO III

¹ *Mémoires du Marechal Suchet, duc D'Albufera, sur ses campagnes en Espagne*. Capítulo X, p. 310, la traducción es del autor.

² *Ibidem*, p. 37.

³ APOLLINAIERE FÈE, Antoine Laurent, *Recuerdos de la Guerra de España llamada de la Independencia 1809-1813*, op. cit. Ministerio de Defensa, p. 122.

⁴ AYME, J. *Ilustración y Revolución*, p. 270.

⁵ La traducción es del autor, *Mémoires du Marechal Suchet, Duc D'Albufera, sur ses campagnes en Espagne...*, cit., p. 253.

⁶ CAMBRONERO, Carlos. *El rey Intruso*, Madrid. Librería de los Bibliófilos Españoles, 1909, p. 117.

⁷ Evidentemente este último punto es un error pues Zaragoza nunca fue bombardeada por los españoles. Tomado de la página napoleónica de internet Chez.com/Napoleón 1804.

⁸ CASAMAYOR, Faustino. *Años Políticos e Históricos. De las cosas particulares sucedidas en la ciudad de Zaragoza. Años 1790 a 1826*. Biblioteca Universitaria de Zaragoza, 2 de agosto de 1809.

⁹ Sobre el expolio de las joyas del Pilar durante la ocupación francesa en Zaragoza, PASAMAR LÁZARO, José Enrique, "El joyero de la Virgen del Pilar y Los Sitios de Zaragoza". *Los Sitios de Zaragoza*. Revista del Bicentenario, n.º 9, mayo de 2008. Fundación 2008.

¹⁰ Carta de Suchet al Ayuntamiento de Zaragoza pidiendo que se retrasaran los festejos. También está recogida en ASED Y VILLAGRASA, Manuel Isidoro, *Relación de las Fiestas que la Imperial Ciudad de Zaragoza...*, p. 82.

¹¹ ASED Y VILLAGRASA, Manuel Isidoro, *Relaciones de las Fiestas que la Imperial Ciudad de Zaragoza...*, p. 124.

¹² *Gaceta Nacional de Zaragoza*, n.º 55, p. 215. HMZ.

¹³ ASED Y VILLAGRASA, Manuel Isidoro, *Relaciones de las Fiestas que la Imperial Ciudad de Zaragoza...*, p. 136.

¹⁴ "Fue tan recio el viento que se levantó aquella noche, que las iluminaciones no pudieron lucir con la tranquilidad que en la anterior" *Ibidem*, p. 174.

¹⁵ *Gaceta Nacional de Zaragoza*, n.º 57. Domingo 24 de junio de 1810. HMZ.

¹⁶ Los 13 jóvenes eran de las principales casas del pueblo y estaban vistosamente uniformados; Chaqueta de mahón color natural, con vuelta y collarín negro, pantalón blanco fino, sombrero de felpa con escarpela encarnada, y cananas de terciopelo carmesí bordadas en oro. Ver SORANDO, Luis, *Aragoneses al servicio del Imperio*, p. 1.267.

¹⁷ "La Jota est un air national prope aux Aragonais, composé d'une seule phrase de chant assez mélodieux, dont la continuelle répétition a quelques chose de monotone, mais en même temps d'expressif, et sur laquelle chaque chanteur, n'ayant jamais de paroles obligées, put facilement, sa guitare à la main, plazer toutes les idées qui lui viennent à la tête. Les Aragonais, dans une serie de couplets qui se succédaient avec rapidité, chantaient ainsi le comte y la comtesse Suchet" *Mémoires du Marechal Suchet, Duc D'Albufera, sur ses campagnes en Espagne*, capítulo IX, p. 252.

¹⁸ Real Audiencia de Zaragoza. Causas de Infidencia. Sig 2.106. Archivo Histórico Provincial de Zaragoza.

¹⁹ Actas Capitulares del Cabildo de Zaragoza del 1 de diciembre de 1810, pp. 204-214. Archivo del Cabildo de Zaragoza.

²⁰ Zaragoza enero 23 del 1811. "Factura de los Géneros siguientes, que por orden del Señor Comisario general de policía se han entregado para una cuna presentada a S. E. La condesa Suchet". Tesorería de la policía. Cuentas año 1811. XVII Legajo 1.242/3 Archivo Diputación Provincial de Zaragoza.

²¹ “Le meme chef de parti, dans une lettre de lui qui fut interceptée, disait qu’il guettait au passage la femme du général Suchet, retournant en France par Jaca; ajoutant qu’il mettait d’autant plus de prix à reussir, qu-on la disait enceinte (ce qui était vrai), en sorte que l’enfant périrait avec la mère. *Mémoires du Marechal Suchet, Duc D’Albufera, sur ses campagnes en Espagne*, capítulo IX, p. 279.

²² Esta circunstancia está tratada en GÓMEZ DE VALENZUELA, Felipe, *Vivir en Guerra*. XIV Premio Los Sitios de Zaragoza, pp. 70 y 71.

²³ Casamayor se equivoca al dar, en un añadido posterior, la fecha de la muerte de la hija de Suchet Luise Honorine. Dice que falleció en 1853 cuando realmente murió con 74 años en 1885.

²⁴ Carta de Villacampa a Elio fechada en Montalbán el 10 de marzo de 1813. “Operaciones de la 2.ª División de infantería de Villacampa en el mes de marzo y abril”. Archivo Histórico Nacional. Diversos/Colecciones, 107 N 45.

²⁵ CASAMAYOR, Faustino, *Años Políticos e Históricos. De las cosas particulares sucedidas en la ciudad de Zaragoza. Años 1790 a 1826*. Biblioteca Universitaria de Zaragoza, 16 de marzo de 1813.

²⁶ “Factura de las dos sillas de mano que presenta el ebanista Lorenzo Mayer construidas para el transporte de la Exma. Sñra. mariscala duquesa de la Albufera y resolución del Auditor de primera clase, Intendente de la Provincia de Zaragoza”. Libro de Actas del Ayuntamiento de Zaragoza, 1813. Folios 114 y 143. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.

²⁷ La vida de esta compañía está esbozada en el trabajo de SORANDO MUZAS, Luis, *Aragoneses al servicio del Imperio. La Guerra de la Independencia. Estudios II*. Institución “Fernando el Católico”.

**LUMINARIAS EN LA ZARAGOZA OCUPADA.
DESLUMBRANDO EL ESPÍRITU, SOMETIENDO CONCIENCIAS.
LA TRANSMUTACIÓN DEL PODER**

Se había producido una conquista militar en toda regla, y las terribles consecuencias de la derrota, magnificadas por la resistencia extrema, se manifestaban en la ciudad por doquier; las ruinas, los escombros, los prisioneros, los hospitales llenos de heridos, el hambre y las enfermedades, todo presentaba un aspecto desolador.

Pero todavía quedaba un pueblo supérstite, ciertamente que disminuido y escaso (unos 15.000 habitantes), que rápidamente comenzó a lavar sus heridas buscando desesperadamente emerger de tamaña catástrofe. Un pueblo que a su vez era capital de un Reino, un pueblo que iba a estrenar una nueva dinastía, un pueblo al que todavía se le podían detraer recursos, dinero, alojamiento. Y sobre todo, un pueblo indómito, resentido, asustado, triste, desmoralizado, difícil de manejar. Un pueblo vencido, sí, subyugado sí, pero todavía insumiso que aspiraba a la libertad¹.

Dos eran los objetivos fundamentales que la administración francesa buscaba con denuedo (sobre todo desde el nombramiento y la llegada de Suchet a la ciudad): Uno será el conseguir una retaguardia en paz de la que se pudiera aprovechar el III Cuerpo de Ejército. El otro buscaba alcanzar la sumisión total y absoluta de los zaragozanos. Los dos objetivos serán alcanzados en muy poco tiempo.

Para los ocupantes era perentorio y urgente lograr el sometimiento al nuevo orden, conseguir el reconocimiento de las nuevas autoridades y, asimismo, subordinar todo el entramado político-social a las nuevas estructuras de poder que de inmediato se iban a poner en marcha. Para ellos, su máxima aspiración era que el pueblo, la ciudad, y el Reino conquistado, rindieran pleitesía y adoración al nuevo rey José. O mejor dicho, al mismísimo emperador Napoleón y, casi con la misma intensidad que a éste, a su “virrey” Louis Gabriel Suchet. De nuevo la vieja idea del pensamiento regalista; la dinastía como patria.

Pero ¿cómo conseguir que la ciudad humille la cabeza, rinda su corazón e idolatre y acepte a los nuevos dioses? ¿Cuándo y en qué momento va a ser aceptado el nuevo poder por el pueblo subyugado? y ¿cuál será la estrategia empleada por el novísimo ejército francés para conseguir este efecto?

Napoleón decía que con las bayonetas se puede lograr todo menos sentarse sobre ellas, pero al mismo tiempo y, reconociendo que las palabras anteriores sólo eran una frase, también decía que la mejor política es hacer creer a los hombres que son libres. Ahí radica todo: “hacer creer”. Conquistar las almas, embaucar, atraer voluntades, deslumbrar, comprar si hace falta, castigar a los rebeldes, asombrar a las masas, pero sobre todo conquistar conciencias.

El mejor instrumento para este fin no es otro que la ceremonia pública, una de las mejores armas que los invasores pusieron en marcha en la Zaragoza ocupada, uno más de los recursos del intenso programa de acción y propaganda.

Esta campaña de propaganda será lanzada, por supuesto, desde el poder. Ceremonia y poder son dos conceptos que se retroalimentan, están tan unidos que es difícil verlos caminar por separado: desfiles militares, procesiones religiosas, conmemoraciones, fiestas públicas, teatro, universidad, toros, exhibiciones, ferias y festejos, e inauguraciones. En todos estos actos siempre habrá un orden, un protocolo, un ritual, donde siempre el poder quede señalado y distinguido.

El fin último de la ceremonia pública será siempre el conseguir un acto de sumisión del espectador, y aún del participante de ella. *“Los escenarios de la guerra no se acaban en el campo de batalla, sino que las estrategias del invasor, la perentoria necesidad de sumisión, se traslada allí donde es necesario imponer un nuevo orden, a la ciudad, a la nación sitiada... El poder no solo se mide en arrobas, cahices o reales de vellón, sino también en las estrategias de dominio que día a día van configurando la impresión que la ciudadanía tiene del nuevo estado de las cosas. En este tejido de ilusiones y presencia violentas, la ceremonia tiene como uno de sus objetivos principales”*².

UN VIEJO CEREMONIAL PARA UN NUEVO ORDEN

Las ceremonias públicas, como acto capital del control social, buscan siempre la multitud, la masa ingente de espectadores, la muchedumbre, de manera que a más concurrentes más eficacia en el mensaje. Curiosamente, es el propio destinatario del mensaje del poder el que con su presencia avala y hace fuerte al propio mensaje destinado a alienarlo. De modo que su simple participación, aun como mero espectador, constituye en sí un acto de sumisión, una colaboración inconsciente, gratuita y espontánea que el poder premiará a veces.

También se necesita un escenario donde organizar las ceremonias, en Zaragoza este no podía ser otro que la propia ciudad, que aportaba a esa gran obra de teatro donde se iba a escenificar el dominio del poder sus rincones concretos y definidos, en definitiva sus mejores galas: la plaza del Mercado, el Coso, la ribera del Ebro, el Pilar, el teatro, los palacios.

Así pues, el ocupante francés va a recuperar, aun sin saberlo, lo mejor del antiguo ceremonial aragonés y español. Y de igual manera que su emperador había hecho con los títulos nobiliarios que pasaron de ser denostados por la revolución a ser algo consustancial a ella y su imperio, en la Zaragoza ocupada el “nuevo orden” es el que va a traer, a las calles de la ciudad, el viejo pomposo ritual ya casi olvidado. Y es que toda forma de poder acaba por manifestarse de igual o similar manera. Incluso, podríamos decir que Napoleón y su “nouvelle empire” ansiaban recuperar fastos pasados, copiados a su vez de otros imperios ya periclitados, pero muy presentes en esa cabeza corsa coronada que, en aquellos momentos, dominaba el mundo.

La ceremonia de la coronación de Napoleón como emperador en 1804 será el ejemplo más evidente y cumplirá todas las expectativas imaginables de grandeza y magnificencia: túmulo de 8 pies de altura en un anfiteatro romano, redoble de tambores, trono antiguo con ornamento de fondo con armas y banderas rematado con una gran corona de oro, salvas de cañones acompañan a la subida al trono de su majestad, la misa se detiene después del credo y se alaba al emperador, el emperador se levanta y los 120.000 hombres presentan armas. Un *te deum* de Desvignes puso término a la ceremonia; le siguen un concierto en las Tullerías y un inmenso castillo de fuegos artificiales en el Pont Neuf. Al final del día la Historia ha engendrado un nuevo emperador.

Otra ceremonia tendrá lugar en el campo de Boloña a donde el emperador había llegado el 19 de julio, incluso las crónicas cuentan que rebasó el esplendor de la ceremonia de los Inválidos. Se han elevado arcos triunfales, durante el cortejo no paran de sonar las fanfarrias y de caer las flores y la ciudad aparece totalmente empavesada (iluminada).

Las guerras no cesan desde 1800 y para celebrar las victorias de las armas francesas, un sinfín de banquetes, desfiles, bailes, fiestas principescas se multiplican por orden de Napoleón. La corte imperial se pliega y acostumbra a un pesado ceremonial donde las galas en el vestir, el lucimiento de joyas (muchas de ellas fruto de la rapiña de sus mariscales)³, los banquetes con sus nuevos nombres de platos, sus nuevas puestas de mesa con sus accesorios y servicios, los fuegos artificiales, los bailes, las representaciones teatrales, todo vuelve a evocar una corte más cercana al pasado barroco que al presente ilustrado.

La Ilustración (no en balde este movimiento recibe el nombre francés de “Lumière”), un movimiento cultural, histórico e ideológico, donde la enciclopedia, la modernidad, la luz y la razón, son las nuevas ideas que los franceses traían a la vieja España prendidas en sus bayonetas.

Estas nuevas ideas insertan su filiación en las corrientes racionalistas y empiristas que se asientan en Francia con la enciclopedia. Su arma principal será la razón y con ella lucharán contra la superstición, las formas religiosas tradicionales, las estructuras políticas y sociales anquilosadas. Y también traerán su propia estética y sus propios valores en las artes intentando eliminar cualquier elemento de misterio, extraño o milagroso. Los nuevos conceptos, intentan representar a una ideología antropocéntrica clara y sencilla, con luz. En definitiva, una noción de la vida y la cultura radicalmente contrapuesta a ese estilo artístico tan español como es el barroco.

LA TEATRALIZACIÓN DEL PODER. UNA HERENCIA DEL BARROCO

El barroco es la respuesta artística e ideológica de la contrarreforma al protestantismo que triunfó en los países católicos y alcanzó su plenitud en España, de tal manera que si la ilustración y el racionalismo se identificaban con la nueva Francia, todavía a finales del XVIII era el barroco lo que impregnaba la quintaesencia de la España invadida.

El barroco había estado al servicio del absolutismo y del viejo régimen que, ahora, se tambalea por la invasión de los revolucionarios enciclopedistas franceses.

Aparentemente todo iba a cambiar, desde la cultura hasta la relación de los súbditos con el poder. Los españoles iban a dejar de ser súbditos para convertirse en ciudadanos. Pero este cambio no iba a darse con facilidad en un pueblo vencido en la guerra, humillado en lo más íntimo y con una dinastía impuesta.

Por eso las nuevas autoridades necesitaban una aceptación total y sin fisuras del nuevo poder representado por la figura de Suchet. Por eso, este general tan respetado por Napoleón iba a echar mano del más intenso y espectacular afán propagandístico que le podía presentar el viejo barroco español y su conocido ceremonial público, que históricamente tanto predicamento había tenido en Zaragoza. El gobernador general necesitaba impresionar, deslumbrar, aturdir, mediante los efectos de masas y de luces, no en balde en la enciclopedia (artículo foible) se lee “*a medida que el espíritu adquiere más luces, el corazón adquiere más sensibilidad*”⁴.

Desconocemos si el empleo de esta magnífica herramienta publicitaria y propagandística que es el uso de la calle como escenario donde representar el ejercicio del poder para dominar y someter a sus nuevos súbditos fue idea suya o, todavía más terrible, fue pensado por el puñado de colaboracionistas zaragozanos que él se apresuró a nombrar. Es lo de menos. Lo más importante es resaltar lo eficaz de la maniobra, lo complejo de su desarrollo y lo extraordinario de los recursos que se dispusieron con tal finalidad.

La teatralidad es el rasgo que caracteriza las formas de arte, la manera de vivir, así como la representación de los hechos y acontecimientos, aun los irreales y fantásticos. La escena barroca se presenta y está enfocada, con todos los efectos ilusionantes, hacia la calle, los templos, los cuarteles, y los palacios donde radica el poder.

El barroco busca y alcanza el desarrollo de todos los elementos externos aparentes que impresionan los sentidos y provoca al mismo tiempo la más grave y profunda inquietud y conmoción espiritual. A este respecto Racine declara que la intención general que se propone el artista barroco “*es regla fundamental el agrandar y conmover*”, y Corneille confiesa en Andrómeda que “*su principal fin había sido satisfacer la vista por el brillo y la diversidad del espectáculo y no conmover el espíritu por la fuerza del razonamiento o el corazón por la delicadeza de las pasiones... Esta pieza, añadía, no es más que para los ojos*”. Suchet, que seguramente había leído a sus compatriotas, entendió perfectamente su mensaje: que el espectáculo se impusiera a la razón, buscando sin más la pura inacción contemplativa. Estaba claro que en Zaragoza el gobernador Suchet no quería ciudadanos como los que había creado la revolución, sino otra cosa distinta.

La tendencia a emocionar con la expresividad desbordante, envolvente y comunicativa, es rango esencial de la voluntad artística del barroco, de ahí se derivan las grandes ceremonias y solemnidades civiles y religiosas que durante varios siglos se dieron en España. El gran conocedor del teatro del barroco Emilio Orozco escribirá: “*La emoción que quiere despertar la obra barroca se apoya precisamente en ponernos en violento choque sensorial en relación con una realidad que, aunque extraordinaria hasta lo milagroso, nos impresiona visualmente y repercute en los demás sentidos, y a través de todos ellos en lo más íntimo, como una realidad próxima, corpórea y tangible, que se incorpora a nuestro mundo y que nos arrastra a penetrar en el suyo*”⁵.

Pero toda representación teatral, sea en un espacio abierto o cerrado, necesita unos apoyos técnicos, una tramoya, un despliegue visual o sensorial. De manera que cuanto más compleja se pretenda la función teatral más demandará la ayuda de los efectos especiales; decorados, voces, ruidos, luces. Sobre todo luces, como las que se vieron profusamente reflejadas en las pupilas asombradas de aquellos zaragoza-

nos que la historia situó bajo la administración del virrey Suchet, cuando la ciudad se convirtió en un gran teatro donde se escenificaba el dominio francés absoluto, total, eficaz e iluminado.

LAS FANTASÍAS LUMÍNICAS. UNA CIUDAD ALUCINADA

La luz penetra por la vista y accede al cerebro sin más intermediarios que el retraso de una fracción de tiempo inestimable. La luz y el mensaje que ella conforma e informa tiene expedito el pasaporte a la conciencia de una manera directa y brutal, como el golpe de un rayo. Sus consecuencias son inmediatas y erradicantes de la antigua información que alimenta la propia conciencia y aun la propia ideología. Es un efecto que proviene del hombre de las cavernas.

La publicidad, la propaganda, y sus espectáculos lumínicos como los que vamos a tratar aquí, han tenido y tienen un resultado alienante. Y esta alienación es la que busca el absolutismo: anular las conciencias para someterlas al nuevo orden.

Esta técnica, alienar para someter, era ya una vieja conocida y aliada del poder, curiosamente va a ser definida con total claridad en un párrafo de la *Gaceta de Zaragoza* publicada en 1811, tercer año de la ocupación: “*Estos pérfidos desplegaron todo su artificio para **alucinar al pueblo ignorante**. Entonces se profanaban los templos del Dios de la justicia, dando gracias por unos triunfos que no existían; entonces se hacían salvas y luminarias; entonces se daban músicas y espectáculos, en vez de arrastrar melancólicos lutos*”⁶.

El empleo de la luz en el ceremonial tiene dos vertientes, una meramente decorativa y práctica; la otra, que es la que nos interesa, es la espectacular, la que, como arma de guerra psicológica que es, será la que busque la diana de la conciencia del pueblo para impactar en ella y destruirla. Apollinaire Fée describe y emplea como metáfora este doble uso de la luz (las velas en este caso), refiriéndose a Napoleón en una frase de su libro sobre sus recuerdos de la guerra de España afirma: “*La admiración que los españoles sentían por el emperador, iba en el pueblo bajo hasta hacer de él un ídolo, ante el cual se encendían velas. Más tarde se hubieran servido de buena gana de las velas para encender la hoguera en la que quemar el ídolo y el dios al mismo tiempo*”⁷.

Los grandes espectáculos teatrales que la administración francesa puso en marcha en las calles de Zaragoza, donde las luminarias fueron protagonistas indiscutibles (más que los tradicionales fuegos artificiales) por su novedad, su intensidad, y su enorme costo, pro-

ducían en el espectador un distanciamiento, al menos temporal, de lo cotidiano. Lo desorientaban, lo fascinaban y conseguían confundir la realidad de una ciudad en ruinas con la ficción de esos palacios de ensueño donde radicaba el poder, siempre tan lejano.

La ciudad del Ebro vivió durante el tiempo del gobierno de Suchet una realidad artificial, totalmente teatralizada, que tuvo su culmen en junio de 1810 como luego veremos. Durante todo este tiempo, los ciudadanos estuvieron sometidos a una intensa acción donde su realidad fue deformada e inundada por el tramoyismo, el efectismo, el transformismo, el trampantojo, la fantasía, el capricho, los fastos, las ceremonias y destacando siempre, entre todos los efectos teatrales, sus magníficas luminarias.

LA LUMINOTECNIA. INSTRUMENTOS Y TÉCNICA

Hachones, velas, faroles, cirios, lamparillas, espontonadas, candelas, mechas, transparencias, candelabros, lámparas, quinqués, bujías. Todos estos instrumentos de luz artificial iban a ponerse al servicio no sólo de la iluminación pública o particular, sino de las diversas ceremonias públicas como las que estamos analizando.

Siendo este uso público, teatral, tramoyista, al servicio del ceremonial propagandístico, el que las iba a bautizar con el nombre genérico de luminarias, iluminarias, o con el más arcaico de luminarias. Todos estos instrumentos tuvieron la oportunidad de probar su eficacia y su acierto estético en las sucesivas ceremonias públicas de la Zaragoza ocupada. Unas de ellas en fachadas y arquitectura efímera, otras en las calles y los templos, en los jardines y en los exteriores de los palacios, y otras iluminaron el interior de los banquetes y los bailes, en el teatro o en el Pilar. Todas lucieron para el francés, todas iluminaron las noches de los vencidos.

Descartando el primigenio origen de las antorchas de madera, las luminarias se realizarán generalmente con dos tipos de materiales. Uno será las velas y otros las lámparas con combustible.

Velas

Básicamente es una mecha de material vegetal (algodón) recubierta de cera de abeja que tiene la función de alimentarla y protegerla, de manera que la mecha arde lentamente produciendo una luz artificial. Su uso se fue incrementando en el medioevo en detrimento de las lámparas y era la forma más común de iluminar los interiores de los edificios desde el siglo XVI al XVIII.

La más común era la de cera, y la versión más barata y de peor calidad la constituía la de sebo o grasa de animal (normalmente cordero). Durante el siglo XVIII se introdujo el aceite de ballena (spermaceti) que mejoraba considerablemente tanto la duración, la intensidad de la llama como el aroma que expelía.

Dependiendo del tamaño de estas velas, que puede ser muy variable, reciben un nombre u otro, como el de hachas las mayores o candelas las más pequeñas.

En Aragón la producción de cera estimada por el intendente Antonio Ximénez Navarro en el año de 1787 es de 3.784 arrobas. Pero esta cifra es puesta en duda por Ignacio de Asso quien afirma que solo en el partido de Calatayud producen unas 3.000 arrobas. En la Zaragoza del XVIII aparecen censados, extrañamente mezclados con los confiteros, 34 cereros. Estos estaban asociados en colegios gremiales o profesionales y contaban con ordenanzas propias que pervivieron en el siglo XVIII.

El colegio zaragozano de cereros y confiteros (siempre aparecen los dos juntos) tiene la facultad de visitar, cada dos años, todas las tiendas de velas y confiterías del Reino de Aragón: Para ello designa a dos visitantes, que realizan la inspección,



“Monumento” compuesto por cincuenta luces en la Semana Santa del 2010 en la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción en Utebo. Doscientos años después la costumbre de las luminarias continúa viva.

acompañados por un ministro del Rey. “*Y los géneros que en dichas visitas encontraran falsos y dañosos se pueden hacer quemar, los mal fabricados deshacer, y los defectuosos corregir*”, según refieren sus ordenanzas de 1727⁸.

Durante la ocupación de Zaragoza, las velas, al igual que cualquier otro bien, sufrieron las consecuencias que siempre llevan las guerras consigo; desabastecimiento, merma en la calidad y subidas de precio. Así por ejemplo, el 22 de agosto de 1811 se produce una subasta de ceras, y el Libro de Actos del Ayuntamiento, dice que se ha reducido el precio de la cera a 48 r. v. la ración (ignoramos la medida a que se refiere el término ración, es posible que sea equivalente a 4 libras). Otro precio nos lo encontramos en el pueblo de Barboles donde la libra se vende en el mismo año a 11 r.v.

Su alto consumo hacía que los gastos de cera representaran una cantidad considerable, hasta el punto que la propia parroquia del Pilar tuviera grandes dificultades para su aprovisionamiento. A este respecto, su párroco remitirá un informe al Cabildo denunciando la penuria en que se encuentra⁹. Josef Rodrigo regente de la cura de la parroquia del Pilar (no confundir con los otros servicios o atribuciones del templo), expone que en 10 años no ha gastado la iglesia nada en reponer la capilla de la parroquia y ha tenido que ser él con su celo el que ha sufragado los gastos necesarios para que ésta funcionase.

También explica que en los primeros años era la cofradía del Santísimo la que pagaba los gastos de cera, aceites, limpiar la ropa, salario del capiller, etc. Pero que hace años ha dejado de hacerlo por faltarle las rentas. Acaba diciendo que a su antecesor se le entregaba 24 velas y tenía 6 hachas para los viáticos, ahora no puede llevar el viático a los enfermos, pues sólo tiene las velas con las que celebra la misa, y una vez que lo administró públicamente le tuvo que pedir la cera necesaria al Colegio de Plateros. Este informe data del año 1812.

Lámparas

Es una mecha vegetal por donde por capilaridad asciende un combustible que se quema produciendo la llama. Su origen es muy antiguo (8.000 años a.c.) y las terracotas romanas, esmaltadas o sin esmaltar, de una o varias salidas para mechas, se extendieron por todo el mundo. El combustible suele ser de aceite de oliva o nuez y con la introducción del bronce y el hierro se fueron haciendo cada vez más elaboradas.

A veces se le añadía un espejo o cristal que daba más intensidad y permitía la lectura nocturna, hasta Leonardo Da Vinci modificó un diseño de Haro de Alejandría por el que por una columna de presión el aceite que alimentaba la mecha iba subiendo.

Otro modelo que todavía hoy puede verse es el de las tradicionales lamparillas, donde la mecha arde mientras flota en un vasillo de aceite. El precio del aceite en el verano de 1809 era de cuarenta y siete reales y veintiséis dineros de plata, dos años antes el precio de la arroba estaba entre 34 y 36 reales de vellón. A finales de 1812 la arroba de aceite subirá hasta 70 reales de vellón.

En cuanto al aceite destinado para lámparas, Ignacio de Asso comenta que el consumo anual de las iglesias en Aragón es de 4 arrobas por iglesia, pues éstas arden de día y de noche.

Un nuevo aparato lumínico se dará a conocer en España con motivo de la invasión francesa, éste no es otro que el “quinqué”¹⁰, que podía alimentarse con alcohol y también con aceite o posteriormente con petróleo.

Farolillos, transparencias y otras

Los faroles podían ser de dos tipos; uno de ellos, el más importante, es el de cristal, donde las paredes protegen la bujía que arde; este cristal puede ser transparente o traslúcido de colores (en Zaragoza hoy todavía puede verse el extraordinario colorido y luminosidad de numerosos faroles intemporales que salen por la ciudad formando parte del llamado “Rosario de Cristal”). El otro tipo es de papel o tela rígida muy fina, con parecido efecto lumínico como el anterior.

Todos estos instrumentos van a aparecer y serán usados en las ceremonias públicas, fundamentalmente son una combinación de las velas y lamparas a las que se le añade papeles de color o telas que van a ser atravesadas por la luz produciendo un curioso y distinto efecto óptico, a veces, como si fuera en relieve, formando imágenes o frases como las que se prodigaron en la Zaragoza de Suchet y que luego veremos.

Candelabros, jarras, quinqués, arañas monumentales también se dieron cita en esa inmensa concentración lumínica que vieron las calles de Zaragoza con motivo de alguna de las fiestas durante la ocupación francesa.

LUMINARIAS EN EL CEREMONIAL ANTIGUO ZARAGOZANO. ANTECEDENTES

El rito, el boato y el ceremonial siempre aparecen ligados al poder como una expresión de reafirmación del mismo. Este proceso es tan universal, antiguo y común

que, incluso, la propia historia acabará por otorgar el sobrenombre del “Ceremonioso” a uno de los reyes del viejo reino aragonés, nos estamos refiriendo a Pedro IV el Ceremonioso, rey de la Corona de Aragón (1336-1387)¹¹.

Como dice Jerónimo Borao en su “Historia de la Universidad de Zaragoza *“Siempre fue espléndida Zaragoza en sus fiestas públicas, y siempre fueron generosos sus primeros magnates”*. Tal prodigalidad histórica es recogida en el “Libro de las Coronaciones” de Blancas, donde se dan con detalle curiosos pormenores acerca de estos actos del poder. Podríamos recordar la suntuosa coronación del rey Alfonso IV, antecesor del Ceremonioso, en cuyos festejos se lancearon toros, los trovadores animaron los concurrecidos banquetes, y se dio una gran concurrencia de damas y caballeros vestidos con riquísimos trajes todos adornados con las mejores joyas (solamente la pequeña corona que portaba el rey valía 25.000 escudos).

Así pues, Zaragoza era una ciudad acostumbrada a distintas solemnidades civiles y religiosas, cualquier acontecimiento destacado ponía en marcha una serie de actos donde toda ciudad participaba; el pueblo y sus Gremios, la Iglesia y su Cabildo, el ayuntamiento con sus maceros y timbales, Incluso la Universidad se implicaba en el ceremonial.

Ya fuera la proclamación de un monarca, el nacimiento de un príncipe, una gracia concedida al Pilar o la Seo, las bodas de algún miembro de la familia real, o la llegada de un personaje daba lugar a manifestaciones análogas. El ritual ceremonial se repetía con más o menos fortuna, pero con igual entusiasmo; Se erigían túmulos y arcos del triunfo, se salía en procesión por el Coso, se levantaban inmensos altares y empalizadas, se encargaban justas poéticas y hagiográficas, incluso en pleno siglo XVII se llegaron a romper lanzas en torneos cuasi medievales. Y en todas las ceremonias siempre estuvieron presentes las luminarias. Jerónimo Borao comentará: “*Por más amenguada que después veamos esta incomparable grandeza queda un como reflejo suyo en los tiempos austríacos y borbónicos; y aunque no siempre corresponde la ejecución al deseo, todavía se ve la gala con que en sus solemnidades procedía Zaragoza*”¹².

El fuego y la luz se convirtió en un elemento esencial durante las grandes solemnidades a lo largo de los siglos XVI hasta entrado el XVIII. Su efecto atrayente transformaba las calles y templo en un auténtico teatro y mantenían al público en vilo durante los actos.

Otros lugares de culto se añadieron a las catedrales para ser iluminados, como ocurrió en 1614 en que se celebró en Zaragoza, con un entusiasmo inusitado, la beatificación de santa Teresa. Durante la conmemoración recayó el peso de la misma en los

conventos del Carmen y Descalzas de San José que eran de la orden: “y en ellas hubo extraordinarias iluminaciones” y que se extendieron desde el 4 hasta el 12 de octubre en que finalizaron los festejos.

Un posible antecedente de la costumbre zaragozana de sacar la luz a las calles nos lo encontramos en el año de 1801 donde, según nos cuenta Casamayor, varios devotos empezaron a costear las nueve cruces iluminándolas a su costa durante dos horas cada noche de cuaresma. Casamayor afirma que “esto ha sido causa de promover la devoción de iluminar las estaciones todos los viernes del año”¹³.

Indudablemente, se puede afirmar que la ciudad gastaba, gustaba y disfrutaba de estos ceremoniales. Zaragoza, para las fiestas, se manifestaba espléndida, generosa y siempre iluminada.

Veamos algunos de estos actos donde las luminarias estuvieron presentes formando parte esencial de los festejos.

LA LUZ EN EL PILAR

¿Dónde hubo nunca mejor sitio para celebrar en Zaragoza que en el templo del Pilar? El recinto sagrado fue, desde siempre, alumbrado por numerosas luces que magnificaban el fervor que el pueblo le manifestaba, hasta el punto que, muy probablemente, fue el exceso de estas iluminaciones la causa del incendio del retablo y la capilla del Pilar en el año 1435. Incluso la misma talla aparecerá adornada, bastantes años después, por una patina oscura que la ennegrece producida por el humo de las lámparas y velas encendidas cerca de la imagen por sus numerosos devotos.

Con la finalidad de sufragar los constantes gastos de esta iluminación existía, en el siglo XV, una “*caxa en que meten la limosna para l’obra y lluminaria*” (1435). Setenta años más tarde, el rey Fernando el Católico (gran protector del Pilar en menoscabo de la otra catedral de la Seo) autoriza en 1504 la recogida de limosna por todos pueblos de la Corona de Aragón “*Para obra e iluminación del camarín de Nuestra Señora del Pilar*”¹⁴.

El fuego y la luz siempre aparecen unidas al ritual y a la ceremonia, por eso la santa capilla se ilumina en numerosas ocasiones. A veces es la misma luz de las velas la protagonista del rito como ocurre en la ceremonia de la “bendición de candelas”, que desde 1612 se celebra el 2 de febrero en el Pilar con motivo de la purificación

de nuestra Señora. A esa solemne fiesta asiste siempre el Ayuntamiento en virtud de una orden expresa de Felipe III.

Cien años más tarde, en 1718, la ciudad volverá a lucir cuando con motivo de la inauguración del nuevo templo hubo procesión solemne, corrida de toros en la plaza del Mercado, fuegos artificiales e iluminaciones en toda la ciudad.

Otro hito importante fue la concesión del rezo propio de la aparición de la Virgen, otorgado en 1723. Aquel año las fiestas revistieron especial brillantez: se instaló un tablado en la plaza del Pilar para dar recitales, y la ciudad aparecía engalanada con “*arcos triunfales y luminarias*”. Las fiestas se cerraron con una original quema de fuegos “acuáticos” en el Ebro¹⁵.

En 1765 con motivo de la conclusión de la santa capilla o tabernáculo, la luz de las velas brilló en la fiesta con “*iluminaciones ostentosas del Templo del Pilar y de la Real compañía de Comercio, cuyo patio era lo mejor que en su línea tenía Zaragoza y ha desaparecido hace muy pocos años*”¹⁶.

Las fiestas del Pilar se celebraban el 15 de agosto a la vez que la Asunción, esta dualidad conmemorativa no era del gusto de los devotos de la Virgen, por lo que en el año de 1613 se decidió trasladar las fiestas al 12 de octubre, diez meses después de la fecha tradicional (2 de enero) de su aparición “en carne mortal” a Santiago en las orillas del Ebro.

Pero en realidad la fecha oficial del comienzo de estas fiestas nos llevan a principios del siglo XIX, que fue cuando el Papa Pío VII quien, a instancias del prelado don Ramón José de Arce y del pueblo de Zaragoza, concedió en 1807 que, en lo sucesivo, fuera la fecha del 12 de octubre la festividad de la Virgen del Pilar. Esta fiesta será de carácter obligatorio elevándola al rito de primera clase.

Para conocer cómo eran estas renombradas fiestas en el siglo XVIII tomaremos el relato de Manuel Vicente Aramburu. En él se describe con detalle el programa de actos del año 1785 donde, confundidos siempre con los servicios religiosos, aparecen una serie de actos curiosos y casi siempre iluminados:

- Una procesión la tarde del 11 de octubre con gigantes y cabezudos
- Una gran procesión que dura cuatro horas la tarde del 12 de octubre. Con gigantes y cabezudos y los locos del hospital tocando la flauta y bailando.
- Un rosario general la noche del 12 de octubre, con faroles y antorchas e iluminación callejera.

- Desfiles diarios de las corporaciones disfrazadas y carrozas con temas profanos o religiosos.
- Fuegos artificiales o “máquina de fuegos” casi a diario.
- Corridas de toros.

En las fiestas del año 1785 la luz, como siempre, volvió al Pilar, y en su día más grande del 12 de octubre la capilla fue iluminada por 350 luces, “*160 luces en arañas, candeleros, una araña con 36 luces, otra en el coro con 12 y 14 hachas, todos altares 6 luces y 40 lamparas hacen 350 luces*”.

Pero no hacía falta esperar a las fiestas para que la santa capilla se iluminara. Bastaba con que alguien en señal de agradecimiento o bien buscando el favor de la Virgen lo pagara¹⁷:

Así el 19 de febrero de 1806 se ilumina la capilla de nuestra Señora por la salud del niño del Capitán Juan Goicoechea.

El día 10 de abril por gracia del canónigo que canta la misa, hubo “media” iluminación.

El 12 de abril estuvo iluminada la capilla por un devoto.

El día 11 y 12 de agosto el motivo de iluminarse fue por el feliz viaje de la Señora María Teresa de Ballobriga.

El 24 de ese mismo mes hay rosario general, y en el Pilar lucen 100 hachones.

El 11 de febrero de 1807 se ilumina la capilla “*a devoción del conde de Sástago*”.

El 19 del mismo mes la capilla de la soberana Patrona estuvo iluminada “*por un devoto agradecido a un particular favor conseguido*”.

El 12 de junio aparece toda iluminada por un particular.

El 13 de junio estuvo iluminada la santa capilla por Felipa Lizcain que se hallaba gravemente enferma.

El 30 de octubre, pasadas ya las fiestas, se ilumina la capilla por María Vicenta Ferrer de Córdoba duquesa viuda de Abrantes, agradecida por la salud que logró en su hijo el actual duque.

El 29 de octubre es un devoto anónimo el que sufraga la iluminación.

No solo las personas particulares, normalmente las adineradas, eran las que encargaban iluminar la santa capilla. También los gremios de la ciudad habían adquirido esta costumbre:

Con la salida del rosario del Pilar los molederos de chocolate de la ciudad participaron aportando 500 hachas encendidas. A la vez que los vecinos iluminaban las calles y se hacían fuegos artificiales al salir y entrar el rosario.

El 25 de octubre de 1807 fueron los maestros guarnicioneros los que iluminaron la capilla a su costa.

El 27 fueron los cereros, agradecidos porque de la santa costumbre de iluminar la Virgen venerada, de su devoción, emanaba una fuente importante de su trabajo.

El día 28 le tocó el turno a los mesoneros.

El rosario de Cristal (todavía hoy es una de las procesiones más bonitas y seguidas en la ciudad) también es destacado en la prensa de los años 1807 y 1808. En esos años, los organizadores del famoso rosario piden a todos los vecinos con deseos de servir a la santa Patrona que *“participasen en esta procesión con una antorcha, un cirio o una vela, con el fin de dar a este acto religioso más magnificencia”*¹⁸.

El 17 de mayo de 1808 una curiosa nube se posa sobre el Pilar y el pueblo, siempre tan susceptible con los hechos extraños, se siente inquieto con el raro fenómeno meteorológico. Casamayor también lo recogerá e incluso va más allá, pues relaciona la luminosidad de la santa capilla con dicho fenómeno “un mar de luces inundó la santa capilla”. Al día siguiente, el cronista reconoce y califica de milagro la formación de la extraña nube, y contará que *“la santa capilla estuvo iluminada en agradecimiento del milagro del día anterior”*.

El 1 de junio, casi en plena vorágine revolucionaria e insurreccional, todavía se ilumina la capilla por la felicidad de la monarquía (habida cuenta de los acontecimientos históricos, las velas puestas para la ocasión no debieron de ser muchas).

El 12 de octubre de 1808 se celebró la festividad del Pilar. Zaragoza intenta repetir los actos acostumbrados, pero la ciudad no era la misma; todavía estaban muy presentes los estragos del primer Sitio y los franceses demasiado cerca como para abandonarse a la fiesta y el regocijo. No obstante, después de la misa mayor en el

templo y la acostumbrada procesión se encendieron iluminaciones en la noche. Al día siguiente se dieron toros.

Con la ocupación de la ciudad el templo del Pilar siguió teniendo su lugar relevante en la vida pública y ceremoniosa del nuevo gobierno. Esta circunstancia fue posible porque la catedral iba a contar con un magnífico valedor, el mejor que se podía encontrar en esos años en Zaragoza. Este no era otro que el mismísimo Suchet gobernador general de Aragón.

El gobernador iba a ser un asiduo del templo mariano y estableció la costumbre de asistir a misa de doce en el Pilar. Las autoridades religiosas, obispo y Cabildo, devolverán el favor manteniendo siempre el templo magníficamente iluminado, bien sea en los domingos anodinos o bien en las ocasiones especiales, donde se iluminará rutilantemente la santa capilla. Así se hizo en la navidad del año 1809, donde Suchet cumple con las fiestas religiosas, y también el 2 de enero, conmemorando la llegada de la Virgen, “se iluminó la santa capilla”.

LA SEO

Los fastos e iluminaciones no eran exclusivos del Piar, sino que también se daban en la Seo (la otra catedral zaragozana cuya prosapia superaba al Pilar). Así pues, con motivo de las exequias de Felipe II que se celebraron en 1598, las luminarias tuvieron tal protagonismo que según cuentan las crónicas “*las luces fueron tantas que hubieron de quitarse las vidrieras de alabastro del cimborrio de la Seo para que el humo amenazante reposase*”.

La muerte de otro de los Austrias en el trono español obligó a la vieja catedral a iluminarse, y en las exequias de Carlos II, celebradas el 5 y el 6 de diciembre de 1700, en pleno auge de la iconografía barroca, se confió el lucimiento de sus 800 luces a un especialista como Jaime Garruz.

El tiempo pasa, pero las costumbres quedan, y en agosto de 1806, con motivo de la fiesta de la Asunción de María, se colocaron en todos los altares de la catedral un mínimo de 6 luces. Solamente en el altar del Santo Cristo lucieron más de 200. Otras muchas hachas, según nos cuenta Casamayor, se repartieron por toda la nave de la iglesia.

Pero será el 22 de febrero del año siguiente de 1807 cuando, conmemorando la festividad de San Benito, la Seo realice un impresionante despliegue de luz en honor

del santo. Gracias al diario de Faustino Casamayor podemos hoy dar la lista pormenorizada de dichas iluminaciones. Esta es la siguiente:

En el altar mayor junto al tabernáculo	130
En la araña (central) de la iglesia.....	144
En el altar de santa Isabel.....	20
En el de la Purísima.....	20
San Antonio	50
San Diego y San Juan.....	18
Capilla de los Ángeles.....	30
San Clemente.....	26
Tremedal.....	14
Coro.....	50
Otros altares.....	120
Pórtico.....	84

Total: 706

Las luminarias de la catedral del Salvador continuaron, ni siquiera la guerra pudo parar esta espectacular costumbre. Así lo atestigua el encargo por parte del obispo Ramón José de Arce al Cabildo de Zaragoza, quien el 17 de octubre de 1809 mandó dos cartas por las que ordenaba que se hiciesen tres días de iluminación y nueve de rogativas para “*implorar a Dios la pronta restauración al trono de nuestro amado Rey y Señor Fernando VII*”¹⁹.

Al año siguiente, en plena ocupación, se celebró el patrón de la ciudad San Valero, y ese 29 de enero de 1810 la capilla del santo zaragozano permanecerá perfectamente iluminada durante todo el día. Casamayor recogerá en su diario este hecho “*se iluminó la capilla del Santo Claustro con el Santo de Plata donde está su cabeza*”.

LOS PALMATORIEROS DEL PILAR Y LA SEO

Las catedrales, debido a su tamaño y la complejidad de las funciones, requieren de un personal especializado con unos cargos y funciones muy concretos. El Cabildo, para servicio de sus dos templos, reparte entre sus canónigos numeras responsabilidades que tendrán un nombre concreto como es el de camarero, bolsero, epistolero, bajonista, cuaresmero, penitenciario, etc. Pero la atención diaria de las necesidades del culto, de menor nivel, será asignada a los sacristanes, campaneros y otros, como éste que detenta el curioso nombre de “palmatoriero” y que, tanto en el Pilar como en la Seo, ocupaba un puesto importante al servicio de la vida cotidiana de dichas iglesias.

Los palmatorieros estaban obligados a servir con la palmatoria (vela con mango) en el altar y coro, alternando por semanas y a llevar por las calles alternativamente el santo rosario que se empieza y concluye en la santa capilla por la mañana y por la noche. En la iglesia del Pilar son dos los “palmatorieros” que cubren esta función, de iluminar los rostros y los ritos sagrados, por este trabajo cobraran de la obrería 30 reales por mes²⁰.

En la otra catedral del Salvador conocemos hasta el nombre de uno de los palmatorieros, pues Alejos Artal, que era como se llamaba, solicita al capítulo el 30 de julio de 1813 que se le sustituya de su función que tenía en el templo del Salvador. En el Pilar, será Isidro Claver el que solicite al Cabildo en junio de 1810 una de las vacantes de este puesto. Uno de los curas del templo del Pilar, que en esas fechas tendrán a su cargo un palmatoriero para los oficios, será el del presbítero José Sanz.

En el año de 1812, también llamado “el año del hambre”, las dificultades económicas por la que atraviesan los templos es tan grave que se estudia el suprimir uno de los palmatorieros. La idea, reflejada en un acuerdo del Cabildo en marzo de ese año, es muy simple: dado que las rentas de la obrería se hallan muy deterioradas, se considera suspender la plaza que ahora ocupa Lorenzo López pasándose estas funciones al otro palmatoriero, de manera que éste añadiría 36 r. v. a su renta y la obrería se ahorraría 30 r. v. “*como mal por menos*”.

Ya hemos visto cómo la luz no sólo daba intensidad y adorno al sentimiento religioso, sino que también daba puestos de trabajo específicos como era este de los “palmatorieros” de las dos catedrales.

OTROS TEMPLOS DE LA CIUDAD

La importancia de la luz en el ceremonial, y aún en el propio acto litúrgico-ritual, era un fenómeno general que se repite en muchas de las iglesias católicas. Por esta razón las iglesias se dotaban para su servicio del iluminero y palmatoriero (a veces esta responsabilidad era ejercida por el racionero), cargo o responsabilidad muy corriente en los templos desde el siglo XVI. Pero también las celebraciones rebasaban las paredes consagradas saliendo a la calle, surgiendo así el repetido oficio de iluminero callejero o el más especializado del teatro. Como podemos ver, la función crea siempre el órgano.

El 16 de agosto de 1806 festividad de San Roque, santo aragonés por excelencia, los vecinos de la plaza de la Magdalena adornaron la calle con un altar formado por un arco de media naranja, y dentro situaron la estación de la diosa Minerva, todo con

su iluminación correspondiente. Este mismo barrio también hará luminarias para las fiestas del Pilar de ese mismo año.

El 21 de febrero del año siguiente de 1807 se hicieron luminarias en la iglesia del convento de San Francisco. Ese mismo año se registrará un suceso curioso en San Pablo como es el robo de 18 cirios del altar mayor, donde estaban colocados para la iluminación de las cuarenta horas; Casamayor dice que “*no se pudo averiguar los autores del atentado*”.

En el mes de julio, los capuchinos celebraron por todo lo alto su fiesta, y al atardecer, en el convento, se hicieron fuegos artificiales y se iluminó todo hasta cerca de las diez de la noche.

Para San Roque, los vecinos de la Cerería iluminaron sus casas por la noche en honor del santo por haberles librado de las pestilencias. Y los de la Magdalena también iluminaron su altar con “*el mayor lujo*”.

Pero sería con motivo de las fiestas de la santa patrona la Virgen del Pilar cuando esta costumbre se extiende, como si fuera una obligación, por todas las parroquias de la ciudad:

El capítulo eclesiástico de San Gil celebró el culto del Pilar con una fiesta y una iluminación completa de toda su iglesia.

La Magdalena también se ilumina en honor del Pilar.

Los parroquianos de las Escuelas Pías iluminarán sus casas por dos noches en honor de la Patrona.

También la ilustrísima sitada iluminó su Iglesia y una imagen de la Virgen que tenían.

Esta costumbre de iluminar la ciudad formaba ya parte de la costumbre y el ceremonial de las autoridades civiles y eclesiásticas de Zaragoza, y son numerosas las referencias de esta actividad a principios de siglo, poco antes de la invasión francesa. Dos ejemplos; el primero es la conmemoración de la venida de la Virgen el 2 de enero, con ese motivo se acostumbraba todos los años iluminar la ciudad. El otro ejemplo lo podemos ver en las fechas del 23-24-25 de octubre del año 1806, cuando habiendo recibido el Ilmo. Ayuntamiento aviso de su majestad de haberse celebrado los reales esposorios de los príncipes de Asturias y de Nápoles, determinó el Ayuntamiento que se celebrara con tres noches de luminarias, que según Casamayor “ *fueron muy brillantes*”.

Como vemos, las iluminaciones era un recurso para los días de fiestas muy especiales pero, a su vez, no era algo desconocido para la sociedad aragonesa y menos para la Iglesia, de donde seguramente provenía el espíritu y la técnica de dicha costumbre.

LAS ESPONTONADAS DE HUESCA

No sólo en Levante o en la capital del viejo Reino se daban estos espectáculos iluminados. En Huesca también había una antigua tradición donde la ceremonia pública, el acto religioso y la luz iban de la mano.

Este maridaje lo podemos observar durante la procesión llamada de la Veracruz, que salía durante la Semana Santa y recibía el curioso nombre de “Espontonadas”. Este término define el hecho de blandir y agitar las hachas de madera encendidas, a manera de saludo como si fueran “espontones”, que eran unas lanzas cortas de origen medieval.

Esta ceremonia, espectacular y muy del gusto de los oscenses, fue prohibida por Carlos III sobre el año de 1786. El Rey expidió una orden para que las procesiones de Semana Santa concluyesen por el día, razón por la cual, a partir de entonces, la Veracruz salía con unas condiciones muy precisas impuestas por el Cabildo²¹. Evidentemente al prohibir la salida nocturna, las hachas encendidas perdían toda su fuerza lumínica y la espectacularidad de la procesión desaparecía. A la postre, en estas condiciones, la tradición acabó por desaparecer.

Para el monarca ilustrado, tradiciones como esta de las Espontanadas de Huesca, el lucimiento de las ropas tradicionales (recordar el motín de Esquilache), o incluso la fiesta de los toros, eran sinónimas de retraso y atavismo por lo que eran combatidas y se intentaba erradicarlas. A veces lo conseguía y otras, no.

LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

La Universidad también ocupaba un puesto privilegiado en la fiesta pública de Zaragoza como no podía ser de otra manera. Y conforme ésta fue ocupando el lugar que le correspondía en la vida cotidiana y ceremonial de la ciudad, todas las celebraciones públicas contaban con su cooperación para dar realce a los actos.

Ella misma se había dotado de un pomposo ceremonial, digno e imponente, que se ponía en marcha todos años con la toma de posesión del nuevo rector (el nombramiento tenía carácter anual).

El relevo se efectuaba el 18 de octubre, festividad de San Lucas. Después de la jura que se realizaba en el teatro de la universidad se procedía a un desfile, presidido por el corregidor de la ciudad, el decano y los rectores entrantes y salientes. El recorrido lo hacían por la plazuela de la Balsa, la plaza de la Magdalena, procediendo a entrar en la universidad por la puerta principal. Les precedían los regidores, caballeros, dignidades, canónigos y eclesiásticos²². Todo un ritual ampuloso y solemne muy de acuerdo con los tiempos del barroco y de la idiosincrasia de la ciudad.

La universidad no permanecía ajena a los acontecimientos sociales, políticos o sus conmemoraciones, e intervenía en ellos de una manera destacada: así, en el año de 1619 y con motivo de la elevación de fray Luis Aliaga al cargo de inquisidor general del Reino, se hicieron fiestas en Zaragoza a partir del 30 de enero. La Universidad se sumó gustosa a estos actos y el día 7 de febrero la universidad “*dispuso de luminarias, calderones, voladores*”.

Un siglo más tarde, celebrando la proclamación de Fernando VI al trono en el año de 1745, se iluminó la fachada de la universidad durante tres días, y, entre otras fiestas, hubo fuegos artificiales por el Ebro.

Entre estas colaboraciones estaban las literarias, y a finales del XVIII el doctor logistas de Zaragoza, Antonio José Angós, compuso para una de las numerosas celebraciones los siguientes versos donde el fenómeno de las luminarias zaragozanas se va a ver reflejado:

Pasmado ó mudo el instrumento cumple
Absorto o ciego se suspenda el numen;
Que habla mejor quien calla a dulces voces,
Y ve mas bien quien ciega a tantas luces.

OTRAS ILUMINACIONES

El poder ceremonial de la luz no era algo propio y exclusivo de los aragoneses, y si en pleno siglo XVIII ochocientas luces como las que alumbraron en la catedral de la Seo en 1807 nos parecen muchas, qué decir de las más de mil que se pusieron en Murcia

en 1789 con motivo de las exequias de Carlos III que, sin estar de cuerpo presente, se permitieron elevar un túmulo con 986 velas que junto con las 576 que adornaban la catedral daban un total de 1.544. Ante estas magnitudes de luces nos lleva a la exageración de pensar que si Carlos III llega a morir en la ciudad, es posible que los murcianos hubieran sido capaces de situar en el túmulo funerario al mismo Sol.

Sin salir del Levante, donde el barroco se aposentó con gran esplendor, nos situamos en Valencia, donde se recuerda algunas ocasiones del uso de las luminarias como espectáculo, como las realizadas en varias comunidades religiosas de la ciudad: en las parroquias de San Agustín, Santos Juanes, iglesia de San Felipe Neri o el convento de los Dominicos, donde también conocieron el uso y abuso de hachones, globos lumínicos o faroles.

Pero el culmen de este efecto teatral de las luminarias nos lo encontraremos en la conjunción de las fiestas de la Inmaculada Concepción en el año de 1622 con las del cuarto centenario de la conquista de Valencia en 1638 y la beatificación del patriarca Ribera en 1797, acontecimiento en que el convento dominico se decoró con ¡37.000 luces!

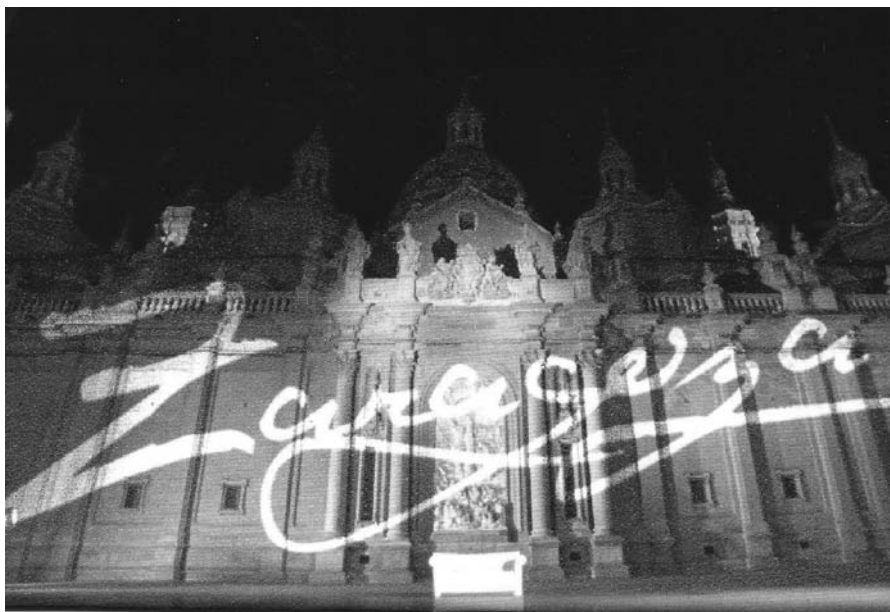
Como también son dignas de mención, por su excepcional cantidad, las iluminaciones del palacio de los Catalá de Valeriola en el año de 1755, donde, además de cornucopias, pirámides, espejos y tapices que cubrían la resplandeciente fachada, aún se añadieron 7.698 luces por todo el recinto²³.

ZARAGOZA ILUMINADA. EL PODER Y LA LUZ

Las luminarias que tan profusamente ardieron en la Zaragoza ocupada por el invasor francés suponen un fenómeno lo suficientemente importante como para fijarnos en él y estudiarlo detenidamente. Esta manifestación visual forma parte esencial del ceremonial público, con el que el nuevo poder se presenta ante unos ciudadanos derrotados a los que hay que subordinar y subyugar.

Las iluminaciones serán, pues, parte sustancial de la batalla propagandística, un arma destinada a herir y penetrar en lo más íntimo del enemigo; el alma del combatiente o del resistente.

Así fue pensado y puesto en valor por el gobierno intruso. Una munición invisible y abundante fue disparada, constantemente y con eficacia, al corazón zaragozano. Formaba parte del plan de batalla que, destinado a la conquista total, puso en marcha el ejército de Suchet, ejército que contaba en sus filas con importantes soldados



Luminarias en Zaragoza 2008. Distinta técnica (láser) iguales efectos.

provenientes del bando enemigo situados por él en las instituciones ciudadanas: el ayuntamiento, el Cabildo, la policía, la *Gaceta*.

Ya hemos hablado del origen teatral y barroco de este curioso instrumento propagandístico que son las iluminaciones. Su evidente origen teatral intentaba producir en el espectador un distanciamiento coyuntural de la vida cotidiana, alterando el lógico devenir temporal de la noche al día, haciendo que este durara y mostrara así el inmenso poder de la autoridad. Induciendo en la confusión sumisa al espectador que acababa por no distinguir la realidad y ficción. El mensaje del ocupante, escrito o no, era igual, quedaba reforzado con unas luces que atraía a los espectadores como el imán al hierro.

El efectismo lumínico y su ilusión visual capturaba y dirigía, casi hipnóticamente, todas las miradas de unos súbditos que acabarían por interiorizar los mensajes y, lo más importante que se pretendía conseguir, aceptando así la autoridad de la que estos emanaban.

LUZ EN LAS CALLES. EL RECUENTO

Esas calles, todavía en ruinas, se veían alteradas en aquellas cálidas noches de verano por una ingente luz que transformaba la ciudad en un espacio puramente teatral, relegando lo auténtico y creando un espacio visual fantástico, irreal, que absorbía la

atención y la mirada de los sorprendidos espectadores. Es el efecto que el fuego ha tenido siempre en el ser humano. Aspirando, a la vez, a crear la sensación de estar viviendo un ambiente ideal y soñado para la época. Donde los escombros, las ratas, las casas sin techo, y una ciudad casi vacía era algo ajeno al momento, unas meras sombras que la luz del poder arrojaba fuera de la ciudad.

Era difícil resistir el encanto, al fin y al cabo, ellos, los espectadores, habían sido derrotados para siempre. Y la razón es que el hombre, más el derrotado, necesita de la distracción y la diversión para evadirse de la realidad, siendo esto, como dijo Ortega en su “Idea sobre el teatro”, consustancial a la vida humana.

Las nuevas autoridades supieron captar perfectamente este estado de ánimo y decidieron, en consecuencia, manipularlo a su favor.

Fueron muchas las ocasiones en que estas manifestaciones de vieja tradición barroca fueron puestas al servicio del esplendor y la magnificencia del ritual con que las autoridades de la ciudad ocupada iban a entretener y asombrar los ojos, todavía tristes por la derrota, de los zaragozanos.

Numerosas fueron las ocasiones en que los franceses, con la inestimable ayudada de los españoles colaboradores del nuevo orden, pusieron en marcha la máquina ceremonial y propagandística con que se regalaban. La onomástica del emperador, su nuevo casamiento, las victorias de éste por toda Europa, el armisticio con Austria, el nacimiento del sucesor, eran ocasiones dignas de celebrar. Pero, sobre todo en Zaragoza, lo que se celebraba era al virrey Suchet, a sus victorias, sus entradas, sus decisiones, en definitiva, su mandato, su poder y su gloria.

Ese fue el mayor objetivo de estas peculiares técnicas de iluminaciones y arquitectura efímera que tanto se prodigaron en el ejercicio de la técnica de control social puesto en marcha por Suchet, y que tanto éxito tuvieron en la ciudad redenta. Pasemos, pues, al recuento:

Año 1809

5 de marzo

El mariscal Lannes se decide por fin a hacer su entrada oficial y triunfal en la ciudad que acaba de capitular. Él representa al propio rey José I y necesitaba la presencia de los vencidos en las calles, quería, como afirmación del nuevo poder, que el pueblo zaragozano participase en el acto y sus autoridades lo refrendaran: entra por

el Portillo, recorre las calles guarnecidas por los soldados hasta el Pilar donde lo recibe el presidente de la Junta, Pedro María Ric; allí, vestido de pontifical, el obispo auxiliar, padre Miguel de Santander, le da el agua bendita de su mano (algo más que un gesto) al general vencedor Lannes, y el obispo oficia una misa solemne con *te deum*. La capilla estaba adornada como en el Corpus. Con esta misa tan señalada la Iglesia zaragozana se sometía al vencedor.

Seguidamente tuvo lugar un banquete, se dieron salvas de artillería y repique de campanas. Pero faltaba algo más como eran las luminarias que se reservaban para la noche: llegó ésta y se iluminó el palacio arzobispal por dentro y por fuera, lo mismo que las fachadas donde residía el duque de Abrantes, Junot; la del gobernador de Zaragoza, la del comandante de la plaza, y la posada del obispo, del presidente de la Junta e intendente. Casamayor contará de esa entrada de Lannes cómo a pesar de tanto festejo, la numerosa gente que la presencié aparecía triste y afligida. La derrota todavía era muy reciente como para aparecer con otro rostro.

Estas iban a ser las primeras luminarias que Zaragoza iba encender en honor de sus conquistadores. Cambiaron los jefes, vino Suchet y el gusto por los actos públicos de afirmación de poder se multiplicaron y, a partir de entonces, las luminarias y los fuegos formaron parte del paisaje cotidiano de la ciudad. Una gran amenaza propagandística se cernía sobre los sometidos aragoneses, la luz artificial sería una de sus mejores armas para este empeño.

25 de junio

El triunfo de los franceses en María y Belchite alejó las esperanzas de los zaragozanos de la vuelta del ejército español a las calles de su ciudad y, por el contrario, encumbró al general Suchet como la máxima autoridad indiscutible del gobierno de Aragón para muchos años.

La nueva administración se puso incondicionalmente a su servicio, volcándose en una serie de actos y ceremonias destinadas a la afirmación de su poder ante el pueblo. Con esta finalidad, el general Ariste “insinuó” al ayuntamiento la necesidad de realizar un recibimiento triunfal, destinado a reforzar la imagen, del recién nombrado por Napoleón gobernador general de Aragón. El mismo ayuntamiento recoge inoportunamente en sus actas de donde partió la iniciativa “*el Exmo. gobernador general del Reyno conde del Imperio Suchet tendra muchisimo gusto y complacencia de que la ciudad saliera acompañar la entrada triunfal que pensaba hacer en la ciudad*”²⁴. Es el mismo Suchet el que se invita a esta entrada triunfal a la ciudad, una entrada magnífica y solemne, propia de los grandes héroes de la antigüedad. Era el primer

acto con el que se inauguraba una gran maniobra propagandística que tendrá su culminación un año mas tarde.

En el programa de actos ideado por el ayuntamiento afrancesado figuraban, por segunda vez, el socorrido recurso teatral y visual de encender luminarias por toda la ciudad. Sólo que ahora iba a ser algo diferente, premeditado y perfectamente ordenado, pues se iban a marcar de antemano las casas y lugares donde iba a brillar el gran espectáculo teatral de la luz alumbrando al poder.

30 de julio

Suchet se había aficionado al Pilar y las luminarias. La victoria de su ídolo Napoleón en Austria y el armisticio convenido con los austriacos derrotados fue el pretexto elegido por el conde Suchet, quien puso en marcha la maquinaria de celebrar que tantos réditos le iba a reportar durante su mandato. El 29 de julio manda organizar una fiesta solemne en el Pilar y que se entapicen las calles por donde discurrirá triunfal el ejército del emperador, y ordena, a su vez, que se pusiesen luminarias en la ciudad. Estas se acompañaron con repique de campanas. Todo lo previsto se llevó a cabo el día 30 con gran solemnidad, tal y como el jefe deseaba.

14 de agosto

El día 14 comenzaron los preparativos para festejar el cumpleaños de Napoleón (San Napoleón), y se mandó que se pusiesen luminarias por la noche y se arreglaran las fronteras de todas las casas por ser el día siguiente el cumpleaños del emperador. Esta petición se hizo por medio de un cartel que se puso por las calles, y para que todo el mundo se diera por enterado se pregonó por toda la ciudad reafirmando la petición.

15 de agosto

El cumpleaños del emperador era el día 15 de agosto (en el calendario de la revolución se corresponde este día con el 28 de Thermidor), en esta fecha se celebra el día de San Napoleón. Recordaremos como por medio de un decreto fechado el 19 de febrero de 1806 se imponía la sustitución de la Asunción por el día de San Napoleón. Este culto extravagante que quería ser eterno duro apenas 8 años. No obstante, el nombrarse santo por decreto es una circunstancia tan extraña y curiosa que pone al descubierto el tremendo ego del emperador y lo absoluto de su poder.

A partir de la conquista de la ciudad, todos los 15 de agosto, fecha señaladísima en el calendario español por celebrarse el día de la Asunción, siempre se hará una gran

fiesta en Zaragoza por el día del emperador que intentará sustituir a la Virgen. Durante cinco años, la Asunción y Napoleón se confundirán en lo más alto, en el más allá del imaginario colectivo, igualando así al poder espiritual con el terrenal. ¡El nuevo régimen estaba decidido a cambiarlo todo!

Este año de 1809 el gobernador no estaba en Zaragoza, por lo que las autoridades, a pesar de los preparativos, pospusieron los festejos diez días más tarde en que, contando ya con presencia de Suchet, la ciudad celebró a su nuevo santo, que además era emperador.

Entre varios actos de las fiestas decretadas por el “día del emperador”, hubo en la noche iluminación general, y en el arco de San Roque se quemó un árbol de fuego que “*prendió su Excelencia*” todo un honor a la vez que reconocimiento de su poder. Después, en el palacio del gobernador, que estaba magníficamente iluminado con varios faroles y hachas, se ofreció un refresco a lo más selecto de la ciudad.

Año 1810

6 de febrero

Este día el gobernador Suchet visita oficialmente la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, la institución aparece gustosamente entregada al gobernador, quien ostenta la presidencia desde tres días antes. Todo está perfecto, hay discursos y música, y todo el edificio permanece perfectamente iluminado. Siendo ya casi de noche, el gobernador, satisfecho, abandona el edificio y se despidió en la plaza del Reino, y cuando se marchaba “*mandó su Ilustrísima empezase la iluminación de toda la casa hasta las nueve de la noche*”.

28 de marzo

Por la tarde, según la *Gaceta*, hubo iluminación general. Pero no se celebrará la fiesta del rey José I que en Zaragoza no era, precisamente, muy popular ni reconocida su autoridad, pues aquí el objeto de la atención propagandística estaba destinada, preferentemente, a los que realmente detentaban el poder; el emperador y su virrey Suchet. Lo que se celebraba era la noticia del casamiento del emperador con la hija del primogénito del emperador de Austria. Suchet satisfecho presidió todos los actos; Casamayor comentará de ese día “*Se celebró en esta capital una misa solemne con te deum... Por la tarde hubo iluminación general, e igualmente en el teatro, en el que se concedió entrada gratis. Asistiendo un inmenso concurso de gente*”.

20 de mayo

Todavía resistía Mequinenza cuando el Ayuntamiento de la ciudad comienza a realizar los preparativos par recibir a Suchet: se limpiarán las calles, se regarán las carreteras y se dispone que hubiera iluminación general la noche de su arribo y las siguientes.

Efectivamente, el gobernador entró en la ciudad el 20 de mayo a las siete de la tarde; Assed y Villagrasa dice que ésta fue una entrada que sorprendió a las autoridades, pero pensamos que éstos, repuestos de la sorpresa, pondrían en marcha el operativo diseñado para el recibimiento, y al menos, dado lo propicio de la hora, encenderían las luminarias.

En el mismo mes Suchet rinde Lérida y retrasa, unos días, su entrada en la ciudad conquistada, los preparativos de la visita van a ser muy similares a los que se estaba preparando en Zaragoza, lo que nos lleva a pensar que el ceremonial se repetía independientemente de la ciudad de que se tratara, a la vez que nos descubre cómo el propio homenajado era el que busca el homenaje y se complacía en ello.

En Lérida se ordenó a los vecinos que tenían caballerías que se dedicaran a llevar arena y extenderla desde el altillo de San Antón al palacio episcopal, trayecto por el que iba a transitar el general vencedor “y al llegar la noche luminarias con hachas, hacheras, gravoles o velones o de la mejor manera posible”.

25 de mayo

El Cabildo Metropolitano de Zaragoza, con alguna reticencia, acuerda, en una reunión fechada el 25 de mayo, que “*Es regular por parte del Cabildo hacer alguna iluminación con motivo de las fiestas públicas que iban a celebrar la ciudad*”²⁵. Se resolvió que en la plaza y fachada del Pilar se encendiesen “techeros y faroles”, suspendiendo en hacer igual demostración en el templo del Salvador, “*por no haberse verificado en otras ocasiones, a no ser la venida del Reyes a la capital o por otro motivo de consideración*”. Como vemos, el Cabildo había interpretado claramente los intereses que se pretendía con estas celebraciones, que no eran otros que la afirmación de la autoridad de Suchet hasta elevarla al rango de virrey, razón por la cual el Cabildo le niega tal condición e intenta rebajar el rango, al reservar las luminarias en la catedral de la Seo solamente a “*la venida de los Reyes a la capital*”; de momento y para el Cabildo, Suchet solo era un gobernador que aspiraba al Virreinato. Enseguida lo va a conseguir y el Cabildo pasará a ser uno más de sus fervientes colaboradores.

16 y 17 de junio

El triunfo de Suchet con la toma de Lérida y la de Mequinenza pondrá en marcha el mayor espectáculo de toda ocupación. Miles y miles de luces se encendieron en Zaragoza esos días. “*Cuando toda la ciudad quedó de repente en refulgente día transformada, con las infinitas luminarias, antorchas y fuegos que por todas partes ardieron hasta cerca de la aurora*”²⁶. El espectáculo fue tan bien preparado y de tal consideración y magnificencia que nos vemos obligados a tratarlo en un capítulo aparte.

18 de junio

El gobernador da un banquete a las autoridades y en su palacio coloca 6.000 luces y una transparencia que dirá: *EL CONDE DE SUCHET A LA CIUDAD DE ZARAGOZA*.

Este homenaje de Suchet a la ciudad será sufragado, curiosamente, por el homenajeado, en este caso será el ayuntamiento quien corra con los gastos.

25 de agosto

El gobernador general de Aragón había quedado favorablemente impresionado por su recibimiento y la fiesta consiguiente que se celebró en su honor el pasado mes de junio, él había visto y sentido los efectos en las masas de las luminarias, y se aficionó a ellas sabiendo que éstas eran una magnífica munición que amplificaba los efectos de las ceremonias como control social por parte del poder. Le había gustado tanto que recriminó por carta al ayuntamiento cuando éste no hizo ninguna el 15 de agosto, cumpleaños del emperador. El ayuntamiento, contrito y preocupado, hace una reunión y le contesta con una carta fechada el 23 de agosto donde se excusan y le dicen que reservan las luminarias para San Luis, que es el día de la emperatriz. No pasó nada y dos días más tarde, con Suchet presente en la ciudad, volvió la luz a las calles.

Las luminarias se encendieron según lo previsto y la autoridad presente, que presidirá este acto, fue el general de división barón del Imperio Musnier. El menor rango de este general no restó intención y solemnidad a la fiesta, al fin y al cabo era la máxima autoridad en esos momentos en la ciudad.

“El teatro estuvo completamente iluminado y, en el centro del proscenio se veía una transparencia donde se leía: VIVA EL EMPERADOR, VIVA LA EMPERATRIZ, VIVA EL REY. Y la misma inscripción había en la frontera del palacio de S.E. del Señor go-

*bernador, y de las casas del Sñr Comisario general de policía... Por la noche, hubo iluminación general*²⁷. Parece que las grandes fiestas de junio habían dejado tan buen sabor de boca en todo el mundo que se intentó repetir los actos, rentabilizando así los gastos y alguna de la parafernalia que se había empleado.

29 de agosto

La fiesta continúa, y en la *Gaceta* del día siguiente recogerá varios actos que consistieron en: banquetes, teatro, sarao, y por la noche, iluminación general.

12 de octubre

Tras la ocupación de la ciudad en febrero de 1809, las autoridades francesas, conociendo la fuerza simbólica que el Pilar tenía en la conciencia del pueblo, permitió que el culto y las fiestas continuaran como si nada hubiese pasado. Y los nuevos uniformes y autoridades acabarán siendo aceptados por el pueblo como algo inevitable y necesario.

Así pues, llegando el mes de octubre de 1810, se celebraron sin más las fiestas del Pilar con la presencia en el templo de la máxima autoridad presente en aquel momento en Zaragoza, que no era otro que el recién llegado general París. La *Gaceta* de Zaragoza publicará la siguiente nota: “*Por la tarde ha salido la procesión acostumbrada, a la que ha concurrido su excelencia (barón de París en este momento); terminándose tan feliz día con una iluminación general, que lució igualmente en la noche de la víspera*”.

Año 1811

2 de enero

La ciudad llevaba ya dos años y medio de ocupación francesa, la vida seguía su curso cotidiano y este día es fiesta grande en el Pilar por la “venida de la Virgen a Zaragoza”, como siempre, el templo lucirá por los cuatro costados orgullosos y feliz de poder celebrar la venida de la Virgen.

16 de enero

El gobernador se ausentó y retornó a Zaragoza más de veinte veces. En enero le agasajaron a la llegada a la ciudad, y a pesar de que el invierno acortaba el día y el lógico tránsito por las calles era muy escaso, se volvió a utilizar las iluminaciones

como algo normal y muy del gusto de Suchet: “*Por la noche ha habido iluminación general y varios fuegos artificiales; manifestando así los zaragozanos el placer que les causaba el regreso de su gobernador*”²⁸. También hubo descarga de artillería en la plaza del Pilar.

Faustino Casamayor también ofrece su versión de las ceremonias de este día en homenaje a Suchet: “*Hubo campaneó general e iluminaciones, especialmente en la carrera, y por la noche la hubo muy brillante en la casa de su S. E.. Siendo las más lucidas las del Sr Intendente, del Comisario general de policía, Administración de Bienes Nacionales, y algunas otras*”. Como podemos ver, los festejadores principales eran los mismos que lo habían hecho en el mes de junio, todos ellos colaboradores directamente nombrados por Suchet, estómagos agradecidos. Suponemos que el espectáculo de luz y color sería muy similar, quizás algo más apagado como corresponde a un día de pleno invierno, un día corto, frío y de larga oscuridad, donde la calle estaría bastante menos transitada que en el verano pasado.

28 de marzo

El nacimiento del hijo del emperador el 20 de marzo tardó solo un par de días en ser conocido en la ciudad. Y Zaragoza comenzó a celebrar el acontecimiento a su modo y manera; con sus conocidas iluminaciones. Mientras, en París la capital del imperio, como si imitaran a la provinciana Zaragoza, también se iluminaron los edificios. En los barrios bajos o en los más lujosos hoteles de la ciudad todos resplandecían como signo de sentimiento del pueblo por su emperador²⁹.

1 de abril

Continuaban las fiestas en honor del nacimiento del hijo del emperador y S.A. María Luisa, archiduquesa de Austria.

El extenso programa de actos es el conocido de otros años: comparsas de máscaras, carros de triunfo, cabalgadas de turcos y romanos, danzas pastoriles, gigantes y enanos. La tropa se despliega y guarnece las calles, se disparan cañones y hay repiques de campanas. Por la tarde novillada gratis, baile y por la noche convite privado, y por toda la ciudad hubo *iluminación de fachadas*.

El 5 de junio

Ahora toca celebrar el bautizo del heredero del emperador, y los actos se repiten como si acabara de nacer. Las iluminaciones volverán a la ciudad.

16 de junio

Este día hace entra en la ciudad la esposa del gobernador condesa de Suchet, ella competía con su marido en popularidad y poder, por lo que también, con este motivo, se le hicieron las iluminaciones pertinentes en toda la ciudad.

4 de julio en Caspe

El ritual de las luminarias no era exclusivo de la capital, también se daba en otros lugares del Reino, como cuando visitó Caspe el general Suchet acompañado de su mujer. Los dos llegaron a la ciudad de Caspe procedentes de Alcañiz.

La ciudad bajoaragonesa les agasajará espléndidamente y hasta se le cantarán jotas. Durante las tres noches que permaneció en Caspe las autoridades intentaron deslumbrar al ilustre huésped con las acostumbradas iluminaciones. *“Por la noche hubo iluminación general y un inmenso gentío en la plaza donde esta la casa que habitaba SS EE, habiendose distinguido en su adorno el ayuntamiento, alumbrada toda con hachas de cera”*³⁰.

1 de agosto

Este día Suchet vuelve victorioso a la ciudad que ha hecho suya, y ésta le recibe con el título de *“su general en Jefe”*. Por la noche se iluminará su palacio, así como las casas más principales. En la del marqués de Tosos un adorno con vasos de letras transparentes lucirá la leyenda de *“Viva el emperador”* seguida de las batallas ganadas por el mariscal: María, Belchite, Lérida, Tarragona, Tortosa, Balaguer, Mequinenza y Monserrate.

12 de octubre

Casamayor comentará que la ciudad se iluminó en la noche de vísperas. Aunque no era el mejor momento para celebrar nada, ya que ese mismo día se conoció la toma de Huesca por Mina.

3 de noviembre

Suchet se encontraba en Valencia por lo que, esta vez, era el general Musnier quien junto con el comisario general de policía, mandó que se hiciesen iluminaciones para celebrar la toma de Murviedro.

8 de diciembre

Se iluminó la santa capilla en acción de gracias de Dámaso Goser y Casellas, por haberse librado del secuestro del “Malcarado”, pero las preces no debieron de ser suficientes, puesto que al día siguiente Dámaso fallecía a consecuencia de las heridas del secuestro.

Año 1812

15 de enero

El 9 de enero de 1812 la ciudad de Valencia capitula ante las tropas del mariscal Suchet, por este triunfo recibirá el título de duque de la Albufera.

En Zaragoza, a pesar de la ausencia en persona del nuevo duque, lo que sin duda restará importancia al acto, el éxito se celebra como algo propio, al fin y al cabo era su gobernador y las luminarias vuelven a encenderse por el triunfo del mariscal. En la ciudad del Ebro, y desde el inicio de la ocupación, el recurso escénico de las luminarias se había convertido ya en una costumbre unida siempre al rito de conquista.

Como siempre, los gastos correrán a cargo del ayuntamiento y los recibos de éstos son los que nos permiten hoy atestiguar los hechos que estamos relatando. Este es el caso de Manuel Pelegrín, funcionario del ayuntamiento con el cargo de “portero de estrado”, el cual rendirá cuentas el 17 de diciembre de 1812; entre ellas figura en segundo lugar *“Por llevar las hachas a los señores generales por la iluminacion de la toma de Balencia”*. Todavía figuran otros gastos relacionados con las luminarias como el de la celebración en el ayuntamiento por el éxito de un convoy tan importante que mereció esta celebración *“Por las luces que se gastaron la noche que se tomó la razón del Comboy en la casa de la ciudad”*³¹. Todas las cuentas recibieron el visto bueno del regidor Sardaña, que firmará como comisionado.

3 de mayo

En la catedral de la Seo estuvo iluminado el santo Cristo por ser la fiesta de la santa Cruz.

14, 15, 16 de agosto

Otro año más y otro cumpleaños del emperador, otro día de San Napoleón que Zaragoza, o mejor dicho, sus autoridades se sintieron en la obligación de festejar y dada la proximidad de las fechas, las iluminaciones se encendieron en los tres días.

A las ocho y media de la noche, se prendió un vistoso árbol de fuego delante del palacio del gobernador, precedido de una porción de fuego y una inscripción de transparencias que decía: “¡ZARAGOZA A SU EMPERADOR!”.

Con respecto a este día está perfectamente documentado por quién y cómo se financian estos fastos, quién los realiza y bajo qué dirección técnica se construía esta arquitectura efímera que iba a hacer de soporte a los fuegos y las transparencias. Sólo hay que leer el libro de acuerdos de ayuntamiento de esa fecha para conocer toda la tramoya: “*Que la casa del Sr jefe de Estado mayor el Sr Saint Cyr Nougues se iluminará perfectamente y con magnificencia, dándole el caudal que pida el arquitecto D. Joaquín Asensio*”³².

En esas fechas la ciudad contaba con un nuevo regidor, el señor Perea, y por este texto se infiere como esta nueva autoridad se vuelca en la fiesta de su emperador. Se ve que quería hacer méritos rápidamente y éstos le iban a ser necesarios, pues el ejército francés ya no mantenía la fortaleza de años pasados y prácticamente se combatía a las afueras de la ciudad. Los “buenos tiempos” de la dominación francesa estaban pasando rápidamente. La luz de Francia brillaba cada vez con menos fuerza en la ciudad.

Ese día la casa del intendente general de Aragón, barón de Lacue, se iluminó con 8 hachas de cera, la modesta iluminación de la fachada contrastaba con el derroche de un par de años antes. Pero es que, además, el intendente general barón de Lacue dará una muestra de su tacañería por la escasa contribución de su palacio a la festividad de Napoleón ya lo adivinábamos, cuando a la hora de pagar el recibo por las 8 hachas que le presenta el maestro cerero de Zaragoza Esteban Heredia le manda una carta, eso sí muy respetuosa, diciéndole que “*he averiguado el consumo o merma que pudieron tener aquella noche ascienda a 80 reales Supuesto que acabaron de consumirse fuera de mi propia casa.*”³³.

24 y 25 de agosto

Nos consta que en este año de 1812 y, a pesar de que Suchet, su principal valedor, estaba fuera de Zaragoza, hubo otras iluminaciones además de la del día 15 de agosto día del emperador. Al repasar las cuentas que el ayuntamiento hace con este motivo de gastos observamos como también se hicieron luminarias durante 5 días de agosto: “*Se presentan las cuentas de las iluminaciones de los días 14-15-16-24 y 25 del corriente con motivo de los días de S. M. el Emperador, Emperatriz, y Reyes*”³⁴.

12 de octubre

Las fiestas del Pilar de ese año también requirieron de la luz para engalanar y exornar la casa municipal. El comerciante Miguel Gazo le pasará un recibo por 17 cirios grandes, 9 cirios medios, 9 velas, 6 velas de bujías, cabos de hachas. Los días más señalados para las celebraciones del 12 de octubre eran los días de las vísperas y el día de la Virgen del Pilar, que era cuando salían los “*Gigantes, Cabezudos y Caballitos*”.

Año 1813

El portero de estrado del ayuntamiento, Manuel Pelegrín, pasará las cuentas de enero a mayo de este último año de la ocupación, en ellas vuelven a aparecer más gastos de este tipo, solo que esta vez se corresponden a lo que bien podría llamarse celebraciones tradicionales, una se hará en febrero “*20 reales de libra de cera para los Ayuntamientos que se celebraron en el mes de febrero por la noche*” y por “*los cirios el día de la Candelera, a los generales, Intendentes y Conomista*”. El visto bueno vuelve a ser el del corregidor Sardaña.

LA LIBERACIÓN

Una terrible explosión sorprendió a la ciudad en la tarde del 9 de julio de 1813. El general París había volado la última arcada del puente de Piedra en su vergonzosa retirada con el ejército francés de la ciudad en la que había vivido sus últimos tres años. Con este apoteósico final concluían cinco años de la Administración francesa en la ciudad. Se marcharon como vinieron; haciendo sonar la pólvora y destrozando el único puente de la ciudad sobre el Ebro, “a la francesa”.

El pueblo zaragozano, que durante años había aceptado la derrota, comenzó a demostrar su alegría aclamando y dando vivas a las tropas del coronel Tabuenca. Esa noche nadie durmió en la ciudad y el templo del Pilar rebosaba de gente en acción de gracias.

10 de julio de 1813

A la noche hubo iluminación general en toda la ciudad en virtud de un bando y el templo del Pilar se adorno e iluminó de la mejor manera posible, recordando tiempos pasados en los que también se hizo lo mismo, y aunque esta vez eran otros los saludados el rito ceremonial permanecía impasible.

12 de julio

En el Pilar estuvieron iluminadas todas las capillas y en la ciudad hubo luminarias generales, en otros templos como la Seo o la Iglesia de Santiago también brilló la luz.

16 de julio

El júbilo por la liberación continuaba, y las calles fueron iluminadas voluntariamente por los vecinos.

19 de julio

El nuevo ayuntamiento dará un bando instando a los vecinos para que iluminen sus casas y arreglen sus fronteras “*en celebración de día tan augusto*”.

Septiembre de 1813

Los cronistas vuelven a anotar los acontecimientos más relevante de la ciudad, Así Casamayor recogerá cómo algún noble pagará las velas que se encendieron en honor de San Joaquín: “*A devoción del Sr conde de Montarco estuvo iluminada soberbiamente la capilla de San Joaquín del Pilar...*”³⁵.

Octubre de 1813

La celebración de fiestas marcan siempre un estado de normalidad que la ciudad, recién liberada, pretendía conseguir, por eso llegado el mes de octubre, con la cosecha recogida y los franceses luchando en su propio país, se celebraron la fiestas del Pilar de Zaragoza con la brillantez acostumbrada, que por cierto tampoco dejó de desmerecer con la anterior administración.

Llegado, pues, el mes de septiembre, sintiendo próximas las fiestas, la autoridad da las instrucciones para que salga el rosario general desde la capilla del Pilar “*Se previene que si por impedirlo el tiempo no pudiera salir el Santo rosario, se hará toda la función dentro de la Santa Iglesia. El rosario seguirá la carrera de la procesión general de Nuestra Señora por la cedazería; se suplica los vecinos del tránsito se sirvan iluminar sus casas para mayor culto a María Ssma. En lo que cada uno señalara su piedad*”³⁶. Las luces volverían a brillar en Zaragoza, ¡claro que sí!

Luces en Madrid

La capital del Reino se había prodigado algo menos que Zaragoza con su parafernalia luminosa (ganaba, sin embargo, en festejos taurinos). Pero llegó el día de su liberación y estos recursos escénicos fueron puestos otra vez en valor.

Una carta publicada en el diario de Zaragoza, muy simpática por cierto, nos va a relatar, casi veinte días después, cómo vivieron los madrileños la marcha del general Hugo con las últimas tropas francesas. Dice así: “La acción del 21 (se refiere a la derrota de los franceses en Vitoria) nos ha vuelto como locos de contento, tanta es la alegría de este pueblo... Supe que principiaba la iluminación, y fui a verla. Grande fue la complacencia al observar que hasta las callejuelas y guardillas estaban como la proclamación de Fernando en 1808. La alegría de las gentes correspondía a la iluminación, y la segunda excedía en todo, si puede ser, a la primera. Pero en la que se hicieron exceso de locuras fue en la tercera noche de iluminación...”³⁷.

Tres días de iluminación, ésta excedía a la propia alegría de la gente, y había luces por toda la ciudad, incluso en los callejones más estrechos y poco transitados. ¡Todo un éxito las luminarias de Madrid!

EL ALUMBRADO PÚBLICO

Hasta ahora solamente nos hemos referido a la luz como recurso propagandístico dentro de una visión, ciertamente antigua en España, de ver la calle como teatro. Y hemos visto utilizar la luminotecnia por el ocupante francés como si un arma más se tratara, destinada a someter a los zaragozanos de una manera inconsciente, sibilina, alienante, novedosa y muy eficaz.

Pero también hubo otro uso de la luz que, justamente hay que reseñar, estuvo dedicado a conquistar el espacio público buscando la comodidad de la vida cotidiana y la mejora de la seguridad en las calles; no en balde los franceses pretendían acercar la civilización a España, como un efecto colateral de la conquista. Y la mejor manera que esa pretensión, ese afán modernizador, fuera percibida por los vencidos fue la intervención y la actuación urbanística. Por consiguiente, todo lo que iba ligado con esa tarea, conducción de agua, plantación de jardines, limpieza de las calles, y, por supuesto, el alumbrado público, fue intentado y puesto en práctica con éxito relativo por los ocupantes. La luz artificial es y será siempre un logro civilizador.

Desde que el hombre dominó la técnica de poder encender y controlar el fuego se sirvió de éste para iluminar la noche, y la antorcha pasó a ser la única fuente importante de iluminación. Durante el medioevo las antorchas portátiles o ancladas en soportes metálicos de las calles o plazas se convirtieron en el primer ejemplo del alumbrado. Y a medida que la ciudad o el burgo se fue haciendo más complejo, la iluminación se convirtió en una demanda ciudadana, puesto que daba seguridad a las calles y ampliaba los horarios comerciales o de trabajo. A partir de entonces la sociedad delegó también en el poder (municipal) esta función práctica. Una función que en Zaragoza se estableció como permanente a partir del último tercio del siglo XVIII, y que fue interrumpida, como muchas otras, cuando las calles de Zaragoza se convirtieron en primera línea de fuego.

Por eso, tras la conquista, la restauración del alumbrado público fue una necesidad buscada por el ocupante y el ocupado, y el ver las calles iluminadas otra vez era un símbolo de normalidad y eficacia en la gestión de la autoridad fácilmente reconocible.

EL ALUMBRADO PÚBLICO EN ZARAGOZA EN EL SIGLO XVIII

Como en el resto de Europa, la España del siglo XVIII encarnada en el rey Carlos III inició una serie de profundas reformas económicas y sociales que mejoraron la situación de tiempos anteriores, algunos de estos cambios afectaron a la vida de las ciudades, buscando que la vida en ellas fuese cada vez más fácil y segura.

En 1809 el alumbrado público no era ninguna novedad para las calles zaragozanas, pues hay testimonios como el de la Guía de Borau de Latras de 1806 en donde afirma que 1.600 faroles lucían en las calles y plazas de la ciudad. Y 30 años antes, en 1777, existe un expediente sobre el alumbrado de las calles realizado por el Alcalde mayor don Luis Gorrón de Contreras.

Una de estas medidas, como la del alumbrado público, se implantará de forma masiva por primera vez en la ciudad de Zaragoza. Para ello el ayuntamiento, con la aquiescencia y probablemente con los dineros del capitán general, procederá en 1777 a iluminar las calles y plazas de la ciudad. Para ello buscarán un contratista con el que pactarán todos los aspectos del alumbrado público, siendo éste el encargado de su implantación y mantenimiento. Este pacto o asiento y sus condiciones pasarán a formar parte de los reales acuerdos, y dada su importancia, que no desmerece la curiosidad, vamos a proceder a reseñar alguna de sus condiciones:

“Pactos que rigen en el asiento del alumbrado de las calles y plazas de la ciudad de Zaragoza”³⁸.

- Se hará entrega de 1.500 faroles, con 1.500 candiletas, 45 escaleras de palo, 20 alcuzas o aciteros, 45 faroles de mano, 46 medidas, 42 barquillas, y también los hierros y palomillas donde se cuelgan los faroles.
- El Asiento durará 3 años comenzando el 11 de octubre de 1777
- La temporada del alumbrado comenzará en la noche del día 11 de octubre hasta el día último de junio.
- Los faroles se encenderán al toque de oración, debiendo arder hasta las 11 de la noche, menos los días de plenilunio, pero aun en éstos deberán también encenderse en los que no hubiera luna y en las noches nubladas.
- Los faroles se limpiarán y adecentarán por la mañana y se tendrán dispuestos para la noche.
- Cada farol que no estuviese encendido tendrá la pena de 4 r.v.
- Aquellos que rompan alguno deberán reponerlo, sin perjuicio de otras multas.
- El farol tendrá 3 cabos recios de algodón y aceite.

La implantación de esta novedad, ¡nada menos que 1.500 luces alumbraban la noche zaragozana!, trajo, como es lógico, algún inconveniente que se tradujo en quejas de los vecinos. Una de éstas consistía en que los faroles estaban continuamente goteando y manchaban las ropas y vestidos de los que transitaban. Esta incomodidad se intentó solucionar mandando que se pusieran unas candilejas, de modo que retuvieran el aceite rezumado.

Los ciudadanos serán muy críticos con este servicio, quizás expresaban así su gran necesidad del mismo, y se lamentarán “por no estar todos los faroles encendidos, ni en los momentos acordados” (estas continuas quejas, en el fondo, no hacían sino resaltar la necesidad y el gran aprecio que los ciudadanos tenían por ese servicio).

Este novedoso servicio público supuso un coste considerable que la ciudad debía afrontar, y será el recaudador de impuestos el que reparta y cobre su mantenimiento, a partir de entonces la ciudad tendrá un recibo más al que hacer frente; en un recibo del mismo afirma que había cobrado “*a razón de 20 r.v. a 4.691 casas y a 10 r.v. otras 229*”.

LA RESTAURACIÓN DEL ALUMBRADO TRAS LA CONQUISTA

Lo cierto es que la urbe, tras los sitios, era una inmensa ruina donde los escombros apagaban cualquier luz y color propios de una ciudad feliz. Y las tareas de policía, en

el sentido de limpieza y salubridad pública, no eran muy eficaces hasta entonces. Por estas razones la restauración del alumbrado público fue acogida como una prueba más de normalidad y progreso que el nuevo gobierno ofrecía a los ciudadanos.

Hacía ya seis meses de la capitulación de Zaragoza, y la ciudad intentaba recuperar una normalidad imposible por el propio estado de sus calles y edificios que mostraban las huellas recientes de los dos sitios que tuvo que soportar.

Una nueva administración nombrada por el gobernador conde Suchet intentaba organizar la vida cotidiana de la gente. Entre ellas estaba el asunto de la iluminación pública como un servicio urgente destinado a ofrecer seguridad y tranquilidad en las calles. El orden era prioritario y debía restablecerse.

Por eso el comisario de policía de Aragón, funcionario competente en este campo, manda a Juan Romero (corregidor) que nombre a un individuo responsable para componente de la junta de alumbrado de Zaragoza. El nombramiento se hará “*con arreglo al artículo quinto*” según reza el libro de actas de la ciudad. La normalidad se iba adueñando poco a poco de las calles.

Unos días más tarde surge un problema con la distribución de velas y que hace intervenir al ayuntamiento. La escasez de sebo en la ciudad y los distintos usos que se le podían dar a este subproducto graso (comestible, industrial o para velas) desatan la pugna por el destino de las 80 arrobas de sebo en manos de un tal Ocaña, que había arrendado este servicio, y el administrador de la rebojería. Al final el ayuntamiento medió y mandó que se hicieran velas con el sebo y que Ocaña las vendiese³⁹. Para las nuevas autoridades la luz de las velas era prioritaria.

Situándonos en el mes de julio de 1812, por ejemplo, vemos cómo se colocaron faroles en el paseo nuevo de San Francisco “*que lucían hasta muy entrada la noche*”.

El 31 de agosto de ese mismo año se colocaron faroles en la plaza del Mercado, *para su maior claridad a donde concurre mucha gente*⁴⁰. Recordar que la plaza del Mercado era el mayor espacio abierto intramuros, allí se celebraban las corridas de toros hasta finales del XVIII.

Después de las fiestas del Pilar de este año de 1812 el otoño va avanzando y las horas de luz se muestran en retirada imitando al otrora invicto ejército francés, en Zaragoza el general comandante superior en Aragón intenta por todos los medios asegurar la paz en la ciudad, a tal fin las autoridades ocupantes dan un bando solamente dedicado al alumbrado público, a su necesidad y a su financiación. Dice así:

“Vista la importancia de la conservación de la seguridad pública, y después de haber oydo al Sñr. Director general de la Policia.

Mandamos lo siguiente

Art. 1º

Sera establecido en todos los cuarteles (barrios) de la ciudad de Zaragoza la cantidad de faroles necesarios para el alumbrado de las calles y los faroles estarán encendidos todas las noches debiendo arder hasta llegar el día.

Art. 2º

Sera formada para el presente una junta compuesta del Sñr. Director Gral. De la Policia que la presidiría, de los 4 tenientes de Policia, de los 4 primeros rexidores, y de dos habitantes de la clase de primeros propietarios de la ciudad, que seran nombrados por el Sñr Director general De la Policia de acuerdo con los cuatro primeros regidores.

Art. 3º

Esta Junta se reunirá en el término de tres días previas la conbocacion del Sñr. Director Gral. de Policia esta encargado de reconocer y determinar la cantidad de faroles necesarios para el buen alumbrado de las calles, asi como también de los gastos de su perfecto funcionamiento.

Art. 4º

En el caso que la contribucion establecida, y percivida actualmente para la manutencion de este servicio sea reconocida insuficiente la Junta concertara, y decretara el modo mas conveniente para el complemento de los fondos necesarios para el alumbrado.

El modo de cobrar dichos fondos decretados por la Junta sera puesto en execucion quedando al cuidado de el sñr. Director Gral.. De la Policia⁴¹.

Al final, y como el gobierno intruso no podía ser menos que la anterior administración, tuvo que ser la policía colaboracionista de Suchet la que garantizara este servicio público que desde hacía 40 años venía ofreciéndose a los zaragozanos para su bienestar.

NOTAS AL CAPÍTULO IV

- ¹ Es en febrero de 1810 cuando se deja de considerar Aragón como provincia en estado de sitio. Según carta de Napoleón citada por Mercader Riba.
- ² MAESTRO JUAN CATALÁN, F. J., *Ciudad de Vasallos, Nación de Héroes (Zaragoza 1809-1814)*, op. cit., p. 121.
- ³ Faustino Casamayor contará cómo el general Lannes robó del Pilar las joyas de la Virgen y se llevó “las mejores, más famosas, y brillantes, únicas en su especie en toda España”.
- ⁴ Enciclopedia Larrouse, edición 1972. Voz “Ilustración”.
- ⁵ OROZCO DÍAZ, Emilio, *El Teatro y la teatralidad del Barroco*, op. cit., p. 146.
- ⁶ Carta publicada en la *Gaceta de Zaragoza*, n.º 29, año 1811, p. 111. HZ.
- ⁷ APOLLINAIRE FÉE, A. L., *Recuerdos de la Guerra de España*. Ministerio de Defensa, p. 223.
- ⁸ BLASCO MARTÍNEZ, R. M., *Zaragoza en el siglo XVIII*. Colección Aragón, p. 114.
- ⁹ Actas del Ilustrísimo Cabildo de la Santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza. 25 de septiembre del año 1812, p. 158. ACZ.
- ¹⁰ Una referencia de esta novedad lumínica aparece sustituyendo a las velas de sebo en la iluminación pública en Madrid en 1812. Ver el libro de CAMBRONERO, Carlos, *José Bonaparte. El rey Intruso*, op.cit., p. 19.
- ¹¹ Sus ideas sobre la preeminencia de la autoridad real, los deberes del soberano y los intereses de sus reinos. Sus Ordenanzas de la Casa Real (1344) le han valido el sobrenombre del Ceremonioso.
- ¹² BORAO, Jerónimo, *Historia de la Universidad de Zaragoza*. Mira editores, 1987.
- ¹³ *Años Artísticos de Zaragoza 1782-1833*. Sacados de los *Años Políticos e Históricos* que escribió Faustino Casamayor. SAN VICENTE, Ángel, op cit., p. 131. Ibercaja, 1.991.
- ¹⁴ LACARRA DUCAY, M.^a Carmen, *El Pilar es la Columna. Historia de una devoción*, op. cit., p. 37.
- ¹⁵ BLASCO MARTÍNEZ, Rosa María, *Zaragoza en el siglo XVIII (1700-1770)*. Librería general, Colección Aragón, op.cit., p. 139.
- ¹⁶ CASAMAYOR, Faustino, *Años Políticos e Históricos. De las cosas particulares sucedidas en la ciudad de Zaragoza. Años 1790 a 1826*. Biblioteca Universitaria de Zaragoza.
- ¹⁷ BORAO, Jerónimo, *Historia de la Universidad de Zaragoza*.
- ¹⁸ FRIBURG, Jeanine, *Las Fiestas de Zaragoza*, op. cit., pp. 144-145.
- ¹⁹ El obispo Arce, conceptualizado como afrancesado, enterado de la derrota de Bailén y el desembarco en Santander del marqués de la Romana, realiza con estas dos cartas una finta acomodaticia a la nueva situación. CALVO FERNÁNDEZ, José María, “El arzobispo que no vino a Zaragoza: Ramón José de Arce”. *Los Sitios de Zaragoza*. Publicación del Bicentenario, n.º 8, enero de 2008.
- ²⁰ Actas del Ilustrísimo Cabildo de la Iglesia Metropolitana de Zaragoza, n.º 8. Junta del Pilar, p. 213. ACZ.
- ²¹ NOVELLA Y DOMÍNGUEZ, Vicente, *Ceremonia de la Santa Iglesia de Huesca*, op. cit., libro segundo, pp. 55 y 118.
- ²² BLASCO MARTÍNEZ, Rosa María, *Zaragoza en el siglo XVIII (1700-1770)*, op.cit., p. 133.
- ²³ *Columen Art i arquitectura efímera a la València del siglo XVIII*. Víctor Minguez. (Internet).
- ²⁴ Libro de Actas del Ayuntamiento. Registro 1.525, p. 10. Archivo Municipal de Zaragoza.
- ²⁵ Actas Capitulares del Cabildo. Año 1810. 25 de mayo de 1810, pp. 204-214. Archivo del Cabildo de Zaragoza.
- ²⁶ ASED Y VILLAGRASA, Manuel Isidoro, *Relación de las Fiestas que la Imperial Ciudad de Zaragoza celebró en los días 16 y 17 de junio de 1810*, op.cit., p. 125. Zaragoza, imprenta de Miedes.

- ²⁷ *Gaceta Nacional de Zaragoza*, n.º 78, p. 298. Hemeroteca de Zaragoza.
- ²⁸ *Ibidem*, n.º 5, 17 de enero de 1811.
- ²⁹ Al menos así lo recuerda Laura Junot en sus *Memorias sobre la vida de Napoleón*.
- ³⁰ *Ibidem*, n.º 61, p. 237.
- ³¹ Libro de Acuerdos Ayuntamiento Zaragoza. Diciembre de 1812. Registro 1.528, p. 507. HMZ.
- ³² Libro de Acuerdos Ayuntamiento Zaragoza. 26 de julio de 1812. Hemeroteca de Zaragoza.
- ³³ *Ibidem*, año 1812, mes de septiembre, p. 380. HMZ.
- ³⁴ *Años Artísticos de Zaragoza 1782-1833*. Sacados de los *Años Políticos e Históricos* de Faustino Casamayor. SAN VICENTE, Ángel, p. 199.
- ³⁵ Libro de Acuerdos del Ayuntamiento de Zaragoza. 13 de septiembre de 1812, p. 353.
- ³⁶ *Diario de Zaragoza*. Octubre de 1813.
- ³⁷ *Diario de Zaragoza*, n.º 16 del 20 de julio.
- ³⁸ Reales Acuerdos. Alumbrado sig. J 2017/4. Archivo Histórico Provincial de Zaragoza.
- ³⁹ Libro de Actas, n.º registro 1.525, p. 205. HMZ.
- ⁴⁰ *Años Artísticos de Zaragoza 1782-1833*. Sacados de los *Años Políticos e Históricos* de Faustino Casamayor. SAN VICENTE, Ángel, p. 195.
- ⁴¹ Libro de Actas. Año 1812, rollo n.º 85. Registro 1.528, p. 515. HMZ.

CAPÍTULO V

LOS REGOCIJOS PÚBLICOS DE JUNIO DE 1810. LA CIUDAD SE ENTREGA A SUCHET (LA SEGUNDA CAPITULACIÓN DE ZARAGOZA)

Para la historia, Gabriel Suchet mantiene su reputada fama de buen general y siempre aparece como un magnífico administrador. Su gusto por el orden, la disciplina y una buena contabilidad y manejo de los recursos de los ejércitos a su mando no lo distinguen especialmente de otros militares franceses que lucharon en España. Y, sin embargo, algo hay que lo hace distinto, algo que prima sus resultados militares y que permanece oculto a la mirada de muchos estudiosos de la Guerra de España, algo que lo hace único y diferente.

La misión de Suchet en España no se circunscribía sólo al ámbito militar, y aunque éste le dio la gloria de vencedor en los campos de batalla, había otro aspecto, otra circunstancia, que, como si se tratase de una lente de aumento, acrecentaba el brillo de sus logros. Lo que le va a distinguir, sin duda alguna, es el cargo político que desempeñaba como gobernador general de Aragón.

La figura del conde Suchet representaba en el imaginario colectivo de la ciudad lo que era; la máxima autoridad, el representante directo del hombre más poderoso del mundo en aquellos momentos como era el emperador Napoleón (el cual le había elegido gobernador directamente, sin pasar por el rey José I). Además, veían en él al general invicto tocado por la diosa Fortuna en los frentes de batalla, de donde siempre regresaba a la ciudad triunfante y hasta convertido en mariscal. Por otra parte, era la cabeza de la nueva administración civil, judicial y también (aunque delegó este poder en el obispo Auxiliar) religiosa, lo que le iba a poder permitir realizar las reformas pendientes en la hacienda pública, en la economía o en el urbanismo. Para Zaragoza, Suchet era el presente y el futuro inmediato, era algo suyo, vivía aquí en el Coso, era... el virrey. Este añadido de autoridad, su potestad dual como gobernador político y militar lo explica, va a ser determinante para los fines y el objetivo con el que se han diseñado las ceremonias públicas en su honor. Una de ellas, la más impresionante, es la que va a protagonizar estas páginas.

El general francés toma Lérida el 14 de mayo de 1810 y unos días mas tarde se apodera del castillo de Mequinenza. La noticia es conocida de inmediato en Zaragoza y la ciudad se prepara para rendir pleitesía y reconocimiento, por no decir simplemente adoración, al gobernador de Aragón conde de Suchet, quien se va presentar ante la ciudad como líder indiscutible y representante directo del invicto emperador.

La ciudad entera, entre fiestas y regocijos, se va postrar a sus pies. Las autoridades y el pueblo aclamarán al gobernador y le mostrarán su adhesión sin fisuras. Pareciera como si esos días de junio la ciudad de Zaragoza se entregara, se rindiera sin condiciones, o hubiera vuelto a capitular, esta vez, ante el conde de Suchet, gobernador general de Aragón y su virrey.

Aquel fue un buen año para el gobernador, el mejor de toda su carrera militar. La ciudad comenzaba a sacudirse el desastre de la guerra; las calles eran transitables, el Canal Imperial volvía a ser navegable y volvía a dar agua a las acequias tributarias, la Sociedad de Amigos del País y la Academia de San Luis habían abierto sus puertas otra vez, y los agricultores esperaban de sus campos una cosecha magnífica “*los campos anunciaban una cosecha que no se había visto en muchos años*”. Pero, sobre todo, la guerra se encontraba, gracias a Suchet, lejos, muy lejos de la ciudad que se preparaba para recibirle.

Las fiestas o regocijos públicos, como gusta llamar el Ayuntamiento capitalino a esta ceremonia que se celebró en los días 16 y 17 de junio de 1810, fueron excepcionales por distintos motivos. Primero por su duración y prolongación en el tiempo (el mismísimo agasajado decidió acortar las celebraciones). Segundo por los recursos escénicos que se pusieron en funcionamiento; carrozas, músicas, recepciones, bailes, toros, misas, fuegos y luminarias. Y finalmente, por la sustancial participación; toda la ciudad y aún los pueblos de la periferia estuvieron presentes bien como participantes, bien como meros espectadores.

Los actos, prácticamente una repetición del programa de las fiestas de 1807, fueron de tal relieve que nombraron a un nuevo cronista en la ciudad para que los contara, siendo el elegido Ased y Villagrasa quien escribió un relato pormenorizado de los acontecimientos. Por su testimonio sabremos con detalle muchas de las cosas que sucedieron en la rendida y agradecida Zaragoza de aquel verano de 1810¹.

La ciudad, anticipándose a tamaños festejos, tenía escrito el programa de la gran ceremonia pública desde el año 1807, el libreto estaba completo y muchos actores habían sobrevivido a la guerra, pero además había algo que celebrar: había un líder y éste necesitaba de la adoración de la calle.

EL PROGRAMA DE FIESTAS DE 1807

Este guión que se puso en marcha no es otro que el programa que se había realizado con motivo del decreto de la concesión del Rezo al templo del Pilar para el 12 de octubre. El papa Pío VII expidió el 2 de noviembre de 1807 el *decretum regni*

aragoniae que autoriza la concesión del Rezo del Pilar. Con tal motivo, se da a conocer a la ciudad y manda una carta con dicho decreto al arzobispo, Cabildo, universidad literaria, ayuntamiento, obispos y abades del Reino.

El día 20 de octubre la Junta de la ciudad y el Cabildo acuerdan señalar fiestas por la concesión del Rezo para los días 21-22-23 del mes próximo. Se pretende que estas fiestas sean de carácter extraordinario, pues toda la ciudad considera que el Papa les ha hecho un gran honor con esta concesión.

El Cabildo comisiona a Mariano Sastre y Vicente Bargo y por el ayuntamiento lo serán el diputado Miguel Pascual y el procurador Andrés Marín. Las autoridades solicitarán el concurso de los gremios de la ciudad y, éstos a su vez movilizarán a todo el tejido artesanal e industrial que se implicará en las celebraciones. El éxito que se iba a producir en estos festejos estaba asegurado de antemano.

El Cabildo y el ayuntamiento preparan, con detalle, un gran programa de fiestas que se cumplirá en su totalidad con gran éxito, en él las iluminaciones protagonizarán lo más importante de los actos.

El programa se firma el 17 de noviembre de 1807 y era el siguiente:

- Toques de campana y te deum en los templos de la ciudad con sermón.
- Por las noches iluminación general (se confía en el esmero, celo y devoción de los vecinos), El ayuntamiento las hará en sus casas consistoriales, la sal, precio del mercado y teatro.
- Iluminación de la santa capilla
- Iluminación de la universidad literaria y su frontera
- Iluminación por el cuerpo de comercio: La santa capilla y luces y cirios fuera del tabernáculo.
- Las parroquias de San Gil, San Pablo, la Magdalena, Sepulcro, Altabás, seminario de San Carlos y el conciliar adornarán sus fachadas.
- Los guarnicioneros, mesoneros, curtidores, manguiteros iluminaran cada uno un día las capillas.
- Los chocolateros participaran con música y hachas.
- Gigantes y cabezudos a cuenta del ayuntamiento. Las mojjigangas a cargo de la Casa de Ganaderos.
- El colegio de plateros iluminará su calle con altares, arcos y balla, faroles de cristales con bombas transparentes.
- Cereros, cordoneros y tintoreros adornaran la Cruz del Coso.
- Puñaleros la calle de los Agujeros.
- Fabricantes de paño la calle Las Armas.

- Alpargateros altar en el Mercado.
- Sombrereros en el Coso.
- Ojalateros, estañeros y caldereros la fachada de San Cayetano.
- Sastres saldrán a pareja de caballos.
- Zapateros con traje de turcos y caballería.
- Posaderos carro triunfal con música.
- Los herreros y cerrajeros llevarán un carro con la fragua encendida.
- Los alquiladores y esquiladores el de Vulcano, otro carro triunfal con pareja de baile.
- La Academia Jurídica-Práctica celebrará una fiesta en la Capilla Angélica con iluminación y fiestas por las tardes.
- La ilustrísima sitiada del Santo Hospital de Nuestra Señora de la Misericordia celebrará misa en su iglesia con te deum y sermón.
- Los tundidores otra en la Real Casa de Santa Isabel.
- La Santa Hermandad de la escuela de canto también con te deum en su oratorio a la que asistirá el obispo auxiliar Miguel de Santander.
- La parroquia de San Felipe cantará te deum, y unido al párroco un vecino contribuirá con 2.000 rl a dotar dos pobre pupilas.
- El cuerpo general de comercio contribuyó con 2.000 rls para el culto de Nuestra Señora y 340 rl para los pobres de la cárcel.

Como podemos ver, los comisionados habían implicado en la fiesta a todos los estamentos de la ciudad. Estas fiestas iban a ser caras, masivas, y espectaculares. Por tanto, en su esencia, ese rasgo tan característico del barroco como es la representación en la calle de la fantasía y el ilusionismo, tan eficaz a la hora de impresionar a los espectadores. Todo era puro teatro.

Volviendo a los actos que la ciudad preparaba para celebrar las victorias de Suchet, vemos como se inicia el mecanismo de representación teatral tan ensayado hacía dos años, y que el poder vuelve a poner en marcha por su interés y a su servicio.

Primero el triunfo militar, de ahí surge el héroe a glorificar. Enseguida brota el homenaje espontáneo de las autoridades colaboracionistas que con sus tentáculos de poder van extendiendo la consigna y las instrucciones al pueblo sometido, comienza aquí la identificación del héroe triunfador como algo suyo, propio, al que además de rendir tributo hay que agradecer que se deje homenajear.

Luego vienen los programas de actos, aparentemente espontáneos y que buscan sorprender tanto al venerado como al propio público presente, se pretende quedar bien con los dos. Se busca la mayor aportación de recursos económicos e intelectuales al servicio de la ceremonia, que ésta sea única, impactante, distinta, irrepetible.

Seguidamente la policía actúa en sus dos vertientes, como guardián de la salud pública donde se incluyen las medidas de control social y la de higiene o limpieza de las calles; todo debe estar en su sitio, limpio y aseado. La realidad si no conviene se cambia, si hay ruinas surgen los tapices, si hay polvo se riega el firme, surge la tramoya y la farsa. Y, sobre todo, si se echa la noche el nuevo orden prolonga el día, la oscuridad se aparta y cede ante tanta luz. La ciudad se ilumina para el gobernador. *“Cuando toda la ciudad quedó de repente en refulgente día transformada, con las infinitas luminarias, antorchas y fuegos que por todas partes ardieron hasta cerca de la aurora”*².

LA CIUDAD RECLAMA A SU HÉROE

Esta maniobra, de halago y refrendo del poder del gobernador, se había preparado casi un mes antes; A mediados de mayo, nada más concluir la toma de Lérida, el Ayuntamiento que es el alma impulsora y ejecutora de esta batalla ceremonial esperaba impaciente que el gobernador viniera a Zaragoza a saborear aquí las mieles del triunfo. Era tal su impaciencia que le instan a venir al homenajeado enseguida, y será el propio Suchet quien les tiene que escribir una carta para calmar su ímpetu, pidiéndoles que tengan paciencia y esperen un poco para que así el ejército pueda estar presente en los homenajes. En realidad la excusa es fútil puesto que, en este caso, es el militar el que prevalece sobre el gobernador, y Suchet lo que pretendía con esa espera es acabar con la difícil tarea de la toma del castillo de Mequinenza que se le resistía, y que hará efectiva entre el 8 y el 9 de junio.

Esa carta, de la que estamos hablando, evidencia el auténtico control a distancia que el gobernador tenía sobre la ciudad y sus autoridades que le sirven, le obedecen y son un magnífico instrumento de control social: Acelera o frena los preparativos, acepta los homenajes *“dictados por el verdadero amor a la Patria”* (que es él). También elige el día (el 15 de junio) y no precisamente al azar, pues esa fecha es el aniversario de la batalla de María. Con esta acción, buscará la trascendencia y el reconocimiento, su asentamiento como héroe en el imaginario colectivo; el mismo lo confesará en su carta *“época que sera memorable en los anales de Aragón”*³.

Suchet como virrey necesita súbditos incondicionales y entregados. Muchos de ellos los acaba de encontrar en los altos funcionarios que ha nombrado, pero le parece poco, pues desea que toda la ciudad se convierta y le adore. Por eso diseña esta maniobra táctica (típica de la guerra psicológica) de pretender ganar las conciencias a través del impacto del ceremonial de conquista.

MANIFIESTO.

Calmó nuestra agitación Zaragozaños. La Conquista de Lérida, obra de muchos meses en otros tiempos, y de momentos para el invicto Conde de Suchet Gobernador de Aragón, asegura nuestra tranquilidad, alivia nuestros gravámenes.

Es preciso pues cantar desde luego las glorias de un Héroe, que la Providencia ha destinado á nuestra protección, sus virtudes, sus paternales afectos, y nuestra gratitud. Zaragozaños, resuenen por todas partes los cánticos del heroísmo, la virtud, y el regocijo.

Esperamos pronto recibir en triunfo al Guerrero mas amable; disponeos pues para que el decoro de los frontispicios de vuestras casas, las iluminaciones en la noche de su arribo y siguientes le manifiesten nuestro regocijo interior.

El Ayuntamiento rogará á su Excelencia se digne seguir la carrera mas anchurosa, desde la Puerta del Sol á su Palacio, cubrirá del modo que le sea posible los sitios deformes, y cuidará que se alfombré con yerbas olorosas la calle del tránsito. El Ayuntamiento dispone funciones públicas en el Teátro, iluminaciones de las casas públicas; y cuenta con que el Clero, Empleados, y Ciudadanos de alguna posibilidad le prestarán auxilios, los Artesanos harán los regocijos que les sean posibles, y los Labradores conducirán al regreso de sus trabajos, las yerbas, flores, y ramos que maticen la Carrera.

Se anunciará el día de este placer, con la anticipacion que S. Exc. se digne manifestarnos.

El Secretario recibirá para que el Ayuntamiento imprima, y publique las Canciones que se remitan, y se expresará ó suprimirá el nombre segun la voluntad de los Autores.

Observará el Ayuntamiento las Personas que mas se distinguan en estos obsequios, para informar de todo puntualmente á su Excelencia.

Zaragoza Mayo 17 de 1810.

Por mandado del Ilmo. Ayuntamiento
Don Manuel Gil y Burillo Secret.

Preparando la bienvenida al invicto Suchet gobernador general de Aragón.

COMIENZA EL ESPECTÁCULO

Son las 7 de la tarde del viernes 15 de junio y su excelencia se retrasa (¿habrá sido casual este retraso?); al fin, por la carretera de Barcelona aparece un coche escoltado por húsares, y todos corren a recomponer el cuadro del recibimiento que recordaba "*las proclamaciones de los famosos Reyes de Aragón*". Entre el séquito que esperaba se encontraban dos generales franceses, El ayuntamiento en pleno con sus timbales y clarines, maceros y andadores, el Cabildo Metropolitano, el obispo y diferentes cuerpos y sujetos todos vestidos de gala con sus sayales, bandas, tafetanes negros, sedas carmesíes... La ceremonia ha comenzado.

Se hacía rápidamente de noche y entre el rumor de cajas, clarines, atabales y música militar, se alzaba el ruido al estallar de 1.000 cohetes voladores. El gobernador se apeó del coche y tomó un caballo (siempre los héroes a caballo, como las estatuas), y después de saludar al respetable, entre vivas y aclamaciones, dijo la frase que quedará para la historia: "*Señor Corregidor, ya todo Aragón es nuestro*". Y lo será aún más cuando culmine esta auténtica operación de guerra psicológica de toma y conquista definitiva de las almas zaragozanas.

Entre repique de campanas y el estrépito del cañón, Suchet entra en la ciudad por el puente de Piedra. Ante sus ojos el pueblo le regala las viejas danzas pastoriles que ya se usaron en las coronaciones de los monarcas aragoneses. El gobernador, ínti-

mamente satisfecho, continuó su carrera por las calles engalanadas con tapices y hierbas olorosas, siendo constantemente aclamado. Delante de su palacio, unos niños bailaron y declamaron en su honor y llegado a él, recibió de nuevo a las autoridades y señaló, como un dios, la noche del sábado para la iluminación general.

Con los ejércitos y el pueblo a sus pies, le faltaba el acatamiento de la Iglesia como había visto hacer a su emperador. Por eso, al día siguiente, las celebraciones serían en el templo mayor de Zaragoza.

Sobre las 11 de la mañana el gobernador, acompañado por toda su plana Mayor, asistió a la misa solemne en el Pilar que se celebró, excepcionalmente, en la misma capilla santa. Siguió una prédica de su amigo el obispo Santander y un solemne te deum. Después, confortada el alma, le llegaría el turno al cuerpo dándose un excelente banquete acompañado de todos los invitados. Y por la noche, como remate, el efecto final sorprendente y maravilloso de las luminarias. Estas fueron tan masivas y extraordinarias que hicieron que las calles se inundaran de gente para contemplarlas, era lo buscado. Era el golpe final donde nadie se podría resistir a la adhesión y entronización, de eso se trataba, del nuevo virrey de Aragón conde De Suchet, que victorioso había llegado a Zaragoza.

LAS LUMINARIAS

Arañas de cristal, estrellas de madera pintadas, faroles y candilejas, hachas de cera, medallones transparentes, candiletas de hojalata, miles de vasillos, bujías, farolillos de colores, rombos, transparencias, faroles elípticos, cirios, espejos, cornucopias ardiéron por toda la ciudad prestando su irresistible embrujo a la gloria del gobernador.

La vista de la ciudad desde los altos de Torrero debía de ser curiosa e inquietante, pues en la distancia pareciera como si retornara la Zaragoza de hacía apenas año y medio, que también relucía, pero esta vez por los efectos de las bombas del ejército de su actual amo.

Pero las mentes de los vencidos tienen raros vericuetos donde la supervivencia obliga a que se filtre el olvido, y ahora se encuentran en el año 1810, literalmente deslumbrados y aclamando a su gobernador. Están, simplemente, disfrutando de la fiesta, en una ciudad rebotante por los muchos ciudadanos de los pueblos próximos que se han acercado a la ciudad, con sus botas de vino y sus alimentos, dispuestos a participar también del refulgir del nuevo orden.

Cuando llegó la noche, el viejo reloj de la Torre Nueva dio la hora y fue seguido por los de las parroquias y las catedrales. Esta era la señal convenida para iluminar la ciudad (la planificación intenta no dejar nada al azar) cuando “*toda la ciudad quedó de repente en refulgente día transformada, con las infinitas luminarias, antorchas, y fuegos que por todas partes ardieron hasta cerca de la aurora*”⁴.

La gente salió a la calle a disfrutar de la perspectiva, como en el Coso, que aparecía elegante y profusamente adornado. Los espectadores estaban embelesados y se creían “*transportados a los imaginarios palacios de los Hados*”.

Las fachadas, que muchas todavía mostraban las huellas de los recientes combates, aparecían “*entapizadas*” de millares de luces de colores que formaban dibujos, lazos, festones en simétrica distribución formando, esta va ser una peculiaridad de estas luminarias, inscripciones y lemas glorificando al poder.

A este espectáculo visual se le añadía el chasquido y la luz de la pólvora; miles de cohetes, ruedas, carretillas y granadas se dispararon simultáneamente a los cielos zaragozanos que no habían visto nunca nada igual.

RELACIÓN DE LAS PRINCIPALES ILUMINACIONES

Toda la ciudad ardía por Suchet, pero había unos sitios concretos donde la luz era más intensa. Estas eran las casas de las más altas instancias de la ciudad donde residía el poder. Como la del señor corregidor, la del señor intendente, la del arzobispo, la del señor administrador de Bienes Nacionales, o el palacio del gobernador. Todas ellas competían en espectacularidad, originalidad y fervor por el emperador, el rey y el gobernador. No podía ser de otra manera, todos los funcionarios habían sido nombrados por Suchet, eran estómagos agradecidos, y por el fervor con que se aplicaron a este ceremonial intuimos que querían seguir siéndolo. Además no les iba a costar apenas nada, solo su trabajo y desvelo en la organización, pues el coste iba a ser cargado a la administración pública, concretamente al ayuntamiento. ¡Qué bien arde siempre la pólvora del rey!

Casa del señor corregidor

Mariano Domínguez, además de corregidor de la ciudad, era el comisario general de policía. En su casa se celebraban las juntas del ayuntamiento y, por sus responsabilidades, era el auténtico organizador de estos fastos de la ciudad.

Toda su casa estaba iluminada, había luces en las grecas, luces en las pilastras, formaban rombos y medallones, luces en los frontispicios. Un total de 2.100 candilejas y vasillos ocultaban cualquier otro adorno de la fachada, resultando esta brillante y majestuosa. Así brillaba su casa, así brillaba su entrega y así brillaba su poder delegado por el ocupante.

Palacio arzobispal

Miguel de Santander, obispo auxiliar de Zaragoza e íntimo de Suchet, también contribuyó, como no, a la fiesta aderezando la fachada de su palacio.

Vistió las paredes con telas de seda, las ventanas fueron adornadas e iluminadas con faroles y candilejas, y colocó en cada una de ellas unas letras que unidas decían, o más apropiadamente en este caso, rezaban; “VIVA EL CONDE DE SUCHET”.

En el balcón de la puerta se distribuyeron simétricamente varios jarrones, candeleros y faroles de cristal, con sus correspondientes macetas y luces, dejándose ver en el centro un medallón transparente de talla dorada en el que se leía: “VÍCTOR EL CONDE DE SUCHET”. Cerrando todo el perímetro del vasto edificio había una larga fila de hachas de cera.

El montaje escénico que en su palacio hace el obispo Santander es muy significativo y, de alguna manera, se diferencia claramente de otros mensajes de adhesión. Santander obvia a las otras autoridades de la cadena de poder en España, no aparece ni el rey José I ni tan siquiera el emperador, citas obligadas en ese momento. Santander sólo intenta encumbrar a su amigo y valedor Suchet al que le debe todo.

El Cabildo

El Cabildo Metropolitano no iba a ser menos que su obispo impuesto, así que en reconocimiento a su gobernador tapizó e iluminó igualmente con hachas de cera las fachadas de sus dos catedrales.

Desde luego que podía haber hecho más esfuerzo, pues contaba con medios y experiencia, pero postergado por el obispo Santander en el reconocimiento del gobernador, se limitó a cumplir sin más. La institución todavía se resistía a su total entrega.

No obstante, el día 17 de junio el obispo Santander salió a recibir a la entrada del Pilar a Suchet con “*cruz, ciriales y terno*”. Además tuvo ese día el Pilar, responsabilidad del Cabildo, una de las ceremonias más brillantes. El templo lució una “*iluminación completa*”.

Casa del señor intendente

Luis Menche, intendente del ejército y provincia de Aragón, coronel de infantería, y caballero de la orden española (la llamada de la Berenjena), adornó su palacio con luces en vasillos y candilejas, forzando la simetría que la casa no tenía.

La fachada la cubrió con paños flamencos y sobre ellos fijaron poesías y composiciones, una quartilla aclaraba, sin lugar a dudas, a quien estaba dedicado tanto despliegue lumínico, esta decía:

Toda esta iluminación
Que aquí adviertes, Pasajero
Es en honor del guerrero
gobernador de Aragón

En los balcones se formó un antepecho de tela blanca sobre el cual ardían varias hachas de cera, y ocupando el centro cuatro transparencias con las inscripciones siguientes:

AL TRIUNFO DE LOS AMANTES Y FELIZ LLEGADA DE LA CONDESA-
A LA REUNIÓN DE TAN BENIGNOS ESPOSOS- VIVA EL EMPERADOR-
VIVA LA EMPERATRIZ – VIVA JOSE I

De los balcones pendían ricas arañas de cristal con sus bujías de cera blanca, realizando las iluminaciones unos marcos de vistosas luces. En los tres cuerpos del palacio ardían en total más de 1.600 luces.

Luis Menche manejaba numerosos caudales públicos, y quizás haya que buscar ahí la abundancia de luminarias que adornaban su palacio. Por otra parte, en sus mensajes se puede advertir cierto toque excesivamente adulador hacia la persona del conde y su señora, que acababa de llegar el día anterior a la ciudad, además también vitoreaba, de los pocos en la ciudad, al rey José I quien le había condecorado.

Casa del señor marques de Fuente Olivar

Joaquín Nueros era marqués de Fuente Olivar y regidor de la Sitiada. A estos antiguos títulos que detentaba el marqués, el gobernador añadió el de alguacil mayor de la ciudad, era, sin duda, un premio por su adhesión al nuevo gobierno después de la rendición.

En agradecimiento, vistió o engalanó su casa-palacio que estaba situada en el Coso. Este palacete también era asimétrico, y el defecto fue corregido con tapices y unos

bastidores en los que se colocaron numerosos vasillos de luces de colores. También se formó una línea recta en la que ardían 250 candilejas y 500 luces de vasillos. A todo esto se le añadieron muchos faroles de cristal. Destacaba, colgando de un florero, una preciosa araña de cristal.

Administración general de Bienes Nacionales

Mariano Burillo, como prueba de afecto a su jefe, iluminó la frontera de su casa de una manera llamativa; Unas hachas de cera y una rica araña de cristal con doce luces colgaban en medio de cada uno de sus balcones principales. Los marcos de éstos aparecían iluminados por dos filas de luces en vasillos de colores que seguían su arquitectura.

Se levantaron arcos de hierbas y flores, debajo de ellas lucían unos rombos de duplicadas luces que hacían juego con el resto de la decoración. En medio de los balcones del centro, un aparador lleno de candeleros y jarrones de plata se elevaba un farol elíptico circundado de radios, y en el centro de la transparencia había un retrato del gobernador a caballo. En el zócalo que sostenía un farol destacaba una inscripción:

VENI, VIDI, VICI: LE CONTE DE SUCHET

En este caso, el mensaje solo glorificaba al gobernador, pareciendo como si en lo alto de la pirámide de la autoridad el gobernador Suchet hubiera destronado al rey de España José I.

Esta iluminación fue una de las más suntuosas de toda Zaragoza y agrupaba un total de 2.000 luces entre vasillos, hachas y velas.

Altar de vidrieros, estañeros y cedaceros

Seguramente que estos gremios, tan relacionados con la técnica y los materiales que se utilizaban en las iluminaciones, tuvieron trabajo e ingresos extras durante muchos días, por ello, agradecidos, también hicieron su contribución a las fiestas en honor de Suchet.

Estos gremios administraban, a su cargo, un altar en la calle de la Albardería dedicado a Nuestra Señora del Pilar. En el centro pusieron unas sedas y unas transparencias donde se leía:

VIVA EL EXCMO. SR GOBERNADOR DE SUCHET

El texto estaba rematado con un águila imperial que sostenía el escudo de Aragón. Formaban la iluminación muchas hachas, cirios, bujías de cera y un espejo de cristal.

El coliseo

En la noche del 17 la fiesta se traslada al teatro. Su fachada aparece iluminada con una multitud de farolillos de diversos colores. La entrada, la escalera y los corredores estaban alumbrados con hachas y faroles de cristal.

La sala estaba alumbrada por doce grandes arañas, con una multitud de bujías de cera en cada una. Frente a la puerta principal se dejaba ver un tarjetón trasparente en el que se leía:

VIVA EL EMPERADOR, VIVA LA EMPERATRIZ, VIVA EL REY

La cena, que se dio en el mismo teatro, estuvo iluminada por la luz de un gran número de bujías.

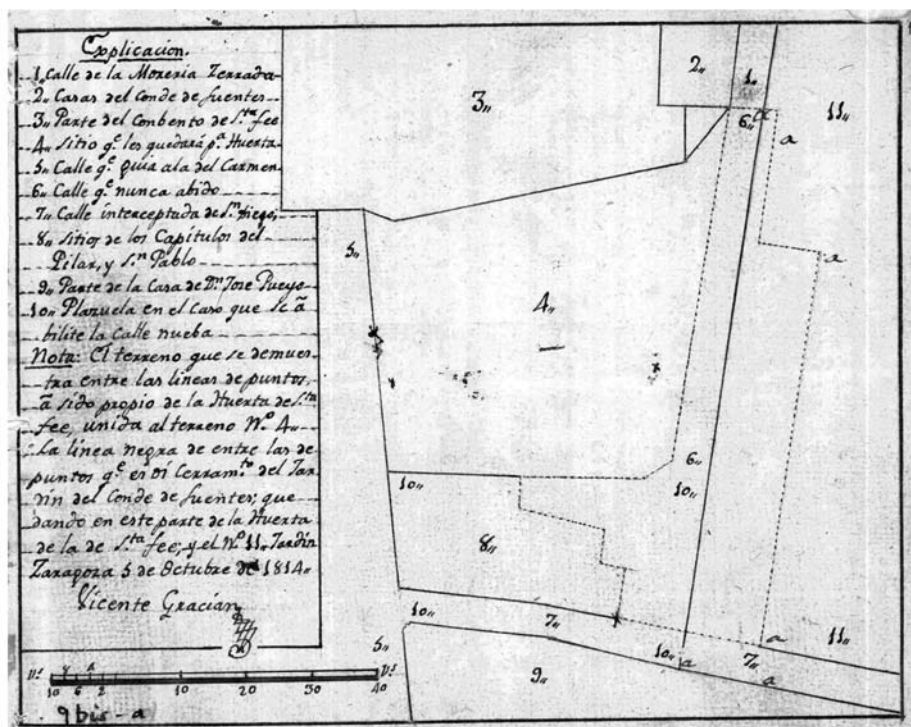
El palacio del gobernador

El día 18 Suchet, agradecido por la adhesión y afecto de sus súbditos zaragozanos, decide dar una fiesta en su palacio, éste será el último acto donde el gobernador agradecerá los esfuerzos de sus colaboradores, es como si les diera las notas finales por el examen de sus esfuerzos, la nota será de sobresaliente para todos.

En palacio, el retrato de Napoleón pintado por Luis Muñoz preside el acto. Todo aparece iluminado con ricas arañas de cristal y un gran número de cornucopias de dos luces. En el jardín se añadieron largas filas de árboles artificiales con faroles de cristal en toda la longitud de los andadores, cuyos márgenes estaban por uno y otro lado guarnecidos de candilejas. Unas grandiosas estrellas formadas por un gran número de lucecillas brillaban con fuerza y, de los árboles, esparcidos por el jardín, colgaban bombas y farolillos de colores. La barandilla de la escalera se coronó de grandes farolas de cristal y en el centro de la fachada lucía una transparencia con el mensaje final, el del propio conde Suchet dirigido a la ciudad:

¡¡EL CONDE DEL IMPERIO SUCHET A LA CIUDAD DE ZARAGOZA!!

Un testigo afirmará impresionado que “*es increíble la visibilidad que causaba una iluminación de 6.000 luces*”²⁵.



Plano de 1814 donde se dibuja parte del jardín del conde de Fuentes.

Otras

Hubo otras muchas más por la ciudad, aunque ciertamente más modestas que estas que hemos reseñado. Todas ardieron hasta pasada la medianoche en que el gentío se fue retirando, y eso a pesar de que la última noche se levantó un fuerte viento y las luminarias no pudieron brillar como la noche anterior. La luz del nuevo orden llegó a todas calles y callejones de la ciudad, y Suchet quedó, en las conciencias de los ciudadanos, impregnado de un brillante halo de autoridad que duró hasta después de su muerte.

INTERPRETACIÓN DE UN EXTRAÑO DOCUMENTO

Las fiestas se acaban, el gobernador ha decidido finalizar los actos satisfecho y consciente de que los gastos van a ser cuantiosos para la ciudad. Pero falta un acto final donde se manifieste quien manda en Zaragoza, él tendrá la última palabra y reúne a todos los corregidores de la ciudad en su palacio. Les ofrece una fiesta a tono con los actos desarrollados; iluminará su palacio, como hemos visto, y les da un banquete seguido de baile.

Es el día 18 por la noche, la cena ha concluido y el elevado a virrey hace un aparte con sus amigos y colaboradores españoles. Sólo ellos, ningún francés está presente. Junta a todo el ayuntamiento y los lleva a un salón al lado del jardín, las campanas de la ciudad dan la hora, son las 11 de la noche.

Desde allí, antes del baile, pueden ver emocionados el cartel lumínico que su gobernador les ha preparado:

“EL CONDE DEL IMPERIO SUCHET A LA CIUDAD DE ZARAGOZA”

El máximo poder de la ciudad agradece a ésta su entrega, pero los congregados, auténticos motores y organizadores de los eventos, entienden el mensaje de otra manera, en realidad piensan que Suchet les da las gracias a ellos, pues no en balde son los representantes de la ciudad.

Habían sido muchos días de trabajos y desvelos, no había dinero y movilizar al pueblo y las instituciones no era nunca tarea fácil. Todo había salido bien, el gobernador lo sabía y se lo agradecía, a ellos, sólo a ellos. El embrujo de las luces también les había hecho efecto. En ese momento eran sus súbditos más entregados. Comienza el baile y el general se marcha, ellos se quedan solos un rato más disfrutando del momento. Y en ese instante se les ocurre una idea que llevarán a cabo, redactan un documento curioso y extraño que se incorporará a los libros de actas de la ciudad (para su vergüenza).

Comienza la redacción y pasan lista; el corregidor Mariano Domínguez, Mariano Sardaña, Juan Romero, Mariano Castellón, Martín Díaz de Garchitorea, Juan Francisco Pérez, Anastasio Marín, Marías Castillo, regidores. José Cueca asesor y Manuel Burillo secretario. Terminada ésta ...la nada, no saben que decir o no se atreven, o quizás solo es un documento que certifica que ese día 18 de junio de 1810 estuvieron en el convite de Suchet. Al final, como un remedio, el secretario dice unas palabras intrascendentes “*todo se hallaba iluminado con la más exquisita proporción y el más bello gusto*”. Lo firman y este extraño documento de almas vacías o alucinadas pasará a formar parte del libro de actas de la ciudad de Zaragoza⁶.

LOS MENSAJES CON LUZ

Las iluminaciones que tuvieron lugar en Zaragoza bajo el gobierno de Suchet fueron un recurso teatral que se empleó de una manera masiva en la ciudad ocupada. Y aunque sabemos que siguieron haciéndose incluso después de la liberación, eso sí muy modestamente, tuvieron su momento más álgido y espectacular en aquellas fiestas que se le ofrecieron al virrey con motivo de la conquista de Lérida.

La histórica programación de las celebraciones españolas recoge una serie de actos que se repiten sin que apenas surjan novedades a lo largo de los tiempos. Desde el ceremonial de los Reyes Católicos pasando por los Austrias y acabando con los Borbones, las ceremonias públicas en España son casi siempre iguales: catafalcos, arcos triunfales, toros, banquetes, fuegos artificiales, paradas militares, danzas pastoriles, recepciones, misas solemnes, desfiles procesionales, salutación de los gremios, y muchas otras.

Por eso, cuando en la ciudad que había sido capital de un reino con un complejo ceremonial público perfectamente guardado y recopilado, además de recordado, surge y destaca muy por encima de toda la programación un acto tan especial como las luminarias y, formando parte de ellas, las transparencias con los mensajes publicitarios. No cabe sino pensar que la acción no es casual, que responde a otro tipo de interés, que su masiva presencia en las calles tiene su origen en un plan. En efecto, forma parte de un plan militar y de conquista, sólo que más sutil, pues el territorio a ocupar no es otro que el de las conciencias de la gente.

Este curioso instrumento propagandístico de las iluminaciones zaragozanas y sus peculiares transparencias con mensaje, de evidente origen teatral, intenta producir en el espectador un distanciamiento temporal de la vida cotidiana, mostrando así el inmenso poder de la autoridad, al mismo tiempo que los espectadores sufrían una confusión temporal entre la realidad y la ficción que reforzaba, más si cabe, el mensaje escrito: VIVA SUCHET. El efectismo de las luces y su ilusión visual, parecida a las realidades virtuales que ahora conocemos, atraía, capturaba y dirigía casi hipnóticamente todas las miradas de los espectadores, que, prendados por el hechizo, acababan por interiorizar los mensajes y, por tanto, la autoridad de la que emanaban. El arma de la propaganda había acertado letalmente en la conciencia-incoscienza de sus víctimas.

Nos encontramos, pues, ante un aspecto de la batalla psicológica que, dirigida por el gobernador, golpeó el alma herida de los aragoneses. Sólo hay que contemplar sus acciones de propaganda y más concretamente el mensaje resumen, la idea fuerza con la que se remataban las luminarias de Zaragoza, las transparencias con los VIVAS AL EMPERADOR, pero sobre todo VIVA SUCHET, el virrey por conquista de Aragón.

LA FINANCIACIÓN Y SU COSTE

Los estados mayores de los ejércitos estudian hasta el detalle la relación coste-eficacia de cualquier arma puesta en servicio durante la guerra. Por tanto, su uso masivo estará acorde con la eficacia demostrada en el campo de batalla.

Como en cualquier operación militar dedicada a convencer e imponer al enemigo la aceptación de dominio realizada por un ejército de ocupación, se empleará, aquí también, la munición mas precisa y letal. En este caso, serán las luminarias y su uso masivo una de las mejores armas de esta guerra psicológica que también vino a darse en la Zaragoza ocupada. Estas acciones de propaganda resultaron un arma eficaz y rentable para el ocupante, con unos costes inexistentes o tan escasos que fueron perfectamente asumibles por los contables de la guerra, puesto que quien los acababa pagando no era otro que el mismo enemigo al que estaba destinado a destruir y someter.

En el siglo XVIII la fiesta no es sólo una manifestación del poder, sino una imposición de éste. Por eso, a veces, el pueblo recelaba de los tremendos gastos del ceremonial público, no sólo se le exigía su presencia, sino que también éste acababa pagándolo de alguna manera. Un claro ejemplo lo vamos a ver con la financiación de las luminarias en la ciudad de Zaragoza bajo el dominio del gobierno de Suchet, donde a todos los ciudadanos se les exhortaba a que engalajaran sus casas e hicieran, ellos también, sus particulares y modestas luminarias, aunque las más exuberantes y caras acabaría siempre endosadas al ayuntamiento o la tesorería aragonesa.

LOS PAGOS DEL AYUNTAMIENTO

El virreinato de Suchet le daba un poder absoluto sobre toda la ciudad, era tan apabullante y explícito que será el propio ayuntamiento de la ciudad el que se adelante a los deseos de su amo. Tanto en los aspectos organizativos de los festejos, ayudado siempre por la policía, como en los referente a la financiación de los mismos de los que se hará cargo.

Solo hay que repasar el libro de acuerdos del ayuntamiento de Zaragoza en la temprana fecha de 1809 para observar cómo esta entidad era la que costeaba la totalidad de los gastos de las fiestas y celebraciones que en honor del gobernador Suchet: *“que se ilumine toda la ciudad y para que esta fuese más completa a costa del Ayuntamiento se iluminarán las casas del Exmo. gobernador Gral. Del Reino, las de Exmo.Sr. Gral. Arispe, y las de los Srs gobernador de la Plaza, Intendente Corregidor y palacio Arzobispal pasando las hachas necesarias para ello”*.

Pero esto no sería lo único extraordinario, quizás el detalle fundamental y sorprendente que caracterizará por excelencia la total sumisión lo podemos ver en esta misma página del libro de actas, un párrafo más abajo se lee *“Que respecto que no*

hay fondos para disponer en el día en la ciudad por no haber propios se satisfagan todos los gastos de los primeros que haian, y que quando no se pudieren reunir para satisfacerlos, se hagan a espensas de los sueldos devengados de los componentes del Ayuntamiento que para ello cedían gratuitamente”⁸.

Esta prodigalidad de los munícipes zaragozanos no es del todo sincera, puesto que el 12 de julio, acabados ya los fastos, manifiestan que no habían cobrado el sueldo del año pasado ni los seis meses de este, aún así se despacharon los libramientos por “*lo gastado en la iluminación y fiestas de entrada del Exmo. gobernador del Reyno*”. En el fondo, puesto que fue Suchet el que se preocupó de que los regidores pudieran cobrar sus sueldos, algo que hacían regularmente con la nueva administración, era una manera de devolver el favor a quien había hecho tanto por ellos. ¿Cómo iban a entorpecer u obstaculizar el homenaje al que, sin duda, veían encaramado en la cúspide del poder de la Zaragoza ocupada y que además les pagaba el sueldo?

De arriba hacia abajo, en la pirámide del poder, todos debían sumisión y todos se prestaron a llevar a buen término su tarea; Mariano Domínguez el corregidor da las órdenes, los también corregidores Alejandro Borjas y Juan Romero se encargarían de los gigantes y cabezudos, el corregidor Mariano Castellón de lo concerniente a las hachas. Toda la maquinaria en marcha y al servicio de Suchet.

Quizás esta irresponsabilidad de los franceses con el pago de las celebraciones propició la abundancia de éstas y, como suele ocurrir, estimuló el abuso de las numerosas autoridades francesas que veían la ciudad como tierra conquistada incapaz de pedir responsabilidad alguna.

EL AYUNTAMIENTO PIDE AYUDA

Al año siguiente, tras las victorias de Suchet en Lérida y Mequinenza se organiza, para recibir al general francés victorioso, la que será la mayor ceremonia pública de toda la ocupación. Pero si un año antes las arcas municipales aparecían exhaustas la situación actual no había mejorado, y ahora la historia se repetirá con el añadido de que este recibimiento va ser muchísimo más caro por “*lo interesante y grande de la acción que se prepara*”.

La maquinaria administrativa y admirativa se pone en funcionamiento y traza un plan de acción para implicar a todo el mundo: al clero, la Audiencia, la Real Sociedad Económica de Amigos del País, los escolapios, los gremios, los cirujanos, los cuerpos de la ciudad. Los funcionarios. Todos son llamados a capítulo entre lisonjas y las evidentes amenazas de que se valorará el entusiasmo de su colaboración “*El*

Ayuntamiento tendrá la satisfacción de informar de los cuerpos e individuos que mas se distinguan en este servicio, creyendo no tendra motivo de hacerlo de los que se haian negado o escusado a el”⁹.

Al obispo Santander, además de recordarle el afecto que profesa a Suchet, se le pide que estimule el sacrificio de los buenos ciudadanos y *“que Ilustrísima excitara mui energicamente a todos los cuerpos eclesiasticos para que auxiliien con la maior cantidad posible para las fiestas del ingreso de S.E.”¹⁰.*

A la Real Audiencia también le piden, o más bien casi le mendigan, pues le dicen que *“recibiran con satisfacci3n cualquier cantidad”*. La Real Audiencia contesta enseguida y remite 25 Doblones al Regidor *“Para los fines que el Ayuntamiento indica”*.

A los escolapios, sin embargo, lo que le solicitan es la colaboración de su ingenio *“como maestros de letras humanas”*. Y aunque los aduladores escribieron más de 20 composiciones poéticas encumbrando al héroe Suchet, las Escuelas Pías, quizás recordando la muerte de Boggiero, se excusaron y no colaboraron en el homenaje, ganándose el enfado del obispo.

A los cuerpos (se refiere a los abogados, notarios, cirujanos, boticarios, comerciantes, corredores, incluido la Casa de Ganaderos y cereros): La misma intención, parecido mensaje; *“reunira el cuerpo y excitara a los individuos al apronto de la suma que les parezca”*. De todos estos cuerpos solamente nos consta la cantidad que donó el Colegio de Corredores Reales de Cambio que aportaron solamente 300 rls de vlln. *“A excepci3n de D. Eustaquio Berzosa que no quiso ofrecer ni contribuir en nada a un deber tan inexcusable de un buen español”¹¹*. Es difícil lo que hizo Berzosa en ese momento, ignoramos las circunstancias de la negativa y si le movía un interés patriótico de resistencia pasiva o no, pero la denuncia expresa de su acto nos inclina a pensar que así era.

También la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, cuya presidencia ostentaba el propio Suchet desde el 3 de enero de este mismo año de 1810, se vio en la obligación de contribuir a la celebración en honor de su presidente. Pero los fondos de la Sociedad estaban vacíos, y el secretario Diego de Torres tuvo que tomar 2.148 reales de la caja del Monte Pio de los Labradores que fueron empleados *“en poner arcos de enrramada y faroles”*. Posteriormente, tras la liberación de la ciudad por las tropas españolas, esta contribución a los fastos de Suchet le fue recordada al secretario Diego de Torres, quien tuvo que dar las consiguientes explicaciones¹².

Los funcionarios merecieron carta aparte del regidor José Ruiz. Esta tampoco tiene desperdicio, y va directa al grano. Para pagar los regocijos públicos apela a la generosidad de los ciudadanos, principalmente de los empleados (funcionarios) que por serlo están *“por consiguiente mas estrechamente unidos al interés del gobierno”*. Y por si éstos carecían de la voluntad necesaria manda a los empleados del ramo de la real hacienda *“para que lo ejecuten”*. Los funcionarios de hacienda recibieron el mensaje y efectuaron un prorrateo recogiendo entre oficiales y subalternos la no despreciable cantidad de 6.000 reales de vellón.

El poder, implacable, se manifiesta en toda su crudeza con este tipo de “peticiones voluntarias”, y por mucho que los cronistas hablen del éxito de las celebraciones y la adhesión al virrey, se infiere que la adhesión no era precisamente espontánea. Siendo esta falta de libertad uno de los mayores estímulos para que los espectáculos y ceremonias públicas programadas fueran tan perfectas e impactantes, pues su triunfo consistía en el control social y la adhesión de los atónitos ciudadanos que, de una manera u otra, acababan pagando fiestas ajenas.

Incluso el propio Suchet, como buen administrador que era, reconoció la demasía y decidió acortar las fiestas de junio en un día dado el enorme gasto que representaba. Su apologista Ased y Villagrama le endosará al generoso gobernador esta suspensión *“enterado de los sacrificios y satisfecho con las pruebas de adhesión y afecto determinó ahorrarles nuevos gastos e incomodidades”*.

EL PALACIO DEL GOBERNADOR. LOS GASTOS DE SU ENGALANAMIENTO

Ya hemos visto cómo las casas de las más altas instancias de la ciudad donde residía el poder se habían engalanado con primor; la del señor corregidor, la del señor intendente, la del arzobispo, la del señor administrador de Bienes Nacionales, el Cabildo o el mismo palacio del gobernador, debieron afrontar una serie de reformas, obras, pinturas, traslados de muebles, preparativos sin duda muy costosos. Todos ellos acabarán siendo sufragados, de una manera u otra, por la ciudad. O como ocurrió con los gastos extraordinarios de las funciones que se han celebrado en casa del gobernador, éstos serán endosados a la tesorería de la policía que los pagará puntualmente.

Afortunadamente, el archivo de la Diputación Provincial nos va a permitir conocer hoy todos los gastos que se realizaron en casa del gobernador con motivo de estas fiestas, puesto que en sus dependencias se guardan las cuentas, con sus recibos co-

rrespondientes, de la tesorería de policía de los años 1810-1811. A través de ellas, podremos ver el tremendo esfuerzo práctico, artístico y económico que supuso la preparación del palacio del gobernador para agasajar a sus colaboradores más directos, tal y como ya lo contamos anteriormente.

Las primeras cuentas que aparecen son las relativas a los gastos del arquitecto municipal Joaquín Asensio. Este funcionario va ser el director técnico de esa gran tramoya en que se había convertido la ciudad de Zaragoza en aquel mes de junio de 1810. Su nombre aparecerá numerosas veces en todos los aspectos relacionados con el Ayuntamiento y los fastos, él es, sin duda, el responsable de trasladar los deseos y los conceptos visuales y estéticos de las autoridades a las calles y palacios de la ciudad. Por estos desempeños y desvelos, gran parte del éxito del complejo ceremonial de aquellos días habrá que atribuírselo a Joaquín Asensio. Organizar las luminarias, colocar y diseñar los adornos, conseguir los materiales, coordinar los distintos gremios de albañiles, carpinteros, herreros y hacer que todo estuviese preparado y a punto en no más de 10 días, es sin duda una tarea difícil y digna de encomio que habla por sí misma de la capacidad técnica de este arquitecto municipal.

Las cantidades que éste satisfizo desde mayo de 1810 hasta septiembre de 1811 en las “funciones de casa del gobernador” son las siguientes:

31 de diciembre de 1810	5.953,27 reales de vellón
31 de enero de 1811	306 reales de vellón
14 de marzo de 1811	3.720 reales de vellón
17 de septiembre 1811	6.584, 19 reales de vellón
Total	16.563,46 reales de vellón

Como hay muchos otros gastos amparados por los recibos correspondientes nos va a permitir conocer no sólo cuánto se pagaba, sino a quién y por mor de que.

Por la casa del gobernador van a desfilar todos los gremios de la ciudad, con su trabajo van transformando a este viejo palacio con jardín en algo distinto, magnífico, deslumbrante y misterioso. Haciendo que la tramoya transforme la realidad de las viejas paredes en un sueño, donde lo único real es el poder que lo habita, esa era su función:

- Dos artesanos polvoristas, Joaquín Gonzalbo y Miguel Dieste, recibirán por su colección de fuegos artificiales, importante a tenor de los costos, la cantidad de 960 r.v. para uno y 634 r.v para el otro.
- Tomás Llovet construirá el modelo de estatua que representa el triunfo y poder, la escultura se situará en el salón agregado al jardín del conde de Fuentes. Su precio fue de 140 reales de vellón.

- El bastidor de bordar hecho por Manuel Miñotay costará 166 r.v.
- Cuenta de 4.000 “candiletas” que mandó hacer Joaquín Asensio a Lorenzo Blasco 941 r.v.
- Cuenta de 2.000 “canuticos” para la iluminación de cera del jardín de su excelencia, 320 r.v. para Manuel Corral.
- Cuenta de 2.000 “canuticos” de hojalata para la iluminación de casa de su excelencia a razón de 3 dineros cada uno. 1.800 r.v. serán cobrados por Miguel Ferruz.
- Yerro para el bastidor 74 r.v. de Juan Estea y Hernández.
- Jarras de colores, papel, dos libras de trementina, cordel de Pedro Ponzano 130 r.v.
- Colores para la iluminación, araña, pez, índigo, 108,17 r.v. de Pedro Ponzano.
- Clavos, tachuelas, estopa 14, 6 r.v. a Manuel Clos

Todo esto más la mano de obra sumarán la cantidad de 9.963,27 r.v., que se pagarán en diciembre de 1810. Como podemos ver, gran parte de los gastos estaban relacionados con los efectos lumínicos como los fuegos y las luminarias, apuesta escénica que tanto le gustó al señor gobernador por su gran efecto propagandístico.

Estas cuentas, además de hacer un repaso a los artesanos de la ciudad de los cuales tenemos sus nombres y apellidos, vienen a refrendar la verosimilitud, muy cuestionada por alguno, del relato de Assed y Villagrasa pues las cifras que ofrece son exactas; del palacio del gobernador comentará: “*es increíble la visibilidad que causaba una iluminación de 6.000 luces*”.

Aquellos fastos de junio en honor del general gobernador nunca más fueron igualados en medios e intensidad en toda la ocupación (incluso la entrada del Rey Fernando en la semana santa de 1814 fue mucho más modesta en los medios puestos en el ceremonial), mas la ocupación continuaba, y el palacio del gobernador prestó sus aposentos a muchos otros eventos a los que la eficaz tesorería de la policía debía hacerse cargo de su coste. Así:

- El 20 de enero de 1811 se celebra un baile en el palacio, el pago de los carpinteros por poner iluminación y un araña sube a 360 r.v.
- Se compra un tocador a Josef C. Borrel por 140 r.v.
- La noche del 26 de febrero se quemaron fuegos artificiales del polvorista Miguel Dieste, el costo será d 3.720 r.v. que serán pagados por la tesorería de la policía el 14 de marzo.
- El 15 de marzo, con motivo de las carnestolendas, el gobernador da otra fiesta y se adorna el palacio con flores; tres ramos, tres rosas y una guirnalda que costarán 72 r.v., siendo Mariano Llanos el que las suministra.

El 24 de agosto el gobernador celebra una fiesta en honor del hijo del emperador, y de nuevo hace un esfuerzo para impresionar a sus súbditos. El calor de agosto y la numerosa concurrencia que se esperaba consiguen que se monte una tienda de campaña en el jardín. Pintores, carpinteros, sastres, herreros, carros de mulas y albañiles trabajan sin descanso desde el día 22. Otra vez los artesanos y gremios facturan sus trabajos al gobierno:

Hay iluminaciones con “torcidas de basos” y candilejas. Incluso se prepara “un niño para la cuna” que cobrará 1 real.

- Cuerdas, cordel, cabos de Joaquín Layo
- Aguarrás, vermellón, harina, miel, esencia las suministra Pedro Ponzano
- 8 arañas y cristales de Manuel Corral
- Arboles de araña, floreros a Vicente Fonz
- Aserradores de Manuel Clos
- Escarpías, clavos, azuche, abrazaderas, yerros, punzones, de Gregorio Santos
- Telas, trezaderas, piezas de Canut
- Clavos, tachuelas, escarpías, yerros, puntas las compran a Zacarías Iñigo

Todo estos trabajos y suministros para la casa del gobernador se pagarán en el mes de septiembre y tendrán un costo de 6.984,19 reales de vellón.

En esta lista de suministradores aparecen algunos de los nombres que ya habían colaborado en junio del año pasado, pero también hay otros nuevos, lo que nos hace pensar en que había cierta competencia en los gremios de la ciudad. No obstante, para tener una actividad o tienda abierta todos debían haber solicitado los permisos pertinentes al gobierno.

OTRAS FIESTAS, OTROS AÑOS

Los ejemplos se repetirán años tras año durante la ocupación. En agosto de 1811, seguramente preparando la fiesta de san Napoleón, se ordena desde el ayuntamiento que se ilumine “*perfectamente y con magnificencia*” la casa del jefe de Estado Mayor Saint Cyr Nougés. Para tal efecto se manda que se le dé el caudal que pida al arquitecto Joaquín Asensio.

Al año siguiente ocurre igual, el nuevo regidor Perea se vuelca en la adulación hacia sus amos y ordena que *A las ocho y media de la noche, un vistoso árbol de*

fuego delante del palacio de S.E. precedido por una porción de fuego y una inscripción de transparencias que dirá:

ZARAGOZA AL GOBERNADOR¹³

En septiembre se pasaron las cuentas de las iluminaciones que se hicieron los días 14, 15, 16, 24 y 25 de agosto. Estas serán presentadas en el ayuntamiento por el comisionado Joaquín Asensio, su importe asciende a la cantidad de 2.700 reales.

En el mismo mes, otras autoridades francesas también endosarán, sin descaro alguno, sus recibos para que los pague el ayuntamiento. Este es el caso del mayordomo de la casa del general conde Reyle, quien pasará al ayuntamiento todos los recibos por un importe de 493 pesetas; donde se incluyen 168 libras de velas y bujías (una cantidad realmente importante) y otros gastos variados como son los “vasos de vino de Burdeos”. ¡Realmente el señor conde quería sentirse en Zaragoza como en su casa!

En agosto se pagarán 1.620 reales gastados en obsequio de su excelencia con motivo de su asistencia a la procesión del Corpus, asistencia que se limitó a ver sin participar, “*honrando las casas que la ciudad tiene en el mercado*”.

Pero para la administración municipal la gran cantidad de celebraciones y regocijos públicos que tuvieron lugar en las calles zaragozanas eran un motivo preocupante, puesto que las arcas no podían soportar tamaño despilfarro. Además, baste recordar que el año 1812 se le denominó el “año del hambre”, y, mientras la ciudad lo padecía, los generales franceses y la mayoría de los concejales se entregaban al buen yantrar sin que faltara el exclusivo Burdeos (tal y como hemos visto). En fin, privilegios del vencedor.

Mas la realidad se imponía, y las reclamaciones de pagos le lloverán al ayuntamiento; como la efectuada por Joaquín Gonzalvo artífice polvorista, que le reclama 680 reales por los fuegos que le mandaron hacer en septiembre de 1811. Este, en su petición, para agilizar el pago, intenta dar pena y afirma, mendicante, que como no ha cobrado lo quieren echar de la casa donde vive. Según esta factura vemos cómo estas fiestas acaban pagándose de un año para otro. Incluso en el libro de acuerdos de este año de 1812 aparecen las cuentas de la primera celebración o recibimiento triunfal de Suchet en Zaragoza con motivo de su triunfo en las batallas de María y Belchite. En este caso podemos ver cómo el retraso era algo más de un año; nada menos que tres anualidades separaban aquellos acontecimientos del año presente de las cuentas. Estas ascendían a la cantidad de 9.162 reales con 32 maravedíes. Al final siempre son los vencidos los que acaban pagando los triunfos franceses.

ESPAÑA SE ILUMINA PARA JOSÉ I

El uso de las luminarias como arma propagandística por los nuevos conquistadores no era algo exclusivo del gobierno del virrey Suchet. En toda España, esta técnica, antigua y efectista, se repetía, eso sí más modestamente, al servicio de la grandeza y encumbramiento del nuevo monarca José I.

Si le seguimos en alguna de sus andanzas veremos cómo las ciudades se iluminan a su paso intentando distinguirse y ofrecerse sumisas al primero de los españoles, como lo era, en aquellos días, el rey José.

Según los partes de la *Gaceta*, las primeras manifestaciones de esta índole nos las encontramos nada más atravesar la frontera de lo que iba a ser su nuevo reino:

Año 1808

Vitoria, 12 de julio

“La ciudad se ha esmerado en obsequiarle con vistosas iluminaciones y fuegos de artificio de mucho gusto, que por un corto rato ha presenciado S.M.”.

Vitoria, 13 de julio

“La ciudad le ha obsequiado esta noche con igual iluminación y diversos fuegos artificiales más lúcidos y vistosos, si cabe, que los de ayer”.

Briviesca, 15 de julio

“S.M. se ha retirado a trabajar, como lo hace diariamente, y en esta noche ha abido el pueblo de la fecha iluminación y fuegos de artificio”.

Burgos, 16 de julio

“En esta noche ha habido iluminación general de la ciudad”.

Curiosamente, a su llegada a Madrid el 20 de julio no se prodigaron este tipo de manifestaciones, quizás los sucesos y los muertos del mes de mayo habían debilitado el aspecto propagandístico de la ocupación sustituyéndolo por la represión. Al poder militar le cuesta valorar debidamente esta clase de guerra más sutil y su primera apuesta es la fuerza. No obstante, ese día, si se hizo algo curioso y poco sutil como fue arro-

jar dinero al poco pueblo congregado: “*Se esparció gran cantidad de moneda al pueblo que presenciaba dicha proclamación, también se dieron bebidas al público gratuitamente por generosidad del conde de Campo Alegre*”¹⁴.

Este hecho, por su aspecto humillante, pues se obliga a la gente a agacharse al suelo para recoger las monedas, fue más contraproducente para el poder que otra cosa, y sus beneficios hacia él resultaron más bien dudosos.

Pero volvamos a los viajes. Un par de años más tarde, en plena campaña de conquista de Andalucía, José I recibirá numerosos homenajes, en ellos las iluminaciones serán parte esencial de los actos de reconocimiento del rey. Incluso un periódico local atribuye la exclusividad de las luminarias a la condición de José I como la máxima autoridad del Reino: “*Como se titulaba rey de España hicieron poner esta noche iluminaciones públicas en toda la ciudad*”¹⁵. A iguales súbditos iguales costumbres y ceremonias.

Año 1810

Jerez de la Frontera, 31 de febrero

A Jerez de la Frontera llega el rey José I y su séquito, principalmente militar, el 31 de febrero de 1810. El pueblo, de creer al periódico oficial, le recibió con aclamaciones, repique de campanas e iluminación general.

Sevilla, 1 de febrero

Ante la proximidad de las tropas francesas, la junta de Sevilla se deshizo como un azucarillo en agua caliente: rápida y silenciosamente. Por tanto, José I tiene, en estas tierras, la oportunidad de emular a su hermano pequeño y conquistar por las armas un reino como el de Andalucía. ¡Al fin también él iba a ser respetado como militar! Los cronistas del rey dirán de esta campaña andaluza que para José I fueron sus momentos más felices en España.

El primer día de febrero el nuevo conquistador, como un auténtico “hombre de guerra”, hará su entrada triunfal en Sevilla al mando de sus tropas.

La ciudad expectante y rendida le hará los acostumbrados homenajes: “*Como se titulaba Rey de España hicieron poner esta noche iluminaciones públicas en toda la ciudad*”.

Sevilla, 19 de marzo

Era el “gran día” del nuevo rey, su onomástica, y las autoridades decidieron hacer de esta circunstancia un día señalado. La *Gaceta* lo calificará de *extraordinario* y cuenta como apareció iluminada la fachada de la casa grande de la plaza del Duque donde estaba el cuartel de las tropas españolas que servían a los franceses. Durante todo el día se homenajeó a su majestad con misa, te deum, salvas y recepciones a las autoridades. Hubo iluminaciones en toda la ciudad.

Domingo de Resurrección

El Rey permanecía complacido en la capital hispalense y las fiestas y recepciones se sucedían unas a otras sin cesar, en un claro intento de afianzar su poder, siempre tan menguado, ante los españoles y aun los propios franceses.

El ayuntamiento dio un magnífico baile en obsequio del rey, celebrándose en el Archivo de Indias, cuyos arcones de caoba se cubrieron de lienzos, después de adornarse los interiores con pinturas y luminarias.

Sevilla, 9 de agosto

La *Gaceta* dirá de ese día: “*El día 9 de agosto se recibió la nota oficial de la entrega de Ballesteros con el resto de su ejército, reconociendo el cambio del gobierno de Madrid, cuya noticia se anunció al público con un repique ruidosísimo de campanas desde las dos de la tarde hasta las tres y con iluminación general en toda la ciudad menos en casa del miserable conde Peñafior que por no gastar no encendió ni un mal candil*”.

Al igual que en Zaragoza, donde el ayuntamiento colaboracionista organizará la fiesta de recibimiento a Suchet, comunica al pueblo en general y a las instituciones involucradas en los actos que “el ayuntamiento observará a los que se distingan”. En Sevilla el conde de Peñafior no queda precisamente bien con el nuevo orden, ¡mala cosa cuando la prensa te señala ante el poder!

Sevilla, 13 de agosto

De nuevo la *Gaceta* comentará: “*Ha salido con tiro de posta un edecan del general francés sin duda a recibir al Sr. duque de Angulema, cuya entrada se anuncia para el día siguiente y se ven preparativos de adornos, iluminaciones, toros, &c. Y un magnífico alojamiento en el Real Alcazar*”.

Sevilla, 14 de agosto

Al final el duque de Angulema llega a la ciudad a las 9 de la noche con tres coches y solo un caballo de escolta. La ciudad le tenía preparado un itinerario que el duque se saltó, pues marchó directamente al real alcazar, quedando el pueblo, que le esperaba desde las 6 de la tarde, muy burlado. A veces el poder, como una manifestación del mismo, desdeña a los que se le inclinan y los desprecia. Esto hizo el duque.

“Llegó el duque de Angulema a Sevilla. Las iluminaciones y adornos fueron vistosos. Hubo corrida de toros y fuegos artificiales”.

Sevilla, 15 de agosto

En toda España la fecha del 15 de agosto celebra la Asunción, pero esta celebración va a ser sustituida por el gobierno intruso por la de san Napoleón, que se venía festejando en todo el imperio desde 1806. Conquistados los cielos, al emperador sólo le quedaba por conquistar la totalidad de la tierra.

“El día 15 seguía la iluminación general menos en casa del conde de Peñaflor”¹⁶. (¡Qué fijación de la Gaceta con el conde!).

Año 1811

Madrid, 15 de junio

El rey Bonaparte volvió a entrar en Madrid, con tal motivo la corte se vistió de gala y por la noche hubo iluminación general.

Madrid, 15 de agosto

Es necesario recoger un hecho curioso, donde la luz artificial va ser la protagonista del espectáculo, para asombro y entretenimiento de los espectadores; acaeció en Madrid el 15 de agosto de 1811 día de san Napoleón.

El escenario era la plaza de toros y se pretendía que en medio de la corrida se situaran dos globos colocados en el ruedo al efecto. Al concluir el acto, de estos globos surgirían unas antorchas que iluminarían la cálida noche de agosto: *“Entonces de dos globos que en árbol estarán colocados al efecto, saldrán antorchas mil que harán que el circo parezca un estrellado firmamento”.*

Unir luz y toros, el espectáculo dentro del espectáculo. Todo era posible el día de san Napoleón hermano pequeño del Rey de España.

Mercader Riba escribirá de la capital josefina: *“Iluminaciones, espectáculos gratuitos, refrescos, toros, distribución de pan y dinero a los pobres se prodigaron. El pueblo de Madrid siguió divirtiéndose hasta rabiarse en las corridas de toros”*.

Valencia, 31 de agosto

Ese día el rey José I había llegado a Valencia para acogerse a los protectores brazos del mariscal Suchet. Este le hará una “entrada” plena y cargada de los efectos del ceremonial que él tan bien manejaba: entrada por la puerta de San Vicente donde lo recibieron el arzobispo, la municipalidad, Real Audiencia, tribunal de policía, y demás autoridades del Reino. Después, discursos y homenajes de obediencia.

La solemnidad del día terminó con una “vistosa y general iluminación” y entrada libre en el teatro. Como vemos, las costumbres zaragozanas no se le habían olvidado a su gobernador.

NOTAS AL CAPÍTULO V

- ¹ ASED Y VILLAGRASA, Isidoro, *Relación de las Fiestas que la Imperial Ciudad de Zaragoza ...*, p. 30.
- ² El autor confiesa en su introducción que aceleró la publicación de la obra “por satisfacer los deseos de mis compatriotas, y obedecer las ordenes de Ilmo. Ayuntamiento”. ASED Y VILLAGRASA, Manuel Isidoro, *Relación de las Fiestas que la Imperial Ciudad de Zaragoza celebró en los días 16 y 17 de junio de 1810*. Zaragoza, imprenta de Miedes. Fondos Antiguos Biblioteca de Aragón.
- ³ *Ibidem, cit.*, p. 82.
- ⁴ *Ibidem, cit.*, p. 125.
- ⁵ *Ibidem, cit.*, p. 181.
- ⁶ Libro de Actas Ayuntamiento n.º registro 1.525, folio 174 HMZ.
- ⁷ Libro de Actas del Ayuntamiento. 25-junio-1809. Registro n.º 1.525 HMZ.
- ⁸ *Ibidem*.
- ⁹ *Ibidem*, 15 de junio de 1810.
- ¹⁰ *Ibidem*.
- ¹¹ *Ibidem*, p. 151.
- ¹² Acta del 6 de junio de 1814 de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, caja n.º 804. Archivo de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País. Zaragoza.
- ¹³ Libro de Acuerdos, 17 de agosto de 1812. HMZ.
- ¹⁴ *Gaceta de Madrid* del 20 de julio de 1808.
- ¹⁵ MORENO ALONSO, Manuel, *Los españoles durante la Ocupación Napoleónica. La vida cotidiana en la vorágine, cit.*, p. 136. Málaga, 1997, Editorial Algazara.
- ¹⁶ *Gaceta de Madrid* agosto de 1810.

**EL TEATRO EN LA ZARAGOZA DE SUCHET.
LA ESCENA AL SERVICIO DEL PODER**

La lucha, que acabó con la apabullante victoria francesa en el campo de batalla, iba a tener su continuidad en el terreno sinuoso, difícil e impreciso de la conciencia y los sentimientos de la opinión pública zaragozana.

El gobernador Suchet y su rehala de autoridades colaboracionistas van a situar en este novedoso escenario de lucha toda una serie de armas y recursos propagandísticos a los que va a ser muy difícil hacerles frente, primero por su especificidad y segundo por lo abundante del tipo de munición psicológica empleada: uso continuo del ceremonial público, manejo y control del fervor religioso, seguridad y orden público, manipulación informativa, uso discriminado del poder con sus impuestos y autorizaciones, y, cómo no, con la puesta a punto de un gran programa de espectáculos públicos, como los desfiles militares, las fiestas de toros y el teatro. Sobre todo el teatro.

El ocupante necesitaba que los derrotados tuvieran la mente receptiva y abierta a la influencia del poder, para que así el control social fuera pleno y sin fisuras, de tal manera que no hiciera falta proceder con otro tipo de medidas menos sutiles, pero tan eficaces como la pura y dura represión policial.

El teatro va a ser, pues, un recurso demandado específicamente en su vertiente de diversión y espectáculo, destinado a alimentar los deseos de entretenimiento de una sociedad terriblemente golpeada y mutilada por una guerra que, además, había perdido.

El poder busca conseguir el impacto visual a través del lenguaje familiar y de alcance popular como eran los espectáculos teatrales, que producían en el espectador un distanciamiento de lo cotidiano, a la vez que lo sumergían en un mundo de fantasía donde se confunde la realidad y la ficción. Esta confusión intentará ser aprovechada para la penetración de la nueva ideología y su nuevo orden, incluso sin esta finalidad el teatro mostrará su fuerza distrayendo sin más al pueblo, con eso solo le bastaba para ser un arma eficaz y aprovechable.

Porque además, este instrumento de configuración de la opinión pública, actuaba sobre un pueblo mayormente analfabeto que no lee o puede leer y al que se le considera fácilmente influenciable. Un ejemplo lo tenemos en el teatro de Iriarte, muy representado en Zara-

goza, donde asume la doble misión de deleitar y educar en nombre del principio ilustrado del perfeccionamiento. El Diario de Zaragoza comentará de esta manera la reanudación de las representaciones en la ciudad: “*Deseoso el gobierno de Aragón de proporcionar a los habitantes de esta ciudad todo genero de alivio, a determinado la abertura del teatro, diversión probablemente la mas honesta, útil y propia de un pueblo culto e ilustrado*”.

La utilidad del teatro como cauce de influencia en la masa popular fue vista tempranamente por los invasores franceses no solo en Zaragoza, sino en toda España.

En Madrid, y dado que Carlos IV no concurría a los teatros públicos, puesto que sólo la caza le apasionaba, el nuevo rey José Bonaparte intentó ganarse el favor del pueblo, o, al menos, atenuar su malquerencia con un programa de teatro y toros a los que en muchas ocasiones asistiría personalmente: “*El 12 de febrero de 1809 S. M. asistió al teatro de Los Caños del Peral, en que se representó la comedia de Calderón intitulada Mañanas de abril y mayo, con sainete, tonadilla y bailes nacionales en los entreactos*”¹. La entrada fue gratis, y tan numerosa la concurrencia de espectadores que no hubo una sola localidad libre. El público, agradecido, aplaudió y dio vivas varias veces al rey que, al fin y al cabo, era el que pagaba, y el ayuntamiento le presentó unos versos donde la primera estrofa decía así:

“Cuando, señor, la corte de tu imperio
te ve asistir al templo de las musas
¡Oh, qué esperanza tan feliz concibe!
¡Oh, cuanto acierto á tu gobierno anuncia!

Justamente un año más tarde, el 9 de febrero de 1810, el rey José I entraba triunfante en Sevilla como resultas de su campaña andaluza, y, agradecido, mandó que se abriera el teatro Cómico que permanecía cerrado (la prensa adicta dirá que a causa de los anatemas del clero). Se representó “*La dama sutil*” y a ella asistió el propio rey, siendo la primera función gratis para el pueblo. Durante los descansos de la representación se repartieron versos de salutación, al igual que en Madrid, dirigidos a su majestad.

Realmente, la temporada teatral de 1810 en Madrid fue intensa y brillante, y las compañías ofrecieron al público, en un alarde de auténtico eclecticismo, comedias del Siglo de Oro y obras modernas como las de Moratín o Jovellanos.

Estos dos ejemplos anteriores no hacen sino confirmar el gran interés del rey José I por el teatro, fruto de esa inclinación subvencionó con 20.000 r.v mensuales al coliseo del Príncipe, y gratificó a varios cómicos famosos entre los que se encontraba Isidoro Maiquez. Otro ejemplo de este apoyo es el decreto del 29 de mayo de

1810, por el cual mandó colocar en el proscenio de los teatros del Príncipe y el de la Cruz los bustos de Lope, Calderón, Guillén de Castro y Moreto.

El 31 de mayo José I nombró una comisión para aumentar el repertorio de las obras y trabajar en el “*adelantamiento del arte*”, los dos primeros de la lista serían los conocidos Leandro Fernández Moratín y Juan Meléndez Valdés. La contingencia de la guerra deshizo los planes de José Napoleón y tanto éste como Moratín tuvieron que abandonar Madrid antes de lo pensado, pero su protección al teatro quedó patente con estos gestos ya comentados y con la evidencia de sus dos decretos.

También en Francia el emperador usaba del arte escénico para realzar su poder. Con motivo de su casamiento con la emperatriz María Luisa decretó que todos los teatros imperiales hicieran representaciones dramáticas durante los meses de marzo, abril y mayo. Y es que la fe en la cultura era un aspecto ideológico que emanaba de la revolución, la cual entendía que sus prácticas debían de ser dirigidas por el poder, buscando su orientación y desarrollo con vistas a la felicidad pública, sólo que en este caso su finalidad no será el bien público, sino la del gobernante.

Pero volvamos a Zaragoza; en la ciudad se daba la oportuna circunstancia de que había un magnífico teatro público que apenas había sufrido daños, y también existía una completa compañía cómica para representar, a la espera de que alguien como el gobernador los pusiese a trabajar para solaz de los zaragozanos y los sibilinos intereses de la ocupación. Así se hizo, ¡y de qué manera tan intensa!

EL TEATRO EN ZARAGOZA

La existencia de un teatro en la ciudad se remonta al mismo momento de su fundación por los romanos, desde entonces la vieja César Augusta contará entre sus edificios principales un teatro de argamasa, cuyos restos pueden ser visitados hoy casi 2.000 años después de su construcción.

Tomás Ximénez de Embún, secretario municipal de la ciudad a principios del siglo XX, constatará en su obra “*Antigua Zaragoza*” que la gran afición de la ciudad por las artes escénicas viene de lejos: “*El pueblo zaragozano ha sido siempre muy aficionado á los espectáculos teatrales; prescindiendo de las fiestas palatinas que en el siglo XIV tenían lugar en la Aljafería y de que nos habla Jerónimo Blancas en su libro de Coronaciones, consta que mediado el siglo XV estaban muy arraigadas en Zaragoza las representaciones de farsas y autos sacramentales*”².

Las representaciones antiguas en la ciudad estarán ligadas a fechas señaladas del calendario litúrgico, por las actas concejiles sabemos que era cosa corriente y usual que el día del Corpus se representaran entremeses pagándose 30 sueldos y comida a los juglares, siendo, a veces, el propio arzobispo de la ciudad el que proponía estas representaciones o entremeses.

El teatro también servirá para conmemorar cosas muy diversas; así en el año de 1492 con motivo de la llegada de los Reyes Católicos a la ciudad, después de la toma de Granada, se efectuó una representación de su triunfo frente a la puerta Cinegia, y cuatro años más tarde, para animar al pueblo que se encontraba abatido por las consecuencias de la peste, ordenaron los jurados que se hiciesen representaciones en los puntos más concurridos de la ciudad.

Lo acendrado de la afición por las representaciones teatrales explica que en el año de 1590 hubiera en Zaragoza dos teatros “estables”; el del Concejo y otro nuevo el del Hospital de Nuestra Señora de Gracia. Y es que para el mantenimiento de esta gran obra aragonesa del hospital, iniciada por Alfonso V, se le concedieron una gran cantidad de privilegios, entre los que se encontraba la explotación del teatro, siendo esta concesión una de las actividades que más rendimiento le producía al hospital.

En 1598 se construye una nueva casa de farsas permitiendo asistir a las mujeres a las representaciones. Este nuevo edificio mantuvo su actividad durante un siglo, hasta que en el año 1698 se reedificó de nuevo, y en 1745 se concedió licencia para poner “botillería”. Ximénez de Embún comentará en su libro sobre la antigua Zaragoza como siguen las reformas del teatro, y en el año 1769 se levanta una nueva planta en el coliseo del hospital haciendo de él “*un verdadero teatro a la moderna, con sus lunetas, palcos, galerías y cazuela*”. Un año más tarde el teatro causará un gran alboroto a la ciudad cuando la famosa cantante Paca Ladvenat se niegue a salir al escenario en el martes de carnestolendas del año 1776.

El 12 de noviembre de 1778 la ciudad contempló espantada e impotente cómo las llamas destruían su teatro de la comedia a la vez que la vida de 77 espectadores. Faustino Casamayor alabará 10 años después la estética de este antiguo escenario teatral “*Cuya hermosura jamás podrá tener este, al paso que su memoria será triste para Zaragoza*”⁴.

Pero una ciudad de la impronta de Zaragoza no podía permanecer sin este fundamental servicio, tan demandado por la sociedad, como era la representación teatral, por lo que el ayuntamiento comienza a trabajar de inmediato en un nuevo teatro que haga olvidar el siniestrado y sea digno de la capital del viejo reino aragonés.



Para despachos de oficio quatro mfs.

SELLO CUARTO, AÑO DE
MIL SETECIENTOS NOVENTA
Y SEIS.

Tarifa de los precios que se han de pagar en las Entradas
y Asientos del *Theatro Provisional* de esta Capital en
el año presente de mil setecientos noventa y seis.
Red.º mayor, Don

Entrada de cada Persona en las Comedias diazias.	2
En las Comedias de Magia con transformaciones, buclos, Escotillones &c.	3
En las Comedias de aparato en diaz de Berama nos con Iluminacion de Cera en todo el <i>Theatro</i>	4
En las Comedias y Operas de musica	3
Las Lunetas principales p.º abono, dos de entrada y dos de Asiento	4
Lunetas principales diazias sin abono, dos de entrada, y dos de Asiento	5
Luneta de Grada abonada, dos de entrada, y uno de Asiento	3
Lunetas de Grada diazias sin abono, dos de entrada y dos de Asiento	4
Luneta de Mueca abonada, dos de entrada, y uno de Asiento	3
Luneta de Mueca diazias sin abono, dos de entrada y dos de Asiento	4
Palco abonado, a mas de los dos reales de entrada por Persona	12
Palco diazias sin abono, a mas de la entrada	4

Precios de las entradas al teatro en 1796.

EL NUEVO TEATRO PRINCIPAL

La ciudad había decidido dotarse de un nuevo teatro que sustituyera al del hospital. A tal efecto, el ayuntamiento comisiona al caballero capitular Vicente Ibáñez de Aoiz y Ciprés para que lleve a cabo la realización del mismo. Este encargará el proyecto y las obras a los hermanos Agustín y Vicente Gracián que eran arquitectos municipales y, a su vez, académicos de San Luis (Agustín ya había ejecutado con gran acierto la remodelación del palacio arzobispal unos años antes).

El teatro será sólidamente construido en forma de herradura siguiendo el modelo de los de Madrid, Barcelona o los Reales Sitios (Aranjuez). El lugar elegido para su ubicación es el de un antiguo solar donde estaban los llamados “graneros de la ciudad de cebada y paja” situado en plena calle del Coso, una de las más principales de la ciudad.

Sus dimensiones van a ser considerables y su capacidad de 1.600 personas serán suficientes para las necesidades de la ciudad durante siglos. Las medidas de seguridad serán importantes, pues permanecía en el recuerdo de todos el desgraciado incendio que costó tantas víctimas, por eso se construye con 4 accesos distintos para el público y otro, separado, para los cómicos, además se diseñan unas anchas escaleras “*para evitar todo tropel y confusión*”.

Las obras del nuevo proyecto se ejecutaron con bastante celeridad y así, tan sólo 11 años después del incendio del primero, se pudo inaugurar el 25 de agosto de 1799 este magnífico teatro que todavía hoy, doscientos años después, presta su servicio imperturbable en el tiempo.

Mientras el nuevo coliseo se estaba construyendo, y dado que la demanda de este género de espectáculo era muy alta, en la ciudad se habilitó uno de circunstancias en una casa de Manuel Oña en la calle de Zaporta, n.º 26, junto a la Seo. La licencia para representar se le había concedido a Carlos Vallés y la obra elegida fue “El mayor monstruo, los celos”. Casamayor comentará el éxito de esta obra “*lo esperaban con ansias y la gente acudió en gran número por bastantes días*”.

Al poco tiempo y como esta casa no ofrecía las mínimas condiciones aceptables, se habilitó otro con madera, cañizos y cartón en la Lonja capaz para cuatrocientas personas⁵. Efectivamente, el 11 de febrero de ese mismo año de 1790, el ayuntamiento, después de un tira y afloja, concedió por fin la autorización para actuar en la Lonja, siendo el impulsor de esta medida el capitán general de Aragón Félix O’Neill, y la primera obra ofrecida en este nuevo escenario fue “Afectos de odio y amor”.

Cinco años más tarde la Lonja seguía siendo el único espacio teatral disponible en la ciudad y con la obra “El tetrarca de Jerusalén” las entradas, muy demandadas, “*subieron lo que no había subido nunca*”.

En estas fechas, el tramoyista Vicente Martínez adaptará otro espacio para las representaciones teatrales que llevará el nombre de “Casa de la Farsa”.

En 1797, a punto de finalizar las obras del nuevo teatro del Coso, la producción teatral alcanzó unas cotas altísimas dándose funciones todos los días de la semana. En lo que va de finales de enero a finales de febrero (treinta y cinco días) se representaron en el teatro provisional un total de veinte obras distintas, intercalando una comedia de magia que se repitió varias veces.

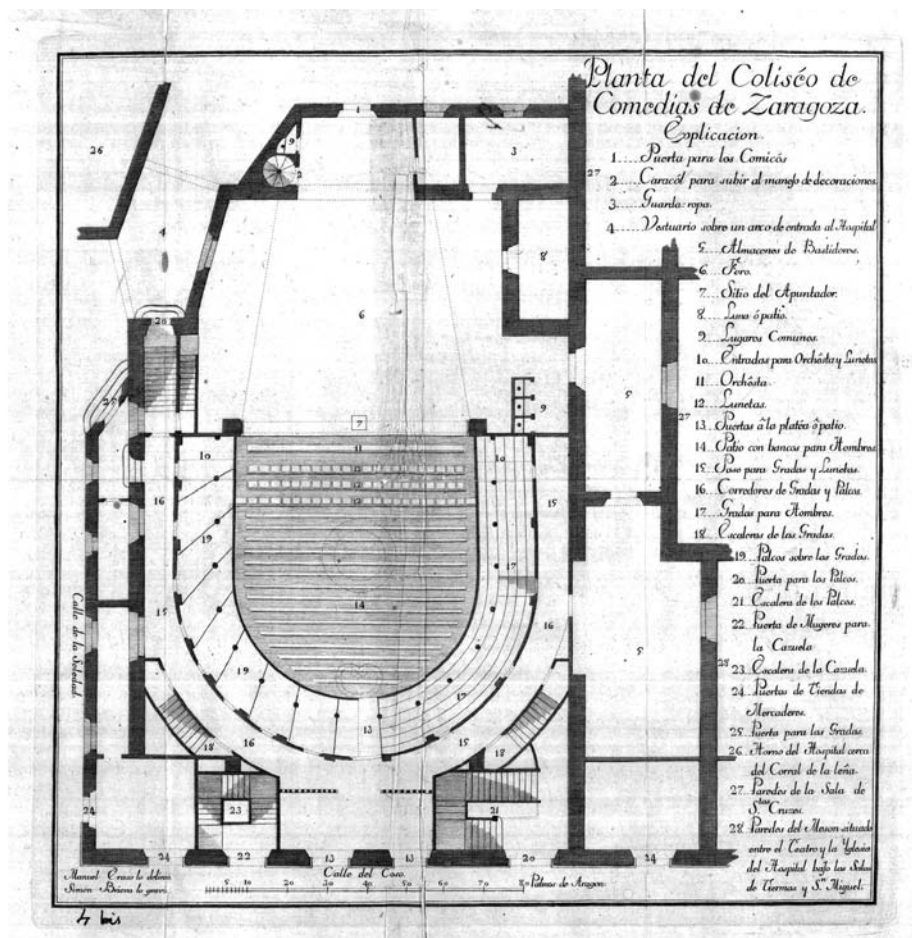
Las funciones, según se deduce de los precios de las entradas, eran variadas y alteraban los géneros: había “comedias diarias”, “comedias de Magia”, “comedias de aparato”, “comedias y operas de música”, la oferta era amplia y los precios muy similares a los que se cobrarán en el nuevo teatro, cuyas obras estaban concluyendo y que por su interés vamos a reproducir.

Todos los días había función a las 4 de la tarde y las obras apenas duraban dos días en cartel, sólo el espectáculo de magia logró sostenerse toda una semana.

Las obras elegidas eran definidas como comedias, comedias jocosas o piezas modernas y entre los autores nos podemos encontrar a Calderón, Lope o Moreto, aunque los más representados eran Tomás de Iriarte y Luciano Francisco Comella.

Algunas obras se dividían en dos partes que se representaban en días consecutivos, y a veces, en una misma función representaban dos obras. Muchos días la función se anunciaban con saynete y tonadilla. También se proclamaba que, en los descansos, se bailarían distintas piezas como boleros, alemanda, guaracha o minué afandango.

La compañía cómica titular de Zaragoza era, en esas fechas, la llamada “compañía de Adrade”, tomando ésta el nombre de su empresario Alfonso Adrade. El cuadro de actores estaba compuesto por diez damas, siete galanes, tres graciosos, dos barbas, tres apuntadores (llama la atención el alto número de apuntadores, pero dado que se cambiaba el libreto de un día para otro esto es muy normal), dos tramoyistas, dos músicos, un pintor y un guardarropa⁶.



Plano del teatro desde la calle del Coso.

LAS REPRESENTACIONES

Las obras representadas desde el martes 24 de enero de 1797 hasta el 28 de febrero del mismo año son las siguientes:

Enero

“*El amor constante, o la olandesa*”, autor Guillén de Castro con saynete y tonadilla.

“*El señorito mimado*”, pieza moderna de Tomás de Iriarte, con saynete y tonadilla.

“*Antes que todo es mi dama*” de Calderón.

“*El amante generoso*”, pieza moderna. Autor Gaspar Zabala y Zamora.

“*La bella inglesa Pamela, en estado de soltera*”, pieza moderna. Autor, Goldoni.

Febrero

“*La esclava del negro ponto*”. Autor, Bruno Solo de Zaldivar y Luciano Francisco Comella. Se baylara el bolero.

“*Sitio y cerco de Zamora*”. Se baylara el Bolero.

“*El hombre singular*”, pieza moderna. Autor, Luciano Francisco Comella.

“*La hija del ayre*”. Autor, Pedro Calderón.

“*La piedad de un hijo vence la impiedad de un padre, real jura de artaxerxes*”. Autor, Pedro Bazo.

“*La moscovita sensible*”. Autor, Luciano Francisco Comella.

“*El mas valiente francés el mariscal de Viron*”. Autor, Juan de Maldonado.

“*De fuera vendra que de casa nos echara*”. Autor, Agustín Moreto.

“*La tia y sobrina*”. Comedia Jocosa. Se baylara Bolero.

“*David perseguido*”. Autor, Lope de Vega.

“*La prudente Abigail*”. Autor, Antonio Enriquez Gómez.

“*Alberto primero y Adelina*”. Autor, Antonio Valladares de Sotomayor.

“*El hombre agradecido*”. Pieza Moderna. Autor, Luciano Francisco Comella.

“*Ceder la novia y dar dinero encima*”. Saynete.

“*El honor mas combatido, y cruel emperador de Roma*”. Autor, José Concha. Se baylara la guaracha y la alemanda.

“*La virtud premiada y el verdadero buen hijo*”. Autor Tomás de Iriarte. bolero y alemanda.

Espectáculo de magia:

“*El magico Servan*”, comedia de magia. La señora Martina Iriarte cantara una primorosa Coratina.

Por fin, en 1800 se abandona la Lonja y la casa de la Farsa y la ciudad puede asistir a las funciones en el deseado nuevo teatro que ya está preparado y, como dice Casamayor, “*pintado al fresco muy hermosamente*”.

La compañía teatral de Alfonso Adrade, que tanto había representado en 1797, acabará siendo sustituida por la de empresario Angel de Gea que, a su vez, será sustituida en 1800 por la formada por Francisco Garcilaso. Esta compañía estaba formada por 32 personas y era muy similar en su estructura y composición a la ya conocida de Adrade.

La compañía de Garcilaso inauguró la cartelera del teatro, en este primer año del siglo, con la obra del gran autor español Calderón de la Barca: “*Casa con dos puertas mala es de guardar*”.

Durante estos primeros años del siglo XIX hasta 1808 en que llegó la guerra, el teatro sigue representándose en la ciudad con normalidad y las compañías escenifican principalmente comedias, salvo alguna excepción como la del mes de abril de 1807, en que se estrena la obra “los amantes de Teruel” de Juan Pérez de Montalbán.

El mismo año de la guerra de 1808, durante los carnavales, el teatro se sigue representando en Zaragoza y “*la función se repetía con mucho concurso*”.

La guerra se acercaba inexorablemente, pero mientras tanto el pueblo seguía divirtiéndose y llenando el nuevo espacio teatral que la ciudad se había dado.

ROMANINE Y PICULIN

El recién inaugurado coliseo no era el único espacio teatral de la ciudad, pues conocemos la existencia de un teatro cómico que también ofrecía otro tipo de diversión. En él, el equilibrista italiano Romanine y su compañía brindaban otro espectáculo distinto del clásico teatro y que, al parecer, también contaba con gran aceptación del público zaragozano.

El día 15 de febrero de 1807 se estrenó en esta ciudad el espectáculo de Romanine al que no acudió mucha gente. El espectáculo consistía en acrobacias y funambulismo en maromas y alambres, siendo acompañados por la música de su propia compañía.

Romanine repite el 17 la actuación sin que el público lo arrope, por lo cual el día 19 lleva su espectáculo al Teatro Principal.

Como las cosas no marchaban y el público no acudía según sus deseos, Romanine invita a otro equilibrista, de nombre Piculin, a incorporarse a su función. Se presentan el día 22 de febrero y esta vez sí que el público acude en masa atraídos por estos arriesgados equilibristas.

El 1 de marzo repiten sus habilidades en el teatro y los días 3, 5 y 8 se repiten las funciones ante un numeroso público “*sacando mucho dinero*”. El día 10 será la última actuación en el teatro, que se llenó, a pesar de coincidir la actuación con la fiesta religiosa de la cuaresma.

Conforme avanzaba el año y la mejoría del tiempo era evidente, estos dos artistas, vista la gran acogida que el público de Zaragoza les había dado, montan su espec-

táculo el 5 de abril en la plaza de toros al que acudió mucha gente. El 15 del mismo mes repetirán la función con igual éxito.

La compañía de equilibristas dará el día 23 de abril, patrón de Aragón, uno de sus espectáculos de mayor éxito. Casamayor contará cómo Romanine y Piculin lucieron todo tipo de equilibrios y destaca el número de Piculin, “*que tuvo la valentía de bajar la plaza por la maroma de un lado a otro, lo que jamás se había visto ni se pensaba se hiciese, aunque lo habían ofrecido, cuya particularidad hizo se llenase la plaza y sacar mucho dinero*”⁷.

El día 30 compartirán el espectáculo con una novillada que se ofrecerá en el coso zaragozano, y el 5 de mayo en la plaza habrá, de nuevo, corrida junto con la actuación de Romanine y Piculin.

La pareja, de gran éxito en la ciudad, acabará separándose, pues unos meses después, en septiembre, sólo se anuncia la actuación de Piculin, que sacará muchos miles de reales según apunte del cronista Casamayor.

LAS REPRESENTACIONES TEATRALES DURANTE LA OCUPACIÓN

Ya hemos visto que en Zaragoza había, desde finales del siglo pasado, una compañía de comedias estable y permanente. Era un servicio más que ofrecía la ciudad y distintas empresas se sucedían en su compromiso: la de Adrade, Gea o Garcilaso.

Como tal servicio, fijo y estable, sus componentes formaban parte de la vida cotidiana de la ciudad donde trabajaban, por lo que también celebraban sus fiestas y tenían su patrona que era Nuestra Señora de la Novena, y se celebraban los días 20, 21 y 22 de septiembre.

Gracias a Casamayor conocemos las fiestas patronales que la compañía de la Comedia celebró en el año 1807 en la iglesia del Carmen (antes las celebraban en la de San Gil).

El día 20 se dio principio a unas solemnes vísperas que fueron cantadas por la llamada “Capilla de Música de la Seo” acompañando a esta la orquesta de teatro que entonaron una “*hermosísima Salve estando todos los cómicos con velas en las manos así hombres como mujeres*”.

Al día siguiente, la función fue con misa solemne cantada y un sermón a cargo del reverendo Mariano Sola, doctor teólogo. A la noche salió un rosario con tres coros de escolantes que cantaron varias avemarías compuestas por el director de orquesta de la compañía; los cómicos asistieron con hachas que escoltaban al cuadro de Nuestra Señora de la Novena, y el rosario transcurrió por las calles de la ciudad hasta las 10 de la noche.

El 22 de septiembre se celebró una función de difuntos con un Aniversario, cantado con toda la orquesta, y a continuación un sermón del mismo predicador. La iglesia, a la que concurrió mucho público, tuvo una iluminación especial colocándose 5 arañas de cristal.

Unos meses después llegó la guerra, y con ella los dos tremendos sitios que la ciudad tuvo que soportar con su añadido de muerte y destrucción, el teatro sufrió algún daño y los componentes de la compañía, como cualquier otro ciudadano, se dedicaron a luchar y sobrevivir en el desastre. Finalmente la ciudad capituló y el manto, aparente, de la paz, se extendió sobre ella durante varios años.

La ocupación de la ciudad por los invasores alteró la estructura político-administrativa de la capital, y un nuevo gobernador general ocupó la parte más alta de la pirámide del poder: este se llamaba Louis Gabriel Suchet, cuya nueva política iba a necesitar del teatro en su proyecto de conquista. Para ello necesitaba dos cosas; un teatro importante y una compañía cómica que volviera a representar en él. Las dos cosas las tuvo de inmediato.

El 5 de mayo, previendo la próxima apertura del teatro, la policía fijó un bando relativo al decoro y la compostura que deben guardar los que asistan a las representaciones. Al día siguiente, sin más demora, se abrió el teatro con la comedia de Francisco Comella “El negro sensible” con el tradicional sainete, tonadilla y bolero. La compañía estaba formada “*por los restos que quedaron antes de la revolución*”.

La representación se convirtió en un gran acontecimiento político al que acudió el duque de Abrantes y se dieron vivas al emperador, que acababa de vencer a los austriacos en la batalla de Ratisbona. Los vivas no debieron resonar con mucha fuerza en el coliseo, pues éste presentaba menos de la mitad de su aforo ocupado.

Lo cierto es que la primera iniciativa acerca de abrir el teatro no fue obra de Suchet, sino de Junot, pero como éste fue sustituido rápidamente será el nuevo gobernador el que impulse el teatro zaragozano como un medio para alcanzar sus propios fines políticos. Ased y Villagrasa comentará: “*Los zaragozanos tuvieron en breve un teatro en que divertirse, paseos en que solazarse, y circo en que poder gozar de los espectáculos análogos*”.

De esta manera será el día 2 de julio cuando la ciudad le haga un magnífico recibimiento al general, la primera vez que Suchet invite al pueblo al teatro pagándolo de su bolsillo, a partir de este día las sesiones de “teatro franco” se sucedieron a lo largo de los días y los años.

Una sucinta relación del “teatro franco” y de otro tipo de representaciones (bailes de máscaras, recepciones o funciones musicales) que tuvieron lugar durante la ocupación nos ofrece los siguientes datos:

Año 1809

5 de mayo. Se abrió el teatro acudiendo a la representación Junot duque de Abrantes, tal y como hemos contado anteriormente.

2 de julio. Suchet, agradecido por su recibimiento, invita al pueblo al teatro.

24 y 25 de julio. Para celebrar la victoria de Wagram, los dos días el teatro estuvo franco.

6 de agosto. Asiste la recién llegada condesa de Suchet al teatro que con tal motivo estaba primorosamente iluminado.

15 de agosto. La Asunción y el cumpleaños del emperador. Suchet “*mandó tener el teatro franco en obsequio de su amo*”.

16 de noviembre. Con ocasión de celebrar el armisticio entre Francia y Austria, Suchet da una fiesta en su palacio, que incluía una representación teatral. Para ello se permitió llevar a los actores, los decorados y la orquesta. Privilegios del poder, pues él era la máxima autoridad de Aragón.

3 de diciembre. Se celebra el aniversario de Napoleón y Suchet invita a lo más representativo de la ciudad a un convite en su palacio. A la noche, los oficiales y edecanes de su excelencia representaron una comedia de aficionados, la fiesta continuó con cena y baile.

4 de diciembre. Aniversario del emperador, el teatro iluminado y la entrada franca.

9 y 10 de diciembre. Teatro franco los dos días en acción de gracias por la victoria de Ocaña.

Año 1810

21 de febrero. Aniversario de la rendición de la ciudad, en el programa de actos, no podía faltar la entrada libre al teatro.

19 de marzo San José. Celebración del santo de S. M.: te deum, convite, iluminación y teatro franco para todos.

25 de marzo. Esta vez, y con igual pompa y esplendor, se celebró el nuevo casamiento de emperador con la archiduquesa de Austria María Luisa de Lorena, hija primogénita del emperador de Austria Francisco José. Por la noche el teatro volvió a estar franco.

La *Gaceta Nacional de Zaragoza* recoge cómo, sorprendentemente, también en Francia se celebraron los esponsales de igual manera, decretándose que “*todos los teatros imperiales han recibido la orden de hacer lo más brillante que se pueda representaciones dramáticas durante los meses de marzo, abril, o mayo*”⁸.

17 de mayo. Suchet toma Lérida y el general Laval celebró la victoria como casi siempre; por la noche teatro franco, luminarias y fuegos artificiales.

18 de mayo. Se repitió la función teatral con entrada franca.

16 de junio. Suchet entra victorioso de Lérida en Zaragoza. Por la noche asistirá al teatro al que se ha convocado a toda la ciudad, incluso se permite el lujo de llevar consigo a la función a ciertos prisioneros de los muchos que había: “*S. E. llevado de humanidad había dado permiso para salir del castillo a ver las funciones, y aun para alojarse en la ciudad...*”⁹.

15 de agosto. Fiesta mayor en Zaragoza por dos motivos: la Asunción de la Virgen y san Napoleón, esta vez será el general Harispe, la máxima autoridad en la ciudad, el que presida los actos; misa pontifical, descargas de artillería, bailes, y teatro franco.

25 de agosto. Día San Luis de Francia. El santo de numerosas autoridades como la emperatriz María Luisa, el general en jefe Louis Gabriel Suchet, el intendente Luis Menche, el comandante de la plaza Luis Magnier. Razón más que suficiente para, una vez más, celebrarlo y abrir el teatro a la gente, al pueblo dominado.

2 de diciembre. Aniversario de la coronación del emperador. Ausente Suchet de Zaragoza será el general París el que presida todos los regocijos, en la oscura noche de invierno el teatro lucía perfectamente iluminado y abierto al público.

N.º 3.º

Año de...

Cuentas de la Compañía Comica de los gastos en las funciones gratis, que se han celebrado con los motivos que en las mismas se expresan.

Numeros	Prestes de von.
1.º..... En 1.º de Enero por la toma de Tortosa ..	12879, 28, ..
2.º..... En 1.º de Abril, por las del 29 y 31 de Mar.º ..	22467, 18, ..
3.º..... En 3.º de Junio por la celebrada ayex ..	12159, 6, ..
4.º..... En 2.º de Agosto por la celebrada ayex ..	12443, ..
5.º..... En 5.º de Set.º por la celebrada el día 2.º ..	2757, ..
6.º..... En 4.º de Set.º por la del día 3 con ilumin.º ..	12318, 28, ..
7.º..... En 16.º de Oct.º por la del día de ayex ..	12402, ..
8.º..... En 27 de Set.º por la del día 25.º Bay.º ..	12723, 30, ..
le, y Mananas.	122456, 8, ..

Ocho funciones de teatro, ocho triunfos franceses.

Año 1811

17 de enero. Ahora toca conmemorar la toma de Tortosa con el general presente. Se hará teatro franco en obsequio de la victoria.

3 de marzo. Domingo primero de cuaresma. Esta noche también hubo comedia.

29 de marzo. Por los recibos de la compañía sabemos que este día también hubo teatro franco.

31 de marzo. Napoleón acababa de ser padre de un hijo que, nada más nacer, ya tenía el título de rey de Roma, Suchet mandará que la ciudad lo celebre, entre las fiestas previstas no podía faltar el socorrido teatro gratis total.

2 de junio. Bautizo del rey de Roma. Con tal motivo habrá luminarias, fuegos de artificio y teatro franco.

16 de junio. Cae el fuerte de la Oliva, la victoria francesa en Tarragona se ve cercana y las autoridades lo celebran en Zaragoza con el teatro franco para el público.

1 de agosto. Victoria de Suchet en Tarragona, función de teatro libre de taquillas.

2 de agosto. El general vuelve victorioso de Tarragona. La ciudad le ha preparado un gran recibimiento en el que no faltará el teatro libre de taquilla y porteros. Se intenta que el pueblo vea la victoria como algo propio, de ahí tantos festejos y alegrías forzadas.

3 de agosto. La compañía volvió a representar y el gasto fue pagado, como siempre, por la policía.

15 de agosto. Cumpleaños del emperador y la Asunción, y aunque Suchet no está en la ciudad, el general Compere hace el tradicional alarde y los cómicos trabajarán a sueldo del poder otra vez.

25 de agosto. Por ser “los días” de su excelencia y emperatriz, el generoso ayuntamiento costeará el baile, los fuegos y el teatro.

Año 1812

9 de febrero Domingo de carnaval. En el teatro función doble; primero se representó una comedia y después se celebró el baile de máscaras que fue muy concurrido.

16 de marzo. Las autoridades se hallaban sobrepasadas por la gran cantidad de prisioneros que Suchet había hecho llegar desde Valencia, todos los centros de detención estaba sobrepasados y las dificultades de abastecimiento eran tan enormes, que los enfermos y heridos estaban sin atención. Por eso ese día se representó una comedia, esta vez “de cobro” a beneficio de los prisioneros enfermos, se obtuvieron 1.000 reales libres de gastos.

17 y 18 de marzo. Estos dos días, las funciones del teatro también se realizaron en beneficio de los prisioneros.

31 de marzo. Se hizo representación del teatro cómico, a la que, durante tres días, siguió un baile de máscaras que duraba de las 9 a las 4 de la mañana. Esta vez se cobraba entrada a beneficio de la propia compañía cómica. Asistió mucha gente.

La función que se celebró el miércoles 22 de abril, también tuvo la finalidad de socorrer a un miembro necesitado de esta compañía, se trataba del primer gracioso Pascual Orozco. Esta función se celebró a las 7,30 de la tarde, y gracias a que se anunció en la *Gaceta* podemos saber la totalidad de su programa “*Se dará principio con una alegre sinfonía, seguirá, La Florentina pieza en un acto: Volero, un saynete titulado La Venganza del Zurdillo y bandas de Arapiés; El Licenciado Farfulla, pieza de música en un acto*”¹⁰. La entrada costaba 4 reales y, dada la hora, el teatro permaneció iluminado.

16 de mayo. Este año fue justamente llamado el “año del hambre” en Zaragoza; que estaba relativamente bien abastecida, llegó la peste que se cebó en los numerosos prisioneros de Torrero a los que se les desnudó para evitar la extensión del contagio, sin ropa y mal alimentados sus sufrimientos conmovieron la conciencia de la gente que acudió en su socorro. Se comenta que las clases inferiores fueron las primeras que dieron ejemplos de caridad y largueza.

La compañía cómica de la ciudad participó en este socorro y producto de una representación aportó 696 reales y 6 maravedíes que se invirtieron, junto con otras limosnas, en la compra de lienzos para hacer camisas nuevas. Los cómicos estuvieron a la altura de la sociedad a la que entretenían con sus representaciones.

16 de agosto. La gente se echó a la calle a seguir los diversos festejos que estuvieron todos muy concurridos. El teatro ofreció comedia franca que también tuvo gran concurrencia.

6 de diciembre. Conmemoración de la coronación del emperador, la costumbre de pagar la representación de comedias no se había acabado y esa noche el señor Comandante general barón de París también hizo franca la entrada al teatro.

Año 1813

7 de marzo. Una nueva compañía cómica se formó en la ciudad iniciando este día sus representaciones que pasaron sin pena ni gloria. Los tiempos estaban cambiando y ya no había tanto dinero ni interés para hacerse con la opinión pública; los franceses, en clara retirada, ya sólo pensaban en salir de la ciudad. La guerra de opinión acabaría siendo derrotada por la convencional.

LA COMPAÑÍA CÓMICA DE ZARAGOZA AL SERVICIO DE SUCHET

Zaragoza mantenía una compañía de teatro estable muchos años antes de la guerra, y desde principios de siglo en que se inauguró el nuevo coliseo las representaciones podían contar con un marco digno que diera espectáculos de categoría al gusto de la ciudad.

El general Suchet nuevo gobernador, aprovechará esta infraestructura teatral poniéndola a su servicio, de tal manera que la compañía cómica se va a convertir, por la vía de los hechos en un apéndice más del poder total y absoluto del gobernador. Desde estos momentos, la compañía va a trabajar en exclusiva para el gobierno, y por tanto la programación teatral estará supeditada a los intereses del que les paga, formando parte sustancial del complejo de fiestas y celebraciones que los ocupantes van a desarrollar, como parte de la guerra psicológica destinada a la sumisión total del pueblo hacia los nuevos amos del país.

La importancia de este uso espúreo del teatro como instrumento alienante del pueblo derrotado, puede fácilmente advertirse en la gran cantidad de dinero destinado a sufragar los gastos de esta compañía de comedias. La entrada será siempre franca y los costes se pagarán con una rapidez increíble en aquellos momentos de desorden y caos.

Su coste y financiación correrán a cargo de ocupante. El mismo ayuntamiento de la ciudad comentará este tema diciendo: *“El Teatro lo administra la policía. Del coste que tomó la ciudad a préstamo para su construcción se está debiendo a D. José Sanchez 30 dr.v. con sus réditos”*¹¹.

El funcionario de la tesorería de la policía señor Esponera pagará entre mayo de 1810 y septiembre de 1811 más de 16.000 reales de vellón. Todos los recibos llevarán su firma y en muchos se advierte “el visto bueno” del comisario general de la policía Domínguez. La ciudad podrá sufrir escasez de alimentos o de circulación de dinero, pero el teatro estará siempre abierto a la gente para que esta pueda mitigar el hambre o distraer su atención de cosas más importantes como la guerra o la oposición a los ocupantes.

También los artistas se beneficiarán, indirectamente, de su buena relación con la nueva administración, al ser excluidos de ciertas cargas tributarias, como el recargo de 24.000 duros que mandó el general París el día 15 de diciembre de 1812 cuyo reparto se hizo catastralmente, estando excluidos de él los artistas y oficios.

Si observamos detenidamente los recibos de la compañía de teatro emitidos por el comisionado de la misma, Vicente Martínez, podemos ver con claridad como el

mismo recibo es el que justifica y explica el objetivo de la representación gratis total. No se limita a decir por la función del día tal... tanto, sino que explica “*por la función gratis por la toma del castillo y la ciudad de Lérida*” o también “*entrada franca para el público por los días del emperador o la emperatriz*” o “*en obsequio y celebridad de la toma de Tortosa por nuestro amable general excmo conde de Suchet*”, en otro caso dirá “*celebrado en el teatro de esta ciudad gratis, por el nacimiento del rey de romanos*”. A veces, el recibo es tan claro como el del día 2 de junio de 1811 donde dice: “*Razón del gasto que se ha originado en el teatro de esta ilustre ciudad de Zaragoza por orden del señor comisario de policía en la función que se ha representado gratis para el público en obsequio del feliz bautizo del rey de romanos que se ha celebrado en el día 2 de junio de 1811*”¹². Este recibo explica casi todo.

Ya sabemos como funcionaba el teatro en la Zaragoza ocupada, también sabemos que era la policía a las órdenes del gobernador la que encargaba las funciones y las pagaba, pero lo que nos falta conocer es cómo y quienes formaban la compañía cómica que tanto trabajo tuvo en aquellos años de la ocupación francesa. Sepamos algo más de ellos.

Sus componentes

La compañía de Garcilaso es la última compañía conocida que se encontraba representando en Zaragoza momentos antes de la guerra, pero tras los terribles sitios

Como encargado de la Compañía Cómica he recibido de la
Jefatura de Policía mil docientos quarenta reales vellon
por la función gratis para el publico celebrada en el dia
de ayer con illumination en celebridad de los dias de nuestro
Emperador Napoleon. Zaragoza 16 de Agosto de 1810

1240 reales } Viceroy Martínez

Recibo por 1.240 reales del empresario de la compañía cómica de Zaragoza a la policía zaragozana, que era quien pagaba el teatro en la ciudad.

que sufrió la ciudad, esta se disolvió sin dejar rastro. Por eso, cuando los franceses desean recuperar cierta normalidad en la ciudad en ruinas, ven las posibilidades que el teatro ofrece para el entretenimiento e intentan recomponer la anterior compañía para que ésta retorne al escenario.

Las nuevas autoridades consiguen recomponer parte del elenco teatral y el 6 de mayo se vuelve a representar en la ciudad. La obra escogida es "El negro sensible" del prolífico Francisco Comella, autor de moda y muy representado en Zaragoza.

La compañía cómica, recompuesta, va poco a poco completando su plantilla y ya en 1810 ésta aparece al completo:

El director, empresario, comisionado, y, a veces, actor de reparto, será Vicente Martínez.

Damas:

Josefa Ripa

Francisca Lizón

María Mondragón

Manuela Carbajal

Francisca Rafael

Galán:

Ventura Martinez

Sobresalientes, barbas, graciosos, apuntadores, tramoyistas:

Manuel Cruz

Pascual Orozco (primer gracioso de la compañía)

Antonio González

Antonio Montañés

Mariano Segarra

Salvador Hidalgo

Miguel Mondragón

Mariano Generoso

Casimiro Barrachina

Manuel Del Rey

Sandalio Arce

Otros empleados:

Racionistas, cobradores, 4 músicos, niño

Como se puede observar, la plantilla de la compañía cómica aparece completa y cercana a las 30 personas, cifra esta habitual antes del conflicto bélico. Todos ellos son nombres nuevos, ninguno aparece en los cuadros de actores que conocemos de la compañía de Adrade en 1797, ni en la de Garcilaso de 1800 ni en la compañía de Navarro (de Madrid) de 1809.

En cuanto a los sueldos se cobraba por función realizada, gracias a estos recibos de la contaduría de la policía sabemos que no eran excesivamente altos:

Razón de los Gastos de las dos funciones q^{te}
 Se han . . . Celebrado en el teatro de esta Gu-
 bernadad Gratis, por el nacimiento del Rey de Ro-
 manos en el dia 29 y en el dia 31 de Marzo de 1811
 por Orden del Senor Comisario General.

Diario de los dos dias de Compañia . . .	930.
Orquesta ydem	200
Pelugeros y asistencias y luminario . . .	90
Cobradores ydem	64
Racionistas y niño del baile	72
Guardaxropa ydem	18.
Acite y velas ydem	130
Alumbrado de patio de Cera de ydem . . .	84 34 15m
Tornales de Colocar la Cera y quitarla yde	80.
Componer algunas Arandelas	20
Cinco Habes q ^{te} faltan de los Aposentos .	20
	<hr/>
	246 75 15m

Vicente Martinez
 Comisario

Gastos completos por dos días de teatro con el visto bueno del comisario Domínguez.

Las damas eran las que más cobraban ,34 reales. Después el galán, con 30; la mayoría de los actores cobraban 24; el niño, 8 reales, y la orquesta, compuesta de 3 a 5 músicos, alcanzaban la cifra de 96 reales. Comparando el sueldo de un peón que oscilaba entre 4 y 6 reales, vemos que éstos vienen a cobrar, pero solo cuando hay función, unas 4 o 6 veces más. Otra manera de apreciar comparativamente el sueldo de los artistas es recordar lo que costaba la entrada al “baile de máscaras”, que era de 10 reales. Los sueldos de los artistas también eran complementados con alguna actuación fuera del teatro, en lo que podríamos llamar actuaciones “privadas”, siendo los músicos y, sobre todo, las actrices las más solicitadas. Estas bailaron y cantaron en las residencias particulares de alguna autoridad ocupante, e incluso con ellas de invitadas se hicieron fiestas en barcazas engalanadas que transitaban por el Canal Imperial y por el Ebro, como luego veremos con más detalle.

No obstante, en todos los recibos se puede apreciar que la parte de león de los gastos de la función teatral se la llevaba la iluminación, que siempre sobrepasaba el 30% del total. Otros gastos, como peluquería, guardarropía o iluminero apenas tenía importancia.

EL TEATRO COMO SALÓN DE BAILE

El gobierno intruso no sólo permitió los bailes, sino que, claramente, los impulsaba levantando la mano de las prohibiciones y censuras. Entendía que el baile era una válvula de escape a la tremenda presión, impositiva, política y militar, a que la ciudad estaba sometida. Además, sus propias tropas también necesitaban de las distracciones que una ciudad de las dimensiones de Zaragoza, que les ofrecía todas las ventajas de una retaguardia apaciguada: restaurantes, tabernas, hospedaje, lavado de ropa, conciertos, bailes, teatro, hospitales. Toda una serie de servicios que les permitía a los soldados olvidar las penurias del frente.

Por otra parte, los bailes y banquetes formaban parte del bagaje ceremonial impuesto por el nuevo imperio. Los generales franceses intentaban reproducir en la ciudad ocupada un tipo de vida similar a la que habían dejado atrás en Francia y a la que sin duda añoraban. Por eso, si comparamos las celebraciones en Zaragoza de los años 1809 al 1813 con las de cualquier otra ciudad del imperio, descontando los toros, las luminarias y el fervor religioso, encontraremos numerosas coincidencias, bien sea en las celebraciones de las victorias del emperador, de la de su cumpleaños, de sus tratados internacionales, su casamiento, el aniversario de su coronación o el nacimiento de su heredero. Coinciden las fechas, los festejos y los espectáculos públicos: teatro, baile, fuegos artificiales, desfiles militares.

Sirva como ejemplo el matrimonio de Napoleón con la hija de la emperatriz de Austria. La unión matrimonial festejada en todo el imperio de igual manera: en la *Gaceta* de Zaragoza se publicarán las numerosas celebraciones que tal evento produjo en toda España; en la que corresponde al domingo 1 de abril habrá noticias de París, Viena, Baviera, Zaragoza, Sevilla o Jaca “*La solemnidad del matrimonio de S. M. I. Y. R. con S. A. I. la archiduquesa María Luisa se ha celebrado en las ciudades de las provincias y acantonamientos de las tropas francesas con el júbilo y alegría de que es digno un acontecimiento tan feliz como placentero*”¹³. Los programas de actos se repetirán en todos lados, en ellos no faltarán las carreras cubiertas por las tropas, banquetes y recepciones a las autoridades, misas con te deum (en España sobre todo), teatro, conciertos, fuegos artificiales y bailes. En París, los bailes serán dos, uno por la ciudad de París y el otro por la guardia imperial, y los fuegos de artificio se los encargan al especialista señor Ruguieri con la pretensión de que sean “*uno de los más hermosos que hayan salido de las manos de ningún artífice*”.

Pero volvamos a Zaragoza. En la ciudad, tal y como luego veremos en la relación de bailes, existía una gran pasión y costumbre en la celebración de éstos, sobre todo por los que serán más numerosos y masivos, como los llamados “bailes de máscaras” que se celebraban en carnaval.

Los bailes de máscaras contaban con gran predicamento en Zaragoza, sobre todo aunque no exclusivamente en carnavales; su asistencia a ellos era casi obligada para todos los que vivían en la ciudad, y hubo veces en que se citaron, a pesar de las penurias de la guerra o quizás precisamente por eso, en el coliseo más de 1.000 parejas (el 10% de la población).

Tan masiva asistencia obligó a que el comisario de policía Mariano Domínguez publicara un bando el 20 de febrero reglando los bailes de máscaras durante el carnaval. De sus numerosos artículos resumiremos los más llamativos e importantes como:

- Se permitirá poner la máscara dentro del teatro, fuera estará prohibido.
- La función comenzará a las 9 de la noche.
- La casa (el teatro) estará convenientemente iluminada.
- La entrada costará 10 reales por persona y 20 por aposento de primera y segunda clase.
- El guardarropa costará 1 real.
- Se espera que el público asistente guarde la debida moderación

Es posible que este mismo reglamento fuera una copia de una disposición publicada en el Diario de Madrid el 19 de marzo de 1810, que prohibía el empleo como

disfraz de “*las vestiduras de los ministros del culto*”, y, de igual manera que en Zaragoza, los danzantes se debían de disfrazar en los vestuarios del mismo teatro. Asimismo, se prohibía a los hombres entrar en el salón de baile con espuelas, que destrozaban los vestidos de las señoras. No obstante estas prohibiciones, se observa cómo en el carnaval de 1811 el cumplimiento de las normas se habían relajado y era frecuente ver, tanto en Madrid como en Zaragoza, a la gente disfrazada y bailando por las calles.

En Zaragoza no hubo que esperar a los resucitados carnavales para organizar bailes de todo tipo y ocasión, pues el divertimento encontró en los ocupantes franceses unos grandes aliados. Se bailó en salones y casas particulares, en el palacio del gobernador o del intendente, y especialmente en el Teatro Principal.

Hay que tener en cuenta que en la ciudad existían unas magníficas instalaciones, como el teatro de la ciudad, donde el patio aparecía libre de butacas y se permanecía de pie, y esta circunstancia permitía albergar estos bailes masivos (de más de 2.000 personas) que se repitieron durante la ocupación. Esta debilidad por la danza que acusaba la ciudad permaneció inalterable año tras año, a pesar de las vicisitudes de la guerra.

Hagamos, pues, un sucinto recuento de los bailes en la Zaragoza ocupada:

Año 1810

17 de junio

El teatro se abre de nuevo a la ciudad, sólo que este día no hay representación ni comedia alguna. El Coso zaragozano prestará sus magníficas instalaciones al extraordinario homenaje que la ciudad dará a su gobernador tras las victorias de Lérida y Mequinenza. En su patio, despejado de butacas, habrá música, baile y un gran banquete.

El ayuntamiento había pasado esquilas para el convite circunscribiéndolo a las “*personas de nota y empleados en el gobierno, no se negó la entrada á ninguno que se presentó vestido con decencia*”¹⁴.

El soberbio sarao que el ayuntamiento había dispuesto comenzó con la iluminación de la fachada del coliseo, como asimismo se iluminó con hachas la entrada, escaleras y corredores.

La gran sala estaba aderezada suntuosamente y dos orquestas, una de músicos franceses y otra de españoles, tocaron para que los presentes bailaran, alternando las danzas españolas con las francesas. Siendo, precisamente, su excelencia el gobernador el que inició el baile llevando como pareja a la marquesa viuda de Ayerbe; posteriormente cambiaría a ésta por su joven esposa, la condesa Honorine. Después un magnífico banquete dio fin a la velada que duró hasta la madrugada.

15 de agosto

Fiesta mayor en Zaragoza por dos motivos, La Asunción de la Virgen y san Napoleón. Esta vez será el general Harispe la máxima autoridad en la ciudad el que presida los actos: misa pontifical, descargas de artillería, teatro franco y el acostumbrado baile donde lucirán las autoridades y sus invitados.

2 de diciembre

Se celebra el aniversario de la coronación del emperador. Ausente Suchet de Zaragoza será el general París el que presida todos los regocijos. En la oscura noche de invierno el teatro lucía perfectamente iluminado y abierto al público dispuesto para la danza.

Año 1811

26 de febrero

Eran días de carnavales y de orden del gobierno se permitió un baile general en el teatro de comedias a partir de las 9 de la noche al que también asistió Suchet y su joven esposa Honorine. El teatro estaba perfectamente iluminado y la asistencia fue muy numerosa, hubo dos “coros” de música, y durante la función se podía cenar en el propio teatro; la cena se anunciaba como una comida dirigida por Josef Lagorio que consistía en “*completa comida de jamon cocido, pabos, capones, perdices, pastelitos, salchichon, leche, crema, y ensalada y toda clase de refrescos, licores, y dulces a uno y otro precio moderado*”¹⁵.

3 de junio

Con motivo del nacimiento del rey de Roma, la *Gaceta Nacional* comentará la fiesta organizada por el auditor D’Hautefort; éste era uno de los intendentes de Aragón e inspector de puentes, calzadas y del Canal Imperial. Este alto funcionario del gobierno de Suchet dio un suntuoso sarao al que asistió el comandante superior, las

principales autoridades, muchos militares y un gran número de caballeros y damas de lo más distinguido de la ciudad. Cantose en él una “estancia” italiana en homenaje al rey de Roma, compuesta por el mismo D’Hautefort, al que siguió una graciosa danza que ejecutaron las bailarinas de la compañía cómica. La fiesta se prolongó hasta las 6 de la mañana.

24 de junio

La lucha en Tarragona está llegando a su fin, y en la retaguardia zaragozana el comandante general Compere, después del éxito del sarao dado por D’Hautefort, se siente obligado a organizar otra fiesta que supere o, al menos, sea tan atractiva como la anterior. Para ello decide innovar y hacer la fiesta en uno de los más grandes barcos que estaban en el Canal Imperial, allí lleva la música e invita a los cómicos de la compañía de teatro, sobre todo a las cómicas (siglo y medio más tarde, con las tornas cambiadas y cuando Francia era la ocupada, también el alto mando del ejército invasor, en este caso alemán, celebraron numerosas “fiestas” donde eran invitadas las actrices de teatro y varietés, las guerras siempre acaban por parecerse unas a otras).

Mientras la barca, engalanada por la ocasión, surcaba las tranquilas aguas del canal, los músicos y actrices actuaron para un selecto grupo de oficiales y altos funcionarios. En las orillas la novedad atrajo a un numeroso público.

29 de junio

Se lo pasaron tan bien en la fiesta del día 24 en el canal que cinco días después se repite la función en el barco de Torrero con igual éxito.

29 de agosto

El gobierno intruso encuentra en este día dos importantes motivos para festejar: uno, por ser el santo (los días) de la emperatriz María Luisa, y el otro es el ascenso a la dignidad de mariscal del imperio del gobernador general de Aragón.

En efecto, Suchet está en la cumbre de su carrera, ha sido ascendido a mariscal por Napoleón (el único ascenso de todos los generales que combatieron en España) y las autoridades de Zaragoza preparan una celebración especial que consistirá en un *“baile general que en el teatro ha dispuesto para la noche del 29 del corriente en celebridad de las victorias conseguidas por su Excelencia el Señor gobernador general y elevación al grado de mariscal del Imperio”*¹⁶.

+

463

Deseando la Ciudad que todos los em-
 pleados públicos tomen parte en el
 Baile general que en el teatro ha
 dispuesto para la noche del 29 del
 corriente en celebracion de la Victoria
 conseguida ^{al Ex.^o del Sr.} por el Governador Ge.
 y elevacion al grado de Mariscal
 del Imperio remite a V. la adjunta
 posicion de billetes en blanco p.^o que
 se viva mandarlos distribuir a los
 empleados de un ramo. ^{Dios Guarde}
 Agosto 23 de 1811. de A. de el Sr. J. de El Res.
 al Sr. Int.^o Levisa: tanto españoles como
 franceses.

Separaron of. a la H. Int.^o Reg.^o Com.^o
 G.^o y Mayor de Plaza

Invitación "inexcusable" al baile a los empleados públicos franceses y españoles.

La maquinaria administrativa, muy ducha desde el gobierno de Suchet en la organización espontánea de homenajes, funciona a la perfección y convoca a todos los empleados públicos para que tomen parte en el baile. Para ello se les manda a los responsables de las instituciones; Real Hacienda, Ayuntamiento, Casa del Canal, etc. unos billetes en blanco (invitaciones) que serán distribuidos a los empleados subordinados de cada ramo. No se admiten excusas, no faltará nadie, ni tan siquiera los funcionarios franceses que también serán expresamente invitados. El mariscal mirará a todos desde su altura, como si pasara lista, por eso nadie estará ausente en el baile del teatro de esta noche de agosto.

Desde el gobierno se encarga a la compañía cómica de la ciudad, que es la que regenta el teatro, que haga los preparativos de la función del baile de máscaras que tendrá lugar la noche del día 25.

Su trabajo será ingente y costoso, y merece la pena, puesto que los conocemos, reflejar los gastos y trabajos que supuso dicha función¹⁷:

Primero se desocupará el teatro y se encargará al comisionado de la compañía Vicente Domínguez el montaje de un tablado, atriles y cancelas; el encargo fue hecho con premura y los carpinteros tuvieron que trabajar incluso bajo la luz de “*las velas de sevo que se gastaron*”. Por su trabajo, la madera empleada y los jornales de 2 criados y 5 peones se pagó 543 reales.

Después se procedió a preparar la iluminación, puesto que la fiesta iba a celebrarse por la noche, por lo que se limpiaron las arañas y repusieron las velas. Esta faena la realizaron 4 oficiales y costó la cantidad de 160 reales.

Por asistir al baile como porteros 5 personas cobraron 130 reales.

Por componer cañutos y hacer nuevos, más aguarrás y pintura 110 reales.

Alumbrado de aceite, velas y cera 660 reales.

Por la dirección de los trabajos durante 5 días, incluido el del baile, más otros trabajos del responsable de la compañía serán 663 reales.

El coste total de la función del baile de máscaras ascendió a 2.266 reales.

El teatro lo administraba la policía, y lógicamente será la tesorería de este cuerpo la que pagará, con celeridad inusitada (a los dos días de celebrarse el baile), esta alta

factura. La batalla por la opinión pública que, desde hace tiempo, se estaba desarrollando en Zaragoza necesitaba al teatro a su servicio y, como hemos visto, no reparaba en gastos. El comisario general de la policía Domínguez revisaba y firmaba todas estas facturas al servicio y con la aquiescencia de Suchet, el virrey de Aragón.

Año 1812

26 de enero

De orden del gobierno se abrió el teatro para los bailes de máscaras, solo que esta vez se cobraba la entrada a 10 reales por persona. La sala permaneció abierta desde las 9 hasta las 5 de la mañana sirviendo comida y bebida a precios moderados. La reciente victoria de Valencia y los continuos combates muy cerca de la ciudad no impidió que asistiera mucha gente.

30 de enero

El baile de máscaras se repitió en el teatro con bastante éxito.

2 de febrero

Tercer día de baile de máscaras. Mientras la policía llenaba la cárcel de zaragozanos para presionar por el cobro de la contribución, el teatro se volvió a llenar de gente.

16 de febrero

Cuarto día de máscaras en el teatro.

9 de febrero

Domingo de carnaval. En el teatro, función doble; primero se representó una comedia y después se celebró el baile de máscaras que fue muy concurrido.

10 de enero

Este día no hubo prisiones ni apremios por las contribuciones, y el comisario de policía autorizó los disfraces por la ciudad durante dos días, a la noche, como los días anteriores, el concurrido baile en el teatro.

11 de febrero

Martes y último día de carnaval. Toda la ciudad apareció disfrazada y, como final de fiesta, en el baile del teatro más de 1.000 parejas abarrotaron los palcos y el foro. Los carnavales habían acabado, la dura realidad se imponía de nuevo.

19 de marzo

Día de S.M. José I. Los tiempos eran otros y en la ciudad apenas se celebró su santo. Aún así se autorizó un baile de máscaras, a 10 reales, como en carnaval, solo que esta vez el público fue escaso. Este mismo día, mientras Zaragoza danzaba, en la ciudad de Cádiz los representantes españoles libres se dotaban de la que fue la primera Constitución española también llamada “la Pepa”.

31 de marzo

Se hizo representación del teatro cómico, a la que, durante tres días, siguió un baile de máscaras que duraba de las 9 a las 4 de la mañana. Esta vez se cobraba entrada a beneficio de la propia compañía cómica. Asistió mucha gente.

14 de agosto

Como todos años en estas fechas dieron principio las fiestas que el gobierno determinó hacer con motivo del cumpleaños del emperador. Entre los actos habrá un baile de máscaras en el teatro donde serán invitadas todas las autoridades de la ciudad e incluso de la provincia, a este baile asistirá su excelencia el conde de Reille.

En estos días de agosto de 1812 toda la elite zaragozana se había dado cita en el teatro para el baile de máscaras, que, si bien resultaba un tanto extemporáneo por no ser carnavales, contaba con la gran afición de los zaragozanos hacia este tipo de espectáculo; además, la propia invitación del conde de Reille obligaba a estar presente cumpliendo esa vieja función del teatro de ver y ser visto.

La función estaba abierta al público en general que pagará 10 reales la entrada, pero las autoridades contaban con la entrada gratis y además tenían privilegios del poder, reservadas las mejores localidades, al fin y al cabo muchas veces eran ellas las que pagaban el espectáculo con fondos públicos.

El reparto de palcos en el teatro, cuya relación se expondrá inmediatamente, nos ofrece la información de cuál era la pirámide de poder en aquel mes de agosto de

1812 en la Zaragoza ocupada. En los palcos tendrán cabida todas las autoridades civiles y militares, así como la nobleza presente en Zaragoza; en primera o segunda fila según fuera su rango, todos ellos contarán con su asiento privilegiado durante el Baile.

La relación es la siguiente¹⁸:

Primera línea

- N.º 17 Su excelencia el general conde de Raylle
- N.º 16 Coroneles de Estado Mayor y señora de Sánchez
- N.º 15 Generales condes Severoli, Parmentier y su Estado Mayor
- N.º 14 Ayudantes comandantes Cros, Perrín y Lanza
- N.º 13 Comandante de la plaza y del fuerte Crespo, Caseli, Lombart y ¿Limonpy?
- N.º 12 Tesoro público; Planger, Serdevil, Marín y Rexar
- N.º 11 Comandantes de artillería e ingenieros y coroneles barón de Andilla y Balbuena
- N.º 10 Señora corregidora y del ayuntamiento
- N.º 9 Director general de policía Mariano Domínguez
- N.º 8 y 7 Marquesas de Ayerbe, Fuenteolivar, Villafranca, Ariño, Robres y Baronesas de Purroy, Torrefiel y Castiel.
- N.º 6 Contadores de las cuatro contadurías
- N.º 5 Directores de rentas, postas, correos, propios, y administrador de Zaragoza Burillo
- N.º 4 Presidente de la Real Audiencia y Ministros
- N.º 3 Coronel de Húsares
- N.º 2 El ayuntamiento con su corregidor, Vicente Enriques de Perea
- N.º 1 Intendente general barón Lacuey particulares de Zaragoza, Alcañiz, Huesca y de Artefort

En la segunda línea se apretaba el resto de acompañantes de las autoridades relacionadas con la primera, incluido el médico y cirujano de ejército.

La velada, que duró hasta la madrugada, estuvo perfectamente iluminada y no solo consistió en un divertido baile de máscaras, sino que durante la larga función se sirvieron espléndidos platos y bebidas.

El ayuntamiento de la ciudad, emocionado por la fiesta, sirvió una copiosa cena que le costó al erario público la cantidad de 117 reales. Los alimentos que tomaron

los regidores fueron: pollos rellenos, perdices, pollos asados, salchichón, jamón dulce, crema, pastel, pan y vino Burdeos. ¡No estaba mal servida la mesa consistorial! Teniendo en cuenta que este año de 1812 fue, precisamente, llamado “el año del hambre”¹⁹.

15 de agosto

Siguieron los actos de “san Napoleón” y hubo baile por la noche, pero ya no era la función oficial y parece que las reservas de palcos, que se habían hecho para el día anterior, quedaron anuladas para este día.

Año 1813

14 de febrero

Los carnavales se acercan, y este domingo dio principio al primer baile de máscaras en el teatro, con las mismas reglas y formalidades que el año pasado. Como siempre, este primer baile tuvo mucho éxito “*habiendo concurrido muchísimas parejas elegantemente vestidas*”.

21 de febrero

Segunda función de máscaras en el teatro, acudió mucha gente.

26 de febrero

Se repite la función de máscaras con mucha concurrencia.

28 de febrero

Domingo de carnaval y tercera sesión de baile de máscaras en el teatro. Casamayor comentará que se vendieron más de 1.000 entradas y que gracias a eso “*recibirán mucha ganancia los cómicos que, de otra manera, hubieran perecido a causa de que apenas iba otra gente (al teatro de taquilla) que los franceses, a los cuáles no les acomodaba la representación española*”²⁰.

2 de marzo

El carnaval acaba y llega la cuaresma, por eso este día el teatro va a registrar una entrada magnífica, Casamayor la cifra en 1.073 personas (de pago) y cuya función

duró desde las 9 hasta las 6 de la mañana. Pero no sólo se celebró el final del carnaval en el teatro, sino que, en la ciudad, hubo muchos bailes caseros e incluso comedias de aficionados.

12 de marzo

Este día tuvo lugar en el teatro una gran función musical y sinfónica a beneficio del músico mayor del regimiento de italianos que estaba acuartelado en la ciudad, éstos eran principalmente de origen napolitano y estaban mandados por el general Severoli.

19 de abril

En el teatro hubo baile de máscaras autorizado por el general París. Entre el nerviosismo de la ciudad por la próxima salida de los franceses y que ya no era carnaval, parece ser que asistió poca gente.

Hasta la salida de los franceses de la ciudad el 9 de julio el teatro permanecerá ocioso, ya no habrá más bailes ni funciones de comedias y el teatro, visto como un instrumento de la guerra de opinión, dejará de tener importancia. Para el mando francés, en esos momentos, otras serán las prioridades pues ya sólo piensa en su repliegue. La guerra de opinión no sirve a un ejército que se muestra en franca retirada, y en esos difíciles momentos, este tipo de guerra especial como es la psicológica, acabará siendo desplazada del campo de batalla por la convencional y sonará otra música muy distinta como es la que producen los cañones.

EL TEATRO TRAS LA LIBERACIÓN

Zaragoza es liberada de los franceses el 9 de julio de 1813 entre los pleitos, por ser aclamados como liberadores, de Durán y Mina. Se nombra gobernador de la plaza al coronel Ramón Gayán y seguidamente toma posesión como responsable político, en virtud de las Cortes Generales, Salvador Campillo.

En esos días la ciudad comienza a vivir en libertad, y mientras las tropas españolas inundan las calles saludadas por sus compatriotas, el templo del Pilar se llena de gente que verán la capilla iluminada y los altares adornados. La ciudad se llena de forasteros que ya pueden visitarla sin pasaporte, a la vez que bajan los precios de los abastos y comienzan las detenciones de los colaboracionistas.

El cambio es tan rápido que, si no fuera porque todavía resisten 400 franceses en la Aljafería pareciera que nunca hubiese habido otra administración en la ciudad que la legítima. Como ejemplo de esto la moneda francesa dejó de correr, volvió a usarse el papel sellado de Fernando VII en las escrituras y en las iglesias se pudo escuchar, de nuevo, el toque de difuntos a la vez que se tornó a dar sepultura en los templos.

La compañía cómica recoge la alegría que se respira en las calles zaragozanas y, siempre al servicio del pueblo, decide hacer una función teatral. Esta se anunciará en el Diario de Zaragoza “*Hoy representará la compañía cómica una hermosa comedia titulada: El Carpintero de la Livonia*”, con una divertida tonadilla, volero y fandango, y un gracioso saynete; a las siete”²¹.

Al día siguiente 20 de julio se hizo publicar la nueva Constitución por las calles, y la compañía de Vicente Martínez, con el asombroso derroche de recursos escénicos característico de las costumbres de entonces, cambiará, en un solo día, de repertorio y ofrecerá la comedia “La prudente Abigail” de Antonio Enriquez Gómez que ya se había representado en la ciudad en 1797.

El 27 de septiembre, el ayuntamiento, previendo la intensa actividad del teatro, toma el acuerdo de “*Prohibir fumar en el teatro por lo espuesto que estaba a los incendios*”²². La prudente medida intentaba preservar el coliseo de accidentes, que habiéndose salvado de una guerra podía perecer por el mal uso de sus propios espectadores, además de que todavía pesaba el recuerdo de los 77 muertos en el incendio del anterior teatro del hospital.

Las nuevas autoridades encarnadas en la junta provincial y el ayuntamiento, imitando a las francesas, harán de esta sesión de teatro una función política de reconocimiento del nuevo rey al colocar el retrato de Fernando VII bajo dosel. El pueblo necesitaba enseguida un nuevo rey al que obedecer y pagar impuestos, y el teatro había demostrado que era un medio casi natural para estos menesteres de dirigismo de la opinión pública; lo fue para el gobierno intruso francés y lo será, de igual manera, para el español.

El miércoles 4 de agosto es la fecha escogida por las autoridades para celebrar oficialmente la redención del pueblo zaragozano, ya que hasta ahora los gozos y regocijos habían consistido en manifestaciones espontáneas del pueblo sin orden alguno.

El programa de festejos será el mismo que se puso a punto en otras excelsas ocasiones como la no muy lejana entrada triunfal del general Suchet a la ciudad, pero eso ya está olvidado, ya solo importa conmemorar la victoria.

Los actos comenzarán, cómo no, en el Pilar con campaneo general y una misa solemne con música y canto, le seguirá un *te deum* y una procesión con todo el clero, el Cabildo y el ayuntamiento por la iglesia, que estaba magníficamente iluminada, como también la santa capilla con la Virgen que exhibía sus mejores joyas y adornos, a la salida les esperaban los gigantes y cabezudos, como debe ser, en las grandes festividades.

Por la tarde los gremios de la ciudad prepararon sus comparsas; los alpargateros vestidos a la antigua española con 40 parejas de a caballo y su bandera, los zapateros a lo moruno precedidos por los timbales y clarines, los sastres con sus bailes de máscaras, también salieron los carros de los horneros con su tahona, los herreros con su fragua de Vulcano, se exhibió el navío de san Bartolomé y salieron los danzantes del Rabal y de las Tenerías. El pueblo siguió estas fiestas con gran contento y bullicio y las autoridades presididas por Espoz y Mina (que acababa de rendir la fortaleza de la Aljafería) veían con el mismo agrado y asombro (como antes los franceses) la capacidad de este pueblo para estos fastos tan curiosos como tradicionales que se daban en las calles zaragozanas.

La ciudad había engalanado sus calles, arreglado las fronteras de sus casas y por la noche hubo iluminación general, y en alguna de sus calles, como la de la Alabardería, se montó un altar a la Virgen del Pilar que se acompañó con un retrato iluminado del monarca tan deseado, Fernando VII. Como podemos ver, los festejos siempre cumplían varias funciones, entre ellas la de instalar en el inconsciente colectivo la afición por un nuevo rey. ¡Nunca hubo un pueblo tan equivocado!

El teatro no podía permanecer al margen de estos alborozos, y en el Diario anuncia una función para el día de hoy 4 de agosto que se hará en honor de las tropas que habían ganado la Aljafería. La compañía cobrará entrada, pero anuncia que *“su importe íntegro será para dar un refresco a nuestros esforzados artilleros y voluntarios, en reconocimiento por haber conquistado la fortaleza de la Aljafería de esta ciudad; trabajando gratuitamente para el desempeño así de los actores como de los músicos”*²³.

La compañía cómica representará la comedia titulada “Vida y muerte del Cid y noble Martín Peláez” a la que le seguirá la tonadilla “El presidiario”. Después se bailará el habitual bolero y fandango, acabará la función con el sainete “La casa de los abates locos”. El autor de la comedia era Fernando Zarate y el de la tonadilla (teatro cantado similar al sainete lírico) Pablo del Moral.

A los completos números teatrales se le añadirá la lectura de una noticia donde se cuenta, desde Pamplona, una nueva victoria del general Wellington sobre las tropas francesas, resta decir que la novedad fue muy aplaudida por el respetable.

El 27 de septiembre se anuncia en el Diario de Zaragoza que para mañana, día 28, la compañía cómica de esta ciudad abrirá la función con la pieza titulada “Los patriotas de Aragón”; el director del teatro anima al público a presenciarla diciendo que “nada ha omitido de cuanto pueda contribuir al mayor interés de la función, y al gusto de los espectadores”. Explica lo obra diciendo que “su moral es noble y severa, sus ideas sublimes, el valor majestuoso y de elección; en una palabra, todo corresponde a la verdad de los hechos y de los sentimientos de este gran pueblo cuya fama volará de gente en gente hasta la más remota posteridad”²⁴.

El 2 de octubre se repite la representación en el teatro de estas “comedias patrióticas” o como Galdós las llamó “comedias de circunstancias”, que sirvieron como contrapropaganda en la España libre de la invasión. Su título era “Los patriotas de Aragón”, de Zamora y Zabala, posteriormente le añadieron una segunda parte completando el título que quedaría como “Los patriotas de Aragón y el bombo de Zaragoza”, obra que ya se había representado en Madrid en 1808. El argumento de la representación, según Casamayor, cuenta las acciones gloriosas de los defensores con mucha propiedad, habiéndola dedicado el autor al caudillo Palafox. Al final salía un carro triunfal con la Virgen del Pilar con más de mil luces, rodeada de banderas y trofeos de guerra cogidos a los franceses, llevado por dicho general y sus capitanes, la alegoría fue muy vitoreada por los asistentes²⁵. Después hubo, como siempre, el acostumbrado repertorio de tonadilla, baile y sainete.

En la segunda parte, que es posible que no se estrenara en esta ocasión, el público aplaudía entusiasmado cuando se le cortaba la cabeza a un francés y se la clavaba en la punta de una espada. Como se ve todo muy poco sutil, pero de una indudable fuerza y eficacia propagandística que era capaz, incluso, el confundir los recuerdos de aquellos zaragozanos que vivieron en su misma persona acontecimientos tan recientes. ¡Qué gran arma ésta del teatro!

El 13 de octubre, en plenas fiestas del Pilar, se repite la función “Los patriotas de Aragón”, sólo que esta vez la compañía hará dos pases; uno, a las tres de la tarde, para los forasteros, y otro, a su horario habitual de las 9 de la noche.

En este final de año de 1813 ni Casamayor ni el Diario de Zaragoza recogen actividad teatral digna de mención; otros eran los problemas y otras las circunstancias históricas que se iban a desarrollar. Por el momento, la escena teatral hizo “mutis por el foro” en una ciudad donde se había representado fuera cual fuese su gobierno o su rey. Hubo teatro con Carlos IV, con el Bonaparte José I, con su virrey Suchet o con el Borbón Fernando VII, y así sería durante muchos años.

NOTAS AL CAPÍTULO VI

- ¹ CAMBRONERO, Carlos, *El rey intruso*, Madrid. Librería de los Bibliófilos Españoles, 1909.
- ² XIMÉNEZ DE EMBÚN Y VAL, Tomás, *Descripción histórica de la antigua Zaragoza y de sus términos municipales*. Zaragoza, 1901. Edición facsimil de la Editorial Certeza.
- ³ *Ibidem*, p. 101.
- ⁴ CASAMAYOR, Faustino, *Años políticos e históricos. De las cosas particulares sucedidas en la ciudad de Zaragoza. Años 1790 a 1826*. Biblioteca Universitaria de Zaragoza, 25 de agosto de 1799.
- ⁵ *Guia de Zaragoza 1860*. Ediciones facsímiles. Librería general.
- ⁶ La lista de los componentes, con nombres y apellidos, de la compañía de Adrade está reproducida en el *Diario de Zaragoza* n.º 85 del sábado 15 de abril de 1797.
- ⁷ CASAMAYOR, Faustino, *Años políticos e históricos. De las cosas particulares sucedidas en la ciudad de Zaragoza. Años 1790 a 1826*. Biblioteca Universitaria de Zaragoza, 25 de abril de 1807.
- ⁸ *Gaceta Nacional de Zaragoza*, 1810, n.º 55, p. 214. HNZ.
- ⁹ ASED Y VILLAGRASA, Manuel Isidoro, *Relación de las fiestas que la imperial ciudad de Zaragoza celebró en los días 16 y 17 de junio de 1810*, pp. 174-175. Zaragoza, imprenta de Miedes.
- ¹⁰ Anuncio de actuación teatral en la *Gaceta Nacional*, n.º 32, del 19 de abril de 1812. HMZ.
- ¹¹ Coste y administración de 1811. Libro de actas año 1811, p. 290. AMZ.
- ¹² Todos estos recibos están sacados del archivo de la Diputación Provincial de Zaragoza. «Gobierno político de Aragón, carpeta Espectáculos y diversiones públicas». Signatura 1.307. ADPZ.
- ¹³ *Gaceta Nacional de Zaragoza* (n.º 30). Domingo, 1 de abril de 1810. Registro n.º 108, p. 113. HZ.
- ¹⁴ ASED Y VILLAGRASA, Manuel Isidoro, *Relación de las fiestas que la imperial ciudad de Zaragoza celebró en los días 16 y 17 de junio de 1810*, p. 172. Zaragoza, imprenta de Miedes.
- ¹⁵ *Gaceta Nacional de Zaragoza*, n.º 17, 21 de febrero de 1811. Hemeroteca de Zaragoza. AMZ.
- ¹⁶ Libro de actas año 1811. Registro 1.526, p. 463. AMZ.
- ¹⁷ Gobierno político de Aragón, «Espectáculos y diversiones públicas». Signatura 1.307. Archivo Diputación Provincial de Zaragoza.
- ¹⁸ Reparto de palcos de comedia. Libro de actas 1812, registro 1.528, pp. 325-327. AMZ.
- ¹⁹ Menú Ayuntamiento. *Ibidem*, p. 366.
- ²⁰ CASAMAYOR, Faustino, *Años políticos e históricos. De las cosas particulares sucedidas en la ciudad de Zaragoza. Años 1790 a 1826*. Biblioteca Universitaria de Zaragoza, 28 de febrero de 1813.
- ²¹ *Diario de Zaragoza* del 19 de julio de 1813. HMZ.
- ²² Libro de actas, 27 de septiembre de 1813. Registro 1.534, pp. 97-102. AMZ.
- ²³ *Diario de Zaragoza* del 4 de agosto de 1813.
- ²⁴ *Ibidem*, 27 de septiembre de 1813, n.º 79.
- ²⁵ CASAMAYOR, Faustino, *Años políticos e históricos. De las cosas particulares sucedidas en la ciudad de Zaragoza. Años 1790 a 1826*. Biblioteca Universitaria de Zaragoza, 5 de octubre de 1813.

CAPÍTULO VII

LA REAL SOCIEDAD ECONÓMICA ARAGONESA DE AMIGOS DEL PAÍS, LA CASA DE GANADEROS, LOS TOROS Y LA IGLESIA. CUATRO HERRAMIENTAS PERFECTAS PARA EL CONTROL SOCIAL

La ciudad ocupada por el ejército invasor iba a vivir durante cuatro años y medio un sinnúmero de acometidas destinadas a quebrar su moral de resistente para conseguir así el fin último de vasallaje y plena aceptación de la nueva realidad. Algunas de ellas, las más importantes por los medios empleados, ya las hemos puesto en valor en los capítulos anteriores de este trabajo, recordémoslas:

Ante nuestros ojos ha desfilado la gran parafernalia teatral de las luminarias, que gracias a su profusión e intensidad como nunca se vio en ciudad alguna en toda Europa consiguió encandilar a los habitantes de un pueblo al que se suponía cargado de odio y resentimiento con los invasores que les habían derrotado en el campo de batalla.

Asimismo, por estas páginas ha pasado la vida y obra de esa mujer joven, atrevida, magnánima, a veces, ladrona de joyas, valiente sin duda, que ocupó, como esposa del virrey Suchet, el segundo puesto en la cúspide del poder del viejo reino aragonés, y que estableció lo que hemos llamado su “petit court” en Zaragoza en aquellos años difíciles de la ocupación, estando siempre y ofreciéndose al servicio del interés político de su consorte.

También hemos hecho un repaso del teatro de la ciudad antes, durante y después de la ocupación que nos ha llevado a comprender como la escena teatral es empleada como un instrumento más al servicio del “nuevo orden”, donde la mayoría de las veces, la entrada será franca para el pueblo, dado que éste, con su mera asistencia, ya pagaba el alto precio de su propia alienación.

Pero hubo muchas otras armas más en manos francesas, que se dispararían en esta gran batalla de guerra psicológica y que acabarían por destrozarse las ansias de libertad de un pueblo quien, sorprendentemente para algunos, se entregó totalmente en este tercer cerco de la ciudad. Una ciudad que como diría un sorprendido Apollinaire “*después de haber resistido a los franceses con tanto heroísmo, esta gran orbe les ofreció, una vez sometida, numerosas muestras de simpatía. Suchet hizo reinar en ella el orden; se le amaba y, lo que puede ser extraordinario, era festejado a la vuelta de sus expediciones como si fuese un conciudadano cuyos éxitos deseasen vehementemente*”¹.

El arsenal de armas y acciones que el gobernador puso a su servicio, usándolo con gran rendimiento contra la ciudadanía, consistió en ofrecer al pueblo expectante una serie de actuaciones como la vuelta de los festejos taurinos, las farisaicas asistencias de los gobernadores a misa de doce en el Pilar, los festejos por los triunfos de las armas francesas, y una total reanudación ordenada de todas las actividades sociales: misas, bautizos, entierros, banquetes, mercados, comercio, negocios, bailes, reuniones, viajes y festejos. Toda la vida de la ciudad iba a estar bajo el control absoluto de los intrusos, que delegaban en sus instituciones ya conquistadas la verificación de los actos correctos para el poder. La prensa y la Iglesia zaragozanas, así como de cualquier otra institución social de prestigio como era el caso de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País y la Academia de San Luis, la Real Sitada o la antiquísima sociedad gremial llamada Casa de Ganaderos de Zaragoza, iban a ser objetivo preferente en sus actuaciones, vistas como motor del cambio que se estaba produciendo. A esto se le iban a sumar los numerosos decretos, anuncio de triunfos, bandos y proclamas que se colgaron de cualquier esquina de la ciudad, la propia formación de compañías armadas de mercenarios españoles, o el trabajo de una policía eficaz e implacable. Todas estas armas contribuyeron a romper el alma de la resistencia, todas ellas hicieron posible la sumisión total de una ciudad casi desde el principio de la ocupación.

LA REAL SOCIEDAD ECONÓMICA ARAGONESA DE AMIGOS DEL PAÍS BAJO EL CONTROL DEL GOBERNADOR

El 15 de marzo de 1776 reinando Carlos III, y bajo su amparo, se creó en Zaragoza una asociación que buscaba el fomento del progreso de la retrasada sociedad aragonesa, fundiendo en este afán los intereses económicos de la agricultura, el comercio, la artesanía o la industria y la enseñanza. Esta institución alcanzó, casi desde su fundación, un gran prestigio que 30 años después, cuando llegaron los franceses a la ciudad, todavía estaba en alza.

Con la invasión y los posteriores episodios de los dos sitios que tuvo que soportar Zaragoza, la actividad de la Real Sociedad quedó paralizada a causa de las tremendas consecuencias de muerte y desolación que los terribles combates trajeron a toda la ciudad. Pero, poco a poco, la ciudad fue curando sus heridas y la sociedad fue recuperando su pulso anterior, solo que ahora bajo la autoridad de un nuevo gobierno encabezado por Louis Gabriel Suchet, conde del imperio.

Ninguna institución ciudadana podía estar fuera de control de los nuevos amos, y esta Real Sociedad no iba a ser una excepción, no podía serlo en esa búsqueda del

poder absoluto en que se hallaba el gobierno intruso encabezado por Suchet. Por tanto, la toma de control de la Real Sociedad en enero de 1810 iba a ser diseñada y ejecutada paso a paso, con sutileza y respetando las normas de la propia institución, todo ello muy de acuerdo con la personalidad sutil y diplomática del gobernador Suchet.

Primero se hizo necesario que la Junta de la Real Sociedad ampliara su quorum, y diera paso a los representantes del nuevo orden que imperaba en la sociedad Aragonesa. A tal fin, el 2 de enero de 1810, se celebró una junta por la que el presidente, Ramón Segura (luego sería recompensado con el nombramiento de deán del Cabildo), presentaba a dos nuevos candidatos a formar parte de la Sociedad, éstos eran el intendente general Luis Menche, y el comisario general de policía Mariano Domínguez. Estos dos pesos pesados de la administración napoleónica fueron votados por todos los vocales presentes “*por su decidido patriotismo, y por el bien que pueden y desean dispensar a la prosperidad de ambos cuerpos*”, siendo nombrados socios de mérito y académicos de honor. Otro reconocido colaboracionista que también tuvo su alta de socio ese mismo año fue Pedro Garcés de Marcilla, barón de Andilla, quien estaba al frente de los gendarmes españoles contratados por los franceses a su servicio.

El nombramiento de estos nuevos socios no hacía sino anticipar la sesión del día siguiente donde la institución iba a pasar definitivamente a manos del gobernador. En efecto, a las 11 de la mañana del 3 de enero se reúne la junta de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, y decide por aclamación nombrar director de la misma y presidente de la Real Academia de San Luis al Excm. señor conde Suchet, gobernador de este reino. Veamos el acta donde se recoge este nombramiento:

*“Se hizo entrar al portero, e hizo relacion en plena Junta general de haber reparado las Esquelas de aviso, a todos los SS socios veinte y quatro horas antes de esta junta. Luego expuso el Presidente lo que le parecio oportuno para que con arreglo a las ordenes de SM se hiciesen la eleccion por cédulas y votos secretos conforme costumbre, y entendida de todo la Junta general, dixeron todos los SS socios a una voz que aclamaban y aclamaron por Director 1º de este Real Cuerpo y como tal por Presidente de la Real Academia de San Luis el Excm. Snr. conde Suchet Capitan general de este Reyno. Y por 2º Director o Vicedirector y como tal Vicepresidente de la Real Academia, al Interino obispo Auxiliar de este Arzobispado, sin necesidad de votar con cédulas, por ser esta ala voluntad unanime de los Caballeros socios”*².

Terminada la reunión y como el nuevo director no estaba presente, se formó una comisión para comunicar al general gobernador dicho nombramiento. Con este acto Suchet completaba el organigrama de poder, el poder político, el económico, el asistencial, el cultural y el militar estaban en sus manos. La ciudad y el reino eran suyos de pleno.



Emblema de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País.

La visita de Suchet a la Real Sociedad

Las reuniones de la Real Sociedad continuaban vertiginosamente en esos primeros días de enero, y tras ser nombrado Suchet presidente y el obispo Santander como vicepresidente, la Sociedad convocó otra reunión en el palacio arzobispal la víspera de Reyes.

Ese día se leyó un oficio del señor intendente general fechado el 4 de enero en que remitía copia del decreto expedido por el conde Suchet, por medio del cual se adjudicaba la cantidad de 12.000 reales del producto de Bienes Nacionales para reabrir los estudios que se venían impartiendo en la Asociación y Academia de San Luis. A su vez, se nombraba al presbítero José Gazullo, exlector de teología, como recolector de los libros de los conventos suprimidos y casas secuestradas de la capital, con la idea de llevar estos libros a la sede de la Real Sociedad y poder crear con ellos una biblioteca. Además, se nombraba a Gazullo como socio numerario quedando dispensado así del pago anual a la Sociedad. Finalmente, prepararon la que iba a ser la visita del gobernador general a la Sociedad, concretándola para el día 6 del mes siguiente.

Suchet tomó posesión como presidente de la Real Sociedad en una sesión organizada en la sala de juntas del viejo caserón de la desaparecida plaza del Reino el 6 de febrero de 1810. Ese día la junta directiva montó, en honor del gobernador, una puesta en escena admirable y digna de un rey. No faltaba nada: autoridades, música, pompa y esplendor destinada a impresionar a un pueblo agradecido. La sesión transcurrió de la siguiente manera:

A las 3 de la tarde, con todos los socios presentes incluidos el intendente, el corregidor, el deán, el obispo y el comisario de policía, recibieron al resto de las autoridades de la ciudad entre las que destacaban la Real Audiencia y el Cabildo, todos ellos fueron sentados entre los socios y media hora más tarde “*se dio aviso por los porteros que llegaba a avistarse el Excmo. S.conde de Suchet, gobernador general de este Reyno, y nuestro primer Director, e inmediatamente bajaron a recibirle el obispo 2.º Director, con el Cuerpo de Sociedad y Academia. Rompió la música entre los vivas y aclamaciones del pueblo que se hallaba en los patios y antesalas... Seguidamente tomó su silla distinguida Bajo el Dosel.*

Habiendo hecho S.E. señal con campanilla para que cesara la música el 2.º Director hizo un discurso que causó natural satisfacción y aplauso, y habiendo vuelto a resonar la orquesta de las dos Capillas de la Iglesia Metropolitana hizo otra señal S.E. para que cesase y tuvo la dignación de leer por si mismo un discurso energico y elocuente que habia compuesto... asi como termino de leer su papel, que fue sido con el mayor aplauso, continuó la orquesta mientras el noble concurso se empleaba en celebrar con aclamación de todos hasta que mandado suspender la música dixo otro discurso D. Mariano Burillo Administrador general de Bienes Nacionales con lo que se dio fin a la funcion. Y saliendo bajo a las Escuelas y Salas de Dibujo, Matematicas y Arquitectura que estaban iluminadas y concurridas de todos maestros y alumnos, trabajando cada uno en su puesto y clases... Su Excelencia se dignó inspeccionar uno por uno de los alumnos y despues visitó las Salas de las estatuas y modelos, en lo que ocupó largo rato... dejando a todos llenos de satisfacciones, y de una inponderable gratitud. Siendo ya casi el anochecer se acompañó hasta la puerta de la Plaza del Reyno en que se despidió”²³.

Esta visita formó parte de la campaña de propaganda, pareja a la toma del poder, que Suchet desencadenó en la ciudad, con la que pretendía hacerse con el beneplácito de la opinión pública zaragozana. Toda la recepción tenía ese propósito; de ahí el asiento bajo dosel como si fuera un trono, la música dando ambiente y callando bajo su batuta, la presencia en el acto de todas las clases sociales, su personal inspección “uno por uno” a los alumnos, y la consiguiente explotación propagandística de la visita en la *Gaceta* (que llegó a publicar los tres discursos). Pero por encima de

todo ello, buscaba el aplauso y la aprobación de la ciudad cuando, gracias a sus aportaciones, ésta pudo ver cómo las clases continuaban y que el progreso no se detenía ante la guerra. Esta era la prueba que demostraba que su gobernador era realmente benéfico y extraordinario.

Los premios de Suchet

La visita y toma de posesión del gobernador Suchet había resultado satisfactoria para todos, y el general, agradecido por las muestras de afecto y devoción, continuará apoyando a la institución. Por ello, el 24 de febrero de ese mismo año, emitirá un decreto por el que le asigna a la Real Sociedad “*4.500 reales en el mes de marzo, abril, y mayo y en los tres meses siguientes otra tanta cantidad igual*”.

Con este dinero y el compromiso del gobernador, la Real Sociedad preparó todo para que las clases continuaran a partir del 1 de marzo, además formó una diputación compuesta por el vicepresidente Segura, Sobrevía, barón de Torre Arias y el secretario Torres que pasaran a dar las gracias al gobernador general “*por su decidido celo y protección que tan generosamente dispensa a la Academia*”.

Suchet siguió apoyando a la asociación que presidía, y el 17 de octubre se anunciará en la *Gaceta Extraordinaria de Zaragoza* la convocatoria de dos premios ofrecidos por Suchet como protector y presente de la Academia de San Luis de las Nobles Artes.

El primero de los premios estará dedicado a “*Hermosear Zaragoza*”, y se otorgará a la mejor memoria que presenten los mejores medios y más económicos de hacer desaparecer las ruinas y escombros de la ciudad, restablecer sus paseos públicos y dar un plan general de mejoramiento.

El segundo estará dedicado a aquellas ideas que contribuyan al aumento del empleo del “carbón de piedra” y la disminución del empleo del carbón vegetal.

Los premios consistían en una medalla de oro valorada en dos mil reales. Curiosamente estas medallas nunca llegarían a darse ya que nadie opuso a dichos premios.

Los borradores de las actas de la Real Sociedad nos descubren que todavía hubo otro premio más patrocinado por el gobernador Suchet; éste estaba dotado con mil reales y se entregaría “*al joven discípulo de la Academia que al final de año sepa mejor hablar y escribir el francés*”.

Como vemos, todos estos estímulos provenientes del gobernador entraban dentro de la política de fomento que de siempre, había llevado a cabo la institución por él presidida. Con estos hechos concretos, los socios antiguos se podían felicitar de haber nombrado presidente al gobernador que se estaba revelando como un efectivo protector de la Real Sociedad.

La biblioteca nacional de la Real Sociedad

Otro proyecto que la Real Sociedad intentó llevar a cabo, fue la creación de una biblioteca pública aprovechando la gran cantidad de libros que se habían rescatado tras las expropiaciones de bienes nacionales de numerosos conventos y casas de la ciudad.

En enero de 1810 la Real Sociedad es consciente del peligro de destrucción de una gran cantidad de libros de toda clase que, provenientes de los secuestros de bienes nacionales, se hallaban abandonados y sin dueño conocido. Por ello deciden hacerse cargo de esta responsabilidad y nombran en la sesión del día 5 al presbítero exlector de teología José Gazullo como la persona que se va a encargar de la reunión y recopilación de estos libros. Este nombramiento será refrendado por el gobernador, quien encomendará al intendente que le comunique a la Real Sociedad y la Academia que *“se mandó que se segregasen y eligiesen por dicho José Gonzallo los libros de los conventos suprimidos y casa sequestradas, conduciendoles a una o mas salas de la Academia en donde había de custodiarse”*.

José Gazullo comienza el rescate de los libros y su traslado a la casa de la Real Sociedad, pero era tal la cantidad de libros con los que se encuentra, más de 200 carretadas, que solicita a la Sociedad más personal para ayudarle. La Sociedad satisface esta demanda y le remite a Pedro Vides, que trabajaba en ella como secretario segundo.

Rápidamente los libros van llenando y colmando la capacidad de la institución, hasta el punto que impedían celebrar la juntas generales y particulares *“por que las salas de estos destinos estan con libros, lo mismo la secretaría, gabinete de Historia Natural y Monetario, archivo de papeles del cuerpo y lo propio de la galería de pinturas y otros oficios”*. En estas circunstancias, y viendo la magnitud de las obras salvadas de las exacciones francesas, lanzan la idea de hacer con ellos una biblioteca nacional que sea de común aprovechamiento al reino y a sus estudios.

La creación de esta biblioteca le será propuesta al gobernador el 2 de febrero de 1810; éste aprueba la solicitud tanto de la biblioteca como la del bibliotecario, que será el recopilador José Gazullo.

El nacimiento de esta nueva biblioteca, fruto de las implacables exacciones francesas, no iba a estar exenta de problemas, pues el bibliotecario y recolector de libros José Gazullo sería detenido por la policía en el mes de mayo. Este inesperado problema obligó a que el director de Bienes Nacionales, Mariano Burillo, nombrara al también presbítero Joaquín Royo como responsable de la Biblioteca pero “*sin estipendio alguno*”. Este nombramiento efectuado por las autoridades ajenas a la Real Sociedad, no iba a ser aceptado por la institución que se niega a conceder las llaves al canónigo Joaquín Royo tal y como quiere el Intendente y el conflicto, cuyas causas ignoramos, se recogerá en los borradores de la asociación del mes de junio.

Este magnífico e ilustrado proyecto regeneracionista impulsado por la Real Sociedad y las autoridades intrusas no podrá dejar en el olvido ni sustituir las dos antiguas bibliotecas que desde hacía varios siglos custodiaban el saber en la ciudad. Una era la biblioteca del convento de Jesús y otra, mucho más importante, la de la Universidad.

Tratados de ascetismo y teología, biblias antiquísimas ilustradas, pergaminos, vidas de santos y tratados de fe, historias de concilios, obras de historiadores griegos y latinos, libros científicos escritos en varias lenguas, pergaminos, incunables, cantarales de gran valor... todo se perdió durante la guerra. Los enormes y antiguos libros sirvieron de parapetos y como antorchas o de combustible en las muchas hogueras que los ocupantes encendieron para defenderse del frío invierno zaragozano que los azotaba en sus trincheras mientras la ciudad se resistía a morir. Mientras que los pergaminos manuscritos, en ausencia de paja, eran utilizados por los soldados para aderezar un lecho cómodo donde tumbarse y descansar de los combates.

El holocausto zaragozano también arrastró en el desastre a la vida cultural y artística, y una parte de esa vida desapareció para siempre, sin que iniciativas posteriores, como esta de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País pudiera hacerse efectiva hasta muchos años más tarde. En 1818, las bibliotecas públicas todavía no están en marcha, y Agustín Alcaide hizo una disertación en la Sociedad que fue impresa, titulada “Discurso sobre la necesidad de bibliotecas”.

LA CASA DE GANADEROS DURANTE EL GOBIERNO INTRUSO

Históricamente la Casa de Ganaderos de Zaragoza o cofradía de San Simón y San Judas es una de las instituciones más antiguas y representativas de la ciudad (hoy todavía perdura), que se fundó para defender los privilegios concedidos por los reyes a los propietarios de ganado de Zaragoza.

Precisamente, hasta el siglo xvii, en que Felipe V con los decretos de nueva planta le arrebató la jurisdicción penal, sería la cofradía gremial más poderosa de España, gracias a los privilegios que detentaba desde que en 1218 Jaime Iº de Aragón nombrara al primer Justicia de los Ganaderos y le otorga los privilegios de “pastura” por todo el Reino. Además, para la defensa de esos privilegios la Casa de Ganaderos y su Justicia estaban dotados de jurisdicción civil y penal sobre los asuntos que consideraban propios. Siendo su famoso Patíbulo, que se solía montar en el camino de San Gregorio, uno de sus argumentos de respeto más poderosos e intimidatorios.

La excepcional importancia económica y social que la Casa de Ganaderos llegó a alcanzar en la ciudad donde tenía su sede fue debida a la importancia de su cabaña ganadera (más de un millón de reses) y, sobre todo, a los considerables privilegios que desde la reconquista de la ciudad les fueron concedidos por los reyes.

Pero llegó la guerra y los dos sitios, y esta institución, que ya había perdido la relevancia de otras épocas, pagó su tributo de vidas y hacienda como el resto de la ciudad: Su cabaña de ganado se vio terriblemente menguada, de igual manera que lo fueron sus ganaderos, mayordomos y pastores:

Cabaña de ganado lanar en	1807 – 150.000 cabezas ⁴
	1808 – 86.045 “
	1810 – 10.739 “
	1813 – 28.000 “
Ganaderos de la ciudad	1760 – 95
	1812 – 55

Las razones de esta drástica reducción en la cabaña zaragozana son fáciles de concretar recordando los casi cinco meses de sitio que padeció la ciudad por un gran ejército que arrasaba todo a su paso (35.000 soldados consumían 600 carneros por día). Los robos, saqueos, asaltos a parideras y acampos, la imposibilidad de trahumar, las enfermedades y un consumo extraordinario de carne de los sitiados y los sitiadores que, dada la urgencia, no respetaban ni distinguían entre carneros, borregos, corderos o la oveja paridera imprescindible para la supervivencia del ganado, estuvieron a punto de agotar la cabaña.

Existen numerosos testimonios de esta debacle, como el de los ganaderos Nicolás Borfa y Manuel Ros y Vidal, que en una carta fechada el 18 de julio de 1808 le escriben a Palafox quejándose del robo de ganado, a mano de desertores, que tienen pastando en El Castellar: “*Habiendo pasado el río Ebro los enemigos, solicitan fran-*

queza para marchar a cualquier monte para poder salvar sus ganados”. En el segundo sitio de la ciudad, el monte del Castellar, cuyos pastos tan abundantes eran muy apreciados por la Casa de Ganaderos, aparecerá totalmente abandonado por pastores y ganados. Así lo encontrará el oficial francés sitiador Daudevar Freussac cuando lo atraviese buscando sal para el ejército invasor “*Pronto nos perdimos en las montañas áridas, calcinadas, grisáceas, cubiertas de eflorescencias yesosas, donde las cabañas sin pastores y los corrales sin ganados no nos ofrecían indicio alguno sobre nuestro camino*”.

Durante los sitios, era tan evidente la desproporción de fuerzas que la ciudad acabaría por caer, que la Casa de Ganaderos, pragmática y previsora ella, intentara salvar lo más preciado que poseía que no era otra cosa que sus archivos históricos donde radicaba el origen y fundamento de sus privilegios jurisdiccionales y organizativos como pasturas, exenciones de aportages, derechos sobre acampos, ect. Para ello hará salir en carro los documentos más antiguos y valiosos y los trasladarán hasta Mediana poniéndolos en mano de su párroco mosén Francisco Xavier Grasa, donde permanecerán a salvo de los cañones, las minas y los incendios que asolaron a la ciudad.

Con las fuerzas agotadas tras el terrible cerco, una Zaragoza exhausta capituló ante el ejército francés y una nueva era daba comienzo con el forzado cambio de administración y autoridades. Para la Casa de Ganaderos, al igual que para toda la ciudad, comenzaba una nueva etapa de su larguísima historia. Con sus ganados menguados, su pastores, mayordomos o ganaderos muertos o dispersos, sus archivos violados y desaparecidos, su sede en la calle San Andrés ocupada por un regimiento de polacos, todo este desastre apuntaba a la desaparición de la Casa y, efectivamente, esta etapa iba a ser una de las más difíciles de su antiquísima historia. ¿Sería la Casa de Ganaderos capaz de sobrevivir a tamañas dificultades? ¿Podría resurgir la cabaña e impedir su extinción?

El resurgir de la Casa de Ganaderos

Zaragoza llevaba casi un año bajo la administración francesa cuando el 12 de diciembre de 1809 cuatro ganaderos; Lorenzo Ibáñez, Antonio Torrijos, Angelo Elizondo y Antonio Rafael Herrenat, remiten una carta al comisario de policía Domínguez donde “*Suplican se sirva conceder su licencia y permiso para juntarse y tenerlo los pocos individuos que han quedado para el fin arriba expresado de lo que recibieran favor*”. El fin de esta reunión no era otro que el de iniciar los trabajos y reuniones para poner en marcha de nuevo las actividades de la Casa de Ganaderos.

No les pareció mala idea a las autoridades, pues consideraban que una Casa de Ganaderos activa y bajo su control era necesaria para la política que estaba llevando a cabo el gobernador general Suchet, que consistía en restablecer la normalidad y la tranquilidad social en la ciudad, condiciones necesarias para la recuperación económica del Reino bajo su poder. Por tanto, se les da el placet y el 14 de febrero la nueva Casa de Ganaderos convoca su primera reunión, con licencia de la policía, en casa del alcalde mayor, Antonio Caro.

Lo primero que hacen es elegir los cargos habituales de la Casa, que van a recaer en Antonio Rafael Herrenat como justicia, siendo elegidos Angelo Elizondo, Lorenzo Ibáñez, Manuel Ocaña y Manuel Gil Burillo como consejeros y procuradores generales.

Restaurado el orden primigenio, la Casa comienza a trabajar en la recuperación de sus antiguos privilegios y en la defensa de sus intereses gremiales con un brío y una determinación raya en la insolencia. Por un lado, van a mostrarse sumisos y colaboradores con Suchet a la vez que solicitan su protección y amparo “*el debido homenaje y su respetuosa sumisión*”, y por otro, le van a mandar al gobernador un ejemplar, en francés y en castellano, de las ordenanzas que gobiernan la Casa.

El gobernador contestará de inmediato, y dos días mas tarde, el 16 de febrero, su secretario Larreguy les remite un oficio firmado por él en nombre del gobernador donde les dice “*Persudadido de la parte tan interesante que representa la ganadería en la Riqueza de este Reino*” acepta que los ganaderos se reúnan, les da protección y les confirma “provisionalmente” los nombramientos. En cuanto a las ordenanzas no les dice nada, pero a la Casa esto le da igual; ellos, satisfechos con el apoyo mostrado por el gobernador, entenderán que estas también son aprobadas provisionalmente y las aplicarán con determinación y sin miramiento alguno.

La protección que Suchet ofrece a la Casa no era gratuita, estaba motivada por la importancia que la ganadería tiene en la economía aragonesa. Además, el ganado bovino en la fuente principal de suministros de todo el III Cuerpo de Ejército que está bajo sus ordenes. Y por último, se hacía con el control de una de las pocas instituciones relevantes en la ciudad. Estas serán las tres razones principales por las que Suchet se va a mostrar tan complaciente con los ganaderos de la Casa; a él y a su gobierno les interesa que los ganaderos zaragozanos le sean sumisos a la vez que productivos.

Sin pérdida de tiempo, la Casa comienza a trabajar en la puesta al día de sus intereses, y apenas diez días más tarde están pidiendo y exigiendo a las nuevas autori-

dades que desalojen su sede el regimiento de polacos que la ocupaba. También le piden al director de Bienes Nacionales el desembargo de todos los muebles y efectos de la Casa. Asimismo, deseando reunir el archivo fragmentado, le pedirán a la viuda del anterior justicia Joseph Molina, que les devuelva el libro de resoluciones de la Casa que ésta custodiaba en su poder desde los sitios; también iniciarán las gestiones con el cura de Mediana para el retorno de todos los documentos por él custodiados.

Una vez cubiertos los cargos directivos de la Casa de Ganaderos, el paso siguiente es completar el resto del organigrama histórico que la guerra había alterado. Para ello se harán los nombramientos de asesor, el de abogado y procurador, puestos imprescindibles para la defensa, desde siempre, de los intereses de esta peculiar asociación ganadera.

A partir de mediados de febrero, con la institución ya en pleno funcionamiento, retorna la normalidad y la vida cotidiana de la Casa; que si arreglar la balsa nueva, que si acordar el pago del salario del guardia de la Casa, que si cobrar unas deudas de Castejón de Valdejasa de unos abrevaderos o las correspondientes a las hierbas de la dehesa de Villanueva de Gállego que ascendían a 100 libras por la anualidad de 1808.

El 24 de mayo se recibe una petición del ayuntamiento pidiendo la colaboración en los festejos que la ciudad le estaba preparando al gobernador Suchet, con motivo de la llegada a la ciudad tras su victoria en Lérida. La Casa, consciente de la necesidad de contribuir al homenaje de su protector, hará un esfuerzo y sin ninguna objeción que oponer entre sus directivos entregará 1.000 reales de vellón para los fastos.

El 4 de junio se reúne la comisión llamada “junta de parideras”; en dicha comisión se verá todo lo relativo a las parideras y corrales, tan necesitadas de arreglos después de la guerra; también se nombrarán cuatro nuevos guardias para su custodia.

Pero todavía la normalidad estaba lejos de alcanzarse, y la Casa continuará pidiendo y reclamando lo que consideraba que era suyo; a la administración de Bienes Nacionales se le pedirá que devuelvan los “acampos” secuestrados, y directamente pasarán a reclamar sus antiguos muebles: mesas, sillas y canapés (marcados todos con sus armas) que se encontraban en casa de Vicente Goser, concretamente formando parte de la habitación del comandante general de la plaza. Esta reclamación, tan expuesta y comprometida, pone de manifiesto la férrea voluntad de recuperación de la institución ganadera además de la confianza que tenían en la promesa de protección de la institución por parte de Suchet el virrey.

Las exacciones de ganado del comisario Domínguez. La Casa se defiende

En agosto, el amparo y la protección del gobernador hacia los intereses de la Casa, pronto iban a ponerse a prueba con motivo de la petición por parte del señor corregidor de 283.368 raciones de carnero y 232.889 de vacuno para alimentar a las tropas de Suchet enfrascadas en su campaña para controlar el Ebro. Esta petición era una más de la gran demandad de pertrechos, dineros o alimentos que la capital debía de soportar para sostener el esfuerzo de guerra del III Cuerpo al mando de Suchet.

Las numerosas tropas que se hallaban en tránsito por la ciudad y su alojamiento y manutención reclamaban un sinfín de abastos que, siguiendo la política de Suchet, debían extraerse de una ciudad en ruinas, con su tejido productivo exhausto e inoperante y que casi era incapaz de sostener a sus propios habitantes. Pero el gobernador se mostraba inflexible a este respecto, y su eficaz comisario y regidor Domínguez no tuvo otro remedio que hacer esta petición de carnes a la Casa de Ganaderos, la única institución que era capaz de cumplir con este compromiso.

Pero para los ganaderos el cumplimiento de esta demanda, dada la desmesura, podía suponer la extinción de sus cabañas, por lo que intentan que ésta no se lleve a cabo, entrando así en un conflicto directo con el poderoso comisario Domínguez.

Rápidamente, mandan una carta-informe al general Suchet donde explican la situación de la cabaña zaragozana que había pasado de 86.045 cabezas al principio de la guerra ha contar con sólo 10.739 en agosto de 1810, ellos explicarán *“Estos tristes efectos producidos por la guerra se han dejado sentir en la ciudad y sus contornos con mas excesos que en otras partes... de cuyas pérdidas no se ha podido todavía comenzar a repararse... Sería dar el último golpe exterminador a la cabaña con la perdida de las crías”*⁵. La carta finaliza recordándole a Suchet sus promesas con respecto a los ganados zaragozanos, *“que se dignó proteger y fomentarlo con objeto de repararle de la guerra”*.

Esta carta indigna al comisario Domínguez y dos día después remite un oficio, a modo de ultimátum, a cada uno de los individuos de la Casa: *“Se hace imprescindible aprontar sin dilación alguna para la subsistencia del ejército las cabezas con que debe de contribuir esta capital... y mientras se procede a formar el debido reparto del total del impuesto ponga a mi disposición dentro del 3º día todo el ganado que tenga lo cual valorará Matias Armego con la persona que Uds mande”*.

La amenaza es terrible para los intereses de los ganaderos, se están jugando la cabaña en su totalidad, puesto que 300.000 raciones de carne equivalen a 6.000 carneros que en ese momento no había. Además, con su carta-queja a Suchet, se habían

indispuesto con el poderoso Domínguez. Pero la Casa se iba a defender de esta injusticia hasta el final. Así que, conocido el ultimátum del comisario, mandan otra carta a Suchet donde van a jugarse el todo por el todo; esta carta mezclará halagos con amenazas, fervor sumiso con llamadas a la justicia, incluso se mostrarán altivos ante el poderoso gobernador general cuando le recuerden sus compromisos. En la ciudad nadie se atrevió a tanto con el gobernador.

La carta, firmada por el justicia Antonio Rafael Herrenat, se expresaba en los siguientes términos: “*Nadie más interesado que el Cuerpo que represento en la manutención del ejército que a pasos apresurados le va conduciendo al dichoso y deseado momento de la paz y la tranquilidad: Nadie en las glorias de V. E. vean las de aniquilar, y reducir a la miseria, siempre que la práctica de aquella obligación tan sagradas pueda conciliarse, en lo posible, con la equidad y la justicia*”. En otros párrafos el justicia le recuerda la lealtad de la Casa con su causa, pues cuando le pidieron 300 cabezas para el sitio de Lérida “*en diez días las aprontamos*”. Del mismo modo que cuando le pidieron 8.000 cabezas el 7 de julio pasado las suministraron (estando éstas sin pagar todavía). Y le afea el gesto al dirigirse a la Casa, pues le recuerda que la obligación de suministrar al ejército es de todos los vecinos “*y no solo de los particulares propietarios de los efectos que se necesitan*”. También le ofrecen la solución de que con su importe y con la acertada providencia de la libertad de venta se podían buscar donde más abunden, dentro o fuera de la provincia, pues la Casa solo cuenta con 8.000 cabezas.

Finalmente le reclaman su auxilio “*En tales circunstancias, Señor Excmo., no queda ya otro arbitrio al cuerpo que represento, sino el de recurrir al amparo de la suprema autoridad de V. E.: que su V. E. se dignó hace algunos meses, erigirse en su protector... y la Casa se entregó al fomento de la cabaña, con aquella firme confianza que le inspiraban las sagradas palabras de V. E.*

Sirviendose mande se revoque la providencia del corregidor en cuanto alas embas preñadas y vacías con el correspondiente número de padres”.

El justicia de la Casa no sólo escribe a Suchet, sino que previsor, y temiendo que venza el plazo dado por Domínguez, simultáneamente manda otra carta a Musnier (gobernador militar de la plaza) pidiendo que, dado que se ha escrito a Suchet, quien está fuera de Zaragoza, se paralice la ejecución del embargo hasta recibir la resolución del gobernador que se encontraba en Lérida.

Por fin el 27 llegó la tan esperada contestación de Suchet, y cuando se conoció los ganaderos pudieron respirar tranquilos. La queja de la Casa había dado resultado y el corregidor Domínguez fue corregido por su jefe el gobernador: Este recibió la

orden para que suspendiese la providencia y “*se ciñera a repartir a todo su corregimiento la contribución de carne que le corresponda y en el caso de no haber existencias en los pueblos, cuando se requise el ganado se exceptuen las hembras preñadas y vacías con el correspondiente número de padres*”. La carta venía firmada por el secretario de Suchet, M. Larreguy y había sido expedida en Lérida.

La Casa de Ganaderos había triunfado, pues la orden recogía, punto por punto, las peticiones que el justicia le había hecho al gobernador, rayando a veces en la insolencia. Todo un éxito que hizo que el justicia, Antonio Rafael Herrenat, mantuviera el cargo durante toda la ocupación.

Sin duda, esta semana de agosto de 1810 fue una de las más difíciles que le tocó vivir a la institución desde su existencia, pues la cabaña estuvo al borde de la extinción “*manu militari*” como una consecuencia más de la guerra.

Vuelve la normalidad

La siguiente reunión del Capítulo tuvo lugar el 28 de octubre de ese mismo año. Lo primero que hacen es reafirmar explícitamente sus derechos, al ser las ordenanzas confirmadas “*interinamente*” por Suchet. Después se tomaron los acuerdos sobre los acampamentos antiguos y modernos (aquellos que la guerra había alterado la propiedad o el derecho, como eran aquellos embargados y luego vendidos por la administración de Bienes Nacionales). También se acordó, como una medida normalizadora, el reparar la casa donde se celebraban juntas.

Otra reunión tendrá lugar el 29 de diciembre, en esta junta otra vez la Casa se quejará a las autoridades, por que “*algunos individuos (no les otorgan el tratamiento de guardias) habían ocupado y multado a los pastores que traían algunas reses muertas y corderos para sus amos o para regalar*”. Y volverán a exhibir su potestad sobre los asuntos ganaderos de la ciudad con motivo de haberse declarado un ataque de viruela en el ganado del ejército, para evitar que la enfermedad no se propagara a la cabaña. Esta vez se enfrentaban con los mandos del ejército de ocupación, pues ellos consideraban que “*la Casa tiene jurisdicción por haberla recibido en una carta, que se incorpora, de Francisco Larregui desde Tortosa*”.

Durante el año de 1811 se ha alcanzado la tranquilidad necesaria para que la Casa, sin sobresaltos, se reúna y se renueven los cargos de los tenientes y algún consejero. Estos continuarán su actividad administradora sobre los acampamentos, abrevaderos, nuevos ganados, limpieza de balsas y cuentas. También durante ese año se arreglarán los tejados de la Casa y sala de juntas, todo normal, sin sobresaltos.

El año siguiente de 1812 iba a ser muy diferente; el gobierno Intruso comenzaba a dar muestras de debilidad militar y muchas zonas aragonesas se estaban escapando del control directo de la autoridad francesa, solo las grandes ciudades y los nudos de comunicación más importantes vivían bajo el aparente dominio del imperio. La inseguridad de los campos y caminos, aliados de un invierno especialmente frío, hizo que en toda España se desatara una hambruna que complicada con los combates, desabasteció el país e hizo subir el precio del trigo y la carne. En Zaragoza la situación era difícil, pero no presentaba los rasgos de hambruna que se daban en muchos sitios de España; no obstante, la escasez también golpeará con fuerza a los más débiles, como eran los pobres y mendigos y los numerosos prisioneros que abarrotaban las cárceles zaragozanas; para socorrerlos se formó una junta de caridad que evitó la muerte por inanición de muchos.

Esta escasez de alimentos y la falta de autoridad en los campos hizo que los robos de ganado proliferaran y la Casa de Ganaderos comenzara a tomar serias medidas para evitarlo. Así el 31 de marzo la Casa pedirá al gobernador militar, barón París, “*que se les conceda cartilla de seguridad para poder llevar escopeta o fusiles a los mayordomos de los ganaderos*”. Esta medida de protección fue completada, por el Capítulo reunido el 29 de junio día de San Pedro, con un reparto de las compensaciones por el ganado perdido. A su vez, se estableció la derrama de cada ganadero que consistió en 20 reales de plata cada 100 cabezas de ganado.

El robo de ganado en Utebo y la promesa y obligación del Ayuntamiento

Los problemas del general París como gobernador de Aragón no hacían sino aumentar día a día conforme se debilitaba el control militar de su territorio. En abril se produjo el robo de uno de los mayores rebaños de Zaragoza en las mismas puertas de la ciudad; nada más ni nada menos que 600 ovejas desaparecieron de la circulación sin que su propietario Juan Sens ni las autoridades consiguieran recuperar res alguna.

Tras la denuncia del ganadero, apoyado por la Casa como siempre, será el mismísimo general París el que tome cartas en el asunto y, desde su cuartel general, dictará un decreto por el cual se hace responsable del robo a todo el pueblo de Utebo representado por sus autoridades, sobre las que recaerán, personalmente, la carga de la devolución del ganado o el pago en metálico de su valor.

El ayuntamiento de Utebo estaba formado por Antonio Mesonada como corregidor, siendo los restantes miembros de la junta municipal: Santiago Mesonada, Santiago Artazos, Jorge Feringán, Juan Bona, Julio Tamé y Sebastián Lorente. Es sorprendente cómo, dado lo injusto de la medida (responsabilizar a todo un pueblo y sus re-

presentantes por un robo ocurrido en su municipio), aceptaron los componentes del ayuntamiento responder con sus bienes particulares por un robo al que eran ajenos. ¿Aceptaban éstos las injustas decisiones del ocupante por miedo y sumisión? O ¿era esta una manera tácita de aceptar la responsabilidad por el robo? Esta incógnita no podrá ser despejada con los datos que tenemos, pero dado que mucho después de acabada la guerra la reclamación por el ganado robado seguía viva, nos induce a pensar que sí, que el pueblo de Utebo y sus representantes políticos sabían muy bien que había ocurrido a ese ganado, y por consiguiente, aceptaban sumisos la responsabilidad del pago del ganado desaparecido. Pero volvamos a los hechos.

El robo aconteció en el mes de abril de 1812, en esa fecha un rebaño de 584 cabezas de ganado lanar era asaltado en las proximidades de Utebo. Su propietario Juan Sens, vecino de Zaragoza y miembro de la Casa de Ganaderos, ante la imposibilidad de recuperar el ganado denuncia el hecho a las autoridades francesas.

La policía y demás autoridades, ante la desesperación del ganadero, no consiguen averiguar nada, y transcurridos 11 meses el comandante superior de Aragón, general baron París, promulga un decreto en virtud del cual responsabiliza directa y personalmente a todos y cada uno de la junta municipal que regía el pueblo de Utebo y estos *“prometen y se obligan a satisfacer y pagar a Juan Sens, o a sus legítimos, la cantidad de 3.370 duros procedentes del robo de ganado lanar en Utebo, en dinero efectivo en metálico hasta el día de la festividad de Todos Los Santos primero de noviembre de 1813”*. Esta “promesa y obligación” de los siete jurados de Utebo será apuntada y reconocida ante el notario de la ciudad Anastasio Marín: *“los siete juntos prometemos y nos obligamos a satisfacer y pagar a Juan Sens la cantidad de 3.370 duros procedentes de un rebaño de 584 cabezas de ganado lanar, que fue robado al mismo el año pasado en las inmediaciones de dicho lugar con los ateros correspondientes a su cabaña...comprometiendo todos nuestros bienes, muebles como sitios, créditos, derechos, procesos, instancias, y acciones habidas y por haber, las cuales queremos tener aquí por nombradas según Fuero de Aragón”*⁶.

La deuda y los deudores estaban perfectamente reconocidos por escritura firmada el 27 de marzo y perfectamente asentada en el oficio de hipotecas de la ciudad en el libro perteneciente a Utebo. Pero esta deuda nunca se haría efectiva, pues los franceses se marcharan apenas unos meses después y antes de que pudieran reclamar su cumplimiento.

La precipitada retirada francesa de Zaragoza en julio de 1813 dejó sin cobrar al ganadero asaltado la deuda comprometida, pues Juan Sens, temeroso de su colaboracionismo, abandonó la ciudad para marchar a Francia, fijando su residencia en la ciudad de Reisac.

Desde su exilio francés Juan Sens siguió reclamando la deuda a los componentes del ayuntamiento napoleónico de Utebo, incluso muchos años después de acabada la guerra. En 1835 Juan Sens, cansado ya de la dilación de los tribunales, se quejó al Ministère des Affaires Etrangères que a su vez remitió el asunto a la embajada francesa en Madrid para que ésta presionara ante las autoridades. La embajada pasó una nota al Ministerio de Estado manifestando sus deseos de que “*se terminase a mayor brevedad posible el pleito que hace muchos años sigue ante el Alcaide*”.

Pero la Real Audiencia de Aragón achacó este hecho a las circunstancias de la guerra, pues al calificar los hechos en una providencia, imputaban el robo a las tropas españolas en guerra con el invasor. Por tanto, este robo que dio lugar a un incidente diplomático no fue un acto puro y simple de cuatrерismo, sino una acción de guerra en defensa de la independencia de la patria. Juan Sens nunca llegó a cobrar su deuda y los antiguos corregidores de Utebo acabaron respirando tranquilos y con alguna oveja de más en sus corrales; las guerras tienen estas cosas.

Otras juntas de la Casa

Las reuniones y capítulos de la Casa a lo largo de 1812 están llenos de conflictos y problemas que son debatidos y a los que se dan diversas soluciones: vuelven las desavenencias entre los acampos nuevos y los llamados viejos; vuelve la viruela a contagiar la cabaña y a enrarecer las relaciones de la Casa con sus vecinos de pastos, como el corregidor de Torres de Berrellén o el justicia de Tauste, Josef Lambea (todos ellos comparten pastos en el monte del Castellar). Siguen los robos, las quejas y reclamaciones por las balsas y abrevaderos o por el uso que el general josefino Salamanca hace de su alojamiento en la Casa del Capítulo.

Mas no todo iba a ser malo, en agosto un decreto favorable a los intereses ganaderos se iba a dar a conocer en todo el reino gobernado por Suchet. Este se presentó a la junta el 3 de agosto y trataba “*sobre la libertad de extraer lanas de aragón para las provincias de Cataluña y Valencia como lo había antes*” (la escasa producción de lana de Aragón se había desviado hacia la necesitada Francia). Es curioso ver cómo la Casa de Ganaderos aprobaba siempre todas medidas que apostaban por el libre comercio, y se manifestaba rabiosamente celosa en la defensa de sus privilegios medievales en todo lo demás, como pasturas, acampos, jurisdicción propia, etc.

Estas prerrogativas que disfrutaban los asociados de la Casa de Ganaderos zaragozana, provenientes de los antiguos privilegios, serán siempre puestos en valor, exhibidos y defendidos con fiereza ante cualquiera, incluso se atreven con el gobernador militar

ocupante. Así ocurrió el 28 de octubre, cuando le “*explican los derechos y privilegios al conde de Reille para que no sean conculcados por los ganados del ejército*”.

Para evitar mayores problemas con los militares franceses será la propia Casa la que haciendo gala, una vez más, de su pragmatismo le ceda unos acampos concretos para que pasten las caballerías y demás animales de los ocupantes, luego, entre ellos, se harán las compensaciones correspondientes para evitar que nadie de la Casa salga más perjudicado que otro.

Los acampos destinados por la Casa para el ejército son los del:

- Marqués de Santa Coloma (Monzalbarba)
- Pedro Garisa
- Josef Baerla
- Castillo Larroy
- Herederos de Camiserál
- El Santísimo (Alfocea-Juslibol)

Estos acampos debían estar, lógicamente, cerca de la ciudad, al menos así ocurre con los dos que situamos en Monzalbarba y Alfocea.

El fin de la guerra

El año de 1813 trae aires de cambio a la ciudad, el justicia de la Casa los ventea y pretende que se nombren nuevos representantes para que éstos afronten la nueva realidad que se avecina; los ganaderos, satisfechos con su gestión, le niegan la dimisión y el justicia amenaza con dimitir y convoca el 29 de abril un capítulo extraordinario para nombrar nuevos representantes. A la postre, se llega a un acuerdo por el que Antonio Rafael Herrenat seguirá siendo el justicia, pero se cambiarán los tenientes y procuradores.

A finales de junio la junta se reúne para preparar el tradicional capítulo ordinario de San Pedro, pero esta convocatoria se desplazará al día 19 de julio, en que se celebrará un capítulo general extraordinario apresurado para constatar el nuevo cambio de autoridades tras la marcha de los franceses ocupantes el día 9.

Y si la Casa esperaba que los soldados españoles iban a tener un comportamiento distinto con ella que el del ejército invasor, estaba muy equivocada. Pues lo primero que el comisario gobernador Pedro de Yoldi pide a la Casa es la cantidad de 500 carneros para enfermos hospitalizados y 30.000 raciones para que se atienda con ellos las necesidades del ejército acampado en la ciudad.

La petición obliga a reunir un nuevo capítulo general extraordinario apenas tres días después, y comienza a elaborar la misma táctica defensiva que tan buenos frutos le dio con Suchet: Primero se le contesta como siempre, que es imposible aportar los 500 carneros, pues *“no hay más que los imprescindibles para la continuidad de la Cabaña... hasta el presente que asciende a 28.000 pero también de ovejas y padres”*. Después, será la propia Casa la que le ofrezca la solución: *“Comprarlos donde queiera que se les encuentre a pesar de la escasez. Si la ciudad decide traer las 30.000 raciones a pública subasta y cargar su importe en la Real contribución... aumentar 18.000 raciones más que sean los 500 carneros para el Hospital”*. La Casa continuará defendiéndose y explicando a la nueva, otra vez, administración *“que la recaudación a los vecinos por reglas catastrales es el medio más equitativo y soportable. De lo contrario los individuos de La Casa proporcionan dos partes”*.

Idénticos argumentos en la defensa de la presión de dos administraciones y ejércitos distintos, pero con las mismas necesidades. Para los ganaderos zaragozanos la autoridad, siempre insaciable, los tiene como rehenes siendo así el gremio más desgraciado y destinado al sacrificio.

Finalmente el 23 de julio, ante la negativa de las autoridades y previendo males mayores, la junta decide sacrificarse por la patria y se hace el reparto entre los ganaderos de la Casa; como no hay carneros suficientes se hará una mezcla de oveja y cordero. Al final se sacrificaron las ovejas, lo que no se atrevieron hacer los ocupantes acabaron por hacerlo los “libertadores” españoles.

Llegó el final de la guerra y, poco a poco, las tropas de unos y de otros fueron abandonando la ciudad. La vida cotidiana volvió a sus plazas y calles, los ciudadanos trataban de olvidar los malos tiempos que recientemente habían vivido y la actividad económica empezaba a despegar lentamente. Los artesanos siguieron con sus negocios, los agricultores volvieron a sus ocupaciones y los pastores se fueron marchando a sus acampamentos con el ganado superviviente, incluso un nuevo grupo social apareció en la ciudad; éste era las mujeres ganaderas (hijas y esposas de ganaderos muertos durante el conflicto, casi el 50%).

En 1814 con un proyecto más tranquilo de legislatura, Antonio Rafael Herrenat, que tanto y tan bien había servido a la Casa, se le permitió abandonar por fin su cargo de justicia de Ganaderos. Su sustituto será Joaquín Gómez y como teniente se nombrará a Lorenzo Ibáñez. Nuevas caras para nuevos tiempos en la Casa de Ganaderos, una de las instituciones más antiguas de la ciudad, y que fue capaz de sobrevivir milagrosamente a una de las guerras más terribles que asoló Zaragoza, la ciudad donde este

gremio edificó su casa y la dotó de unos privilegios y unas prerrogativas que hacían de los ganaderos zaragozanos uno de sus más distinguidos ciudadanos henchidos de poder.

LOS FESTEJOS TAURINOS DURANTE LA OCUPACIÓN

A finales del siglo XVIII el rey Carlos III, movido por su afán modernizador de la sociedad española, intentó desterrar, por considerarla atávica y salvaje, una de las costumbres más arraigada en el pueblo como era la afición de éste por los festejos taurinos. Por lo que en el año de 1785 “Se prohíbe la fiesta de los toros de muerte en los pueblos del Reino”.

Pero esta orden vedatoria fue, como muchas otras provenientes de las elites ilustradas, reiteradamente incumplida en todo el país, donde la tauromaquia formaba parte esencial de la propia personalidad del pueblo, haciendo falta para cambiar ésta algo más que una simple pragmática sanción hecha en la lejana corte.

Casi al mismo tiempo que en Madrid se prohibían los toros, en el año 1764 en Zaragoza el prócer Ramón de Pignatelli, para poder financiar los gastos de mantenimiento de la benéfica Casa de Misericordia, impulsaba la construcción de un coso nuevo donde celebrar las corridas con la comodidad y seguridad que el pueblo demandaba.

Hoy esta plaza todavía sostiene y manifiesta, doscientos años después, la gran afición de la ciudad por la tauromaquia en sus muy diversas facetas: corridas, novilladas, desencajonamientos, vaquillas, recortadores, ensogadores, etc. Y nos permite afirmar que Ramón de Pignatelli hizo bien en ignorar los intentos abolicionistas tauricidas, aunque provinieran del mismísimo rey.

Cinco años más tarde del primer decreto, una real provisión fechada en 1790 reiteraba y extendía la prohibición al “*abuso de correr por las calles novillos y toros, que llaman de cuerda, así de día como de noche*”. Prohibición vana e inútil desde el mismo momento en que estos mandatos chocaban con la realidad lúdica de los súbditos tan apegados a esta fiesta. En Aragón, por ejemplo, una orden del real acuerdo se distanciaba, casi al mismo tiempo, del espíritu de la ley procedente de la corte, esa orden eximía a los justicias y corregidores (las auténticas autoridades reales de los pueblos) de solicitar permisos “*para celebrar la función de correr novillos o vaquillas, siendo de balde*”⁷.

El nulo éxito de las autoridades con estos vetos se ve reflejado en el mismo momento en que el rey antitaurino Carlos III permite la celebración de una corrida de toros con motivo de los desposorios de su sucesor Carlos IV con María Luisa. La gran afición del pueblo acababa de derrotar estrepitosamente a los ilustrados antitaurinos, entre los que se encontraba el propio Rey; la realidad social se imponía y aún habrá un historiador taurino que cuantificará en más de 4.500 toros los lidiados durante el reinado de Carlos III con o sin decretos reguladores.

En la ciudad de Teruel, sin ir más lejos, por orden de S. M. se concedió en el año 1804 la facultad para que pudieran realizar 3 corridas de toros cuyo producto iría a parar al hospital. Estos fines altruistas de presentar la autorización de las corridas en Teruel escondía una imposibilidad de oponerse frontalmente a una fiesta de gran arraigo social y popular, se prohíbe formalmente, pero de hecho las corridas se seguirían celebrando.

La realidad social no afectaba a la corte y ésta sin darse por vencida, volverá a emitir una real cédula en 1805 por la que “*se prohíbe absolutamente en todo el Reyno, sin excepción de la Corte, las fiestas de Toros y Novillos*”. La nueva y firme política abolicionista fue mantenida a duras penas en aquellos sitios como las grandes ciudades donde la autoridad llegaba con más facilidad, pero no fue cumplida en los pueblos de la inmensa campiña española (en la ciudad de Zaragoza y durante los carnavales de 1808 habrá dos novilladas a las que asistirá mucha gente).

No obstante, paradojas de la historia, tuvo que venir un rey reformista e ilustrado como José I, apuntalado por las bayonetas de la nación más moderna de entonces, que había surgido de una revolución, como era Francia, para que en los ruedos y plazas españolas (esa nación de fanáticos y retrasados, así nos veían los franceses) volvieran a celebrarse corridas de toros. Espectáculo denostado por cruel y sanguinario según los cánones de ilustrados y revolucionarios.

Pero los objetivos políticos se imponen, la mayoría de las veces, a la consecuencia ideológica y moral, y dado que los invasores necesitaban ganar la opinión de la nación ofendida, no sólo transigieron, sino que impulsaron una fiesta, que seguramente, a priori, les repugnaba. Así es la política y así se planteó y desarrolló una de las batallas por ganar la guerra de opinión, que fue casi tan dura como la de la pólvora.

En Madrid José I, aconsejado por alguien que conocía bien a los españoles, favoreció las corridas de toros, pensando cuerdamente que con ello se granjeaba las simpatías del pueblo. Por eso se celebraron numerosas corridas de abono y otras gratis

para el público, algunas serán costeadas por el propio Rey o subvencionando “de su real bolsillo” la mitad del precio de las entradas (como las dos corridas que mandó organizar para celebrar su elevación al trono), también en 1810 ofreció, gratis total, un espectáculo taurino en Córdoba para festejar el día de su onomástica.

Habrán otras muchas más, como la verificada el 11 de marzo con motivo del nacimiento del hijo de Napoleón, o la del 15 de agosto de 1811 con ocasión de los días del emperador. Esta corrida se anunciará en verso, y adelantan que se correrán 11 toros, algunos embolados, y estarán presentes 30 músicos para amenizar la tarde. Y cuando la luz natural escasee el coso será iluminado con dos globos de los que surgirán antorchas mil⁸.

Tantos toros durante el gobierno intruso no podían dejar indiferente a los historiadores, y así el autor francés Gérard Dufour, en su magnífico libro sobre Goya, afirmará que la administración josefina “*posibilitó que las corridas volvieran a ser un espectáculo normal en Madrid... La ocupación francesa fue una auténtica edad de oro para los aficionados taurinos, y, a principios de 1811, la municipalidad de Madrid acordó que habría 24 corridas por temporada*”.

En Zaragoza Suchet imitará a su tío político el rey José I, y hará las mismas cosas con idéntica finalidad, que no era otra que la conquista de la benevolencia del pueblo y su posterior sumisión a la nueva dinastía que se había instalado en España.

LA PLAZA DE LA MISERICORDIA

El cataclismo que había sufrido la ciudad con los dos sitios tardó mucho tiempo en recomponerse, las ruinas no distinguían edificios particulares de los oficiales o religiosos y el estado de muchos de ellos era lastimoso y de difícil reparación.

La relativamente nueva plaza de toros de la ciudad tampoco salió ilesa de la contienda y el 20 de agosto de 1809 Suchet, previendo su uso, mandó que comenzaran las reparaciones. Los daños a causa de la guerra habían sido importantes, y el frío invierno del segundo Sitio había acabado con toda la madera que había en los tendidos, las gradas, los toriles, las ventanas o puertas. Aun así la autoridad convocó a las cuadrillas de maestros carpinteros y oficiales albañiles y los puso a trabajar con urgencia en su restauración. Si descontamos los urgentes desescombros y limpiezas de las calles, esta obra fue la más importante y que más jornales dio a ganar después de la reciente conquista de la ciudad.

Los trabajos de habilitación de la plaza continuaron durante todo el mes de agosto, mientras que el comisario de policía desplegaba su probada eficacia en la búsqueda de todos aquellos que quisieran participar en la lidia, a los que les prometía una buena recompensa. Al fin, con los trabajos muy avanzados, el día 8 de septiembre se pudo dar el primer festejo taurino en la ciudad después de cuatro largos años. Casamayor comentará que “*la plaza estaba muy hermosa y bien arreglada, pintados los palcos del general y las armas que usa el rey Napoleón*”⁹.

Si la búsqueda de toreros y lidiadores fue ardua y difícil, no lo fue menos la de los astados que habían de participar, y resulta sorprendente que se pudieran traer a la ciudad una manada de toros después del desastre ganadero que supuso la invasión. La ganadería elegida para la ocasión, no hubo otras opciones, fue la de Juan Murillo de Ejea de los Caballeros. Los siete toros contratados llegaron a la ciudad atravesando el Castellar, a cruzacampo como solía hacerse, pero al pasar por el puente de Piedra uno de ellos se arrojó al río donde pereció. De los seis restantes se lidiaron cinco, reservando uno para ser embolado y que pudieran probar suerte los aficionados. El lidiador fue Francisco Lapuya con su cuadrilla y presidió la corrida el comisario de policía Mariano Domínguez.

El festejo no despertó entusiasmo alguno, y máxime cuando se pretendió cobrar entrada, por lo que la asistencia fue muy escasa. Ante el fracaso de la convocatoria se decidió abrir las puertas y que entrara la gente de balde. Para las autoridades el dinero era lo de menos, lo que les interesaba era que el pueblo disfrutara relajado de la fiesta y se olvidara de todo lo demás.

Al domingo siguiente día 10 se repitió el festejo con cuatro toros de la misma ganadería, y al igual que el viernes anterior hubo muy poca gente, por lo que se dejaron las puertas abiertas. A esta corrida asistió, en su recién restaurado palco, el señor gobernador y su joven esposa, que debió quedar bastante impresionada cuando se azuzaron los perros de presa a alguno de los toros, que fueron bastante malos (esta práctica era habitual con los toros mansos).

Otra fiesta taurina tendría lugar el 31 de marzo de 1811 con motivo de la celebración del nacimiento del hijo de Napoleón. Ese día Suchet decide hacer una fiesta por todo lo alto; asistirá con su señora la condesa al Pilar, donde habrá misa solemne celebrada por el señor obispo; saldrán los gigantes, cabezudos y demás comparsa, finalizando la mañana con una recepción en el palacio. Por la tarde en la plaza de toros habrá equilibristas y se alzarán globos (pensamos que de papel). Después se corrieron novillos que fueron gratis para el pueblo, asistiendo más de 1.000 personas a la corrida. La *Gaceta Nacional de Zaragoza* del 4 de abril resume perfectamente la

intencionalidad política del acto: *“El gobierno, interesado fomentar tan generosos sentimientos, no perdonó medio para hacer la festividad lo más magnífica que se pueda”*.

El 25 de agosto de ese mismo año, día del santo del gobernador y la emperatriz (el uno se llamaba Luis y la otra María Luisa), se celebran fiestas en la ciudad y en la plaza hubo toros embolados con entrada gratis, a cuya función asistieron todas las autoridades encabezadas por su excelencia el gobernador y la condesa su señora que no se perdía ningún festejo taurino.

Al año siguiente, el 16 de agosto de 1812 segundo día de fiestas en Zaragoza con motivo del cumpleaños del emperador, se corrieron cuatro toros, siendo estoqueados por Francisco Lapuya; además, hubo banderillas de fuego, perros de presa y un toro embolado al final que se ofreció al numeroso público congregado en la plaza al que, como siempre, no se le cobró entrada alguna.

Al festejo asistió su excelencia el conde de Reille en representación de Suchet, estando todos los palcos de la plaza repartidos previamente entre las autoridades. El festejo tenía todas las condiciones de ser un acto oficial, al que se debía asistir como uno más de los numerosos ritos de conquista con que los ocupantes obligaban, o quizás no tanto, a los zaragozanos.

El reparto de los palcos, igual que sucedió con los palcos del teatro, ofrecía una pincelada de los nombres propios que mandaban en la ciudad, salvo que en éste de los toros no hubo tantos militares por encontrarse en el frente¹⁰:

- El palco nº 103 y 101 para su excelencia el conde de Reille
- El 102-103 para los intendentes
- El 1 y 2 para el director general de policía
- El 99 y 100 para el ayuntamiento
- El 3 y 4 para la Sitiada de Misericordia
- El 95 a 97 para el presidente de la Audiencia
- El 93 y 94 para el corregidor

Del 61 al 66 y del 38 al 40 para los grandes títulos como el marqués de Villafranca, o la condesa de Robres, la marquesa de fuente Olivar, marqués de Ariño y barón de Purroy.

Otros 60 palcos aparecen reservados a nombre del gobernador, la policía o el ayuntamiento.

La plaza de la Misericordia también tuvo otros usos durante la ocupación. Su situación geográfica a la salida de la ciudad, sus grandes dimensiones y lo cómodo de sus gradas y gran superficie techada hizo que la policía la empleara, repetidas veces, para concentrar los carros cuando se decretaban los embargos de caballería y carruajes que tantas veces debían acompañar a los ejércitos o los convoyes en sus desplazamientos. Allí eran citados y de allí partían de grado o por fuerza.

No sólo en la capital hubo festejos taurinos, sino que también se celebraron en diversos lugares del antiguo reino, y casi siempre por los mismos motivos: como el nacimiento del hijo del emperador o la celebración de alguna victoria de las armas francesas sobre los españoles y sus aliados. Dos ejemplos de estos festejos los podemos ver repasando la *Gaceta Nacional de Zaragoza* de 1811:

En la ciudad de Calatayud con motivo del nacimiento del rey de Roma las autoridades elaboran un extenso programa de fiestas en las que se incluye una corrida de toros. Esta misma ciudad de Calatayud celebrará la marcha de los franceses de igual manera; con repiques de campanas, un te deum y un novillada.

Y en la villa de la Almunia de Doña Godina se dieron nada menos que tres días de fiestas para celebrar la toma de Tarragona por Suchet. El día 8 de julio se celebró una corrida de toros y al día siguiente hubo “toro embolado” para el pueblo. Curiosamente, lo que las autoridades francesas autorizan sin reparos en la Almunia, había sido motivo de un expediente sancionador apenas 10 años antes: en efecto, en 1796 el real acuerdo recoge el expediente “*con motivo de haber celebrado en la villa de la Almunia una corrida de toros de muerte, y disparado fuegos artificiales contra las órdenes establecidas*”¹¹.

Paradojas de la historia, el poder civilizador autoriza lo que ellos denominan un acto bárbaro y atávico como los toros, que las caducas formas de gobierno del antiguo régimen habían prohibido.

LA IGLESIA, UTILIZADA

La religión católica impregnaba de tal manera la sociedad española del siglo XVIII que ésta aceptaba como propio el sentido de vida acorde con los fundamentos de la Iglesia. Y las terribles circunstancias de la guerra, que impedía las celebraciones del calendario religioso, no lograron alterar el carácter profundamente católico del pueblo. Por otra parte, la religión católica era declarada como “la única” en la Constitu-

ción de Bayona, mientras que el rey José I ostentaba orgulloso el título de “Su Católica Majestad”.

El invasor francés conocía perfectamente la importancia del hecho religioso en la sociedad española, acusando, muchas veces a esta impronta la voluntad de resistencia ante el invasor; pero en Zaragoza, y en otros muchos sitios, las nuevas autoridades buscaron, con fines claramente propagandísticos, el acercamiento a la realidad religiosa del pueblo conquistado.

Sucedió con el rey José I quien, a pesar de la supresión de convento o abolir la Inquisición, nunca practicó una política de persecución ideológica-intelectual de la Iglesia, asistiendo incluso muy a menudo a misa o participando en la semana santa sevillana en 1810. Esta política de transigir y atraer adeptos dentro de la propia Iglesia dió sus frutos en Aragón, como el obispo Santander, el arzobispo Arce o el malacitano canónigo Francisco Javier Asensio, y consiguió así debilitar la resistencia y encontrar unos aliados que lo fueron hasta el final de la invasión.

En Aragón la llegada de un nuevo gobernador como Suchet hizo que la guerra de opinión, destinada al sometimiento total del Reino, alcanzara unas cotas altísimas de virulencia propagandística que impidieron a la Iglesia permanecer al margen. Siendo la política clerical de Suchet el área donde el gobernador se anotó uno de sus mayores triunfos: prometió respeto a la religión católica a cambio del compromiso del clero de predicar la paz como misión de la Iglesia. Un compromiso que cumplió, a pesar de la supresión de las órdenes regulares (unos 1.500 monjes fueron echados de sus conventos y tuvieron que buscar otra salida, incluida la de “soplones” de la policía) y que satisfizo a la jerarquía eclesiástica, quien colaboró entusiásticamente con la nueva administración.

Y es que las creencias y el ceremonial religioso son aspectos muy aprovechables para un gran experto, como acabó siendo Suchet, en la llamada guerra psicológica, donde ese potencial espiritual, alienante y jerarquizado, que el desarrollo de la misa y todo el antiguo rito y ceremonial católico conlleva, supone el desarrollo de todos los elementos externos aparentes que impresionan los sentidos, al mismo tiempo que afirman las creencias religiosas, adquiriendo el más profundo valor de símbolo de la vida humana.

La ceremonia religiosa tiende a teatralizar todas las expresiones como una manera propia de llegar al alma de los creyentes, el espectador es objeto y a la vez partícipe de los ritos y las ceremonias religiosas, de ahí la fuerza de la Iglesia en la calle y la sociedad española que se había definido, no hacía mucho tiempo, como un pueblo barroco y espiritual, creyente, en definitiva, hasta ser denunciado como fanático.

Además Suchet se va topar en Zaragoza con un icono religioso de categoría mítica como era el culto de Nuestra Señora del Pilar, lo va a reconocer como tal, haciendo tabla rasa de su intelecto racionalista e ilustrado propio de la revolución francesa, y obrará en consecuencia. El Pilar será la columna, primero para resistir al invasor, después para gobernar con él.

El mismo lo cuenta en sus memorias: *“Suchet es implacable en exprimir las riquezas para la manutención del ejercito y la guerra. Pero se da cuenta que el Pilar es rico en valores y dones y en plata y el pueblo de Zaragoza tenía una gran devoción y afecto en su conservación. El general en Jefe prioriza el no dejarlo robar.*

*Este debut de una administración conservadora fue apreciada por los aragoneses. Los frutos no fueron perdidos y contribuyeron mucho a calmar una provincia agitada por las pasiones políticas y por los sucesos inseparables a una guerra”*¹². Y en un informe sobre el clero aragonés que se conserva en el Servicio Histórico Militar Francés, Suchet comentará *“Je suis persuadé que leur sermons et leur exemple influient beacoup sur l’oeissance des peuples...Ainsi, je reçois presqu’ en même temps, de leur part, tous les renseignements qui peuvent interéser le maintien du bon ordre dans la province”*. Toda una lección de pragmatismo y perspicacia psicológica la del gobernador.

Pero el reconocimiento de la fuerza simbólica del templo del Pilar para el pueblo aragonés, no fue algo exclusivo de Suchet. El primero que asistió a misa en el templo mariano fue el gobernador Laval, estando todo el Cabildo presente. El segundo sería el mariscal Lannes.

En efecto, el mariscal Lannes, vencedor de la ciudad, tardó prudentemente 15 días en hacer su entrada triunfal en la capital arruinada y azotada por la peste. Pero el domingo día 5 de marzo de 1808 (un día antes se había quedado con las joyas más preciadas del tesoro de la Virgen) el mariscal se dirigió al Pilar por las calles despejadas de escombros y acordonadas por las tropas. En la entrada del templo lo esperaba el recién nombrado obispo auxiliar padre Santander, quien como prueba de sumisión le ofreció el agua bendita y le dio un ósculo de paz. El altar mayor aparecía adornado como en el corpus y la santa capilla estaba toda iluminada celebrando el obispo misa, vestido de pontifical, con todo el aparato y música. Allí, en ese momento, en ese templo sagrado, la junta, el Cabildo, la Real Audiencia y el Ayuntamiento juraron fidelidad y obediencia al nuevo rey José Napoleón I. Este juramento en el sagrado templo del Pilar abría una nueva etapa histórica en la ciudad que iba a durar cuatro años y medio.

Al domingo siguiente el mariscal, cual ferviente católico, volvió a asistir a misa de doce en el Pilar, inaugurando así una costumbre que luego iban a seguir todos los gobernadores franceses de la ciudad. La batalla de opinión había comenzado.

El día 2 de abril el mariscal Junot sustituye a Lannes y realiza la obligada visita al templo saliendo a recibirle, con menos pompa que la primera vez, el obispo Santander. El domingo 9 del mismo mes Junot vuelve al templo para oír misa, y habiendo pasado a la sacristía contempla los numerosos mantos y joyas en el camarín y se lleva uno de los mantos de la Virgen con intención de cambiarlo por otro (Junot no quiso ninguna de las joyas que se había llevado Lannes, y siempre reprochó este expolio) como un devoto más de la Virgen.

El 7 y el 14 de mayo el duque de Abrantes asistirá como siempre a misa en la basílica, donde el obispo colaboracionista Santander le reservará una silla con reclinatorio en lugar destacado.

Pero el 28 del mismo mes Junot abandona la ciudad, pues debe atender las necesidades del frente en el Bajo Aragón, siendo sustituido por su representante el general Musnier, quien asistirá a misa en la Magdalena.

Para el poder francés la asistencia a misa se había convertido en un acto imprescindible y obligatorio, pero meramente propagandístico, y la prueba está en que casi a la misma hora en la que Musnier asistía a misa sus tropas profanaban y arrasaban impunemente la iglesia del Portillo con la excusa de su fortificación.

Pero un nuevo cambio en la cadena de mando francesa traerá a estas tierras al general Suchet, quien será por mucho tiempo su gobernador y comisario regio. Con él la batalla por la opinión pública alcanzará una intensidad desmedida que le acercará a la victoria total.

Suchet asistirá todos los domingos a misa de doce en el Pilar, normalmente será acompañado de un cortejo de tropas de infantería y de caballo y en los días más solemnes se hará acompañar por su plana mayor y la oficialidad, mas tarde lo hará con su esposa Honorine que ocupará un lugar privilegiado al lado del órgano.

Suchet conoce la fuerza mítica del Pilar e intenta poner a los fieles y al clero de su parte, por ello, durante las fiestas del Pilar, regalará un manto blanco a la Virgen, y el templo formará parte por siempre de todas las celebraciones francesas. Sin duda, aliarse con la Virgen añadía un plus a la honorabilidad y cercanía que ansiaba el invasor, por ser estos atributos imprescindibles en la guerra psicológica que se estaba llevando a cabo.

Dos personajes religiosos españoles serán fundamentales como aliados de Suchet en este combate peculiar. El primero será el capuchino reverendo padre Miguel Suarez de Santander, nombrado obispo auxiliar de Zaragoza y gobernador eclesiástico de Aragón. El otro será el canónigo Ramón Segura, que presidirá como deán el Cabildo. Entre los dos serán capaces de controlar al clero y poner a disposición de los ocupantes templos, rituales, costumbres y nombramientos. De ellos comentará Suchet en sus memorias que *“el Padre Santander de una elocuencia persuasiva mantenía el espíritu de paz y conciliación, con el Padre Ramón Segura sujetan el clero”*. Los dos, obispo y deán, cumplieron sobradamente con los deseos del gobernador: Mantener la paz, la reconciliación y sujetar (controlar) al clero, nadie mejor que el mismo Suchet para juzgar el esfuerzo de los colaboracionistas, que para él fue perfecto e inmejorable. Los dos eclesiásticos, el obispo auxiliar y el deán, acabarán exiliándose a Francia cuando los ocupantes se retiren de la ciudad.

El padre Santander será distinguido por su entrega con la amistad del propio Suchet, el testimonio y magnitud de este afecto nos lo muestra el relato de Ased y Villagrasa, donde cuenta el encuentro, entre abrazos, del general y el obispo el 31 de julio después de la trascendental victoria de María y Belchite en el verano de 1809: *“Suchet descendió del caballo, arrojándose entre los brazos del venerable Prelado, que con el Cabildo y Clero habían salido a recibirle, y estrecharle repetidas veces en los suyos, qual si dixera: A tus fervientes votos debo la victoria..”*¹³.

Curiosamente el padre Santander había sido uno de los abanderados de la lucha ideológica contrarrevolucionaria, y en uno de estos escritos intenta advertir a sus compatriotas *“contra esos franceses que pretenden seducirnos con blandas palabras”*¹⁴. Unos años más tarde esta misma persona pontificará con su verbo florido desde el púlpito del Pilar su adhesión al nuevo régimen francés, con tal pasión y entrega que algunos de sus sermones serán publicados como paradigma y estandarte de la colaboración del pueblo con los ocupantes.

Son tan numerosas las pruebas de sumisión de las autoridades religiosas aragonesas hacia Suchet, y la subsiguiente manipulación de éste, que será un tanto difícil el resumirlas. Estas oscilan entre adelantar una celebración como la del viernes 8 de septiembre en que se celebraba la natividad de la Virgen alegando que *“por haber aviado su excelencia que iría a misa”*, y la de nombrar por medio de decreto las plazas curales, intentando asimilar al clero a un simple cuerpo de funcionarios a su servicio. La autoridad del gobernador era tal que llegó a prohibir los toques de campanas, o también haciendo de mediador entre el Cabildo y el obispo cuando éstos se enfrentaban.

Muchos de los nombramientos eclesiásticos, destinados a proveer las numerosas vacantes que se dieron a consecuencia de la guerra, fueron hechos directamente por decreto por el gobernador eclesiástico Miguel de Santander, siguiendo las directrices del gobernador general Suchet en nombre del rey José, o, a veces, del propio emperador. Justificando su capacidad para tal nombramiento en virtud del concordato de 1753, que entendían vigente, entre la Santa Sede y la corona de España (muchos de estos nombramientos para provisionar los curatos vacantes levantarán un fuerte rechazo por ser considerados ilegítimos y la Iglesia de Roma tendrá que intervenir posteriormente). Como prueba de esa dependencia dentro del gobierno de Aragón había una sección de “Negocios eclesiásticos”.

Y como testigo definitivo del total control de la administración francesa baste recordar el decreto de 15 de mayo por el cual Suchet obliga a rendir cuentas “*El Cabildo de Zaragoza deberá rendir cuentas a la Contaduría ... en el término de dos meses*”¹⁵.

Suchet hacía y deshacía en Aragón y nadie le discutía su autoridad, que era total, absoluta y de gran eficacia para sus intereses. Manipulaba a conciencia y empleó todo tipo de artes para conseguir sus fines; si necesitaba de la Iglesia aragonesa un canónigo, un manto, una joya, un obispo o una celebración la conseguía de inmediato. Él mismo lo confiesa en sus memorias “*capaz de imponerse en la imaginación ardiente siendo moderado por aquellas ceremonias religiosas que fueron celebradas con esplendor en la Iglesia reverenciada del Pilar, a la que el general en jefe había hecho unir la pompa militar.*

La impresión de todo este conjunto sobre el espíritu de los habitantes les inducía en la idea de cesar una resistencia en lo sucesivo inútil, y de prestarse a un orden de cosas regular que prometía la paz y la seguridad”¹⁶.



Emblema del cabildo metropolitano de Zaragoza. Los dos símbolos de ambas catedrales unidos; el cordero representando a la Seo y la columna coronada al Pilar

SUCHET Y EL CABILDO CATEDRALICIO

El Cabildo de Zaragoza fue constituido en el año 1121 y regularizado en 1160. En un principio Cabildo y obispo poseían un único patrimonio, pero a principios del siglo XIII comenzó a imponerse la partición patrimonial.

Las dos iglesias más importantes de la ciudad unificaron los dos Cabildos en el año 1677 gracias a una bula del Papa Clemente X confirmada un año más tarde por Inocencio XI, desde entonces el Cabildo Metropolitano administraba las dos catedrales de la ciudad, la más antigua la del Salvador y la de Nuestra Señora del Pilar.

La multiplicación de las fundaciones pías acompañadas de numerosas donaciones, ligados a estos dos cultos, hicieron que el Cabildo contara con numerosas propiedades repartidas por distintos pueblos de la provincia lo que le hacía disfrutar de rentas considerable, solamente la iglesia de San Pablo, cuya jurisdicción llegaba hasta el Jalón, le podía hacer la competencia en este campo.

En los años de la invasión francesa, y atendiendo a su relevancia económica y de culto (regenta y administra los dos templos mayores de la ciudad) el Cabildo Metropolitano prácticamente supera al Arzobispado en estatus e influencia en la sociedad zaragozana (recordar también cómo los canónigos Segura y Cistue eran el presidente y el censor de cuentas en La Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País). Influencia que será aumentada por la prolongada ausencia en Zaragoza de su titular el arzobispo D. Ramón José de Arce. Debido a esa importante ascendencia la esfera pública zaragozana, las nuevas autoridades pondrán especial interés en el control político del Cabildo, control que será total con el nombramiento como deán del colaboracionista Ramón Segura en marzo de 1810.

Las dos instituciones religiosas más importantes de Zaragoza el Arzobispado y el Cabildo, las dos, se van a situar bajo el valimiento y el poder del gobernador Suchet. Éste conseguirá sacar todo el partido posible a esta sumisión, una más, en la ciudad que poco a poco va haciendo suya.

Suchet, una vez que ya tenía postrado a sus pies al Padre Santander obispo Auxiliar de Zaragoza y flamante gobernador general Eclesiástico de Aragón, para completar su tarea necesitaba someter a la también poderosa e influyente institución eclesiástica como era el Cabildo Metropolitano. Para ello iniciará la vieja táctica política de acoso y premio, o vulgarmente llamada de “palo y zanahoria”, que devengará en unas más que curiosas relaciones entre el gobernador y el Cabildo de la ciudad; oscilando éstas entre la dura represión (como la inusitada y exagerada detención de la mayoría de los

componentes de la Institución por una pequeña gamberrada), hasta las numerosas muestras de afecto pagadas en efectivo como limosnas, ofertas, mantos y algún que otro privilegio que Suchet les ofreció “generoso” al Cabildo.

Desde que el Cabildo se entera, un 17 de mayo, de la llegada del nuevo gobernador, reúne al capítulo general y todos se aprestan a saludarle y cumplimentarle. Desde ese mismo momento, las relaciones de Suchet con la institución van a ser intensas, extensas, curiosas y constantes. Conozcamos pues alguna de esas relaciones durante el primer año de ocupación:

El 23 de junio de 1809 el Cabildo recibirá instrucciones de la policía para que no se toquen las campanas, la orden será debidamente obedecida y las torres del Pilar y la Seo permanecerán extrañamente mudas, el toque de campanas apenas tiene importancia pero no deja de ser una señal más de dominio de las nuevas autoridades. ¡Hasta las campanas les obedecen!

El 2 de julio el vencedor de las batallas de María y Belchite retorna a la capital convertido en un héroe, la ciudad le hará un grandioso recibimiento y el Cabildo estará presente en primera fila, donde le corresponde en cuanto hay alguna celebración solemne. Además el obispo Santander pedirá el favor de que se le presten los ornamentos necesarios para el te deum posterior, y aunque el trato del Cabildo con el obispo auxiliar nunca fue excelente, en este caso responderán afirmativamente.

En agosto, el Cabildo mandará una carta al gobernador donde se muestra agradecido por haberle concedido a éste la porción económica que percibía el Tribunal de la Inquisición una vez suprimido y para dejar constancia de esta prebenda, le remite otra de igual tenor al obispo Auxiliar recordándole que “*S.E. se ha servido asignar por aumento de la Congrua... la porción canonical que disfrutaba la Inquisición con la misma integridad con la que la percibía aquel tribunal*”. Esta precaución que el Cabildo guarda con respecto al obispo Auxiliar, está perfectamente fundada, puesto que tres años más tarde, en 1812, el obispo aún no había liquidado los frutos de la Congrua que percibía el Tribunal de la Inquisición.

EL PULSO ENTRE EL CABILDO Y EL OBISPO COLABORACIONISTA. LA RESISTENCIA INDIRECTA AL INVASOR

Pero en la ciudad no todo era entreguismo, algunas instituciones religiosas, las menos, como los Escolapios o el Cabildo todavía se resistían al “nuevo orden” im-

puesto por las bayonetas francesas. De todos ellos fue el Cabildo Metropolitano la institución zaragozana que menos se allanó y condescendió a lo largo de toda la ocupación, aunque lo hiciera, eso sí, de una manera sutil e indirecta.

El primer acto de resistencia lo protagoniza al enfrentarse a la autoridad directa del obispo Auxiliar Padre Santander, el cual había sido nombrado por los franceses gobernador eclesiástico de Aragón desde el principio de la ocupación. Su misión como gobernador eclesiástico era clara; someter al clero aragonés y evitar que este encabezara la más mínima oposición al nuevo régimen.

El histórico y otrora poderoso Cabildo fue insultado, encarcelado, arruinado, se le arrebató su autonomía para nombrar y examinar los cargos de sus Iglesias, se les vigiló y censuró sus sermones y pláticas, se expoliaron sus tesoros y joyas, incluso se violentó su capacidad de gestionar y ordenar los oficios litúrgicos en sus dos iglesias catedrales. Éste, al fin, se entregó y acabó siendo sometido al igual que el resto de la ciudad y la ciudadanía a la que servía.

De toda esta larga y dolorosa batalla entre el Cabildo, que intentaba escapar a su sino, y la autoridad francesa encabezada por Suchet y su delegado eclesiástico padre Miguel de Santander que intentaban sujetarlo, encontraremos numerosos testimonios y pruebas de este incruento pero fiero combate, algunas rayan en lo esperpéntico o casi lo ridículo, pero son una prueba de la determinación del Cabildo de no dejarse avasallar, como ocurrió con el incidente de la famosa puerta que comunicaba el palacio arzobispal con el coreto de la Seo.

La puerta del conflicto

El episodio que a continuación vamos a relatar, no había sido el primer incidente entre las dos instituciones, pues en mayo el obispo ya se había quejado al duque de Abrantes de que el Cabildo no había asistido al *te deum* oficiado por Santander en homenaje a Junot. El homenajeado, indignado, acabará por insultar al Cabildo gravemente con epítetos como “*malvados, hipócritas, e insubordinados*”, las últimas amenazadoras palabras debieron hacer mella, pues hicieron recordar el trato que recibieron de los franceses algunos sacerdotes como Boggiero o Consolación que acabaron asesinados y tirados en el río. A partir de entonces serían más prudentes.

Las malas relaciones entre el Cabildo y el obispo auxiliar se evidenciarán en un curioso incidente, aparentemente sin importancia pero que acabará en la mesa del despacho de Suchet.

Los hechos se desarrollaron de la siguiente manera: a finales de junio, cuando el nuevo obispo auxiliar ya se había mudado a su residencia de palacio, el Cabildo celoso de sus privilegios y prerrogativas decide cerrar la puerta que desde el palacio arzobispal comunica con el coro de la Seo. Santander exhorta al Cabildo a que le franquee la entrada y éste se niega, así que un familiar del obispo ejerce la fuerza y rompe la puerta sellada por los canónigos. El Cabildo indignado, pues entiende que la Catedral es cosa suya, la manda clavar y Santander, persistente, le comunica al gobernador esta circunstancia pidiéndole que tome parte en el litigio. Suchet no duda y manda un oficio al Cabildo para que abra dicha puerta.

El 16 de junio el Cabildo, indignado, le manda una carta al obispo donde defiende su postura de la siguiente manera¹⁷:

- Que constataron que cerca del anochecer se había violentado la cerraja y parte de la puerta que cierra el acceso a la parroquia.
- Que lo ha hecho un familiar del obispo
- Que el Cabildo, en virtud de de esto, cambió la llave y cerró la puerta que daba al palacio.
- Que la que llama su ilustrísima “tribuna de palacio”, no es sino coro de la capilla de la parroquia y lo mismo que el saloncito que tiene enfrente del otro que está el órgano.
- Que todo el arco es propio de la metropolitana.
- Que el uso privado de su prelado cuando pasa a la iglesia, lo avisa antes.
- Que el Cabildo siempre ha conservado la llave de la puerta para impedir que de la iglesia se pasara a él.
- Que una vez que se arregle la puerta no puede “abusarse de ella”.
- Que los comensales del prelado pudieran responder del hecho “mirándolo como un atentado que pudieran producir muy fatales consecuencias”.

Como vemos la carta tenía de todo, incluso acababa con una evidente amenaza. El Cabildo puede tener razón, pero lo que no tiene es el favor del gobernador y éste impondrá su autoridad y obligará a ceder al ante el obispo.

El Cabildo seriamente amonestado por Suchet, le remitirá una carta al obispo el 27 de junio donde reconocerá esta cesión; escuetamente le comunicará al obispo que *“El Cabildo ha venido a conceder a ISY paso y uso”*, no obstante, a la vez que le ofrece la llave, aún le recordará rencoroso *“que la custodiara (la llave) como corresponde atendiendo que depende de ella en parte la seguridad de la Yglesia”*.

Finiquitado el incidente de la puerta, el pulso continúa con uno u otro motivo, hasta que el 1 de agosto Suchet decreta una orden donde se reforma el clero y se suprimen

el juez civil y criminal del clero de la diócesis, así como también se refuerza la plena autoridad del obispo auxiliar.

El Cabildo anonadado por el impacto de este decreto, le cuesta reconocer la dura realidad que significaba el total sometimiento al obispo y en definitiva al pleno poder del gobernador, y todavía tendrá arrestos para mandar una larga carta a Suchet intentando justificar, y de paso salvar su autonomía y poder de decisión. Toda ella no tiene desperdicio y resume perfectamente la visión que de sí mismo tenía la vieja institución y que le obligaba a pensar que estaba muy por encima del poder del obispo y aún del gobierno político: *“Los Cabildos que de las iglesias y catedrales y metropolitanas, constituyen la parte más noble del clero en las respectivas diócesis y provincia, haciendo un cuerpo con su Prelado propio, y constituyendo un verdadero Senado, para dirigir con sus luces acertadamente las funciones de su pastoral ministerio, sirviendo al mismo tiempo con su prudencia y circunspección, para que los prelados se contengan dentro de los límites de su jurisdicción, y no la desemvuelban por otros medios que los establecidos en las leyes”*¹⁸.

El conflicto evidente entre el obispo Santander y las grandes dosis de autonomía que el Cabildo Capitular estaba acostumbrado a darse es puesto en conocimiento del gobernador y el 7 de agosto, éste mandará un oficio que intentará zanjar para siempre el tema de prevalencia jurisdiccional. El día 11 contestará con un oficio donde pondrá las cosas claras: *“La jurisdicción eclesiástica ha de ejercerse por ahora únicamente por el señor obispo Auxiliar”*¹⁹. Además, como confirmación de quién mandaba, ese mismo día nombra al obispo auxiliar Santander comisario regio eclesiástico para toda la provincia de Aragón. Suchet, que acababa prácticamente de llegar a la ciudad, otorga todo el poder eclesial a su colaborador y luego amigo el obispo Santander. Suchet apostó, perspicazmente, por Santander y enseguida se dio cuenta de que éste se convertirá en un fiel aliado para siempre.

Evidentemente Suchet ignoró a *“la parte más noble del clero y a su verdadero Senado”* tal como se proclamaban, y apenas dos meses más tarde el 9 de octubre, manifestó su auténtico poder, obligando a todo el Cabildo a renovar su juramento de lealtad con el nuevo Régimen. Además, el juramento de fidelidad y obediencia al rey católico Josef Napoleón I debía ser hecho individualmente, y los firmantes tenían que humillarse pidiendo su continuación en los empleos que detentaran.

Tras estos encadenados acontecimientos, el Cabildo comprendió al fin quién era el que realmente mandaba en el clero y en toda la ciudad, éste no era otro que Suchet el gobernador general de Aragón. A partir de entonces nunca más osaron discutir orden alguna de tan poderoso señor.



Palacio arzobispal y galería de acceso a la catedral de la Seo. Allí estaba la puerta de la discordia. La galería cubierta se derribó a mitad del siglo XX.
Litografía de Harding. Según dibujo de E. H. Locker, 1824.

El Cabildo se somete

La ciudad tenía dueño, éste era el gobernador Suchet que además será nombrado por comisario regio de este reino con facultades extraordinarias. El Cabildo obediente y sumiso, pasará a felicitarle por este motivo. A partir de ahora los conflictos serán mínimos.

En agosto de 1809, el Cabildo acuerda visitar a la excelentísima condesa de Suchet recién llegada a la ciudad. La condesa se mostrará muy agradecida por esta atención del Cabildo y, a partir de este día, establecerá con esta institución unas relaciones muy particulares que tendrán consecuencias de toda índole, como luego veremos.

En octubre, con ocasión de la celebración de las fiestas en honor de la Virgen del Pilar, el virrey aprovecha la atención del pueblo puesta en la festividad y la relativa paz conseguida en los campos de batalla para dar un demolidor golpe de efecto propagandístico: ese día, delante de todo el pueblo y sus autoridades, Suchet rendirá un culto especial a la Virgen regalándole un precioso manto de raso blanco bordado de

oro, a su lado, el Cabildo y el obispo se erguían complacidos. Él no era el codicioso mariscal Lannes que, despreciando a la Virgen, había robado sus joyas, él era bueno, justo y, como un devoto más, esperaba de la Virgen que le reconociera como hijo suyo. El pueblo quedó sorprendido por esta muestra de afecto y vio en el gesto de su gobernador un hecho admirable que dignificaba a cualquiera, aunque fuera un francés invasor, tal era la fuerza que tenía el Sagrado icono del Pilar. Por la tarde su excelencia se significó en la procesión portando un gran cirio de cera labrada acompañando al Cabildo que, con vela y capas, escoltaban la imagen de la patrona portada por 16 sacerdotes seguidos del Ilustrísimo obispo vestido de pontifical. La exhibición de Suchet y la patrona por las calles de la ciudad, seguro que atrajo las miradas sorprendidas y, luego complacientes, de la mayoría de los ciudadanos. La magnífica acción propagandística rendiría más tarde sus frutos y Suchet tendría a mano los corazones de los zaragozanos durante mucho tiempo.

Pasadas las fiestas y con el gesto del gobernador todavía reciente, el Cabildo impresionado, forma una comisión para dar las gracias al excm. conde del imperio Suchet por el manto que ha servido regalar a Nuestra Señora del Pilar “*Suchet se alegró tanto por las exposiciones de agradecimiento del Cabildo como por otro manto de la misma Virgen que le presentaron los SS comisionados en señal de gratitud*”²⁰. Cómo no alegrarse si el mismo Cabildo, que no ha mucho remoloneaba su adhesión, había sido convertido a su fe por el regalo del manto, además de conseguir otro a cambio. Entonces entendió que había ganado esta batalla de la adhesión con su jugada perfecta: aliarse con la Virgen para doblegar a los devotos zaragozanos.

La imagen del gobernador en la ciudad como hombre justo, religioso y devoto de la Virgen, pudo verse seriamente dañada por el excesivo celo y devoción de su joven esposa Honorine, quien el 6 de noviembre insinúa al Cabildo que por la gran devoción que también profesa a la Virgen, desea tener alguna joya suya. El Cabildo resignado acabará ofreciéndole unas piedras preciosas con las que se hará un “*cintillo*”. Muy sospechosa resultaba tanta devoción ligada a las joyas de la Virgen de la esposa del gobernador, pero el incidente suponemos que no fue conocido por la opinión pública y el Cabildo hizo un gran servicio a la imagen de Suchet manteniendo este abuso dentro de los secretos del Capítulo y sus actas. No sería el único acto de Suchet y señora relacionado con las joyas de la Virgen, después vendrían otros apenas conocidos y que, debido a su interés, le dedicaremos un título aparte más adelante.

Comenzaba el año 1810 cuando la prohibición de tocar las campanas quedó anulada puntualmente, haciendo los nuevos amos que éstas repicaran en los templos de 7 a 8 de la mañana y de 12 a 1 de la tarde, con motivo de haberse nombrado obispo de Huesca al padre Miguel de Santander obispo auxiliar de Zaragoza. Napoleón, se-

guramente por consejo de Suchet, quiso compensarle su adhesión con este nombramiento, más tarde le asignaría la silla arzobispal de Sevilla. A veces los amos pagan bien, a veces el compromiso y la traición son recompensadas.

El gobernador Suchet, además de asistir a misa de doce todos los domingos encargó una misa privada que la ofició el canónigo del Pilar S. Cistue. El encargo consistía en donar una cantidad de dinero para el culto, esta misa se registra en el Cabildo el 22 de marzo de 1810.

La comunicación del gobernador con el Cabildo será inmejorable a partir de 1810 año del nombramiento como nuevo deán de Ramón Segura, este canónigo era amigo y protegido del obispo padre Santander en cuya casa de Valdeargorfa se había resguardado durante el primer Sitio. Fruto de esas magníficas relaciones el gobernador desea que se celebre una misa solemne para la cual destina la cantidad de 2.000 reales. El Cabildo, conmovido por el aprecio y significación que dicho encargo conllevaba, resolvió “*que desde luego se celebre la misa en el día y hora que señale su excelencia, pero sin limosna alguna y que harán cuantas quiera*”²¹. No caben más muestras de adulación y entrega a la figura del gobernador, ¡hasta llegan a rechazar los 2.000 reales! No obstante Suchet, no se deja impresionar por tanto halago y en junio les dio el dinero para que celebraran misas en la santa capilla.

El 22 de mayo de ese mismo año el obispo le pide al Cabildo colaboración y dinero, con motivo de la próxima entrada del general Suchet a la ciudad, tras su regreso de las victorias de Mequinenza y Lérida. El Cabildo destinará para el homenaje 200 doblones.

Para el día 25 de mayo se comprometen a iluminar con techeros y faroles la plaza y fachada del Pilar durante los días de funciones públicas, pero, como siempre que hay una petición del obispo, ceden más que conceden y siempre acaban negándole algo, en este caso le dirán que el Pilar se iluminará pero “*suspendiendo hacer igual demostraciones en el templo del Salvador, por no haber verificado en otras ocasiones, a no ser en venida de Reies a la capital o por otro motivo de alta consideración*”²². ¡Todavía el Cabildo mantenía un atisbo de dignidad y decoro!

OPERACIÓN CABILDO: UN EJEMPLO DE GUERRA PSICOLÓGICA

Pero las recientes victorias sobre las armas españolas iban a tener, en la ciudad del Ebro, unas consecuencias inesperadas que acabarían llevando a casi todo el Cabildo

a la cárcel. El triunfo de Suchet en Lérida fue celebrado por casi toda la ciudad como si el general estuviera, en tierras catalanas, defendiendo intereses propios, sólo una pequeña minoría de desafectos se lamentaban en silencio del desastre español, uno o varios de ellos, nunca logró averiguarse el nombre ni las complicidades, cogieron brocha y pintura y escribieron en la pared de la Seo “MIERDA PARA FRANCIA”. Esta pintada desató la ira de las autoridades y por orden del gobernador metió en la cárcel a casi todo el Cabildo incluido los escolares, sacristán y campanero.

Tras muchas pesquisas y registros de la policía y como no pudo averiguarse la identidad de los culpables, los detenidos fueron saliendo poco a poco de la cárcel. Los últimos tendrían que pasar 23 días en prisión hasta que el gobernador Suchet, ablandado por la escenificación de su glorificación en los días 15, 16 y 17 de junio (que ya fueron tratadas en estas páginas) se compadeció y les levantó el arresto después de pagar, eso sí, una multa solidaria que ascendió a 14.000 duros. Las consecuencias para el Cabildo podían haber sido mucho más graves, el autor del estudio “El clero en los Sitios de Zaragoza” el Rvd. D. Agustín Gil Domingo afirmará que, fue la intercesión del entregado obispo padre Santander la que salvó a todo el Cabildo de ser fusilado. Al final se restableció la confianza de Suchet en esta institución y, como no hubo otras muestras de insumisión, el suceso fue olvidado.

Esta pintada sin firma en la “*linterna de la obra nueva de la Seo*” y el consiguiente enfado de las autoridades personalizada en el gobernador Suchet, propició una inusual reacción del poder que acabó con la detención de varios canónigos. Este hecho fue de tal gravedad que situó al Cabildo en una de sus mayores crisis por la que había pasado en toda su historia. Por eso, es conveniente observar la reacción de esta prestigiosa e histórica institución eclesial y conocer con detalle cómo se sucedieron los hechos.

La pintada fue hecha, con toda probabilidad, al amparo de la noche del 1 de junio, la eficaz policía colaboracionista la detecta inmediatamente y al día siguiente, cuando apenas la noticia comenzaba a extenderse en la ciudad, comienzan los primeros encarcelamientos que apuntaban a personal de la Seo. Esta circunstancia obliga a reunirse urgentemente al Cabildo que llama a capítulo extraordinario en la noche del mismo día 2 de junio de 1810.

El capítulo se celebró con la asistencia de el deán Segura; el arcediano del Salvador, Pedro Atanasio; el arcediano de Daroca, Juan Francisco Martínez, Cistue, González, Oliver, Uriarte, Siguenza, Azpiazu, Sentis y Baigorri, y el secretario Juan Francisco Ymurrigarro. La reunión transcurrió en los términos siguientes:

“El dean expuso que había convocado al Cabildo a una hora tan poco regular con el urgente motivo de dar cumplimiento a un mandato del exmo. s. gobernador general de Aragón; haciendo presente que S. E. se había inquietado e incomodado muchísimo en la noticia del descubrimiento de unas letras sediciosas en la linterna de la obra nueva de la Seo, que tenía queras contra el Cabildo, y que manifestó con el maior furor su voluntad, de que inmediatamente se congregara este y que se hiciese saber su descontento y el riesgo inminente, de malas resultas si sucedía casos semejantes.

El Cabildo acordó, que inmediatamente pasase al palacio del S. E. a participar el puntual y estricto cumplimiento de su mandato, asegurándole su natural imposibilidad de cometer tales excesos, y al mismo tiempo su sincera fidelidad y su ciega obediencia”²³.

Por el texto se adivina el tremendo enfado del gobernador Suchet, quien henchido de soberbia por sus recientes victorias cree, inexplicablemente, que una simple pintada puede borrar el impacto de sus triunfos. Gran enfado para tan pequeño acto, por lo que cabe pensar que, en realidad, este hecho fue una excusa para dar un castigo ejemplar a una Institución que no acababa de plegarse del todo a su poder.

Pero el asunto no quedaría ahí, al día siguiente es domingo y el general asiste al Pilar a misa de 12, los canónigos la celebran normalmente pensando que el enfado ya se le había pasado y su asistencia a misa era una prueba de su perdón, al fin y al cabo el Cabildo había mostrado a S. E. su total adhesión y “ciega obediencia”. Mas Suchet impasible y con cierto toque de crueldad que otorga, a veces, el poder absoluto, ordena que el día 4 la policía organice una nueva redada y se detenga a más personas de la institución, entre los apresados figuraran ¡nada más ni nada menos, que 7 de los 12 participantes de la reunión capitular de la noche anterior!

Suchet no se limita a encarcelar a la mayoría de los canónigos, la operación es de mucho más calado, sino que este incidente va a ser aprovechado y planteado como una operación militar donde es de rigor que, para conseguir la victoria total cuando se inicia el combate y el enemigo flaquea, hay que continuar la persecución y el acoso de los que huyen sin permitir que éstos se repongan, a esto se llama “explotación del éxito”. El gobernador estaba, claramente, intentando romper el último reducto de resistencia intelectual y política de la ciudad, y lo va a conseguir.

La “operación” continúa, y ahora serán sus dos mejores aliados en la ciudad los que acaben dándole la puntilla al Cabildo. Uno el obispo y gobernador eclesiástico padre Santander, y el otro será el comisario general de policía Mariano Domínguez, éste en-

treará una carta con instrucciones de comportamiento al obispo para que ésta se la pase al Cabildo. La carta o, mejor dicho, compendio de órdenes se leerá en otra reunión extraordinaria que el Cabildo forzará el día 5, en ella *“Excitaba al clero y al pueblo, con energía Apostólica, a seguir el cumplimiento de sus deberes, que la Religión y el Estado imponen a sus ministros, y estar decididos a cooperar con las intenciones de paz, subordinación y felicidad pública que el gobierno Promete. Que no se ven oradores sagrados, que siguiendo el ejemplo de S. S. Y. atacasen la anarquía, insurrección, el fanatismo, la vagancia... Que aunque es costumbre en contrario se sirva de tomar las deposiciones convenientes para inspirar las mismas ideas al clero y evitar que repitan las correcciones de la autoridad pública”*. Todo un decálogo de futuro comportamiento a seguir. A partir de estas instrucciones es tan evidente lo que Suchet demanda del Cabildo que no quedaba otro remedio sino el de situarse, con todo su poder e influencia, al lado del gobernador. ¡No solo debían rendirse sino también cambiar de ejército!

El peligro de fusilamiento unido a la cárcel de muchos de los componentes del Cabildo, llevó a éste a plegarse y rendirse ante su “enemigo” el obispo intruso, tomando el acuerdo de *“Implorar la especial y eficaz protección, amparo e intervención de dicho ilustrísimo s. obispo de Huesca y gobernador, no dudando de su piadosísimo corazón y declarando paternal amor al Cabildo y a cada uno de sus individuos, se presenta gustoso a este acto de caridad”*. Bandera blanca y total rendición ante su viejo enemigo el obispo Santander y ahora máxima autoridad eclesial.

Estas muestras de sumisión no acabarán por calmar la ira, real o fingida, del gobernador. Así que, al día siguiente 6 de junio, se convoca otra vez al Cabildo para recibir más instrucciones de la policía, siendo esta vez el encargado de transmitir las el asesor de la policía Joaquín Soler Escribano. Éste les manda que el Cabildo publique las vacantes de dignidades declaradas este día como canonegías, raciones, beneficios y otros oficios (las vacantes serán las de que ostentaban los canónigos detenidos) y que estas sean cubiertas. Además, se prohíbe tanto al Cabildo como a todos los sirvientes de ambas Iglesias, que se les trate a los destituidos de sus prebendas con el ceremonial propio de Canónigos. La intromisión en el funcionamiento del Cabildo y el castigo es total y absoluto, sin paliativos. La Institución, otrora rebelde, siente sobre sus hombros el peso asfixiante del poder que emana de Suchet.

El 7 de junio el Cabildo, anonadado, comienza a reaccionar ante tamaña opresión, y tímidamente le piden al obispo gobernador que medie entre S.E. el Capitán general de este Reino de Aragón (así le llaman ahora reconociendo la violencia de su fuerza) para que sean comprensivos con los prebendados que están sufriendo en la cárcel y los mantengan en buenas condiciones de prisión y *“no se confundan estar*

con los faccinerosos, pero si en lugar separado con que siempre se ha mirado un cuerpo tan distinguido”.

Las reuniones extraordinarias del Capítulo continuaban y el día 8 viernes no pudo leerse el acuerdo del último Capítulo “*por estar ocupado por el asesor de la policía con los demás papeles que tenía el S. D. Jerónimo González canónigo secretario capitular, a consecuencia de la prisión de su persona*”. Nunca en la historia del Cabildo se habían hecho tantas reuniones extraordinarias como las que se estaban realizando desde aquel nefasto día de la pintada, y las reuniones todavía no podían darse por acabadas. Habría otras más, como el día 15.

A mediados de junio las cosas se van calmando, puesto que el gobernador Suchet está disfrutando en estos días de los fastos y fiestas que la ciudad, agradecida, le ha preparado con motivo de sus triunfos militares de Lérida y Mequinenza. El Cabildo, o lo que queda de él, y su deán, contribuirán con inusitado entusiasmo en todas las ceremonias en honor del gobernador al que reconocen como máxima autoridad. Rápidamente habían aprendido la lección, pero todavía les faltaba algo más que aprender, la operación “Cabildo” no había acabado todavía.

El colofón de esta descarada jugada de intimidación política iba a conocerse enseguida, en cuanto el Cabildo se reuniera el 20 de junio de 1810. En efecto, el deán informa que había practicado con la mayor eficacia todas las diligencias posibles a favor de los prebendados presos ante el gobernador eclesial y el político y, finalmente se había llegado al acuerdo de que para obtener la libertad de sus compañeros era preciso que el Cabildo pagase las letras libradas y vencidas contra él mismo que obraban en poder de la Paga-duría del Ejército, según carta del secretario del gobernador, señor Larregui.

Ganada ya la batalla declarada contra la independencia del Cabildo, la acusación de infidencia se deshace y la operación deriva en un descarado acto de chantaje económico. No hay rebeldes en el Cabildo, en realidad nunca los hubo, las graves acusaciones sólo eran una coartada para someter y obligar a que la Institución pagase por la libertad de sus miembros. Con 14.000 r. v. el poder cuestionado del gobernador quedaba satisfecho.

El Cabildo se pone a buscar los fondos, que no tenía, y procede a “ *echar mano de cuantos caudales se hallan en ambas Iglesias, de cualquier pertenencia que fuesen, bajo la calidad de reintegro*”. También toma el dinero que había en casa del canónigo Oliver para cubrir otras letras, y al fin consigue reunir el dinero con el que pagar el rescate. Ganada esta victoria, con el Cabildo sometido, Suchet liberó a los canónigos después de 25 días en la cárcel y la amenaza de pasarlos por las armas no se cumplió en ningún caso.

Los prebendados, ya en libertad, asisten el día 30 a una reunión ordinaria donde se tratarán varios temas de su incumbencia: una solicitud para un puesto de palmatoriero, el reintegro de Miguel Obide a la escolanía y el de Felipe Picao como segundo violín de la Seo, o una petición de Francisco Marqueta Retor de Utebo y destinado a Blesa para que se le abonen 3 cahices de trigo que se le deben del año 1808 y 1809, entre otros más. Pero al final de la sesión los arrestados tomaron la palabra y comentaron *“los mas vivos sentimientos de gratitud en su libertad, sin embargo de no saber haber dado motivo alguno para el arresto, como lo acredita bien el no haber hecho cargo alguno, ni tomado declaración, ni intimado a su salida providencial”*.

Estas palabras ponen de manifiesto que toda la acusación había sido una patraña montada por la autoridad, una maniobra de fino diseño para subvertir y someter la autoridad del Cabildo al único poder omnímodo que en esos momentos reinaba en la ciudad ocupada, que no era otro que el de Suchet el gobernador general.

EL CABILDO VUELVE AL REDIL

El Cabildo, definitivamente sometido, siguió formando parte de la vida política institucional de la ciudad y no hay suceso, celebración o novedad donde no esté presente. Así, mandará una representación para que pase a cumplimentar a su excelencia y a la misma Francia con diversos motivos, como en los festejos del 15 de agosto (san Napoleón) o para “los días” (el santo) de la emperatriz María Luisa. También ocurre a la inversa, es decir, cuando hay algún nombramiento nuevo en la ciudad, éste se apresura a presentar sus respetos al Cabildo. Así lo hizo, por ejemplo, el nuevo Alcalde del Crimen, Josef Fernández Aro ofreciéndose al Cabildo con motivo de su nombramiento por S. M.

Además, desde junio, la policía controlará los sermones que se van a dar en las dos catedrales, para ello deberán pasar notas de los sermones a la policía, esta censura previa era una parte del precio que Suchet les había exigido para poder sobrevivir.

No todo son felicitaciones, también surge el conflicto inevitable siempre que se roza la potestad del Cabildo en cuanto al ritual o la administración de los cultos en sus dos iglesias. Así ocurrió en septiembre de 1810 cuando el Cabildo suprime las misas de la tropa polaca. Inmediatamente el comandante militar de la plaza protesta en la sacristía del Pilar y el Cabildo rectifica, excusándose por carta alegando que todo ha sido una confusión por suponerse que de las misas de los soldados católicos polacos se encargaba su propio capellán. Como siempre, ante una protesta de las autoridades el Cabildo recula y cede en perjuicio de su propia autonomía y libertad.

En diciembre de 1810 el Cabildo, que había sufrido grandes quebrantos en su economía por haber ocupado las tropas y los Ayuntamientos de los pueblos todas sus rentas como también haberse secuestrado el trigo de la Prebostería, amenaza en una carta a Suchet con dejar sin culto tanto el Pilar como la Seo. Pero conscientes de que esta posición de fuerza puede volverse contra ellos, el Cabildo decide jugar la baza diplomática de sus buenas relaciones con la condesa de Suchet. En vez de mandar sus exigencias directamente al gobernador solicitan audiencia a Honorine y convierten a ésta en su embajadora. Conociendo sus aficiones a las joyas y para predisponerla a su favor le harán, sibilamente, un regalo de brillantes.

La embajada de Honorine da sus frutos, el gobernador escucha las peticiones del Cabildo, las juzga razonables y rectifica: “*S. E. penetrado de la fuerza de esta expresión y animado de los más vivos sentimientos de religión y justicia mandó a los dos Comisarios de policía, que se le pagase cuanto se le debía, así por particulares, como por la Real Hacienda*”²⁴. El éxito de esta operación finamente diseñada le costará al Cabildo “un tembleque de brillantes” regalado a su embajadora, el Cabildo tendrá un respiro económico y no se verá obligado a sostener su amenaza de cerrar el Pilar y la Seo. Tan desesperado estaba que ¿hubiera sido capaz de cumplir su amenaza?, siempre nos quedara la duda de saber si se hubiera atrevido a tanto.

En el año 1811 el Cabildo seguirá recibiendo los nuevos nombramientos de autoridades como si fuera un negociado más de la administración francesa. Por ello recibirán un oficio del obispo donde se les comunica el nombramiento de Luis Menche como comisario general de Aragón con las mismas autoridades y facultades que le competían como intendente general. Y el propio Cabildo se ve obligado a pedir permiso a Suchet para el nombramiento de un canónigo, cosa esta inaudita dentro de la historia de la Institución. Así, el 18 de marzo de 1811, en una carta del Cabildo solicitando permiso para proveer la canaonejía dejada vacante por el fallecimiento del señor Uribarri, en ella se evidencia dicha sumisión “... *Pero como no pueda proceder adelantarse en el anuncio sin tener antes la anuencia y consentimiento de V.E. según lo tienen prevenido en el art. 4 de su Decreto de 3 del corriente*”.

A pesar de esta estrecha colaboración, Suchet no acaba de fiarse del Cabildo y en aplicación de su inflexible política recaudatoria, manda a Diego de Torres, contador de la 4.^a División a la que pertenece el ramo eclesiástico, que se apodere de todos los libros de cabreos, rentas y fundaciones de la Iglesia de la Seo y del Pilar.

En agosto, conociendo la llegada a la ciudad de su aliada y amiga la señora de Suchet, mariscalca consorte del imperio y virreina, nombrarán una comisión, encabe-

zada por el deán, que pasará a palacio a cumplimentarla. Este “raendez vous” lo habían ejecutado ya varios “cuerpos” de la ciudad y, claro, ellos no podían ser menos. La embajada del Cabildo estuvo formada por: el deán Ramón Segura Diez, el arcipreste de Daroca, Zuarmabar, Baigorri, Bona y Sevillano. Algunos de ellos, solamente dos años después, tendrán que dar cuentas de su colaboracionismo.

Al año siguiente de 1812, la relación de esta institución con el gobierno apenas había cambiado; oscilaba entre el total acatamiento y docilidad respecto a las autoridades políticas, alternando con algún brote de independencia hacia a la autoridad del obispo que nunca fue bien vista por el Cabildo. Incluso el 8 de abril, desde Valencia, el propio Suchet hubo de salir de nuevo al rescate de la autoridad entredicha del obispo, y reprimir duramente al Cabildo “*por tener noticia de que este cuerpo no guarda al Sr. obispo de Huesca gobernador general de Aragón el respeto que le corresponde*”. La falta de respeto se había producido por que el Cabildo le había pedido al obispo que liquidara los frutos de la Congrua que percibía el extinto tribunal de la inquisición y que el propio Suchet había beneficiado a la institución en 1809.

Habrán otras ocasiones en que Suchet amonestará al Cabildo por medio de varios oficios donde les reprende o corrige alguna actuación. En uno de ellos, les expresa los modos y forma con que se han de hacer los funerales en las iglesias parroquiales a los cadáveres y su remisión al cementerio. En otro, les afea una vez más por su conducta con el obispo llegándoles a decir que “*El Cabildo no observa la correspondencia, ni miramientos debidos al exmo. señor gobernador de la diócesis*”.

También la policía se permite meter baza, y el comisario Mariano Domínguez mandará otro oficio donde les pide que, cuando aparezca un cadáver de párvulo (recién nacido) en los templos (cosa ésta, parece ser, bastante habitual en aquellos años tan difíciles por la guerra, el hambre y la gran cantidad de soldados en la ciudad), remitan con detalle dichos hallazgos a la policía.

En abril de 1812, ausente Suchet y sustituido por el general París, el comisario de la policía pasó otro oficio por el que el ilustrísimo Cabildo debía aprontar 1200 cahíces de trigo, amenazando bajo pena de llevárselos prisioneros al castillo o conducir a Bayona a 12 de sus componentes. El Cabildo toma nota de la amenaza y enterado de que no podía verificar dicha solicitud, acordó “*ponerse en manos de la providencia*”.

El 13 de agosto será el conde de Reille el que haga una petición al Cabildo un tanto extraña, ésta consistirá en “*docena de cubiertos de plata y docena de cuchillos y dos saleros para el servicio de la mesas del excm. conde de Reille* (en esos momentos era el gobernador de la plaza) *en la celebración del cumpleaños del emperador*”.

Al fin, la ciudad se sacudirá el yugo francés en el mes de julio de 1813. De nuevo las cosas volverán a cambiar para todos, y alguno de los canónigos del Cabildo pagará caro su comportamiento con la administración anterior; sobretodo el deán Segura quien marchará al exilio. Pero, antes de que esto ocurra, un detalle sin importancia, apenas un nimio agravio, alertará a la Institución de que las cosas estaban cambiando rápidamente y pronto todo iba a ser muy diferente de cómo habían sido en los mejores años de Suchet.

El Cabildo sufrió una decepcionante descortesía cuando quiso visitar a su vieja amiga y aliada Honorine, la esposa de Suchet, que se hallaba en Zaragoza camino de la frontera francesa. En efecto, el deán teniendo noticia de la llegada de la duquesa de la Albufera a esta capital formó, como se había hecho siempre, una comisión para que pasaran a cumplimentarla. Ésta estuvo compuesta por el arcipreste de Daroca y el canónigo Bona (en otros momentos uno de los comisionados seguro que hubiera sido el propio deán). Los dos canónigos se presentaron en palacio pero su excelencia no quiso recibirlos. Quizás Honorine pensara que, dado que se marchaba de España, venían éstos a pedirle las joyas que le habían “regalado” unos años antes o quizás estaba indispuesta y agotada por el embarazo y el largo viaje o, quizá, viendo que ya no iba a volver como gobernadora a esta ciudad, le diera todo igual. El caso es que el Cabildo se quedó con su respeto y adhesión sin saber qué hacer y con la prueba evidente de que el poder estaba mutando en la ciudad a pasos agigantados. Este encuentro fallido ocurrió en marzo, solamente cuatro meses más tarde Honorine sería tan solo un mal recuerdo para la ciudad y para el propio Cabildo.

La ocupación de la ciudad había llegado a su fin, de nuevo toda la sociedad zaragozana tendrá que hacer un ejercicio de adaptación a la nueva realidad social que se avecinaba y el poder volverá a cambiar de manos igual que se alteró cinco años antes.

Las campanas del Pilar y la Seo, mudas por orden de la policía, volvieron a repicar el día de la entrada de los españoles y tras la toma del castillo de la Aljafería que completaba la liberación de la ciudad. También repicarán, sin conocimiento del Cabildo, por la rendición del castillo de San Sebastián en septiembre de 1813. La normalidad iba volviendo muy rápido a Zaragoza, y como una parte más de vida cotidiana recuperada, el Cabildo acordará suspender la prohibición existente de que se toquen las campanas para señalar las horas del coro y demás actos como se hacía anteriormente. Zaragoza volvía a ser una ciudad libre.

El Cabildo seguía saludando a todas las nuevas autoridades que pasaban por la ciudad como una manera de hacer “borrón y cuenta nueva”, por ello visitará a los coroneles Tabuenca y Gayán, al general Espoz y Mina y al famoso brigada de caballería

Sánchez, incluso lo harán con un Edecán de Lord Wellington que se hallaba de paso por la ciudad. La guerra se había acabado y, a partir de ahora, el Cabildo y la ciudad tendrán que adaptarse a una nueva realidad, las armas del ejército extranjero y sus generales estaba, cada vez, más lejos.

SUCHET Y LAS JOYAS DE LA VIRGEN

La conquista fallida de España por el ejército imperial trajo consigo una larga y cruel guerra donde los generales franceses no solo pusieron en práctica sus habilidades militares sino, también, su tremenda ansia de riquezas sobrevenida por el fácil camino del robo y el pillaje.

Los ejemplos son tantos que incluso el rey José I llamaba a estos depredadores “mes fripons”: Junot, Augerau, Murat, Soult, o el mismo rey José Bonaparte robaron todo cuanto pudieron en un país que pensaban que les pertenecía por derecho de conquista. Uno se especializó en robar Murillos, otro en Corregios, y todos ellos se dejaron deslumbrar por el brillo de las joyas, el oro, la plata y el todo dinero que pudieron acumular perteneciente al país conquistado. Todos ellos han sido, mínimamente, condenados por la historia que, cuando es público el detalle de su codicia satisfecha, acaba por repudiarlos inmisericordemente. Napoleón mismo diría de algunos de ellos como Soult: “*Hubiera debido mandarle fusilar como el mayor ladrón de entre los grandes jefes*”.

Pero hay un general francés calificado por todos como honrado, justo y desprendido al que no se le reprocha robo o pillaje alguno, éste es el mariscal Suchet gobernador general de Aragón. Todos lo admiran y la historia le respeta (José I sólo reconocerá como honrados a Mortier, Reynier y Suchet), pero el gobernador general de Aragón Suchet también pecó de codicia y se apoderó ilegítimamente de ciertas joyas de la ciudad que administraba. De los generales franceses en España no se salva nadie.

En Zaragoza, la codicia de los soldados había sido alimentada por el mito de las riquezas que albergaban las iglesias de la ciudad, y muy en concreto el afamado templo del Pilar. Un mito ¿o quizás no tanto? Que estimuló la codicia de los oficiales de más rango del ejército vencedor como Lannes, Laval, Junot o Mortier.

El baron de Lejeune, alto oficial de Ingenieros en el segundo Sitio, describirá, admirado y sucumbiendo al mito del tesoro, en su obra “Los Sitios de Zaragoza” las bellezas del

sagrado templo: “*Detrás de una hermosa verja de plata sobredorada y enriquecida de pedrería se eleva la pequeña imagen de Nuestra Señora, colocada sobre un pilar o tronco de columna de donde toma su nombre. Noche y día arden en esta iglesia, como en la del Santo Sepulcro de Jerusalem, cientos de luces colocadas en ricos candelabros y en lámparas de oro y de plata. Se observa en aquella capilla de la Virgen una cantidad considerable de grandes y pequeñas estatuas y de ornamentos de metales preciosos que se exhiben en los días de gran festividad. El tesoro, que nosotros no hemos podido ver, se dice que es sorprendente y su fama ha corrido por todo el orbe cristiano*”.

El cintillo

Es muy conocido el descarado expolio de parte del tesoro del templo mariano por el mariscal Lannes quien, aprovechando el impacto de la capitulación de la ciudad, arrebató 16 alhajas de las más valiosas y significativas que atesoraba el joyero de la Virgen del Pilar. Esta conducta fue duramente criticada por su sustituto Junot quien, a pesar de su posterior fama, en Zaragoza se comportó noblemente e incluso mandó hacer un arqueo de las joyas robadas. Otro oficial que, según el relato del barón de Lejeune, se comportó dignamente fue el general Mortier, duque de Treviso, quien tras serle ofrecido de la sacristía de la Virgen “*un clavel de diamantes que valía 100.000 francos*” rehusó aceptarlo; tras insistirle los *Magistrados* y para no *contrariar a la ciudad* aceptó la flor, e inmediatamente se la volvió a ofrecer a la Virgen.

Pero no fue el caso de Lannes el único despojo que tuvo que soportar la sacristía de la Virgen durante la larga ocupación de la ciudad por el ejército francés, habrá otros más que acompañarán en la ignominia, a ese primero del mariscal vencedor.

Alguno de estos robos aparecerán disfrazados como préstamo o regalo complaciente, pero su tipología delictiva indisimulada apuntará directamente al más vulgar saqueo, amparado por la desigual relación de dominio que se daba entre las partes: una ciudad y un Cabildo sometido y un general gobernador ilimitadamente poderoso como era el caso del “honrado” Suchet. Así ocurrió con las joyas que acabaron adornando las caderas de su joven esposa Honorine.

Cuando Honorine pisó por primera vez el templo del Pilar, no pudo resistir la tentación, seguramente movida por la devoción a la Virgen más que por la insana codicia de francesa conquistadora, de visitar el camarín donde se guardaba la colección de joyas que los devotos habían depositado en honor de la patrona de la ciudad a lo largo de la historia. Y en el mismo momento en que Honorine descubría maravillada los tesoros que la Virgen acumulaba, entendió que éstos estaban al alcance de su mano y no pudo evitar satisfacer el deseo de que alguna de esas piedras preciosas que

tanto le atraían acabaran en su poder. Para ello se valió de la colaboración de los responsables de la administración, guardia y custodia de las joyas, que no era otro que el indefenso Cabildo y, desde luego, del gran poder que emanaba de la figura de su marido el gobernador.

La excusa o el disfraz escogido para el expolio, fue en este caso el exceso de devoción que la pareja de franceses parecían tener por la Virgen de Pilar. Honorine comentará al Cabildo que “*con motivo de satisfacer su devoción a Nuestra Señora del Pilar, deseaba tener algun topacio, cintillo, u otra alhajita de las donadas a Ntra. Señora*”. La descarada petición puso nerviosa a la Institución Eclesial, que acordó complacer a su excelencia presentándoles algunas de las piezas que eran “enajenables”. La condesa rechazó esta proposición y, dejando a un lado la hipócrita o falsa vergüenza, les concretó lo que quería “*habiéndoles explicado en este acto con mayor claridad y términos concretos, quería tres o cuatro piedras de la clase de diamantes, topacios, esmeraldas o rubíes y que fuesen de igual tamaño entre si con el objeto de mandar construir con ellas un cintillo para tenerlo a la vista y usado de continuo*”²⁵.

Por supuesto que el Cabildo le dio las piedras que Honorine deseaba, y ésta se pudo confeccionar el “cintillo” para que adornara su joven figura. Hasta aquí la historia es conocida, pero ¿de dónde salieron las piedras preciosas?, ¿a que jocalía pertenecían? ¿se habían tasado o hecho inventario? Estas preguntas serán respondidas cuatro años más tarde cuando los franceses ya no estén en la ciudad y un nuevo Cabildo pase cuentas del incidente.

Honorine sabía lo que quería y dónde estaba, la jocalía a la que le había puesto sus ojos no era otra que el relicario de María Santísima, de allí las sacaron los canónigos comisionados y el orfebre Señor Secada que procedió a tasarlas.

En noviembre de 1813, con los franceses lejos de la ciudad, una resolución Capi-tular, tratará este tema y dará el forzado regalo por amortizado, haciendo que su valor se reintegre a la administración canonial, quedando encargado el administrador de la ejecución de esta resolución. Todos los componentes del Capítulo, algunos de ellos cómplices, entendieron que, en aquel momento de la ocupación, no se pudo hacer otra cosa sino contentar a la esposa del gobernador.

En diciembre, todavía no se había cerrado la cuestión y los canónigos Zuarznabar y Oliver, presentaron una nota sobre las alhajas que se habían extraído del relicario de Nuestra Señora del Pilar “*que había sido una orden del intruso dean Segura*”. Ante esta nota el Cabildo acordó que, estos mismos canónigos presentaran una lista más extensa de todas las joyas perdidas desde que comenzaron Los Sitios, y que in-

formen si el deán Segura obró con omisión del Cabildo. Los informes no pasaron de ahí y los diamantes, topacios, esmeraldas y rubíes, nunca retornaron al relicario de la Virgen de donde habían salido.

El tembleque de brillantes

En el otoño de 1810 la caja del Cabildo está exhausta y en ruinas, apenas tiene ingresos y los productos de sus bienes y patrimonio son consumidos y arrebatados por las exacciones e impuestos con las que el gobernador grava a toda sociedad aragonesa, que son inmediatamente destinados al sostenimiento del III Cuerpo de Ejército.

Ante lo desesperado de la situación, se reúne el Capítulo del Cabildo, decidiendo éste poner en marcha una maniobra destinada a torcer la inflexible política impositiva de Suchet con respecto a la añeja institución eclesial, la cual, por otra parte, tantas muestras había dado de sometimiento y vasallaje al gobernador general. Esta maniobra política, diseñada con los caracteres de la mejor tradición de la vieja y experta diplomacia vaticana, atacará por varios frentes al temido y respetado gobernador para intentar vencer su voluntad.

Primero redactarán una carta donde expondrán las causas de su difícil situación económica, seguidamente, y dando por hecho que solamente la exposición de la cruda realidad de las cuentas no hará cambiar de idea al gobernador, se atreven a lanzar la sorprendente y explícita amenaza de que ¡Se tendrán que cerrar al culto El Pilar y la Seo! Ellos saben lo que esta medida implicaría en la ciudad, conocen la gran conmoción que este cierre podía causar en la Zaragoza ocupada, son conscientes de que Suchet, inmerso en su particular batalla de ganarse las conciencias de la sociedad aragonesa, no podía permitirse este cierre de los dos templos más emblemáticos de todo el antiguo Reino. Las consecuencias del cierre de los templos eran de tal magnitud, que de llevarse a cabo, la noticia hubiera trascendido las fronteras Aragonesas y Suchet habría tenido que responder de sus actos ante el rey José o el mismísimo emperador.

La carta se explicaba de la siguiente manera: *“La deplorable situación de la Iglesia por haber ocupado los frutos y rentas del Ayuntamientos de los pueblos y las tropas, y por haber sequestrado el trigo de la Prebostería, obligando al Cabildo a pagar las letras que aceptó a virtud de Escritura otorgada por la Real Hacienda de aprontar su importe para el tiempo del vencimiento... las vacantes que aun no ha percibido el Cabildo... Creyó oportuno para inclinar a S. E. a que acordase las providencias necesarias a fin de precaver las consecuencias necesarias que se tenían de haberse de cerrar las dos Iglesias por falta de fondos para mantener el culto en ellas y a su ministros.”*²⁶.

La jugada es un tanto arriesgada, y sorprende la valentía de la conminación en el entregado Cabildo, pero la magnitud de la amenaza es tal que, asustados, deciden buscarse un protector de este órdago tan grande que matice sus palabras y rebaje la amenaza inadmisibles de cerrar los templos a una situación más fácil de conjurar. Esta persona va a ser la única del Reino que tenía acceso y la ascendencia suficiente con el gobernador para poder hacerle cambiar de criterio, el aliado que presentó el Cabildo no era otro que la propia esposa del gobernador la condesa Honorine.

Honorine será la embajadora del Cabildo encargada de llevarle la carta e interceder por su situación. Para favorecer su disposición y conociendo la debilidad por las joyas de la joven Honorine, el Cabildo le regalará un “tembleque de brillantes” que inmediatamente la condesa aceptará agradecida, poniéndose así, tras esta muestra de afecto, a la entera disposición del Cabildo para lo que sea menester. La alhaja iba acompañada de una carta del deán del Cabildo en la que comentaba la calidad de la joya que era *“una de las alajas que con mas continuación se han puesto para el adorno de María”*²⁷. El Cabildo recogerá aliviado la buena disposición de la condesa y comentará los efectos del regalo: *“tembleque de brillantes para la condesa que se explicó con las más vivas expresiones de gratitud y reconocimiento al Cabildo”*.

Entre la insistencia de Honorine, y la perspicacia de Suchet quien entendía como una ventaja política el que siguiera la normalidad cotidiana del culto en el Pilar y la Seo, además del control de la Institución religiosa que se plegaba a sus intereses estratégicos, el gobernador tomó las medidas oportunas y el Cabildo pudo respirar tranquilo.

La fina jugada, aderezada con la amenaza de cerrar los templos, les había salido perfecta. Habían acertado con las formas, con el fondo, y con la embajadora al coste de unos brillantes de la Virgen que fueron a parar, como otros, al joyero de Honorine. Este tembleque nunca fue mencionado al finalizar el conflicto, y las reclamaciones de objetos y alhajas hechas a Francia, una vez firmada la paz, no tuvo respuesta alguna del gobierno francés.

El relicario y las cruces de esmeraldas

Los años pasaban y la ocupación de la ciudad seguía su propio ritmo: tranquilo y sin pausa. Los años caían uno a uno de calendario: 1809, 1810, 1811... y las autoridades francesas seguían ejerciendo su dominio sobre una sociedad zaragozana atezada, rendida y arruinada por las exacciones y la rapiña de los invasores. Una rapiña que se hizo especialmente notoria sobre el tesoro que la devoción popular había regalado a su patrona la Virgen del Pilar. Como paradigma de esta grave acusación pongamos nuestra atención en el comportamiento del virrey, ejemplo para la

historia de hombre de bien, de administrador probo, de general íntegro, reputado, enaltecido y respetable ocupante francés que coronaba la cima más alta del poder en la ciudad, y lo comprenderemos todo.

No hubo año en que el honesto gobernador Suchet o su esposa se apoderaran, de muy diversas maneras, de alguna de las joyas de la Virgen. En 1809 fue el cintillo, en 1810 el tembleque, en 1811 iba a ser el relicario y las cruces de esmeraldas. Si esto hizo el más honrado de los franceses, ¡que no harían cualquiera de sus subalternos con menos escrúpulos!

Pero Suchet no allanó el camarín de la Virgen ni violentó puerta alguna del templo donde estaban las joyas custodiadas, no, ni mucho menos. El expolio fue mucho más sencillo, se limitó a requerir alguna de las más espectaculares joyas y esperar, sentado en su despacho, a que algún devoto del gobernador se las trajera. Entonces, ¿quién fue su cómplice o cooperador necesario?, ¿quién tenía suficiente autoridad para sacar del Pilar esas preciadas joyas?

El confabulado para este robo a distancia no era otro que el propio deán del Cabildo Don Ramón Segura. Y puesto que no se puede dudar de la desaparición de las alhajas, dado que este hecho fue contrastado después de la retirada francesa, si cabe hacerlo del relato y el subsiguiente reparto de responsabilidades que hace el propio deán ante el Cabildo.

Este afirma, que es Suchet quien le dice que desea ver las cruces de esmeraldas y un relicario que había entre las joyas de la Virgen. Ante el deseo del virrey, el deán procede inmediatamente, no solo a facilitarle la visita, sino que éste le lleva personalmente las joyas referidas sin comunicar nada al Capítulo (por no molestar, dirá luego). ¿Existió tal petición?, ¿era un regalo que el deán le hacía “motu proprio” para congraciarse con él?, ¿por qué no avisó al Cabildo de la petición y decidió llevar las esmeraldas en persona?, ¿a qué venían tantas prisas? Demasiados y sospechosos interrogantes que no podrán evitar, sea cual sea su respuesta, la tremenda responsabilidad en que incurrió el deán Ramón Segura (por cierto, que su nombramiento como deán se lo debía a Suchet, propiciado por la recomendación de su amigo el obispo Santander); menos mal que el deán, curándose en salud a la vez que algo contrito por el acto, tuvo la perspicacia de mandar al capellán de la Santa Capilla que tasara las joyas con el platero de la iglesia Domingo Estrada, quedándose él mismo con la tasación firmada.

El gobernador recibe las joyas en su palacio del conde de Fuentes y despacha a su subordinado diciéndole que “las verá y hablaría sobre ellas”. El deán cuenta que le comentó a Suchet que “estando las alhajas a la custodia y responsabilidad del cape-

llán mayor (se quitaba el muerto de encima) sería preciso dar cuenta al Cabildo”²⁸. Suchet, con las joyas en su poder, le contesta prácticamente con un despreciativo encogimiento de hombros diciéndole que “estaba muy bien diciéndole al Cabildo que quedaban las alhajas en su poder”.

El gobernador nunca más habló de las joyas, y aún teniendo ocasión, el deán tampoco sacó el tema a relucir en alguna de las fiestas, conmemoraciones, y saraos donde, probablemente se encontraron. Las joyas pasaron de la sacristía de la Virgen al baúl de Suchet en el mes de febrero de 1811, de ellas nunca más se supo.

El deán Ramón Segura, sintiéndose culpable, que lo era, se ofreció a aprontar la cantidad tasada, pero el Cabildo, institución que, por cierto, presidía gracias al ahora ladrón, contestó que estaba bien lo practicado, quedándose así sin joyas y sin dinero, pero claro, ¡que iban a decirle si era el propio Ramón Segura el responsable!

Mas la tremenda torpeza o lenidad del deán no quedará impune. Éste tendrá que marcharse al exilio acompañando a las tropas francesas cuando éstas abandonen España, y su magisterio como deán, con una autoridad y responsabilidad casi pareja a la del obispo, quedaría vacante, casi tanto como el camarín de la Virgen sin su relicario ni sus cruces de esmeraldas que seguían en manos de Suchet, el ex gobernador general de Aragón. El expolio, callado, oculto y casi perfecto, se había consumado.



Más de 15.000 piedras preciosas iluminan con sus reflejos estas coronas de la Virgen y el niño. Las donaciones, como un acto reflejo de desagravio, comenzaron cien años después de la ocupación francesa. (Fotografía procedente del Cabildo de Zaragoza).

NOTAS AL CAPÍTULO VII

- ¹ APOLLINAIRE FÉE, Antoine Laurent, *Recuerdos de la guerra de España, llamada de la Independencia 1809-1813*. Ministerio de Defensa, p. 262.
- ² Borradores de la Actos de la Junta general de 3 de enero de 1810. Caja 790. Zaragoza. Archivo de La Real Sociedad Económica de Amigos del País.
- ³ Ibidem. Acta del 6 de febrero de 1810.
- ⁴ “Carta del Justicia de La Casa de Ganaderos a Suchet donde le describe el estado de la Cabaña”. *Libro de Acuerdos y Resoluciones de la Casa de Ganaderos de la Ciudad de Zaragoza correspondiente al año de 1810*. Archivo de la Fundación Casa Ganaderos.
- ⁵ Ibidem, carta a Suchet recogida en la Junta del 23 de agosto de 1810.
- ⁶ Sobre el robo de ganado en Utebo ver LATAS FUERTES, Jaime, *La Guerra de la Independencia en Utebo, Monzalbarba, Sobradiel y Casetas*. Editorial Comuniter, p. 157.
- ⁷ ASÍN CORMAN, Enrique, *Los Toros Josefinos*. XX Premio Los Sitios de Zaragoza, 2005, p. 79.
- ⁸ CAMBRONERO, Carlos, *El Rey Intruso*, Madrid . Librería de los Bibliófilos Españoles, 1909, p. 153.
- ⁹ CASAMAYOR, Faustino. *Años Políticos e Históricos. De las cosas particulares sucedidas en la ciudad de Zaragoza. Años 1790 a 1826*. Biblioteca Universitaria de Zaragoza, 8 de septiembre de 1809.
- ¹⁰ Reparto de Palcos de la Plaza de Toros para la corrida del día 16 de agosto. Libro de Actas 1812, registro 1.528, pp. 325-327. AMZ.
- ¹¹ Real Acuerdo Expedientes I (siglos XVIII-XIX), p. 59. Archivo Histórico Provincial de Zaragoza.
- ¹² Mémoires du Marechal Suchet, duc D’Albufera, sur ses campagnes en Espagne. (1808-1814). Ecrits par lui-même. París, 1834, p. 278. Biblioteca Diputación Provincial. Traducido por el autor.
- ¹³ ASED Y VILLAGRASA, Manuel Isidoro, *Relación de las Fiestas que la Imperial Ciudad de Zaragoza celebró en los días 16 y 17 de junio de 1810*, pp. 174-175. Zaragoza, imprenta de Miedes.
- ¹⁴ AYMES, Jean-René, *Ilustración y Revolución francesa en España*, p. 156.
- ¹⁵ BAYOD PALLARÉS, Roberto, *El Reino de Aragón durante el gobierno Intruso de los Napoleón*, Librería general Zaragoza, p. 97.
- ¹⁶ Mémoires du Marechal Suchet, duc D’Albufera, sur ses campagnes en Espagne. (1808-1814). Ecrits par lui-même. París, 1834. Biblioteca Diputación Provincial. Traducido por el autor.
- ¹⁷ Carta del Cabildo al obispo Auxiliar. Cartas escritas por el Ilustrísimo Cabildo desde 1806. Archivo del Cabildo de Zaragoza.
- ¹⁸ Carta a Suchet del 1 de agosto de 1809. Cartas escritas por el Ilustrísimo Cabildo desde 1806. Archivo del Cabildo de Zaragoza.
- ¹⁹ Actas Capitulares Cabildo Metropolitano año 1809. capítulo 29, de junio, p. 99 y de 11 de agosto, p. 181. Archivo del Cabildo De Zaragoza.
- ²⁰ Ibidem, 21 de octubre, p. 243.
- ²¹ Ibidem, 25 de mayo de 1810, p. 95.
- ²² Ibidem, p. 94.
- ²³ Ibidem, pp. 99-104.
- ²⁴ Ibidem, 1 de diciembre de 1810, pp. 204-214.
- ²⁵ Ibidem, 8 noviembre de 1809, pp. 99-100.
- ²⁶ Ibidem, 1 de diciembre de 1809, pp. 204-214. El “Tembleque de Brillantes” es una joya que se monta en un alambre de manera que cuando el portador se mueve hace oscilar y brillar las piedras preciosas.
- ²⁷ Carta fechada el 12 de noviembre de 1810. Cartas escritas por el Ilmo. Cabildo desde 1806. Archivo del Cabildo de Zaragoza.
- ²⁸ Actas Capitulares Cabildo Metropolitano año 1811. Capítulo 8 de febrero, pp. 18 y 19. Archivo del Cabildo de Zaragoza.

CAPÍTULO VIII

LA POLICÍA DE SUCHET

La conquista militar de la ciudad del Ebro fue precedida de inmediato por una ocupación que acabó alterando los más hondos cimientos del poder que el pueblo soportaba. De repente, los zaragozanos vivían bajo una nueva constitución (la de Bayona), bajo un nuevo rey que provenía de una nueva dinastía (los Bonaparte), con un nuevo gobernador general que sustituía en el reino al capitán general, y lo que para ellos era más cercano, con una nueva corporación municipal. Para que se acepte toda esta revolución política, el ocupante intentará conquistar el alma de los ciudadanos. En esta nueva labor de conquista la ciudad, inocente, va a sufrir un monumental acoso de medidas mediáticas y propagandísticas lideradas e impulsadas por un excepcional general francés como era Suchet.

Un general que manejó los recursos especiales de acción y propaganda con la maestría de un auténtico especialista en este tipo de lucha, donde las ceremonias públicas, la falsificación de la verdad, la creación de la imagen mítica del héroe vencedor en todas las batallas, el control de las masas populares, y la búsqueda de la legitimidad simbólica y efectiva, conseguirán al fin derrotar, también en el campo psicológico, a una ciudad que ya lo había sido por las armas.

Todos los poderes de todas épocas han buscado primero la defección del enemigo, la añagaza, el enredo burocrático, la tercera vía, los aliados afrancesados, el engaño y el ocultamiento, antes que usar el primitivo recurso de la violencia represiva. El ayuntamiento de Zaragoza reconocería esta forma especial de combate e intento de engaño en un cartel hecho circular tras la liberación, donde decía: “vuestra piedad se sobrepuso a sus malas artes y que la perfidia esclavitud e impiedad se os presentaban disfrazados con los hermosos trajes de amistad, libertad y felicidad.”

En ese afán de manipular y controlar, El gobernador Suchet encontró en Zaragoza un cuerpo de funcionarios eficaces y entregados a su causa, que fueron los artífices del éxito de su política de gobierno, este cuerpo no era otro que la policía de Suchet.

En el capítulo X de sus memorias Suchet afirmará “*Administration de L’Aragon; une police surveillante et active fut établie*”. Vigilante y activa, así definía a su policía zaragozana y así se comportó en los cuatro años y medio de la ocupación.

La policía de Suchet y su dependencia orgánica, tendrá su amparo jurídico con el decreto de febrero de 1810 donde el emperador nombra a Suchet gobernador general otorgándole todo el poder en Aragón, desligando de facto a este reino de la autoridad del Rey de España José I. El decreto de febrero establece claramente en su artículo III que *“El gobernador está encargado de la administración de la policía, de la justicia y de sus rentas, nombrará todos sus empleados, y hará todos los reglamentos necesarios”*.

La organización de la policía había adquirido rango ministerial desde el 6 de febrero de 1809 en que se creó el ministerio de policía, cuya instalación en España ya se había previsto en el estatuto de Bayona. Situando al frente de esta nueva institución al fiscal de la sala de alcaldes de casa y corte don Pablo Arribas, que ya había desempeñado labores de superintendente policial en la capital. Mas su jurisdicción nunca alcanzará Aragón, que se había convertido, prácticamente, en el reino de Suchet.

FUNCIONES Y FUNCIONARIOS

La policía satélite de los franceses en Zaragoza, que tantos servicios prestó a los invasores, no tenía nada que ver con el modelo de la policía bonapartista que las nuevas autoridades habían conocido en Francia.

Básicamente el régimen de Napoleón ha sido definido por numerosos autores como un estado policial represivo, donde las denuncias anónimas, los arrestos arbitrarios, el espionaje de los militares, la censura de prensa y la delación, entroncaba directamente con los excesos revolucionarios de la época de “Terror”. El Ministro de la policía fue suprimido en 1802 y recuperado en 1804 con la figura del incombustible Fouché. Era una policía política al servicio del emperador, enfocada al control y el aplastamiento de cualquier oposición.

En la Zaragoza ocupada y en ruinas nadie discutía ni amenazaba el poder del virrey Suchet, por tanto la tarea encomendada a la policía era otra muy distinta y variada, aunque en el fondo, sus objetivos fueran los mismos; el de la policía francesa servir al emperador y la más modesta zaragozana servir a Suchet y a sus variados intereses.

Las armas francesas habían conquistado prácticamente el antiguo reino, asegurado sus comunicaciones con Francia y aniquilado la resistencia de la capital por mucho tiempo, por eso las prioridades del gobernador de Aragón no eran otras que las de

poder abastecer a su III Cuerpo de Ejército y hacer que este se mantuviera operativo sin esperar ninguna ayuda de Francia, para ello necesitaba un pueblo tranquilo y una sociedad en orden de donde extraer los alimentos y el dinero para su ejército. A fe que lo consiguió.

Desde el primer momento, las autoridades ocupantes vieron la necesidad de crear una policía dirigida por una autoridad especial, para ello crearon el título y las atribuciones de comisario general de policía que luego se transformó en Dirección general de policía.

El primer acto de esta decisión fue de Junot duque de Abrantes, quien promulgará un decreto en la temprana fecha del 29 de marzo, que le confiere una independencia absoluta de cualquier otro tribunal, que no sea el del propio Comisario general. Posteriormente firmaría otro decreto, el 17 de abril de 1809, donde se regulan las atribuciones, responsabilidades y funcionamiento de la Comisaría general de la policía. Básicamente el decreto se ocupaba de reglar la vida en la ciudad de Zaragoza, dejando el resto de Aragón bajo la tutela del intendente general Luis Menche, quien debía entenderse con los corregidores de los pueblos.

El gobernador Suchet realiza otra reforma de la administración en un intento propio de hacerla más eficaz (despreciando a las prefecturas creadas por José I), y crea así dos Comisariados a modo de dos prefecturas o provincias ajustando estas a la geografía limitada por el río Ebro, un comisario lo será de la orilla derecha y otro de la orilla izquierda. Esta original forma de dividir la administración en este ramo duró dos años, hasta que se creó la Dirección general de Aragón el 11 de junio de 1812.

Este nuevo decreto de Suchet es publicado en Zaragoza con la firma del gobernador conde de Reille y también del director general de la policía de Aragón Mariano Domínguez. Dos consecuencias inmediatas dimanaban de él; La primera, que eleva el rango administrativo de la policía, la segunda es que vuelve a unificar el territorio haciendo desaparecer las comisarías orilladas en el Ebro. Además, las funciones y responsabilidades de la policía fueron ampliadas, y los ocho artículos que lo configurarían toman un perfil más marcado de labores de control social y represión de la institución y sus responsables, no en balde, estamos en el que iba a ser el último año de administración francesa en Aragón.

Otro decreto más, relativo a la dirección general de policía, se publicaría en agosto de ese mismo año, solo que este era un apéndice del anterior y solo afectaba a la reorganización de la junta criminal que ahora pasará a llamarse junta de apelación.

EL DUQUE DE ABRANTES, *Gobernador de Paris, General en Jefe del tercer Cuerpo, Gobernador General de Aragon.*

Deseando promover, y proporcionar al importante establecimiento del ramo de Policia General de la Provincia de Aragon, todos los auxilios y medios susceptibles de su mayor fomento, y prosperidad; y teniendo en consideracion de que para conseguirlo así es indispensable, que no solo sea manejado con independencia absoluta y total inivicion de todo otro Tribunal distinto del de el Comisario General, segun ya lo tengo prevenido en Decreto de 29 de Marzo anterior, si no es que además es preciso, y necesario que obre dicho Comisario General con la plenitud de facultades que se requieran, y justamente se merezca por el acreditado, y bien conocido zelo que tiene manifestado Decreta:

ARTICULO PRIMERO.

Estando detallado el número de Empleados que por ahora se han creído precisos para el mas pronto y espedito desempeño de este ramo, el Comisario General me propondrá la dotacion que considere proporcionada á la fatiga, y trabajo de cada uno.

ART. II.

Todo Empleado de este establecimiento además de deberse hallar adornado de las calidades necesarias al mejor desempeño de su destino, ha de tener la preciosa y esencial de ser de la confianza y entera satisfaccion del Comisario General.

ART. III.

Por la consideracion prevenida en el antecedente articulo será peculiar, y privativo del Comisario General el nombramiento, eleccion y separacion de los sugeros que deben servir cada uno de los diferentes Empleos de este establecimiento, á excepcion de los de Tenientes de Comisario, Secretario, y Oficiales de la Secretaria, que serán nombrados por el Gobernador General de la Provincia á propuesta del Comisario General.

ART. IV.

Así como es, y será del conocimiento del Comisario General de Policia la direccion, gobierno y manejo de Teatros, y de toda otra diversion publica; lo ha de ser tambien para desde ahora en adelante el del abasto de Trigo (conocido hasta de aquí con el nombre de Pósito) y el del Alambrado de esta Capital.

ART. V.

El Comisario General nombrará una Junta de personas instruidas zelosas del

Decreto por el que se establece la Comisaria General de Policia en Zaragoza.

Estos cuatro decretos, que hemos reseñado, son los que forman el corpus legal de la policía al servicio de los invasores, de ellos emanaba su autoridad y responsabilidades que entroncaban directamente con el gobernador de Aragón, al cual estuvieron siempre supeditadas.

Si el ejército necesitaba reunir carros y caballerías para su desplazamiento, se lo encomendaba a la policía. Si había que derribar alguna casa o Iglesia para su plan de mejora urbanística, la policía. Si había que tomar rehenes para apremiar las contribuciones, lo hacía la policía. Si había que tomar medidas higiénicas por calles y hospitales, se recurriría a la policía. Si había que silenciar las campanas, borrar alguna pintada, destruir algún pasquín, lo hacía la policía. Reprimir la disidencia con detenciones de desafectos o algún criminal de delitos comunes, era labor de la policía. Como apagar el fuego inesperado o censar las casas para alojar ejércitos y refugiados, la policía lo hacía. Re-compensar monetariamente a confidentes y colaboracionistas, a actores o toreros, a los artesanos o jornaleros que preparaban alguna celebración, la policía pagaba de inmediato. O si había que cerrar las puertas de la ciudad y expedir pasaportes, la policía se ocupaba de todo. Todas estas funciones y otras más, fueron desarrolladas por la policía de Suchet a su plena satisfacción, y debido a su dispar variedad vamos a intentar agruparlas, para así conocer mejor la importancia de su actuación, en los años que Zaragoza permaneció bajo la nueva dinastía de los Napoleones ocupada por el ejército invasor.

El entregado Manuel Isidoro Ased describiría perfectamente el concepto, la función, y los resultados de la policía de Suchet, retomemos pues algunas de sus palabras “*La ciudad provista, los moradores tranquilos, las calles aseadas, el orden por todas partes, hacían ver las ventajas que disfrutaba una población, cuando la policía es uno de sus primeros y principales objetos*”¹.

LAS CUENTAS DE LA POLICÍA

El decreto dado por Junot el 17 de abril de 1809 y que ponía en marcha y completaba otro anterior sobre el funcionamiento de la policía, dedica nada menos que la mitad del articulado a las cuestiones de rentas, fondos, cuentas, resguardos de caudales, dotaciones, débitos, inspecciones, impuestos y gabelas, hasta llegar al art. XIV donde explica y retrata las necesidades del ramo de la policía que la nueva administración puso a su servicio, este dice así:

Art. XIV “*Conociéndose sin detenido examen, que el grande objeto del ramo de policía que hoy se establece, no solo necesita de considerables sumas para soportar*

los inmensos gastos que ha de producir el aseo, y limpieza de esta capital, sino que también las necesita para los de los otros objetos que van anexos al propio ramo: que lo mismo sucede en el alumbrado por la recomposición de faroles, y finalmente que para la mayor comodidad, y tranquilidad del pueblo también ha de establecerse serenos; desde luego se aplica, y destina para ayuda a los referidos gastos el producto de un cuarto de libra de Carne que se venda, y el de diez y seis reales de vellon en cada farol de los del alumbrado, cuyos dos nuevos impuestos irremisiblemente se exigirán desde oy en adelante, además de las gavelas que por ellos ya se satisfacen. Para los primeros gastos de este establecimiento hecharà mano el Comisario general de los sobrantes de que habla el artículo séptimo y de cualquier otro que se halle en las diferentes administraciones públicas de esta ciudad, y no tenga en la hora aplicación fija, ni destino preciso pudiendo hacer lo mismo en lo sucesivo si lo considerase necesario, no solo con dichos sobrantes, sino también con todos sus fondos como principal responsable del resultado, y de su buen manejo”².

Dado que muchos servicios que ahora se le otorgaba a la policía debían corresponder al Ayuntamiento de la ciudad, ocurría de igual manera con los medios económicos de que esta estaba dotada como los llamados “de propios y arbitrios” que, en esta confusión de funciones, pasaban a ser recaudados por la policía. Este desorden y duplicidad de funciones, fueron remediados por el gobernador Suchet por medio de un decreto dado en Zaragoza el 4 de septiembre de 1810. En esa fecha, los productos de los bienes propios retornaron al ayuntamiento junto con ciertos gastos como el agua o el alumbrado que, hasta ahora, lo pagaba la policía³.

Para el año de 1810 el presupuesto o rentas de los servicios de la policía que mandaba Domínguez (toda la ciudad de Zaragoza más la orilla izquierda del Río), era el siguiente:

– Productos de pasaportes	80.000 reales de vellón
– Cuatro cuartos sobre cada libra de carne	400.000 reales de vellón
– Productos de multas	40.000 reales de vellón

Hay que resaltar que, con la consolidación del poder francés en toda la provincia lograda en 1810, Suchet fue capaz de recibir un servicio excelente de la administración aragonesa por muy poco gasto. El coste total por su gobierno civil, donde la policía ocupaba un primer lugar, no excedía a los 70.000 francos al mes. Una cantidad evidentemente moderada para todo un nuevo gobierno.

En 1812 el régimen económico que sustentaba el funcionamiento de la policía sufrió una nueva reforma. El artículo III del Decreto del 11 de junio establecía que “Las

rentas asignadas a la policía general continuarán y serán entregadas en la caja del tesoro imperial. El inspector del tesoro público será encargado de vigilar la nueva entrada de los fondos que provengan”, y el artículo IV se referirá también a esta materia “Sobre la petición del general en jefe, conde de Reille, comandante de Aragón, le será abierto cada mes un crédito para asegurar el servicio de la policía que queda particularmente a sus órdenes”.

Buena parte del éxito y la eficacia de la policía colaboracionista vino dado, precisamente, por la fluidez de la caja del tesoro de la policía; Las facturas generadas por los ocupantes que les eran endosadas a este gremio, como las del amueblado del palacio de Suchet, que ya analizamos en un capítulo anterior, eran pagadas antes de los 15 días. Igual ocurría con los gastos ocasionados por las fiestas de toros o el “teatro franco”, donde no transcurría una semana sin que los deudores cobraran. O todo lo referente a la inmensa tramoya que se movilizó para las celebraciones: Iluminarias, fuegos artificiales, limpieza de calles, etc., acabaron siendo pagado por la Tesorería de la policía, de igual manera que se pagaron los gastos ocasionados por los numerosos banquetes y saraos con los que el gobernador obsequiaba a sus súbditos.

A veces la confusión de las funciones era tal que el endoso de la factura iba de un lado a otro sin que la tesorería de la policía o el propio ayuntamiento tuvieran claro quien debía pagar, el peregrinar de la factura acababa con una clara decisión de la autoridad que solía adjudicar el pago al más débil que era el ayuntamiento. Así ocurrió con la responsabilidad de “Alimentar los presos”, donde los concejales reunidos niegan en un informe que remiten el 20 de junio de 1811 al comisario de policía su responsabilidad, diciéndole que el ayuntamiento “*nunca ha tenido que atender a procurar lo necesario a los presos de la cárcel, ni ha sido de su obligación el suministrarles raciones, pues es un ramo de absoluta independencia*”⁴. Acabaron, como no, pagando, aunque se excusaran en la caridad, o como ellos llamaron “*las obligaciones sagradas que tenían contraídas*”.

Ejemplos como este surgen abundantes en los archivos del Ayuntamiento de la ciudad, como por ejemplo, el gasto ocasionado por las sillas de mano en las que se trasladó a Francia la esposa del gobernador Honorine: La construcción de estas sillas se le encargó al ebanista Lorenzo Mayer y supuso un valor de 7.350 reales de vellón. Esta factura dará lugar a un pequeño conflicto por el pago entre la dirección general de policía y el ayuntamiento, que obligará a intervenir al auditor del consejo de estado el 31 de marzo quien obligará a pagar al ayuntamiento, aunque el auditor acabará reconociendo que el director general de policía “*no puede mandar pagar gasto alguno al ayuntamiento de Zaragoza*”. Un reconocimiento servido a modo de pequeña satisfacción para el ayuntamiento y totalmente inútil para los intereses del consejo puesto que este siempre acababa pagando.

Núm. 5.

Con esta fecha comunico á todos los Corregidores principales de la Comisaría de mi cargo la órden siguiente :

"El Excmo. Sr. Mariscal del Imperio , Gobernador General de Aragon , ha tenido á bien acordar. Que desde 1.º del próximo mes de Octubre quede á beneficio de la Policía el impuesto de quatro cuartos en libra carnícera de 36 onzas de todas las carnes y pescados frescos, y de dos en los salados à excepcion de las sardinas que se consuman en toda la comprehension de esta Comisaría de mi cargo.

"Que la exacción , de este impuesto se verifique con toda legalidad por los Corregidores principales de cada Partido que indispensablemente deven acreditarla mensualmente de los Pueblos de su mando por medio de un testimonio que ha de presentar cada uno, expresando lo que se hubiere consumido en él, ó no haber habido consumo alguno.

"Que por el equivalente de esta imposicion se cobre de los cerdos de leche que se vendan vivos 2 rs. vn.; de los medianamente criados 20, y de los de desguello 60: de cada cordero 3 rs. vn., y 2 por cada cabrito, segun asi quedó acordado, y se comunicó á los Corregidores en 1.º de agosto de 1809.

"Que sin perjuicio de llevar à efecto con toda puntualidad desde 1.º de Octubre nel cobro de este impuesto, y quanto queda referido deven presentarme los Corregidores baxo las formalidades prescriptas y que les están señaladas las cuentas de lo que recaudaron por igual impuesto desde 1.º de Agosto de 1809 por la órden que se les comunicó en 19 de Julio del mismo, hasta fin de Diciembre del año último en que se mandó cesar por aviso de 12 de dicho mes de Diciembre; disponiendo que el Pueblo que no hubiere acreditado el consumo que tuvo mensualmente, ó no haberlo tenido, y así mismo sino hubiese satisfecho el tanto que le correspondia lo verifique dentro de un breve término baxo una multa rigurosa, ò otro castigo si diere lugar à ello.

"Que los caudales que produxere el referido impuesto desde 1.º de Octubre se pongan infaliblemente todos los meses por los Corregidores principales à mi disposición con los testimonios de cada Pueblo, y una cuenta por menor con arreglo à ellos, y que lo mismo verifiquen por lo que hace à los retrasos anteriores con la correspondiente separacion.

"Finalmente ha acordado S. E. que qualquiera falta que se observe sobre la execucion de esta órden, se le avise inmediatamente para acordar las providencias que convengan.

"Todo lo qual lo pongo en noticia de V. S. para que enterado de ello disponga su puntual cumplimiento asi en esa como en los demas Pueblos de su Partido, acordando al efecto las disposiciones que crea convenientes, en el concepto que la menor falta que ocurra sobre este particular no podrá menos de avisarla à S. E. para los fines que convengan, por quanto yo he de dar puntuales noticias de las entradas é inversion de los caudales que entran en la Tesorería de la Policía. Espero aviso del recibo de esta órden, y de quedar en cumplimentarla puntualmente."

La traslado literal à V. S. para su conocimiento, y à fin de que se sirva hacer entender à los Pueblos de su Corregimiento el metodo que deben observar para la exacción de este impuesto, y de la formalidad con que han de entregar todos los meses el producto que resultare de él, ó de acreditar no haber habido consumo alguno, en la Tesorería de la Policía, donde me ha parecido conveniente se verifique directamente por lo perteneciente al Partido de Zaragoza, de modo que ya lo hace esta Capital baxo las reglas que particularmente están acordadas. Tambien la tendrá V. S. presente para dar sus disposiciones à fin de que todos los Pueblos manifiesten, y paguen los retrasos que tubieren de este impuesto por el tiempo que se señala a los demas Corregidores, ó que quando ya lo hubiesen hecho lo acrediten con los recibos, haciendo que aquellos que no hubieren tenido consumo lo hagan con los correspondientes testimonios.

Dios guarde à V. S. muchos años. Zaragoza 16 de Setiembre de 1811.

El Comisario General del Gobierno de Aragon
en la orilla izquierda del Ebro,
DOMINGUEZ,

*Recibido los cinco y treinta Exemplares.
19 Setiembre*



LA POLICÍA: HIGIENE, ASEO DE LAS CALLES Y OBRAS PÚBLICAS

La capital del Ebro finalmente ha sido vencida, y el silencio de las armas permite fijar la mirada de los sitiados y sitiadores sobre la ciudad misma. De inmediato todos reconocen el espanto de la inmensa hecatombe de la que todos han sido partícipes. La desolación es tal en esos fríos días de febrero, que el cierzo helador, reptando entre los parapetos y los edificios en ruinas, apenas puede arrojar de la ciudad la amenaza del tifus y el olor de la muerte.

Ante esta situación, Lannes el conquistador toma las primeras medidas y dos días después de la rendición habilita una junta de gobierno que intermedie entre las nuevas autoridades y el pueblo derrotado. Lógicamente, y dado el estado ruinoso de las calles y plazas de la ciudad, que mostraban todos los signos de destrucción que la guerra había dejado, las primeras medidas que va a tomar esta junta van a ser las llamadas “de policía”; desescombros, limpieza de calles, retirada de muertos, e higiene pública.

El 23 y 24 la Junta comienza a actuar y toma las primeras disposiciones llamadas “de policía”; primero la retirada de los cadáveres insepultos, después mandaran que se despejen y desenronen las calles y plazas de la ciudad. Pero la tarea es tanta que los responsables deciden ampliar la organización, y el día 25 se nombran cuatro comisarios de policía dividiendo la ciudad en cuatro cuarteles, a saber; la Seo, San Miguel, El Pilar, San Pablo. Estos comisarios responderán ante el coronel Plique bajo cuya dirección recibirán las ordenes e instrucciones oportunas. El 27 y 28 la junta de gobierno y los comisarios siguieron tomando las providencias oportunas de salud y quietud pública.

El día 4 de marzo, la ciudad había limpiado de escombros las calles más transitadas y, gracias a los esfuerzos de la policía, su aspecto mejoró bastante a la espera de la entrada triunfal del mariscal Lannes, jefe del ejército vencedor, que efectuó al día siguiente.

A primeros de abril, los franceses nombran comisario de policía a Mariano Domínguez y este designa, a su vez, cuatro subdelegados nuevos que sustituirán a los anteriores comisarios, aunque será mantenida la división de la ciudad en los cuatro cuarteles ya mencionados. La elección del nuevo comisario general de policía, dejó un tanto perpleja a la ciudad puesto que Mariano Domínguez había sido una personalidad destacada en Zaragoza, antes y durante la invasión. Su hoja de servicio no dejaba lugar a dudas acerca de su patriotismo; Caballero de la Orden de Carlos III desde 1785, intendente del ejército de Palafox durante el segundo Sitio y corregidor de la ciudad a la que co-

nocía como la palma de su mano. Sin duda alguna, la elección de Mariano Domínguez para tan alto cargo y su aceptación, fue el aldabonazo de salida para que los mejores zaragozanos se echaran en manos de las nuevas autoridades, dando lugar al nacimiento de una nueva clase de ciudadanos llamados, colaboracionistas o afrancesados y que tan buenos servicios prestaron al gobierno Intruso. Indudablemente la elección de Mariano Domínguez como Comisario fue un acierto de los invasores, pues este hombre dio probadas muestras de eficacia y entrega a lo largo de toda la ocupación, siendo recompensado por el mismo Napoleón con la Legión de Honor.

El 1 de mayo los nuevos subdelegados o tenientes de la policía, ya bajo el mando de Domínguez, comenzaron a trabajar, en uso de sus atribuciones, en la limpieza de las calles buscando esa sensación de normalidad tan deseada por todos. Hay que recordar que el concepto de policía es muy amplio y, en este caso, se refiere a los asuntos generales de gobierno de la ciudad, siendo esta función generalista la que predominaba en estos primeros momentos de la ocupación.

El 5 Casamayor comentará de la policía que “*prosiguieron las providencias para poner aseada la ciudad*”. Además el comisario, viendo que la apertura del teatro público era inmediata, publicó un bando relativo al decoro y compostura que deben guardar los que asistan a las funciones.

El 14 del mismo mes, el comisario general de policía y corregidor de la ciudad, publicó unas nuevas ordenanzas de policía, elaboradas por él, para toda la ciudad y los barrios.

Una de las causas de la espeluznante mortandad en el segundo cerco de la ciudad, tuvo como causa la epidemia de tifus que sufrieron sus habitantes. Por eso, a mediados del mes de mayo, las autoridades intentan acabar con la epidemia, para ello deciden recoger toda la ropa contaminada de los hospitales y casas particulares donde se había manifestado la enfermedad y proceder a su destrucción fuera de la ciudad. Esta hedionda tarea, no exenta de riesgos de contaminación, es encomendada a la nueva policía. Los cabos recorrerán las calles de sus respectivos cuarteles y sacaran, con los carros de los vecinos, la ropa contaminada procediendo luego a quemarla en las afueras. La policía, con esta operación de higiene pública, demostró su eficacia haciendo un gran servicio a toda la comunidad.

En junio la comisión de la policía siguió trabajando en la limpieza de las calles de ruinas y escombros, una labor que, dada la magnitud de la catástrofe, tardaría varios años en quedar totalmente completada. Estos trabajos fueron acelerados al máximo ya que se esperaba la entrada en la ciudad de su gobernador Suchet. Además el Co-

misario Domínguez pidió por medio de un pregón público, que los vecinos barrieran las calles y adornasen las fronteras de sus casas como homenaje al nuevo dueño de la ciudad, al nuevo virrey francés.

En enero de 1810 había caído una copiosa nevada a resultas de lo cual resultaba imposible transitar por las calles, y otra vez más, tuvo que ser el esforzado cuerpo de la policía la que tuvo que trabajar luchando contra los elementos. En cualquier otro momento histórico, esta función de mantenimiento de las calles del municipio hubiera sido ejecutada por el ayuntamiento, pero era tal la disponibilidad de la policía de Suchet y el escaso poder que la nueva administración había dejado en manos del municipio, que era la policía la que se encargaba prácticamente de todo. Por otra parte, hay que apuntar que el cargo y la responsabilidad de comisario general de policía y corregidor de la ciudad se confundían en la misma persona, que no era otro que Mariano Domínguez.

En esos mismos días de invierno, por orden de la policía se terminó de derribar lo poco que quedaba de la famosa Cruz del Coso. Antes de su destrucción final, se recogieron algunos fragmentos de sus piedras inscritas, siendo el 5 de febrero la fecha en que desapareció uno de los monumentos más queridos y conocidos de la ciudad. La ruptura con el viejo orden también necesitaba hacerlo, con la excusa de los desechos, con uno de sus símbolos más hermosos. Para Suchet el urbanismo también formaba parte de su política de dominio.

En mayo de 1810 la situación de la ciudad había mejorado bastante, y la nueva administración encabezada por su gobernador llevaba visos de convertirse en una administración permanente alejándose, cada vez más, la sensación de los primeros meses de provisionalidad. Su comisario de policía Domínguez gozaba de la plena confianza que le otorgaba el gobernador y se estaba convirtiendo en una pieza fundamental para este. De ahí la cantidad de encargos y tareas de todo tipo que le eran encomendadas. Entre ellas estaba la de participar en un plan de mejora urbanística de la ciudad.

Una de estas mejoras consistía en arreglar los accesos a Zaragoza; ya hacía más de un año que se habían acabado los combates, pero en las cercanías todavía permanecían sin enterrar las numerosas zanjas y parapetos que se habían construido durante los Sitios. Por eso el Comisario de policía dará la orden de que *“en tres días se cerraran las zanjas a media legua de la ciudad, bajo pena de prisión a los dueños, multa y pérdida de terreno, aplicando todo a la manutención del ejército”*⁵. La orden movilizó a los propietarios y colindantes de los campos que se apresuraron a cumplirla. El que no lo hizo acabó en prisión. Entre los no diligentes que fueron detenidos habrá: jueces, canónigos, personas de distinción, e incluso, algunas damas.

Las muestras de inflexibilidad y de dureza de la policía de Domínguez no serían las únicas, esa era precisamente una de las fuentes de donde manaba la mayor parte de su reconocida eficacia. La orden de arreglar los accesos se cumplió sin gastarse un real de la tesorería, pues se desarrolló a costa de los propietarios y colindantes. Una orden ejecutada a la perfecta satisfacción de su excelencia el gobernador.

Otro ejemplo de la implicación de la policía en las obras de la ciudad, nos lo vamos a encontrar a finales del mes de agosto: La ciudad había cambiado de dueño y los nuevos amos deseaban hacer de esta una urbe abierta y moderna, como paradigma un nuevo paseo iba a ser diseñado partiendo de donde había estado la Cruz del Coso. Pero antes de comenzar las obras, el pórtico y el campanario de la iglesia del arruinado Santo Hospital de Nuestra Señora de Gracia estorbaban la perspectiva y a los arquitectos. Así que la policía procedió a ordenar su voladura que tuvo lugar sobre las 11 de la mañana, no escatimaron pólvora puesto que, según cuentan las crónicas, la explosión hizo un ruido estrepitoso y las piedras llegaron hasta la casa de enfrente.

En una carta de Calixto Lasala a Pedro Valero, fechada el 5-IX-1810, este se quejará amargamente y denunciará esta política de derribos echándole la culpa a la policía: *“Están derribando el Santo Hospital de Gracia, el Convento de S. Francisco, el de S. Lázaro, la Parroquia y Convento de Altabás y parte de Arrabal y otros edificios, y la mayor culpa la tiene la policía y el albañil Asensio, que con los útiles de estos derribos se hacen de oro. Este tal Asensio es imposible no sea parto de Lucifer, y sus proyectos son dejar la ciudad muy minorada”*⁶. Joaquín Asensio, este hijo de Lucifer según Calixto Lasala, era el arquitecto municipal, siendo, por tanto, el responsable técnico de todas las obras y derribos, así como de otros trabajos como los arcos triunfales, las luminarias de los palacios o arte efímero, que tantas veces, engalanaron las calles de Zaragoza al servicio del gobernador Suchet, su nombre aparecerá numerosas veces en recibos emitidos por estos trabajos en los libros de gastos del Ayuntamiento.

Esa asunción, o mejor dicho, confusión de las funciones de limpieza, ornato e higiene pública que normalmente debía detentar el Ayuntamiento y que sin embargo lo hacía la policía, tendrá ocasión de manifestarse de nuevo el 21 de febrero de 1811, cuando es la policía la que manda quitar las femeras de las calles y gallizos de la ciudad, obligando a situar estas al menos a 100 pasos de los paseos públicos.

En junio de ese año, con motivo de la celebración del Rey de Roma (el primogénito de Napoleón) y la victoria de Tarragona, la policía mandará, como había hecho otras veces, limpiar y adecuar las casas y fachadas.

El 31 de julio, el virrey Suchet volverá a la ciudad de uno de sus numerosos desplazamientos, y la policía, atenta, solícita y entusiasta, volverá a obligar a que los ciudadanos compartan la alegría de la llegada del gobernador y se arreglen y engalanen las casas y fachadas. Con idéntica misión el general París ordenará, en enero de 1812, al comisario que la ciudad se engalane e ilumine para celebrar la toma de Valencia por Suchet, la orden fue cumplida de inmediato.

Todas estas funciones ligadas al buen funcionamiento de la urbe que hemos presentado, van a ser perfectamente expuestas y resumidas en el Decreto que Suchet firmará y despachará en Valencia el 11 de junio de 1812 donde se reforma la policía. El nuevo decreto crea la Dirección General de Policía y establece en su artículo VII las competencias y responsabilidades que este órgano otorga a la policía relacionadas con la viabilidad pública:

- 1º La iluminación y la limpieza de las calles de la ciudad.
- 2º Los paseos públicos.
- 4º Los escombros perjudiciales.
- 18º Los reglamentos y ejecuciones de las leyes sobre la salubridad y las inhumaciones, epidemias y enfermedades contagiosas.
- 24º La protección y conservación de monumentos y edificios públicos.

Estas medidas referidas al bienestar de la urbe y sus calles que la policía de Suchet hizo efectivas en Zaragoza, fueron juzgadas en su momento por el cronista de la ciudad Don Manuel Isidoro Ased y Villagrasa con las siguientes palabras; *“A favor de sus acertadas medidas y de la vigilancia de una activa policía, en breve tiempo las calles se desembarazaron de ruinas, las fosas se cegaron, deshicieronse los parapetos, sepultáronse los cadáveres, y el culto divino suspendido volvió a tributarse”*7.

LOS BOMBEROS DE ZARAGOZA

La prevención y control de los incendios en la ciudad también fueron asumidos por la policía. Este servicio estaba desprovisto de cualquier connotación de control político, y era una función mas que pertenecía a esas medidas generales del gobierno de la urbe muy similares a la de la limpieza de calles o los desescombros. No obstante, su propia existencia y regulación marcaban una forma moderna de entender las necesidades de una ciudad, como en este caso, donde la existencia de unos medios permanentes para combatir el fuego se podía entender como una aportación civilizadora de la nueva administración.

El decreto de 11 de junio de 1812 enumera las competencias del director de policía, en su artículo VII apartado n.º 19 aparece como una responsabilidad específica del director de policía “las medidas que deben de tomarse para evitar y apagar los incendios”.

La ciudad recordaba amargamente los días terribles de los Sitios donde el fuego era un elemento más de la batalla, y tampoco había olvidado el devastador incendio del viejo teatro donde fallecieron 77 personas, y por lo que parece, las medidas de prevención fueron acertadas pues, durante la ocupación, apenas tenemos noticias de incendios de cierta importancia.

Uno de ellos se produjo el 17 de junio de 1813. El cronista Casamayor relatará el incidente con bastante detalle “*Este día, antes de las siete de la mañana, se prendió fuego una casa de la calle de la Culebra, que está metida dentro de la calle Escobar, y de allí se comunicó a las dos inmediatas y a las últimas de la calle Tripería por las espaldas, por cuya causa se tuvieron que evacuarlas todas, habiendo concurrido albañiles y tropa se logró cortarlo, aunque con entero destrozo de dichas casas*”.

En el relato de este incendio hecho por Casamayor, observamos que no nombra directamente a los bomberos ni a ninguna de sus máquinas, sin embargo sabemos que estas existían en la ciudad y que estaban preparadas permanentemente.

El caso es que la ciudad contaba con unas instalaciones fijas (al menos desde el año 1810 y 1811) a modo de pequeño parque de bomberos donde se guardaban varias “bombas de apagar fuegos”. Este servicio permanente lo costeaba la tesorería de la policía por ser competencia suya, y gracias a estos pagos hemos podido averiguar el nombre del responsable de la “*composición y custodia de las bombas de apagar fuegos como así mismo del alquiler de una caseta y cochera para su custodia*”, esta persona respondía al nombre de Bernardo Alfranca y cobraba 60 reales por mes por su dedicación.

Al mes siguiente de la liberación, el Concejo Zaragozano se reúne el 22 de agosto y decide cambiar al personal encargado de las bombas tomando la decisión de “*encargar del cuidado de las máquinas de apagar incendios a José Arrullengue*”⁸. Parece ser que los cambios políticos que se acababan de dar en la ciudad, también afectaban al personal “técnico” como era el caso del anterior encargado de las bombas Bernardo Alfranca que fue sustituido.

Unos días más tarde, el 27 de septiembre el mismo ayuntamiento, que había recuperado estas funciones de policía, acordó que “*no se fume en el teatro por lo ex-*

puesto que estaba a incendios". El infausto recuerdo del incendio del teatro de 1778 seguía cumpliendo su función de escarmiento en la memoria de la ciudad y de sus autoridades.

LOS EMBARGOS DE CARROS Y CABALLERÍAS

El gobernador intruso encontró en la policía de Zaragoza dirigida por Domínguez una institución resolutiva y admirable en su eficiencia. La seguridad en las calles y la falta de contestación armada en la ciudad, estaban favorecidas por la gran cantidad de tropas invasoras que, casi todo el tiempo se encontraban acuarteladas o bien de paso en la plaza. Debido a esto, las actividades represivas y coercitivas propias de la policía pasaron, la mayoría de las veces, a un segundo plano.

Sin embargo otras necesidades logísticas y de abastecimiento eran demandadas con urgencia por Suchet (quien además de gobernador recordaremos que era el general en jefe del III Cuerpo de Ejército), entre estas necesidades estaba la de dar movilidad y abastecer a sus tropas que se hallaban desplegadas desde Tarragona hasta Valencia. Estos recursos logísticos tan importante como son los transportes también iban a ser detraídos de la ciudad y alrededores de la capital aragonesa. Y ¿quién mejor que la eficaz y disciplinada policía zaragozana para desempeñar este feo trabajo a plena satisfacción del mando francés?

Si se preparaba una ofensiva, o si había que activar un convoy con prisioneros o heridos para trasladar a Francia, o abastecer las extensas líneas del frente, o en los difíciles momentos de la retirada, se necesitaban todos carros de la ciudad con sus correspondientes caballerías, los franceses los conseguían bien de grado o bien por la fuerza, tras recabar la ayuda de la policía quien era la encargada de la gestión, el censo y los embargos de carros y caballería.

Conozcamos algunos de estos embargos:

Corría el mes de marzo del año 1810 cuando se hace uno de los primeros embargos de carros con destino a abastecer las tropas sitas en Valencia, siendo otra parte de los carros destinados a Navarra. Unos días mas tarde, entrado ya el mes de marzo, se vuelve a embargar los carros.

Como estos embargos o requisas se estaban convirtiendo en un hecho cotidiano, la policía comienza a sistematizar la tarea poniendo un punto de reunión como era la

Lonja, así mismo delegaron en los alcaldes de barrio la responsabilidad de que cumplieran con las peticiones. Si estas no eran satisfechas, la maquinaria de la policía se ponía en marcha pudiendo acabar el responsable en la cárcel. Además los carros deberán de ser “completos” es decir, con sus atalajes, caballerías y personal.

En el mes de mayo de 1810 la campaña de Lérida y Monzón estaba en pleno desarrollo y las necesidades del ejército francés de pan-galleta y municiones se disparaban en Zaragoza, que ejercía de retaguardia y de almacén logístico, se vuelven a embargar los carros de los ciudadanos. Para hacernos una idea de la magnitud de las cifras, basta saber que el tren de sitio movilizado desde Pamplona para la conquista de Lérida, consistía en 50 cañones, 26.000 proyectiles, 12.000 herramientas de atrincheramiento, mas 40 toneladas de pólvora. Con un peso cercano a las 1.000 toneladas, necesitaban cientos de carros y varias semanas para hacer el recorrido Pamplona-Zaragoza-Lérida.

En septiembre con la Campaña de Tortosa en marcha volverá a darse la misma necesidad, siendo, en este caso, mas de 100 los carros embargados. En octubre la ciudad conocerá otro embargo con destino a satisfacer las necesidades del ejército de Cataluña.

Los embargos, que hasta ahora eran un hecho esporádico, se van a convertir en algo definitivo dada la carencia de transporte de la logística francesa. Por lo tanto, a finales de 1810 se hace un reparto de carros y caballerías en toda la provincia correspondiendo 30 de los carros a la ciudad de Zaragoza, quedando esta cantidad como fija y permanente. Esta obligación de la ciudad para con el ejército francés encomendada al ayuntamiento, va a suponer a este un sin fin de peticiones de muy diversa índole. Por un lado están los propietarios que se quejan y ven este embargo como una tremenda injusticia, por eso inundarán al consistorio con escritos y reclamaciones; Como los de Manuel Rubio y Baltasar Mier (arrendadores de la Décima de Verdes del Cabildo y el Arzobispado) quejándose de que se les llevan 3 yeguas de las 4 que poseen para su actividad profesional. O la de Antonio Ruvio (fiel medidor del Almudi) que intenta que no se le lleven la yegua con la que cuidaba sus viñas, alegando que “*es pequeña e inútil para las distancias largas*”.

Curiosamente, esta medida producirá también un sin fin de peticiones de trabajo, pues todo el mundo entiende que este servicio permanente va a necesitar personal a sueldo del ayuntamiento o del propio ejército Francés, al fin y al cabo la gente tenía que ganarse la vida. Así hay varias proposiciones para ofrecerse como “*capataces mayores*” que se encargarán de los carros, como Francisco Loscos y Moreno (alegará que siempre ha estado de criado en casa de Domínguez), la de Manuel Joseph An-

dreu (con tienda en la ciudad), Josep Benet (ciudadano alemán que habla, además del propio, el español y el francés), José Guallart (alega sus muchas necesidades para alimentar a su familia), José Claret, Joaquín Gimeno y otros. Todos ellos se presentan, sin ningún problema, para colaborar con el esfuerzo militar francés. La supervivencia es vista, en la mayoría de los casos, como una necesidad mucho más urgente que la del patriotismo.

En septiembre de 1811 se vuelven a requisar todos los carros, incluso los volquetes⁹ de la policía, aunque esta vez el destino de los carros consistirá en evacuar los heridos de los hospitales a Francia.

Esta fórmula expeditiva de embargar los carros se había manifestado práctica y funcional, por lo que muchos funcionarios con responsabilidades recurrían a ella para solucionar sus problemas. Así lo hará por ejemplo el corregidor de Zuera, Juan Aynsa, quien deseando arreglar el puente de Zuera sobre el Gállego solicitará en una carta al general París para que autorice un embargo de carros para la conducción de la madera (a su vez también embargada) el 12 de enero de 1812. Resta decir que el embargo se aprobó, pues el arreglo de este puente era prioritario y vital para el ejército francés pues era una de las dos vías que comunicaba Zaragoza con Francia.

En marzo de 1812 con el general París al mando de la plaza de Zaragoza, se ordenará a la policía que efectúe otro embargo de carros (más de 60) con destino a Mequinenza. En septiembre de este mismo año, de nuevo se realizará otro embargo de carros con el objeto de transportar a Francia a los prisioneros y heridos del depósito de Zaragoza, un traslado lógico puesto que así se despejaba la retaguardia de enemigos en unos momentos difíciles para las armas francesas en todas partes de la geografía española.

En octubre se hace otro embargo general de carros y caballería grandes y pequeñas (incluidos los burros) para formar parte de un convoy que se dirigirá a Francia por el camino de Jaca. Este convoy estaba formado con los funcionarios, escoltas y familiares de la corte del rey José I que venían huyendo de Valencia, fue escoltado por más de 1.500 hombres del general Severolli pero no pudo pasar de Zuera por las fuertes lluvias, días más tarde reanudó la marcha sin dificultad. Esta corte itinerante del rey José acumulaba una gran experiencia en la requisa de carros para su uso personal, pues en la retirada del verano anterior de Madrid se habían hecho con cuantas caballerías pudieron, especialmente de las mulas que tiraban de los carros de la basura, sin importarles poner en peligro a la capital por la acumulación de basuras y deshechos con el consiguiente peligro de epidemias propagadas por el aire pestilente. ¡La corte, siempre heroica, preocupada por sus súbditos!

Pero volvamos a Zaragoza, el 22 se repitió el embargo y el destino hacia Francia. Hay que reseñar que los carros y caballerías así como sus dueños, retornaban a sus casas una vez cumplido el encargo, a veces, no habían hecho más que llegar y eran llamados de nuevo, una llamada a la que no podían desobedecer. El 24 de octubre se realiza otro embargo de carros y caballerías de las que no se libraron ni aún las que estaban vendimiando.

Durante el año 1813 los embargos se multiplican a medida que las tropas francesas inician su retirada. Por eso en enero se forma otro convoy para salir a Francia (Casamayor dice que la orden era del emperador), este traslado necesitará a todos los medios de transporte disponibles “*por cuyo motivo se embargaron muchas caballerías de esta ciudad, de sus inmediaciones y aun de pueblos bastante distantes*”¹⁰. El 6 de febrero el embargo se repitió de nuevo con idéntico motivo.

En marzo Suchet reclama vestidos, munición y alimentos para su ejército de Valencia, como la ruta de Teruel estaba en manos de los españoles, el camino elegido será Tortosa. El día 30 se procedió al embargo y al día siguiente se cargaron los carros y salió el convoy.

El 2 de junio la policía procuró otro embargo general de carros y caballerías “muy riguroso y grande”, el destino era trasladar a Francia heridos, prisioneros, dinero y sacos terreros para fortificar Jaca.

En Zaragoza, conocida ya la derrota francesa en Vitoria, la tropa gala y sus colaboradores estaban cada vez más inquietos y temerosos por su futuro, así que en la noche del día 2 de julio se realizó otro precipitado embargo con el correspondiente alboroto y bulla por todas las calles de la ciudad. Los invasores aparecían cada vez más nerviosos a medida que su salida de la ciudad estaba cada vez más cerca.

El 6 de julio los embargos de caballerías adquieren tal magnitud que consiguen interrumpir las labores de la siega en los campos de la ciudad y su redolada, el problema es tal, que se recurre al ayuntamiento y este se queja con firmeza ante la única autoridad que todavía permanece en su puesto, el general París. El ayuntamiento describe el problema al general explicándole que “*el pequeño numero de caballerias que había quedado sin embargo del numeroso convoy que partio ultimamente ha sido ocupado por militares, y empleados que todavia existen en la ciudad, de modo que en los mismos campos y en las mismas heras se les han tomado por si mismo y los custodian en su poder*”¹¹.

El embargo se había transformado en todo un secuestro llevado a cabo por los soldados, esta situación evidenciaba una falta de disciplina en la tropa que auguraba

una salida de la ciudad caótica y muy distinta a la salida ordenada y sorpresiva que pretendía el mando francés. Por ello, el ayuntamiento, siguiendo ordenes del general París (serían las últimas que la corporación municipal recibiría de un general francés), publica un bando el 7 de julio por el cual se mandaba que todos aquellos que tuvieran caballerías embargadas, se presentaran en la casa del corregidor principal (plaza de la justicia) a manifestarlos, para tomar providencias a favor de la continuación de la recolección de miéses. Evidentemente el bando no solucionó nada puesto que a las 36 horas los franceses abandonaron la ciudad para no volver.

Uno de los especialistas en esta tarea de proporcionar recursos de transporte a los ocupantes, era Vicente Gardeta, quien destacó como uno de los colaboradores más eficaces de Mariano Domínguez. Vicente Gardeta se había hecho cargo personalmente de los embargos de carros dentro y fuera de la ciudad, con este trabajo especializado y disfrutando del monopolio de los embargos, parece ser que Gardeta (y quizás Domínguez) hizo muchísimo dinero. Este colaborador interesado de la administración francesa acabaría siendo detenido en los primeros días de la liberación, su ocupación y oficio (requisar carros y caballerías) lo habían hecho tan conocido como odiado en la ciudad y no es de extrañar que fuera una de las primeras personas detenidas de la anterior administración.

El ejército invasor no solo satisfizo en la Zaragoza ocupada sus necesidades de transporte logístico, sino que también solucionó la falta de caballos para sus regimientos montados que era considerada una urgencia de guerra. El mismo mariscal Suchet expondrá esta situación en una carta dirigida al ministro de Guerra *“En esta guerra de España, las tropas de caballería sufren las peores dificultades para mantener sus efectivos montados: los caballos europeos no están habituados al clima, ni al pienso ni a la paja, en particular en las provincias del sur, donde nos encontramos con una mortalidad importante y una remonta problemática.*

Aragón surtirá a Suchet de las mulas y los caballos necesarios, por ejemplo; de los 182 animales que se han incorporado en febrero de 1811, 72 fueron tomados a Villacampa y 5 a algunos desertores”¹².

Al año siguiente la situación era muy distinta de cómo la contaba Suchet en su carta al Ministerio de Guerra, y en Zaragoza el ejército francés ya no encontraba tantas facilidades para abastecerse, por lo que el 10 de mayo se procedió a un embargo pero esta vez, no de carros sino de caballerías; Ese día, la policía, muy de temprano, procedió a pregonar y publicar por las esquinas un bando del general París donde se pedía que todos los vecinos de Zaragoza, sin excepción alguna, presentaran en la

plaza del Pilar todas las caballerías que tuvieran, amenazando con graves penas a los que no obedecieran la orden. El motivo de esta requisa era procurar monturas al regimiento 12 de húsares del coronel Corbet. Los propietarios, intimidados, presentaron más de 600 caballerías de todo tipo de los cuáles los veterinarios aceptaron 92 caballos para el regimiento francés. Esta venta forzada alcanzó la valoración de 900 reales por unidad, y los dueños de los equinos recibieron un pagaré a descontar en la Tesorería de la policía.

EL COMISARIO DE POLICÍA DOMÍNGUEZ COMO RESPONSABLE DE LOS TRANSPORTES DEL III CUERPO DE EJÉRCITO

Ya hemos visto como en Zaragoza era la policía la encargada de solucionar las demandas perentorias de vehículos de transporte para el ejército de Suchet, la asunción de esta función logística por la policía acaba pareciendo lógica dadas las condiciones en que estos embargos debían hacerse; rápida y resolutamente y por medio de la fuerza.

Pero a pesar de las numerosas veces en que se procedió con esta medida de fuerza, no dejaba de ser un recurso extraordinario al que los franceses recurrieron como “última ratio”, lo normal era que las necesidades de transporte fueran provistas como otra cualquier necesidad de la administración y se resolviera por medio de un concurso público, y que este fuera adjudicado al mejor postor.

En cualquier caso y manera, bien fuera por medio de la brutalidad de la requisa policial o bien fuera por medio de un contrato reglado, esta función de facilitar transporte a las necesidades de suministros tan necesarios para el ejército francés, siempre fue responsabilidad de Mariano Domínguez que actuaba simultáneamente como corregidor o, principalmente, como comisario general de policía.

Son numerosos los contratos o referencias a estos que figuran en los libros de actas del ayuntamiento de la ciudad de Zaragoza, en ellos podemos ver como constantemente aparece la firma como responsable de Mariano Domínguez. De hecho, llevar a cabo con eficacia esta gran responsabilidad será motivo para que el general gobernador de Aragón solicite al emperador la concesión de la Legión de Honor a tan esforzado colaborador. Esta petición nos permite inferir la gran importancia que el general Suchet daba al esfuerzo logístico, base fundamental de sus éxitos militares, atribuyendo a Domínguez, por tanto, una gran parte del mérito de todas sus campañas militares. Sin él en Zaragoza esto no hubiera sido posible.

Cómo ejemplo del particular celo y afán de colaboración del comisario Domínguez con la administración francesa, sirva esta carta que remitió al ayuntamiento (del que formaba parte como presidente) donde, prácticamente, dobla el aporte de carros que le correspondía a la ciudad:

“Los nuevos transportes que ocurren para el Exrt. Y el haver de atender a su manutención exigen proporcionar con la mayor urgencia los medios de verificarlos... Por ello se há considerado que Zaragoza sobre los treinta que tiene, contribuya con veinte mas que deverán presentarse a mi disposicion inmediatamente y permanecer constantes hasta nueva orden”¹³.

A principio de año, la Intendencia del ejercito francés le había adjudicado a la ciudad de Zaragoza la obligación de presentar 30 carros, además de otros 6 propiedad de la ciudad. Esta obligación es sacada a subasta el 7 de marzo de 1811 con las siguientes condiciones (resumidas):

- Presentar 30 carros con dos mulas cada uno y un mozo para conducirlos “a donde sea menester en el Reyno de Aragón”.
- Se abonará dos duros diarios por cada carro, además se pagará dos pesetas diarias cuando se queden en la ciudad y cuatro cuando salgan fuera.
- Para asegurar el pago el contratista recibirá libramientos en letras sobre el recaudador de la ciudad D. Miguel Dolz pagaderas mes a mes.

La contrata es adjudicada a Vicente Mouprest, el cual, viendo imposible cumplir con la cantidad de carros acabará por renunciar a ella. El ayuntamiento decide entonces pasarle la contrata a Manuel León Matheo, el cual afirma disponer de los carros, pero endurece las condiciones económicas exigiendo 38 reales diarios pagaderos en 15 días de anticipación. Las condiciones son aceptadas, pero el ayuntamiento no cumple con los anticipos y Manuel León Matheo manda una carta pidiendo, también, su renuncia a la contrata.

Las dificultades para proporcionar transporte iban paralelas al aumento de la demanda del III Cuerpo de Ejército, por lo tanto si el mercado civil se veía incapaz de proporcionar los carros, el comisario Domínguez ponía en marcha la maquinaria de los embargos. Haría lo que fuera con tal de no defraudar las peticiones de su jefe Suchet.

Debido a estos problemas el ayuntamiento también aceptaba el trabajo particular de algún vecino, el cual ante la disyuntiva de ser embargado prefería presentarse voluntariamente y luego pasar la factura al ayuntamiento. Este es el caso del vecino de la ciudad Manuel Guillén, quien mandó un memorial al concejo pidiendo que se le

Madrid 95

De orden del Sr. Corregidor, Regidores, y Ayuntamiento de esta Ciudad de Zaragoza se dice saber, q. el sábado 16 del cor. a las diez de su mañana en las casas de dho. Sr. Corregidor se rematará en el mejor Postor la proposición de arriendo de treinta Carros con dos Mulas y Moro cada uno pedidos a esta Ciudad para el servicio, y transportes del Exto. por tiempo de un año, q. ha hecho D. Toré Vicente Moutier á quaxéima xx. cada uno por día. Quien quisiere mejorar la postura acudirá á dar su proposición hasta dho. día en la secretaría del mismo Ayuntamiento. Zaragoza y Marzo 12 de 1811

Contrata pública del servicio de carros para el transporte del ejército.

pagasen los 5 días que estuvo embargado su carro y mulas. Curiosamente el ayuntamiento toma el acuerdo en junio para que se le paguen a razón de 38 reales por día.

A finales de 1810 la ciudad tampoco pudo hacer frente a la petición de la Intendencia francesa de 30 carros, a estos había que sumar los 6 propios que se ponían automáticamente a disposición del ejército. El 30 de diciembre el ayuntamiento sólo había podido reunir 13, por lo que Mariano Domínguez manda que se saquen a pública subasta los otros 17 carros que faltaban.

Una idea aproximada de las necesidades del tren logístico del III Cuerpo nos la ofrece la lectura de una carta de Mariano Domínguez, fechada el 28 de febrero de 1811 “El director de brigada D. Vicente Lezcano en oficio de ayer me manifiesta la imposibilidad de dar cumplimiento a los transportes del exto., respecto a hallarse solo con seis carros a su disposición y cuarenta y cuatro que hay sirviendo, haciéndome otra varias prevenciones para que acuerde las disposiciones convenientes”¹⁴. ¿Eran esos 44 carros los embargados “manu militari”?

Ya hemos visto con los ejemplos anteriores como la gestión y responsabilidad de la tarea de proporcionar transporte a las tropas del general Suchet estaba en manos del comisario Domínguez, una responsabilidad totalmente desconocida hasta ahora que, incluso, se extiende fuera de la ciudad de Zaragoza. Se realizará un censo en los barrios de la ciudad, en Las Casetas por ejemplo ese año había 24 caballería y 3 carros. Esta tarea y gravamen llega hasta la misma Tortosa, destino de la mayoría de las mercancías transportadas por las mulas de Domínguez. Al menos así nos lo indica la carta que el comisario le escribe a su gobernador general de Aragón a primeros de febrero, en ella le explica que no ha accedido a una petición de don Vicente Monfort de Fraga donde este pedía que se le devolvieran “*Barios barcos suyos propios que están empleados en el transporte de los efectos militares en el río Ebro*”.

Todos estos trabajos y afanes organizativos del comisario Domínguez serán recompensados con la medalla francesa de “La Legión de Honor”. El emperador, en carta remitida junto las medallas por el príncipe Neuchatel y de Wagram Alexandro, defenderá la condecoración “*Por el esmero con que habéis abastecido al ejército delante de Tortosa, por su decreto de 30 de enero, os he nombrado miembro de la Legión de Honor*”¹⁵ además el príncipe comenta que “*Me autoriza S.M. para que os testifique asimismo lo satisfecho que se encuentra*”. El orgullo que sintió Domínguez por haber sido distinguido por el emperador, fue parejo al grado de sumisión y servilismo que este corregidor de la ciudad llegó a demostrar con las autoridades francesas, esta colaboración entusiasta acabaría costándole el exilio de su Patria unos años más tarde.

LOS EMBARGOS DE CARROS POR LOS ESPAÑOLES

Los invasores abandonaron Zaragoza el 9 de julio de 1813, con ellos se alejó la guerra y alguna de sus consecuencias como la de los embargos, permitiendo que los propietarios de caballerías volvieran a utilizarlas a su antojo. Pero las necesidades militares obligan a todos los ejércitos sea cual sea su bandera, así que el 5 de septiembre, apenas dos meses de la liberación, las autoridades españolas decretan un embargo general de caballerías, tan masivo o más que cualquiera de los realizados por los franceses. Esta vez la requisita abarcará más allá de los límites de la ciudad y llegará hasta 10 leguas de su entorno (unos 60 km.).

Ahora se trataba de trasladar a los numerosos efectivos de la I.^a y III.^a división de tropas españolas que se dirigían hacia el norte por la carretera de Tudela. Casamayor comentará el 15 de septiembre que “*termino de salir la división del duque del parque cesando el incomodo embargo de mas de 8 días que no ha dejado caballería alguna en la ciudad y entorno*”¹⁶.

Todavía, en octubre, la ciudad tendría que soportar otro embargo más que acabó trastornado a los labradores, esta vez el responsable fue el general José María Colubi que ejercía de comandante intendente militar de esta plaza, las caballerías eran para su propio regimiento. La guerra volvía a reclamar a los hombres y sus caballerías, y el honrado agricultor volvía a pagar una factura desmesurada que solo podría resarcir la paz.

Pero si dejamos Zaragoza, las requisas de carros y caballerías destinadas a las necesidades de campaña del ejército español es un hecho tan corriente que se repite allá por donde este pasa victorioso después de expulsar al francés.

Dos ejemplos significativos de estas requisas o embargos por los españoles son los casos de Caspe y el Valle de Tena. Ambos acabaron en procesos judiciales que se alargaron varios años después de que se marcharan los franceses, pues tales requisas para las necesidades del ejército, no hacían sino esconder un vulgar robo amparado por la fuerza de las armas en tiempos de guerra y, aún, en los de paz.

La jaca de Caspe

Esta vez los requisadores de caballerías no eran precisamente franceses pues pertenecían a las tropas del coronel Ramón Gayán, quien se vio envuelto en un pleito por el robo o requisa de dos mulas y una jaca en Caspe.

El pleito se alargará hasta dos años después y al final, el coronel será declarado culpable. En la sentencia se declara “*mal ocupado*” las dos mulas, el caballito y siete onzas de oro. El propietario que no se dejó intimidar, a pesar de ser acusado de “colaboracionista”, se llamaba Mariano Serrano y era abastecedor del ejército francés en Caspe.

Las mulas del Valle de Tena

Es uno de los casos más claros caso de abuso de los militares sobre los civiles a quienes arrebatan sus caballos para su disfrute.

Este hecho tuvo lugar en Estadilla, donde los paisanos del Valle de Tena reclamaron seis mulas a los oficiales del 2.º Batallón del Regimiento de Voluntarios allí acampados. Estas mulas se las habían repartido los oficiales de la siguiente manera: El mayor del batallón Miguel del Pozo una, el capitán José M^a Domínguez cuatro y el teniente Bernardo Ibáñez una.

Al final, entre excusas de un honor de oficial ofendido, y un pequeño toque de atención a Palafox “*Pues no es regular que la opinión de un Jefe, que está poseído*

de gran fama aun teniendo que tacharle la menor cosa, lo sea por esta incidencia” el jefe del ejército obligó a que estos devolvieran las caballerías a sus propietarios con los que convivían. Todo esto ocurrió el 29 de octubre de 1815, año y medio después de acabarse la guerra pero con la frontera movilizada por si Napoleón resucitaba tras el desastre de Waterloo de hacía tres meses antes.

“LAS BOLETAS”. REGISTRO Y RESERVA DE ALOJAMIENTO

Zaragoza, dada su situación geográfica en mitad del valle del Ebro y con carreteras que comunicaban con Francia, actuaba como reserva y retaguardia de todo el III Cuerpo de Ejército y nudo de comunicaciones. Debido a esta condición estratégica, la ciudad tuvo que soportar numerosas veces una repentina y masiva afluencia de gente que provocaba el desabastecimiento y el caos.

Al principio, el aumento súbito de personas fue debido a los triunfos en el campo de batalla de su gobernador el general y luego mariscal Suchet. Desde Lérida, Tarragona, Mora, o Valencia. Rápidamente llegaban a la ciudad los heridos en los combates, y seguidamente eran precedidos por una gran cantidad de convoyes formados por prisioneros de guerra que eran custodiados en el castillo de la Aljafería o Torrero. En los primeros años de la ocupación, el paseo de estas numerosas cuerdas de presos españoles por la ciudad, en un claro y humillante rito de conquista, era todo un ceremonial destinado a romper la moral del conquistado y reafirmar el poder del conquistador. Unos años más tarde, la historia, caprichosa siempre, dará la vuelta y hará que Zaragoza reciba a los refugiados del gobierno josefino, siendo las tropas francesas las que, esta vez, colapsen la ciudad en su retirada camino de Francia. Esta vez, los efectos perniciosos de pasear o hacer pública la derrota elevarán la moral de los enemigos de los invasores. Los efectos serán los mismos pero al revés.

Cuando el mando francés preveía una llegada masiva de gentes a la ciudad que no fueran prisioneros, sobre todo tropas de refresco, encargaba a la policía la tarea de buscarles acomodo y comida, para ello debía de llevar un registro actualizado de las casas y su capacidad de alojamiento. Esto ocurrió por ejemplo en enero de 1810, cuando dos regimientos se presentan de improviso en la ciudad y es la policía, la encargada por orden del corregidor y comisario Domínguez, la que obligó al vecindario a que aportase 4.000 camas para las tropas recién llegadas.

La policía, siempre tan servicial como eficaz, había adquirido una gran experiencia en el manejo de todo tipo de situaciones inesperadas como la de reservar y pre-

parar alojamiento tanto a tropas, prisioneros o refugiados. Así lo hicieron numerosas veces como en julio de 1811, en que recibieron la orden de preparar camas y todo lo necesario en el castillo, para acoger a los prisioneros que iban a llegar a Zaragoza procedentes de Tortosa.

Esta función asumida por la policía de buscar alojamiento y tener registrado los domicilios con su número de camas, produjo, al hacerse muy habitual, una forma de regular y controlar las camas por medio de un certificado o recibo llamado “boletas”, que a su vez era controlado por los “boleteros” que eran los que respondían ante la policía.

La organización de la policía y sus “boleteros” se pondría a prueba el 16 de septiembre de 1812, cuando los correos procedentes de Valencia, comunican al gobernador la llegada inminente de un gran convoy de más de mil quinientas personas que era la corte que acompañaban al rey José I desde su marcha de Madrid. La corte en pleno se había refugiado en Valencia y Suchet decidió enviarlos a Zaragoza para que desde allí pudieran marchar a Francia si las cosas se ponían difíciles para sus intereses. Ante este aviso, el gobernador Reille manda a la policía que busque y registre las casas necesarias para albergar a tan distinguidos personajes.

A las diez de la mañana del 27 de dicho mes, comenzó a entrar en la ciudad la comitiva esperada escoltada por dos mil hombres de diferentes cuerpos.

Más de 60 coches, tartanas, carros y caballerías, trajeron a tanta gente importante acompañados de sus sirvientes, caleseros, criados y personal de escolta que la ciudad parecía, según Casamayor, “*un enjambre*”. La policía había hecho su trabajo y a todos se les tenía prevenido su alojamiento, señalando para los señores de rango las casas grandes cerradas que fueron acondicionadas por el ayuntamiento (entre las personas de rango Casamayor cita a Grandes de España, Gentilhombres de cámara de S. M., ayudas, consejeros, esposas de ministros, el limosnero de S. M., el maestro de ceremonia del Rey, capellanes de honor incluso la excma. señora gobernadora de palacio). Todos estos cortesanos permanecieron en la ciudad hasta el día 6 de octubre en que salieron, camino de Francia, escoltados por más de 1.500 hombres. Para preparar esta salida, la policía tuvo que hacer una requisita de carros tal y como había hecho en otras ocasiones.

A este primer convoy le iba a seguir otro que, por sus dimensiones, iba a dejar pequeño el anterior, poniendo en graves dificultades la capacidad de acogimiento de la ciudad, haciendo que las medidas de la policía se vieran rebasadas por la gran multitud que llegó a Zaragoza el primer día de noviembre.

Esta vez serán más de dos mil las personas que el mariscal de la Albufera remitirá a Zaragoza, son los restos rezagados de toda la corte del rey Bonaparte; entre ellos estaban dieciocho consejeros de estado, cinco generales, doscientos oficiales españoles (que había jurado fidelidad a José I), capellanes de honor, pajes, servidumbre, cuatro obispos, siendo la mayor parte de esta comitiva los funcionarios colaboracionistas de toda Andalucía. Pero la inmensa columna de desplazados todavía no acababa de llegar, y al día siguiente, siguieron entrando a la ciudad más de mil personas con sus escoltas.

La policía se vio impotente ante tanta gente que agotó los recursos y Casamayor comentará que “fueron alojados donde pudieron”. Un riguroso embargo general de carros y caballerías hizo posible que el día 3 se formara una gran columna de siete mil personas que abandonó la ciudad. Otra columna más terminó de llevarse el día 7 los restos de los refugiados afrancesados.

Esta peculiar función desempeñada por la policía de reserva y alojamiento, también fue alterada cuando los franceses se marcharon de Zaragoza. Un bando del Ayuntamiento Constitucional emitido el 20 de agosto de 1813 pedía que todos los que tuviesen boletas y personas alojadas se presentaran en el ayuntamiento para “*tomar exacto conocimiento de las casas ocupadas y poder hacer con más equidad de aquí en adelante el alojamiento*”. Además del control de estas reservas, por dicho bando, se apartaban los “boleteros” puestos por los franceses y se nombraban a otros a satisfacción del ayuntamiento.

LAS CÁRCELES DE LA CIUDAD Y SU “VISITA GENERAL”

La conquista de Zaragoza por las tropas francesas y su posterior gobierno de ocupación había modificado, no solo la vida de todos sus habitantes, sino también la estructura administrativa y jurídica por la que hasta entonces se regía la ciudad y el Reino. La Real Audiencia y la Sala del Crimen fueron notablemente alteradas numerosas veces en sus funciones, y todo lo relativo a la seguridad pública pasó a ser especialmente tratado por la nueva administración que impuso los cambios que le parecieron oportunos. Por esta razón, las cárceles y su obligada inspección pasó a ser una de las funciones novedosas que la policía zaragozana asumió desde el inicio de la ocupación.

La ocasión formal, en que la nueva policía iba a sustituir a los alcaldes del Crimen, se iba a hacer efectiva en el día de jueves santo de 1810, en que todos ellos, per-

fectamente acicalados para la ocasión, pasaron a rondar con sus hachas por las Iglesias de la ciudad. La parafernalia y el rito siempre han estado ligados al poder, ahora a la nueva policía también le interesaba ser vistas de esta manera.

Posteriormente, en el decreto de junio de 1812, esta función controladora de las cárceles, aparecerá perfectamente clara y asignada al cuerpo de la policía satélite de los franceses. Así en su artículo VII, punto 8.º recogerá como una de las muchas competencias que eran propias de la policía “*La policía de las prisiones, casas de arresto, de justicia, de fuerza y de corrección*”.

Pero sepamos algo más de las cárceles y “casas de arresto” zaragozanas. Las primeras detenciones masivas de la policía en 1809 llenan la antigua cárcel sita en la calle Predicadores, y los presos restantes serán conducidos al castillo de la Aljafería. Algún día más tarde, las duras medidas coercitivas de Suchet para el apremio de las contribuciones, hacen que las autoridades busquen urgentemente otro espacio en la ciudad y envían a los presos al cuartel que estaban ocupando los gendarmes españoles en la calle Santa Fe o también llamado Cuartel de la Estrella. Otra cárcel improvisada se instalará en Torrero, en uno de los magníficos edificios que fueron construidos como infraestructura del recientemente acabado Canal Imperial, también allí purgarán sus penas los zaragozanos desafectos.

Las detenciones ligadas a los apremios de los pagos se disparan en el año 1812 y la cárcel de la Estrella rebosa, por lo que se busca otra “casa de arresto” en la ciudad, siendo la elegida una casa situada inmediatamente al arco de Santo Dominguito de Val y que pertenecía al canónigo Ildefonso Cuartero (en esta casa estuvo detenido el corregidor Perea tras la marcha de los franceses de la ciudad).

Básicamente estos eran los cinco centros de detención de la ciudad; Predicadores, la Alfajería, el cuartel de La Estrella, la casa de Cuartero y Torrero (a estas cinco habría que añadir la cárcel de mujeres llamada “La Casa de la Galera”). Estas cárceles y sus edificios, ahora rebosantes, debían de soportar la tradicional inspección por las autoridades en la llamada Visita General de Cárceles, que antes de la invasión, era efectuada por el Tribunal de la Real Audiencia y su Sala del Crimen.

Esta “Visita General” era una inspección garantista del estado real de los prisioneros y del derecho que a estos les asistía en todo lo concerniente a su bienestar. Las autoridades tenían unas fechas señaladas para su inspección que coincidían normalmente con la festividad de la Navidad, y visitaban la cárcel con cierto boato o, mejor dicho, vestidos formalmente con el uniforme que refrendaba su cargo. Era una visita oficial, donde la rutina carcelaria a veces, era rota por la dura realidad de las malas

condiciones de salud o alimentarias de los presos, que obligaba a los visitantes a intervenir de manera perentoria. Conozcamos alguna de esas visitas.

De la primera que tenemos constancia fue la efectuada el 23 de diciembre del primer año de la ocupación, a ella asistió el comisario general Mariano Domínguez acompañado de sus asesores el doctor José Chueca (luego este, tendrá el dudoso honor de poder ser visitado como inquilino de la cárcel) y Juan Miguel de Catarecha. La visita la realizaron “de golilla” en un coche oficial. La Real Audiencia no asistió por no tener ningún preso a su cargo.

El 24 de diciembre de 1810 la Visita General de Cárceles, que por cierto estaban cada vez más llenas, volvió a ser hecha por las autoridades de la policía colaboracionista que habían sustituido en sus funciones al alcalde del Crimen. Todos los funcionarios de policía realizaron la visita, el primero su comisario general Domínguez, seguido de sus asesores, los tenientes de policía, agentes y otros dependientes visitando todos formalmente. La policía zaragozana cumplía, con celo, sus funciones y obligaciones formales como era esta de la Visita de Cárceles.

En 1811 la visita se adelanta al 24 de abril, quizás la razón de este adelanto fuera que el 23 de febrero Suchet había suprimido el Tribunal de la Policía y lo había sustituido por una nueva Sala del Crimen. Esta vez los visitantes eran distintos y de más rango pues al comisario Domínguez y a su asesor Juan Miguel de Catarecha, le acompañaba el general francés Compère y los ministros de la Real Sala del Crimen. La visita se salió de su cauce normal protocolario y tuvo consecuencias, puesto que a resultas de la inspección y visto el gran número de presos que había, se ordenó que se adelantaran las causas pendientes y que se pusiese inmediatamente en libertad a aquellos que estaban condenados por delitos leves¹⁷.

Al año siguiente la Visita general vuelve a realizarse en la víspera de la Navidad, día 24 de diciembre. Esta vez el director general de policía delegó la dirección de la inspección en los tenientes de policía, para cuya función estrenaron el uniforme nuevo de color verde botella con botonaduras de plata en el cuello. A pesar del uniforme, no se debe confundir a la Policía Gubernativa zaragozana con las Guardias Cívicas o la Gendarmería Mercenaria Española: la policía iba de paisano y sólo en contadas ocasiones, como fiestas o las Visitas de las Cárceles, se ponía el uniforme. El informe de la Visita no pudo ser peor, pues los presos carecían de enseres de todo tipo y de alimentos. Esta grave situación fue remediada haciendo un llamamiento a la solidaridad y la caridad pública de los Zaragozanos. Para vergüenza de las autoridades, acabó siendo la ciudad la que socorrió a sus compatriotas (en otro capítulo posterior se relatarán estos acontecimientos).

En abril de 1813 se iba a celebrar la última Visita de Cárceles efectuada por la administración francesa en la ciudad, ese día era el sábado de Ramos y a la visita asistió toda la cúpula de la policía con su director general Mariano Domínguez a la cabeza, acompañando a este los cuatro Tenientes, los cabos y demás agentes, todos ellos uniformados. Casamayor dirá de esta Visita que todos iban “*con mucha etiqueta y formalidad*”.

Los franceses y su gobierno abandonan la ciudad en julio de 1813, y las cárceles se vuelven a llenar con otros presos, la mayoría cooperadores con el gobierno Intruso, y la función de su inspección volvió a ser recuperada por la Real Audiencia.

En septiembre, los magistrados de la Real Audiencia realizarán la Visita de Cárceles, una visita que había sido interrumpida durante casi cinco años. Con tal motivo se harán acompañar de todos los funcionarios dependientes y subalternos, así como de los alcaldes constitucionales y de Salvador Campillo, jefe político de Zaragoza puesto por la junta. Este nutrido acompañamiento pretendía dar a esta rutinaria y formal inspección un carácter político, como haciendo ver a todo el mundo que el poder había cambiado de manos.

Y el 24 de diciembre, por ser víspera de Navidad, se volvió a celebrar la tradicional Visita General de Cárceles. Esta vez era don Pedro María Ric, en su calidad de regente del tribunal de La Real Audiencia, quien presidió la visita. El acto tuvo un deliberado intento de recuperar el antiguo ceremonial pues, tal y como contará Casamayor, “*Yendo en público en coche como antiguamente, habiendo para esta función puéstose los ministros las togas que hasta ese día no las habían usado, sino vestidos de militar de negro*”. Además, y para dar mayor realce, Pedro María Ric se hizo escoltar por dos escuadrones del regimiento de Fernando VII y de Almansa con sus músicas correspondientes.

Quizás tanto boato les resultara indiferente a los presos visitados, no así a la ciudad que estrenaba nuevas autoridades, pues a aquellos que sufrían los rigores del presidio, lo que menos les importaba era quién detentaba la administración de cárceles, dado que cuando falta la libertad todo lo demás es accesorio.

Otra servidumbre que las autoridades zaragozanas detentaban con respecto a las cárceles de la ciudad, era la de dar una comida de caridad a los presos pobres durante las fiestas del Pilar. La comida la servía tradicionalmente el personal dependiente de la Iglesia, así lo refrenda Casamayor “*cuya caridad hace ya muchos años que ejerce en igual día por costumbre inmemorial*”. Siguiendo esta antigua costumbre, el día del Pilar de 1812 la obrería del Nuestra Señora dará una comida a 456 pobres que habitaban como presos las cárceles de Zaragoza. El menú consistió en una “*abundante olla, pan y vino*”.

LOS PASAPORTES

Los pasaportes o cédulas de identificación son documentos político-administrativos por los que se acredita la condición de una persona. Su generalización a toda la masa de personas e individuos de un pueblo o ciudad, va a hacer de él el mejor y más moderno instrumento de control social. Desde el mismo momento de su filiación, el ciudadano queda etiquetado e individualizado ante el poder, que usará esta identificación, preferentemente, como un mecanismo diabólico al servicio siempre de su propio aparato represivo.

La obligatoriedad de que todos los zaragozanos portaran sus cartas de seguridad y pasaportes, fue una de las primeras medidas que las nuevas autoridades tomaron en la ciudad recién conquistada. Esta compleja tarea iba a ser encomendada, como no, a la eficaz policía colaboracionista que ellos también habían creado y puesto a su servicio para reprimir y someter al pueblo conquistado.

Por tanto, la elaboración y verificación de los pasaportes será una de las tareas más importantes que le fue adjudicada a esta nueva policía. Esta función será reconocida explícitamente en el punto 3.º del artículo VII del decreto de Suchet del 11 de junio de 1812, donde dirá que “*Son del cargo del director general de policía de Zaragoza Los pasaportes y las cartas de Seguridad*”, y el punto n.º 6, en relación con el 3.º, dirá: “*Los permisos para permanecer en Zaragoza por más de 3 días*”.

Pero las primeras medidas relacionadas con las licencias para viajar no se hicieron esperar tanto, pues en la temprana fecha del 25 de febrero de 1809, cuando aún estaba fresca la tinta de la capitulación de la ciudad, el general vencedor Lannes emite un bando dando licencia para salir de Zaragoza a todos los que lo deseen, excepto a los militares derrotados, salvo permiso firmado por su excelencia. Esta supuesta libertad de movimiento venía dada por el intento de atajar los males de la peste que asolaba la ciudad, y estaba acompañada de un perdón a todas luces innecesario, pues defender la patria no constituía delito ni pecado alguno. Casi al mismo tiempo, en la capital del Reino de España se dio a conocer, el 20 de febrero, por un suplemento inserto en la *Gaceta de Madrid*, un largo decreto, firmado por el secretario de estado, Mariano Luis de Urquijo y aprobado por el rey José I en la víspera, que constituía un “*Reglamento de policía de entrada, salida y circulación por Madrid*”, que obligaba a entrar en la capital por una de las cinco puertas controladas por la policía y mediante la obtención de una cédula de seguridad. Los habitantes de la villa podían salir libremente, con tal de volver el mismo día. Pero si el desplazamiento iba a ser más largo debían obtener un pasaporte, lo cual quedaba registrado en un libro al efecto.

Gracias a estas medidas de control los zaragozanos conocieron por primera vez los pasaportes, los cuales iban escritos en las dos lenguas (española y francesa) y estaban firmados por el regente, como presidente de la junta del gobierno, y por el general Laval como gobernador militar de la plaza de Zaragoza. Simultáneamente, los franceses nombran por primera vez a varios zaragozanos comisarios de policía, pasando estos a disposición del coronel Plique.

Para la historia de la ocupación de la ciudad, estas dos recientes creaciones iban a ir de la mano para siempre: la policía y los pasaportes.

En abril Mariano Domínguez había sido nombrado comisario general de policía, y el 4 de mayo, en uso de sus atribuciones, emitió una orden por la que daba licencia para salir de la ciudad a todos los trabajadores y peones del campo, para que cuidaran de sus cosechas sin miedo alguno a las tropas ocupantes.

A medida que se iba consolidando la ocupación, la policía iba perfeccionando sus disposiciones de control de la población. Por ello, el 26 de julio el comisario ordenó que todos los vecinos de la ciudad y también los forasteros se habilitasen con una carta de seguridad para andar y transitar por las calles de la ciudad, así como para poder salir por las puertas que se hallaban abiertas, dando el corto espacio de tiempo de 8 días para que todos cumplieran la orden y estuvieran perfectamente identificados.

El 12 de agosto se produjeron numerosas detenciones y ese día, según testifica Casamayor, la gente ya hacía uso de los pasaportes para salir de la ciudad. Para los zaragozanos, la nueva costumbre de llevar siempre una Carta de Seguridad se iba a prolongar durante muchos años, perdurando mucho tiempo más allá del fin de la ocupación francesa.

En abril de 1810, el mecanismo de control de la población por las autoridades exige una nueva “Carta de Seguridad”. De nuevo será una orden de la policía, por la cual se obliga a todos los habitantes de la ciudad mayores de 14 años a portar una identificación con las señas del sujeto, para poder moverse libremente por la ciudad o desplazarse a una legua (6 km.) de ella. Curiosamente, para reforzar la seguridad, en esos mismos días entraron en la ciudad unidades de gendarmes franceses. El espacio de libertad de los zaragozanos se iba reduciendo, al mismo tiempo que estos estaban siendo más controlados por el poder y la maquinaria administrativa del gobernador Suchet.

Los Pasaportes se tramitaban en las dependencias consistoriales y los firmaba V. Gardeta, como responsable y delegado de Mariano Domínguez, corregidor de la

N.º Zaragoza 5 de Marzo de 1817.

El Auditor de primera Clase en el Consejo de Estado, uno de los Intendentes en Aragón, Director general de Puentes y Calzadas, y del Canal Imperial.

Se guardan en la Puerta del Ángel por varios carros libremente hace la vía que conduce maderas a la villa de Zuera destinada a la reparación del Puente sobre el Gállego a esta villa.

Chautefort



Les Carres de la Porte de l'Ange
 laisseront passer librement ceux qui
 vont pour charger de bois destinés
 à la réparation du Pont de Zuera.

Chautefort

L'Auditeur au Conseil d'Etat,
 l'un des Intendans des Provinces de l'Aragon
 Directeur Général des Ponts et Chaussées
 et du Canal Imperial.

Autorización bilingüe para circular con carros.

ciudad y comisario general de policía. Aunque también hemos conocido algún otro modelo, como el dispensado, en los dos idiomas, por el intendente de Aragón y director general de puentes, calzadas y Canal Imperial, Monsieur Chautefort, firmado en marzo de 1813 y destinado a permitir el paso por la puerta del Ángel a los 13 carros que transportan madera para la reparación del puente del Gállego en Zuera.

Los pasaportes, al igual que otros papeles oficiales como manifiestos, decretos, permisos, titulatas, etc. se editaban en la imprenta del Santo Hospital por encargo de la Comisaría General de Policía, y su factura era pagada por el contador de la Tesorería de la Policía, el señor Esponera. Una de estas facturas, hecha en septiembre de 1811, nos habla de 4.000 pasaportes (modelo 1811) para la ciudad y 3.000 más para los pueblos¹⁸, cuyo diseño era prácticamente el mismo que el de la ciudad pero tenía la mitad de tamaño que este.

En 1812 la población de Zaragoza, entre las vicisitudes de la guerra y el natural tra-siego de una ciudad que era nudo de comunicaciones importante, no era la misma que la de tres años antes, cuando se mandaron hacer las primeras Cartas de Seguridad. No sólo había crecido el número de habitantes, sino que eran numerosos los forasteros que vivían, trabajaban o transitaban por la ciudad. Por esta razón, la policía ordenará que todos los ciudadanos soliciten unas nuevas Cartas de Seguridad, quedando así la

Num.º 9.

113

GOBIERNO DE ARAGON.

PASAPORTE PARA
de
la Provincia.

+++++

SEÑAS.

- Edad
- Talla
- Cabello
- Frente
- Cejas
- Ojos
- Nariz
- Boca
- Barba
- Rostro
- Color

SEÑAS PARTICULARES

EN NOMBRE DE S. M. I. Y R.
EL EMPERADOR DE LOS FRANCESES, REY DE ITALIA,
PROTECTOR DE LA CONFEDERACION DEL RHIN, &c.

Don
Corregidor Principal del partido de

Concedo libre y seguro pasaporte á
vecino de
que vá á

*Los empleados civiles y militares de S. M. en los pue-
blos del transito, le dexarán pasar libremente, y le darán
auxilio y proteccion en caso necesario.*

El presente pasaporte vale por dias

Dado en á de de 1811

Firma del portador

Por su mandado

*Se han recibido tres mil Pasaportes como
ante = Zarago. 23 de Setiembre de 1811
Ang. Llovera*



Pagó dos rs. vn.



Pasaporte para los españoles. Obligatorio para poder circular por Aragón.

población nuevamente registrada y sometida a la vigilancia y control del poder, máxime en este año de 1812, en que las armas francesas se mostraban en claro retroceso. A más inseguridad para los ocupantes, más represión y control para los ocupados.

Pero en 1813, con las sucesivas derrotas militares en los campos de España, Zaragoza será también abandonada por los franceses, y con ellos se marcharán todos los funcionarios de la policía bonapartista. De nada servirán ya los nuevos pasaportes ni las cartas de seguridad. Por eso, el 5 de octubre de ese mismo año, a apenas dos meses de la liberación, el nuevo jefe político de la ciudad, Salvador Campillo, mandará que se quemen públicamente dos carretas de pasaportes y Cartas de Seguridad que se hallaron en casa del antiguo comisario, Mariano Domínguez. Este acto, algo más que simbólico, será ejecutado por mano del verdugo titular y se efectuó en el lugar donde se montaba el patíbulo en la plaza del Mercado.

Los pasaportes franceses desaparecieron, pero la costumbre de identificar a los ciudadanos fue vista como algo tan útil para cualquier administración que, a fecha de hoy todavía perdura. En Zaragoza, a seis meses de la retirada francesa, será el Diario de Zaragoza el que recomiende la vuelta de los pasaportes para entrar en la ciudad, como una de las medidas necesarias para atajar la creciente inseguridad pública que azotaba a todo el antiguo Reino. A estas alturas, la identificación de las personas ya era bien vista por todos.

LA POLICÍA. ARRESTOS Y DETENCIONES

Una de las funciones más importantes del organismo de la policía es el mantenimiento de la tranquilidad y orden público, así como la seguridad general del Estado. Para tal fin, la policía está autorizada a detener y encarcelar a cualquier persona, siendo esta una de las medidas más radicales que la ley permite ejercer a este organismo.

En Zaragoza, el nuevo gobierno impuesto tras la invasión y la posterior conquista de la ciudad por los franceses, entendía que la seguridad pública y la adhesión al nuevo régimen era una de las mayores prioridades de gobierno, siendo la policía autóctona el más precioso y preciso instrumento para llevar a cabo esta política. Una política que se impuso con muy poca resistencia, y donde fueron los propios zaragozanos enrolados en esas fuerzas policiales los que cumplieron su cometido represivo y controlador, casi a la perfección y casi hasta los últimos días de la administración que les pagaba.

La policía de Suchet no era el típico órgano que reprimía con violencia la resistencia o la desafección, y probablemente nunca tuvo necesidad de pegar un tiro a nadie, dado que para las acciones de fuerza el gobernador contaba con una numerosa guarnición militar y con la presencia de los gendarmes franceses desde el mes de abril de 1810. Su función en este campo era la de control de la ciudad, añadida a la propia de persecución de los delitos comunes que antes hacía la Sala del Crimen. La policía trabajó tan eficazmente para el invasor que Suchet comentará en sus memorias: *“por sus reglamentos y su vigilancia el corregidor principal don Mariano Domínguez controlaba la retaguardia. No se cometió ningún asesinato, anteriormente se daban 300 por año en tiempos de paz.*

*“Numerosas familias nobles que habían huido volvieron voluntariamente y se levantó el secuestro de sus bienes”*¹⁹. Ciertamente el gobernador se mostraba satisfecho por el trabajo de su policía pero, evidentemente, en este texto exagera un tanto las cifras de asesinatos en Zaragoza antes de la guerra, y tampoco es sincero al decir que durante su mandato no se produjo ninguno en la ciudad, tal y como luego veremos.

Pero la ciudad nunca acabó de entregarse del todo, y la maquinaria represiva, perfectamente engrasada por Suchet, sentó su poderosa mano sobre un gran número de zaragozanos que, por un motivo u otro, acabaron dando con sus huesos en prisión a lo largo de los cuatro años y medio que duró la ocupación francesa de Zaragoza.

Para analizar con precisión este fenómeno coercitivo convendremos en clasificar las detenciones atendiendo al origen o las motivaciones que las hicieron posibles.

Las detenciones por motivos económicos

Sin lugar a dudas, las detenciones por motivos económicos fueron las más numerosas y masivas durante la ocupación, pudiendo establecerse una relación directa entre la presión impositiva o recaudatoria con el mayor o menor número de arrestos, alcanzando su punto culminante en 1812, un año en que el hambre y la escasez golpeó con fuerza la debilitada economía española.

Todos los estamentos sociales de la ciudad, sin exclusión, fueron objeto directo de este chantaje recolector, dado que sobre todos ellos arrojó el gobernador general de Aragón la inmensa carga de pagar las fortísimas contribuciones con las que Suchet fue capaz de mantener a todo el III Cuerpo de Ejército a su mando sin auxilio económico de Francia. Canónigos, corregidores, abogados y médicos, propietarios y siervos, gremios, nobles y sacerdotes fueron puestos en prisión en un momento u

otro de la ocupación por no hacer frente, con prontitud, a las exacciones, impuestos, contribuciones y apremios con los que les castigó, sin compasión alguna, la administración francesa en Aragón presidida por el conde Suchet.

Esta inflexibilidad recaudatoria reforzada con una policía “vigilante y activa” fue la base que cimentó el éxito y la buena imagen que Suchet alcanzó en la península Ibérica reconocida por el mismo Napoleón. De esta manera, a sus indudables éxitos militares, pudo añadir su condición de ejemplar administrador, siendo el único de todos los generales franceses en España, que alcanzaron la condición de mariscal de Francia.

El gobernador fue capaz de alimentar las necesidades del ejército de ocupación sin aplastar del todo a los naturales del país que sobrevivían en una economía maltrecha por la guerra. Alternando la presión recaudadora con medidas liberalizadoras y de control de gasto consiguió que el dinero circulase por toda la provincia, hasta el punto de que fue el trigo aragonés el que permitió las operaciones del Bajo Ebro primero y la conquista de Valencia después. Pero para hacer esto posible, muchos ciudadanos acabaron con sus huesos en las cárceles zaragozanas, detenidos por la eficaz policía del gobernador. Conozcamos, con detalle, alguna de estas detenciones de índole recaudatorias:

Una de la primera de la que tenemos constancia nos traslada al verano de 1810, una vez que Suchet había rendido Lérida y refrendado su autoridad sobre todo Aragón. La satisfacción por los triunfos militares estaba empañada por la baja recaudación de impuestos, que estaban originados en la negativa a cumplir con lo exigido pues las tropas dedicadas a la recaudación estaban siendo empleadas en las campañas militares.

La solución del victorioso general a la decepcionante recaudación fue doble: impuso una multa de 3.200.000 francos a Lérida por haberse resistido y decretó un impuesto extraordinario a Aragón de 800.000 francos mensuales con la excusa de que serviría para acabar con el bandolerismo. Estas medidas apenas escondían su carácter extorsionador, más cercanas a la explotación de las provincias que a su pacificación.

En Zaragoza para llevar a cabo la extorsión decretada por el gobernador, salió la policía con las listas de los que no habían pagado la contribución ordinaria y la llamada mensual, verificándolo con gendarmes españoles, dejando apostados uno en cada casa de los morosos, quienes además tuvieron que pagar un duro de multa por día de retraso. El apremio, reforzado por la presencia en cada casa de los policías, y las consiguientes detenciones, no fue bien acogido y tuvo los efectos inmediatos de repulsa de la opinión pública acompañados de los rumores, probablemente falsos, de trato de favor de los partidarios de las autoridades francesas.

Los días 13, 14 y 15 de septiembre siguieron los apremios y más detenciones con todo rigor. A partir de entonces, toda la ciudad iba a saber que la administración nunca iba a ceder en su afán recaudatorio, después de estas detenciones y arrestos domiciliarios vendrían otros mucho más duros.

En noviembre de ese mismo año, Suchet se hallaba en el cuartel-campamento de Mora y mandó llamar a toda la Junta de Subsistencia a una reunión donde les impartió nuevas instrucciones. A la reunión no faltó nadie, allí estaban el intendente, el contador, el tesorero, el comisario de Guerra, el deán, los administradores de rentas y Bienes Nacionales, y, como no, el comisario de policía Domínguez.

Repasando la lista es fácil adivinar el carácter económico y recordatorio de la reunión, carácter que se aclaró cuando en los últimos días del mes comenzó a repartirse la contribución llamada de Subsistencias que alcanzó la cifra de 2.000.000 millones de reales.

El 14 de mayo de 1811, la administración francesa solicita a la ciudad 8.000 cahíces de cereal para el almacén de reserva o en su defecto la cantidad de 90.000 duros para sus necesidades de la campaña de Tarragona. La petición se hizo convocando a los más pudientes y a todo el cuerpo de concejales que se reunieron en la misma sala del ayuntamiento. Cerraron la puertas y allí quedaron, con una premura propia de un chantaje, todos arrestados por la policía, incluido los corregidores de la ciudad, excepto tres. El ayuntamiento, desesperado, mandó una comisión al general que se encontraba en Tarragona esperando que esta medida fuera levantada, y el día 25 reciben la respuesta mediante la cual Suchet levantaba el arresto y concedía una prórroga hasta finales de julio para aprontar las cantidades exigidas.

La benévola respuesta del gobernador levantando el arresto, es tan lógica como justas las quejas de los pudientes zaragozanos, puesto que una mirada al calendario agrícola, nos va a indicar como en mayo todavía no se había iniciado la recolección de cereales (la siega comenzaba, en las zonas más tempranas, a mediados del mes de junio con alguna variedad de cebada). Por tanto, era urgente esperar a que los almacenes se llenaran de granos a partir de julio y sería entonces cuando los morosos pudieran pagar sus deudas.

En el mes de noviembre de ese mismo año de 1811, la policía pone pasquines en todas las esquinas de la ciudad avisando a los vecinos para que paguen un tercio de la última contribución. Si no lo hacen en el plazo de 48 horas acabarán en la cárcel todos los morosos.

La amenaza de cárcel a los que incumplieran las contribuciones era tan real que, en enero de 1812, fueron llevados a casa del comisario Domínguez los vecinos más ricos, a los que intimidó con la cárcel y el castillo si en unas horas no entregaban 1.100 duros cada uno. Esta nueva requisitoria muy cercana al chantaje aderezado con secuestro, acabó siendo suspendida y sustituida por un apremio general para pagar el primer tercio de contribuciones de subsistencias en ese mismo mes y el segundo tercio para el 8 de febrero.

Durante aquél duro invierno los apremios siguieron apretando a la ciudad “*sin distinción de clases y sujetos*” y aunque el comisario Domínguez era consciente que los ciudadanos no podían pagar, procedió a ejecutar las deudas sin compasión alguna. Esta vez la orden provenía del barón París, quien a su vez las recibía del gobernador Suchet desde Valencia.

El proceso era muy simple; se les requería el pago según reparto, y de no hacerlo los morosos iban directamente a la cárcel. Si la familia lograba pagar, el contador del catastro Casimiro Vidal pasaba un oficio al comisario de policía que los dejaba libres. La gran cantidad de deudores y la rapidez en llevarlos a prisión, hizo que algunos de los que habían satisfecho su cupo fueran retenidos en medio de la inflexible confusión, tal y como lo apunta Casamayor.

La presión impositiva la sufrieron lógicamente aquellos que tenían rentas más altas, como los mayordomos de oficios y los diversos gremios de la ciudad, colegios, cofradías (gremiales), y cuerpos civiles y eclesiásticos. Casamayor, por su gran contacto con el mundo eclesiástico, pondrá algunos nombres a los religiosos encarcelados en aquellos días como el prepósito del Pilar, don Antonio Valverde y su secretario el racionero, don Vicente Monte.

La pretensión de recoger en 24 horas más de 50.000 duros hizo imposible este propósito y llenó la cárcel de gente, incluso hubo que habilitar otra en el cuartel de los gendarmes españoles sita en la calle de Santa Fe también llamada de la Estrella. La indignación aumentó en la ciudad de una manera paralela al aumento de presos, pero esta tenía el alma quebrada y no hizo sino resignarse. Unos días más tarde, entrado ya el mes de marzo, el impago de la contribución de 15.000 duros de las raciones de carne, llevó, otra vez, a más de 50 personas a prisión.

Los problemas de abastecimiento del ejército y la población que se venían arrastrando desde el invierno de 1812, no hacían sino agravarse, y el general barón de París hizo publicar un bando el 4 de abril por el cual se tenía que manifestar todos los granos y alimentos que los ciudadanos tenían en sus casas hasta la cosecha. De no hacerlo se les

amenazaba con su retirada, además se le exigió al Cabildo 120 cahíces de trigo bajo pena de encarcelar a la mitad de los canónigos. Unos días más tarde, comenzaron a llegar a la ciudad un gran número de ciudadanos de los pueblos que tampoco habían podido hacer frente a las requisitorias del gobernador, todos ellos fueron llevados al castillo de la Aljafería donde permanecieron hasta el día 13 en que los llevaron a la cárcel.

El verano trajo una buena cosecha que permitió aliviar los consumos de la población y de los ejércitos, pero la voracidad recaudadora del mariscal seguía intacta y la mecánica, llevada a cabo por la policía, de impago-ejecución del deuda y cárcel no se había derogado. Así en el mes de julio se registran varios ingresos en prisión tanto de pudientes de los pueblos como personal eclesiástico, entre estos, los beneficiados de San Pablo don Ignacio Villa, Agustín Villalba y José Burriel y el tesorero del Portillo el presbítero Antonio Pérez, a estos les acompañaban comerciantes de la ciudad como Zacarías Iñigo, Tomás Ester y José Juana entre otros.

En este mes de julio hay que recordar, que Suchet vuelve a exigir al vecindario de Zaragoza otra nueva contribución de paja y de vino, por lo que las prisiones de ciudadanos de mano de la policía prosiguieron, por no poder aprontar las contribuciones y demás pagos “*con la prontitud que son necesarias y el gobierno apetece*” tal y como explica Casamayor.

El 14 de agosto, los eclesiásticos detenidos y varios comerciantes van a ser trasladados a Francia, acompañando a los prisioneros españoles tomados en la batalla de Castalia. Estas deportaciones forzadas resultan un tanto curiosas, puesto que, hasta ahora, los “presos económicos” eran tratados como rehenes y solían permanecer en la ciudad a la espera de que saldaran sus deudas con la hacienda. De esta manera, la represión económica se igualaba con la política, pues a los detenidos políticos si que era normal el que se les aplicase esta medida.

En septiembre de 1812 va a ser el nuevo alcalde corregidor Vicente Enriquez Perea²⁰ el que se apunte entusiásticamente al cobro de contribuciones por los barrios rurales y las poblaciones cercanas a Zaragoza. La misión fue un fracaso, y en vez de dinero lo que trajo a la ciudad fue una cuerda de presos de más de 100 personas.

A mitad de mes siguieron los apremios con el mismo tesón, llevando a las cárceles a los que no pagaban. Además se mandó aportar 12.000 cántaros de vino entre varios oficios y cuerpos, lo que no hacía sino incrementar la presión sobre la ciudad.

En febrero de 1813 el incumplimiento de las contribuciones de panizo obliga a abrir otro centro de detención en la ciudad en la casa del canónigo Cuartero. Unos

días más tarde, el celoso alcalde corregidor Vicente Enriquez enviará a esta cárcel recién abierta a numerosos vecinos por retrasos en las contribuciones, entre estos varios eclesiásticos de relieve como eran los capitulares de San Pablo y San Felipe.

Las detenciones políticas

Ya hemos comentado que la represión y las consiguientes detenciones políticas en la Zaragoza ocupada no era una de las funciones prioritarias encomendadas a la policía autóctona de Suchet. Sus múltiples trabajos y desvelos tocaban un sinnúmero de campos no relacionados aparentemente con la dirección política de la ocupación, sus tareas y oficios eran, la mayoría de las veces, las propias de una policía municipal donde las funciones represivas y de combate con la insurgencia (sobre todo en el exterior de la ciudad) eran realizadas por los gendarmes y las numerosas tropas de combate que circulaban permanentemente por Zaragoza. En este sentido y, principalmente a partir de 1810, la eficaz y especializada gendarmería francesa siempre estuvo presente en el territorio aragonés.

Por otra parte, el indudable éxito que la política del gobernador Suchet y sus inmensas campañas de acción y propaganda, habían hecho de Zaragoza una ciudad mansa y, entusiásticamente sometida a la ocupación, donde la violencia, el terror y el aniquilamiento del enemigo propios de cualquier campaña de contrainsurgencia no tuvo necesidad alguna de implementarse. No obstante, sí que hubo cierto nivel de represión puramente política que llevó a muchos ciudadanos aragoneses a las cárceles de la capital del Ebro.

El 25 de febrero, recién conquistada la ciudad por los franceses, el victorioso general Lannes, movido por razones prácticas (sanitarias) más que por otras de carácter caritativo, concedió un “perdón general” y permiso para salir libremente de la misma a todos los vecinos de Zaragoza. Esta especie de amnistía intentaba conseguir de los habitantes de la ciudad “*el mejor orden y armonía con las tropas francesas*”, un orden y quietud que se prolongaría durante los casi cinco años que duró la ocupación.

A los 6 meses de la batalla, las heridas de la guerra fueron cicatrizando, la peste dio un respiro y las calles se iban poblando lentamente de sus antiguos moradores. Mientras, en el palacio del Coso, el nuevo gobernador Suchet comenzaba a poner en marcha una campaña de conquista de la opinión pública, que iba a ser la antesala de la mayor ofensiva de guerra psicológica que iba a sufrir una indefensa población como la zaragozana; Se cambió toda la estructura jurídico-administrativa de la ciudad y del Reino, se volvió a editar la *Gaceta* con otro nombre, se limpiaron de enronas las

calles, se sometió al clero, se hicieron fuegos artificiales e iluminarias, se corrieron toros gratis y hubo entrada franca al teatro, se creó, en definitiva, una pequeña corte donde brillaba con luz propia la joven condesa Honorine y su invicto marido el gobernador conde de Suchet.

Al mismo tiempo, y para evitar el despertar de algunas conciencias irredentas, la policía comenzó una campaña de detenciones que hoy llamaríamos preventivas de aquellos zaragozanos, que sin haber hecho la más mínima acción violenta o gesto alguno de resistencia, no aceptaban de buen grado a las nuevas autoridades. Este sería el caso de los sucesos del día 27 de mayo del primer año de la ocupación, cuando se procedió, por orden del comisario general de policía a la detención, primero y expatriación después, de personas muy conocidas en Zaragoza, como la del escribano de cámara José Monte, del presbítero Rafael Díez de Tejada, de fray José Aguado, del padre Ferrer de la Victoria, del coronel Jerónimo de Torres (héroe de los sitios), del mantero Mariano Anglada, del zapatero Moya y la de dos compañeros de gremio del propio Comisario, como eran los colegiados cereros y confiteros Juan Jimeo y Miguel Allo. Todos ellos, personas conocidas y significadas, no habían cometido otro delito que hablar bien de las tropas españolas.

Estas primeras detenciones ordenadas por el gobernador, sin que mediara provocación alguna, era el complemento necesario y obligado que cualquier ejercicio de sumisión debía poner en marcha; era la vieja política del palo y la zanahoria, del premio o el castigo, de la recompensa económica y social o la sanción y la pena.

Suponemos que para el pueblo superviviente de un cataclismo como fueron los dos Sitios de la ciudad, su principal prioridad, tras salir indemnes de la metralla y la peste, debía ser el seguir viviendo en una ciudad que casi había llegado a desaparecer. Para ello necesitaba estabilidad, seguridad, comodidad, higiene, luz en las calles, fuentes y jardines, desescombros, nuevos impulsos económicos, respeto a sus creencias religiosas y una administración que veían poderosa y eficaz. Entonces ¿Por qué resistirse a unas autoridades que traían la igualdad, la modernidad, la luz y el progreso?, ¿en qué cambiaba que la dinastía reinante fuera Borbón o Napoleón, si los dos eran franceses al fin y al cabo? ¿Acaso habían cerrado el templo del Pilar a sus oraciones?, ¿no se perseguía el crimen tanto o más que antes? Además, ¿no era este ejército francés invencible, el mismo que los había derrotado, el mejor y más potente del mundo y que sostenía la nueva administración?.

Pues bien, estos eran los pensamientos mayoritarios que arrastraban a la población al conformismo y a la subyugación, y por si todavía quedaba alguien que interiormente no se hubiera postrado a las nuevas autoridades, ahí entraba en juego la efi-

caz policía satélite que procedía a la identificación y detención de estas personas acusándolas del crimen de “desafección” para con los franceses. Y es que, en aquella antigua y destruida capital del viejo reino aragonés que apenas llegaba a los 15.000 habitantes, se conocían todos, o mejor dicho, la policía conocía a todo el mundo, por eso el 12 de agosto de 1809 mientras el gobernador pasaba revista a su tropa formada frente a su palacio, la policía comenzaba a detener a algunos eclesiásticos y personas conocidas, incluso, como guinda, también se detuvo a algunos mozos rondadores como prueba de que en la Zaragoza de Suchet todo estaba bajo control y nadie podía levantar la voz sin permiso de palacio.

En el mes de diciembre las detenciones por la policía vuelven a ser importantes, afectando a varios vecinos y eclesiásticos de la ciudad que acabarán siendo llevados al castillo de la Aljafería, allí se juntaron con otros detenidos de los pueblos de la provincia. Todos estos primeros presos (más de 100) fueron trasladados a Francia en un convoy que se formó para acompañar la salida de la joven gobernadora la condesa Honorine de Suchet. Esta, a diferencia de los presos, volvería a Zaragoza en la primavera del año siguiente.

A mediados de mes, las detenciones continuaban en la ciudad, llevándose los presos a la cárcel y al castillo de la Aljafería que compartían con prisioneros militares. Estos arrestos de final de año iban a ser la campaña mas dura de represión política de toda la ocupación, siendo fríamente ordenada por Suchet pues, ni la situación de los frentes ni la contestación política en la ciudad justificaban esta fuerte campaña que como dirá Casamayor “*tenía atemorizado a todo el vecindario*”. Este era, precisamente, el efecto buscado por el gobernador; meter el miedo a la ciudad para que esta se mostrara más asequible a sus intenciones y deseos. Una de las primeras municiones de la lucha psicológica francesa había sido disparada con precisión y ya había conseguido sus primeros resultados; que nadie levantara la voz a los conquistadores.

De todas las detenciones conocidas en este primer año, la que más llama la atención es la que sufrió el oficial de la Administración de Correos Juan Puch, quien fue acusado de ser la cabeza de una conspiración para atentarse contra la vida del gobernador Suchet. La gravedad de la denuncia era tal, nada más ni nada menos que intentar asesinar al virrey, que de ser cierta ponía en grave peligro toda la ocupación. Por tanto, la investigación del complot le fue encomendada a Saint-Cyr (que era su jefe de Estado Mayor y hombre de confianza del general) y al fiscal de la ciudad Domenech. Por lo averiguado, el asunto resultó una falsa alarma, y la temida conspiración no iba más allá que el recóndito deseo de los pocos patriotas que quedaban en la ciudad. Aún así, Juan Puch entró en la cárcel el 9 de diciembre y salió el 15 de enero de 1810, estando más de un mes en prisión incomunicada. Tanto Juan

Puch como su esposa, la madrileña María Ramírez de Arellano, eran dos reconocidos patriotas y opositores a los ocupantes. Y los dos tuvieron ocasión de distinguirse mas tarde, con motivo del socorro y alivio de las muchas necesidades de los compatriotas prisioneros en el castillo de la Aljafería tras la derrota de los españoles en Castalia.

A un año de la capitulación de Zaragoza, sin oposición ni crítica pública dignas de mención, el gobierno intruso se sentía fuerte y respaldado por la opinión pública. Solo algún caso aislado rompía la sospechosa unanimidad política, como hizo el arcediano de Aliaga, don Antonio Arteta que criticó a los nuevos reyes durante su sermón en el Pilar. Esta crítica, con el gobernador presente, tuvo unas consecuencias inmediatas que culminaron con el sacerdote en la cárcel y la toma del poder de Suchet dentro del Cabildo Metropolitano. Por lo curioso y trascendente merece la pena detenerse y contar algo más de este episodio de rebeldía:

El 25 de marzo de 1810 se solemnizó, con gran esplendor, la conmemoración religiosa de la Anunciación de Nuestra Señora. La fiesta se celebró en el templo del Pilar con todo el Cabildo presente, oficiaba la misa el semanero de la Seo Ramón Segura y estaba previsto que la prédica la hiciese uno de sus canónigos de más prestigio como era el arcediano de Aliaga don Antonio Arteta. Para sorpresa de todos, don Antonio Arteta se subió al púlpito y lanzó su sermón con críticas a los nuevos reyes que, dado el gran número de asistentes, no iban a pasar desapercibidas para el poder. Además, ese día se celebraba la Anunciación de María, el gobernador Suchet con su aliado en el Cabildo Ramón Segura, tuvo la osadía de sumar a esta fiesta religiosa otra conmemoración de particular interés político; la de dar a conocer el nuevo casamiento del emperador Napoleón con la archiduquesa de Austria María Luisa de Lorena hija primogénita del emperador de Austria Francisco José. Para ello se preparó en el mismo Pilar un *te deum*, se hicieron repicar las campanas y el mismo gobernador asistió con su plana mayor y numerosas tropas al templo donde, momentos antes habían resonado unas palabras inadmisibles para él. Esta vez, el acto religioso iba e estar bajo control pues oficiaba su amigo y colaborador el obispo auxiliar y gobernador eclesiástico de Aragón, el padre Santander que, como una muestra más de su sumisión al poder, ofició de pontifical. Este homenaje al emperador en el Pilar duró hasta las dos de la tarde en que todas las autoridades asistentes se marcharon a comer. Por la tarde hubo un *sarao* en el palacio y luminarias en la ciudad.

El éxito de la fiesta que Suchet había dado en su palacio, no le había hecho olvidar al gobernador las palabras críticas del sacerdote en el Pilar, y que de seguro se estaban comentando por toda la ciudad, ahora le tocaba actuar a él y debía de hacerlo con una actuación resuelta y de la importancia suficiente para rebajar los humos

a ciertos religiosos, que atrincherados en el Cabildo, todavía no aceptaban de buen grado la nueva situación. A la vez, este golpe de efecto serviría para que la ciudad supiera quién mandaba allí y se atuviera a las consecuencias.

Así fue, de inmediato don Antonio Arteta fue detenido y seguidamente extraditado fuera de la ciudad, y dos días más tarde, el 28 de marzo, el gobernador iba a irrumpir con fuerza en uno de los pocos recintos que gozaban de cierta autonomía en la ciudad; la venerable y respetada institución del Cabildo Metropolitano de Zaragoza.

El deanato del Cabildo permanecía vacante desde la muerte del doctor Antonio Romero y Suchet ordenó, totalmente fuera de sus atribuciones, que se nombrara a Ramón Segura Diez como nuevo deán. El Cabildo no supo o no pudo reaccionar a semejante intromisión y Ramón Segura tomó posesión en el coro y silla correspondiente en ambos templos, en la prebostería y en la casa de su dignidad, en la forma acostumbrada. Pero es que además, por la noche del mismo día 28, mandó a la policía a detener a don Antonio Arteta el cual fue puesto en prisión hasta que, después de tres días, lo mandó desterrar al Castillo de Jaca. Tras esta muestra del poder de Suchet, toda la ciudad comprendió que el gobernador lo podía todo, y que toda oposición parecía inútil y estaba condenada al desastre. La ciudad estaba irremediabilmente vencida.

Definitivamente no hubo resistencia alguna en Zaragoza, solo algún esbozo de descontento que el poder cortó de inmediato, esto es lo que ocurrió con otro suceso relacionado, también, con los eclesiásticos y el Cabildo. Este tuvo lugar el día 2 de junio e hizo intervenir a la vigilante policía colaboracionista, con tanto celo, que acabaría mandando a casi todo el Cabildo a la cárcel. Los hechos fueron los siguientes:

Las noticias de la victoria de las armas francesas en Lérida corrieron enseguida por la ciudad, y fue entonces cuando una mano anónima escribió en la pared inmediata a la Seo ¡MIERDA PARA FRANCIA! Esta pintada, a modo de desagravio de las desgraciadas tropas españolas, fue considerada por las autoridades como un grave insulto que no podían dejar pasar sin castigo y comenzaron las pesquisas, que concluyeron arrastrando a la cárcel a casi todo el personal que daba servicio a los dos templos principales de la ciudad: al sacristán mayor, Mariano Dost; al racionero, Pedro Duren; al archivero del Cabildo, Ildefonso García; al administrador de fábrica, Juan Francisco Martínez; al canónigo, Joaquín Cistué; el arcediano mayor del Salvador, Pedro Atanasio; el penitenciario, Mariano Siguenza; los canónigos, Pelayo Uriarte, Gerónimo González, Manuel Oliver, además de los criados, los escolares, al campanero y a su hijo. Al día siguiente se arrestó al puntuador del coro Custodio Lasa. A esta lista de detenidos, también habría que añadir el nombre del presbítero don

José Gazullo, que era el bibliotecario de la llamada Biblioteca Nacional, que se había formado en la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País (Casamayor no recoge esta detención, pero está documentada en los archivos de la Real Sociedad).

El responsable de la investigación fue el asesor de la policía el doctor José Chueca y Mezquita, este interrogó a criados y sirvientes de dentro y de fuera, registró el archivo, la secretaría y las oficinas del Cabildo, y por lo indiscriminado de las detenciones, cabe pensar que no pudieron averiguar la mano que realizó la pintada, y aunque la detención de los escolanos parece indicar que había sido una chiquillada, casi todo el respetable Cabildo acabó arrestado por la policía.

Tendrían que pasar 17 días en prisión hasta que el gobernador Suchet, ablandado por la escenificación de su glorificación en los días 15, 16 y 17 de junio (que ya fueron tratadas en estas páginas) se compadeció y levantó el arresto a unos cuantos, el resto tuvieron que esperar hasta el día 25 para que pudieran salir de la cárcel, después de pagar, eso sí, una multa solidaria que ascendió a 14.000 duros.

Estas detenciones fueron de tal envergadura y dureza, dada la calidad y representación de los detenidos, que el autor del estudio “El Clero en los Sitios de Zaragoza” el reverendo Agustín Gil Domingo afirmará que fue la intercesión del obispo padre Santander, el amigo del gobernador, la que salvó a todo el Cabildo de ser fusilado.

En cualquier caso, el incidente se saldó con un precio muy alto para una simple pintada, la libertad en Zaragoza la había puesto Suchet y su policía tan cara para los ciudadanos, que ninguno de ellos se atreverá a dar un solo paso en su busca durante toda la ocupación.

En el mes de julio la policía vuelve a realizar varias detenciones de personas consideradas “desafectas” a los franceses, entre ellos el canónigo Jacobo Sevillano y el doctor Pedro Tomeo e Insausti, catedrático de la universidad acompañados de otros sujetos menos relevantes.

En mayo, un espía de los españoles caerá víctima de la red de confidentes y delatores que pululaban por la ciudad. El desgraciado será el soldado Salvador Ferriz de 23 años y natural de Cabañas de Ebro. El soldado, siguiendo las ordenes de su comandante (Mina) se había infiltrado en la ciudad aprovechando la festividad de la Ascensión del Señor para reconocer sus defensas, pero no pudo cumplir con su misión pues fue visto y reconocido en la plaza del Mercado por un soplón que lo denunció a los gendarmes franceses que lo detuvieron. Seguidamente fue pasado por las armas en el pilón de la Virgen de la Oliva frente al castillo de la Aljafería.

A finales de verano la red de soplones y delatores de la policía, muchos de ellos frailes exclaustros, vuelven a detectar a un soldado del general Villacampa andando de paisano por las calles de la ciudad, rápidamente será detenido, acusado de espía e inmediatamente fusilado. El relator de este suceso es Calixto Lasala y en su carta que manda al antiguo administrador diocesano comenta este aspecto de los soplones de la policía “*se aumentan los sopolones y los que más rayan son los exfrailes*”.

Otra actuación evidentemente represiva de los ocupantes y que bien podría circunscribirse como una operación de contrapropaganda, fue la detención a finales de junio de los curas, alcaldes y pudientes de los pueblos de: Villamayor, Leciñena y alrededores, que acusados de difundir la noticia de la entrada de tropas españolas en Madrid, dieron con sus huesos en la cárcel de la Estrella. La información afectaba claramente a la moral de los que cooperaban con los franceses, y con esta nítida maniobra de represión y contrainformación, las autoridades intentaban atajar las deserciones que comenzaban a ser numerosas.

En octubre, el director general de policía detendrá en la ciudad, donde se encontraban de paso, a varios vecinos de las Cinco Villas, entre ellos el cura de Tauste (siempre hay un cura entre los detenidos) Mariano Ayesa. Éstos, con otros detenidos (más de 15) que se encontraban en las cárceles, fueron llevados a Bayona donde se cruzarían con el mariscal Massena que venía con su división a reforzar las maltrechas tropas francesas en la península.

En 1811 fueron llevados a la cárcel pública, de orden del comisario general de policía, varios personajes conocidos en la ciudad como los dos hermanos Arias, beneficiados de San Pablo y San Miguel; el racionero, Manuel Lacorona; el mayordomo del Marqués de Lazán, Ramón Millan, y personal de Correos como el regidor Manuel; los oficiales de la administración, Juan Oporto y su hijo. Como vemos siempre, entre los detenidos, había mayoría de personal eclesiástico y eso que a la cabeza de la Iglesia aragonesa se encontraban dos reputados colaboracionistas como el obispo auxiliar y el deán del Cabildo. Pero el 1 de mayo, estos últimos prisioneros denunciados injustamente, fueron puestos en libertad siendo declarando perjuró al delator.

El día 5 las cárceles se vaciaron de nuevo, y todos los presos provenientes de la ciudad y los de los pueblos fueron llevados a pie camino para Francia, entre ellos varios eclesiásticos y una religiosa lo que produjo mucha compasión en la ciudad. La disciplina de marcha en los convoyes era tan dura, que muchos de los expatriados no conseguirían llegar nunca a su destino francés.

Muchas de estas detenciones no hubieran sido posible sin la existencia de una red de confidentes bien engrasada, con dinero o con cualquier favor político, que les hicieran merecedores de un puesto con su sueldo en la administración de la ciudad. Entre la eficaz policía zaragozana, (todos ellos se conocían la ciudad como la palma de su mano), y esta telaraña de confidentes que se extendía y pululaba por todos los rincones, calles, posadas, tabernas e iglesias de Zaragoza, Suchet podía dormir tranquilo. Sabiendo que nadie le iba a sorprender en esa Zaragoza que había hecho suya. Y el dinero, tan necesario en estas oscuras lides, nunca iba a faltar, pues el gobernador siempre contaba con caudal fresco y contante del que no daba cuenta a Intervención. Como ejemplo de esta práctica, vemos como en plena campaña de conquista de Valencia, Suchet nunca descuidó su red de informadores, y el 22 de enero de 1812 le mandará una carta al general Reille, acompañada de 4.000 francos, para pagar a los informantes de la policía de la ciudad. A más dinero más información. A más información, más y mejor control político del gobierno intruso.

Realmente, para cuatro años y medio de ocupación, el balance de oposición y opositores y su represión subsiguiente no es muy grande en una ciudad que tanto se había distinguido en sus dos terribles sitios. Parecía como si la ciudad se hubiera quedado exhausta y la libertad no fuera algo importante por lo que luchar, pero no hay que engañarse, sino comprender la fuerza y perfección que alcanzó la maquinaria de poder del gobernador, él fue el auténtico triunfador de esa batalla incruenta por el control total de Zaragoza.

¡Capturar al espía!

En marzo del año siguiente, el general París, que ejercía de comandante de la plaza y gobernador de Zaragoza, recibió una información proveniente, probablemente, de la propia policía y de su extensa red de soplones. En la que se le comunicaba la presencia en la ciudad del abogado Ramón Zaragoza natural de Cariñena, quien en 1808, al inicio de la guerra, había tenido alguna responsabilidad como jefe de Daroca y que posteriormente había servido como secretario del general español José María Carvajal²¹.

Inmediatamente, el general decide que se detenga a toda costa a dicho personaje acusándolo de espía de los españoles. Hay que tener en cuenta que en aquél tiempo, ser acusado de espía era la denuncia más grave que un ciudadano español podía sufrir en la Zaragoza ocupada, siendo de todos conocido que esta grave inculpación ya había llevado a la horca a varios ciudadanos como; Manuel Arnaia de 60 años, Bentura Ferandez de 27, Antonio Gracia de 48, Salvador Ferriz de 23, y a un soldado de Villacampa, cuyo nombre desconocemos, y que había sido delatado por uno de los frailes exclaustros que formaban la red de confidentes de la policía zaragozana.

París monta en cólera y ordena a la policía una persecución que se va a convertir en una auténtica caza del hombre por toda la ciudad. Lo primero que hace la policía es registrar el mesón de la Cruz, en la calle de San Pablo, que es donde se hospedaba Ramón Zaragozano, pero como este no acude a dormir, se le anduvo buscando por toda la ciudad. A la mañana siguiente, el comisario Domínguez está decidido a capturarlo como sea y para ello cierra las puertas de la ciudad y moviliza a los tenientes de policía con sus cabos, agentes y a los alcaldes de barrio. Éstos comienzan a registrar todas las posadas, preguntan por las casas y calles y además dan un pregón, para que quien supiese de su paradero lo comunicara a la policía bajo pena de muerte. Como Ramón seguía sin aparecer, se detiene a todos los que habían venido de Cariñena y a los que habían tenido alguna relación con él.

Estos desvelos de la policía atemorizaron al vecindario y alteraron la vida de la ciudad en grado sumo, puesto que al permanecer cerradas las puertas, nadie pudo salir a trabajar quedando los mercados desabastecidos de leche y verduras.

Ante el cariz de la situación y la feroz persecución de que estaba siendo objeto el perseguido, se presenta él mismo a la policía e inmediatamente lo llevan a la cárcel. Finalmente las puertas de la ciudad pudieron abrirse a las 10 de la noche del día 24.

Ramón Zaragozano, en ese momento, estaba retirado de la actividad política, simplemente había llegado a la ciudad y pasaba a visitar a sus amigos abogados de la ciudad. Primero comió tranquilamente en casa del abogado Agustín Alegre, después, había visitado al también abogado Agustín Alcaide y, a la noche, había aceptado la invitación, para pernoctar, de su amigo Vicente Vázquez. Al día siguiente, la policía todavía con el celo un tanto excitado acabó por llevarse detenidos a estos tres amigos inocentes a los que se formaría causa penal junto a Ramón.

La policía había extendido a Cariñena las requisitorias para hallar al prófugo involuntario y el día 27 llegaron a la ciudad procedentes de Cariñena el padre de Ramón Zaragozano, don Blas, acompañado del corregidor y toda la junta municipal. Todos ellos fueron llevados a la cárcel de la ciudad habiendo quedado presos en Cariñena las sobrinas y demás familia. A las dos horas, salieron todos de la cárcel menos el padre de Ramón y el 1 de abril pudieron retornar los munícipes a su pueblo.

El 11 de abril se celebró en la Real Audiencia (calle de Predicadores) el Consejo de Guerra contra Ramón Zaragozano acusado de espionaje a favor de los españoles, éste fue conducido con tropa y atado ante los jueces. Comenzó el juicio siendo probado que, desde que llegó a Cariñena se dedicó a su oficio de abogado sin intervención política alguna. Todos los detenidos; Ramón, su padre y los tres abogados de Zaragoza fueron absueltos y el general París confirmó la sentencia poniéndoles en libertad.

Aunque dos días más tarde se notificó a la junta municipal de Cariñena que debían pagar 100 cahíces de trigo y 120.000 raciones de carne, y Ramón Zaragoza y su padre tendrían que entregar 4.000 duros a las autoridades. Si bien, estas peticiones se circunscribían a las numerosas imposiciones que los franceses hacían en todas las zonas ocupadas y que afectaban en especial a las personas pudientes. No deja de sorprender la cercanía con el proceso, y parece más una venganza de la policía o del general París por haber sido absueltos en el Consejo de Guerra que una simple coincidencia o casualidad en el tiempo.

Las detenciones por delitos comunes

La derrota y la consiguiente ocupación de Zaragoza había hecho añicos todo el orden jurídico establecido. Como consecuencia de ello el caos más extremo reinaba en la ciudad y el orden y la seguridad pública, competencias de la Real Audiencia y la Sala del Crimen, había desaparecido. Para las nuevas autoridades, fue tan evidente la necesidad de establecer el orden que rápidamente traspasaron, de facto, todas las competencias que la ley antigua encomendaba a la Sala del Crimen, a la nueva policía quien se puso a trabajar de una manera inmediata.

Con el nuevo orden, la policía no solo iba a encargarse de perseguir los delitos, sino también de juzgarlos. El mariscal Suchet publicará un decreto en agosto de 1812 donde recoge con claridad en su artículo 1.º dicha competencia “*La dirección de policía de Aragón juzgará todas las causas, cuyo conocimiento estaba reservado a la Junta Criminal*”. La policía sustituirá a la junta, que había sustituido, a su vez, a la Sala del Crimen de la Real Audiencia.

Curiosamente, los delitos comunes vistos por los tribunales naturales suelen bajar en épocas de guerra, siendo sustituidos por otros realizados por militares, los cuáles son juzgados normalmente por su propia jurisdicción. Debido a esta circunstancia, Casamayor recogerá solo algunos de estos delitos que obligaron a la policía satélite a intervenir. Porque es función de cualquier policía perseguir el delito, y porque las nuevas autoridades deseaban conquistar el favor de la opinión pública y para ello necesitaban una ciudad tranquila y en orden.

Una de las detenciones más sonadas iba a ser la del doctor José Chueca y Mezquita, que era ni más ni menos, uno de los dos asesores jurídicos del comisario Domínguez, y a quien se le acusó de corrupto y de enriquecerse gracias a las funciones de su cargo. José Chueca gozaba de la total confianza del comisario de policía y del obispo y era un hombre muy conocido en la ciudad.

Primero se procedió a detener a su casera de nombre Orosia, a quién hallaron mucho dinero y alhajas cuyo origen era fácil de adivinar (ella actuaba en este caso como “repcionista” de lo robado por su señor). Seguidamente, no hubo más remedio que detener a su señor, el asesor José Chueca, quien fue conducido a la cárcel a la vista de todo el vecindario (Casamayor dirá que “públicamente”). La publicidad de la detención es un claro ejemplo de lo fino que hilaba Suchet todos los asuntos ciudadanos y como siempre intentaba jugar su baza psicológica buscando siempre alguna ventaja para su administración. En este caso, era evidente que pretendía dar la impresión de que la administración Suchet era justa e independiente a la vez que perseguía la corrupción, puesto que las oportunidades de hacer fortuna de los miembros de la policía eran muchas, dadas las numerosas funciones que ésta había asumido en el campo de los apremios, intervenciones de géneros, permisos, embargos, pasaportes, incautaciones y sanciones.

Esta vez, el mismo José Chueca, a quien conocimos registrando minuciosamente el Cabildo, tuvo que soportar él mismo los registros y las pruebas de las riquezas de que se había apropiado durante el año de su nombramiento. A veces, el viejo aforismo castellano de “donde las dan las toman” se cumplía aquí con creces. Al asesor de la policía, José Chueca, se le castigó a pasar 8 años confinado en el castillo de Jaca, y su ama y criada, colaboradora necesaria en el delito, fue condenada a pasar 6 años de reclusión en La Casa de La Galera (cárcel de mujeres).

El fenómeno de la corrupción estaba alentado por la arbitrariedad y el abuso de poder de determinados estamentos que trabajaban en puestos de responsabilidad al servicio de los franceses, uno de ellos era el asesor de la policía, que hemos visto anteriormente, pero había otros más y eso a pesar de que el gobernador Suchet pretendía ser un hombre recto, justo y no le temblaba la mano si había que castigar o reprender a soldados o funcionarios a su servicio.

Otra persona acusada de corrupción política fue el Comisario General de Indultos, don Benigno López del Redal (conocido afrancesado al que en agosto de 1813 se le embargaron los bienes), de éste se dirá que “*Le va bien en este destino. Absuelve de todo crimen por dinero, como no sea matar o ultrajar a un francés*”²². Pero esta causa de Benigno, aprovechando que eran otros tiempos y el poder francés se estaba debilitando, al final acabó sobreseída y él pudo continuar con su actividad.

El 11 de febrero de 1811, un crimen atroz sacudió la ciudad y la policía, gracias a una delación, pudo detener al asesino que no era otro que el sastre Pedro Temprado, el cual había dado muerte a su mujer y la había metido en un arca tras quebrarle las piernas. En el mismo instante en que estaba acabando de hacer un hoyo para ocultar

su crimen, fue sorprendido por la ronda que lo redujo preso. La justicia entonces era rápida y expeditiva, así que el 23 del mismo mes se dio sentencia de garrote por la Sala del Crimen que había sustituido al Tribunal de la Policía. Este reo de muerte no sería el único ajusticiado en las calles zaragozanas, ese año otro delincuente también fue ejecutado por ladrón.

Otro ejemplo del buen quehacer de la policía lo encontramos en agosto de 1812, cuando fueron robadas varias piezas de la custodia y de la mitra de la San Blas que estaban expuestas en la iglesia de San Pablo. Tras las investigaciones, el ladrón fue detenido con rapidez, pues era uno de los sirvientes de la misma iglesia.

Más delitos. Esta vez por un simple robo de pinocheras (aunque hay que recordar que ese año de 1812 fue el llamado año del hambre). Ocurrió en octubre de ese mismo año cuando dos vecinos robaron pinocheras en la huerta zaragozana, tras ser detenidos se les castigó ejemplarmente; se les colocó con argollas en dos pilones de la puerta de la plaza del Mercado con un rótulo que exhibieron durante una hora. Además se les condenó a un mes de reclusión.

Pero no todo fueron éxitos. Esta vez la policía iba a fracasar en averiguar la identidad de los autores de un robo sacrílego con secuestro que aconteció en la iglesia de San Gil; El 26 de diciembre, cuatro hombres armados secuestraron al sacristán Fray Pascual Millán, lo bajaron a la sacristía y le hicieron abrir los armarios donde estaba guardada la plata. Tras herirle de muerte huyeron. Por la mañana, lo halló el hijo del campanero y avisó al teniente de la policía, Miguel Jaime, que, contando con su descripción, procedió a detener a varios sospechosos pero las pesquisas fueron inútiles y no se pudo recuperar nada del tesoro robado.

LA POLICÍA, CONTROLANDO AL PUEBLO

El mismo Napoleón en una carta escrita en Saint-Clod el 27 de agosto explicaba claramente como se debía proceder en España para controlar y vencer, al fin, la resistencia del pueblo, en ella se asimila la “información” al éxito de la conquista. Esta carta dice así: *“Hay que mandar destacamentos encargados de detener, unas veces al cura o al alcalde, otras veces al responsable de un convento o un empleado de correos, de interrogarles dos veces al día y guardarles como rehenes(...). Por fin, hay que hacer la guerra, es decir disponer de informaciones por medio de los curas, los alcaldes, los jefes de los conventos, los principales terratenientes; entonces se estará bien informado”*²³.

En la Zaragoza ocupada, la policía de Suchet era sin duda la mejor herramienta de control social que disponía el poder francés, sus funcionarios, extraídos de todas capas sociales de la ciudad, verificaban y estaban presentes en todas las actividades vitales del pueblo; los mercados, las posadas, las iglesias, los toros y el teatro, la economía, los gremios. Además, la policía había establecido una red de soplones y delatores, muchos de ellos frailes exclaustros, que funcionaba a la perfección. Estas denuncias serán vistas no como un hecho vergonzoso sino como el ejercicio de un deber ciudadano. Hay que recordar que en 1810 el gobierno intruso encabezado por Suchet había ganado la legitimidad, tanto en el campo de batalla como en la conciencia de muchos españoles que colaboraron de buena fe con el nuevo rey José I.

Se censuraba el correo. Todas las cartas eran abiertas en la sede de la administración, un organismo donde a excepción de los oficiales Juan Oporto y Mariano Aznar, el resto era acomodaticio y muy dispuesto a colaborar con las nuevas autoridades.

La administración trabajaba con eficacia. Su poder discrecional alcanzaba a toda la sociedad. Con sus permisos, licencias, bandos y decretos se habían convertido en una magnífica herramienta al servicio del gobernador y al de sus intereses políticos, que no eran otros que la conquista total y el dominio absoluto de los cuerpos y también las almas de la capital y el reino aragonés.

La policía dará su “visto bueno” a todos y cada uno de los cargos de la ciudad, y desde diciembre de 1809 será ella la que deberá informar y autorizar el nombramiento de los alcaldes de barrio. Los alcaldes pasan a ser los primeros responsables y controladores municipales de todos los ciudadanos que residan en su jurisdicción. Entre los requisitos para ser corregidor del ayuntamiento figura el que las personas elegidas sean “propietarios y adictos a los franceses y a Napoleón”, siendo la policía la encargada de asegurar esta fidelidad.

En momentos de crisis, como ocurrió en octubre de 1812 con la llegada de la Corte de José I que huía camino de Francia, será también la policía la que establezca rondas por toda la ciudad asegurando el orden. Incluso el último año de la ocupación, se les exigirá un esfuerzo y se les pedirá que los tenientes de policía formen cuatro compañías de Guardias Cívicas de 40 hombres (sin uniforme) para vigilar la retaguardia.

Fieles cumplidores de su deber con los ocupantes aguantarán en sus puestos prácticamente hasta final. Según cuenta Casamayor solo abandonaron sus puestos dos

días antes de la marcha de los franceses “*el 6 de julio la policía cesó enteramente en sus operaciones*”.

Tras la liberación, las rondas de la policía volverían a establecerse, pues el orden es siempre un bien apetecido por los ciudadanos. Pero no adelantemos acontecimientos y sigamos estudiando las actividades de este organismo.

Alguna de las variadas actividades de la policía, son fácilmente identificables como instrumentos armados del arsenal de guerra psicológica, que el gobernador Suchet estaba poniendo en acción, en esa nueva forma de guerra que había impuesto a la ciudad. Los ejemplos son numerosos y dignos de mención; si había que celebrar algún triunfo de las armas francesas, las campanas de la ciudad romperían ensordecedoras su silencio impuesto por la policía, se prohibirá cantar algunos cánticos antiguos en las iglesias, mientras, otras veces, se celebrarán conciertos en homenajes interesados. En ocasiones, buscarán la afluencia masiva del pueblo para recibir al virrey francés, a la vez que se despejarán las calles y se detendrá a los rondadores. Ya lo dijo Suchet, la policía siempre “vigilante y activa” a su servicio.

Las campanas de Zaragoza al servicio del gobernador

Las campanas son un instrumento que la Iglesia había introducido en la vida cotidiana de la ciudad desde tiempos inmemoriales, no solo daban las horas y llamaban a los fieles a los oficios religiosos, sino que avisaban de incendios, anunciaban bodas y entierros, e incluso en plenos Sitios de la ciudad, marcaban la trayectoria del bombardeo francés. Era, en definitiva, una forma de comunicación útil y de probada eficacia para toda la ciudad. Este dominio por parte de la Iglesia de tan eficaz medio de comunicación, fue causa y problema de numerosos roces con la autoridad civil que, también intentaba controlar este medio, alegando que, en numerosas ocasiones, las campanas habían sido sufragadas por ellos y no por la Iglesia.

La Iglesia intentó resolver el problema afirmando que, independientemente de quién las hubiera comprado o tuviera que mantener, la bendición de las campanas las convertía en algo sagrado, y por tanto bajo el dominio eclesial de forma exclusiva. Al menos así era hasta que Zaragoza, tras ser sometida por las armas, tuvo una nueva administración.

En efecto, el gobernador Suchet y sus autoridades colaboracionistas, rápidamente se dan cuenta de las ventajas que ofrecen las campanas de la ciudad para su política de control social, e, inevitablemente, las van a intervenir y controlar. De una manera u otra las campanas son importantes para los invasores, y serán estas, curiosamente,

lo primero que arranca de los conventos de las Ordenes suprimidas, así lo constata en el mes de septiembre el cronista Casamayor. Nada de la ciudad les iba a ser ajeno, todos medios se pondrán a su servicio. La ciudad estaba conquistada y era suya.

La policía asume el control y ordena al Cabildo el 16 de junio, a los pocos meses de ocupar la ciudad, que cese el toque de campanas en los templos tal y como se venía haciendo libremente hasta ahora. Esta orden hará saltar por los aires la estricta reglamentación a que estaba sometido el toque de campanas en toda la ciudad por medio de una “Consueta” de 1672.

La orden es acatada y cumplida de inmediato. A partir entonces, las campanas permanecerán mudas hasta que la autoridad ordene otra cosa. La orden de la veda decía así *“La intención del Sr gobernador general del Reyno, es que por ningun motivo se toquen de noche las campanas de las Iglesias y que cese el continuo repique que se experimenta a todas horas, bastando para que los fieles puedan concurrir a los oficios de la Iglesia la señal de una pequeña campana, y que esta disposición se cumpla inviolablemente desde este día, sin permitir en ninguno que tampoco se toque a tronada o nublado”*²⁴.

La primer Misa de Gallo tras la ocupación, tradicional en la Iglesia española, no fue acompañada de campanas. Tampoco hubo música en la plaza tal y como se acostumbraba. A la nueva autoridad no le pareció pertinente y la Navidad de 1809 transcurrió en silencio en la ciudad.

Un escrito en la *Gaceta* en 1812 confirma que tanto esta providencia, como la que afectaba a los entierros, no tuvo seguimiento ni en los pueblos ni en las cabezas de partido. En Zaragoza, capital y corte, el repentino callar de las campanas y el subsiguiente silencio debió de resultar atronador (En la Seo por ejemplo eran siete las campanas que repicaban, tocaban o bandeaban. Se llaman Valera, Vicenta, Lorenza, Hermenegilda, Miguela, Gabriela y María).

Las mismas campanas que habían sonado numerosas veces en honor y al servicio de sus ciudadanos durante Los Sitios, y que ahora permanecían mudas, romperán su silencio, a primeros de mayo, para celebrar la victoria del emperador francés en la batalla de Ratisbona que tuvo lugar el 20 de abril. Después de este día, vendrían otros muchos campaneos en el mismo sentido.

En 1 de julio, el general Suchet vuelve a Zaragoza desde Barbastro y se le hace una entrada y recepción digna de un rey, para ello, ¿cómo no?, las campanas de los templos serán coordinadas por la policía para que rompan a tocar cuando éste pise las ca-

lles de la ciudad. En esta ocasión, no hacían otra cosa que seguir, con ligeros retoques, el ritual de ordenanza dispuesto para las máximas autoridades de la ciudad, en este caso asimilando al gobernador con el mismísimo arzobispo “*Cuando el Ilustrísimo Arzobispo hace ausencia desta ciudad y buelve a ella repican las campanas*”²⁵.

El 23 del mismo mes, con motivo de la victoria de Wagram, la propaganda francesa hará salir de la imprenta una *Gaceta Extraordinaria* que será acompañada de un campaneó general que conseguirá que toda la ciudad se entere de dicha victoria. El impacto propagandístico será inmediato y masivo, una jugada perfecta.

A las 7 de la mañana del 1 de noviembre, cuando apenas había llegado la luz del día a las calles, la ciudad se estremeció con un repique general de campanas de todas las iglesias. El motivo no era otro que dar a conocer y celebrar la paz ajustada y firmada por los emperadores de Austria y Francia el 14 de octubre. La noticia había tardado varios días en llegar a la ciudad, pero cuando lo hizo, todo el mundo tuvo ocasión de celebrarlo. Dos días más tarde, las campanas volvieron a sonar para recordar el aniversario del emperador.

En otras ocasiones, las campanas serán liberadas por las autoridades francesas para que toquen, como ocurrió el 8 de diciembre día de la Purísima Concepción. Esa mañana el gobernador asistirá a misa del Pilar con mucha pompa, y el tañer de las campanas en su honor engrandecerá el acto y al propio gobernador que era de lo que se trataba.

El aniversario de la toma de la ciudad, por el mariscal Lannes, fue recordado con intención por los conquistadores. Suchet aprovechó ese 21 de febrero para organizar una serie de actos que no eran otra cosa que un puro rito de conquista; comenzó el día con un campaneó general de todas las iglesias, seguido de un te deum en el Pilar al que asistieron todas las nuevas autoridades incluido el nuevo ayuntamiento. Después se dieron salvas de artillería, iluminación general y teatro gratis. La ciudad, tal y como deseaba Suchet, no debía olvidar que había sido conquistada.

Otra ocasión en que la policía mandara tañer el instrumento de bronce, se iba a presentar en enero de 1810. El motivo iba a ser el nombramiento por el gobernador Suchet de su amigo y colaborador el padre Santander, obispo Auxiliar de Zaragoza, como nuevo obispo de Huesca. El nombramiento y su difusión le interesaba al gobernador, así que según recogen las actas del Cabildo “*Mandó tocar las campanas de los templos desde las 7 de la mañana a las 8 de la mañana y desde las 12 a la 1. Con motivo de haber nombrado al obispo Auxiliar P. Santander obispo de Huesca*”²⁶ esta orden no hacía sino recordar a la “*Consueta de 1672*” donde “*por la eleccion del*

Ilustrísimo Arzobispo, en teniendo el Cavildo carta de Su Magestad o del Ilustrísimo Arzobispo electo en que da noticia de su eleccion, se pasa claustro cantando el te deum por la tarde., y el Cavildo convida a la Ciuda para que asista en el, se repican las campanas desta Santa Iglesia en esta funcion y en empeçando las de la Iglesia, continuan las demas de la Ciudad, avisadas por el Cavildo con los Nuncios de la Curia eclesiastica". No es de extrañar semejante homenaje campanil, conociendo las argucias y herramientas que Suchet ponía siempre en juego en esta su particular conquista de la psicología de masas de la ciudad que pretendía dominar.

Entre abril y mayo de 1810, otra ciudad española caía bajo las botas del Ejército Imperial, y Zaragoza festejaría la victoria de Lérida como si fuese suya. A las 12 de la mañana hubo repique general de campanas celebrando la hazaña, para magnificar la ocasión y anonadar un tanto a la ciudad, las campanas fueron acompañadas de 20 cañonazos. La policía mandó barrer las calles y adornarlas, incluso salieron los cabezudos. Por la noche fuegos artificiales, teatro franco e iluminación general alegraron la victoria de los amos.

Sin embargo, la prohibición de tocar las campanas libremente permanecía viva, y en noviembre se permitió el culto de las ánimas del purgatorio, solo que sin el triste sonido de las campanas como se acostumbraba, lo que se echó en falta.

Acababa el año de 1810 cuando el general Suchet libró victorioso la batalla de Falset y Uldecona, en su recuerdo, el comandante de la plaza, general París, dispuso que se dispararan los cañones y se voltearan las campanas durante la misa de doce en el Pilar celebrada por el obispo. ¡La ciudad debía conocer y celebrar, al momento, los triunfos de su nuevo amo!

Tras la conquista de Tortosa en enero de 1811 la campaña de Suchet por el bajo Ebro tocaba a su fin, de orden del gobierno, hubo campaneó de las dos iglesias principales y de todas las parroquias "*con la señal del reloj mayor*". A la llegada del general a su ciudad unos días más tarde, las campanas volvieron a darle la bienvenida.

A finales de marzo, se conoció que había dado a luz la emperatriz María Luisa de Lorena, de inmediato la ciudad, que ya había festejado el casamiento, recibió la noticia con una salva de 105 cañonazos y un fuerte campaneó general. La descendencia de su emperador estaba asegurada. El bautizo también se festejó de igual manera con campaneó y salida de gigantes, teatro, fuegos e iluminarias.

El 13 de junio, la Iglesia celebraba el Santísimo Sacramento y en las vísperas se tocaron las campanas tras haber mandado un oficio el Cabildo al comisario de policía,

quien condescendiente permitió esa libertad. Este permiso nos hace entender hasta donde había llegado la sumisión del Cabildo Metropolitano. El domingo 25 asistió el general Compere, según la costumbre establecida por Suchet, a misa del Pilar, con tal ocasión, se permitió que las campanas tocasen como si eso fuera lo habitual, que no lo era.

La conquista de Tarragona por el gobernador y héroe Zaragozano el general Suchet, puso en marcha el dispositivo anunciador de las campanas y las salvas de cañones. Para los patriotas que permanecían irredentos, su sonido y estruendo llevaban los ecos de la derrota y su moral quedaba por los suelos, tal era el efecto de estos alarides de agosto. El día 15 era la fiesta de la Asunción, se notaba que las autoridades estaban satisfechas y permitieron que las campanas volvieran a tocar. Para la policía y los acomodaticios al nuevo orden, las numerosas victorias francesas hacían pensar que el triunfo final no estaba lejos y que el cambio de dinastía iba a ser permanente, por eso se permitían volver a la normalidad de vez en cuando.

Durante la misa del Pilar el 1 de septiembre, a la que asistirán el gobernador y Señora y que será celebrada por el obispo Santander, las campanas volvieron a tocar durante la función.

En octubre Suchet había comenzado la campaña para conquistar Valencia, y a finales del mes, cuando se conoce en la ciudad la victoria del francés en Murviedro (la antigua Sagunto), las autoridades, encabezadas por el Comisario de policía, inician el viejo ritual de victoria con el que dan a conocer estas a los ciudadanos; te deum, salida de la *Gaceta*, cabezudos, luminarias, y por supuesto el campaneo general. A su vez, el canónigo Joaquín de Heredia muere en Barbastro el 24 por la noche, y en Zaragoza se tocó a muerto, siendo este el primer caso en que se ha permitido tocar desde que el nuevo gobierno se lo prohibiera al Cabildo al principio de la ocupación.

En enero de 1813, durante la festividad de San Valero, obispo y patrón de la ciudad, las campanas volvieron a sonar. Y en marzo, en el primer domingo de Cuaresma, lo volverán hacer cuando se conozca el Concordato firmado en Fontainebleau entre el Papa y el emperador.

Una de las campanas más famosas de la ciudad, la campana Valera, fue noticia al romperse el 8 de abril, día en que se celebraba la Pascua de Resurrección. Esta campana, que había sido fundida recientemente por el artífice Antonio Argós y llevaba grabada las imágenes del patrón de la ciudad San Valero, era de gran tamaño pero había sido pésimamente fundida, tras el desastre la campana volvería a fundirse por el mismo artífice en 1815.

En julio llegó la liberación y como demostración de gozo hubo campaneos generales y otras manifestaciones de alegría como iluminaciones en los templos y en toda la ciudad, solo que esta vez no había sido la policía la que mandaba su realización pues se encontraban todos huidos, como vemos, las viejas costumbres son difíciles de desarraigar.

Otras vedas curiosas de la policía

La policía mandaba en la ciudad y mandaba mucho, nada le era ajeno y todas las jurisdicciones sufrían continuas intromisiones en su actividad diaria. El control de la policía era tan patente y efectivo que nadie discutía su derecho a invadir cualquier competencia o actividad cotidiana, en el fondo, la policía era sino una manifestación más del poder total que Suchet ejercía sobre la ciudad.

El punto n.º 14 del artículo VII del decreto que regulaba las funciones de la policía es muy preciso en asignar a esta “*La vigilancia de los lugares a donde se reúne para el culto*”. Por tanto una de las instituciones más tutelada y vigilada, dada su gran influencia en la sociedad española, era la propia Iglesia aragonesa, la cual, a pesar de la colaboración y entrega total de la Jerarquía (el obispo y el deán principalmente), siempre estuvo bajo sospecha (según hemos podido ver anteriormente, al comentar las detenciones puramente políticas de la ciudad, siempre nos hemos encontrado a algún eclesiástico detenido). Esta sospecha y falta de confianza en el clero aragonés, es la razón de algunas de las intervenciones, cuanto menos curiosas, de la policía satélite francesa en la vida diaria y ritual de la Iglesia zaragozana.

Una de estas intervenciones del control del clero por parte de la autoridad, iba a manifestarse en marzo de 1810, cuando el prestigioso canónigo Antonio Arteta (miembro de la Real Sociedad Económica de amigos del País y arcediano de Aliaga) pronunció un sermón desde el púlpito del Pilar que, por su contenido, disgustó a los ocupantes. Inmediatamente, y a pesar de la dignidad de su cargo y su prestigio personal, fue arrestado y desterrado de la ciudad sin contemplación alguna.

Desde esa óptica de desconfianza e incompreensión, puede analizarse el suceso del domingo de Ramos de 1811. Aquel día, el comisario general mandó a su teniente de policía del cuartel de la Seo Mariano Castellón a cumplir una extraña tarea que consistió en quitar, en la Catedral de la Seo que tantas veces había pisado, los san Benitos y las espadas que se hallaban colgadas en las columnas de los pulpitos de la Santa Iglesia y que recordaban a los asesinos del santo aragonés San Pedro de Arbués (asesinado por judíos zaragozanos en el siglo xv). Ex-

trañado y confuso, pero obediente, Mariano Castellón cumplió la orden quitando esos símbolos tan conocidos para él de la catedral de su barrio, sin llegar a alcanzar ni entender el peligro que representaban esos símbolos para el gobierno al que servía.

No es fácil encontrar una clara explicación al motivo de esta extraña actuación de la policía, ¿era el resultado de un acto de afirmación del poder ante el Cabildo?, ¿era un ataque a la Iglesia y su imaginario?, ¿pretendía suprimir un símbolo, quizás algo ofensivo y violento, como muestra de una nueva política civilizadora? Nada parece explicar el motivo de semejante decisión, puesto que el Cabildo era dócil al gobernador y la policía no era el órgano ideal para educar al pueblo. Fuera lo que fuese el origen de las órdenes de la policía, el caso es que se quitaron los seis san Benitos y tres espadas con los nombres de los principales asesinos que se hallaban en el templo (al lado del evangelio y sobre la epístola encima de donde fue asesinado). Habían sido puestos por orden de los Reyes Católicos Isabel y Fernando que era, según Casamayor, particulares débitos del santo y fundadores del Santo Oficio. Quizás la razón estuviera ahí, en el acto funcional de la Inquisición y este fuera el motivo, no en balde José I había suprimido el Santo Oficio, pero en la Zaragoza de Suchet esto no tenía trascendencia alguna, pues todas las instituciones estaban bajo férreo control del gobierno.

Tres meses más tarde de esta incursión de la policía en la defensa de la dignidad de los judíos procesados, tendría lugar otro suceso admirable e insólito como fue el bautizo y apadrinamiento por el teniente de la policía del cuartel del Pilar, Miguel Jaime, de un judío de 43 años. Este neófito, era un soldado francés del regimiento n.º 40 que tras ser instruido en la Fe de Cristo, fue bautizado por su capellán con el nombre de Mariano Miguel Luis, a cuya función, en la iglesia de San Felipe, asistió mucha gente. Suponemos que este bautizo de un judío no guardaba ninguna relación con la reciente retirada de los símbolos en la Seo.

Otro acto de regulación extrema de la conducta del pueblo, fue la prohibición de los cantos en español en las ceremonias religiosas. Esta censura fue impelida al cantarse el aria antigua de Santiago Cierra España durante los oficios de las fiestas del Pilar de 1812. El malentendido ¿o quizás no lo fue tanto? Fue interpretado por la policía como la invocación del Santo Apóstol para echar a los franceses. En consecuencia, se mando que no se cantara ninguna canción en castellano si no era el santo rosario o alguna letra latina con arreglo a la Sagrada Congregación de Ritos. Debido a este incidente, el director de la policía mandó al gobierno eclesiástico de Aragón el oficio siguiente: “*Noticioso el conde de Reille, gobernador de la provincia, de que la tarde del 14 del corriente se habia cantado en la*

*Iglesia Metropolitana del Pilar un oratorio, que aunque indiferente en si, en las actuales circunstancias podía contribuir a exaltar la imaginación de las personas fanáticas y poco reflexivas, he dispuesto que en lo sucesivo no se cante en las Iglesias de la Provincia de Aragón otra cosa que oraciones, hymnos, y salmos comprendidos en la Liturgia, desterrando para siempre el abuso de recitar coplillas, gozos, y oratorios en lengua vulgar...*²⁷. Para los ocupantes, el peligro de la desafección acechaba en todas partes y muy especialmente todo aquello que viniera desde los púlpitos.

En marzo de 1813 seguía la prohibición de la policía de no cantar gozos, ni ninguna otra cosa en lengua española. Como la prohibición persistía y alteraba la costumbre y el rito, alguna fiesta religiosa se acortó considerablemente.

Conforme avanzaba el tiempo y el declinar de las armas francesas, el poder se mostraba más nervioso e inseguro agudizándose la represión, hasta extremos que rayaban en el ridículo, consiguiendo el efecto contrario en el pueblo, pues las prohibiciones evidenciaban que el viento de la historia estaba cambiado claramente en contra de los intereses de los franceses y sus colaboradores.

LA POLICÍA Y SU MULTIFUNCIÓN. LOS CHICOS PARA TODO

La policía del gobierno intruso alcanzó unas cotas de eficacia tan altas que sus responsables acabaron siendo condecorados por orden del emperador. Este cuerpo policial por su inmediatez, resolución y conocimiento de la ciudad, se convirtió en un instrumento imprescindible para el gobierno intruso que acabó por encomendarles todo tipo de tareas y faenas que iban, a veces, mucho más allá de su propia función. A más eficacia más volumen y variedad de trabajo. Veamos algunos ejemplos de estas acciones de la policía.

Una de sus funciones era la de poner carteles, pasquines y manifiestos en las esquinas de la ciudad, en un intento de dar voz al gobernador; unas veces anunciarán las victorias de Talavera y Oropesa, otras será para celebrar el triunfo de Lérida, o cuando se pusieron carteles por la policía para dar a conocer el nacimiento del Rey de Roma (el hijo de Napoleón) y la victoria de Tarragona.

Otros bandos, decretos, pregones y acciones serán dados y llevados a cabo por la policía para cumplir alguna orden concreta referidas, la mayoría de las veces, a algún asunto de índole económico como:

- La búsqueda de toros y toreros por la policía y su recompensa por la lidia (22-8-1809).
- La orden del comisario y corregidor para que se pudiese vender vino, imponiendo 1 real de contribución por cántaro. Esta orden duró pocos días pues encontró una fuerte oposición de las gentes(16-10-1809).
- La policía prohíbe la venta de los bienes de las casas destruidas y arruinadas de la ciudad que eran muchas (11-11-1809).
- La venta en almoneda pública de los bienes de los vecinos que se habían ausentado de la ciudad (25-10-09).
- La orden de fabricación de galletas y su almacenamiento en el castillo para el ejército (5-2-1810).
- Manifiesto sobre el pan y la libertad de abastos. Además la policía inspeccionará la calidad y el peso (4-8-1810).
- Orden del comisario para que nadie vendiera vino nuevo sin que se practicase la “visura” (inspección visual) en atención a la salud pública, bajo pena de 500 reales (15-10-1810).
- La confiscación por la policía de todo género de ultramarinos, como chocolate y azúcar, lo que hizo que el género escaseara en la ciudad (19-10-1810). Esta acción se repetiría muy a menudo, y responde a la aplicación de la política de bloqueo sobre Inglaterra y todos sus productos decretada por el emperador y que Suchet aplicó a rajatabla.
- También se colocaron carteles de la policía por toda la ciudad informando acerca de los impuestos de géneros coloniales (15-11-1810), dado lo precisos de estos bienes, la imposición de estas medidas causó gran preocupación en la sociedad.
- La policía, siguiendo las instrucciones del gobernador que a su vez aplicaba a rajatabla el embargo de Napoleón, ordenó quemar en la plaza del mercado todos los géneros ingleses que se pudieron recoger, su importe estaba estimado en más de 20.000 duros (28-1-1811).
- Pasquín de la policía para que todos los vecinos paguen, en 48 horas, un tercio de la última contribución (19-11-1811). Esta medida, castigada con cárcel para los morosos, acabó conduciendo a numerosos ciudadanos a prisión, tal y como ya hemos visto anteriormente.
- La prohibición, por medio de un edicto que puso la policía, de amasar o vender pan al público de los que no fuesen horneros (16-5-1813).

Después de la liberación, la nueva policía seguiría ejerciendo unas funciones muy similares a las encomendadas durante la ocupación. Así, en octubre de 1813 el ayuntamiento ordenó por medio de carteles, asumir las funciones que antes ejercía la policía como abrir almoneda, llevar un registro de carros y caballerías, posadas y casas de huéspedes, cobrar dos tercios de la contribución, así como preparar camas para la tropa. A las mismas necesidades, la autoridad proponía las mismas soluciones, independientemente de quien estuviera en el poder.

GOBIERNO DE ARAGON

POLICIA DE ZARAGOZA.

D. MARIANO DOMINGUEZ, CABALLERO

COMENDADOR DE LA ORDEN REAL DE ESPAÑA, COMISARIO GENERAL DE POLICIA DE LA PROVINCIA DE ARAGON, Y CORREGIDOR DE ZARAGOZA Y SU PARTIDO &c.

Bien convencido de que la libertad de comercio en todos los ramos produce la abundancia y la comodidad de los precios, la he ido fomentando progresivamente desde que tengo á mi cargo la direccion de estos ramos, y la experiencia ha manifestado la seguridad de este cálculo: Pero no es disimulable el que quando los negociantes tienen una libertad absoluta de precios, todavia puedan aumentarlos fraudulentamente en los pesos y medidas teniendo un derecho el comprador á que se le dé esta exacta por el precio convenido. Para evitar tales fraudes ha habido en todas las naciones exactitud en pesos y medidas, y la autoridad ha vigilado sobre ellas: La oficina de afericion de esta Capital se envolvió en sus ruinas: La he restablecido en el modo posible, y no consiento mas la arbitrariedad en esta parte. En su consecuencia He decretado lo siguiente:

Art. 1.º Desde el día primero de Mayo no podrá Comerciante por mayor ni menor, fabricante, ni otra persona alguna usar para las ventas, cambios ó entregas ó mediaciones estipendiarias de vara, marco, peso, ó medida que no esté marcado con la señal que acredite haberse aferido, y afinado.

Art. 2.º El que se aprendiese por mis rondas ó dependientes usando ó se justificase haber usado peso ó medida no marcada ni aferida pagará por la primera vez mil rs. vta. de multa por cada peso ó medida no aferida, y castigaré su reincidencia con penas bastantes á corregir el fraude y el desprecio de la autoridad.

Art. 3.º He cedido al Ayuntamiento los derechos de afericion y permitido en ellos una sobrecarga para que acuda por este medio indirecto é incesible á las arduas obligaciones que tiene sobre sí.

Art. 4.º Se comunicará este decreto á los Tenientes de Policía para su execucion.

Zaragoza Abril 16 de 1810.

Mariano Dominguez

Bando del comisario Domínguez. Todo bajo el control de la policía colaboracionista.

LOS FUNCIONARIOS

Ya hemos conocido las numerosas funciones que la policía, creada por los invasores, desempeñó en la ciudad ocupada, también sabemos de la gran eficacia que demostró en los numerosos cometidos en que tuvo que desenvolverse, y así mismo tenemos la certeza de que la policía colaboracionista fue el mejor instrumento de control social que tuvo en sus manos el gobernador, con ínfulas de virrey, Suchet.

El cronista contemporáneo de los hechos Ased y Villagrasa resume perfectamente, en este escrito, la obra de la institución policial a los ojos de los colaboracionistas, que es lo mismo que decir de los invasores franceses: *“La creación del arreglo utilísimo y activo tribunal de policía acabó de completar la grande obra del restablecimiento de Zaragoza. La policía no circunscribió sus tareas a acabar de desescombrar la ciudad, a asear las calles y plazas, a ahuyentar toda inmundicia e infección, a vigilar sobre los perturbadores de la tranquilidad pública, a fomentar las ramas del comercio; la ciudad volvió al estado en que se hallaba antes de la guerra”*²⁸.

Conocemos pues las funciones, desempeños y tareas, nos falta conocer las personas que las llevaron a cabo. Pero ¿de dónde habían salido estas personas?, ¿quiénes

eran?, ¿qué cobraban?, ¿qué fue lo que les hizo entregarse tan a fondo al gobierno intruso?. Estos van a ser los interrogantes que seguidamente vamos a intentar desentrañar.

Los invictos mariscales franceses; primero Lannes, después Junot y posteriormente Suchet, tuvieron el acierto de no imponer a personas ajenas a la ciudad en la nueva administración, se rodearon de colaboradores nativos a quienes no se les tuvo en cuenta su historial anterior a la ocupación. Este aparente olvido, fue pagado con creces y compensado con una fidelidad y adhesión a la nueva causa digna de encomio y que, de seguro, sorprendió a los mismos franceses.

El 25 de febrero de 1809, el comandante de la plaza, el general Laval divide la ciudad en cuatro cuarteles y nombra, en tan temprana fecha, los primeros Comisarios de policía que fueron; Lorenzo Cubel para el cuartel de La Seo, Francisco Oñate para el de San Miguel, Antonio Rafael de Herranat para el Pilar, Mariano Pallerol y Joaquín Marín para San Pablo, y Pedro Pablo para el Tubo. Todos ellos estaban a disposición del coronel Plicqué. Este nombramiento no tenía intencionalidad política y era fruto de la improvisación y de las prisas por intentar sanear la ciudad azotada por la peste. Por esta razón estos primeros comisarios apenas duraron 40 días en el cargo.

En abril, cuando el general Suchet ya se hallaba en la ciudad, se procede al nombramiento de las dos figuras que van a ser fundamentales para la administración francesa; el nombramiento de Luis Menche como intendente y cabeza visible de toda la administración francesa (comisionado por el gobierno de Madrid) y el nombramiento del que era corregidor de la ciudad Mariano Domínguez como comisario general de policía, cargo que durante varios años simultaneará con la dirección del ayuntamiento. Seguidamente se nombran a los cuatro tenientes de policía: Mariano Castellón para el cuartel de La Seo, Gregorio Sanz para el del Pilar, Pedro Cortés para San Pablo y Pedro Rodríguez para San Miguel. Mariano Domínguez había sido intendente de Palafox, Castellón era del colegio de cereros y confiteros, y Cortés que era procurador y escribano de la Real Audiencia. Como vemos, era gente conocida de la ciudad, y que había luchado contra los invasores durante los dos cercos que sufrió Zaragoza, todos eran personas “honradas” y que pertenecían a esa clase de burgueses llamados a ocupar, normalmente, los cargos y oficios de los ayuntamientos borbónicos. Estos van a ser los ojos, manos y oídos de la nueva administración. Ellos serán los responsables de los éxitos de la política del gobernador.

Un zaragozano culto y gran conocedor de la ciudad, como era Calixto Sala, este escribe una larga carta dirigida al legítimo gobernador general de la diócesis Pedro Valero en la cual califica a la policía colaboracionista de “revenidos y diablos”, así eran

vistos por uno de aquellos que los sufrían, y así los quería el gobernador que les mandaba. La carta larga, fresca, y clarificadora hablará así de ellos: *“de la policía, desde el Comisario hasta el más ínfimo Alguacil, todos son del mismo jaez que la Cabeza. Los quatro Tenientes, dos de ellos que son Castellón y Pedro Rodríguez (alias Perico el Cuquilla) no los han arrojado el Averno más malos; Jaime y Lafoz, aunque revertidos demasiado, tienen mejores sentimientos”*²⁹.

Pero este éxito de la recluta de zaragozanos para una policía de ocupación solo debía suscribirse a la ciudad, y contrasta claramente con el gran fracaso de la recluta de nativos aragoneses para las fuerzas auxiliares, quienes apenas llegaron a formar dos compañías de gendarmes españoles y una escasa de infantería. A pesar de lo adecuado de la paga, comida y ropa estos mercenarios no destacaron por su lealtad a Francia, y muchos de ellos desertaron al advertir el menor signo de debilidad en las fuerzas imperiales.

EL PERSONAL DE LA POLICÍA³⁰

Comisario general de policía

Mariano Domínguez y Longás

Asesores jurídicos de la policía

José Chueca (encarcelado en 1810)

Pedro Miguel De Catarecha

Alcaldes mayores

Diego de Val y Antonio Caro y Cini

Tenientes de la policía

Mariano Castellón, colegial cerero, Cuartel de La Seo

Miguel Jaime, administrador de lotería, Cuartel del Pilar

Salvador Lafoz Mediana, cuartel de San Pablo (este sustituyó a Salvador Cortés)

Pedro Rodríguez, Cuartel de San Miguel

Cabo

Agustín Esteban, del Cuartel de San Pablo

Encargado de impuestos en el Peso Real

Sancho Galería

Agentes (Solo hemos podido conocer los pertenecientes al Cuartel de San Pablo)

Juan Lacruz

Benancio Barles

José Ximeno

Clemente Mane

Manuel Mena Toraes (eventual)

José Escanero (eventual)

Joaquín Mariano (eventual)

Tesorería

Pedro Esponera, interventor.

Juan Miguel de Echeverría, tesorero

Francisco López, escribano.

Contador del Macelo de la recaudación de impuestos de la policía en el consumo de carnes

Melchor Campos

Enterradores (Cuartel de San Pablo nombrados por el señor comisario general de policía)

Pedro Novellas, foserero

Alejandro Novella, foserero

Pascual Estrada, foserero

Bombero (encargado de la composición y custodia de las bombas de apagar el fuego)

Bernardo Alfranca

Otros

Josef Ojeda y compañeros

Garrote del orden o ejecutor de sentencias

No conocemos su nombre, pero su oficio y función pasó de la Sala Del Crimen a depender de la policía.

LOS SUELDOS

El gobernador Suchet idolatraba a su emperador, y como él sabía que la guerra se hace, principalmente, con tres cosas; dinero, dinero y dinero. Su inflexibilidad re-

caudatoria añadida a unos buenos conocimientos como administrador, le va a resultar tan imprescindible como la propia policía, para hacerse con el control total del viejo reino aragonés. Sabía que un buen servicio, al igual que una buena tela de seda como las que comerciaba cuando vivía su padre, había que pagarlo con dinero constante y sonante. Por ello la tesorería de la policía nunca estuvo al descubierto y fue el organismo perfecto para dar liquidez a la economía con sus pagos rápidos y al contado, tal y como acostumbraba hacer. Si había que pagar unas obras o unos muebles en el palacio, o los gastos de una corrida de toros, o a la compañía cómica para que hicieran las funciones de teatro gratis, o a un confidente, o los sueldos de la policía, de todo se encargaba la Tesorería, que a su vez se nutría de los impuestos y exacciones que caían en cascada sobre el pueblo y sus ayuntamientos.

Ni aún estando el gobernador fuera de Zaragoza descuidaba las atenciones a su policía. El 22 de enero de 1812 Suchet, desde su recién conquistada Valencia, le envía una carta al general Reille donde le remite cuatro mil francos para pagar a los numerosos informantes de la policía en la ciudad. El sabía y conocía el tremendo poder que da la información y lo que cuesta estar informado.

También constatamos la existencia de fondos secretos que serán puestos en manos de la policía. Unas veces servirán para pagar desertores, tarea encomendada a Benigno López Redal (conocido afrancesado que se hallaba autorizado por el gobierno intruso para conceder indultos y que luego tendría que responder por ello), o para contratar cómicos y toreros, pagar sobresueldos, y otras veces, los fondos acabarán en manos del mismo gobernador. Estos dineros, por su propia naturaleza, intentarán escapar a los controles de los contables franceses. Suchet lo explicará claramente en una carta fechada el 9 de diciembre de 1810, al príncipe de Neufchâtel “*someter estos fondos a la contabilidad será una impudencia, el secreto es lo más importante*”³¹.

Los funcionarios de la policía de Suchet siempre estuvieron bien pagados, y poder contar con un sueldo fijo en una ciudad atribulada de deudas, no dejaba de ser un privilegio que había que agradecer al gobernador que se lo proporcionaba. Veamos pues el monto de alguno de estos sueldos, todos refrendados por los recibos de la Tesorería, que hoy se guardan en los archivos de la Diputación Provincial de Zaragoza:

El Comisario Mariano Domínguez:

Recordemos que el cargo de comisario era simultaneado por Domínguez con el de Corregidor mayor de la ciudad, lo que implicaba, en este caso, dos nóminas a cobrar. Lamentablemente no se ha podido encontrar recibo alguno del sueldo de Domínguez

como comisario de policía, sin embargo, si se conoce la nómina del comisario general en el Reino de Valencia de Manuel de los Ríos Cominazo, nombrado por Suchet y que venía a cobrar de la tesorería aragonesa la cantidad de 1.000 r. v. al mes. Suponemos que el de Domínguez sería superior, ya que Manuel de los Ríos no podía ejercer el cargo por no hallarse conquistada Valencia todavía.

El teniente de la policía del cuartel de San Pablo, Salvador Lafoz. 500 reales de vellón/mes

El cabo de la policía del cuartel de San Pablo	275 r.v.
Los agentes de San Pablo	183 r.v.
El interventor de la tesorería, Pedro Esponera	583 r.v.
Uno de los tesoreros de la policía, Francisco López	366,22 r.v.
El escribano de la tesorería de la policía, Miguel de Echeverría	366,22 r.v.
El encargado de los impuestos del Peso Real, Sancho Galería	248 r.v.
El recaudador del consumo de carnes, Melchor Campos	174 r.v.
Josef Ojeda, funcionario de oficinas de la policía	310 r.v.
Los tres enterradores de San Pablo (fosaleros)	240 r.v.
El bombero, Bernardo Alfranca	60 r.v.

Estas cifras corresponden a los sueldos mensuales del departamento de policía de la ciudad de Zaragoza en el año de referencia de 1810 y 1811³².

Como hemos podido ver, los sueldos anuales de la policía zaragozana oscilan entre los 12.000 r.v. anuales de su comisario (complementado con su sueldo como regidor de la ciudad que ascendía a 13.000 reales), los 6.000 de cualquiera de los cuatro tenientes y los 2.000 de los agentes. Estas cifras resultan bastantes modestas puestas en comparación con los sueldos de las prefecturas josefinas, las cuáles, con responsabilidades muy similares, iban desde los 60.000 reales que cobraban los prefectos al año, 15.000 r. v. los subprefectos, 20.000 r.v. el secretario general o los 15.000 r.v. cada consejero de prefectura³³.

EL COMISARIO DOMÍNGUEZ

Es seguramente la figura más importante, después del gobernador, en la Zaragoza ocupada al que los historiadores le han hurtado un estudio en profundidad, tanto de su persona como de su actuación, primero en los sitios y después durante la ocupación francesa.

Fue el responsable durante toda la ocupación de la policía colaboracionista de Suchet y su principal cooperador en la tarea de someter a la ciudad y rendir las conciencias al nuevo régimen. Sin él, la monumental campaña de acción y propaganda que Gabriel Suchet el gobernador llevó a cabo en Zaragoza, no hubiera alcanzado los éxitos que convirtieron a una ciudad de leones en un tranquilo corral de corderos.

Conocía a la ciudad como la palma de su mano, pero sobre todo conocía a los ciudadanos a los que también intentó servir desde otra trinchera, pensando quizás de buena fe, como les ocurrió a muchos ciudadanos, que en ese momento ponerse a las órdenes del nuevo rey Napoleón, era lo que le obligaba su deber como patriota.

Su biografía estaba plena de servicios a su pueblo en distintas administraciones. Don Mariano Domínguez y Longás era caballero de la orden de Carlos III desde 1785, fue intendente del ejército sitiado con Palafox en el segundo Sitio, y con la nueva administración fue nombrado corregidor de la ciudad, comisario general de policía y luego director general de la policía. Por sus servicios impagables a Francia fue condecorado por Napoleón, a instancias de Suchet, con la Legión de Honor. Se exilió a Francia en 1813 donde fallecería cinco años después.

Ased y Villagrasa dirá de él “*Domínguez comisario general de policía de Aragón, cuyo zelo por el bien Público es tan notorio, que sería agraviarle intentar hacer su elogio*”. Mas adelante comentará como Suchet hace grandes elogios de sus generales, oficialidad y tropa y en especial de Mariano Domínguez “*zeloso defensor de Zaragoza*”³⁴.

Estas palabras que el cronista Ased y Villagrasa pone en boca de Suchet, son re-frendadas por este en sus “*Mèmoires*” redactadas varios años más tarde, donde recordará a su colaborador “*El ex intendente Mariano Domínguez, había probado una gran capacidad en la defensa de Zaragoza y conocía todos los resortes de la provincia, el se ligó a Francia y nos rindió eminentes servicios*”³⁵.

Estos recuerdos del antiguo gobernador no dejan dudas sobre la importancia, así como el acierto de su nombramiento, que el Comisario de policía tuvo para el gobierno intruso. Suchet, gran conocedor de las cualidades de sus subordinados, despachaba a diario con él y le permitió una plena autonomía en sus funciones. No arriesgaba nada, puesto que la obediencia al gobernador y a su causa era plena y digna de encomio a los ojos franceses. Quizás esta confianza sentida por el gobernador, fuera la razón de las numerosas competencias que la policía zaragozana acabó asumiendo en la ciudad ocupada. ¡Que cualidades tan malemployadas las de este comisario puestas al servicio de una causa innoble como era hacer triunfar la invasión por un ejército extranjero de su propia patria!

AGUSTÍN DE QUINTO

Es el otro nombre propio que también desempeñó labores como comisario general de la orilla derecha del Ebro, circunscrito a sus dominios del Bajo Aragón. Su actuación en la capital apenas tuvo importancia. Sin embargo, Suchet también hablará muy bien de él *“Agustín de Quinto uno de los abogados mas distinguidos por sus conocimientos. Uno de esos hombres raros donde el talento iguala a la virtud. Era uno de los hombres claves para conquistar la opinión pública en la aplicación misma de las medidas rigurosas que demandaban. Convencido de la posición del país, tenía la honorable misión de interponer la moderación y la justicia entre los habitantes y los soldados y protegió los intereses de sus compatriotas con mucha perseverancia”*³⁶.



Agustín de Quinto y Guíu.

En este elogioso recuerdo Suchet no solo habla bien de Agustín de Quinto, sino que confiesa sus intenciones de librar la batalla de la opinión pública, en ese afán, la moderación del comisario le permitió administrar con tranquilidad todo el Bajo Aragón.

En el libro sobre el gobierno intruso de Bayod Pallarés, habla de Agustín de Quinto en términos muy elogiosos, poniendo en contraposición a la figura, represora y egoísta de Domínguez, pero baste con leer una de las proclamas de este comisario a los corregidores de su distrito, para darse cuenta que la dureza y la impiedad iban de la mano con todo el gobierno de Suchet, algunos párrafos rezan así “*Se ha concluido el tiempo de amnistía y de perdones. El exceso de bondad tiene un término y sus inconvenientes en la política...*”.

Este comisario también fue condecorado con la Legión de Honor Francesa, y Suchet lo reclamó para su administración levantina a la conquista de Valencia.

Con la retirada francesa de la península se marchó al país vecino de donde regresó a los siete años con los beneficios de una amnistía.

NOTAS AL CAPÍTULO VIII

- ¹ ASED Y VILLAGRASA, Manuel Isidoro, *Relación de las Fiestas que la Imperial Ciudad de Zaragoza celebró en los días 16 y 17 de junio de 1810*, p. 112. Zaragoza, imprenta de Miedes.
- ² Decreto del duque de Abrantes, gobernador de París, general en jefe del III Cuerpo, gobernador general de Aragón. Libro de Actas 1809, pp. 52-53. N.º registro 1.521. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- ³ Algunos aspectos de la financiación de la policía colaboracionista han sido tratados en el libro de BAYOD PALLARÉS, Roberto G., *El Reino de Aragón durante el «gobierno Intruso» de los Napoleón*, pp. 82 y 83. Zaragoza. Librería general, 1979.
- ⁴ Libro de Actas de 1811, p. 332. N.º registro 1.526. AMZ.
- ⁵ CASAMAYOR, Faustino. *Años políticos e históricos. De las cosas particulares sucedidas en la ciudad de Zaragoza. Años 1790 a 1826*. Biblioteca Universitaria de Zaragoza, 6 de mayo de 1810.
- ⁶ Esta carta fue publicada en el VI Premio Los Sitios: «El Clero en los Sitios», del Reverendo D. Agustín Gil Domingo, p.135.
- ⁷ ASED Y VILLAGRASA, Manuel Isidoro, *Relación de las fiestas que la Imperial Ciudad de Zaragoza celebró en los días 16 y 17 de junio de 1810*, p. 3. Zaragoza, imprenta de Miedes.
- ⁸ Libro de Actas de 1813, sesión del 22 de agosto. N.º registro 1.534. AMZ.
- ⁹ El Volquete era un carro destinado al acarreo de áridos y enrronas, solía cargar un metro cúbico y descargaba la carga por la parte de atrás cuando “volcaba” al tirar de un resorte. El autor ha conocido en su casa un volquete perteneciente a su familia.
- ¹⁰ CASAMAYOR, Faustino. *Años políticos e históricos. De las cosas particulares sucedidas en la ciudad de Zaragoza. Años 1790 a 1826*. Biblioteca Universitaria de Zaragoza, 16 de enero de 1813.
- ¹¹ Libro de Actas del Ayuntamiento, 1813. Acuerdo del 6 de julio, p. 362. N.º registro 1.534. AMZ.
- ¹² Lettre de Suchet au Ministre de la Guerre. Traducción del autor. Servicio Histórico Francés A.T. C8 65.
- ¹³ Carta de Mariano Domínguez al Ayuntamiento, 6 de septiembre de 1811. Libro de Actas del Ayuntamiento p. 98. N.º registro 1.526. AMZ.
- ¹⁴ *Ibidem*, p. 75.
- ¹⁵ La condecoración le fue concedida al mismo tiempo al Intendente Luis Menche y a Agustín de Quinto. *Gaceta Nacional de Zaragoza*, n.º 16, jueves 21 de febrero de 1811. HMZ.
- ¹⁶ CASAMAYOR, Faustino. *Años políticos e históricos. De las cosas particulares sucedidas en la ciudad de Zaragoza. Años 1790 a 1826*. Biblioteca Universitaria de Zaragoza, 15 de septiembre de 1813.
- ¹⁷ CASAMAYOR, Faustino. *Años políticos e históricos. De las cosas particulares sucedidas en la ciudad de Zaragoza. Años 1790 a 1826*. Biblioteca Universitaria de Zaragoza, 24 de abril de 1810.
- ¹⁸ Recibo por gastos de imprenta del 30 de septiembre de 1811. Subsecretaría XVII-1.243/4 Tesorería de la policía. Archivo Diputación Provincial de Zaragoza.
- ¹⁹ Mémoires du Marechal Suchet, duc D´Albufera, sur ses campagnes en Espagne. (1808-1814). Ecrits par lui-même. París, 1834, p. 302. Biblioteca Diputación Provincial. Traducido por el autor.
- ²⁰ Vicente Enriquez Perea acababa de sustituir en julio como alcalde corregidor a Mariano Domínguez, era natural de la Mancha y corregidor de Murcia. No era el hombre adecuado para el cargo y tuvo que exiliarse a la marcha de los franceses, acabó siendo detenido más tarde.
- ²¹ José María Carvajal fue ministro de Guerra en ausencia de su titular, en el Consejo de Regencia de junio de 1812 y otra vez en 1813. No confundir con el duque de San Carlos que permaneció al lado de Fernando VII en Francia, cuyo apellido es el mismo.
- ²² Carta personal de Calixto Lasala enviada a Pedro Valero el 5 de septiembre de 1810. refugiado en Ojos Negros, informándole de la situación de Zaragoza. VI Premio Los Sitios. Reverendo GIL DOMINGO Agustín, *El Clero en los Sitios de Zaragoza*, p. 137.

- ²³ Carta de Napoleón n.º 14276 «Observations sue les affaires d'Espagne» (Saint-Cloud, 27 de agosto. Citado por Jean René Aymes en su trabajo *Francia y la Guerra de Independencia en 1808 (De Bailén a Chamartín)*).
- ²⁴ Actas del Cabildo Metropolitano de Zaragoza. Capítulo del 23 de junio de 1809. ACZ.
- ²⁵ Consueta de 1672 f.47/472. Archivo Cabildo Metropolitano de Zaragoza.
- ²⁶ Actas del Cabildo Metropolitano de Zaragoza. Capítulo del 23 de junio de 1809.
- ²⁷ *Gaceta Nacional de Zaragoza*, n.º 91 del jueves 12 de noviembre de 1812. HMZ.
- ²⁸ ASED Y VILLAGRASA, Manuel Isidoro, *Relación de las fiestas que la Imperial Ciudad de Zaragoza celebró en los días 16 y 17 de junio de 1810*, p. 4. Zaragoza, imprenta de Miedes.
- ²⁹ Carta Personal de D. Calixto Lasala enviada a D. Pedro Valero (5-IX-1810), refugiado en Ojos Negros, informándole de la situación de Zaragoza. VI Premio Los Sitios. Rvdo. GIL DOMINGO Agustín, *El Clero en los Sitios de Zaragoza*, p. 137.
- ³⁰ Haberes del Escribano del gobierno Francisco López de febrero agosto del año 1811. Subsecretaría XVII-1.243/4. Tesorería de la policía. Archivo Diputación Provincial de Zaragoza.
- ³¹ Carta de Suchet al príncipe de Neufchâtel "Sobre los clérigos, la justicia y la policía". Fechada el 9 de diciembre de 1810. SHAT (C8 61, p. 5).
- ³² Haberes del Escribano del gobierno Francisco López de febrero agosto del año 1811. Subsecretaría XVII-1.243/4. Tesorería de la policía. Archivo Diputación Provincial de Zaragoza.
- ³³ Los sueldos de Las Prefecturas han sido sacados de RODRÍGUEZ ZURRO, Ana Isabel, *Frustraciones del Rey José*. Historia 16 año xxv n.º 312, p. 47.
- ³⁴ ASED Y VILLAGRASA, Manuel Isidoro, *Relación de las fiestas que la Imperial Ciudad de Zaragoza celebró en los días 16 y 17 de junio de 1810*, p. 16. Zaragoza, imprenta de Miedes.
- ³⁵ Mémoires du Marechal Suchet, duc D'Albufera, sur ses campagnes en Espagne. (1808-1814). Ecrits par lui-même. París, 1834, p. xliv. Biblioteca Diputación Provincial. Traducido por el autor.
- ³⁶ Ibidem.

CAPÍTULO IX

LA CIUDAD SE ESTREMECE. EL FINAL DE LA OCUPACIÓN

En los capítulos anteriores hemos visto y analizado el funcionamiento de los resortes del poder en la ciudad ocupada; hemos visto cómo el gobierno intruso consigue establecerse y asentar, no sólo su legitimidad, que le venía dada por las puntas de las bayonetas de un ejército vencedor en alianza con la vergonzosa renuncia de sus reyes borbones, sino también imponer su “Pax Romana” en la capital aragonesa. Hemos observado cómo Suchet el gobernador, consigue romper el alma de resistencia del pueblo empleando, con profusión, su imponente y novedoso arsenal de guerra psicológica, ganando la batalla de la opinión pública.

Por estas páginas han desfilado la Iglesia con su obispo auxiliar y el dean catedralicio, los comisarios de policía, los regidores del ayuntamiento, comediantes, toreros, técnicos en luminotecnia y tramoyistas, soplones, morosos, la familia del gobernador encabezada por su joven esposa Honorine, sus aposentos más íntimos, las fiestas y saraos, los desescombros, los bomberos, los convoyes de prisioneros y de españoles josefinos que huyen, tropas que desfilan y se abastecen, los distintos gremios de la ciudad pagando impuestos o festejando con sus carrozas los triunfos de Suchet. Hemos oído tocar las campanas en honor de los nuevos amos y callar sus toques antiguos.

En definitiva, nos hemos aproximado, solo aproximado, a la vida de una ciudad ocupada donde el fenómeno del conformismo y la colaboración con un gobierno nuevo e intruso, se manifestó con la total ausencia de cualquier tipo de resistencia. La sociedad y el pueblo zaragozano estuvo inane y silente durante toda la ocupación, pensando quizás que su futuro iba a ser, para siempre, napoleónico. También influyó, naturalmente, el cansancio y agotamiento derivado de los dos terribles sitios que soportó la ciudad, seguido de un intenso deseo de disfrutar de una paz duradera y el consiguiente goce tranquilo de la vida.

Y finalmente, la explicación más extrema de la entrega del pueblo zaragozano a los invasores franceses habrá que buscarla en la desaparición de las calles de aquellos combatientes más aguerridos e irreductibles, que prefirieron marchar a campo abierto con las guerrillas, fueron hechos prisioneros o acabaron sus vidas bajo la mirilla de los fusiles franceses en la tapias de la ciudad.

Hay que recordar que España había sido ocupada militarmente y que la represión violenta del resistente era un hecho normal y cotidiano, trasladando las duras leyes de la guerra a las ciudades y campos ocupados. Así, el 29 de diciembre de 1808 el gobernador de Madrid publica una orden que obliga a entregar todo tipo de armas, incluidas las navajas, bajo pena de ser condenada a muerte la persona que se le encuentre alguna. Estas medidas se van a generalizar rápidamente por todo el reino ocupado.

En 1810 se extendieron por todas capitales de España las llamadas Juntas Criminales para procesar aquellas personas sospechosas de espionaje, conspiración contra el gobierno, posesión de armas y asesinato. La pena de garrote, la horca o el fusilamiento eran hechos habituales, en aquellos años, que sufrían muchos españoles.

LOS AJUSTICIAMIENTOS EN LA CIUDAD DURANTE LA OCUPACIÓN

La muerte es, sin duda, el máximo grado de imposición que el poder ejerce sobre las personas, y, dadas las circunstancias, esta herramienta terrible y extrema, fue manejada con infinita prudencia por la autoridad en la Zaragoza ocupada.

Realmente no fue necesario el uso indiscriminado y masivo de este instrumento que es capaz, por sí mismo, de someter cualquier voluntad. Este escaso uso de la pena de muerte estaba fundado en que, realmente, no había ninguna necesidad de hacerlo efectivo puesto que la ciudad y los ciudadanos estaban totalmente entregados al nuevo orden y, por ende, a la nueva dinastía. La ciudad apenas se resistió, ni en ella se cometió ningún atentado político o episodio de lucha armada en los más de cuatro años de ocupación (a finales de 1809 Suchet le dice al ministro de Guerra francés que “*después de 6 meses no hay ni un solo soldado francés asesinado en Zaragoza*”). Otra cosa distinta era el extenso campo de batalla aragonés, donde las armas francesas no acabaron nunca de asentarse e imponer su soberanía, hasta el punto que muchos de los ajusticiados en la ciudad eran reos apresados fuera de sus muros, pertenecientes a la guerrilla o a formaciones regulares donde nunca se dejó de combatir. En enero de 1810 su jefe de Estado Mayor dirá: “*todas las guerrillas que son capturadas son ejecutadas al instante*”.

No obstante, los ajusticiamientos sumarios no eran algo extraño a la ciudad, y sus calles y plazas conocieron los pelotones de fusilamiento, los patíbulos o los montajes del garrote vil. Se fusiló en el Coso, en Torrero y en la orilla del Ebro, se puso garrote en la plaza del Mercado y, bien fueran guerrilleros, ladrones, criminales o soldados franceses y polacos, que de todo hubo, siempre se hizo a unas horas donde

se garantizaba la afluencia del pueblo, buscando la publicidad y el efecto ejemplarizante de este acto extremo.

Paradójicamente, los primeros fusilados, tras la rendición de la ciudad, fueron dos soldados franceses que se habían dado al saqueo y que fueron pillados “in fraganti”. Estos ajusticiamientos tuvieron lugar el día 22, y su origen estuvo en una queja de la Junta, que había rendido la ciudad, que envió al general Laval para que frenara los robos y asaltos de los soldados vencedores. La drástica medida tomada por el mando francés parece ser que fue suficiente para cortar tales abusos.

En cuanto a las primeras ejecuciones sufridas por los españoles y ordenadas por los ocupantes, comenzaron en la temprana fecha del 23 de febrero de 1809, cuando sólo hacía tres jornadas que los franceses habían entrado a la ciudad. Ese día las tropas francesas, saltándose uno de los capítulos de la rendición por el cual se garantizaba la vida a los eclesiásticos, dieron muerte a bayonetazos a los padres de la Iglesia, Boggiero y Sas, en el Puente de Piedra.

Después vendrán otros muchos más, como ocurrió cuando el mismo día 23 se encontró un francés muerto en la calle del Portillo a la puerta del número 113. Informado el mando, se organizó una investigación que acabó con el arresto, a las 9 de la noche, de todos los hombres que se encontraron en la casa frente a la que había muerto el soldado francés. Fueron cinco los prisioneros tomados en la casa de la calle del Portillo, los cuales fueron conducidos inmediatamente a Torrero donde serían fusilados, a media noche, junto a un ribazo del monte. Entre ellos se encontraba el infortunado Domingo Loyola, que fue enterrado en la iglesia de San Pablo¹.

Otro episodio muy similar al anterior tuvo lugar en la noche del día 24, cuando cinco zaragozanos que se habían reunido en casa de Diego de Sola en la calle del Portillo, fueron sorprendidos por una patrulla francesa, los cuales, sospechando que tramaban un acto de resistencia, fueron fusilados inmediatamente bajo el puente del río Huerva. Para algunos soldados franceses, el respeto de la vida de los vencidos reflejado en las capitulaciones firmadas por sus mandos, solo era un papel que no les obligaba a nada.

A estos le sucederán otros casos como el de Francisco Bacerca, de 48 años, que murió el 20 de abril a causa de un bayonetazo francés en el brazo, su viuda presentará un escrito para que se le inscriba como difunto en la parroquia de San Pablo donde dirá de su muerte “*que su difunto marido fue uno de los defensores de la Ciudad en los dos sitios por cuya razón le mataron cuatro soldados franceses luego que capituló la Ciudad*”².

Estos primeros actos de violencia suprema sobre los vencidos pueden inscribirse como el típico acto de represalia de guerra como continuación de la batalla que se había librado por la ciudad de Zaragoza, y que posteriormente ya no se volvieron a repetir.

En mayo serán tres insurgentes del pueblo de Gelsa los que sufrirán la justicia de los vencedores y ocupantes, tras ser acusados de hacer desertar a unos soldados polacos. Los tres fueron condenados a la horca por Junot el 10 de mayo, pero debido a que al día siguiente era la fiesta de la Ascensión del Señor, se pospuso la pena, que se ejecutó el día 12 a las diez de la mañana. Sus cuerpos permanecieron colgados, como aviso a navegantes, hasta el día siguiente en que fueron recogidos y enterrados por la Hermandad de la Sangre de Cristo en la arboleda de Macanaz, lugar donde reposaban tantos patriotas que habían muerto en defensa de la ciudad.

El general Suchet llegó a Zaragoza en marzo y enseguida sustituyó, en todas sus funciones, a Junot, duque de Abrantes. Su llegada a la ciudad estuvo plagada de problemas por la presión que los ejércitos españoles estaban ejerciendo sobre su maltricho III Cuerpo de Ejército, tanto en el Bajo Aragón como posteriormente sobre la propia capital de Zaragoza. El lógico agotamiento por la larga campaña, añadido al estrés acumulado por los constantes combates, arrastraron por los suelos la moral de los soldados franceses. Y el general Suchet, para restablecer la baja moral de las tropas, no dudó en ajusticiar a un soldado francés acusado de derrotismo. Esta acción cruel de Suchet nos ofrece un perfil de hombre resolutivo y de decisiones rápidas, por lo que no era de extrañar que el 8 de julio mandara ahorcar, delante de todo el pueblo, a un vecino de Cuarte que había dado muerte a tres soldados franceses. Este ahorcamiento era una medida que no iba más lejos que la de una pura represalia militar, pero al ser efectuada por el verdugo de Zaragoza le confería otro tipo de carácter; sin duda el hábil Suchet buscaba con esta muerte ejemplar la intimidación más extrema ligada a la guerra psicológica, pues hubiera bastado con un simple pelotón de fusilamiento para dar muerte a este patriota sin que el verdugo de la ciudad estuviera presente.

Doce días más tarde se vuelve a montar el patíbulo en la ciudad. El reo será un mancebo alpargatero de nombre Tapia que había herido a un soldado francés por comprometerse con una moza (la denunciante) que cortejaba. Tapia fue ahorcado a las diez de la mañana acompañado de mucha tropa. Este segundo ahorcamiento en la ciudad estuvo motivado, claramente, por lo que hoy llamamos “un asunto de faldas” y no tenía, salvo la rabia del mancebo, motivación política alguna. Este reo también fue asistido en sus últimos momentos por la Hermandad de la Sangre de Cristo.

Merced a una orden del gobernador, la Sala del Crimen, que dependía de la Real Audiencia, es desprovista de sus competencias pasando estas a la policía. A partir del 8 de agosto, todas las causas criminales serán vistas por los dos asesores jurídicos de la policía, siendo ésta juez y parte de las causas. Probablemente se ganó en eficacia todo lo que se perdió en garantías jurídicas, pero de esta manera el gobernador tenía un control total sobre la ciudad que era lo que le interesaba.

En el mes de agosto, entre los días 8 y 14, se pasaron por las armas a ocho presos de Caspe y comarca (varios del pueblo de Alborque) acusados de resistirse a los franceses. Estos fusilamientos serán unos de los más masivos que conocieron las tapias zaragozanas y, como muchos otros, también pueden inscribirse como actos de guerra. Estas muertes darían lugar, unos años más tarde, a un largo proceso de infidencia donde fueron acusados, como responsables de estas muertes, varios colaboracionistas de Caspe como José Soler, Ramón Pellicer, Narciso Bello, Manuel Lorzal y Francisco Poblador³.

El 18 de este mismo mes se sentencia a la horca a un vecino de Mallén acusado de espionaje a favor de los españoles; éste se llamaba Manuel Arnaia, tenía 60 años y vivía en el Barrio Curto. La gravedad de este tipo de delitos era proporcional a la distancia y el peligro de las tropas españolas; probablemente, esta misma acusación hecha unos meses más tarde con las tropas españolas alejadas de la ciudad, no hubiera revestido la misma pena.

El 15 de septiembre se registra otro ahorcamiento. Esta vez el reo es un paisano de Alcañiz acusado de haber dado muerte a un soldado polaco. Al ajusticiar a los condenados en la capital, lejos de los escenarios donde habían sucedido los hechos, cabe pensar que todavía tenían los condenados la remota esperanza de que el gobernador, al estilo de los monarcas absolutos, pudiera suspender la pena capital en el último momento. Pues Suchet, como virrey que lo era, tenía en todo Aragón esas atribuciones. En cualquier caso, indultara o no, su autoridad siempre quedaba reforzada.

A mediados de octubre otros dos espías serán ahorcados en la plaza del Mercado; uno se llamaba Bentura Fernández, natural de Orense, de 27 años de edad; el otro era Antonio Gracia, natural de Calatayud, de 48 años. Los dos fueron enterrados en San Pablo, por ser esta la parroquia más cercana al cadalso. La acusación de espionaje era uno de los delitos más graves que llevaba aparejada, indefectiblemente, la sentencia de muerte.

El día 22, otro cadáver ajusticiado manchará con su sangre una plaza zaragozana. Esta vez se trata de un soldado francés al que un pelotón de infantería fusilará en la

plaza de La Seo. No era el primer soldado francés que fusiló Suchet ni tampoco será el último; el sentido de la disciplina y del orden público del gobernador estaba muy por encima de la vida de un simple soldado. En este caso, el delito del soldado fue de tal magnitud y realizado ante un numeroso público que no cabía pensar en otro desenlace que no fuera éste. El húsar francés se había visto atrapado en un embotellamiento en el Puente de Piedra, lleno de ira decidió acuchillar a los infortunados paisanos que le impedían el paso matando a uno de ellos e hiriendo a dos más; finalmente acabó siendo hecho prisionero y desarmado por un oficial francés quien lo condujo al castillo, de donde salió para ser fusilado tras un rápido consejo de guerra.

Otro soldado francés, en este caso un sargento, también fue fusilado a las cinco de la tarde del 30 de diciembre, por haber dado muerte a uno de sus mismos cabos aquella misma mañana. La justicia militar de Suchet era rápida y expeditiva, y por tanto ejemplar; de eso se trataba, así consiguió restablecer la disciplina de sus hombres.

En cuanto a las sentencias de muerte, el comienzo del año de 1810 fue cruel y expeditivo, la resistencia armada seguía irredenta en la provincia y su consiguiente represión alcanzaba su colofón en el patíbulo de la ciudad. El 15 de enero se ahorcó en la plaza del Mercado a un hombre de Ricla que había matado a un soldado francés, y en el Coso se fusiló a varios patriotas, ajenos a la ciudad, por haberles cogido con las armas en las manos.

El 14 de mayo otro espía caerá en víctima de la red de confidentes y delatores que pululaban por la ciudad. En este caso será el soldado Salvador Ferriz de 23 años y natural de Cabañas de Ebro, que reconocido y delatado por un traidor a los gendarmes franceses, acabó siendo detenido en la plaza del Mercado. Seguidamente fue pasado por las armas en el pilón de la Virgen de la Oliva frente al castillo.

El 3 de septiembre será otro soldado español el que acabará frente a un pelotón de fusilamiento acusado de espía; éste era un soldado de Villacampa que, sin uniforme, se había acercado a la ciudad para un asunto particular. El delator fue uno de los frailes exclaustros que pretendía hacer méritos ante el gobierno Intruso⁴.

Tendría que pasar casi un año para que volvieran las ejecuciones a Zaragoza, esta ralentización de las mismas (Casamayor no recoge ninguna) va a coincidir con el “año triunfal de Suchet”, donde el gobernador medirá todas sus actuaciones políticas y militares como de auténtico éxito. La inmensa campaña de propaganda (estudiada en otro capítulo de este mismo libro) ejecutada por las nuevas autoridades y sus

afines, harán del gobernador un héroe zaragozano y ascenderán a éste a la figura intocable de virrey.

Pero en 1811 las cosas comienzan a cambiar, y Mina se convierte en un enemigo feroz para los franceses, para él y sus hombres no habrá cuartel; por eso el 20 de febrero se mandó fusilar en la Puerta de la Tripería a un joven soldado de Mina llamado Lacasa, natural de Undués, que lamentablemente fue cogido prisionero en la barca de Gallur. La muerte había vuelto a las calles de la ciudad.

El día 23 de febrero se dio sentencia por garrote a Pedro Temprado, que había asesinado a su mujer hacía un mes. Esta sentencia fue la primera evacuada por la nueva Sala del Crimen Extraordinaria que Suchet había formado en sustitución del Tribunal de Policía; este Tribunal contaba con más garantías jurídicas que el de la policía, que era un tribunal de excepción propio de un ejército de ocupación. En cuanto a la naturaleza de la sentencia de muerte a garrote no hay nada que decir, puesto que Pedro Temprado, sastre de profesión, había estrangulado a su esposa alevosamente; además fue pillado “in fraganti” cuando estaba enterrando el cadáver de su mujer.

Al poco tiempo, la dureza de la guerra se cebó en las tropas polacas aliadas del Imperio, siendo los soldados de este origen los que acabaron siendo fusilados en Casablanca y Torrero. La historia de estos sucesos es la siguiente:

A finales de marzo, Suchet había salido de Zaragoza llevándose casi toda la tropa en dirección al frente de Cataluña. En la ciudad se quedó el general Harispe como gobernador militar; este a su vez, también tuvo que marchar en dirección a Teruel con tropas de refuerzo, cediendo el mando de la plaza el día 24 al general de División Buget. Al día siguiente, las partidas españolas se estaban acercando a la ciudad y Buget, nervioso por la situación, mandó que volvieran a salir los 500 soldados polacos que acababan de llegar de las Cinco Villas. Muchos de estos soldados se quejaron tan vivamente de esta injusticia que estuvieron a punto de provocar un motín. Los incidentes, que acabaron con el fusilamiento de al menos siete soldados polacos, fueron tan graves que forzaron el retorno del general Suchet a la ciudad donde entró el 27 de marzo. La disciplina militar debía estar por encima de todo, y seguro que el gobernador aprobó estas medidas tan duras de su general a pesar de lo que estimaba a los soldados polacos.

El garrote volvió a ser montado en la plaza del Mercado, y el 22 de junio se ajustició a un reo acusado de ladrón. El cadáver fue recogido, como era habitual en Zaragoza, por la Hermandad de la Sangre de Cristo.

Tarragona había caído y a los pocos días comenzaron a llegar a la ciudad cientos de prisioneros procedentes de esa batalla, aquí descansaban y luego marchaban hacia Francia por el camino de Jaca. Pero no todos; algunos irredentos intentaban escapar a la menor ocasión a pesar de que si les cogían sabían que serían pasados por las armas. Eso mismo es lo que les sucedió a dos prisioneros que se escaparon el 11 de julio para refugiarse en una casa de las Tenerías, donde acabaron siendo descubiertos. Ese mismo día fueron fusilados.

Lo mismo le ocurrió a un prisionero de la partida del alcalde de Cadrete Tomás Campillo, solo que a éste, como resistente, tuvo el dudoso privilegio de ser fusilado en agosto por los gendarmes españoles a las orillas del Ebro, junto a la puerta de la Tripería, donde ya se había fusilado otras veces.

Otras víctimas españolas de nombre desconocido acabarían fusilados en el mes de agosto de 1811, el día 8 Casamayor nos cuenta cómo a las cinco de la mañana se desalojaron las cárceles de la ciudad, y más tarde sacaron a once prisioneros que fueron “arcabuceados” en las cercanías de la ermita de San Gregorio.

A primeros de octubre, la puerta de San Ildefonso o de la Tripería volvió a ser el lugar elegido para pasar por las armas a los presos condenados. Allí, con la ciudad como testigo, se fusiló a un hermano del famoso guerrillero Pesoduro y a dos asistentes suyos. Casamayor comentará que fue la traición de algunos españoles lo que hicieron posible la captura de Pesoduro mientras estaba tomando los baños en Tiermas⁵.

El 10 de diciembre volvieron los fusilamientos de patriotas españoles en la misma puerta de la Tripería. En esta ocasión habían cogido a dos prisioneros que andaban recaudando dinero, suponemos, que para las arcas del ejército de Mina.

En el año de 1812, la principal calle zaragozana del Coso vivió un episodio mas de guerra que acabó con la vida de un joven soldado napolitano. El sargento de 24 años había dado muerte a un soldado de su regimiento y fue sentenciado a muerte por fusilamiento; este sargento tuvo la serenidad de dar el mismo la orden de fuego al pelotón que acabó con su vida; este acto tan militar, donde se unieron el valor y la asunción de la culpa, impresionó vivamente a los que lo presenciaron.

El 8 de marzo, el comandante de las tropas francesas general París mandó fusilar a otros cuatro prisioneros españoles que intentaron huir de su cautiverio; estos desdichados formaban parte de las tropas derrotadas en Valencia por el mariscal Suchet, probablemente el suceso tuvo lugar en las dependencias del Canal en Torrero, que hacía funciones de cárcel.

En el mes de abril, los pelotones de fusilamiento actuaron de nuevo en la ciudad, en este caso se ocuparon de tres ladrones del pueblo de Codo acompañados de otros ocho más acusados de infidencia. Esta mezcla de la sangre de patriotas y ladrones era un burdo intento de desprestigiar a los primeros, a la vez que, con la excusa del orden público y las acusaciones de ladrones, es posible que también se escondiera alguna acción guerrillera, pues en la guerra, las fronteras del derecho son, a veces, un tanto difusas.

Dos días después del Corpus, entre las 6 y las 7 de la mañana, fue fusilado en el castillo de la Plaza, de orden del general francés, Francisco Pérez, de 44 años de edad y natural de la Zaida. Su muerte fue apuntada en la parroquia de San Pablo sin que figuraran otros datos suplementarios en cuanto al origen de su condena, probablemente al no ser natural de Zaragoza; esto nos hace sospechar que fue condenado a muerte como brigante o guerrillero.

El 4 de junio, por orden de Suchet, se llevó al tablado del garrote a un vulgar estafador para darle un escarmiento ya que no la muerte. El desgraciado era el abogado de Valencia Pedro Sanchez Crespo y había sido capturado en Zaragoza después de falsificar despachos del mariscal pidiendo contribuciones y dineros. Lo subieron al garrote y tras desnudarlo le cortaron el pelo y le grabaron a fuego en la espalda la F de falsario. Pasó tan mal rato el abogado que se desmayaba constantemente y había que animarlo. A esta sentencia le siguieron dos años de cárcel. Al menos esta vez no murió nadie.

Pero sí que hubo víctimas en el patíbulo al mes siguiente; el 11 de julio fueron ahorcados dos españoles desertores que se buscaban la vida robando por donde podían. Estos desertores lo eran doblemente, pues primero lo habían hecho de las tropas de Villacampa y después de los franceses. Su aversión a los uniformes no les salvó la vida y acabaron en la horca.

El día 8 de noviembre Casamayor relata la muerte de un maestro tintorero de San Pablo, pero la califica de accidental; parece ser que este tintorero se hallaba cazando en medio de una alarma y fue abatido al confundirlo con el enemigo. No obstante el accidente, era otra muerte más de un zaragozano para poner en el débito de los franceses ocupantes.

Sin embargo los fusilamientos del 9 de noviembre no eran fruto de la casualidad, ese día se fusiló a siete prisioneros españoles que se rezagaron en la huida de la prisión junto a otros veinte más. En este caso, era el general Reille el gobernador militar que aprobó las sentencias a muerte. Era ley de guerra: si los prisioneros escapaban y eran capturados debían morir.

El 11 de noviembre se cumplió la sentencia de muerte para Melchor Comín natural de Ariño. Éste murió, a las 12 de la mañana, por el españolísimo método del garrote vil que fue montado en la plaza del Mercado. Lo cierto es que este caso se alargó mucho más de lo habitual en aquellos tiempos, puesto que Melchor Comín fue hecho prisionero por los guardias de Alloza en junio y acusado de ocho robos a mano armada en los caminos públicos. El 20 de octubre se substanció la causa por el director y su asesor de policía, que decidieron condenarlo a muerte, la sentencia fue apelada por el reo y confirmada por la Junta General de Apelación el 9 de noviembre; la sentencia se ejecutó dos días mas tarde⁶.

Otro caso, este con suerte, benefició a un soldado italiano que había dado muerte a un sargento en una casa de la ciudad. Cuando estaban a punto de fusilarlo se mandó suspender la ejecución y lo retiraron. Este italiano es, probablemente, el mismo soldado napolitano del general Severolli que había matado a un oficial guarnicionero en una disputa familiar en marzo de 1813.

El 10 de junio de 1813, cuando apenas quedaba un mes para la salida de los franceses de Zaragoza, se iba a celebrar la que sería la última ejecución a garrote en la ciudad ocupada. A esta circunstancia se iba a añadir la truculencia de que al reo de muerte se le llevó hasta el patíbulo malherido y atado a la camilla. Aún así, la justicia inflexible cumplió su cometido. El ajusticiado era un ladrón de nombre Joaquín Señalada, natural de Cucalón y se hallaba preso por haber robado en la ribera del Jiloca. El día señalado para su fin se autolesionó de gravedad con una navaja que le proporcionó su esposa, también presa. A pesar de su estado fue llevado en unas parihuelas por los Hermanos de la Sangre de Cristo hasta el mismo tablado, donde se procedió a su ejecución.

El método como se daba la muerte no era casual, y la forma de morir marcaba el hecho delictivo: a los soldados se les fusilaba, a los traidores y espías se les ahorcaba y a los delincuentes comunes se les daba garrote. Esta distinción en el último momento no era baladí, pues en aquellos tiempos el honor y la exposición pública formaba parte de la cultura e identidad social de todo el pueblo.

En cuanto al garrote, era lo más vejatorio y a la vez lo más caro para la ciudad, ya que además de convocar al verdugo había que montar todo la parafernalia. En Zaragoza el encargado de esta tarea era el carpintero Antonio Puyo Maestro; en una de sus facturas mandadas al Ayuntamiento dirá lo siguiente: “*trabajos de haber armado y desarmado el tablero del Garrote de Orden del Señor Director general del Reyno de Aragon en los dias 9 y 10 de noviembre del año 1812. sus trabajos ascienden a 160 reales*”⁷.



Por una navaja...

34 POR UNA NABAJA
Agua fuerte 157 x 208 mm

Goya, en su aguafuerte de la serie los "Desastres de la Guerra" (detalle), no ofrece la visión de un reo vestido con túnica negra para su ejecución en la plaza pública con el motivo de la sentencia colgado al cuello; por una navaja.

CUADRO RESUMEN

Ya hemos visto con detalle cómo las calles y plazas zaragozanas conocieron los pelotones de fusilamiento, los patíbulos o los montajes del garrote vil. La mayoría de las ejecuciones lo fueron por fusilamiento, que es el método lógico y principal que las guerras alimentan. Hemos conocido cómo, para varios reos, se montó el garrote. A su vez hemos recogido el castigo ejemplar de ocho ahorcados, cuando en la España Josefina, curiosamente, se había prohibido este método por un anuncio en la *Gaceta de Madrid* el 23 de octubre de 1809. La prohibición del suplicio de la horca fue tomada como una medida progresista y modernizadora que igualaba en el patíbulo a nobles y plebeyos; a partir de esa fecha todos los españoles ya disfrutaban del igualitario derecho de ser “agarrotados”. Este particular detalle de la manera de morir en Zaragoza era, también, un ejemplo claro del grado de autonomía diferenciadora de la Corte de Madrid que había alcanzado el Virreinato de Aragón bajo el mando de Suchet.

Resumiendo y sistematizando los datos anteriores de ajusticiamientos en la Zaragoza ocupada nos salen las cifras siguientes*:

Ajusticiados	
Soldados franceses	6
Soldados polacos	7
Soldados napolitanos	1
Soldados españoles alistados (trece prisioneros escapados)	18
Paisanos resistentes	42
Ladrones y criminales	10
Causas sin determinar	15
Total	96

Método de la muerte	
Fusilamiento	81
Horca	8
Garrote	7
Total	96

Lugares de las ejecuciones	
Plaza del Mercado (Horca y garrote)	El Pílon
Calle del Coso (Fusilamiento)	de la Virgen del Olivo (Fusilamiento)
Casablanca (Fusilamiento)	Plaza de la Seo (Fusilamiento)
Puerta Tripería (Fusilamiento)	Ermita de S. Gregorio (Fusilamiento)
Ribera del Ebro (Fusilamiento)	Torrero (Fusilamiento)
El Castillo (Fusilamiento)	Puente del Huerva (Fusilamiento)

AÑOS	AJUSTICIADOS
1809	36
1810	3 (posiblemente alguno más sin determinar)
1811	29
1812	27
1813	1

Realmente, 96 muertes recogidas no resultan una cifra excesiva, si tenemos en cuenta que la mayoría de los casos las sentencias de muerte se habían originado en el campo de batalla fuera de la ciudad; incluso la propia situación de Zaragoza como retaguardia de los frentes, hacía que muchas de las ejecuciones se realizaran allí donde residía el mando militar, los tribunales civiles y políticos y las prisiones. También la ciudad generaba sus propios conflictos, pues era el sitio tranquilo donde corría el dinero y donde la numerosa soldadesca multinacional relajaba la disciplina, por lo que las peleas y los robos estaban a la orden del día. Descontando los casos de muerte como represalia militar, vemos que la cantidad no difiere de la contabilizada en Madrid donde, tomando como fuente el *Diario de Madrid* entre enero de 1808 y noviembre de 1813 sólo se contabilizan once anuncios de ajusticiamiento por garrote, la mayoría de ellos por penas de delitos comunes.

Por todo ello reiteramos la manifestación anterior de que 96 muertes es, realmente, una cifra baja para los cuatro años y medio de ocupación, y que, dada la variedad de origen de estas penas máximas, impide atribuir causa alguna a la represión política ejercida por Suchet. El gobernador no necesitó la horca o el garrote para someter y subyugar a la ciudad; él empleó un recurso más sutil como fueron las acciones de guerra psicológica y la propaganda, que, a la postre, se mostraron mucho más eficaces que las violentas ejecuciones.

LAS EJECUCIONES Y LA HERMANDAD DE LA SANGRE DE CRISTO EN ZARAGOZA

En 1809 la guerra había dado un respiro a la ciudad. De inmediato los ocupantes, agotados y excitados por la crudeza de la “guerra total” que ellos también habían sufrido y protagonizado, comenzarán a asentar su poder esperando que la ciudad se les

entregue incondicionalmente. Para ello el ejército invasor pondrá la fuerza de sus armas al servicio de las tareas represoras e intimidatorias y, en consecuencia, la sangre no dejará de correr por las calles zaragozanas, solo que esta vez será bajo el amparo de la ley de los vencedores.

La ciudad, buscando la normalidad añorada y destruida por la guerra, volverá a ver montar el patíbulo o el garrote vil que habían conocido en los tiempos de paz, y sólo los fusilamientos por algunas calles añadirán novedad a la vieja tradición del acto supremo del poder, que es quitar la vida en nombre de la autoridad.

Pero en la vieja capital aragonesa, la plenitud del ceremonial de los ajusticiamientos no pertenece en exclusiva al Estado. Puesto que una vez ejecutado el reo, una vieja tradición le otorga la responsabilidad de asistir a los penados y encargarse de la conducción del cadáver a una institución llamada “*Muy Ilustre y Antiquísima Real Hermandad de la preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo y Madre de Dios de Misericordia*”.

El ritual de la ejecución

En Zaragoza, antes de la Hermandad, eran las órdenes religiosas y el clero parroquial los que recogían y enterraban los cadáveres hallados en su distrito y los ajusticiados, pero desde el siglo XVIII la Hermandad extendió sus actividades piadosas en la preocupación por los reos; velando por el estado de las cárceles, por los instrumentos del patíbulo, por el uso de algunos enseres en las ejecuciones, como así mismo de la asistencia y el confortamiento de los condenados⁹, y de la recogida posterior de los cadáveres y la celebración de misas por sus almas. Finalmente, también la Hermandad se encargaba de pedir por las calles para sufragar los gastos del entierro y la asistencia de sus acongojadas familias.

El día de la ejecución, los cofrades y religiosos junto con los representantes de la justicia trasladaban al reo, una vez confesado, hasta el patíbulo situado en la plaza del Mercado, la procesión se alumbraba con cirios y era presidida por un gran crucifijo. En medio de todos ellos y rodeados de una morbosa multitud, el condenado solía ir revestido con túnica negra y capuza montado en una caballería que le proporcionaba la Hermandad.

Tras la ejecución y comprobada la muerte del reo, la Hermandad, con su mayordomo y el llamador, ponían los restos en un carro y se los llevaban, generalmente, a la iglesia de San Pablo (la más cercana) donde salía a recibirles el Capítulo hasta la calle de San Blas. Con las limosnas recogidas, la Hermandad gratificaba a los

monaguillos, campaneros y foseros, y si sobraba algo se repartía entre la parroquia de Santa Cruz, el Seminario o San Pablo.

La Hermandad durante la Guerra

Estos antiguos privilegios que la Hermandad detentaba, se vieron amenazados durante el reinado de Carlos III (otras muchas cofradías desaparecieron por la política “modernizadora” de Aranda y Campomanes), pero el reconocimiento por la caritativa labor de recogida de cadáveres que desempeñaban, hizo posible que esta Hermandad continuara su actividad incluso en los difíciles momentos de la Guerra y la postrera ocupación francesa¹⁰.

En el libro de cuentas de la Hermandad de 1808 y 1809 firmado por el mayordomo Juan Vázquez se establece claramente, como si de una declaración de principios se tratara, la finalidad de la Hermandad: *“Es y ha sido desde su creación socorrer en lo temporal y espiritual a los Reos sentenciados a muerte puestos en Capilla y a los cadáveres Desamparados que se hallan en los caminos, Rios, Calles y que han sido reos por lo militar”*¹¹.

En dicho libro de cuentas aparece la cifra de trece penados socorridos por la Hermandad. Asimismo, aparecen algunos detalles de los costos de la ejecución de varios reos condenados durante los Sitios de la ciudad como los de:

- Josef Burdeos, viudo, natural de Olorón, residente en Tudela, mandado castigar por la Junta el 2 de julio de 1808. Los costes de esta ejecución ascendieron a 13,79 reales de vellón.
- Domingo Calonge, natural de Deza, de 19 años.
- Antonio Marquesán natural de Hajar, mandado castigar el 18 de julio, siendo los gastos de:
 - Mortajas 21,29
 - Camillas 1,29
 - Almadon 1,89
- Josef Lerena, natural de Iruecha, de 40 años, ejecutado el 14 de agosto de 1808.

El año de 1809, con la ciudad ya en manos francesas, cambia el mayordomo que pasa a ser don Julián Romano, pero no así la actividad de la Hermandad. Este nuevo mayordomo apunta en los libros el testimonio del ajusticiamiento de tres reos el 12 de mayo de 1809. En esta ocasión se recogieron 31,15 reales de vellón de limosna para pagar los gastos de mortajas, llamador, sepulturero y bebidas. Asimismo se celebraron 124 misas de caridad por cada una de las tres almas de los reos. Las víctimas eran

tres insurgentes del pueblo de Gelsa los cuales, tras ser acusados de hacer desertar a unos soldados polacos, fueron condenados a la horca por Junot el 10 de mayo, pero debido a que al día siguiente era la fiesta de la Ascensión del Señor, se pospuso la pena, que se ejecutó el día 12 a las diez de la mañana. Sus cuerpos permanecieron colgados, como aviso a navegantes, hasta el día siguiente, en que fueron recogidos y enterrados por la Hermandad de la Sangre de Cristo en la arboleda de Macanaz.

Otra de las muertes que quedó reflejada en el libro de cuentas de la Hermandad es la del alpargatero José Tapia, que había herido a un soldado francés por comprometerse con una moza (la denunciante) que este cortejaba. Tapia fue ahorcado a las diez de la mañana del 20 de julio de 1809 acompañado de mucha tropa. Por la nota de gastos se infiere que el descendimiento y conducción del cadáver tuvo cierta complejidad y que la antiquísima Hermandad no sólo asistía al reo sino que también se apiadaba de la familia, puesto que le entregaron 6 reales a la mujer del difunto. Los gastos fueron los siguientes:

Presas y chocolate
Mortaja
Foseros
Llamador
Secretario
Por la “bala” del difunto
Total: 3,19 reales de vellón

Entregado a la mujer 6 r. v. También se le hicieron 50 misas por su alma.

Lamentablemente, estos son los únicos reos apuntados en los libros de cuentas de la Hermandad que hoy permanecen en el archivo, no habiendo otros libros que recojan esta actividad durante los años de la ocupación.

Posteriormente, y una vez que la ciudad fue liberada, la Hermandad volvió a actuar como siempre había hecho. Y en septiembre de 1813 los cofrades supervivientes firmaron con el Capítulo de San Pablo un acuerdo sobre las limosnas y las condiciones de la conducción de cadáveres, que ponía fin a un litigio que la guerra había dejado en el aire.

Desde entonces hasta hoy día, la Hermandad de la Sangre de Cristo sigue cumpliendo su cometido que no es otro (una vez que hoy no existe la pena de muerte) que la de “*socorrer a los cadáveres desamparados que se hallan en los caminos, rios y calles de la ciudad*”, tal y como se afirma en el libro de Cuentas de la Hermandad del año 1808-1809.

EL “MOMENTO CONSTITUCIONAL” DE CÁDIZ Y LA ZARAGOZA OCUPADA

Hace doscientos años España se vio arrastrada a una contienda que trajo la ruina, la muerte y la desolación de gran parte del país, cuando Napoleón, emperador y dueño de casi toda Europa, decide intervenir en la grave crisis dinástica provocada por las desavenencias de la indigna Familia Real española escenificadas en los sucesos del Escorial y Aranjuez. Tras imponer la renuncia, sin excesivas resistencias todo sea dicho, a sus derechos dinásticos de los borbones, otorga la corona de España a su hermano José Bonaparte quien, apoyado por el ejército francés, intentó, sin éxito, una política reformista que acabará fracasando por la feroz resistencia de una gran parte del pueblo que se negaba a someterse a unos nuevos amos y a una nueva dinastía.

Fracasado el proyecto político regenerador que Napoleón había ofrecido a España con la llamada Constitución o Asamblea de Bayona, del mismo modo que fracasó la total ocupación militar de la península, quedó al descubierto el auténtico objetivo que no era otro que el pleno dominio militar de la nación más antigua de Europa.

La guerra asolará el país y la España resistente buscará, mientras lucha por su independencia, una nueva forma de gobierno para una nueva nación que iba a surgir de la patria liberada. La misma Junta Central (gobierno de la España libre de la ocupación) al convocar a Cortes en octubre de 1808 lo proclamará elocuentemente: *“La providencia ha querido que esta crisis terrible no pudiese dar un paso hacia la independencia sin darlo también hacia su libertad”*.

Mientras la guerra continuaba, con la peculiar aportación a la táctica militar del fenómeno de las guerrillas, el proceso de reconstrucción del Estado iniciado en mayo de 1808 con la creación de las primeras Juntas, culminará en marzo de 1812 con la aprobación de la Constitución de Cádiz, donde se abandonará el orden tradicional y surgirá el concepto revolucionario de Soberanía y Nación.

CÁDIZ UNA CONSTITUCIÓN, ZARAGOZA UNA OCUPACIÓN

Cádiz-Zaragoza. Mil kilómetros separan una ciudad de otra, pero, a veces, el devenir histórico es tan caprichoso con los acontecimientos y los lugares donde estos se suceden, que esa gran distancia geográfica es una nimiedad comparándola con los hechos que en una y otra estaban teniendo lugar al mismo tiempo. Nada que ver una ciudad con otra, como si las dos pertenecieran a mundos, incluso, universos distin-

tos. Una feliz, bullanguera y democrática. La otra opaca, triste, ocupada y hambrienta. Mientras en una había libertad de prensa y nacía un nuevo proyecto de nación, en la otra se fusilaba en sus calles y la libertad e independencia se veía como algo muy remoto y fuera de los intereses inmediatos de los zaragozanos.

La ciudad

Cádiz es una ciudad, casi una isla, con un istmo de arena que evita su total aislamiento. En aquel tiempo era una ciudad moderna, cosmopolita (residían más de 3.000 forasteros), limpia, bulliciosa, asediada por el ejército francés y libre.

En aquellos años de la guerra, su población rebasaba con creces los 100.000 habitantes, la mitad de ellos forasteros atraídos por el comercio con América o las circunstancias de la guerra. Resultando así una ciudad abigarrada, poblada por refugiados políticos, con sus calles repletas de numerosas tropas nacionales y extranjeras, donde bullían un número considerable de comerciantes, pescadores, profesionales, nobles y clérigos, espías, contrabandistas y un sinfín de todo tipo de aventureros, oportunistas y agitadores.

Un Cádiz variopinto y multicolor, complejo y activo con sus aseguradoras, navieras y casas de comercio alejado de los problemas del hambre que acuciaba al resto de España, lleno de cafés, tabernas, mesones y posadas (más de cincuenta), que con-



Cádiz a principios del siglo XIX.

taba con dos “academias” de Matemáticas y una de Medicina, con sus corrillos y tertulias políticas por doquier, donde se practicaba la libertad de prensa y opinión mientras su ciudadanía era “moderadamente” bombardeada. Esta era, a grandes rasgos, la ciudad sitiada que iba a dar nombre a la primera Constitución Española.

Cádiz en armas

En 1808 Napoleón, emperador y dueño de toda Europa, decide apropiarse de la Corona Española. A tal fin, las tropas francesas inician las operaciones que intentarían someter a la totalidad del país

Pero España se le resiste y el 2 de mayo estalla un motín en Madrid que es cruelmente reprimido por los fusiles franceses. El conocimiento de estos hechos hace que la rebelión se extienda en toda la península como una mancha de aceite, dando comienzo así la que será llamada Guerra de la Independencia y la consiguiente ocupación de casi todo el territorio nacional. Aunque no todo, pues al menos Cádiz nunca fue ocupada.

El ejército francés, al mando del general Víctor, llegará a Cádiz en febrero de 1810, pero para entonces ya se le habían adelantado las tropas españolas al mando del duque de Albuquerque, quienes junto a la Marina y los artilleros de la plaza fortificada no les costó excesivo trabajo el impedir la entrada del ejército invasor en la plaza. Después de ese primer intento, los franceses, impotentes, se limitaron a bombardear, con cierta rutina, renunciando a la toma de la ciudad. La situación militar del Cádiz asediado fue siempre tan favorable a las tropas españolas o aliadas que, en numerosas ocasiones, los españoles e ingleses realizaron numerosas operaciones a espaldas de las tropas francesas, como el desembarco en Algeciras, Huelva, Tarifa o la toma de Moguer o de Niebla.

Pero el Sitio de la ciudad continuaba (nada que ver en intensidad y virulencia con el de Zaragoza o Gerona) y los bombardeos o *bombeos* (como les llamaban los gaditanos) se suceden desde diciembre de 1810 hasta el 24 de agosto de 1812. Su escasa efectividad, sin apenas víctimas y daños, era más una amenaza psicológica que militar, teniendo en cuenta que una parte de la ciudad estaba fuera del alcance de la artillería: un cronista contará como “*Al anochecer, las familias de los barrios más castigados se trasladaban a las casas más seguras de parientes o amigos y las campanas avisaban al pueblo, tras ver el fogonazo, de la inminente caída del proyectil*”.

Finalmente, el 25 de agosto de 1812 los franceses levantan el sitio y se marchan, dejando a los gaditanos con una mezcla de alegría y tristeza, pues entienden que

pronto iban a perder las oportunidades que la guerra había brindado a su ciudad: dinero, comercio, poder, influencia política y, por encima de todo, la ocasión de hacer historia emparejando su nombre a la primera Constitución de la Nación Española.

EL “MOMENTO CONSTITUCIONAL”

Sería, curiosamente, un diputado aragonés al que la historia le reservó el lugar relevante de ser el primer diputado nacional que firmó la Constitución. Se trataba de don Vicente Pascual, quien había sido elegido el 24 de febrero de 1812 presidente de la Cortes. Unas palabras sacadas de su discurso de aceptación resumirán perfectamente el sentir de la cámara: *“para el buen régimen del augusto congreso, y para que este pueda continuar con fruto sus incesantes tareas, dirigidas todas a sacudir el yugo del tirano, restituir al trono a nuestro cautivo Rey, y asegurar para siempre la libertad e independencia de al patria”*.

El 18 de marzo se procede a la firma por los diputados del texto constitucional, la primera firma será la suya y exhortará a los diputados: *“Proceded ya, pues, a estampar vuestros nombres al pie de este magnífico edificio de la libertad española, para que así concluido queden eternamente asegurados los derechos de la Nación, los del Trono y los de todos los españoles de ambos hemisferios”*.

Al día siguiente, 19 de marzo, un fuerte temporal azotó la ciudad pero no consiguió suspender los actos programados para festejar la proclamación de la primera Constitución española de la historia: primero una numerosa comitiva compuesta por los miembros de la Regencia, los embajadores de las potencias aliadas, militares, grandes de España y lo más relevante de la sociedad, marcharon desde la Aduana (sede de la Regencia) hasta la iglesia de Felipe Neri donde se hallaban reunidos los diputados que los esperan con la Constitución refrendada por ellos. Las calles del itinerario, mojadas por la lluvia, estaban cubiertas por las tropas que contenían al pueblo expectante mientras se oían salvas de artillería (unas francesas por la onomástica del rey José y las otras propias que festejaban la ocasión).

Por la tarde se promulgará la Constitución en cuatro sitios distintos de la ciudad, construyéndose en cada uno de ellos un tablado sobre el que se colocará un dosel con un retrato de Fernando VII. Para dar realce e importancia al acto, será presidido por el gobernador de la Plaza acompañado por dos ministros de la Audiencia, cuatro regidores diputados por el Ayuntamiento y cuatro “reyes de Armas” o heraldos que leerán, en voz alta, la Constitución (lujosamente encuadernada en tafilete encarnado).

La comitiva compuesta por el Cabildo, las autoridades políticas y militares precedidas por la escolta de caballería y por los timbales y clarines de la Casa Real, se van trasladando a los cuatro puntos de la ciudad acordados, mientras en la calle, bajo la lluvia, la multitud complacida da vivas a España a Fernando VII y a la Constitución. La lluvia incesante dio al traste con los festejos preparados para la noche.

La elección del 19 de marzo como fecha oficial de proclamación de la Constitución, no fue un hecho casual, pues se pensó que el día recordaba la fecha en que Carlos IV abdicó en su hijo el “Deseado”, además de hacerlo coincidir, para mayor escarnio, con la onomástica y las fiestas oficiales por tal motivo del rey intruso José Bonaparte. Por esta razón la Constitución recibió, del pueblo y aún de los historiadores, el cariñoso apodo de “La Pepa” con el que ha llegado hasta nuestros días.



Portada de la Constitución en “tafilete encarnado”.

LA HISTÓRICA JORNADA EN LA CIUDAD

Aquel día del 19 de marzo de 1812, mientras que en Cádiz se proclamaba la primera Constitución Española en medio de una tormenta, en la ciudad del Ebro aquel jueves de marzo pasaba sin pena ni gloria. Sólo la misa que celebró el gremio de carpinteros en el Seminario (para la ocasión se iluminó la capilla del santo) alteró un tanto la rutina de un día frío y aburrido. También ese día los escolapios celebraron, sólo que de una manera más íntima, a su fundador José de Calasanz con una misa.

Sin embargo, y a diferencia de otros años, no hubo regocijo alguno para celebrar la onomástica del rey José, ni tan siquiera el gobernador militar París dio la acostumbrada recepción en palacio. La única licencia fue el autorizar un baile de máscaras (con su ambigü con helados y bebidas) en el teatro, que duró de las nueve a las cuatro de la mañana, función a la que no asistió mucha gente. Así pasó día tan señalado en Zaragoza. Del momento constitucional en Cádiz, nada de nada, como si no existiera.

En la primavera de 1812, Zaragoza todavía permanecía inmersa en esa especie de burbuja acrílica con la ocupación en la que había sido introducida por las acciones psicológicas del gobernador Suchet, que había conseguido que la conciencia patriótica aragonesa permaneciera adormecida y rendida al encanto y la fuerza del gobierno ocupante. Ni tan siquiera el estruendo cercano de las tropas españolas que corretean por las inmediaciones de Zaragoza (Mina por Huesca, el Empecinado en Epila, Erolés en Barbastro y Gayán en Cariñena) conseguía despertar el más pequeño espíritu de resistencia en una ciudad que había sido doblemente derrotada, primero militarmente (destrozando las calles y las personas) y después anímicamente (destruyendo la moral de los supervivientes).

Los zaragozanos se habían adaptado a la ocupación, y la vida cotidiana en el mes de marzo se sucedía día tras día observando fenómenos ya muy vistos tras cuatro años de guerra; como el control político y social por la eficaz policía colaboracionista zaragozana asistida por su extensa red de confidentes y soplones pagados por Suchet, o como la represión cotidiana del ejército francés (el día 8 el gobernador militar barón París ordena fusilar a cuatro prisioneros españoles capturados de una gran fuga, más de cincuenta, de la cárcel de Torrero), o la inflexibilidad recaudatoria francesa enviando a la cárcel a los ciudadanos que no habían podido o querido pagar las contribuciones extraordinarias impuestas por el ocupante. Mientras el Ebro bajaba pleno y desbordado, el gobernador París asistía todos los domingos a misa de 12 al Pilar rodeado de tropa, con su séquito y música (costumbre impuesta por el virrey Suchet ausente en Valencia), a la vez que el hambre se manifestaba por toda la ciudad,

y las autoridades continuaban la desesperada búsqueda de socorro y limosnas para auxiliar a los pobres, heridos y prisioneros consumidos por el hambre y la enfermedad (1812 se le llamó el “año del hambre”).

Todo esto sucedía en la ciudad mientras se daban funciones teatrales y numerosos bailes de máscaras, como si los asistentes quisieran olvidar con ello los desastres de la guerra.

CONSTITUCIÓN Y HAMBRE

Corría el invierno de 1811-1812 cuando el desabastecimiento y carencia de alimentos asoló toda la geografía española, añadiendo la inanición a la dureza de los combates que se celebraban por la península. En Madrid la gente moría por las calles, y Goya, como cualquier madrileño, fue testigo de los estragos que provocó, entre los más pobres de los habitantes de la capital, la hambruna aliada con el rigor del invierno (en la parroquia de San Martín donde vivía Goya los muertos no solían bajar de veinte diarios). Estas escenas vistas y vividas por el pintor le causaron tanta impresión que fijó para la posteridad algunas de ellas en una serie de láminas (las números 48 a 64) que incluirá, con toda razón, en sus *Desastres de la guerra*.

La cosecha de 1811 había sido un desastre, con tres cuartos de semillas de plantas sin germinar, y en Castilla y otros lugares se habían llegado a consumir hasta las semillas de la siembra. Además, muchos campesinos no habían plantado tanto como otras veces, pues pensaban que los excedentes serían inevitablemente requisados. La escasez de alimentos golpeó a todo el pueblo, e incluso las tropas contendientes acusaron esta falta de suministros, siendo una auténtica pesadilla para los soldados conseguir alimentos suficientes. Ni siquiera Francia estaba en disposición de socorrer a su propio ejército, pues también habían tenido ese año una pobre cosecha que, en agosto, obligó a Napoleón a prohibir la exportación de granos.

En Zaragoza, la situación era difícil pero no presentaba los rasgos de hambruna que se daba en muchos sitios de España; no obstante, la escasez también golpeará con fuerza a los más débiles como eran los pobres y mendigos y los numerosos prisioneros que abarrotaban las cárceles zaragozanas.

El invierno se mostraba rigurosamente frío y los comestibles escaseaban, por lo que los precios subieron de una manera importante. Casamayor comentará a este respecto que “*los comestibles fueron tan caros que apenas puede imaginarse*”. En la ciu-

dad, el principal producto de consumo que era el trigo sufrió una escalada de precio debido a la escasez y la fuerte demanda (El precio del trigo pasó de 67,33 reales de vellón el cahíz en 1808 a nada menos que 293,62 a finales de 1811). Como ejemplo de esta escasez, la *Gaceta de Zaragoza* publicó que el municipio recomendaba hacer una harina con “uñas de patatas”.

En marzo el invierno estaba acabando y las reservas de alimentos de la ciudad aparecían exhaustas, y con las exacciones e impuestos amenazando el espíritu de colaboración de la ciudad cada vez más, la administración napoleónica, incapaz de solventar las dificultades, volvía a ser vista como enemiga y ajena a los intereses de la ciudad. Además, el general gobernador París practicaba una política de mano dura: fusilaba a los prisioneros que intentaban fugarse, metía a la cárcel a los morosos, y sobre todo no era capaz de solventar las necesidades de los ciudadanos

Pero en aquel frío mes de marzo las cárceles y el hospital estaban llenos y no admitían ningún ingreso mas, debiendo de compartir, los fríos muros y las posibilidades de contagio, los enfermos y los pocos sanos que quedaban. Para solucionar esta espantosa situación se habilitó un granero sin ventanas y sin cierres que tuvieron que suplir cubriéndolos con cañizos clavados. Este era el atroz panorama que presentaban las cárceles de la ciudad, cuando el 7 de marzo las autoridades de la cárcel le remiten un oficio al comisario de policía donde le explican la situación y que “*todos estaban a media ración de pan debiendo aumentar las raciones y poder darles carne y vino, y a los convalecientes judías y arroz*”. De igual manera, los prisioneros del castillo estaban en unas condiciones tan pésimas, que los médicos que los cuidaban también se vieron obligados a dirigir un escrito al barón de París exponiendo los problemas la terrible situación. Al final tuvo que ser la caridad de la propia ciudad, con la petición incesante de limosnas por las autoridades, la que paliara la situación. Así estaba la ciudad en aquel mes de marzo de 1812, y así, con esas grandes dificultadas para alimentarse, se mantuvo hasta bien entrado el verano de aquel año en que se había aprobado, en una ciudad lejana como era Cádiz, una Constitución.

CÁDIZ LA ABUNDANTE

De igual manera que Cádiz, a diferencia de Zaragoza, no conoció un sitio feroz y espantoso, tampoco sufrió ninguna de las consecuencias del hambre que asoló a toda España, pues la ciudad estuvo perfectamente abastecida durante toda la guerra. Esta circunstancia se debe a que la escuadra hispano-inglesa mantenía expedito el camino del mar y por el puerto llegaba a la ciudad todo tipo de mercancías y abastos.

El puerto de Cádiz mantuvo su actividad durante toda la guerra, y baste recordar que en el año 1811, por ejemplo, las entradas registradas fueron de 3.843 buques. Este enorme tránsito aseguraba que los artículos de primera necesidad, ni aún los de lujo y exóticos como la nieve para hacer sorbetes, no faltaran nunca. Alcalá Galiano dirá al respecto: “*la abundancia de víveres había producido tal comodidad de precios que bien podía llamarse baratura*”.

Por otra parte, la distribución en los mercados estaba muy organizada: el pósito de granos, los almacenes del puerto, las panaderías, los mercados de la plaza de San Juan de Dios y de la de San Fernando funcionaron con total regularidad durante todo el cerco. El *Diario Mercantil de Cádiz* publica al final de cada mes la lista de los productos importados por la ciudad, por él sabemos que en febrero de 1812 entraron: 5.000 cabezas de ganado (vacuno, cerda y lanar), 5.000 gallinas, 2.000 piezas de caza, 76.000 huevos, 600.000 naranjas y limones, 84.000 pimientos secos, etc.

La situación del avituallamiento era tan favorable que, caso único en la historia, los españoles sitiados propondrán disposiciones muy severas para que no se vendan víveres a los enemigos sitiadores. La Regencia declarará con fecha 15 de marzo: “*el estado de bloqueo toda la costa comprendida entre el Puerto de Santa María hasta Ayamonte para todos los buques nacionales y extranjeros, al fin de que pre pretexto alguno puedan introducir víveres a los enemigos...*”.

Con tanta abundancia de comida, no es de extrañar alguno de los grandes banquetes con los que las autoridades se agasajaban entre ellos por cualquier motivo; uno de los más comentados por su abundancia fue el que tuvo lugar el día 4 de marzo, en el que celebrando la despedida del conde de Fernán Núñez, quien se marchaba como embajador de España en Londres, hubo una cena con nada menos que 46 cubiertos y copiosas bebidas, y otro el 30 de marzo en obsequio a Wellington que hizo época, pues con sus sobras tuvieron para alimentarse por varios días los pobres acogidos a la Casa de Misericordia gaditana. En España aquel 1812 fue bautizado como “el Año del Hambre”, pero por lo que hemos visto seguro que no fueron los gaditanos quienes lo bautizaron así.

EL HAMBRE Y LA PROPAGANDA

La llamada Guerra de la Independencia fue por su extensión, duración e implicación de las mayores potencias militares del momento una guerra larga, cruel, brutal y de consecuencias devastadoras para toda la sociedad española que le tocó sufrirla.

Como prueba de esta afirmación el historiador Gabriel H. Lovett dijo que “la Guerra de España había sido uno de los conflictos más infernales y crueles de los tiempos modernos”. La misma ciudad de Zaragoza, protagonista de estas páginas, fue en apenas cinco meses de combate tan duramente maltratada, que muchos de sus edificios públicos desaparecieron para siempre, sufriendo además tal mortandad que la población tardaría en reponerse casi un siglo.

Pero a estos desastres conocidos de las guerras como las enfermedades, los combates, las inclemencias meteorológicas, no tardó en añadirse otro tan importante como el hambre, el cual suele aparecer inoportunamente al olor de la pólvora. Y esto es lo que ocurrió en aquella España en guerra cuando se llevaban ya tres años combatiendo.

Corría el invierno de 1811-1812 cuando el desabastecimiento y carencia de alimentos asoló toda la geografía española, añadiendo la inanición a la dureza de los combates que se celebraban por la península. En Madrid la gente moría por las calles, y Goya como cualquier madrileño fue testigo de los estragos que provocó, entre los más pobres de los habitantes de la capital, la hambruna aliada con el rigor del invierno (en la parroquia de San Martín donde vivía Goya los muertos no solían bajar de 20 diarios). Estas escenas vistas y vividas por el pintor le causaron tanta impresión que fijó para la posteridad algunas de ellas en una serie de láminas (las 48-64) que incluirá, con toda razón, en sus “*Desastres de la guerra*”¹².

La cosecha de 1811 había sido un desastre, con tres cuartos de semillas de plantas sin germinar, y en Castilla y otros lugares se habían llegado a consumir hasta las semillas de la siembra. Además, muchos campesinos no había plantado tanto como otras veces, pues pensaban que los excedentes serían inevitablemente requisados. La escasez de alimentos golpeó a todo el pueblo, e incluso las tropas contendientes acusaron esta falta de suministros, siendo una auténtica pesadilla para los soldados conseguir alimentos suficientes. Ni siquiera Francia estaba en disposición de socorrer a su propio ejército, pues también habían tenido ese año una pobre cosecha que, en agosto, obligó a Napoleón a prohibir la exportación de granos.

En Zaragoza, la situación era difícil pero no presentaba los rasgos de hambruna que se daba en muchos sitios de España, no obstante, la escasez también golpeará con fuerza a los más débiles como eran los pobres y mendigos y los numerosos prisioneros que abarrotaban las cárceles zaragozanas.

El invierno se mostraba rigurosamente frío y los comestibles escaseaban por lo que los precios subieron de una manera importante, Casamayor comentará a este res-



El hambre en Madrid (detalle). José Aparicio Inglada. Museo Municipal de Madrid.

pecto que “*los comestibles fueron tan caros que apenas puede imaginarse*”. En la ciudad, el principal producto de consumo que era el trigo sufrió una escalada de precio debido a la escasez y la fuerte demanda. Como ejemplo de esta escasez, la Gaceta de Zaragoza publicó que el Municipio recomendaba hacer una harina con “*uñas de patatas*” (el precio del trigo pasó de 67,33 reales de vellón el cahíz en 1808 a nada menos que 293,62 a finales de 1811).

Debido a estas duras circunstancias, los numerosos traslados de prisioneros a la retaguardia aragonesa, como etapa inmediata para su traslado a Francia, ocasionarán tales problemas de abastecimiento que el comisario Domínguez (responsable de la Visita de Cárceles) y el barón París expondrán, al Ayuntamiento, la dura y deplorable situación de penuria en que se hallaban las cárceles. El día 4 de enero un bando del Ayuntamiento comunica a la ciudad la petición de “*colchones, mantas, vasijas*” para remediar los padecimientos de los prisioneros. A la postre, serán los propios zaragozanos los que socorran a los presos ya que el Ayuntamiento se declara “*falto de recursos y agobiado con la muchedumbre de los cargos a que tiene que acudir*”. No será esta la primera vez que las autoridades recurrirán a la caridad del pueblo sometido.

El 20 de enero, con motivo de la toma de Valencia por Suchet, el general Cafarelli daba una fiesta en su palacio (se había trasladado de casa del marqués de Tosos al palacio del conde de Fuentes ocupado por el gobernador), y mientras en el palacio se servía un gran sarao, el Ayuntamiento volvía a publicar otro bando suplicando al vecindario que proporcionara alimentos, vestidos y calzados a los numerosos prisioneros que había y los 10.000 que llegaron de Valencia. Como contraste a la escasez y penurias que se estaban viviendo en la ciudad, el domingo 26 se celebró en el Pilar, con asistencia de Cafarelli, la función de la bula de la Santa Cruzada. Al terminar la misa se leyó la misma que explicaba “*el uso de comer carne según lo últimamente concedido por su Santidad*”. Realmente sería muy discutible la oportunidad de dicha bula en esos momentos en Zaragoza.

Las autoridades municipales y gubernamentales se mostraban, a esas alturas, totalmente desbordadas, y para intentar ayudar caritativamente a todos los necesitados se formará, en el invierno de 1812, una Junta de Caridad “*con destino al socorro de pobres vergonzantes y enfermos en sus casas*”. Esta Junta la creará el director general de policía Domínguez siguiendo las insinuaciones del excmo. conde Cafarelli, estando compuesta por la Corporación, el Cabildo junto con algunos ciudadanos para que “*diariamente se ocupe de recoger y emplear a beneficio de los vecinos más menesterosos las limosnas que puedan recoger de las personas mas caritativas y pudientes*”¹³. La primera reunión se celebró en casa del comisario Domínguez en la mañana del 25 de enero.

El mes de febrero se presentaba igual de difícil, y los prisioneros volvían a ser alimentados y socorridos por la población, dado que las autoridades francesas habían hecho dejación de sus responsabilidades. Pero el frío y hambre no amainaban y hasta el Hospital de Nuestra Señora de Gracia, que también atendía franceses, expuso al público su espantosa situación pues sólo tenían reservas de trigo para lo que restaba de mes, siendo socorridos con 200 duros de limosnas, y algunas talegas de trigo y panizo. La solidaridad ciudadana seguía funcionando para vergüenza de las autoridades que estaban trayendo de la ciudad dinero y alimentos para la campaña militar valenciana.

Al mes siguiente todo seguía igual, y el Cabildo acordó aportar en socorro de los prisioneros de Torrero 2.000 reales de vellón, y en abril, el general París exige un nuevo esfuerzo a la ciudad con las amenazas acostumbradas. Al Cabildo le pide 1.000 cahíces de trigo que no tenía y le amenaza llevarse a doce canónigos presos al castillo o a Bayona. El Cabildo reunido en Capítulo acordó, dada la imposibilidad de cumplir con la requisitoria, “ponerse en manos de la providencia”.

Los problemas del general París como gobernador de Aragón, no hacían sino aumentar día a día conforme se debilitaba el control militar de su territorio, y en abril, cuando el hambre apretaba, se produjo el robo de uno de los mayores ganados de Zaragoza en las mismas puertas de la ciudad. Nada más ni nada menos que 600 ovejas desaparecieron de la circulación sin que su propietario Juan Sens ni las autoridades consiguieran recuperar res alguna. El general París hará responsable de este robo al barrio de Utebo representado por sus autoridades, sobre las que recaerá, personalmente, las cargas de su devolución o su pago en dinero por el valor del mismo. El pleito se alargará tanto que la marcha de los franceses imposibilitará su cobro; no obstante, el ganadero seguirá reclamando la deuda desde Francia muchísimos años después¹⁴.

El invierno estaba acabando y las reservas de alimentos de la ciudad aparecían exhaustas; las exacciones e impuestos acompañadas de las cárceles y coacciones estaban amenazando el espíritu de colaboración de la ciudad cada vez más; la administración napoleónica, incapaz de solventar las dificultades, volvía a ser vista como enemiga y ajena a los intereses de la ciudad. Además, el general gobernador París practicaba una política de mano dura; fusilaba a los prisioneros que intentaban fugarse, metía a la cárcel a los morosos, y sobre todo no era capaz de solventar las necesidades de los ciudadanos. Este general no era Suchet, no contaba con su historial ni su aura y su imagen, y a pesar de “levantar la mano” y relajar la presión a los ciudadanos con la excusa las fiestas de Carnaval, su autoridad se estaba degradando a pasos agigantados. Y es, en esos precisos momentos de debilidad, cuando el mariscal Suchet aparece oportunamente de nuevo en su ciudad.

Un cartel del barón de Lacuée, intendente general de Aragón, comunicará a la ciudad, el 29 de abril, la buena nueva de los fondos por importe de 15.000 pesetas que el mariscal Suchet había donado al intendente para que sean empleados en la distribución de sopas económicas para el socorro de pobres. El mariscal Suchet y gobernador de Aragón, a pesar de hallarse en Valencia, no había olvidado a la ciudad que tanto amaba y había decidido socorrerla en estos tiempos tan difíciles. La ayuda se prolongará varios días y la *Gaceta* amplificará la noticia ofreciendo, como siempre, el perfil más favorable del gobernador.

El cartel anunciador rezaba así:

AVISO PUBLICO

Que sobre su proposición el Excelentísimo señor mariscal duque de la albufera, se ha dignado conceder fondos para subvenir al socorro de los infelices zaragozanos que son siempre presentes a su humano corazón. En consecuencia principiaran desde mañana sopas, que bajo la dirección del bien conocido señor D. Diego de Torres, contador de la 4ª división e inspector de la Misericordia, serán distribuidas a los pobres. Igualmente serán nombrados por el Excelentísimo señor arzobispo clérigos para vigilar que los alimentos distribuidos sean de buena calidad...

Al día siguiente la ayuda comenzó a llegar, y trescientos pobres de la parroquia de San Pablo pudieron comer una digna ración de pan y judías.

El 1 de mayo, la noticia de las sopas económicas se había extendido y acudieron muchos más pobres de los esperados, por lo que se tomó la extraña y cruel providencia de expulsar de la ciudad a los pobres forasteros, como si el hambre distinguiera naturalezas y pasaportes. Las comidas siguieron los días 2 y 3 de mayo en que, agotados los dineros que Suchet había mandado desde Valencia, no se repartieron más sopas económicas.

El socorro, a distancia, del gobernador, es uno de los mayores ejemplos del oportunismo propagandístico que tanto le gustaban a Suchet; reunía todos los componentes de disimulo, oportunidad, mínima coste y máximo beneficio en su imagen pública. No es de extrañar que tal y como comentará la *Gaceta* del 2 de mayo: “*Los pobres salían gritando gritando viva el señor mariscal, pero estos gritos reiterados eran nada en comparación de las bendiciones internas que daban a este héroe tan propio para conquistar corazones como para someter las provincias y vencer nuestros enemigos*”.

Pero a pesar de la propaganda francesa, el hambre y la necesidad seguían siendo muchas en la ciudad ocupada, sobre todo en sus cárceles, donde el hambre era un suplemento añadido a la falta de libertad.

Otros auxilios de pobres y prisioneros

A principios de 1812, las cárceles zaragozanas estaban repletas y el hacinamiento multiplicaba los sufrimientos de estos presos desgraciados que, tras un viaje infernal por un helado Teruel, habían llegado a la ciudad tras la derrota de Blake en Valencia a manos de Suchet. En primer lugar, los prisioneros eran llevados al castillo de la Aljafería y, cuando este rebosaba, se les encerraba en las construcciones del Canal Imperial en Torrero. En estas instalaciones del Canal, además de servir de cárcel, también estaba ubicado el Hospital Militar, que era el lugar donde eran confinados los prisioneros enfermos y heridos.

Pero en aquel frío mes de marzo el Hospital estaba lleno y no admitía ningún ingreso más, debiendo de compartir, los fríos muros y las posibilidades de contagio, los enfermos y los pocos sanos que quedaban. Para solucionar esta espantosa situación se habilitó un granero sin ventanas y sin cierres que tuvieron que suplir cubriéndolos con cañizos clavados.

Este era el atroz panorama que presentaban las cárceles de la ciudad, cuando el 7 de marzo las autoridades de la cárcel le remiten un oficio al comisario de policía donde le explican la situación y que *“todos estaban a media ración de pan debiendo aumentar las raciones y poder darles carne y vino, y a los convalecientes judías y arroz”*. De igual manera, los prisioneros del Castillo estaban en unas condiciones tan pésimas, que los médicos que los cuidaban también se vieron obligados a dirigir un escrito al barón de París exponiendo los problemas la terrible situación de las cárceles.. Estas justificadas quejas motivarán la petición de ayuda al pueblo zaragozano que ya fueron descritas anteriormente.

Mientras el hambre y la escasez acompañaban todo el año de 1812, en la ciudad de Zaragoza las fiestas y saraos se multiplicaban por doquier; en agosto el Ayuntamiento de la ciudad asistirá a una fiesta en el teatro donde se sirvió una copiosa cena que le costó al erario público la cantidad de 117 reales. Los alimentos que tomaron los regidores fueron: pollos rellenos, perdices, pollos asados, salchichón, jamón dulce, crema, pastel, pan y vino Burdeos. Como podemos ver, ¡las autoridades siempre dando ejemplo de moderación y solidaridad!

“El año del Hambre” aún no había concluido, y en octubre se prodigaron las comidas a los necesitados; esta vez, con motivo de las Fiestas del Pilar, la Obrería de

366

Cuenta De los Gastos hechos por las Señoras del ayuntamiento
 Con interbencion de su Excmo. el Señor Conde Reille, en la
 noche del 14, al, 15 En la Casa Comedias, de esta Ciudad,

<u>a Sabor</u>	
un Pastel	25. Ptas.
dos jollas Ademas	20.
Pirries	07.
Pallas asadas	12.
Salchichon	16.
Jamon dulce	10.
Crema	10.
Pan	02.
Vino de Bourdeaux	15.
	<u>117.</u>

Las autoridades municipales dándose un “homenaje” en solidaridad
 con sus hambrientos ciudadanos.

Nuestra Señora dio una comida abundante de olla, pan y vino a 456 pobres que había en las cárceles en ese momento. La comida fue servida por los dependientes de la iglesia, y según Casamayor parece ser que este acto de caridad “*se ejercía ese día como costumbre inmemorial*”.

También las mujeres presas en la llamada Cárcel de la Corte estaban necesitadas de ayuda; para tal fin, la condesa de Arguillo organizará una curiosa rifa cuyo importe será para socorrer a estas mujeres presas. El premio del sorteo consistirá en “*dos vestidos de tul con tres gorros correspondientes. La rifa es por el precio de dos reales el villete y se hace con permiso del gobierno*”¹⁵. La publicidad de esta rifa se hizo en la *Gaceta*, y el sorteo se efectuó el 16 de mayo, siendo el número 87 el agraciado con los vestidos de la condesa.

El verano avanzaba y los problemas de abastecimiento se iban solucionando gracias a la benignidad de la estación, pero las necesidades eran tantas, que las autoridades, aprovechando las celebraciones del cumpleaños del emperador, volverán a dar comidas a la población necesitada. Así, el 15 de agosto el conde Reille, gober-

nador de la Plaza, tras las diversas ceremonias en que participa en honor de Napoleón como misa pontifical, desfile de tropas, y recepción de autoridades, pasará al Hospital de la Misericordia, antes convento de San Ildefonso, donde se sirvió una abundante comida a más de mil mendigos. La comida fue servida por los oficinistas y el personal del hospital, y estuvo organizada y coordinada por Diego de Torres, que contaba con experiencia en estos repartos masivos de comida.

El poder regala y cuida de sus súbditos, pero estas comidas masivas entre la caridad y la propaganda, no hacían sino desvelar la precaria situación de la ocupación y por ende hacía más indeseable la propia guerra y la ocupación de la ciudad.

Los socorros en la provincia, algunos testimonios

También hay numerosos testimonios de que el hambre asolaba, no sólo la ciudad, sino otras partes de la provincia aragonesa. En Caspe, Calatayud o La Almunia se dieron comidas a los pobres. A veces, estas comidas venían disfrazadas como festejos por algún triunfo francés o alguna celebración, pero siempre, la gran cantidad de mendigos e indigentes, testificaban la difícil situación alimentaria que se vivió entre 1811 y 1812 principalmente.

La ciudad de Caspe fue, después de Zaragoza, una de las poblaciones más entregadas a la causa francesa. En ella Suchet residió durante una semana y fue magníficamente tratado por el pueblo y autoridades. Allí reclutó a Agustín de Quinto, que sería uno de sus colaboradores más destacados tanto en la administración aragonesa (ostentó el cargo de comisario general) como posteriormente en la valenciana a donde fue reclamado por el propio Suchet. Pero el año de 1811, Caspe también iba a sufrir una crisis alimentaria de la que no pudo salvarse a pesar de sus buenas relaciones con la administración francesa. Quien mejor relatará estos difíciles momentos será don Joaquín Lafiguera, que era, precisamente, el alcalde nombrado por el gobierno Intruso. Él relatará estos duros momentos en un testimonio devengado por un expediente de Infidencia:

“En el año 1811 hubo mucha carestía de granos en Caspe, y estos tomaban cada día un excesivo precio, y mi parte como tal regidor, y poniéndose de acuerdo con su compañero Antonio Costa y con el corregidor ataron a las personas pudientes para que a proporción de sus facultades adelantasen para establecer un fondo a fin de hacer compras ventajosas de trigo tomando cuantas medidas parecieran adecuadas para socorrer al pueblo y los efectos que se consiguieron fueron, de comprarse la libra de pan un tercio menos y evitarse los males que se temían podían ocurrir por el hambre. Al mismo tiempo se trató de socorrer a los pobres, y se estableció en Caspe

*una sopa económica. Contribuyendo los pudientes con un tanto diario desde enero hasta San Juan de 1812. Se logró que en los meses de mayor necesidad se socorriesen en Caspe diariamente trescientos, quinientos, y ultimamente hasta ochocientos o mil pobres*¹⁶. Considerando que Caspe contaba con 2.000 habitantes, los 1.000 pobres socorridos nos da una idea de la magnitud de la tragedia y las tremendas penurias que tuvieron que soportar los caspolinos y todos sus hermanos aragoneses.

No era la primera vez que las autoridades ocupantes hacían de las comidas a los necesitados un acto más de propaganda. En abril la *Gaceta* recogió otra comida de pobres en la ciudad de Calatayud, se celebró en la plaza pública y fue servida por los magistrados y estado eclesiástico.

En otra ocasión y con motivo de la toma de Tarragona, en el pueblo de La Almunia de Doña Godina hubo corridas de toros y se dio una comida y limosna a 38 mujeres pobres y a 40 ancianos indigentes. Esta celebración y su socorro fueron puntualmente recogidas en la *Gaceta Nacional de Zaragoza* el día 11 de julio de 1811.

En Calatayud el banquete de pobres volvería a celebrarse el 15 de agosto del año siguiente, con motivo del cumpleaños del emperador; esta vez fueron 24 los pobres afortunados por la invitación.

Como vemos, la provincia no hacía sino imitar a la capital, y para el poder, todas estas comidas y socorros de pobres, estaban más motivadas por necesidades propagandísticas que por acciones solidarias con el pueblo ocupado.

PRENSA Y OPINIÓN EN ZARAGOZA

Durante la Edad Moderna se produce una modificación sustancial en las relaciones de lo público y lo privado que acabará transformando el espacio público y consolidando la opinión pública, afectando directamente a todo lo relacionado con la política.

En estos años de los siglos XVII-XVIII surgirán una gran cantidad de instrumentos o instituciones que irán consolidando los avances y el peso de la opinión pública en las relaciones con el poder. Las academias, las tertulias, las sociedades económicas, y la extensión de la lectura a unas capas sociales más amplias, van a favorecer la consolidación de la prensa periódica y el peso de la información en la sociedad que la demanda. A partir de entonces, la prensa se va a convertir en un instrumento fundamental e imprescindible para controlar e influenciar a la propia sociedad.

Napoleón era un gran conocedor de los efectos del poder de la prensa en la sociedad, él mismo creó una Oficina de Prensa que prestó grandes servicios al Consulado y cuya férrea censura acabó con más de setenta periódicos en toda Francia. A partir de entonces, la verdad oficial, casi la única, tendrá que leerse en *Le Moniteur* o en algún otro periódico como *Le Journal de L'Empire*.

Una vez comenzada su aventura española, Napoleón, al fin, toma conciencia de que la marcha de la guerra depende, no sólo de la actuación de las tropas bajo su mando, sino también de la respuesta que la población ocupada ofrezca a los invasores y su consiguiente manipulación de la “Guerra de Opinión” desencadenada. Por tanto pedirá, durante los tres meses que estuvo en Chamartín, que se amplíe y difunda por todo el país las gacetas afrancesadas. Sobre este particular escribirá al príncipe de Neuchâtel: “Procure proporcionarse, cada día, mil ejemplares de la *Gaceta de Madrid* y repartirlas por doquier”¹⁷.

Como si, por fin, Napoleón se hiciera consciente de que la marcha de la guerra de España depende, no sólo de la actuación de los ejércitos regulares, sino también del comportamiento de la población, confiere, más que nunca, una suma importancia a los medios: gacetas españolas –como acabamos de ver– y boletines para los habitantes de Francia, para el cuerpo diplomático y tal vez para los habitantes de los países extranjeros. Por eso, no se olvida de escribir a Caulaincourt, su embajador en Moscú: “*Los boletines le darán a conocer los acontecimientos que han ocurrido desde el combate de Burgos, la batalla de Espinosa y de Tudela y los combates de Somosierra y del Retiro*”. El control de estos boletines por Napoleón, mientras está en España, es tan riguroso que en una carta fechada en Aranda el 28 de noviembre le escribirá al Archicanciller Cambacérès “*Primo mio, los boletines no son unas piezas identificadas. Han de publicarse en El Moniteur sin que se sepa de donde proceden. Vd sólo se ha de enterar de su contenido y no los enseñará a nadie...*” Por esta consigna el gran especialista napoleónico Jean René Aymes deducirá que el emperador era el redactor de muchos boletines, dado que estos llevan su sello inconfundible.

En la Zaragoza sitiada la prensa ocupó su lugar en la trinchera frente al invasor, y tanto la *Gaceta* como el *Diario*, aunque sólo se conservan ejemplares aislados, jugaron ese papel obligado de la prensa escrita de sostén moral de la ciudad en armas. Con la rendición, la luz de sus imprentas se apagará momentáneamente y estas alumbrarán a otro tipo de periódico con intereses totalmente distintos que los de resistirse al ocupante.

Tras la conquista francesa de Zaragoza, surgirá, de la misma imprenta del Hospital de Nuestra Señora de Gracia que tiraba la anterior *Gaceta*, la llamada *Gaceta Nacional de Zaragoza*, que dirigida por Manuel Ased iba a ser una utilísima herramienta

en manos de Suchet para su campaña propagandística, destinada a la consolidación del nuevo régimen y la nueva monarquía. Su tirada será bisemanal (jueves y domingos) y volverá a desaparecer con la retirada de las tropas francesas.

La escasa tirada, los pocos abonados y la adscripción de estos a un sector eminentemente urbano, hacían que su difusión fuera un tanto limitada. Este efecto negativo para sus intereses fue solventado por medio de un decreto del 6 de agosto de 1809 por medio del cual Suchet obligará a comprar y suscribirse a la *Gaceta* a todos los pueblos de Aragón, convirtiendo, de facto, a una publicación periódica en lo que iba a ser, sin ocultación, el órgano oficial del gobierno francés ocupante. A tal efecto todos los pueblos mayores de 300 habitantes quedaban obligados a suscribirse, como mínimo, a un ejemplar de la *Gaceta*, los que excediesen de 300 hasta los 400 a dos ejemplares, y el resto a cuatro. El precio de la suscripción era de 80 reales de vellón y el decreto añadía una medida original, como era la de hacer circular el periódico por todo el pueblo una vez que el alcalde la hubiese leído, sobre todo por “*los sujetos de luces que sepan sacar el fruto que se desea*” que no era otro que el de la sumisión al nuevo poder establecido. Esta medida, según Roberto G. Pallarés, fue un auténtico fracaso ya que casi no se suscribieron ni tan siquiera los ayuntamientos.

En Zaragoza poco más hay que reseñar en este orden, sólo añadir, al saldo del ocupante, alguna apología como la de Assed y Villagrasa, dirigida a enaltecer la figura del general Suchet victorioso en los frentes de batalla catalanes tras haberlo sido en los zaragozanos, y la abundancia de decretos, bandos y edictos publicados por doquier y colgados en las esquinas.

Por la parte contraria no hubo oposición ni posibilidades, no ya de publicar cualquier cosa sino de su lectura o publicidad, habida cuenta del control social y la gran eficacia de la policía de Suchet; el correo censurado, las tertulias menguadas e infiltradas de colaboracionistas, los púlpitos vacíos y vigilados, la Universidad cerrada, y las puertas de la ciudad selladas, hacían casi imposible cualquier manifestación contraria al ocupante. Aún así hubo alguno que intentaba leer y divulgar las gacetas españolas o publicadas en Cádiz, Valencia o cualquier otro sitio libre de la invasión, como nos cuenta el zaragozano Calixto Lasala: “*He recibido las Gacetas con mucho gusto, las que reparten a los conocidos. Salí en compañía de quién dirá V.S. el dador a buscarlas fuera de Zaragoza, por estar muy delicada la entrada, pues hasta un pañuelo de fruta lo miran*”¹⁸.

Por todo esto, en Zaragoza, la resistencia en el plano de la opinión pública se hacía a distancia, en las zonas libres, y será allí, desde el principio de la guerra, cuando fuerzas intelectuales patrióticas avivaron la confrontación con numerosas publicaciones

como *El Seminario Patriótico*, la *Gaceta de Madrid* (tras la victoria de Bailén) la *Gaceta de Granada* o los periódicos de Cádiz durante toda la guerra. Otros ejemplos del despliegue propagandístico de la resistencia, los podemos encontrar en la descomunal colección (más de mil volúmenes) que fue formando en Sevilla el capuchino fray Salvador Joaquín y que ha dado en llamarse “La Colección del Fraile”.

No sólo la incipiente prensa patriótica se puso a combatir tanto al invasor como a sus ideas, sino que en todos sitios corrían una suerte de publicaciones de diversas facturas y procedencias; avisos, proclamas, cartas, manifiestos. Hasta se publicó un “catecismo patriótico” donde se equiparaba a Napoleón con el diablo.

La guerra de opinión había sido impuesta por los invasores desde los primeros momentos de la ocupación, buscaban, tanto la victoria y el sometimiento, como el convencimiento de una parte de la sociedad española proclive a la colaboración. Algunos autores como Manuel Moreno Alonso calificarán a esta campaña como inmensa y sin precedentes: “*Unos aspiraban a atraerse a los ocupados, ofreciéndoles la conveniencia de la colaboración, como la de Bayona; mientras otros les intimidaban con las consecuencias de la misma guerra, o les ofrecían el ejemplo de los derrotados para conseguir su sometimiento... Una auténtica lucha campal –anterior o posterior a la batalla se produjo en el plano mismo de la opinión pública por parte de los ocupantes y de ocupados*”¹⁹.

La resistencia también supo hacer frente a esta amenaza y, empuñando la pluma como arma, surgieron un sinnúmero de letrillas en forma de romances y composiciones poéticas populares que despertaban ideas de honor, valor, y proezas como las de los sitios de Zaragoza y Gerona, plenas de patriotismo. Estas campañas de contrapropaganda española no fueron espontáneas en lo más mínimo, y el mismo autor anterior, pondrá de manifiesto como el hispanista lord Holland le insistirá a Jovellanos “*Se han de emplear proclamas, hablando de los reveses y apelando al pueblo, cartas-circulares, y algunas mozas que viajen por toda la provincia para inflamar al patriotismo, o encarecer lo útil y glorioso de Zaragoza...*”. Como vemos la técnica de las acciones de guerra psicológica y propagandística no eran desconocidas para nadie.

En cuanto a la propaganda española, hay que reconocerle una de sus más brillantes victorias en la campaña desatada contra los hermanos Bonaparte, donde si bien no pudieron hacer mella en el mitificado Napoleón, acabaron por destrozarse de una manera irrecuperable la figura de su hermano José, rey de España, que acabó motejado como Pepe Botella, Rey de Copas o Rey Pepino. El desprestigio de este rey se prolongaría en el tiempo llegando hasta nuestros días, probando así el auténtico poder de un arma tan peligrosa como es la propaganda en cualquiera de sus vertientes.

Otra herramienta cultural empleada como arma política fue el teatro, y su utilización es patente desde los primeros momentos de la guerra, tanto en el bando francés (en este mismo libro ya le dedicamos un capítulo a este tema) como por el español.

Más de treinta obras se imprimieron en 1808 alusivas a las circunstancias del momento, pero sería a partir de la convocatoria de las Cortes de Cádiz cuando las obras patrióticas comenzaron a tener un cariz mucho más político. Esta cantidad desciende ligeramente hasta 1812 en que se recupera, alcanzando las cifras más altas en 1813.

Casi todos los acontecimientos de la guerra, sobre todo las victorias de las armas españolas, van a ser recogidas por los autores teatrales, de manera que es posible seguir los acontecimientos bélicos a través de las piezas teatrales. Los capítulos de la historia de España en esos momentos, van a tener su eco por los teatros; *El dos de mayo, El Complot de Bayona, Bailén, Zaragoza, Gerona o Valencia, La Constitución, Wellington en Madrid, Sevilla, Pamplona* dieron lugar a sucesivas obras teatrales y fueron representadas allá donde se podía (sobre todo a partir de 1813 tras la marcha de los invasores). A estas piezas de oportunidad histórica, había que añadirles otras obras antiguas del repertorio español seleccionadas por su mensaje y argumento; como la resistencia de Numancia, don Pelayo o la victoria de Carlos V sobre Túnez²⁰.

El teatro político durante la Guerra es esencialmente popular sin pretensiones cultas, en él los franceses son presentados como codiciosos, ladrones, crueles, cobardes y “extraviados por la filosofía de su patria”, se les intenta ridiculizar siempre. Así, Napoleón es Napoladron y José I, “Pepe Botella” o el “Rey Pepino”. Por el contrario, los españoles reúnen todas las cualidades patrióticas y benefactoras, y Fernando VII es exaltado al igual que la religión y la patria. Estas obras no alcanzaron nunca un nivel literario aceptable, pero sí que cumplieron con creces su papel como herramienta de propaganda al servicio de la resistencia y la guerra contra el invasor francés.

Lamentablemente, en Zaragoza, el teatro, y su compañía cómica que lo representaba, fue puesto al servicio del gobierno Intruso, y hubo que esperar a que este se marchara para representar una de las obras donde la ciudad era la protagonista. Este fue el caso de la pieza titulada *Los Patriotas de Aragón y el Bombeo de Zaragoza* en cuyo final apoteósico salía un carro triunfal con la Virgen del Pilar iluminada con más de mil luces y rodeada de las banderas y trofeos de guerra cogidos a los franceses (el teatro tras la liberación ya ha sido estudiado en estas páginas en su capítulo V).

LA RETIRADA FRANCESA Y EL ENGAÑO FINAL, UNA VICTORIA DEL GENERAL PARÍS

En el otoño de 1812 Zaragoza todavía permanecía inmersa en esa especie de burbuja acrítica con la ocupación en la que había sido introducida por las acciones psicológicas del gobernador Suchet, que había conseguido que la conciencia patriótica aragonesa permaneciera adormecida y rendida al encanto y la fuerza del gobierno ocupante. Ni tan siquiera el estruendo cercano de las tropas españolas (el 5 de septiembre corretean por las inmediaciones de Zaragoza) conseguía despertar el más pequeño espíritu de resistencia en una ciudad que había sido derrotada doblemente, primero militarmente destrozando las calles y las personas, y después anímicamente destruyendo la moral de los supervivientes.

Merced a la *Gaceta de Zaragoza* la retirada del rey José I a Valencia el 30 de agosto, es presentada a la opinión pública como una visita triunfal, voluntaria y protocolaria. Aquí nadie le da importancia a este hecho hasta que, sorpresivamente, a finales de septiembre comienza a llegar a la ciudad el numeroso séquito del rey José camino de la frontera francesa. Será entonces cuando todos se aperciban de la realidad y verán a una Corte Real (sin el rey) en franca huida camino de Francia.

La *Gaceta* contará también el regreso del rey a su Corte de Madrid (30 de octubre), un regreso que le durará poco, puesto que desde abril a junio el rey viajará, casi perdido, encontrándose en Valladolid, Palencia, Burgos hasta que el 21 de junio llega a Vitoria donde será atacado y derrotado por las tropas hispano-británicas. Finalmente, José I Bonaparte abandonará España el 27 de junio.

En 1812 Francia había agotado ya su preponderancia militar en la península, y en el verano de ese año comienzan a multiplicarse las deserciones de sus colaboradores en la retaguardia aragonesa. A finales de agosto, los gendarmes españoles que operaban en campo abierto, se habían pasado en masa al ejército de Mina y el gobernador militar de la ciudad el conde Reille, intentando responder a este nuevo desafío, promulgará un Decreto que dará todavía más poderes a la Dirección General de la Policía, la cual “juzgará todas las causas” además de hacer publicar un exhorto dirigido a todos los alcaldes y corregidores de la provincia para que remitan todos los sumarios a la Dirección General de Policía. Recordaremos como la Comisaria General de Policía se transformó en Dirección General de Policía de Aragón, por decreto del mariscal gobernador de 11 de junio de 1812. Este cambio de denominación, más que de competencias, tuvo como principal objetivo el reforzar el órgano existente “*para evitar el brigandaje, la seguridad e las gentes de bien y la tranquilidad de Aragón*”.

Y es que generalmente la moral de la tropa y de la retaguardia se adelanta siempre en el tiempo a la derrota militar; ella es la primera en retroceder aun cuando los cañones no se escuchan y el el frente esta todavía muy lejos. Sus síntomas son claros y reconocibles: dudas, nervios, ordenes contradictorias, deserciones.

En este orden de cosas el 28 de septiembre Reille publicó un manifiesto sobre los desertores: *“Pero olvidados de sus deberes, de su carácter, de su palabra, abusando de la confianza pública, quebrando los más sagrados conocimientos, desconociendo los beneficios recibidos, han dejado las banderas del honor por las de los enemigos de la tranquilidad, o más bien por ejercer el infame oficio de salteadores y piratas terrestres”*²¹. A este manifiesto le acompañó un Decreto donde se castigaba con fuertes multas y secuestros de bienes a los familiares de los desertores (los gendarmes españoles de la compañía de a caballo y el 1.º de fusileros).

Los flamantes gendarmes españoles no eran de fiar a estas alturas de la contienda (Napoleón ya había fracasado en Rusia), pero como las necesidades de mantener el orden en las calles seguía siendo vital para los franceses, los ocupantes forzarán el alistamiento de las llamadas “Guardias Cívicas” que rondarán la ciudad. Será el Ayuntamiento el encargado de esta recluta, a la que responderán más de setenta ciudadanos “acreditados de buena conducta”.

En enero el gobierno intruso representado por el general París vuelve a intentar completar cuatro compañías de Guardias Cívicas; estas serán mandadas por los corregidores y Pedro Lapuyade, acentuando así su carácter civil. El día 16 algunos ya hicieron guardia, sin uniforme, en casa del corregidor.

En diciembre el general París sustituye como gobernador militar a Reille, un nombramiento que había sido pedido por Suchet al ministro Clark. París se va encontrar, a principios de 1813, con una situación muy difícil para los franceses, pues estos habían abandonado una gran parte de Aragón incapaces de sostenerse frente a las combatientes españoles que se acercaban amenazadoramente a la capital. Hasta el momento, una retaguardia segura y en calma permitía abastecer al ejército de línea, curar sus heridos, organizar refuerzos, y enviar convoyes de prisioneros y mercancías hacia Francia. Por eso la entrega y la falta de contestación al ocupante francés de la ciudad y los ciudadanos de Zaragoza, había sido un logro estratégico del ocupante al que le interesaba que todo permaneciera igual. Un logro que, a estas alturas de la historia, se estaba resquebrajando a toda velocidad.

En Zaragoza la tropa ocupante francesa y el gobierno Intruso están viviendo, en este verano de 1813, sus peores momentos desde que la ciudad capituló ante el mariscal

Lannes. Las noticias que llegan de todos los frentes no traen sino derrotas y contra-tiempos; los ingleses avanzan comandados por un general que dos años después derrotará a Napoleón, y el ejército español volvía a tomar la iniciativa en todos los frentes y sus vanguardias se acercaban peligrosamente a Zaragoza, salvo unos pocos “puntos fuertes” casi todo el campo aragonés estaba en poder de la guerrilla. Mina, Durán, Villacampa y Gayán estrechan el cerco.

La retirada francesa va a ser inevitable, Suchet intentará desde Valencia que el repliegue sea escalonado para evitar el grave riesgo del colapso, el derrumbe de líneas y la derrota total de su III Cuerpo de Ejército. Por eso es tan importante el control psicológico del campo de batalla, en este caso, la propia retaguardia aragonesa.

Hay que mantener el tipo y aparentar que no pasa nada, que las instituciones funcionan, que nadie se va a marchar de la ciudad. Por eso el 27 de junio la *Gaceta* ignorará la batalla de Vitoria y anunciará, sin embargo, los pequeños éxitos de las armas francesas en el Júcar y Tarragona. Tres días más tarde la ciudad vuelve a sorprenderse cuando comienzan a entrar por la puerta del Portillo numerosas tropas francesas que venían huyendo de los aliados tras la llamada batalla de Vitoria; “*todos estropeados que daban lástima*”. Casamayor comentará de este día: “*Fue un día de juicio para esta ciudad el ver venir tanta multitud de gente y, como cogió tan desprevenida, se aumentó considerablemente la falta de pan...*”²².

Ese día cayó el velo con que la propaganda francesa tapaba la realidad de la total derrota de su aventura española. De repente, los adictos al gobierno y las autoridades colaboracionistas se dieron cuenta que, en poco tiempo, la ciudad iba a cambiar de dueños y comenzaron a empaquetar sus pertenencias, pensando ya sólo en salir lo más rápidamente posible de Zaragoza.

Todavía el 1 de julio el general París, aparentando una tranquilidad que no tenía, no concedió licencia alguna a todos lo que deseaban salir de la ciudad, salvo al padre Miguel Suarez de Santander, obispo auxiliar de la ciudad y gobernador eclesiástico de Aragón. La excepción estaba justificada por la importancia del fugado y los enormes servicios que éste había prestado a Francia y, sobre todo, a su amigo el gobernador Suchet.

El embrujo y el encanto del nuevo orden francés que aquejaba a la ciudad desde tantos años, se había roto definitivamente. A duras penas se consigue mantener el orden y la disciplina en el ejército derrotado del general Cluzel, y el gobernador París, en lo que iba a ser su último servicio a Zaragoza, mandó que este ejército derrotado de ladrones y saqueadores saliera de la ciudad habida cuenta de los



Don José Joaquín Durán y Barazábal.

Tal y como afirma el mayor estudioso del general Durán, Arturo Romera, los dos liberadores de Zaragoza (Mina y Durán) estaban enfrentados desde mucho antes de la conquista de Tudela. "Mientras Mina vendía huevos y aves en el mercado de Pamplona, Durán era ya todo un veterano brigadier", siendo las tropas de Durán (y no las de Mina) las encargadas de la toma de la ciudad. De hecho, los primeros soldados en pisar la ciudad fueron las del Batallón de la Rioja, al mando de Tabuena (quien respondía ante Durán).

desmanes que estaba produciendo Casamayor, reconocerá este gesto, y comentará que la ciudad debe de estar agradecida por la firmeza de París ante las tropas francesas en retirada.

El día 3 de julio las autoridades realizan la salida controlada de la ciudad de lo que iba a ser el primer convoy compuesto por tropas y autoridades colaboracionistas. La lista es larga y esta llena de los nombres propios que durante cuatro años y medio habían disfrutado de un inmenso poder: el obispo Miguel de Santander; el deán Ramón Segura; el secretario del Santo Oficio Juan Hernando; varios canónigos de Zaragoza

y Huesca; el intendente Menche, su prefecto, subprefectos, el comisario y los agentes de policía; Pedro Lapuyade, director de Bienes Nacionales y del Canal Imperial, y algunas familias particulares. A estos personajes se les añadieron otros pertenecientes al gobierno de la Nación que se encontraban en la ciudad como el comisario general de Cruzadas Pedro Mora y Lamas, corregidor de Madrid, el consejero de Hacienda Manuel María Cambroner, el contador de millones y consejero de Estado Manuel Sixto Espinosa, el mayordomo de S. M. conde de Tilly con su esposa y criados, el coronel ingeniero Luis Rancaño de Cancio y otros personajes del gobierno.

Esta salida, imposible de ocultar a la población, hizo que esta viera ya como inmediata la salida de las tropas francesas. Y eso que el general París intentaba seguir su rutina acostumbrada como si no pasara nada; por eso asistirá a misa del Pilar con tropa y música, como habían hecho los distintos gobernadores desde el principio de la ocupación. Pero las fuerzas de Mina se acercaban por la carretera de Tudela y los preparativos de la evacuación continuaron ininterrumpidamente. Por todo ello se intensificaron los embargos de carros y caballerías, se mandaron cesar todas las oficinas, se empaquetaron los papeles y se llevaron al castillo ciertos muebles preciosos y dinero.

El ambiente de derrota inundaba toda la ciudad, y el día 6 cuando el coronel Colbert salió con su tropa a realizar una descubierta, los afectos a los franceses, entre los que se encontraba el regidor Perea, pensando que estos se marchaban, se les unieron espontáneamente en un improvisado convoy al que hubo que hacer regresar.

El 4 de julio de 1813 Espoz y Mina decide acercarse a Zaragoza y amenazar al general París, que con 4.000 hombres guardaba la ciudad. El día 6, Mina entra en el pueblo de Alagón donde pernocta, y al día siguiente se aproxima con 400 caballos hasta los pequeños pueblos de Las Casetas y Utebo. París manda una descubierta de 200 jinetes que chocan con la caballería española mandada por el célebre guerrillero Julián Sánchez. Los franceses son rechazados y retornan con la moral baja a la ciudad de donde habían salido.

El día 8 las tropas españolas de Durán, Mina y Tabuenca se acercan a los arrabales, y por la noche hubo Consejo de Guerra de las autoridades francesas y se determinó hacer la salida al día siguiente. Esta se efectuó por la noche, con tanto disimulo que varios de los que habían de salir no se enteraron, quedándose en la ciudad.

A las 7 de la tarde, comenzaron a salir por el Puente de Piedra numerosos carros cargados con dinero, municiones y bagajes, seguidos de los últimos afrancesados que aún quedaban en la ciudad, la policía, autoridades y funcionarios, la tropa con su



Francisco Espoz y Mina.

plana mayor y el general París con sus oficiales. La marcha se hizo en silencio, sin batir de tambores o algazara alguna, y sólo el espantoso ruido de la voladura del Puente de Piedra anunció a toda la ciudad que la ocupación había concluido.

Pero que mejor que sea la propia prensa zaragozana del momento la que relate esta ocasión tan especial de la evacuación: *“El 9 la guarnición de la ciudad se fixo en las lineas del muro reducto del Pilar y convento que fue de San José, y por las alturas de ambas partes se divisaba la tropa española permaneciendo unos y otros en la mayor quietud.*

Todo era calculado: los carruages permanecian cargados; pero nadie sabia si llegarían a salir. En la cortadura que se habia hecho en el puente de piedra se prepararon por la tarde los barrenos y correspondientes hornillos. Esto y el impedir absolutamente la salida por las puertas daba indicios; pero se envolvian estas gestiones con otros ardidés para entretener la espectacion. Ultimamente a las tres cuartos para las ocho se oyeron dos tiros de cañon, y a esta señal sin duda convenida, se puso todo en agitacion y movimiento. De todas partes se veian ir y venir y tornar con aquella premura que es propia de una situacion perentoria y critica: equipages, ca-ballerias, carros todos se aglomeraban en las inmediaciones de la puerta del Angel, y luego comenzaron a desfilar las tropas por el puente de piedra.

A las tres cuartos para las doce reynaba una profunda, calma quando de improviso revienta la explosion dando un terrible y espantoso estallido. El territiemblo y resplandor que ocasiono llamo la atencion del pueblo, y este fue al instante en que convencidos de su precipitada marcha, renunciaron todos al reposo...”²³.

El terrible peligro de una salida en desorden había sido conjurado por el general París; él sabía de la vulnerabilidad física y psicológica de las columnas de personal civil y militar mezclados en caso de una retirada (recordaba la derrota de Vitoria), temía que, en el último momento, la población se levantara en armas contra los ocupantes espoleados por la cercanía de las tropas españolas. Pero no ocurrió nada, su serenidad en estas horas postreras de la ocupación y lo acertado de sus medidas militares (dejando tropas en el castillo que entretuvieran a las vanguardias españolas, la voladura de un arco del único puente de la ciudad y el secreto de su partida) evitó la desbandada, convirtiendo un momento de terrible debilidad táctica en lo que fue, sin duda, una nueva victoria francesa, quizás discreta y poco espectacular, pero victoria al fin.

La ocultación, el engaño, la sorpresa, son instrumentos tradicionales de los que se valen los ejércitos en la batalla, y en esta operación de repliegue tan compleja, la propaganda debía de sostener tanto la moral del pueblo como la muy debilitada del

ejército francés. Por ello, estas herramientas de la guerra psicológica fueron utilizadas, hasta el último momento en la ciudad ocupada.

El general París, admirador y colaborador del mariscal Suchet, supo aprovechar y emplear las enseñanzas de éste y aplicar, una vez más en Zaragoza, la táctica militar de la contrainformación y la sorpresa, manipulando, por última vez, el estado anímico del pueblo zaragozano que, ansioso, esperaba la liberación en cualquier momento (recordar las palabras de la *Gaceta: Todo estaba calculado... se envolvían las gestiones con otros ardidés para mantener la espectación*). Gracias a todos estos recursos, el general París y sus tropas pudieron salir, sin disparar un tiro, de una ciudad que sometida hasta ahora, mantenía en el fondo de su alma el odio al invasor.

Una vez más, este tipo de ardid o acción de guerra psicológica se mostró muy superior a las tácticas convencionales en unos momentos, donde el recurso de la fuerza no era la mejor solución para conseguir los propósitos deseados, que no eran otros que salir indemnes de una ciudad a la que habían humillado durante tanto tiempo.

Ni un solo tiro, ni un grito de ira, nada de nada. La ciudad permaneció muda e inane hasta el final, no hubo la menor resistencia organizada para despedir como se merecían a los ocupantes, ni aun cuando en los arrabales oían y veían las descargas y el deambular de las tropas españolas. Nadie se movió, salvo los colaboracionistas en el trajín de los preparativos de la huida.

Sin lugar a dudas, esta resignación, interiorizada por los efectos devastadores de la acción y propaganda francesa, es la prueba diáfana de la absoluta entrega a los enemigos de una ciudad que unos pocos años antes decidió inmolarse en defensa de su libertad. Sus ciudadanos, que habían luchado como leones, fueron amansados por los domadores de conciencia franceses hasta convertirse en indefensos corderos.

La batalla de la opinión pública zaragozana y de la propaganda había sido ganada por Suchet y sus secuaces, su triunfo fue total y duradero en el tiempo. Las banderas francesas se marcharon de Zaragoza enhiestas, inmaculadas e invictas.



El Castillo de la Aljafería. El último reducto francés en rendirse a los españoles.

NOTAS AL CAPÍTULO IX

¹ *Libro de Muertes del Capítulo Eclesiástico de San Pablo de la ciudad de Zaragoza del año 1809, siendo Procurador D. Felipe Monreal y por este D. Antonio de Solzes*. Tomo XXI, 24 de febrero.

² *Ibidem*.

³ Audiencia. Causas de Infidencia 1813-1815 Caspe. Sign. 2.106. Archivo Histórico Provincial de Zaragoza.

⁴ Rvdo. GIL DOMINGO, Agustín, «Carta de Calixto Lasala enviada a D. Pedro Valero (5-IX-1810)». VI Premio Los Sitios de Zaragoza. *El Clero en los Sitios de Zaragoza*, p. 139.

⁵ CASAMAYOR, Faustino. *Años políticos e históricos. De las cosas particulares sucedidas en la ciudad de Zaragoza. Años 1790 a 1826*. Biblioteca Universitaria de Zaragoza, 1 de octubre de 1811.

⁶ Este caso en concreto no es recogido por Casamayor, si lo está en la *Gaceta Nacional de Zaragoza* del jueves 12 de noviembre de 1812, n.º 91. HMZ.

⁷ Cuentas del Garrote de Orden presentada por Antonio Puyó. Libro de Actas del Ayuntamiento año 1813, folio 178. AMZ.

⁸ Estas cifras están sacadas del diario de Casamayor, de los Procesos Criminales de la Real Audiencia, de la *Gaceta Nacional de Zaragoza* y de los Archivos Parroquiales de San Pablo y San Gil.

⁹ «Además se costeaba el tradicional banquete del reo o comida del verdugo, como se denomina en otros países a la última gracia que la sociedad concedía al desventurado, seguramente para embotar, con frecuentes libaciones, su sensibilidad y hacer olvidar el triste fin al que se destinaba. Morir completamente ebrio, dice Sueiro, no fue un acto anormal: a veces, el banquete y el traslado se convertían cómico espectáculo, borracho el reo y borrachos los acompañantes.» GÓMEZ URDÁÑEZ, José Luis, *La Hermandad de la Sangre de Cristo de Zaragoza. Caridad y ritual religioso en la ejecución de la pena de muerte*. Zaragoza, Asociación para el estudio de la Semana Santa, 2004.

¹⁰ *Ibidem*.

¹¹ Libro de Cuentas, años 1808-1809, de la Muy Ilustre y Antiquísima Real Hermandad de la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo y Madre de Dios de Misericordia. Archivo de la Hermandad de la Sangre de Cristo de Zaragoza.

¹² Goya y la hambruna de Madrid ha sido comentada en el artículo «No hay quién les socorra» dentro del libro de DUFOUR, Gérard, *Goya durante la Guerra de Independencia*. Cátedra, Historia, Serie mayor, pp. 147 a 151.

¹³ Reunión Capitular del Cabildo Metropolitano de Zaragoza del 24 de enero de 1812. ACZ.

¹⁴ Este robo de ganado y su posterior reclamación al Concejo de Utebo, está relatado con detalle en el libro *La Guerra de Independencia en Utebo, Monzalbarba, Sobradiel y Casetas*, editado por Comuniter y del mismo autor que éste.

¹⁵ *Gaceta Nacional de Zaragoza* del 2 de mayo de 1812. HMZ.

¹⁶ *Ibidem*, n.º 23 de mayo de 1812.

¹⁷ La importancia que Napoleón otorgó a los medios: gacetas españolas, boletines para los habitantes de Francia, para el campo diplomático y tal vez para los habitantes de los países extranjeros, ha sido destacado por el historiador francés Jean René Aymes en un artículo titulado «Francia y la Guerra de Independencia en 1808 (De Bailén a Chamartín): La información y la acción».

¹⁸ Rvdo. GIL DOMINGO, Agustín, «Carta de Calixto Lasala enviada a D. Pedro Valero (5-IX-1810)». VI Premio Los Sitios de Zaragoza. *El Clero en los Sitios de Zaragoza*, p. 139.

¹⁹ MORENO ALONSO, Manuel, *Los Españoles durante la Ocupación Napoleónica. La vida cotidiana en la vorágine*. Málaga, 1997, p. 57.

²⁰ El teatro en la Guerra de la Independencia cuenta con un capítulo propio en la obra *Historia de la Literatura Española. Siglo XVII*, de GARCÍA DE LA CONCHA, Victor, y coordinado por CARRERO, Guillermo. El título es «teatro político durante la Guerra de la Independencia», pp. 872 a la 885. Espasa y Calpe, 1995. Biblioteca de Aragón.

²¹ CASAMAYOR, Faustino. *Años Políticos e Históricos. De las cosas particulares sucedidas en la ciudad de Zaragoza. Años 1790 a 1826*. Biblioteca Universitaria de Zaragoza, agosto y septiembre de 1812.

²² *Ibidem*, 30 de julio de 1813.

²³ *Gaceta Extraordinaria de Zaragoza* del domingo 11 de julio de 1813, n.º1. HMZ.

ARCHIVOS

- ARCHIVO DEL CABILDO METROPOLITANO DE ZARAGOZA
- ARCHIVO PARROQUIAL DE SAN GIL
- ARCHIVO PARROQUIAL DE SAN PABLO
- ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL DE ZARAGOZA
- ARCHIVO HISTÓRICO DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ZARAGOZA
- ARCHIVO MUNICIPAL DE ZARAGOZA
 - Libros de Acuerdo de la Imperial Ciudad de Zaragoza
 - Serie Facticia
 - Fondo Palafox
 - Hemeroteca Municipal
- ARCHIVO DE LA HERMANDAD DE LA SANGRE DE CRISTO DE ZARAGOZA
- ARCHIVO DEL CANAL IMPERIAL DE ARAGÓN
- ARCHIVO DE LA REAL SOCIEDAD ECONÓMICA ARAGONESA DE AMIGOS DEL PAÍS
- ARCHIVO DE LA FUNDACIÓN CASA DE GANADEROS DE ZARAGOZA

OTRAS FUENTES

- ASED Y VILLAGRASA, Manuel Isidoro, Relación de las Fiestas *Que la Imperial Ciudad de Zaragoza celebró el 16 y 17 de junio en señal de regocijo por la conquista de las plazas de Lérida y Mequinenza por las armas imperiales, y en obsequio de S.M.I. Y R. el Excmo. Sr. conde del Imperio Suchet, gobernador general de Aragón y general en Xefe del tercer cuerpo del Ejército Imperial. Escribála por orden de su Ilmo. Ayuntamiento... Zaragoza*, en la imprenta de Miedes.
- CASAMAYOR, Faustino, *Años políticos e históricos. De las cosas particulares sucedidas en la Ciudad de Zaragoza Años 1790 a 1826*. Biblioteca Universitaria
- MARÉCHAL SUCHET, *Memorires du maréchal Suchet duc D'Albufera, sur ses campagnes en Espagne, Depuis 1808 jusqu'en 1814, écrits par lui-même*. París, Anselin, successeur de Magimmel, deuxième édition, 1834.

Recientemente la Institución “Fernando el Católico” acaba de publicar las memorias de Suchet, con prólogo y edición de Pedro Rújula, perfectamente traducidas al castellano.

BIBLIOGRAFÍA

- ALEXANDER, Don W., *Vara de Hierro. Política de contrainsurgencia francesa en Aragón durante la Guerra Peninsular* (Sr. Books, march 1985). Traducción al español por Editorial Comuniter.
- APOLLINAIRE FÉE, Antoine Laurent, *Recuerdos de la guerra de España, llamada de la Independencia 1809-1813*. Ministerio de Defensa.
- ARCARAZO GARCÍA, Luis Alfonso, *La Asistencia Sanitaria en Zaragoza durante la Guerra de la Independencia Española (1808-1814)*. XIX Premio Los Sitios de Zaragoza. 2004.
- ARIÑO, Agustín, *Ganadería y pastoreo en la Zaragoza del XIX y los Sitios*. Simposio del Bicentenario. Zaragoza, 13 y 14 de noviembre, 2008.
- ARMILLAS VICENTE, José Antonio, *La Guerra de Independencia y los Sitios*. CAI, Colección Historia de Zaragoza.
- ARTOLA, Miguel, *Los Afrancesados*, Madrid, Editorial Turner, 1976.
- ASÍN CORMAN, Enrique, *Los Toros Josefinos. Corridos de toros en la Guerra de la Independencia bajo el reinado de José Bonaparte (1808-1814)*. XX Premio Los Sitios de Zaragoza, 2005.
- AYMES, Jean-René, *España y la Revolución Francesa*. Editorial Crítica, 1989.
- AYMES, Jean-René, “Francia y la Guerra de Independencia en 1808 (De Bailén a Chamartín): La Información y la Acción”. *La Literatura Española en 1808*.
- AYMES, Jean-René, *Ilustración y Revolución Francesa en España*. Edtl Milenio.
- BAYOD PALLARÉS, Roberto G., *El Reino de Aragón durante el «gobierno Intruso» de los Napoleón*. Zaragoza, Librería general.
- BAYOD PALLARÉS, Roberto G., “Suministros exigidos al Pueblo Aragonés por el Ejército Napoleónico Francés”. *Cuadernos de Zaragoza* n.º 3, Zaragoza, 1979.
- BLASCO MARTÍNEZ, Rosa María, *Zaragoza en el siglo XVIII (1700-1770)*. Librería general. Colección Aragón, 1977.
- BONNE FOY, Coronel, “La guerra de España (1808-1814)” en *Aragón en los Museos Franceses*. Revista de Cultura Militar, n.º 12. Servicio Publicación del Ejército, 1998.
- BORAO, Jerónimo, *Historia de la Universidad de Zaragoza*. Mira editores, 1987.
- BUESA, Domingo, Repercusiones del dominio francés en el urbanismo aragonés. En ARMILLAS VICENTE, José A., *La guerra de la Independencia Estudios*. Institución “Fernando el Católico”, vol. I, 2001.

- CALVO FERNÁNDEZ, José María, “El arzobispo que no vino a Zaragoza: Ramón José de Arce”. *Los Sitios de Zaragoza*. Publicaciones del Bicentenario n.º 8, enero de 2008.
- CAMBRONERO, Carlos, *El rey Intruso*. Madrid, Librería de Bibliófilos Españoles, 1909.
- COPONS Y NAVÍA, Francisco, *Memorias de los años 1808 y 1814 a 1820. Escritas por el teniente general*. Madrid, Imprenta y Litografía Militar del Atlas, 1858.
- CUENCA Y TORIBIO, José Manuel, *La Guerra de la Independencia: un conflicto decisivo (1808-1814)*. Editorial Encuentro.
- DUFOUR, Gérard, *Goya durante la Guerra de la Independencia*. Cátedra, Historia, Serie mayor, 2008.
- BUESA CONDE, Domingo J. (Comisario de la exposición), *El Pilar es la columna. Historia de una devoción*. Ensayos.
- FERNÁNDEZ CLEMENTE, Eloy y FORCADELL, Carlos, *Historia de la Prensa Aragonesa*. Guara Editorial. Colección Básica Aragonesa.
- FERRÁNDIZ POBLACIONES, José A. *La guerra de la Independencia en el ámbito del Reino de Valencia. Actuación de los Ingenieros Militares*. Valencia, Centro de Historia y Cultura Militar.
- FRASER, Ronald, *La Maldita Guerra de España. Historia Social de la Guerra de la Independencia 1808-1814*. Barcelona, Editorial Crítica, 2006.
- FRIBOURG, Jeanine, *Las Fiestas de Zaragoza*. Prames, Temas Aragoneses, 2006.
- GARCÍA CARCEL, Ricardo, *El Sueño de la Nación Indomable. Los Mitos de la Guerra de La Independencia*. Madrid, Temas de Hoy, 2007.
- GARCÍA DE LA CONCHA, Víctor y CARNERO, Guillermo, “Teatro Político durante la Guerra de la Independencia Española”. *Historia de la literatura Española, siglo XVIII (II)*. Espasa-Calpe, 1995.
- GIL DOMINGO, Agustín, *El Clero en los Sitios de Zaragoza*. VI Premio Los Sitios de Zaragoza.
- GOYA, Francisco, *Los Desastres de la Guerra*. Edición comentada por J. M. MATILLA e I. AGUILAR. Arte, Arlanza Ediciones, 2007.
- GÓMEZ DE VALENZUELA, Felipe, *Vivir en Guerra. Notas sobre la vida cotidiana en Aragón durante “La Guerra de la Independencia” (1808-1814)*. XIV Premio Los Sitios de Zaragoza. Editorial Aqua.
- GÓMEZ URDAÑEZ, José Luis, *La Hermandad de la Sangre de Cristo de Zaragoza. Caridad y Ritual religioso en la ejecución de la pena de muerte*. Zaragoza, Asociación para el estudio de la Semana Santa, 2004.

- JUNOT, LAURA, duquesa de Abrantes, *Memorias sobre la vida de Napoleón*. Barcelona, Crítica.
- LACARRA DUCAY, M. Carmén, *El Pilar es la Columna. Historia de una devoción*. Gobierno de Aragón, 1995.
- LATAS FUERTES, Jaime, *El Ebro en Los Sitios*. XXI Premio Los Sitios de Zaragoza. Edición Asociación Cultural “Los Sitios de Zaragoza”.
- LATAS FUERTES, Jaime, *La Guerra de la Independencia en Utebo, Monzalbarba, Sobradiel y Casetas*. Editorial Comuniter, 2006.
- LEJEUNE, Baron de, *Los Sitios de Zaragoza. Historia y pintura de los acontecimientos que tuvieron lugar en esta ciudad abierta durante los dos sitios que sostuvo en 1808 y 1809*. Institución “Fernando el Católico”, Colección de Letras, 2009.
- LÉVI, Arthur, *La vida íntima de Napoleón*. Londres-París, Thomas Nelson and Sons Editores, 1892.
- MAESTROJUÁN CATALÁN, Francisco Javier, *Ciudad de vasallos, Nación de Héroes Zaragoza (1808-1814)*. XV Premio Los Sitios de Zaragoza.
- MARTÍNEZ HERRANZ, Amparo, *Teatro Principal*. Ayuntamiento de Zaragoza, 1999.
- MARTÍNEZ HERRANZ, Amparo, *La Arquitectura Teatral en Zaragoza. De la Restauración borbónica a la Guerra Civil (1875-1939)*. Zaragoza, Institución “Fernando el Católico” (C.S.I.C.), 2003.
- MERCADER RIBA, Juan, “El mariscal Suchet virrey de Aragón, Valencia y Cataluña”. *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, n.º 2, Zaragoza, 1951.
- MERCADER RIBA, Juan y otros, *Aportación al Estudio de la Guerra de la Independencia en Lérida*. Lérida, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1947.
- MÍNGUEZ, Víctor, *Columen Art i arquitectura efímera a la Valencia del siglo XVIII*. Internet.
- MOLINER PRADA, Antonio, *La Guerra de la Independencia en España (1808-1814)*. Nabla Ediciones.
- MORENO ALONSO, Manuel, *Los españoles durante la Ocupación Napoleónica. La vida cotidiana en la vorágine*. Málaga, Algazara, 1999.
- NOVELLA Y DOMÍNGUEZ, Vicente, “Ceremonia de la Santa Iglesia de Huesca”, en DURAN GUDIOL, Antonio, *Iglesias y Procesiones*. Huesca, siglos XII-XVII, Zaragoza, Ibercaja, 1994.
- OROZCO DÍAZ, Emilio, *El teatro y la Teatralidad del Barroco, ensayo de introducción al tema*. Barcelona, Planeta, 1969.

- PASAMAR LAZARO, José E, “El Joyero de la Virgen del Pilar y los Sitios de Zaragoza”. *Revista del Bicentenario*, n.º 9, mayo de 2008. Fundación 2008.
- PEIRÓ, Antonio, *Regadío, Transformaciones económicas y Capitalismo. La Tierra en Zaragoza (1776-1849)*. DGA.
- PRIEGO FERNÁNDEZ, José, *Guerra de la Independencia 1808-1814*. Ministerio de Defensa, Secretaría General Técnica, Instituto de Historia y Cultura Militar. Editorial San Martín.
- REBOLLEDO PALAFOX Y MELCI, José, *Memorias*. Edición de LAFOZ RABAZA, Herminio. Zaragoza, Editorial Comuniter, 2007.
- REYNAUD, Jean-Louis, *Contre-Guerrille en Espagne 1801-1814. Suchet pacifie l’Aragón. Campagnes & Strategies*. París, 1982.
- RIBA Y GARCÍA, Carlos, *Los Sitios de Zaragoza según la narración del oficial sitiador Barón de Lejaune*. Zaragoza, 1980.
- RUBIO JIMÉNEZ, Jesús, *El teatro en el siglo XIX*. Colección Lectura Crítica de la Literatura Española.
- SAN VICENTE, Ángel, *Años Artísticos de Zaragoza 1788-1833 sacados de Años Políticos e Históricos* que escribió Faustino Casamayor aguacil de la misma ciudad. Ibercaja, 1989.
- SORANDO MUZAS, Luis, *Aragoneses al Servicio del Imperio. La Guerra de la Independencia. Estudios II*. Institución “Fernando el Católico”.
- TORRES SOLANOT, Ignacio, *El hombre de Aragón (don Valentín Solanot). Notas sobre la Guerra de la Independencia*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”.
- XIMÉNEZ DE EMBÚN Y VAL, Tomás, *Descripción histórica de la Antigua Zaragoza y de sus términos municipales*. Zaragoza, 1901. Edición facsímil de la Editorial Certeza.



Terminóse de imprimir este libro
el 9 de noviembre de 2012
200º aniversario del fusilamiento,
“pasado el mediodía” de siete prisioneros españoles
evadidos de la cárcel francesa
en las cercanías del Castillo de la Aljafería.
Sirvan estas páginas como recuerdo y homenaje
a aquellos héroes anónimos que nos precedieron.

Laudeamus viros gloriosos.

